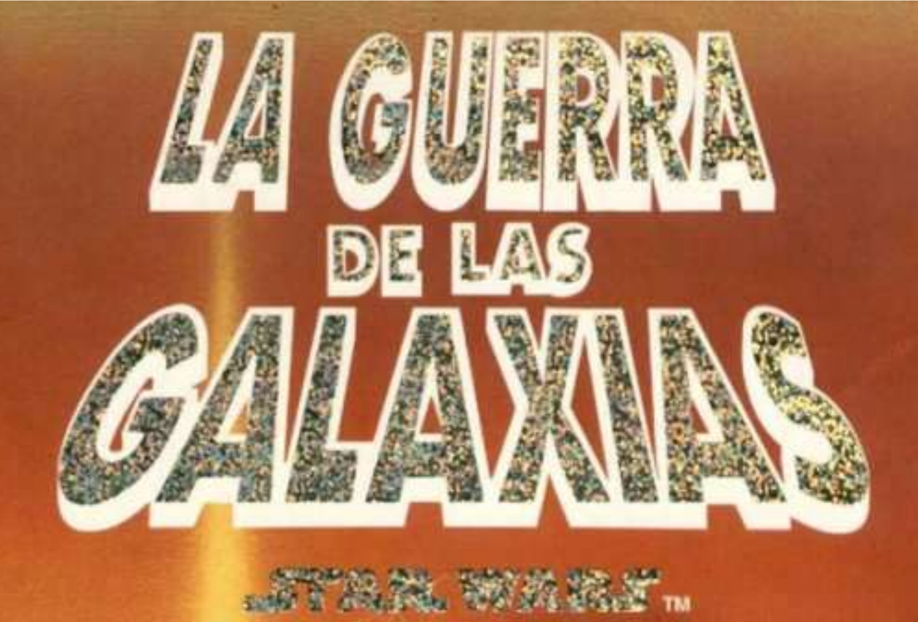


STAR WARS™

PLANETA DE PENUMBRA



martínez roca

Barbara Hambly

Todo empieza empieza en un remoto y árido planeta llamado Nam Chorios; en el pasado había sido una terrible colonia-prisión, y ahora es el hogar de los theranianos, un fanático culto religioso. A este mundo exiliado ha llegado el implacable señor de la guerra Seti Ashgad, quien pretende explotar el vasto desierto cristalino que cubre la desolada superficie del planeta.

El primer paso en su plan es atraer a la princesa Leia al planeta para una reunión diplomática, la cual sólo será un pretexto para capturarla y mantenerla como rehén en su aislada fortaleza. Su meta final es destruir a los theranianos, adueñarse del planeta y vender sus valiosos cristales a los restos del Imperio, que los usarán para desarrollar misiles de espacio profundo imposibles de detener, los cuales invertirán el curso de la guerra contra la Nueva República. Con Leia como rehén, nada podrá detenerle.

Mientras tanto, Luke llega al planeta en busca de su amor perdido, Calista, para descubrir que cualquier uso de la Fuerza tiene consecuencias inesperadamente letales. Para empeorar todavía más la situación, una plaga está diezmando la flota de la Nueva República mientras se enfrenta al ataque de las fuerzas imperiales, abrumadoramente superiores en número, dirigidas por el Moff Getelles y su esbirro, el almirante Larm.



Trilogía de Callista 3

Planeta de penumbra

Barbara Hambly



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Planet of Twilight*

Autora: Barbara Hambly

Arte de portada: Drew Struzan

Traducción: Albert Solé

Publicación del original: 1997

13 años después de la batalla de Yavin

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

13.02.19

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

El primero en morir fue un infante de marina llamado Koth Barak.

Uno de sus compañeros de tripulación del crucero de escolta de la Nueva República *Impenetrable* lo encontró derrumbado sobre la mesa en la sala de descanso de la cubierta nueve, ala que había acudido media hora antes para tomarse una taza de cafina. Veinte minutos después del momento en el que Barak hubiera debido estar de vuelta en su puesto, la sargento de artillería Gallie Wover empezó a buscarle con la irritada certeza de que Barak había ido a echar un vistazo a los bancos infológicos «por Si alguien había estado hablando de la misión».

Nadie iba a hablar de la misión, naturalmente. Aunque iba acompañada por el *Impenetrable,* el viaje al sector de Meridian emprendido por la jefe de Estado Leia Organa Solo era de una naturaleza completamente extraoficial. El Partido de los Derechos de la Inteligencia habría esgrimido el argumento —totalmente acertado— de que Seti Ashgad, el hombre con el que debía reunirse en el punto de cita situado en los límites de los sistemas de Chorios, no ocupaba ningún puesto oficial en Nam Chorios, su mundo natal. Organizar una conferencia oficial habría supuesto otorgar una aprobación tácita a sus exigencias, que eran compartidas por el Partido Racionalista.

Lo que, de hecho y en última instancia, era precisamente la razón por la que había que hablar con él.

Cuando la sargento Wover entró en la sala de descanso de la cubierta nueve, lo primero que vio fue el tenue parpadeo de azules sobre azules en la pantalla infológica.

—Maldita sea, Koth, ya te he dicho que…

Y entonces vio que el joven estaba inmóvil al otro lado de la pantalla, con la cabeza apoyada en la mesa de la sala de descanso y los ojos cerrados. Mientras gritaba su nombre —¡NKoth!—, le pareció que los párpados del joven infante de marinase movían de una manera casi imperceptible.

Wover presionó el botón de emergencia en una reacción práctica-mente instintiva. Durante los pocos momentos que transcurrieron antes de que llegaran los androides médicos, Wover olisqueó la taza de plasteno gris abandonada sobre la mesa a unos centímetros de los flácidos dedos de Koth. Su contenido ni siquiera se había enfriado. Una delgada película de líquido se había adherido a los comienzos de vellosidad color melocotón a la que Koth, haciendo alarde de un considerable optimismo, llamaba su bigote. El contenido de la taza olía todo lo bien que se podía esperar que oliese la cafina de la flota, y no había ni que pensar en alcohol o drogas…, no a bordo de un crucero de escolta de la Nueva República y tampoco en lo que concernía a Koth. El joven infante de marina siempre había sido un buen chico.

Wover era una veterana de las salas de máquinas que había preferido servir quince años a bordo de los saltaplanetas de los servicios mercantes antes que permanecer en la flota después de que los matones de Palpatine se hicieran con el poder. La sargento cuidaba de «sus» infantes de marina como si fueran los hijos cuyas vidas había entregado

a la Rebelión. Si alguno de ellos hubiera estado teniendo problemas con la bebida, la especia o el polvo hilarante, Wover lo habría sabido.

¿Alguna enfermedad misteriosa?

Las plagas eran la eterna pesadilla de cualquier navegante del espacio. Pero el equipo de «buena voluntad» que había subido a bordo ayer procedente del pequeño navío De Seti Ashgad había superado el examen médico, y en cualquier caso Nam Chorios llevaba cuatro siglos inscrito en los registros galácticos sin que nunca se hubiera hecho la más mínima mención a algún virus planetario endémico. Todo el pasaje y la tripulación del *Luz de la Razón* habían venido directamente del planeta.

Aun así, Wover tecleó el código del comandante en el panel mural.

—¿Señor? Aquí Wover. Uno de los infantes de marina ha perdido el conocimiento. Los androides médicos todavía no han llegado, pero…

La puerta de la sala de descanso se abrió detrás de ella con un suave silbido. Wover lanzó una rápida mirada por encima del hombro para ver cómo un par de Dos-Unobés entraban trayendo consigo una mesa que ya estaba desplegando sensores y cables de apoyo vital, ramificándose igual que si fuera el monstruo de un holovídeo de cuarta categoría.

—Parece bastante grave —siguió diciendo—. No, señor, no sé de qué se trata, pero he pensado que quizá desee ponerse en contacto con el navío insignia de su excelencia y con el *Luz* para informarles de lo ocurrido. De acuerdo, de acuerdo… —añadió, volviéndose mientras un Dos-Unobé se plantaba delante de ella con impasible cortesía mecánica—. Mi corazón es tuyo —declaró jovialmente, y después esperó a que el androide fuera reuniendo laboriosamente el ochenta y cinco por ciento de probabilidades de que la observación fuese una broma.

—Muchas gracias, sargento Wover —dijo educadamente el androide en cuanto hubo terminado de procesar la cascada de bits con un último chasquido—, pero el órgano no será necesario. Bastará con una mera lectura de función.

Un instante después Wover giró sobre sus talones, perpleja, mientras el otro Dos-Unobé colocaba a Barak encima de la mesa y lo conectaba a los sensores. Todos los trazos de las lecturas cayeron en picado, y un suave tintineo de alarmas empezó a vibrar el aire.

—¡Maldición y putrefacción! —Wover se liberó de su examinador con un brusco tirón y fue hacia el muchacho—. Por todas las luces del día, ¿qué…?

El rostro de Barak se había vuelto de un gris cerúleo. La mesa ya estaba inyectando estimulantes y sustancias antishock en las venas del muchacho, y los ojos del Dos-Unobé conectado al otro lado habían adquirido la inconfundible mirada vacía que indicaba que un androide se estaba comunicando con otros sistemas de la nave. Wover pudo ver las primeras líneas del diagnóstico en las pantallas que cubrían los flancos del transporte antigravitatorio de personal.

No había virus, bacterias o venenos.

El cuerpo de Koth Barak no contenía absolutamente nada que no hubiera debido estar ahí.

Las líneas prosiguieron su rápido descenso hacia el cero, llegaron a él y se esfumaron.

—Excelencia, la situación a la que nos estamos enfrentando en Nam Chorios es bastante complicada.

Seti Ashgad dio la espalda a la burbuja de cuatro metros de la zona de observación para contemplar a la mujer esbelta y fríamente vigilan-te que estaba sentada en uno de los sillones de cuero gris de la sala.

—¿«Nos», noble Ashgad? ¿En quién está pensando exactamente?

La voz de Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, siempre solía sorprender a quienes la oían por primera vez, quizá por-que no se esperaban que fuese tan rica y grave. La relativa juventud de Leia, que no *era* muy alta y tenía un aspecto casi frágil, también sorprendía a quienes ignoraban que desde los diecisiete años siempre había jugado un papel muy importante en la Rebelión encabezada por su padre y por la gran estadista Mon Mothma. Después de la muerte de su padre, Leia se había convertido en el núcleo de la Rebelión. Había mandado tropas, había jugado al escondite con la muerte y había huido por media galaxia con su cabeza puesta a precio antes de cumplir los veintitrés años. Ya tenía treinta y uno y no los aparentaba…, salvo por sus ojos.

—¿Se está refiriendo a los habitantes de Nam Chorios o sólo a algunos de ellos?

—Me refiero a todos ellos. —Ashgad fue hacia ella y se detuvo demasiado cerca de su sillón, intentando dominarla con su altura y con el hecho de que él estaba de pie mientras que Leía permanecía sentada. Pero Leia alzó sus ojos castaños hacia él y su mirada le dijo que sabía con toda exactitud qué estaba haciendo, o intentando hacer, y Ashgad retrocedió—. Me refiero a todos nosotros… —se corrigió a sí mismo un instante después—, tanto a los Recién Llegados como a los theranianos.

Leia entrelazó las manos sobre su rodilla, y sus holgadas mangas de terciopelo y la voluminosa falda de su rúnica ceremonial de color carmesí recogieron la suave claridad de las lámparas hábilmente disimuladas que brillaban sobre su cabeza y la de las lejanas estrellas sus-pendidas en la oscuridad que se extendía al otro lado de la curvatura de la burbuja de observación. Cinco años antes habría emitido alguna ácida observación para reprocharle que se negara a mencionar al segmento más grande de la población del planeta, aquellos simples granjeros que no pertenecían ni al grupo tecnológico postimperial de los Recién Llegados ni al harapiento culto theraniano que dominaba los gélidos eriales carentes de agua. Pero la Leia del presente se limitó a guardar silencio y esperó a oír qué más tenía que decirle.

—Debería explicarle que Nam Chorios es un mundo hostil y árido —siguió diciendo Ashgad con aquella melodiosa voz de barítono tan asombrosamente parecida a las

grabaciones de su padre que había oído Leia—. A menos que se haga un uso masivo de la tecnología, es literalmente imposible vivir allí.

—Los prisioneros enviados a Nam Chorios por la dinastía Grissmath parecen habérselas arreglado bastante bien durante los últimos setecientos años.

Una sombra de irritación cruzó fugazmente por el rostro de Ashgad, pero se desvaneció enseguida.

—Ah, veo que su excelencia ha estudiado la historia del sector —dijo con una deslumbrante sonrisa llena de impecables dientes blancos mientras trataba de fingir que ello le complacía muchísimo.

—Lo suficiente para conocer los orígenes de la situación —replicó Leia con dulce afabilidad—. Sé que la dinastía Grissmath enviaba a sus prisioneros políticos a Nam Chorios con la esperanza de que se murieran de hambre en ese mundo, y que rodeó el planeta con un anillo de estaciones artilleras automatizadas para evitar que fueran rescatados. Sé que los prisioneros no sólo se negaron a darles la satisfacción de ver cómo se morían, sino que sus descendientes —y los descendientes de los guardias— siguen cultivando las franjas donde hay agua mientras que Meridiano, el mundo natal de la dinastía Grissmath, se ha convertido en una bola de residuos radiactivos calcinados.

De hecho, el Registro contenía muy pocos datos más concernientes a Nam Chorios. Aquel planeta llevaba siglos prácticamente olvida-do por todos, y Leia sólo había oído hablar de él antes de la crisis actual porque en una ocasión su padre había observado que el viejo Emperador Palpatine parecía estar utilizando Nam Chorios para su propósito original de mundo-prisión. Cuarenta años antes habían corrido rumores de que el primer Seti Ashgad había sido secuestrado y abandonado en aquel planeta tan aislado como remoto por agentes de su enemigo político, el por aquel entonces senador Palpatine. Aquellos rumores siguieron siendo meramente rumores sin demostrar hasta que el segundo Ashgad, que parecía un duplicado con los cabellos negros del encanecido y correoso político desaparecido, se puso en contacto con el Consejo después de las primeras disputas sobre el planeta y solicitó ser escuchado.

Aun así, Leia pensó que no había razón alguna para permitir que aquel hombre se enterase de hasta qué punto era escasa la información sobre el planeta o la situación de que disponían.

«No te reúnas con Ashgad —decía el mensaje que había llegado a las manos de Leia en el mismo instante en que se estaba preparando para subir a la lanzadera que la llevaría hasta su navío insignia—. No confíes en él y no accedas a ninguna de sus exigencias y, por encima de todo, no vayas al sector de Meridiano».

—¡Excelente! —Ashgad envolvió el elogio con una mueca que estaba a medio camino entre el fastidio y la irritación, aunque consiguió emitir una risita totalmente automática como acompañamiento—. Pero la situación no es tan sencilla, naturalmente.

—Nunca lo son, ¿verdad? —murmuró una voz desde la esquina de la sala en la que una enredadera dyanthis de oscuras hojas llenaba de sombras los alrededores de la burbuja de observación.

—Bueno… Según tengo entendido, antes de que se reiniciara la colonización después de la caída del Imperio, en el planeta sólo había descendientes de los prisioneros y guardias originales de Meridiano.

Dzym, el secretario de Ashgad, sonrió entre las sombras de la enredadera.

Leia aún no tenía muy claro cuál era el origen de la aversión profundamente irracional que le inspiraba Dzym. Había especies alienígenas que los humanos de la galaxia —los corellianos, alderaanianos y demás razas humanoides— encontraban repulsivas, normalmente por razones relacionadas con indicadores subliminales como las feromonas o debido a alguna clase de programación cultural subconsciente. Pero los chorianos —que eran conocidos como Veteranos tanto si pertenecían al culto theraniano como si no— descendían de la misma raíz común humana. Leia se preguntó si su aversión tendría algo que ver con un factor tan simple como la dieta. No había percibido ningún olor peculiar que emanan de aquel hombrecillo de piel amarronada y negros cabellos recogidos en una elegante coleta, pero sabía que ese tipo de cosas solían escapar a la atención de la parte consciente del cerebro. Era perfectamente posible que hubiese alguna clase de reacción feromónica situada muy por debajo del nivel de la consciencia, quizá como resultado de las uniones considerablemente endogámicas propias de un mundo donde las comunidades se hallaban ampliamente dispersas y nunca habían sido muy numerosas. También podía tratarse de una mera reacción ante el individuo, algo relacionado con la flacidez de aquella boca tan neutra y corriente, o con aquellos ojos entre castaños y amarillentos de un aspecto curiosamente achatado que nunca parecían pestañear.

—¿Es usted uno de los chorianos originales, noble Dzym?

Dzym permaneció totalmente inmóvil. Leia se dio cuenta de que subconscientemente había estado esperando que Dzym reaccionara con algún movimiento desagradable, o quizá incluso grosero y repugnante. Dzym ni siquiera inclinó la cabeza.

—Sí, excelencia —dijo—. Mis antepasados formaban parte del primer grupo enviado a Nam Chorios por la dinastía Grissmath.

Algo cambió en sus ojos, que no llegaron a vidriarse pero adquirieron una expresión distante y abstraída, como si toda su atención hubiera sido dirigida repentinamente hacia otro lugar.

Ashgad siguió hablando a toda prisa, como si quisiera disimular la falta de reacciones de su secretario.

—El problema, excelencia, es que setecientos cincuenta años de completo aislamiento han convertido a la población de Veteranos de Nam Chorios en, y espero que disculpe mi franqueza, los conservado-res más tozudamente fanáticos que se puede llegar a encontrar fuera de una junta de patentes académica. Son granjeros, claro, y entiendo su manera de pensar… Han soportado un clima y un suelo imposible-mente difíciles durante siglos en los que han vivido con un mínimo de tecnología, y tanto usted como yo sabemos hasta qué punto eso favorece la aparición del conservadurismo y, para hablar claro, de la superstición. Uno de los cambios que mi padre intentó introducir en el planeta fue una

clínica moderna en Hweg Shul. La clínica no consigue ganar el dinero suficiente para mantener en funcionamiento a los androides médicos. Los granjeros prefieren llevar sus enfermos a cualquier Oyente del culto theraniano para que sea curado mediante «el poder absorbido del aire».

Las manos de Ashgad se agitaron sarcásticamente en el vacío, creando una pantomima silenciosa de conjuros y hechicerías. Después se sentó en el otro sillón de cuero gris, un hombre robusto vestido con una chaqueta marrón muy sencilla y unos pantalones obviamente confeccionados por un androide textil del modelo estándar dignifica-dos por los accesorios —un cinturón con hebilla dorada, una cadena pectoral, un prendedor de oro en el cuello— que Leia había visto en los viejos hologramas de su padre. Ashgad apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante como si fuera a hacerle una confidencia.

—El Partido Racionalista no sólo está intentando ayudar a los Recién Llegados, excelencia —dijo—, sino que también intenta ayudar a los mismos granjeros. Deseamos ayudar a los Veteranos que no pertenecen al culto y que sólo quieren sobrevivir. A menos que se haga algo para arrebatar el control de las viejas estaciones artilleras a los miembros del culto, que prohíben cualquier clase de comercio interplanetario, esas gentes seguirán viviendo como…, como los esclavos agrícolas que fueron en el pasado. El Partido Racionalista ya tiene bastante fuerza en Nam Chorios, y sigue creciendo. Queremos abrir el comercio planetario con la Nueva República. Queremos disfrutar de la tecnología y explotar adecuadamente los recursos del planeta. ¿Le parece que hay algo de malo en eso?

—La mayoría de habitantes del planeta piensan que sí. Ashgad manoteó furiosamente.

—¡La mayoría de habitantes del planeta se ha dejado lavar el cerebro por media docena de lunáticos que se atiborran de raíces de brachniel hasta enloquecer y luego se dedican a vagar por los desiertos charlando con las rocas! Si quieren que sus cosechas se marchiten en el suelo y que sus hijos mueran sólo porque ellos se niegan a entrar en el mundo moderno… Bien, aunque me parte el corazón verlo, supongo que tienen derecho a hacer lo que quieran con sus vidas. ¡Pero es que además también están prohibiendo a los Recién Llegados que entren en el mundo moderno!

Leia sabía que Dzym confirmaría y respaldaría cualquier cosa que dijera Ashgad —siendo su secretario, difícilmente podía hacer otra cosa—, pero aun así se volvió hacia el choriano. Éste seguía sentado e inmóvil sin decir palabra y con los ojos clavados en la nada, como si se estuviera concentrando en algún asunto que no tuviese nada que ver con lo que les había traído hasta allí, aunque de vez en cuando lanzaba un rápido vistazo al cronómetro de la pared. Junto a él, la burbuja ofrecía un espectacular panorama de la curva de hielo verde y amarillento de Brachnis Chorios, el planeta más distante de los varios sistemas designados con ese nombre y cuya luna más grande había sido elegida como punto de cita orbital para la reunión secreta.

El crucero de escolta *Impenetrable* apenas era visible en un extremo del panorama, una silueta plateada de morro achatado que parecía vagamente irreal bajo la claridad de las estrellas. Debajo de él y muy cerca del resplandeciente triángulo de estrellas de colores forma-do por los primarios de Brachnis, Nam y Pedducis Chorii y resultando patéticamente minúsculo junto a la mole del crucero, flotaba el amasijo de cascos broncíneos interconectados del navío de Sed Ashgad, el *Luz* dela Razón. Incluso el navío insignia de Leia, el *Borealis,* parecía un gigante a su lado. Formado por el tipo de pequeñas naves que podían escurrirse de una en una a través de las siempre vigilantes pantallas de las viejas instalaciones defensivas de Nam Chorios, el *Luz* a duras penas hubiera resultado utilizable como saltaplanetas, y nunca podría haber llevado a cabo un salto hiperespacial.

«Y de ahí esta misión», pensó Leia con una cierta inquietud. Antes de haber recibido aquel sigiloso mensaje, el que estuvieran tan lejos de las bases del poder de la Nueva República más cercanas —que se hallaban en Durren— y su proximidad a lo que en un pasado no tan distan-te había sido la satrapía imperial del sector de Antemeridiano ya habían bastado para ponerla un poco nerviosa.

¿Sería eso lo único de lo que pretendía advertirla aquella corta nota, o habría algo más?

—*Los* theranianos no son el tipo de personas en las que confíe lo suficiente como para estar dispuesto a dejar mi destino en sus manos, excelencia —murmuró Dzym. El secretario parecía haber vuelto a prestar atención a la conversación mediante un gran esfuerzo, y había entrelazado sus delgadas manecitas enfundadas en guantes de cuero violeta—. Han acumulado un poder impresionante dentro de las comunidades de los Veteranos que se extienden a lo largo de las franjas de agua. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando disponen de armas y de una gran movilidad, y además llevan generaciones siendo la única fuente de cuidados médicos que han conocido estas gentes?

Un parpadeo luminoso que se deslizó a lo largo de los relucientes costados del *Impenetrable y* pareció arder más allá de las hojas de dyanthis que ocultaban los bordes de la burbuja de observación atrajo la mirada de Leia. Un instante después vio que varias de las luces de la zona posterior del navío de escolta se habían apagado.

—¿Qué quiere decir con eso de que no puede establecer contacto? —El comandante Zoalin giró sobre sus talones con visible irritación y dio la espalda al tablero de comunicaciones, que acababa de cobrar vida con un estallido de claridad tan intenso como el de una lámpara de festival, mientras señalaba otro indicador parpadeante con un de*do*—. ¿No puede obtener respuesta del florealis, ose trata de alguna otra cosa?

—Parece ser un simple bloqueo de señales, señor. —Oran, la jefe de comunicaciones, se rozó la frente en un nervioso saludo—. Legassi está intentando averiguar qué es lo que ocurre exactamente.

Oran se volvió en su asiento dentro de la pequeña pantalla, permitiendo que el comandante tuviera un fugaz atisbo del centro de comunicaciones, cuyo tablero principal estaba ocupado *por* un gigantesco diagrama de los circuitos de comunicación de*l Impenetrable* iluminado por relucientes líneas amarillas. Pequeñas luces rojas se deslizaban rápidamente a lo largo de ellas, siguiendo el avance del examen sináptico mediante el que intentaban localizar un bloqueo o interferencia en la transmisión de energía que hubiese resultado bastante fácil de encontrar y corregir bajo circunstancias ordinarias.

Pero las circunstancias habían pasado de ordinarias a espantosas en poco menos de diez minutos. Y a juzgar *por* las luces rojas que se encendían y se apagaban por todo su tablero de comunicaciones, el mensaje jadeante y entrecortado que había llegado de la enfermería y la repentina ausencia de contestaciones *o informes* procedentes de mantenimiento, lanzaderas, energía y varias secciones más de la nave, la situación estaba progresando de mala a peor con toda la rapidez de una órbita inestable condenada a terminar en el planeta.

—¿Legassi?

Oran se levantó de su asiento. Zoalin vio que el sillón situado delante de la consola de control, y que había creído vacío hasta aquel momento, estaba ocupado. El especialista Legassi se había derrumba-do encima de su consola y sus escamosas manos color salmón estrujaban espasmódicamente los bordes del tablero al compás de los terribles estremecimientos que se deslizaban por todo su cuerpo igual que las olas por el mar.

«Se supone que los virus humanos no afectan a los calamarianos.», pensó Zoalin.

Pero quizá no se tratara de un virus, claro.

Y lo mismo podía decirse de los sullustanos y los nalronis, dos especies representadas por tripulantes que habían informado sentirse enfermos durante los últimos cinco minutos. Zoalin creía recordar de sus cursos de xenobiología que Nalroni y Mon Calamari eran un ejemplo muy usado en los libros de texto para explicar los sistemas inmunes mutuamente exclusivos. A un calamariano le resultaba literalmente imposible contraer las enfermedades que podían afectar a los nalronis.

—¿Legassi? —Oran se inclinó sobre el cuerpo tembloroso del calamariano—. Legassi, ¿qué…?

Un instante después se tambaleó, casi como si acabara de recibir un golpe, y se llevó una mano al pecho y la movió torpemente de un lado a otro, como si intentara disipar algún dolor o entumecimiento dándose masaje.

—¿Comandante Zoalin? —murmuró la voz cortés e impasible del Dos-Unobé que desempeñaba las funciones jefe de la enfermería por el canal que había dejado abierto—. Lamento tener que informarle de que la terapia con tanques bacta no sólo no parece retrasar la disolución de los sujetos sino que, de hecho, aparentemente la incrementa por un factor que, en la medida de lo analizable, roza el treinta y cinco por ciento.

Mientras aquellas palabras tranquilas y mesuradas resonaban en su unidad auricular, Zoalin hizo que la pantalla de la consola central pasara de una imagen a otra, y fue

pulsando las teclas sintonizadoras de los pasillos en los que los equipos de búsqueda que intentaban localizar el bloqueo de señales se iban dirigiendo hacia la enfermería a medida que primero uno de sus integrantes, y luego otro y otro más, se apoyaban en la pared y empezaban a frotarse la cabeza, el pecho o el costado. La imagen acabó volviendo a la enfermería, donde los androides incansables e inmutables operaban ascensores mecánicos para extraer el cuerpo goteante y sin vida de la sargento Wover del tanque bacta; y a la sala de control del compartimiento de lanzaderas, donde el último especialista de guardia estaba muriendo en una agonía solitaria junto a la puerta.

«Quince minutos… —pensó Zoalin con una especie de aturdido horror—. Sólo han pasado quince minutos desde que Wover usó el intercomunicador de la sala de descanso de la cubierta nueve».

Ni siquiera había tenido tiempo de cortar la conexión antes de que empezaran a llegar las otras transmisiones. El tripulante de primera Gasto se había desmayado. El jefe de ingenieros Cho P'qun se había desmayado. «No conseguimos establecer contacto con mantenimiento, señor…».

—Cuatrocé. —Cambió de canal para establecer contacto con la División 4C, la División Operativa de Señales del Ordenador Central—. Solicitud de reprogramación de emergencia. Todos los androides de mantenimiento del…

Le dolía la cabeza, y también notaba dolor en el pecho. Descubrió que le costaba respirar. «Es la tensión —se dijo a sí mismo—, y no tiene nada de extraño que esté un poco tenso». Tenía que localizar el bloqueo de señales y tenía que establecer contacto con el navío insignia de la jefe de Estado. Fuera como fuese, tenía que enviar una transmisión al Complejo Médico del Sector en Nim Drovis.

—Que todos los androides de mantenimiento de la categoría Cetrés localicen cualquier equipo no estándar en… —¿Y de qué color serían las líneas intersectadas por un bloqueador de señales?—. Que localicen cualquier equipo no estándar en las líneas verdes. —Esperaba no haberse equivocado. Estaba empezando a sentir un agudo palpitar en la cabeza—. Iniciación inmediata.

Eso no serviría de mucho, naturalmente. Los androides eran sistemáticos. El método que emplearían para localizar cualquier posible equipo no estándar consistiría en empezar por la proa e ir avanzando hacia la popa, investigando todas las escotillas y relés en vez de empezar inspeccionando los lugares más obvios…, aquellos en los que algún miembro del pequeño grupo de buena voluntad de Seti Ashgad podía haber disfrutado de unos momentos de soledad.

Aunque no tenía por qué tratarse de Ashgad, desde luego. Un bloqueador de señales podía ser conectado a un cronometrador, y eso quería decir que el artefacto podía haber sido instalado en el *Impenetrable* antes de su discreta partida de Hesperidio.

Zoalin descubrió que, sin que su mente fuese consciente de ello, se había recostado en el asiento. Sus manos y sus pies estaban helados. Sintonizó la imagen del navío insignia *Borealis*, inmóvil y lejano con la negrura de las estrellas como fondo. En realidad se encontraba bastan-te cerca, pero aun así habría que recorrer varios kilómetros a través del

pálido resplandor iridiscente del planeta que se extendía por debajo de ellos para poder llegar hasta él.

¿Y si aquel misterioso lo-que-fuese también estaba haciendo es-tragos allí? ¿Y si el capitán Ioa estaba intentando ponerse en contacto con él?

Zoalin apoyó la cabeza en el acolchado del asiento. «Veinte minutos —pensó—. Veinte minutos…». Se sentía como si estuviera dentro de un turboascensor que se estuviera sumergiendo a toda velocidad en un pozo interminable lleno de oscuridad.

—Soy consciente de que se han dicho muchas cosas bastante malas sobre el Partido Racionalista durante los últimos años. —Seti Ashgad se había levantado de su sillón como impulsado por la importancia de su causa, y estaba yendo y viniendo nerviosamente de un lado a otro por detrás de él—. Pero le aseguro que no somos los…, los capitalistas expoliadores que describen nuestros enemigos. Los Recién Llegados fueron a Nam Chorios con la esperanza de abrir nuevas fronteras. Los empresarios no pueden establecerse en Peduccis Chorios. Sitios como Nim Drovis, Budpock y Ampliquen tienen sus propias civilizaciones rígidamente establecidas y encerradas en sí mismas. ¡Dada la considerable presencia de la industria pesada en el sector de Antemeridiano, las meras oportunidades comerciales existentes ya deberían haber bastado para que todo el proceso de colonización de Nam Chorios pudiera ser autosuficiente!

»Pero no se trata únicamente de que a los Recién Llegados les esté prohibido llevar allí cualquier nave que sea más grande que un aparato personal…, o sacarla del planeta. Como consecuencia de la costumbre theraniana de abrir fuego sobre cualquier nave que supere ciertas dimensiones, cuando el equipo se gasta y deja de funcionar nadie puede sustituirlo salvo pagando sumas exorbitantes. Eso significa que no hay exportaciones que permitan vivir por encima del simple nivel de subsistencia. Significa que debemos pagarlo todo a precios de contrabandista. Significa que, como el Registro no les proporcionó la información suficiente sobre las condiciones de vida, esas personas se han condenado así mismas a vivir exiliadas en una ruina cultural. No puede pretender que eso sea justo, excelencia.

—No, no puedo hacerlo —dijo Leia, hablando despacio y con mucha calma—. Pero ¿no cree que la colonización consiste precisamente en eso? ¿No cree que en el fondo todo se reduce a correr un riesgo sin saber con qué condiciones te vas a encontrar cuando llegues allí? No estoy afirmando que los theranianos tengan razón, por supuesto —añadió, levantando una mano mientras Ashgad tragaba aire para emitir una protesta llena de indignación—. Lo que estoy diciendo es que cuentan con el apoyo de la mayoría de la población del planeta.

—¡La cual vive en un estado de esclavitud porque está prisionera de las supersticiones y las mentiras!

«Pero eso no es algo que concierna a la Nueva República». Leia irguió los hombros bajo el peso carmesí de su túnica, viendo en el fuego de la ira de Ashgad un reflejo de las que habrían sido sus propias reacciones cuando tenía dieciocho años. «¡Pero es que no tendría que ser así!». Todavía recordaba cómo se había encarado con su padre y cómo había sollozado cuando las presas de unas criaturas vampíricas llamadas garthoons habían decidido volver con sus vampiros después de un largo y complicado juicio. Leia había necesitado mucho tiempo para poder llegar a comprender y respetar la decisión de no emprender ninguna clase de acción que había tomado su padre.

—Nam Chorios no forma parte de la Nueva República. Legal-mente, no tenemos ningún derecho a interferir en sus asuntos.

—¿Ni siquiera para proteger los derechos de los colonos, los derechos de hombres y mujeres que…?

—Que abandonaron la República para ir a vivir a un mundo que no formaba parte de ella —le interrumpió Leia—, y que decidieron correr un serio riesgo en un planeta sobre el que no sabían casi nada. Todo el mundo sabe hasta qué punto son deficientes las informaciones del Registro. Y el Imperio «protegió los derechos» de Alzoc III, de Garnib, de Trosh…

El rostro de Ashgad enrojeció.

—¡Esos casos no tienen nada que ver con nuestra situación! ¡Puedo asegurarle que no le estamos pidiendo que esclavice a una población nativa! Lo único que le pedimos es que haga que quienes desean poder vivir decentemente se hallen en condiciones de hacerlo.

—La mayoría de la población de Nam Chorios expresó su voluntad en una votación cuando decidió no unirse a la Nueva República —dijo Leia—, y los colonos lo sabían. No tenemos ningún derecho a pasar por alto los deseos de la mayoría. No quiero parecerle dura o insensible, noble Ashgad, pero que yo sepa los Recién Llegados no están siendo sometidos a ninguna clase de presión.

—Salvo la que supone el hecho de que toda su vida está allí. Todos sus recursos y posesiones están allí, y mientras las estaciones artilleras sigan funcionando ni siquiera pueden llevárselas consigo en el caso de que *quier*an marcharse. Todo su futuro está en ese planeta.

—Y el futuro de los habitantes originales también, noble Ashgad.

El hombretón permaneció inmóvil durante un momento con una mano en la cadera y la otra apoyada en el respaldo de su sillón, la cabeza inclinada y un negro mechón de su abundante cabellera colgando sobre una frente arrugada por la frustración y el esfuerzo de la reflexión. Dzym había vuelto a sumirse en el silencio entre las oscuras hojas de su minúsculo refugio, y mantenía entrelazadas sus *manos* en-guantadas mientras un leve fruncimiento de concentración alteraba la lisura de su frente. Por lo que había podido ver Leia, hasta el momento ni siquiera había tomado anotaciones con un micrófono escondido para complementarla transcripción de su entrevista que le proporcionarían los registros.

—Voy a hacer lo siguiente —dijo Leia después de un instante de silencio—. Cuando vuelva a Coruscant, autorizaré a un equipo de investigación a que visite el planeta para averiguar qué está ocurriendo realmente en Nam Chorios y para que explore otras opciones, si ello es posible. Tal vez podamos negociar alguna clase de acuerdo con los theranianos que controlan las estaciones artilleras.

—Nadie puede negociar con los theranianos. —Una terrible amargura destelló como una daga en la voz de Ashgad y centelleó en sus verdes pupilas—. Son unos fanáticos enloquecidos que mantienen hechizada a toda esa población de crédulos e imbéciles desde hace generaciones.

Y entonces hubo un movimiento casi imperceptible entre las hojas de la enredadera dyanthis. Leia volvió rápidamente la mirada hacia Dzym a tiempo de ver cómo el secretario se erguía en su asiento, ofreciendo un aspecto extraña e inexplicablemente deforme entre los pliegues color granito de su túnica mientras una expresión de éxtasis saciado se extendía por sus rasgos. Dzym dejó escapar un prolongado suspiro, como si estuviera paladeando algo delicioso, y volvió a que-darse totalmente inmóvil.

—Albergaba la esperanza de que podría convencerla para que nos prestara su ayuda, excelencia. —La voz de Ashgad volvió a apartar la atención de Leia de aquel secretario tan curiosamente apático e inactivo—. Y le agradezco enormemente que haya decidido enviar una comisión, por supuesto. No le quepa duda de que utilizaré todas las influencias que poseo dentro de la comunidad de los Recién Llegados para ayudar a dicha comisión en su labor.

Leia se puso en pie y le ofreció la mano.

—Sé que lo hará.

Habló con sincera afabilidad, aunque la rebelde llena de cinismo que todavía moraba en las profundidades de su mente se apresuró a añadir un silencioso «Oh, seguro que sí».

Ashgad se inclinó ceremoniosamente sobre su mano en un gesto de anticuada cortesía con el que Leia no se había encontrado desde que abandonó la corte de Palpatine. Parecía ser totalmente sincero, y los instintos de ayudar y proteger a las minorías en apuros tan propios de Leia no podían evitar comprender su frustración y simpatizar con ella. Después de haber tenido que vérselas con facciones como los Agromilitantes y los Separatistas Unidos, Leia realmente deseaba poder hacer algo en favor de un grupo de personas modernas e inteligentes que se esforzaban por librarse de una tiranía irracional.

Si es que era eso lo que estaba ocurriendo en realidad, por supuesto…

—Ssyrmik, ¿tendrás la bondad de asegurarte de que el noble Ashgad pueda volver al hangar de lanzaderas sin tener que dar demasiadas vueltas?

La pequeña guardia de honor de Leia se incorporó de un salto mientras la jefe de Estado y sus invitados cruzaban el umbral de la antesala del recinto de conferencias. La teniente se inclinó ante ellos y se echó al hombro su esbelto rifle desintegrador ceremonial de colores blanco y plata.

—Por aquí, nobles señores.

Contemplar los rostros llenos de juventud y el nervioso entusiasmo de aquella media docena de jóvenes graduados de la Academia Espacial de la Nueva República hizo que Leia se sintiera como si tu-viese cien años de edad.

Los tres guardias personales que Ashgad se había traído consigo —tres apuestos andróginos vestidos con ceñidos uniformes color azul claro cuyas cabelleras de aspecto extrañamente muerto y falto de brillo hacían pensar en muñecas muy caras— también se inclinaron ante ella.

Mientras Leia contemplaba cómo las puertas adornadas con bajorrelieves de bronce del pasillo se cerraban a sus espaldas, una voz habló detrás de ella en un suave susurro enronquecido.

—Huelen raro, mi señora —dijo la voz—. Esas criaturas no están hechas de carne viva.

Leia se volvió hacia los cuatro diminutos humanoides grisáceos de piel arrugada que parecían haber surgido de las paredes de la antecámara. El más pequeño de ellos, que apenas le llegaba al codo, estaba mirando fijamente las puertas de bronce con sus ojos amarillos entre-cerrados.

Ya habían transcurrido varios años desde que la creciente presión del Consejo había obligado a Leia a suprimir su guardia personal de cazadores-asesinos noghrianos. Leia entendía las razones del Consejo, naturalmente: incluso antes del infortunado incidente con el embajador de Barabel, ya había quienes estaban en contra de que emplease un arma que había pertenecido a Palpatine. Llevarlos consigo durante aquella misión había sido un terrible riesgo.

Pero el mensaje decía que no debía confiar en Ashgad.

Leia había mandado llamar a los noghrianos en secreto justo antes de la partida. Había riesgos mucho más grandes que el peligro de que se produjera un cisma en el Consejo.

—Pero técnicamente hablando, no cabe duda de que están hechos de carne viva —dijo con voz pensativa—. Son sindroides, Ezrakh. Los he visto en las cúpulas del placer de Hesperidio y Carosi. Carne sintética meticulosamente esculpida esparcida sobre armazones metálicos… Sus ordenadores internos están reducidos al mínimo y sus acciones son dirigidas por un control central, probablemente desde la nave de Ashgad, porque no conozco ninguna tecnología que sea capaz de transmitirles instrucciones desde una distancia tan grande como la que nos separa de Chorios.

Leia se cruzó de brazos, y una pequeña línea oscura apareció entre las enérgicas pinceladas de su frente.

—Y por lo que he oído decir son muy, muy caros. ¿Te importaría asegurarte de que suben a su nave y se van?

El noghriano inclinó la cabeza, pero no antes de que Leia tuviese tiempo de ver el chispazo de divertida comprensión que brilló en sus ojos.

—Gshkaath ya se está ocupando de ello, mi señora.

Leia pensó que el mensaje que había recibido quizá la había predispuesto en contra de Ashgad, y meneó la cabeza. Era un peligro contra el que intentaba mantenerse en guardia cada día, pero los prejuicios personales nunca podían ser descartados por completo.

El noghriano empezó a retirarse —los alienígenas tendían a mantenerse prudentemente alejados de los guardias de honor de la Academia, que formaban parte del reducido número de personas enteradas de su presencia a bordo—, pero un impulso repentino hizo que Leia alzara la mano para detenerlo.

—¿Y qué me dices del noble Dzym? —preguntó—. ¿Qué opinas de su olor?

Ezrakh titubeó durante unos momentos antes de responder, y so-pesó la pregunta en silencio mientras los pliegues duros como el cuero de su rostro grisáceo se tensaban en un visible esfuerzo de reflexión. Después meneó la cabeza en una lenta negativa.

—Su olor es humano. Tampoco me gusta, mi señora. No me gustan sus ojos…, pero huele igual que los otros humanos.

Leia asintió, sintiéndose un poco más tranquila.

—¿Querrás venir conmigo? —preguntó—. Y tú también, Marcopio, si eres tan amable —añadió, volviéndose hacia uno de los jóvenes guardias de la Academia con una afable sonrisa.

Leia sabía que los cazadores-asesinos de Honoghr no tenían la culpa de que su peculiar naturaleza hiciese que pudieran descuartizar a un aspirante a asesino antes de que un humano —y particularmente aquellos jóvenes— tuviera tiempo de empuñar un rifle desintegrador, y también sabía que los guardias de la Academia no tenían la culpa de que ella no pudiera permitirse correr el más mínimo riesgo mientras llevaba a cabo aquella misión. Leia había hecho todo lo posible duran-te todo el viaje para asegurarse de que los guardias de la Academia ocupaban su posición habitual junto a ella, y también había procurado dejarles lo más claro posible que los noghrianos sólo eran una reserva, un arma de emergencia a emplear contra una catástrofe inesperada.

Y como diría Luke, nunca podías saber qué grupo iba a ser tu salvación durante una crisis.

Leia llegó a los turboascensores y pulsó el botón de llamada, y encuanto ella y sus dos guardias estuvieron dentro de la cabina, su mano tecleó el código de la cubierta del hangar de lanzaderas.

Capítulo 2

No te reúnas con Ashgad.

Luke Skywalker, inmóvil en el centro de la cubierta de lanzaderas del *Borealis,* contempló la tira de plastipapel que tenía en las manos.

Era pequeña —tendría unos dos dedos de longitud por otros tan-tos de anchura—, y resultaba obvio que había sido arrancada, con mucho cuidado pero sin poder evitar algunos desgarrones, de un trozo bastante más grande de aquella sustancia semitransparente usada para envolver y empaquetar objetos delicados que debían recorrer grandes distancias. Después alguien había hecho una bola con ella y la había ocultado en las entrañas de una cajita de música barata. Las palabras habían sido escritas con un marcador de grafito del tipo que su tío Owen solía usar para marcar las rocas y los trozos de metal cuando recorría los campos.

La melodía que tocaba la cajita —una canción sobre una reina en peligro y sus tres pájaros mágicos— era muy antigua.

Y el mensaje había sido escrito por la mano de Calista.

No confíes en él *y no accedas a ninguna de sus exigencias y, por encima de todo, no vayas al sector de Meridiano. Calista*

El corazón de Luke se había convertido en un ariete que golpeaba sus costillas con un lento palpitar.

Apenas oyó la rápida sucesión de suaves pitidos que resonaron junto a él cuando Erredós emergió de detrás de la aleta del ala-B modificado que se alzaba al fondo del hangar de lanzaderas de la cubierta seis como un muro suspendido en el aire. Cetrespeó, el epítome de los androides de protocolo, le seguía muy de cerca, con su caparazón dorado reluciendo bajo la suave claridad del hangar.

—Erredós afirma que todos los sistemas parecen estar en perfectas condiciones, amo Luke —declaró el androide de protocolo con su engolada voz de tenor mecánico—. Pero personalmente, me sentiría mucho más tranquilo si le viese partir en un aparato más grande dotado de una mayor capacidad de oxígeno.

—Gracias, Cetrespeó —dijo Luke, asintiendo distraídamente pero con la atención totalmente concentrada en la tira de plastipapel que sostenía entre los dedos y en aquella caligrafía firme, enérgica y ligeramente anticuada que cubría una de sus caras.

Estaba viendo las nieves de Hoth y la forma en que la espada de luz de Calina se había enfrentado a la tenue claridad del sol del planeta helado para superarla en brillantez. Estaba viendo aquel bunker me-dio en ruinas y cómo el hielo había centelleado en la despeinada masa marrón humo de la cabellera de Calista. Recordaba las emociones que había experimentado mientras luchaba junto a ella y sentía que Calista formaba parte de él de una manera todavía más íntima que su pie o su mano, sabiendo en todo momento en qué dirección se volvería, hacia donde saltaría o cómo haría que los monstruos de las nieves se vieran empujados hacia la hoja de energía de Luke.

Y junto con los recuerdos de la nieve llegaron los cálidos aromas de aquella noche de Yavin 4 en la que habían yacido el uno en brazos del otro y habían contado estrellas en la ladera de la colina que se alzaba sobre las junglas. Calista le había explicado con gran solemnidad por qué tanto a ella como a otros dos aprendices de Jedi les pareció tan lógica y natural —treinta y tres años antes, en otro cuerpo y en otra vida— la idea de que debían tratar de crear la ilusión de que una vieja estación de transbordo de Bespin estaba llena de fantasmas para tomarle el pelo a su Maestro Jedi, y el porqué aquello había acabado resultando no ser tan buena idea después de todo.

El deseo de estar junto a ella era tan intenso que resultaba casi doloroso. La echaba de menos. La necesitaba.

«He comprendido que no podía volver contigo. Lo siento, Luke…».

La mirada llameante de aquella nave monstruosa, de *Caballero del Martillo, y* el estallido de llamas que había engullido todas las esperanzas de la flota de Daala, la almirante renegada…

Y la voz de Luke llamando a gritos a Calista.

«Tengo mi propia odisea…».

Y la voz cálida y un poco ronca, un poco de muchacho, había llegado hasta él desde la grabación, y los ojos grises habían resplandecido en el óvalo fantasmagórico del rostro de Calina.

«Lo siento, Luke…».

La cubierta de lanzaderas del *Borealis* estaba muy silenciosa. Sólo había unos cuantos oficiales de seguridad, inmóviles alrededor de la vieja chalupa intrasistémica Seinar que había transportado a Seti Ashgad hasta el navío insignia desde el *Luz* de la *Razón* con sus rifles desintegradores blanco-y-plata colgando del hombro, que hablaban en voz baja con el piloto canoso y de aspecto un tanto maltrecho de la chalupa. Ashgad sólo se había traído consigo a su secretario, su piloto y tres sindroides, y Luke estaba en condiciones de asegurar a los guardias de su hermana que era físicamente imposible que una chalupa Seinar pudiera transportar a más de seis humanos. Las chalupas Seinar —y en particular el viejo modelo H-10, el usado por Ashgad— seguían siendo algo así como la columna vertebral del transporte personal en los sistemas pequeños. Durante su juventud Luke había desmontado y vuelto a montar las suficientes para saber que no contaban con ningún compartimiento lo bastante grande para esconder a un ranat, y mucho menos aun humano o una criatura que tuviera las dimensiones de un ser humano.

La chalupa se encontraba en bastante buen estado, pero el metal era viejo y estaba repleto de parches y melladuras. Si Seti Ashgad, quien según Leia era uno de los hombres más ricos de Nam Chorios, no podía conseguir nada mejor, no tenía nada de extraño que estuviera dispuesto a aliarse con el Pando Racionalista para tratar de mejorar las condiciones de vida en el planeta.

Luke volvió a hacer girar el mensaje entre sus dedos.

La cajita de música, un artilugio mecánico tan barato como ingenioso que no contenía ni un solo chip, había sido enviada desde Atraken, pero el análisis del peculiar polvo

cristalino acumulado debajo de los pequeños remaches que sujetaban el panel detrás del que se había encontrado el mensaje reveló que había sido construida en Nam Chorios.

Calista estaba en Nam Chorios.

O había estado allí cuando envió el mensaje.

Erredós emitió una nueva serie de zumbidos, esta vez más suaves. De todos los androides con los que Luke se había encontrado a lo largo de su vida, Erredós era el único que parecía ser capaz de percibir los estados de ánimo de los humanos. Cetrespeó también acababa percibiéndolos —siempre que el problema fuese traducido al binario e introducido en sus receptores al máximo nivel de volumen posible—, pero Erredós sencillamente parecía comprenderlos al instante.

Luke suspiró y le dio unas palmaditas a la cúpula del pequeño androide, tratándola como si fuera la cabeza de un pittino. El puntito de un blanco violáceo del primario de Nam Chorios era visible a través de las fauces bostezantes de la salida del hangar, que estaba protegida por un campo magnético, y centelleaba sobre los colosales estandartes salpicados de motas de la claridad estelar y el polvo galáctico.

Había algo raroen todo aquello, un curioso cosquilleo en la Fuerza que Luke podía percibir incluso a aquella distancia. En cuanto a qué pudiera ser, no lo sabía.

No te reúnas con Ashgad

No vayas al sector de Meridiano.

—¿Puedo serle útil en algo más, amo Luke?

La voz de Cetrespeó era tan atenta y educada como de costumbre. Luke se obligó a sonreír y meneó la cabeza.

—No, no… Gracias, Cetrespeó.

—Según mis cronómetros internos, la reunión que su excelencia ha mantenido con Ashgad ya debería estar terminando en estos momentos. Los protocolos de partida normales consumen un pro-medio de veinte minutos, y usted expresó sus deseos de estar lejos del *Borealis* antes de que el noble Ashgad volviese al hangar de lanzaderas.

Luke echó un vistazo al cronómetro de la pared. El gesto era puramente automático, ya que sabía que la precisión de los sistemas de Cetrespeó era tan elevada que su margen de error máximo era de sólo dos o tres latidos de vibración atómica.

—Tienes razón, Cetrespeó. Gracias… a los dos.

Luke titubeó durante unos momentos y después introdujo la tira de plastipapel en el bolsillo de su mono de vuelo gris.

—Buena suerte, amo Luke —dijo Cetrespeó, y después también pareció pasar por un fugaz momento de vacilación—. Dado que la población estimada de Nam Chorios es inferior al millón de humanos y teniendo en cuenta su carencia de formas de vida indígenas, las probabilidades de encontrar a la dama Calista en el plazo de un año estándar deberían estar levemente por encima del diecisiete por ciento.

Luke se obligó a volver a sonreír.

—Gracias.

Y un diecisiete por ciento en un año no estaba nada mal, desde luego…, no si pensabas en lo vasta que era la porción conocida de la galaxia. Ya había transcurrido un año desde que el *Caballero del Marti*llo se precipitó, envuelto en llamas, en la atmósfera de Yavin 4.

Por lo menos Luke había conseguido reducir su búsqueda a un solo planeta.

Suponiendo que Calista siguiera allí, naturalmente.

¿Y por qué Nam Chorios?

Luke se estaba volviendo hacia la escalerilla que llevaba a la escotilla del ala-B cuando se abrieron las compuertas principales del hangar. Su hermana entró en la cubierta, con las puntas doradas de sus botas brillando debajo de la túnica recubierta de adornos y brocados y la gran capa ceremonial de terciopelo rojo rubí desplegándose detrás de ella a causa de la rapidez de sus zancadas. El joven infante de marina de la Academia que la acompañaba dondequiera que fuese se detuvo y se quedó inmóvil junto a la puerta, y mientras Luke extendía las manos hacia Leia vio a Ezrakh, el noghriano, acechando casi invisible entre las sombras.

—Bien, bien… ¿Sacó un cañón fónico de algún bolsillo secreto e intentó mataste?

Leia sonrió, pero con tan poco entusiasmo que la sonrisa desapareció en cuanto meneó la cabeza.

—Oh, no. Es sólo qué… No sé exactamente de qué se trata, Luke. Quizá se deba a que se parece muchísimo a los hologramas de su padre que he viste. Simpatizo con su causa…, y me refiero tanto a Ashgad como a los Recién Llegados de ese planeta. Pero es un asunto que queda fuera de nuestra jurisdicción. —Sus ojos fueron hacia la chalupa, y no pudo contener una mueca de perplejidad—. ¿Ha venido en eso?

—Parece ser que no exageraba respecto a esas estaciones artilleras. —Luke señaló la mancha negra que se extendía a lo largo de un costa-do de la chalupa—. Un ala-B debería ser lo suficientemente pequeño para poder atravesar las pantallas.

Hubo un incómodo momento de silencio en el que ninguno de los dos supo muy bien qué decir. Para romperlo, Luke metió la mano en el bolsillo de su mono y sacó el mensaje de Calista.

—¿Lo necesitas para algo? Quizá quieras analizarlo, o…

—No, quédatelo. —Leia le puso las manos sobre los hombros y tiró suavemente de ellos para poder besarle en la mejilla—. Ya le hemos sacado todo lo que podíamos sacarle. Cuando hayas llegado ahí abajo, tal vez te proporcione alguna pista sobre dónde puedes dar con ella.

Hubo otro momento de silencio.

—Tiene que volver —acabó diciendo Luke en voz baja y suave—. Si está en la Academia Jedi, tendrá más probabilidades de recuperar su capacidad para usar la Fuerza que si está sola y abandonada a sus propios recursos. Disponemos de todos los registros que se han conserva-do, y contamos con todos los aparatos de entrenamiento que encontraste en Belsavis. El poder Jedi tiene que seguir existiendo en algún lugar de su ser, por muy oculto que pueda estar… Cray Mingla tenía ese poder. Después de todo, no

debemos olvidar que la mente de Calista entró en el cuerpo de una persona que poseía ciertas capacidades Jedi. Y la Academia la necesita, naturalmente.

Leia no dijo nada.

—Y yo la necesito… —murmuró Luke.

—La encontrarás.

Leia siguió sosteniéndole las manos, concentrando todo el poder de su voluntad en hacerle sentir una seguridad que ella no compartía. Nunca había visto a su hermano tan feliz como durante las fugaces semanas que había compartido con aquella dama tan callada, amable y extraña, aquella Jedi que se había reencarnado sin sus poderes…, aquella mujer que había sido un fantasma y había vuelto a la vida.

Pero Leia había estado con Calista en Belsavis, y se hallaba junto a ella cuando Calina comprendió que su capacidad para establecer con-tacto con la Fuerza y usarla no había sido transmitida al cuerpo que le había legado la doctora Cray Mingla. Presenció su dolor, su frustración y la desesperación que había ido creciendo poco a poco dentro de ella, y había hablado con Calina de cosas que ninguna de las dos podía decir a Luke.

«Luke la encontrará», pensó con una repentina tristeza. Aunque no hubiera sabido explicar por qué, Leia estaba segura de que así se-ría…, pero ¿de qué le serviría encontrar a Calista?

—Será mejor que te vayas, Luke —dijo por fin—. Ah, y una cosa más. Cuando estés ahí abajo… Bueno, ¿te importaría echar un vistazo por el planeta? Según Ashgad, el culto theraniano que controla las estaciones artilleras está usando la coerción y la superstición para gobernar a la población de veteranos.

Mientras hablaba, Leia siguió a su hermano hasta el rincón en el que Luke había dejado los suministros que pensaba llevarse consigo: una cantimplora de agua, un pequeño botiquín, tabletas alimenticias… Habían elegido un ala-B en vez del ala-X, de dimensiones más reducidas, en parte debido ala proximidad de los nidos de piratas de Pedducis Chorios, pero también en parte debido a la advertencia de Calista. Los tres sistemas habían sido examinados repetidamente, y todos los informes coincidían en afirmar que no había peligro. Pero aun así Leia seguía estando preocupada. Un ala-B podía acabar con una nave mucho más grande en un combate, pero se hallaba peligrosamente cerca de la masa de objetivo automático calculada para las estaciones anille ras.

—Y si sólo se trata de supersticiones, no hay nada que podamos hacer al respecto —siguió diciendo—. Tienen derecho a elegir creer en lo que más les guste, y votaron mantener en vigor las restricciones al comercio originales por una mayoría abrumadora. Pero si hay coerción de por medio, eso podría dar la razón a los Racionalistas. Tal vez podríamos negociar. El Moff Getelles sigue gobernando el sector de Antemeridiano «en el nombre del Emperador», y eso quiere decir que lo tenemos relativamente cerca.

Ésa había sido otra de las razones que les impulsaron a elegir un ala-B.

—Si los Recién Llegados y los theranianos empiezan a luchar entre ellos, Getelles podría tratar de interferir. Tenemos una fuerza bastante poderosa en la base orbital de Durren, pero preferiría no verme obligada a utilizarla.

Luke asintió. Leia se había quedado inmóvil debajo de la escalerilla, y alzó la mirada para ver cómo Luke trepaba por el largo y frágil tramo de peldaños que subía por la aleta y empezaba a meter las botellas y paquetes en los escasos espacios libres que le ofrecía la cabina. Durante los ya lejanos días de la Rebelión y la interminable campaña de extinción de los estallidos esporádicos de actividad bélica causados por los enfrentamientos con los distintos Moffs, gobernadores y caudillos que se habían autoproclamado Grandes Almirantes del Imperio, Luke había tomado parte en innumerables batallas espaciales y combates individuales. Los señores de la guerra imperiales seguían estando presentes en la galaxia y aún había una flota imperial bastante grande bajo el control de quienes añoraban el antiguo régimen, por lo que Luke suponía que tomaría parte en centenares más. Pero a medida que iba transcurriendo el tiempo, la emoción que predominaba entre todas las que se agitaban dentro de su mente era la pena, y una terrible sensación de impotencia ante toda aquella destrucción innecesaria.

—Procuraré mantener los ojos bien abiertos —dijo. Bajó por la escalerilla hasta reunirse con su hermana y cerró la cremallera de su mono de vuelo, uniendo las dos secciones de ligera y resistente tela metalizada—. Viajar de incógnito debería facilitarme un poco las cosas.

Los ojos de Luke se posaron en la chalupa, cuyo piloto seguía charlando con los guardias. Dada la proximidad de Pedducis Chorios, el envío de una nave de escolta no debería suscitar mucha curiosidad.

—El mero hecho de que Calista haya enviado ese mensaje y de que haya dejado de esconderse durante unos momentos para enviarlo… Bueno, eso quiere decir que está ocurriendo algo, y el que le pareciese que no podía transmitirlo a través del subespacio quiere decir que se trata de algo grave.

Leia meneó la cabeza, y el movimiento hizo que las gemas y ribetes de oro de los prendedores que sujetaban su cabellera brillaran y destellasen.

—Podría ser… Ésa es otra de las cosas de las que quería hablar contigo, Luke. —Apoyó el hombro en la aleta del caza, que se bamboleó de manera casi imperceptible sobre su cuna antigravitatoria, y bajó la voz—. Casi nadie lo sabe, Luke, pero se ha producido alguna clase de filtración en el Consejo. El almirante Pellaeon y Moffs imperiales como Getelles y Shargael, del sector I, están recibiendo información secreta. Rieekan, el ministro de Estado, opina que puede tratarse de alguien del Partido Racionalista…, quizá incluso del mismo Q-Vara, aunque yo creo que es un hombre honrado. Tienen seguidores tanto en la Nueva República como en prácticamente todos los fragmentos del Imperio que siguen siendo lo bastante grandes para sostener una flota.

Leia titubeó durante un momento. Sus labios se fruncieron en una mueca de amargura, y sus ojos castaños parecieron repentinamente mucho más viejos de lo que correspondía a su verdadera edad. Luke vio en ellos los años de terribles luchas y todas

las traiciones: Mon Mothma envenenada; el Consejo desgarrado por las facciones; el almirante Ackbar traicionado, desacreditado y acosado…

—Creo que podría ser prácticamente cualquiera —siguió diciendo Leia en voz baja—, pero Calista sabe algo al respecto.

—Trataré de averiguar todo lo que pueda. —Luke inspeccionó los sellos de su mono de vuelo y los tubos de los sistemas de emergencia del casco, aun sabiendo que ningún sistema era capaz de salvarte la vida cuando se producía una auténtica emergencia en el vacío—. Leia… —murmuró después, extendiendo una mano hacia las de su hermana sin estar totalmente seguro de qué quería decir.

Los ojos de Leia se encontraron con los suyos, y Luke enseguida comprendió la expresión que había en ellos. Antes de cumplir veinte años, su hermana había visto cómo su familia, su mundo y todo lo que conocía eran borrados del universo con despreocupada crueldad para demostrar hasta dónde llegaba el poderío del Imperio. Antes de que Luke llegara a conocerla, Leia ya había perdido una parte esencial de sí misma.

Pero aquella cansada dureza que había en sus ojos, aquella decisión de prepararse y endurecerse para que nada pudiera volver a sor-prenderla nunca más por horrible que fuese… Todo eso parecía algo nuevo.

Y Leia lo sabía. Leia era consciente de en qué se estaba convirtiendo.

—Sigue practicando con la espada de luz, Leia —dijo Luke de repente, no sabiendo qué iba a decir hasta que oyó cómo las palabras iban surgiendo de sus labios—. Kyp o Tionne deberían poder echarte una mano. Son los mejores, los más capaces de establecer contacto con la Fuerza… Te hace falta, Leia, y debo decirte que ahora estoy hablan-do como tu instructor.

La sorpresa borró aquella expresión defensiva de los ojos de su hermana, pero enseguida desvió la mirada. Cuando volvió nuevamente la cabeza hacia él, Leia estaba sonriendo para tratar de ocultar su preocupación.

—Oigo y obedezco, oh gran maestro —dijo burlonamente, negándose a admitir que Luke no podía hablar más en serio.

Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Leia, Luke vio la muda súplica que había en ellos. «Intenta entenderlo, por favor…». Aunque sabía que Leia no podía percibir la oscura disonancia que había en su voz o en su intención, vista durante un momento y enterrada con idéntica rapidez, permitir que la incesante agitación en el seno del Gran Consejo, la complicada investigación sobre los terribles abusos que la Corporación Loronar había cometido en el sistema de Gantho, el juicio de los tervigs que traficaban con esclavos bandies que se iba a celebrar en el Tribunal Galáctico, la educación de sus hijos o cualquier otro entre un sinfín de temas apremiantes la obligara a olvidar su adiestramiento Jedi sería un grave error que no podía cometer.

Aun así, Luke no insistió.

—Dale un beso a los chicos de mi parte. —La atrajo hacia él para darle un rápido y cariñoso beso en la mejilla, superando torpemente el obstáculo del cascajos tubos y los cables—. Ah, y diles a los chicos de la Academia que volveré.

—Ojalá no tuvieras que ir solo. Si pudieras llevarte contigo a Erredós…

Luke subió unos cuantos peldaños de la escalerilla.

—A mí también me gustaría. Pero aun suponiendo que lo des-montara y metiera las piezas en cualquier rincón y debajo del asiento de este trasto, seguiría sin haber espacio suficiente.

Leia retrocedió y contempló en silencio cómo Luke acababa de subir por aquella larga escalerilla y se instalaba en la cabina del ala-B.

—Te enviaré una transmisión subespacial desde Hweg Shul cuando necesite que vengan a recogerme —dijo Luke, y el sistema de comunicaciones del casco convirtió su voz en un chasquido metálico mientras se ponía los arneses de seguridad—. Probablemente incluso antes, si es que consigo encontrar un transmisor lo bastante potente para que pueda aceptar el código…

—La estaré esperando.

Leia desplegó sus sentidos mentales a través de la resplandeciente red interior de la Fuerza y rozó su espíritu con un contacto tan cálido y lleno de amor como un apretón de manos. Luke pudo percibir lo mucho que le agradecía el que intentara acortar la angustia de su espera.

Después Leia y los androides se retiraron, y el piloto de la lanzadera y Marcopio se reunieron con ella en las puertas del hangar en cuanto Leia le hizo una señal al guardia de seguridad. Ezrakh ya había desaparecido entre las sombras del pasillo. Los enormes paneles de metal gris mate se hicieron a un lado para dejarles salir. La última mirada que Leia lanzó al hangar le mostró cómo el ala-B de Luke giraba sobre sí mismo, rotando con ingrávida gracia hasta quedar con la proa vuelta hacia el negro rectángulo salpicado de estrellas del por-tal magnético y el impasible resplandor del ojo violeta de aquel mundo lejano en el que Calina había buscado refugio.

Y después las compuertas se cerraron delante de ella.

«Sigue practicando con la espada de luz…».

¿Por qué había sentido esa repentina punzada de culpabilidad cuando Luke había dicho aquello? «Te hace falta, Leia…».

¿Por qué estaba experimentando esa leve sensación de pánico en el pecho, como si estuviera terriblemente enferma y no se atreviera a preguntarle al médico qué le ocurría exactamente?

Leia sabía que necesitaba practicar.

La luz del comunicador estaba parpadeando en su camarote cuan-do entró en él, pero en cuanto presionó el botón y dijo «Organa Solo», lo único que escuchó fue el débil zumbido de un can*al* abierto. Leia frunció el ceño, molesta y un poco preocupada, y apartó de una patada los pesados pliegues de su capa ceremonial mientras se sentaba delante de la consola.

—Si no nos necesita para nada más, excelencia, Erredós y yo aprovecharemos esta oportunidad para recargar nuestros sistemas —dijo Cetrespeó.

Leia alzó la mirada hacia el androide, siendo repentinamente consciente de que había estado contemplando con expresión pensativa el lento parpadeo de la luz del sistema de comunicaciones.

—Oh… Sí, muy bien. Gracias —dijo.

Después pulsó el botón de otro número del sistema de comunicaciones y, una vez más, sólo consiguió escuchar la sintonía de activación.

Eso ocurría de vez en cuando, por supuesto. Normalmente sólo significaba que el especialista de guardia en el sistema de comunicaciones había ido a la sala de descanso. De joven Leia había tenido la irritante costumbre de codificar y recodificar los números de comunicación cada tres o cuatro segundos hasta que acababa obteniendo algún resultado. Había necesitado años para librarse de ese molesto hábito y ser capaz de relajarse durante unos momentos y hacer otra cosa hasta volver a intentarlo como una persona normal.

Pero la situación no tenía nada de normal. Aunque el sector de Meridiano contenía algunos planetas de la Nueva República y dos grandes instalaciones de la Flota, en la base orbital de Durren y en Cibloc XII respectivamente, la satrapía del sector de Antemeridiano gobernada por el Moff Getelles se encontraba bastante cerca…, y aun-que Leia no creía que Getelles o sus almirantes fuesen lo suficiente-mente temerarios para tratar de enfrentarse a la potencia de fuego combinada del *Borealis* y el *Impenetrable*, seguía siendo consciente de que la misión que la había llevado a los sistemas de Chorios era un secreto muy bien guardado. Si había problemas, la Nueva República tardaría bastante en reaccionar.

Los jóvenes de rostros entusiásticos recién salidos de la Academia se levantaron de un salto cuando Leia volvió a entrar en la antesala y se apresuraron a presentar armas. Leia les devolvió el saludo con una solemne elevación de su mano.

—¿Te importaría hacerme un favor, Marcopio? Ya sé que esto puede parecer pura paranoia, pero tengo una luz de mensaje y no consigo hablar con nadie de comunicaciones. ¿Podrías bajar ahí y enterarte de si se trata de algo urgente?

—Por supuesto, excelencia.

Marcopio se echó el arma al hombro, se inclinó ante Leia y se fue tan deprisa como si estuviera protagonizando un anuncio de recluta-miento de la Academia antes de que Leia tuviera tiempo de darle las gracias. Mientras volvía a su camarote, Leia no pudo evitar sonreír.

Varios miembros del Consejo —y especialmente Q-Varx que, como le ocurría a casi todos los integrantes del Partido Racionalista, adoraba los artilugios— habían estado haciendo todo lo posible para que se aprobara la adquisición de una guardia de honor ejecutiva de sindroides, argumentando que, aparte de eliminar cualquier necesidad futura de usar a los noghrianos, resultaría más barata de mantener a largo plazo y proporcionaría

una seguridad más uniforme y con menos probabilidades de que hubiera traiciones o errores individuales.

Su escritorio —impecablemente ordenado por Cetrespeó, quien había incluido entre sus obligaciones la de recorrer periódicamente el camarote de Leia como un huracán dorado que fuera dejando una es-tela de pulcritud detrás de sí— contenía un cubo publicitario magníficamente escrito y rodado sobre el departamento de sindroides de la Corporación Loronar que ensalzaba la calidad estética, absoluta fiabilidad, elevadas prestaciones y bajo coste («¡Ja!», pensó Leia) de los nuevos androides. «Apenas tienen nada de androides», había afirmado con entusiasmo casi elegíaco la agradable voz del presentador, que resultaba obvio era un sindroide, antes de que Leia pusiera el sonido al mínimo. Aun así, Leia tenía que admitir que Loronar («Siempre ofreciendo lo mejor, y siempre en primera línea») sabía hacer su trabajo: el cubo había estado en su camarote desde el comienzo de aquella misión, y que Leia supiera, hasta el momento el locutor todavía no había repetido ni una sola frase.

Se suponía que la tecnología de los replicantes independientes dotados de un control central podía reproducir la atenta vigilancia y capacidades defensivas de los noghrianos, aunque Leia no creía que eso fuese posible y tampoco estaba muy segura de querer que algo semejan-te fuera comercializado a gran escala Cuando vio a los tres sindroides de Ashgad, tuvo que admitir que tenían un aspecto magnífico, que eran indudablemente muy eficientes y menos ofensivos estéticamente que los androides y, desde luego, que resultaban mucho menos inquietantes que los noghrianos. Liberados de los requisitos concernientes a los sistemas de memoria con que tenían que cargar los androides estándar, a todos los efectos prácticos parecían seres humanos…, suponiendo que quisieras tener a seres humanos haciendo el trabajo de los androides.

Meneó la cabeza, volvió a sentarse delante de la consola de comunicaciones y se sintió repentinamente abrumada por una oleada de fatiga. El Cántico del Día, una facción del Partido de los Derechos de la Inteligencia, sostenía que una guardia de honor era una forma de humillación servil y que debería ser sustituida por androides («¿Es que esos tipos nunca han oído hablar de los disruptores de flujo magnético?»). Pero Leia no consideraba que Ezrakh o el infante de marina Shreel, por ejemplo, fuesen ejemplos de humillación o servilismo. Cuando no estaba de servicio —aunque en realidad un noghriano nunca llegaba a estar totalmente fuera de servicio—, el pequeño cazador-asesino le contaba historias de su infancia en Honoghr y de la esposa y los hijos que tenía allí, exactamente de la misma manera en que los infantes de marina Shreel o Marcopio le enseñaban los hologramas de sus hermanos y sus mascotas.

El Cántico del Día también estaba violentamente en contra de los sindroides, naturalmente, porque opinaba que la carne sintética era una materia viva y tenía sus propios derechos.

Los Oyentes del culto theraniano, que vagabundeaban por el desierto manteniendo largas conversaciones con las rocas, no podían estar más chiflados.

Leia, dominada por un cansando indeciblemente intenso, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. «Estoy muy cansada», pensó de repente mientras sus manos y sus pies se iban enfriando muy deprisa. No tendría que estar tan cansada, desde luego. Respirar no resultaba exactamente doloroso, pero cada inspiración le exigía un considerable esfuerzo. La mano que levantó, o que intentó levantar, para disipar el repentino dolor agazapado detrás de su esternón con un masaje pesaba tanto como si alguien le hubiera puesto un grillete invisible.

«Esto es ridículo», pensó. Todos los integrantes del grupo de Seti Ashgad y de la partida de inspección de buena voluntad de ayerhabían sido meticulosamente examinados. Era el procedimiento habitual, y lo habían seguido al pie de la letra. El examen no había detecta-do virus, microbios o venenos, y los resultados habían sido totalmente negativos.

Un mareo tan repentino como abrumador se adueñó de ella. Leia alargó la mano sobre la mesa para pulsar el botón de comunicaciones, pero se desplomó antes de terminar el gesto y cayó al suelo entre un prolongado suspiro de terciopelo carmesí.

—¿Excelencia? —La puerta se abrió con un siseo—. Excelencia, he estado intentando examinar el flujo de comunicaciones de la flota y… ¡Excelencia!

Cetrespeó entró a toda prisa en el camarote, alzando las manos doradas hacia el techo en un gesto de alarma singularmente humano.

—¿Qué le ocurre, excelencia?

Erredós, que se había mantenido pegado a los relucientes talones metálicos del androide de protocolo, rodó rápidamente hacia Leia y recorrió su cuerpo con un haz de sondeo. Después dejó escapar un zumbido de ánimo claramente informativo.

—¡Ya sé que el ama Leia no se encuentra bien, estúpido cubo de chatarra! Y no me atosigues con tus lecturas de ritmo cardíaco, ¿de acuerdo? —Cetrespeó ya estaba junto a la unidad de comunicaciones de la pared—. *¿Enfermería?* ¿Enfermería? ¡No responden! —Cetrespeó giró sobre sus talones en un giro tan veloz que estuvo a punto de caerse y se encaró con su congénere—. ¡Está ocurriendo algo terrible! Hace unos momentos intenté *ponerme* en contacto con de *Impenetrable* para confirmar nuestra salida hacia de punto de cita, ¡y no he con-seguido que me respondieran! Debemos…

La puerta del camarote se abrió, y el gran rectángulo del quicio reveló la diminuta silueta encorvada de Dzym.

—¡Oh, amo Dzym! —exclamó Cetrespeó—. ¡Ha ocurrido algo terrible! Debe informar inmediatamente a los servicios de emergencia…

Pero Dzym se limitó a salir del haz de apertura de la puerta y fue hacia Leia. Parecía que le costaba un poco caminar, como si estuviera borracho o drogado. Con sus ojos incoloros entrecerrados, en su rostro había una expresión que Cetrespeó —quien nunca había sido excesivamente hábil a la hora de interpretar las *expresiones* faciales humanas, a pesar de que contaba con los programas de reconocimiento de pautas más avanzados disponibles— fue totalmente incapaz de entender o definir: éxtasis, concentración, un dolor vagamente distante y absorto… Dzym permaneció inmóvil junto a Leia durante

unos momentos con la vista bajada hacia ella. Después dobló una rodilla y empezó a quitarse sus guantes de cuero violeta.

La puerta se abrió con un siseo detrás de él.

—¡Dzym! —gritó Ashgad, cruzando el umbral mientras su secretario se volvía hacia él.

—Oh, amo Ashgad… —empezó a decir Cetrespeó, dando un paso hacia adelante.

—Ocupaos de él —se limitó a decir Ashgad.

Un sindroide andrógino de rubios cabellos cruzó el umbral detrás de él y envió a Cetrespeó al otro extremo del camarote con un potente empujón. El sindroide contaba con la asombrosa fortaleza de los cables y las articulaciones hidráulicas y Cetrespeó, a pesar de la excelencia de su construcción, no poseía un gran sentido del equilibrio. El androide de protocolo se derrumbó ruidosamente en un rincón, manoteando y haciendo frenéticos intentos para volver a levantarse.

—Basta —dijo Ashgad, bajando la vista hacia Dzym y sosteniéndole la mirada. Un mudo acuerdo que habría resultado ininteligible para cualquier observador pasó del uno al otro y fue entendido por ambos—. Libérala.

—Pero mi señor… Puede revivir antes de que…

—¡Libérala! ¡Ahora!

Las comisuras de los labios de Dzym se inclinaron hacia abajo en una fugaz mueca de irritación. El secretario cerró los ojos y se concentró durante unos momentos.

—Muy bien —dijo después de hacer una corta inhalación de aire—. La acción ha sido detenida.

Ashgad se volvió hacia Leia. Erredós, que seguía inmóvil junto a ella con su pequeño brazo manipulador desplegado hacia abajo como si estuviera intentando despertarla, volvió a adoptar la postura erguida y se apresuró a retroceder.

—¡Alto! —gritó Cetrespeó—. ¡No! —Por primera vez, el androide de protocolo experimentó un destello de intuición casi humana y comprendió que aquel hombre no tenía la más mínima intención de llevar a la jefe de Estado a la enfermería—. ¡Detenlos, Erredós!

Pero Ashgad era humano y Erredós, aunque poseyera una cierta capacidad defensiva gracias a su soldador electrónico, era tan incapaz de atacarle como lo habría sido de bailar sobre una cuerda floja. Atacar a un humano era algo que los androides guiados por una programación normal eran sencillamente incapaces de hacer.

Ashgad se levantó, con el flácido cuerpo de Leia en sus brazos. Los pliegues de terciopelo rojo de su traje ceremonial casi rozaban el suelo.

—Debes esperar hasta que la chalupa esté… —empezó a decirle al sindroide—. ¿Sí, Liegeoi?

Un hombre delgado que siempre parecía estar muy cansado —y al que Cetrespeó enseguida reconoció como el piloto de la chalupa— entró en el camarote después de que la puerta volviera a abrirse con su siseo de costumbre.

—Ya está —dijo el piloto—. He lanzado el relé automatizado con las proyecciones retrasadas de los últimos informes para las dos naves. He utilizado residuos de los archivos activos de los dos sistemas de ordenadores, así que no debería haber forma de distinguir esos mensajes de unas transmisiones reales.

Su rostro era una mancha blanca enmarcada por la masa oscura de sus cabellos canosos y sus labios estaban muy tensos, como si acabara de vomitar.

—Todos parecen estar muertos o incapacitados tanto en una nave como en otra —siguió diciendo mientras lanzaba una rápida mirada a Dzym, cuyos ojos habían vuelto a adquirir aquella peculiar expresión entre absorta y distante.

—Sí —murmuró Dzym, y sonrió—. Oh, sí.

Liegeo se apresuró a desviar la mirada. Sus ojos estaban llenos de dolor y repugnancia.

—Los sindroides han ido al navío de escolta con una de las lanzaderas —dijo—. No deberían tener ninguna dificultad para subir a bordo.

La puerta se abrió mientras se volvían para ir hacia la antesala. Cetrespeó pudo ver al noghriano llamado Ezrakh caído en el suelo junto al umbral. El alienígena aún se movía un poco, pero su rostro ya estaba lívido con la palidez de la muerte inminente. Ashgad pasó sobre él con Leia en brazos y después pasó por encima de los otros cuerpos, humanos y noghrianos, esparcidos sobre el suelo entre Ezrakh y la otra puerta. Los pliegues de la túnica de Leia se deslizaron sobre sus caras. Dzym se arrodilló durante unos momentos junto a Ezrakh, y sus manos enguantadas parecieron flotar sobre el rostro y la garganta del guardia agonizante mientras un intensísimo placer invadía sus rasgos. Liegeo desvió la mirada y se aseguró de no rozarle mientras pasaba junto a él.

La puerta se cerró, ocultando al grupo y disipando para siempre lo que Ashgad pudiera decir a continuación.

—¡Oh, haz algo! —gritó Cetrespeó e intentó levantarse. Erredós rodó rápidamente hacia él y extendió su soldador, ofreciéndoselo como una especie de brazo-palanca para prestarle ayuda—. ¿Por qué no hiciste nada, condenada sumadora ignorante? ¡Debemos detener a esos hombres! ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Están secuestrando *a la jefe* de Estado!

La puerta de la antesala se abrió en cuanto Cetrespeó la rozó con los dedos. El androide de protocolo titubeó durante unos instantes al tropezarse con el cadáver de Ezrakh, cuyos ojos estaban muy abiertos y llenos de horror, y después giró sobre sus talones sin saber qué hacer. La puerta del pasillo se abrió con un silbido, y lo que reveló dejó paralizado a Cetrespeó. Dos noghrianos yacían en el suelo: uno de ellos todavía respiraba, tragando aire y expulsándolo con lentos y ásperos jadeos que se iban convirtiendo en estertores, pero el otro estaba totalmente inmóvil. Ninguno de los dos cuerpos mostraba señales de lucha o violencia.

—¡Hangar de lanzaderas! —gritó Cetrespeó, tecleando el código en el comunicador mural—. ¡Hangar de lanzaderas! ¡Hay que detener a esos hombres!

No hubo ninguna respuesta aparte del gemido estridente de una señal de bloqueo oculta en algún lugar del sistema.

Cetrespeó se apresuró a seguir a Erredós, que ni siquiera se había detenido, y dio un tambaleante rodeo para no tener que acercarse a los guardias muertos que yacían en el pasillo.

—¿Qué puede haber causado esto? Los análisis sintomáticos indican…

Erredós se detuvo tan de repente que Cetrespeó estuvo a punto de chocar con su congénere. El pequeño androide acababa de encontrar el cuerpo de un tercer guardia de la Academia. Erredós extendió su brazo manipulador para sacudir el hombro del joven, y Cetrespeó vio que el muchacho, el infante de marina llamado Marcopio, tenía un lado de la cabeza amoratado por un potente golpe.

—¡Despierte, infante de marina Marcopio! ¡El noble Ashgad ha secuestrado a su excelencia! —aulló Cetrespeó en cuanto detectó el primer signo de que el joven estaba recuperando el conocimiento.

Marcopio se sentó en el suelo y dejó escapar una palabra cuyo significado y articulación eran conocidos por Cetrespeó en casi un millón de lenguajes, pero que su programación le impedía pronunciar en ninguno de ellos.

—¡Toda la nave ha sido envenenada!

Marcopio se puso en pie con un movimiento tan fluido y lleno de agilidad que Cetrespeó experimentó una fugaz punzada de envidia al verlo.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero estos síntomas recuerdan más a una enfermedad que a un veneno —le informó Cetrespeó con visible preocupación—. Para ser exactos, mi banco de datos indica una correlación del noventa por ciento con una plaga llamada Semilla de la Muerte que hizo estragos en la galaxia hace siete siglos. Pero no en-tiendo cómo es posible que…

—Sea lo que sea, la enfermería se ha convertido en un caos. —El muchacho recogió su arma ceremonial y echó a andar por el pasillo con unas zancadas tan largas y veloces que los dos androides apenas pudieron mantenerse a su altura—. La dotación del cuarto de máquinas consiguió bloquear las compuertas. Sorprendí al piloto de Ashgad, si es que es un piloto, manipulando los registros de transmisión…

—¡Van a hacerle algo a las dos naves! —gritó Cetrespeó—. ¡Quieren destruirlas! Dijeron que tenían que salir de aquí lo más deprisa posible. ¡Estamos perdidos!

—No si conseguimos llegar a uno de los botes de exploración.

Las estrellas ya se estaban moviendo al otro lado del enorme rectángulo de la escotilla magnética cuando el infante de marina Marcopio y los dos androides llegaron a la cubierta del hangar de lanzaderas. La chalupa ya había partido, y se estaba convirtiendo en un diminuto copo gris que se empequeñecía rápidamente entre la negrura. Los tres guardias del hangar yacían muertos en el suelo, sin ninguna señal de violencia y con los rostros llenos de paz. El Luz dela *Razón* era una pequeña mora espacial, un amasijo de cuentas formado por los minicascos negros, plateados y de color bronce y, aún más lejos, se podía distinguir la punta de flecha plateada del *Impenetrable*, que también se estaba moviendo.

—¿Adónde van? —exclamó Cetrespeó, deteniéndose de golpe para observar el panorama. Creyó ver que algo se movía entre las sombras, algo minúsculo que correteaba a lo largo de la pared, y volvió la cabeza en un intento de seguirlo con sus sistemas visuales—. Les oí decir que no quedaba nadie *vivo* a bordo de esa nave…

Marcopio le agarró del brazo y tiró de él, arrastrando a Cetrespeó hacia la rampa del pequeño aparato de exploración.

—La están alejando de la periferia de los sistemas de Chorios —dijo, cerrando la compuerta del bote de exploración detrás de ellos y dejándose caer en el asiento de los controles del puente—. Si Ashgad ha secuestrado a la dama Solo, si ha conseguido encontrar alguna forma de envenenar a las tripulaciones de las dos naves o si… Bueno, sea cual sea el sistema que ha usado no querrá que nadie se entere de que esas naves han desaparecido hasta que haya transcurrido algún tiempo.

El joven infante de marina movió palancas, comprobó lecturas y activó los relés de emergencia para volver a abrir la salida magnética mientras las estrellas iban acelerando su deslizamiento al otro lado del campo a medida que los diminutos puntitos que eran los sistemas de Chorios iban quedando detrás de ellos.

—Supongo que luego dirá que cuando se fueron de aquí todo el mundo se encontraba perfectamente —murmuró—. Mirad esto.

Marcopio sintonizó el canal codificado de espacio profundo de la Red. La pantalla les mostró a los dos cruceros de la Nueva República avanzando majestuosamente por el vacío hacia el punto de salto estándar de Coruscant, que se encontraba al otro extremo de los sistemas de Chorios. La imagen se desvaneció para ser sustituida por el rostro de Leia, quien empezó a informar de que la conferencia había sido un éxito.

Un pequeño diluvio de luces parpadeó sobre el ceño fruncido de Marcopio, y la voz impasible de una grabación de emergencia empezó a emitir un monótono anuncio.

—Esta nave acaba de entrar en la segunda fase de la secuencia hiperespacial. Utilizar un aparato de exploración en estos momentos puede resultar extremadamente peligroso. Esta nave acaba de entrar en la segunda fase de la secuencia hiperespacial…

—¡El hiperespacio! —gimoteó Cetrespeó—. ¿Quién puede estar manejando los…?

—Uno de los sindroides. No queda nadie más con vida. —Marcopio levantó delicadamente el bote de exploración de sus anclajes e hizo girar su proa hasta dejarla dirigida hacia el rectángulo negro de la salida—. ¿No puedes hacer que ese trasto deje de aullar?

—Lo lamento muchísimo, infante de marina Marcopio, pero mi programación me prohíbe interferir con el funcionamiento de cualquier equipo de seguridad.

El joven, el labio atrapado entre los dientes y la *frente* reluciente de sudor, llevó a cabo una última secuencia de ajustes mientras la voz de advertencia repetía una y otra vez que utilizar cualquier clase de aparato de exploración en aquellos momentos era extremadamente peligroso. Un instante después pudieron ver, delante de ellos y en el centro de la salida, cómo el *Impenetrable* emitía un potente destello al *virar,* aceleraba y acababa desvaneciéndose entre un pequeño estallido de luz hiperazul.

—¿Adónde pueden estar yendo? —protestó quejumbrosamente Cetrespeó—. Ni siquiera se han acercado al punto de salto para Coruscant. Si consiguiéramos extrapolar unas coordenadas a partir de su punto de salto para averiguar hacia dónde van…

—No van a ningún sitio. —Marcopio había empezado a jadear mientras ajustaba los controles. Las imágenes digitalizadas del navío insignia y su escolta continuaban llenando la pantalla descodificadora ante ellos, mostrando cómo las dos naves seguían flotando entre los mundos vacíos y desprovistos de vida que formaban la mayor parte de aquel sector—. Han llevado las naves al hiperespacio y punto. ¿Es que no lo entiendes? Lo importante es que su excelencia desaparezca sin dejar rastro después de que se la haya visto abandonar el punto de cita sana y salva. Deben de estar utilizando un sistema de trucaje holográfico de alta potencia. —Marcopio se llevó la mano al pecho, como si quisiera darse masaje para aliviar algún dolor oculto en sus profundidades—. Y ahora, agarraos…

Empezó a ejercer una suave presión sobre las palancas, desplazándolas hacia delante mientras las gotitas de sudor chispeaban sobre sus cortos cabellos bajo el doble resplandor de las luces de advertencia color ámbar y carmesí, haciendo que pareciesen una suave capa de ante pegada a la piel. El pequeño aparato de exploración, que tenía la forma de una caja, se deslizó a través de la salida magnética y apenas estuvo en el espacio descendió y describió un rápido viraje para esquivar las emisiones de los estabilizadores del *Borealis*, adquiriendo velocidad a medida que interactuaba con un navío mucho más grande que estaba avanzando a millares de kilómetros por segundo.

Cetrespeó, con los circuitos momentáneamente bloqueados por la preocupación, se agarró al respaldo del asiento del navegante. Erredós dejó escapar un largo gimoteo musical cuando el bote de exploración pasó a escasos centímetros de los depósitos secundarios de la nave. La estela del campo magnético del navío insignia envolvió al pequeño aparato y lo sacudió de un lado a otro como si fuera una astilla de madera capturada por la marea. Las morenas manos de Marcopio se movieron vertiginosamente sobre el tablero, danzando de las palancas al control de pilotaje y los conmutadores mientras enormes láminas de metal recubiertas de remaches desfilaban a una velocidad vertiginosa por delante de las mirillas de observación, alternándose con repentinos muros de negrura interestelar que ya brillaba con los efectos de variación lumínica de la secuencia hiperespaciaL El bote de exploración por fin quedó libre de la estela magnética y giró erráticamente sobre su eje, haciendo que las estrellas, las naves y los planetas se bambolearan en un loco rodar al otro lado de los cristales de las mirillas.

Después hubo un destello cegador, excesivamente cercano para que pudiera ser contemplado sin temor, cuando el *Boreal*is se sumergió en el vacío iridiscente de la cuasi-realidad que, a falta de otro término más adecuado, era conocida como «hiperespacio».

Mientras Marcopio estabilizaba el bote de exploración y ponía fin a su frenética rotación, el *Luz* de la *Razón* también había abandonado su órbita muy a estribor de ellos *y ya* estaba avanzando hacia el primario de Nam Chorios como una lágrima incandescente.

—¿Cree que deberíamos perseguirlos?

—¿Para qué? —Las manos del joven infante de marina temblaban sobre la consola—. ¿Para lanzarles escupitajos, quizá? Esto es un bote de exploración, no un ala-E. Y además somos demasiado grandes para poder atravesar las pantallas de esas estaciones artilleras de las que hablaron…

Marcopio inclinó la cabeza hacia el visor, donde el *Luz* dela Razón se iba empequeñeciendo entre las estrellas.

—A juzgar por el aspecto de esa nave, yo diría que puede des-componerse en secciones de propulsión independiente que bajarán al planeta una por una dejando el reactor principal en órbita —siguió diciendo—. Es la única manera de conseguir la masa suficiente para disponer de un mínimo de capacidad hiperespacial.

Hizo que el bote de exploración describiese un largo viraje y empezó a introducir las coordenadas. Su joven rostro parecía haber envejecido de repente a causa de la pena y el abatimiento.

—¿Qué sabes de Pedducis Chorios? —preguntó—. Es la civilización más cercana.

—Bueno, en realidad no me parece que se la pueda llamar civilización —respondió cautelosamente Cetrespeó—. Los señores de la guerra lo-cales están utilizando los servicios de ciertas gentes a las que llaman asesores, pero en realidad se trata de *ex* contrabandistas, renegados imperiales, mercenarios a sueldo de las grandes empresas del sector y fugitivos de la justicia imperial y republicana. Tiemblo sólo con pensar en lo que sería de nosotros si fuéramos allí, o lo que le ocurriría a su excelencia si alguien llega a enterarse de lo apurada que es su situación actual.

Marcopio asintió y volvió a corregir el nimbo.

—Pues entonces tendremos que ir a la base orbital de Durren, y… —Se interrumpió e intentó tragar aire, el rostro repentinamente grisáceo alrededor de los labios—. ¿Habéis sido programados para pilotar un aparato de estas características en cuanto salgamos del hiperespacio?

Erredós, que *ya se* había soltado de su cuna de despegue, dejó escapar un silbido lleno de optimismo y Cetrespeó se apresuró a intervenir.

—Oh, no, señor —dijo firmemente—. Sólo hemos intentado des-empeñar funciones de pilotaje en una ocasión, y los resultados fueron altamente insatisfactorios. Puedo asegurarle que los aparatos más modernos quedan totalmente fuera de las capacidades de nuestra programación. Como ya sabe, yo soy un androide de protocolo, y aunque Erredós es un androide astromecánico muy competente… Eh… Bueno, me temo que padece ciertas limitaciones en otras áreas.

El joven volvió a asentir, apoyó la frente en el puño y dejó escapar el aliento bajo la forma de un largo suspiro. Cetrespeó vio que seguía temblando, y supuso que sería a causa del shock o el cansancio. Algunos humanos sencillamente tenían menos aguante que otros.

—No estamos tan lejos de Durren, señor —dijo, intentando darle ánimos—. La nave debería ser capaz de arreglárselas por sí sola hasta que tengamos que entrar en órbita. Si

desea acostarse y descansar un rato, no le quepa duda de que puedo despertarle cuando tenga que volver a pilotar la nave para llegar a la base.

El infante de marina Marcopio dejó transcurrir unos segundos interminables antes de responder.

—Sí —murmuró por fin—. Supongo que tendremos que hacerlo de esa manera.

Se levantó, perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en la rechoncha masa de Erredós para no caer. El androide astromecánico se apresuró a rodar hacia él para ayudarle a llegar hasta el angosto catre insta-lado en un pequeño compartimiento al otro lado de la puerta de la sala de control. El joven buscó la manta a tientas, como si no pudiera verla, y Erredós extendió su brazo manipulador, tiró de ella hasta taparle y emitió un suave trino electrónico de consuelo y despedida mientras salía del compartimiento.

Cuando Cetrespeó volvió a entrar en él treinta minutos después para preguntar al joven infante de marina cuánto tardarían en poder iniciar el trayecto subespacial hasta la base de Durren, se encontró con que Marcopio había muerto.

Capítulo 3

La Fuerza estaba por todas partes, una presencia palpable que la calentaba con tanta delicadeza como la luz del sol.

Acostada —¿sobre un diván, o sobre los cristales parecidos a dientes grandes como puños que cubrían las llanuras del fondo del viejo mar hasta allí donde podía llegar la vista?— Leia Organa Solo gozaba del calor de la Fuerza, Absorbía a través de su piel aquella irradiación, mucho más cálida que la uña-clavo carente de calor del sol, empapándose de ella igual que si su cuerpo se hubiera vuelto tan transparente como el de los plasmares amebianos del oscuro Y'nybeth.

Alguien le decía algo, pero Leia estaba profundamente dormida y no podía entender las palabras.

Y Leia se entregó a los sueños.

Estaba en el palacio de su padre, en Aldera. Su estudio era una sala jardín delimitada por una doble hilera de columnas blancas como la nieve al otro lado de las cuales se extendía una pequeña pradera, más allá de *cuya* barandilla curvada se podían distinguir las aguas azules del lago y las interminables llanuras de hierba peinada por el viento que las sucedían. El embriagador aroma de la hierba se esparcía por todas partes gracias a las cálidas brisas, y Leia podía oír el delicado susurro de las campanillas eólicas esparcidas entre las columnas y los suaves trinos y murmullos de los cairokas, los sonidos de su infancia. Su padre estaba allí. Leia le estaba mostrando a sus niños, Jacen, Jaina y Anakin, crecidos y ya convertidos en adolescentes, cada uno de ellos con el rostro que Leia sabía sería el suyo algún día.

—Has sabido crear unas vidas magníficas, hija. —Bail Organa extendió una mano para acariciar la abundante cabellera castaña de Jaina. El anillo de oro que rodeaba su dedo brillaba como un fragmento del último crepúsculo del mundo—. ¿Qué les has enseñado a estos jóvenes Jedi de la casa de Organa?

—Les he enseñado a amar la justicia tal como tú la amabas, padre.

—La voz de Leia resonó suavemente en el apacible crepúsculo de la gran sala. —Les he enseñado a respetar los derechos de todas las criaturas vivas. Les he enseñado que la ley se encuentra por encima de la voluntad de cualquier individuo.

—Pero nosotros sabemos que hay otras cosas en el universo. —Anakin habló con la voz temblorosa y a punto de quebrarse propia de un adolescente, y cuando dio un paso hacia adelante en su rostro había una horrible sonrisa amenazadoramente extraña, y sus ojos azules y cristalinos ardían con una luz que Leia jamás había visto cuando estaba despierta—. Somos Caballeros Jedi, y tenemos el poder de los Jedi.

La hoja de energía de su espada de luz lamió las sombras como una lengua carmesí y partió por la mitad al padre de Leia.

Leia saltó hacia atrás para apartarse del cadáver partido en dos secciones que ya estaban cayendo al suelo, gritando, gritando… ¿Por qué no podía conseguir que el grito se abriera paso a través del peso asfixiante del sueño? El cuerpo de su padre yacía hecho

pedazos entre las sombras, cauterizado allí donde la hoja de energía había separado el tórax de la pelvis y con sólo un delgado hilillo de fluido amarronado deslizándose hacia los pies de Leia, como un gusano que se arrastrara sobre el suelo de mármol. Un grito inarticulado escapó de los labios de Leia Ni ella misma sabía qué había intentado decir, peroJacen, Jaina y Anakin se volvieron al unísono para clavar los ojos en su rostro.

Los tres empuñaban espadas de luz. Tres hojas brillaron en la penumbra, rojas columnas de energía resplandeciente cuya luz hizo aparecer seis llamas rojas en tres pares de ojos demoníacos.

—Somos Jedi, madre —dijo Jaina—. La ley no se ha escrito para nosotros. Podemos hacer lo que queramos.

—Ése es el gran regalo que nos has hecho —dijo Anakin—. Somos Jedi porque tú *eres* Jedi. Somos lo que eres. —Se volvió para contemplar las dos mitades del cuerpo de Ball Organa, los ojos abiertos y vidriados por la perplejidad, la mano extendida con su anillo de oro—. Y de todas maneras, en realidad no eras hija suya.

—¡No! —aulló Leia—. ¡No!

Las imágenes se desvanecieron entre un torbellino de oscuridad, y de repente oyó la voz de Luke.

—Aprende a usar la Fuerza, Leia. Debes hacerlo.

—¡Nunca!

«Debes hacerlo…».

Leia no estaba muy segura de que la voz fuese realmente la de Luke. El calor de la Fuerza la envolvió y la consoló, pero era como si sólo pudiera ver su luz a través de una mirilla o del hueco de una puerta. Leia yacía inmóvil entre las sombras, y las sombras estaban muy frías.

Oyó un movimiento detrás de su cabeza y abrió los ojos.

Cuando las fuerzas rebeldes tenían que trasladarse continuamente de un planeta a otro para huir dula implacable persecución de la flota del almirante Piett, Leia había conocido a un hombre llamado Greglik que pilotaba un transporte de mineral reacondicionado. Greglik era un buen piloto, pero también era un adicto *cuya* adicción se había ido volviendo progresivamente incontrolable hasta que consiguió que tanto él como diecisiete combatientes de la Rebelión murieran en una estúpida colisión con un asteroide.

Y de repente Greglik había vuelto a su memoria. Una noche, cuando estaban esperando un ataque en unos cuarteles generales provisionales en Kidron, Greglik le había contado lo que significaba ser un adicto y cómo había que mezclar las drogas para obtener el matiz exacto del arco iris de daños mentales adecuados para el estado anímico que quisiera disipar.

—Si estás triste puedes usar el brillestim —le había dicho y sus ojos castaños habían adquirido una expresión entre distante y soñadora, como si estuviera recordando el gran amor de su vida—. Todo parece volverse más nítido e intenso, como si cobrara una nueva vida, como si todo tu cuerpo hubiera vuelto a nacer y todo tu futuro hubiera renacido con él… Y para esas noches en las que tu alma arde con el escozor de la ira que querrías dejar

caer sobre todas las personas que te han robado ose han burlado de ti, siempre tienes el pirepenol. Un par de dosis de pirep y podrás escupir sobre las Parcas que tejen la hebra de tu existencia. Cuando sientes deseos de llorar por la chica a la que podrías haber salvado si hubieras hecho esto en vez de aquello, tienes que confiar en el extracto de raíces de tenho de Santheria. Ah, sí, ése es el veneno que has de escoger para esos momentos, porque es suave, suave… Sí, es tan suave y tan delicado como los rayos de sol que se abren paso a través de las nubes al final del día.

Y entonces Greglik había sonreído y el desprecio que Leia sentía hacia él se transmutó repentinamente en compasión cuando comprendió, por primera vez, todo lo que aquel hombre se había hecho a sí mismo para poder disfrutar de aquellas ilusiones baratas. Greglik había sido un hombre apuesto, tan bronceado y rubio como un dios irresistible pero, como les ocurría con terrible rapidez a la inmensa mayoría de adictos, la droga le había convertido en un ser asexuado que carecía del valor necesario para enfrentarse a una relación o defender sus propias opiniones.

—Pero hay momentos en los que sólo el brote de la dulzura puede ayudarte. Es una suerte que no sea adictivo —había añadido con una sonrisa—, porque sólo necesitaría una semana para detener los engranajes de la civilización en toda la galaxia.

—¿Tan mortífero es? —había preguntado Leia.

Greglik se había echado a reír.

—Mi querida niña, muy pocas drogas son tan mortíferas. No, lo que te destruye es lo que te hacen… Los efectos del brote de la dulzura son idénticos a los del sueño. Un poquito de su jugo, quizá sólo dos gotas, y es como si acabaras de despertarte, como si revivieras ese momento en el que tu mente todavía no es capaz de enfrentarse a ninguna labor, cuando te quedas sentado en la cama con el pijama puesto y piensas que ya harás lo que tienes que hacer en cuanto te sientas un poco más despierto… Pero nunca lo haces, naturalmente. Cinco gotas bastan para que puedas disfrutar de una eternidad de estar sentado y quieto, hecho un ovillo, sintiéndote maravillosamente a gusto y sin pensar en nada mientras contemplas cómo las viboraicas tejen sus telarañas u observas los dibujos que forman las motas de polvo. Tu mente está perfectamente despejada, pero el motor de encendido se niega a funcionar. Siete u ocho gotas y quedas paralizado. Estás despierto no te mueves porque no puedes moverte, igual que ocurre esas mañanas en las que abres los ojos pero todo tu cuerpo sigue estando dormido. Es una buena manera de soportar los días en que…, oh…, los días en que te ocurren ciertas cosas de las que preferirías no enterarte.

«¿Como por ejemplo ver destruido tu mundo y tener que presenciar la muerte de todas las personas a las que conoces?», había pensado Leia en aquel momento. Leia había plantado cara a aquellos horribles recuerdos ayudando a Luke y Han a escapar con los planos de la Estrella de la Muerte, forjando así el primer eslabón de la cadena de acontecimientos que había acabado convirtiendo la superarma con la que soñaban el Gran Moff Tarkin y el Emperador en una nube de polvo interestelar.

Había cambiado de tema, y Greglik había muerto unas semanas después. Leia llevaba años sin pensar en él o en aquella conversación.

Pero las palabras de Greglik volvieron a su mente en cuanto oyó el suave chasquido de una puerta que se abría detrás de ella y el susurro de unos pliegues de tela que se agitaban justo allí donde terminaba su campo visual. Leia, aterrorizada, intentó volver la cabeza y descubrió que no podía hacerlo.

No podía mover ni un solo músculo de su cuerpo.

«El brote de la dulzura…», pensó.

El pánico se adueñó de ella. Ya no cabía duda de que alguien se estaba acercando al diván sobre el que yacía. El pesado traje ceremonial de terciopelo que se había puesto para acudir a su cita con Ashgad seguía envolviendo el cuerpo de Leia como un sudario de plomo meticulosamente moldeado. Había una puerta o un panel de transpariacero alargado en la *pared* enfrente de sus pies, y el extremo inferior del trapezoide de pálida luz solar que lo atravesaba le rozaba las rodillas, impregnándolas con un desagradable calor por debajo de los pliegues del terciopelo. La pared que envolvía aquella entrada era una masa de permacreto de color plomo que no había sido alisado ni revocado, y más allá de ella Leia podía ver una terraza pavimentada, un murete de permacreto y un inmenso vacío saturado por una claridad dorada entre melosa y curiosamente áspera.

El susurro de la tela volvió a llegar a sus oídos. Leia percibió la vibración creada por una mano que acababa de posarse sobre las tallas que cubrían el respaldo del diván.

Las patas arañaron el suelo de permacreto con un tenue chirrido cuando el diván empezó a ser arrastrado hacia atrás y se fue alejando del rectángulo de luz solar para adentrarse en las sombras más oscuras de la habitación.

Cada átomo del cuerpo de Leia gritó y se debatió, esforzándose desesperadamente en un frenético intento de levantarse, de luchar —o por lo menos de volver la cabeza—, y los átomos del brote de la dulzura que acechaban dentro de su organismo se rieron de ella y la mantuvieron inmóvil.

Las manos que habían estado arrastrando el diván lo soltaron de repente.

«¡Levántate, levántate, levántate!».

Dzym apareció ante la cabecera del diván. Se quedó inmóvil, inclinó la cabeza y contempló a Leia con aquellos ojos enormes y total-mente desprovistos de color —(«A bordo de la nave eran castaños. Estoy segura de que entonces tenía los ojos de color castaño…»)—, y Leia pudo ver que la piel de su garganta, allí donde quedaba revelada por el cuello abierto de su holgada túnica gris, era de un marrón purpúreo, reluciente y casi imperceptiblemente articulada. Tenía un aspecto quitinoso, y no se parecía en nada a la piel humana. Cuando Dzym se sentó junto a ella en el diván y le tomó las manos, Leia pudo ver que las franjas de piel visibles entre sus guantes y las mangas de la túnica tenían el mismo aspecto que la piel del cuello.

Dzym se dio cuenta de que Leia le estaba mirando y sonrió, deslizando una lengua muy larga y muy puntiaguda sobre unos dientes marrones que parecían terriblemente afilados. Mientras sus ojos sostenían la mirada de Leia, Dzym movió el hombro en un

lento giro para que no pudiera verle las manos y se quitó los guantes. Leia sintió cómo los depositaba sobre su brazo. Después Dzym tomó la mano izquierda de Leia entre las suyas.

Una terrible sensación de hundirse en el vacío y un dolor que se fue extendiendo lentamente por todo su pecho volvieron a adueñarse de ella tal como lo habían hecho cuando estaba en su camarote del *Borealis:* un frío que se iba intensificando poco a poco, una lenta erosión de su aliento…

«Me estoy muriendo», pensó Leia, tal como había pensado entonces. Vio cómo los delgados y oscuros labios del secretario se separaban para formar lo que podía ser una sonrisa, o quizá tan sólo un suspiro de saciedad. Un resplandor extático iluminaba su rostro, igual que lo había iluminado cuando estaba en la nave.

Dzym se incorporó y caminó lentamente alrededor del diván hasta quedar detrás de ella. Apartó sus cabellos y puso las manos sobre los lados de su cuello. Algo que no era ni frío ni dolor, pero que resultaba más aterrador que cualquiera de esas dos cosas, se abrió paso a través de Leia y la desgarró como una cuchillada impalpable.

«No, por favor… Basta, basta… —pensó, y los pensamientos se sucedieron vertiginosamente unos a otros dentro de su cabeza—. Han… Han… —Y después, y antes de que perdiera la capacidad de pensar, la ira aplastó al miedo—. Acaba conmigo ahora que puedes, maldito parásito escuálido, porque si no lo haces juro por la mano de mi padre que te romperé tu apestoso cuello».

Y entonces Leia se hundió en un mar de tinieblas, y su mente se ahogó en un océano de oscuridad.

Una multitud de voces aullaba dentro de la Fuerza.

Había centenares de voces, y Luke podía percibir con toda claridad su terror y su desesperación. «Se están muriendo», pensó, y durante esa primera y desgarradora lanzada de pánico también pensó que Leia era una de las criaturas que estaban muriendo, aterrorizadas y atrapadas en la soledad más absoluta. Pero el clamor era tan terrible que no podía estar seguro de ello.

Su mano salió disparada hacia el panel de comunicaciones e hizo aparecer las imágenes del *Borealis y* su escolta, que ya se encontraban muy lejos. Las lecturas indicaban que las dos naves iban hacia el punto de salto de Coruscant, y la transmisión visual de larga distancia confirmó los datos de las lecturas. Luke se dijo que tal vez debería tratar de ponerse en contacto con ellas —el sistema de comunicaciones de su ala-E disponía de un codificador de seguridad—, pero la posibilidad de que su transmisión fuera captada por los agentes de Getelles, o por alguna otra de las amenazas sin nombre que acechaban en el espacio, acabó disuadiéndole. Lo que hizo fue activar el canal de captación, y un instante después pudo oír cómo la voz de Leia, debilitada por la lejanía, recitaba su informe a Rieekan y Ackbar.

—… nuestra misión ha sido un éxito. Volvemos a casa.

Luke se preguntó si habría problemas en otros sitios. ¿En Pedducis Chorios, quizá? También podía tratarse de algún otro mundo de los alrededores. La Fuerza captaba y aumentaba algunas alteraciones en los lentos ritmos de la vida del universo al mismo tiempo que distorsionaba otras, por lo que a veces resultaba difícil saberlo. El pánico helado y el doloroso tirón de la pena inexpresable que había captado ya se estaban desvaneciendo, y Luke ni siquiera estaba seguro de cuál había sido su punto de origen.

Volvió la mirada hacia la estrella violeta que iba creciendo poco a poco delante de él. Ya estaba cerca de Chorios II, el primario de Nam Chorios, y aquel puntito de cegadora claridad blanca que ardía junto a él debía de ser el planeta.

Y entonces una oleada de la Fuerza surgida de la nada cayó sobre Luke, envolviéndole en su cántico irresistible, llenando todo su ser y atravesando la pequeña nave con un diluvio tan impalpable e incontenible como el de los rayos gamma. Era como llegar a Dagobah por primera vez y contemplar el hervor de las lecturas vitales de aquel extraño planeta, y Luke volvió a tenerla sensación de hallarse ante una vastedad que era incapaz de entender.

«No me extraña que Calista se haya sentido tan atraída por este sitio…».

Luke empujó las palancas y aumentó la aceleración hasta entrar en una órbita de gran altura.

El planeta ya era claramente visible. Eriales de suelo pizarroso tan lisos y duros como pistas deportivas se extendían en una interminable sucesión de kilómetros. Los eriales estaban rodeados por zonas de rocas y peñascos que iban erigiendo hileras de frágiles muros, montañas con aspecto de dientes que nunca habían sido erosionadas por la lluvia o el lento crecer de las raíces de las plantas. En otros lugares los lechos de los mares que se habían secado estaban recubiertos por millares y millares de kilómetros de gravilla facetada que relucía como si todo el planeta fuera una gigantesca gema de cristal tallado. Montañas de cristal emitían sus pálidos y distorsionados reflejos bajo la débil claridad del diminuto sol blanquecino, cadenas enteras de picachos y cimas que se iban empequeñeciendo hasta convertirse en franjas de solitarias chimeneas de cristal de roca, tan melancólicas como centinelas separados por inmensas distancias, que acababan perdiéndose en la iridiscencia de las llanuras crepusculares.

Luz y cristal, extrañas cordilleras sin nubes que parecían no terminar nunca y, entre todo aquello, diminutas zonas de verdor.

Las manos de Luke se movieron rápidamente de un lado a otro para ejecutar las comprobaciones orbitales, y después volvieron a la frecuencia subespacial e intentaron establecer contacto con el *Boreales* y el *Impenetrable*.

Nada. A esas alturas las dos naves ya habrían entrado en el hiperespacio y estarían volviendo a Coruscant.

«Muerte…», le susurró su memoria. Lo que había percibido era la muerte, y a una escala colosal. El recuerdo que guardaba de ella era tan borroso y confuso como si todo

hubiera sido un sueño, y Luke no podía estar seguro de cuándo y dónde había tenido lugar, y tampoco sabía de qué dirección procedían aquellas sensaciones.

Pero Leia estaba viva. Estuviera donde estuviese, Leia seguía con vida.

Luke conectó los sensores y examinó el espacio forzando su radio de alcance hasta los límites, pero sólo vio el puntito amarillo del salta-planetas improvisado de Seti Ashgad, una manchita parpadeante que volvía a su base a la máxima velocidad sublumínica que podía alcanzar.

Luke pensó que su ala-B era demasiado pequeño para aparecer en los sensores del saltaplanetas de Ashgad a esa distancia. Aun así, sería mejor que desapareciera dentro del campo magnético del planeta antes de que Ashgad tuviera tiempo de acercarse.

No te reúnas con *Ashgad.*

«¿Por qué?».

No vayas al sector de Meridiano.

Luke volvió a estudiar la pantalla. Estar tan cerca de Antemeridiano le obligaba a ser cauteloso, aunque todos los informes coincidían en afirmar que Getelles no poseía ni el valor ni la potencia de fuego necesarios para buscar un enfrentamiento abierto con la flota de Durren. De hecho, la calma provinciana de aquella parte del sector no se veía perturbada por la presencia de ninguna nave capaz de surcar el espacio profundo. Lo único que podía detectar era el parpadeo ocasional de los saltaplanetas, los pequeños navíos mercantes o los cargueros ligeros que llevaban a cabo sus insignificantes operaciones comerciales entre las estrellas.

¿Qué sabía Calista sobre Seti Ashgad?

Luke dirigió el ala-B hacia una órbita temporal de menor altura y solicitó las coordenadas de Hweg Shul.

«La encontraré —pensó—. Y volveré a verla…».

La andanada de un cañón láser de largo alcance volatilizó su escudo deflector trasero y arañó su estabilizador antes de que Luke tuviera tiempo de dejar atrás la negrura y las estrellas.

Fue únicamente la suerte —unida probablemente a lo difícil que resultaba acertarle a una nave en el extremo posterior de su masa objetual— la que evitó que el impacto hiciera pedazos el ala-B. Luke reaccionó al instante iniciando una secuencia de acciones evasivas, y describió giros, virajes y zigzags mientras lanzaba su nave hacia la vasta eternidad resplandeciente de penumbra y cristales a través del aullido llameante de la atmósfera. Un segundo haz de energía láser rozó la aleta de orientación del ala-B; y mientras intentaba recuperar el control de su nave, Luke vio las lanzas de luz blanca que subían hacia el cielo desde las escarpadas estribaciones gris pizarra de las colinas.

«Bien, parece ser que Seti Ashgad no tenía ni idea de cuál es la masa mínima necesaria para activar las estaciones artilleras —pensó con irritación—. ¿Se referiría a eso Calina cuando nos advertía que no debíamos confiar en él?».

Pero Ashgad ni siquiera sabía que Luke iba a formar parte de la misión de Leia, y mucho menos que pensara ir a Hweg Shul. Aparte de *H*an y Chewie, nadie lo sabía. Luke

movió los controles de un lado a otro, tratando de evitar que sus maniobras evasivas llevaran el ala-B hacia el centro de una de aquellas lanzas blancas de luz mortífera. El suelo subía a toda velocidad hacia él, una alfombra radiante que parecía arder con los destellos de la pálida claridad solar reflejada.

«Oh, maldita sea… —pensó Luke mientras la palanca de mando temblaba violentamente bajo sus dedos—. Vamos, chico… No me falles precisamente ahora, ¿de acuerdo?».

El estabilizador todavía respondía lo suficientemente bien para que Luke pudiera evitar estrellarse…, o eso esperaba. Las cunas antigravitatorias estaban intactas, pero Luke se convertiría en un blanco mucho más fácil de alcanzar en cuanto enderezase la nave. Movió los controles hacia la derecha primero y hacia la izquierda después, y descendió por puro instinto en el mismo instante en que un haz láser empezaba a deslizarse sobre su cabeza. Aquellos cañones láser tenían que estar siendo manejados por seres vivos, ya que ninguna estación automática poseía tanta flexibilidad a la hora de reaccionar. Y además se trataba de unos artilleros que conocían muy bien su oficio…

Acantilados inmensos, montañas, monumentos de basalto y cristales imponentes y aterradores en su desnudez abrían sus fauces in-sondables debajo de él. Luke hizo que el caza se sumergiera en ellas y serpenteó por aquellos abismos que se iban estrechando rápida-mente mientras un haz láser hacía añicos una columna de roca negra a su izquierda y a trescientos metros por encima de él y rociaba el ala-B con un diluvio de fragmentos. Su larga aleta ventral hacía que el ala-B resultara casi imposible de controlar. Luke inició un planeo lateral, esquivando por muy poco otro haz láser y un amenazador risco de lo que parecía cuarzo estriado de vetas grises, bañado por el resplandor casi cegador de la luz solar reflejada en un billón de espejos.

Había salido del radio de alcance de las estaciones artilleras escondidas en las montañas y estaba cayendo por un largo desfiladero resplandeciente, descendiendo hacia los eriales que se extendían más allá de él. El estabilizador dejó de funcionar de repente y Luke forzó los controles hacia arriba, desplegando el poder de su mente para establecer contacto con la Fuerza y empujar el ala-B que caía en una incontrolable serie de giros y alejarlo de los muros de roca, llevándolo más allá de las gigantescas torres y los riscos de piedras afiladas como navajas de afeitar, dirigiéndolo hacia la muesca azul de la boca del desfiladero.

Había bajado demasiado. No disponía de la altitud suficiente. Nunca conseguiría…

Luke concentró toda su voluntad y todo el poderío de la Fuerza en un desesperado intento de levantar el ala-B para que pasara por encima del último risco de relucientes cristales rosa y oro, para guiarlo en un suave descenso, hacia abajo, hacia…

El viento le abofeteó como una mano monstruosa. El ala-B bailoteó en el aire, y un instante después la aleta ventral empezó a deslizarse sobre los guijarros que cubrían el erial al otro lado del desfiladero. Rocas, polvo y fragmentos de cristal le envolvieron en un torbellino de calor. Luke siguió aferrando los controles mientras las vibraciones

amenazaban con expulsar los huesos de su cuerpo e intentó *ver* algo, esperando que delante de él sólo hubiera más llanura recubierta de grava.

Pero había algo más. Un peñasco transparente tan grande como un deslizador de superficie chocó con lo que quedaba de la aleta. Todo el ala-B se inclinó hacia un lado y empezó a volcar, y las delicadas superficies en forma de S se doblaron y se partieron debajo de su peso. Durante un segundo de pánico Luke estuvo seguro de que el arnés de seguridad se rompería y de que acabaría partiéndose el cuello contra la consola. Las tiras del arnés aguantaron, hubo una explosión de espuma anticolisiones y líquido sellador, el ala-B dio dos vueltas de campana más, rodando sobre la grava como un barril, y acabó deteniéndose contra algo que creó otra nube de fragmentos y polvo.

Y después sólo hubo inmovilidad, el gemido del viento y el lento esfumarse del repiqueteo de los guijarros que caían sobre el casco agrietado por los impactos láser.

—Tome, excelencia.

Dos manos fuertes y seguras de sí mismas ayudaron a Leia a erguirse, depositaron una taza en las suyas y la sostuvieron mientras bebía de ella.

—¿Cómo se encuentra?

Leia parpadeó. El diván había sido sacado a la terraza. La claridad solar, débil y teñida de extraños colores, formaba mosaicos de resplandores vidriosos sobre las paredes de permacreto color ceniza de la casa que se alzaba por encima de ellos y destellaba sobre la locura sin árboles del amontonamiento de riscos de piedra, columnas, pináculos y baluartes que empequeñecían la casa por tres lados y enmarcaban, en el cuarto, eternidades de gravilla parpadeante, como si el mar se hubiera hundido hacía mucho tiempo y hubiera dejado su espuma solidificada bajo la forma del cristal y la sal.

«Deben de ser los cristales… Captan la luz del sol y la reflejan», pensó Leia, volviendo la cabeza de un lado a otro para contemplar las gigantescas protuberancias formadas por las masas de cristales incrustadas en las rocas de las montañas. El pequeño sol sólo proporcionaba un hilillo de luz perdido en los océanos color cobalto del cielo, y la tenue claridad de las estrellas era visible incluso en presencia de sus emisiones. La luz reflejada por las rocas hacía que pareciese no haber sombras en ningún sitio o, quizá, que se hallaban ante una vertiginosa multiplicidad de sombras debilitadas. El aire reseco ya estaba empezando a tensar la piel de su cara, que hasta entonces había estado protegida por el miniclima mucho más húmedo de la casa.

Leia dio la espalda a aquellas extrañas distancias para sostener la mirada llena de preocupación de los ojos oscuros del hombre sentado junto a ella en el diván.

Era el piloto de Ashgad.

Cuando le conoció Leia había pensado que era un hombre bastan-te agradable. Sin que supiera por qué, el piloto le había recordado un poco a Greglik, aunque su apariencia física no podía ser más distinta. De altura mediana y constitución esbelta, aquel hombre

poseía una especie de oscuridad saturnina que era un reverso casi perfecto de la exuberante apostura del piloto rebelde. Quizá fuese por la nariz —elegante y aquilina— o por la profunda red de arrugas que envolvían sus ojos y que hablaban de una vida muy dura.

«Aunque es más probable que sea algo relacionado con la expresión de sus ojos», pensó Leia. Qué extraño… ¿Por qué no paraba de acordarse de Greglik? Aquel piloto tenía los ojos de un hombre que es incapaz de hacer daño a un insecto o de enfrentarse a alguien que se estuviera aprovechando desvergonzadamente de él porque temería herir sus sentimientos. «Es el tipo de hombre que siempre intenta huir», pensó Leia. El piloto de Ashgad no buscaría huir a través de las drogas —su piel no tenía el color enfermizo que Leia había visto en la de Greglik—, sino que se limitaría a no estar presente si conseguía encontrar alguna forma de evitarlo.

«Aun así, parece un buen hombre…».

—Estoy bien. Creo que estoy bien.

Leia se preguntó si la repentina aparición de Dzym no habría sido más que un sueño. Aquel dolor que se abría paso a través de los lados de su cuello, las manos que le arrebataban la vida exactamente igual a como lo había hecho esa misteriosa enfermedad a bordo de la nave, la horrible impresión de que había otro ser debajo de sus ropas, algún movimiento obsceno y repugnante cautelosamente escondido para que no pudiera ser visto… ¿Y si todo había sido un sueño?

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

Era como si sus pensamientos se le hubieran escurrido entre los dedos y hubieran rodado hasta los rincones más alejados de la habitación, y el agotamiento le impedía levantarse para recogerlos.

—Me temo que no puedo decirle dónde se encuentra, excelencia. —El piloto parecía lamentarlo sinceramente—. Es… Es mejor que no lo sepa, ¿comprende? Me llamo Liegeo Sarpecio Vorn.

—Vom… —Con la mayor dificultad imaginable, como si estuviera erigiendo un castillo de naipes mediante dos brazos controlados por servomecanismos defectuosos, Leia fue estableciendo conexiones dentro de su mente—. Liegeo Vorn… Pilotaba la nave de Seti Ashgad, ¿verdad? Y Dzym… Dzym estuvo aquí. ¿Estamos en Nam Chorios?

—¿Dzym estuvo aquí? —Vorn mantuvo la taza alejada de las manos que Leia alargaba hacia ella, y un fruncimiento de ceño tensó sus negras cejas—. Creo que ya ha bebido lo suficiente de esto, excelencia. Le traeré un poco de agua.

Vació la taza —que Leia había creído contenía agua— al otro lado del murete que rodeaba la terraza. Leia se irguió y contempló el derramamiento del líquido, viendo cómo las gotitas centelleaban y se iban empequeñeciendo mientras caían con una curiosa lentitud, como a cámara lenta, e iban dejando atrás los muros de la casa y las rocas del acantilado sobre la que se alzaba hasta acabar chocando con el amasijo de adamantio, pizarra y gravilla que se extendía doscientos metros por debajo de ella.

—No se mueva de aquí y continúe tomando el sol —le pidió Vorn con amable preocupación. Tenía una voz tan suave que resultaba casi inaudible, pero su timbre *era grave y* sonoro, y la voz era una de las más hermosas que Leia había oído en toda su vida—. Volveré enseguida.

Leia siguió inmóvil donde estaba no porque Vorn le hubiera dicho que lo hiciese, sino porque la sensación del calor en su rostro era tan agradable como el lento retorno de la salud después de haber padecido una terrible enfermedad.

«De *Borealis…* —pensó—. ¿Qué ocurrió a bordo del *Borealis*?».

Al parecer Ashgad la había sacado de la nave y la había traído hasta aquel lugar. Leia no recordaba absolutamente nada de lo ocurrido, y se preguntó si el capitán Ioa creería que había muerto. Pero en ese caso habrían llevado su cuerpo a Coruscant, y no allí.

«Han —pensó de repente—. Han estará loco de preocupación. Los niños…».

Otras cosas estaban empezando a surgir de las profundidades de su mente.

La luz de mensajes que parpadeaba en el comunicador, y el que no hubiera nadie para respondera su silenciosa llamada.

El infante de marina Marcopio echando a correr porel pasillo.

El almirante Ackbar diciendo que parecía haber una filtración de información en los niveles del Consejo, y el consejero Q-Varx golpeando suavemente la mesa de malaquita de la sala de conferencias privada de Leia con un romo dedo marrón. ¿Qué había dicho Q-Van? Ah, sí… «Ya hemos hecho todos los arreglos necesarios para la reunión secreta con Ashgad, excelencia. Ashgad no ocupa ninguna posición oficial en el planeta, pero aun así esta conferencia podría ser la clave de toda la política dirigida a usar de manera beneficiosa los recursos planetarios que todavía no han sido explotados».

No te reúnas con Ashgad.

No vayas al sector de Meridiano.

¿Y los noghrianos? ¿Qué había sido de ellos?

El pensamiento se fue abriendo paso poco a poco a través de su mente, y Leia se preguntó qué ocurriría si iba a la habitación de la que la habían sacado y trataba de abrir la puerta. ¿Descubriría que estaba cerrada? «Aunque el hecho de que esté abierta o cerrada apenas tiene importancia, naturalmente», pensó. La casa parecía haber sido construida en un erial totalmente desierto de montañas en forma de dientes de sierra y deslumbrantes llanuras enjoyadas.

Unas voces que venían de abajo llegaron hasta ella, y Leia reconoció la de Seti Ashgad.

—Tendremos que pasar por encima de Larm y hablar con Dyrnurra. Y de todas maneras Larm es un idiota… Sigue sin ser capaz de entender qué debemos hacer para acabar de construir el *Protector*. ¿Han captado alguna transmisión subespacial?

La atmósfera tenue y seca transmitía muy bien la hermosa voz de barítono. «Larm…», pensó Leia. Getelles tenía un almirante llamado Larm. Leia le había conocido en Coruscan durante una recepción diplomática organizada para celebrar la elevación de Getelles al cargo, una de las últimas alas que había asistido en el palacio. Larm pertenecía

a la vieja escuela de militares de espalda recta, uniforme impecable y mentalidad ordenancista que siempre estaban dispuestos a lamer una bota, y había hecho cuanto pudo para adular a Getelles y a cualquier otro Moff y gobernador presentes sin relajar ni un solo instante sus inflexibles modales de soldado endurecido por la guerra. Larm había ido ascendiendo por la jerarquía de la flota en calidad de segundón de Getelles, una presencia de rostro sombrío que sabía actuar con austera eficiencia como contrapeso a la fachada de jovial imparcialidad al estilo hola-muchacho-es-un-placer-conocerte empleada por el nuevo Moff, y como consecuencia había sido ascendido, pasando por en-cima de varios candidatos mejor cualificados, en cuanto Getelles fue nombrado Moff de Antemeridiano.

En cuanto a quién era Dymurra, Leia no tenía ni idea, aunque el nombre le resultaba familiar.

No pudo entender el murmullo que respondió a las palabras de Ashgad, pero aquella voz casi ronroneante pareció desgarrar todo su ser y Leia sintió que su plexo solar era atravesado por una flecha de hielo. Dzym… Leia volvió a bajar la mirada hacia su mano.

Notaba un leve dolor en los lados del cuello, justo encima de las arterias principales, pero no disponía de las fuerzas necesarias para levantar las manos y averiguar a qué era debido. El frío de la muerte aún estaba agazapado dentro de su mente, y junto a él se ocultaba algo más…, algo que quizá fuera el regusto amargo de la pesadilla.

Por eso se sentía tan débil.

«No —pensó—. Me siento débil porque había brote de la dulzura en el agua».

—Supongo que tienes razón. —Ashgad había pasado a emplear un tono más bajo, pero su voz seguía siendo tan penetrante como antes—. ¡Tres sindroides! Cuando pienso en lo que cuesta una sola de esas cosas…

Cuando respondió, Dzym subió un poco la voz. Conociendo la costumbre de pasearse de un lado a otro que tenía Ashgad, Leia supuso que se encontraba más lejos de su secretario de lo que había estado hacía unos momentos.

—No puede evitarse, mi señor. Los sindroides son nuestra única manera de introducir la Semilla de la Muerte a bordo de las naves sin que sea detectada.

¡La Semilla de la Muerte! El aire escapó de los pulmones de Leía tan bruscamente como si acabara de recibir un golpe físico.

Setecientos años antes esa plaga había causado millones de muertes. Sectores enteros se habían hundido en un nivel de subsistencia primitiva cuando quienes conocían los secretos de la maquinaria y el vuelo espacial habían perecido en masa…

La tranquila despreocupación con que acababa de hablar Dzym galvanizó a Leia y la obligó a actuar. Se levantó del diván, se envolvió en los pliegues de aquella túnica que casi parecía una capa —la luz del sol no contenía ningún calor—, y fue con paso tembloroso hasta el otro extremo de la terraza. Unos veinticinco metros por debajo de ella, justo encima del lugar en el que los muros de la gran mansión se confundían con las rugosas superficies de basalto del acantilado, había otra terraza que se extendía a lo largo de todo aquel lado del edificio y se curvaba siguiendo la cara del risco. Frondosos matorrales de brachniel y loak crecían en maceteros de tierra importada para cumplir la

función de cortavientos en dos lados, desplegando su resplandeciente verdor alienígena sobre la grisura del permacreto. Un extremo de la terraza estaba ocupado por una especie de mirador lleno de sombras intensamente negras. Un complicado sistema de rociadores de neblina y cañerías lograba mitigar un tanto la sequedad del aire. Por la manera en que Ashgad se volvió hacia aquel punto, Leia supuso que Dzym estaba sentado entre las sombras del mirador.

Había una tercera criatura en la terraza, acostada encima de un colchón de aire negro y anaranjado sobre el que caía un auténtico diluvio de gotitas emitidas por los nebulizadores, y Leia tuvo que contener una mueca de repugnancia al verla y al escuchar su pegajosa voz de trombón.

—Dzym tiene razón. —La criatura rodó sobre sí misma, flexiotundo los doce metros de gelatinosa longitud que la convertían en el hutt más largo que Leia hubiese visto jamás. Era colosal, cierto, pero sin la obesidad de Jabba, y hacía pensar en un joven hutt que hubiera crecido hasta alcanzar las dimensiones de la vejez conservando toda su agilidad y su fuerza—. Nunca podrías haber superado los sondeos médicos sin ellos, y sólo unos androides estarían dispuestos a introducir las naves en el hiperespacio sin disponer de una segunda coordenada de salto.

¡El hiperespacio!

Marcopio. Ezrakh. El capitán Ioa. Aquellos pobres muchachos de su guardia de honor… Cetrespeó y Erredós.

Una oleada de náuseas y horror se adueñó de Leia, para ser sustituida un instante después por una rabia abrasadora.

—¡Sí, pero cada uno costó cien mil créditos!

—Sigue siendo un precio barato. —El hutt se encogió de hombros—. Dymurra estaba convencido de que el resultado justificaba ese gasto, ¿no? Bien, pues yo estoy de acuerdo con él. No podíamos con-formarnos con que Liegeo transmitiera ese mensaje de «Misión cumplida, volvernos a Coruscant», y ni siquiera las falsas transmisiones desde el punto de salto habrían bastado. No podíamos traer esas naves hasta aquí, y no podíamos destruirlas sin correr el riesgo de dejar res-tos que nos habrían delatado. Y de todas maneras, ¿qué más te da? Fue Dymurra quien pagó los sindroides, no tú.

—¿Y te parece que eso lo arregla todo? —Ashgad dio la espalda a la barandilla con una mueca de impaciencia para encararse con la gigantesca silueta reclinada—. Con ese tipo de actitudes no me sorprende en lo más mínimo que ya no gobiernes este territorio, Beldorión.

—Pero pronto tendrán que enfrentarse a las consecuencias de ese precio, ¿no? —fuela más bien críptica respuesta de Beldorión—. ¿Y qué son trescientos mil créditos si te permiten librarte de todas Las pruebas que podrían revelar dónde se encuentra su excelencia y qué ha sido de ella? En cuanto Rieekan haya entrado en coma, el Consejo pasará días y más días persiguiéndose el rabo, y cada miembro intentará evitar que quien se sienta junto a él sea nombrado como sucesor.

El cuerpo del hutt se hinchó levemente y produjo un eructo de proporciones cósmicas que hizo brotar un hilillo de babas verdosas de su boca y liberó una cantidad de gases tan colosal que Leia pudo olerlos desde la terraza superior. Después Beldorión se volvió hacia un lado y hundió una diminuta pero musculosa mano en el cuenco esmaltado, tan grande como una bañera y lleno de algún aperitivo viviente rosa y anaranjado, que había junto al colchón de aire. Incluso Ashgad desvió la mirada con visible repugnancia.

—Y no vuelvas a recordarme nunca más que ya no gobierno este condenado planeta maldecido por la Fuerza —añadió el hutt mientras masticaba un puñado de diminutas criaturas que se retorcían y se agitaban dentro de su boca—. Nadie obligó a Beldorión el Espléndido, Beldorión el de los Ojos de Rubí, a que se retirase. Goberné este mundo durante mucho más tiempo que tu insignificante Imperio, y lo goberné bien.

El hutt introdujo otro puñado de aquellos lo-que-fuesen en su enorme boca. Algunas criaturas lograron escapar y casi consiguieron llegar al borde del colchón de aire antes de que el hutt las capturase con la lengua.

—Así que no me digas que fui demasiado perezoso o derrochador para saber de qué estoy hablando.

Después alargó una mano, y Leia percibió…

… una repentina agitación en la Fuerza.

Un vaso de plata, que probablemente había estado metido en algún tipo de recipiente refrigerante entre las negras sombras del mirador, emergió de ellas y flotó por los aires hasta llegar a los rechonchos dedos amarillentos repletos de anillos de oro que se habían extendido para recibirlo.

Y entonces Leia sintió que el aire cambiaba de repente a su al-rededor, como si la iridiscente claridad solar se hubiera espesado o hubiera alterado su composición para convenirse en una cosquilleante masa enfurecida.

Aquel hutt llamado Beldorión había recibido el adiestramiento de los Jedi.

Y su uso de la Fuerza estaba produciendo una repentina agitación, una reacción, un movimiento en la misma Fuerza que Leia, aunque sólo era capaz de controlar una minúscula fracción de sus poderes jedi, podía percibir bajo la forma del doloroso frotar de un papel de lija invisible e impalpable que se deslizaba sobre las paredes interiores de su cráneo.

Sintió que se le doblaban las rodillas y retrocedió hacia el diván, agarrándose al respaldo para no perder el equilibrio y temblando bajo el peso rojizo del vestido ceremonial.

El *Borealis,* enviado al hiperespacio a ciegas y desprovisto de programación para que nunca más volviera a salir de él… Pero si lo que Dzym había dicho era verdad, si la plaga de la Semilla de la Muerte se había extendido a bordo de la nave, quizá fuera lo mejor que podía ocurrir.

Y el ministro Rieekan, su delegado personal en el Consejo…

Cuando Rieekan entre en coma…

«He de advertirle. He de advenir a alguien».

Se dejó caer sobre el diván, sintiendo cómo todos sus miembros temblaban a causa de la debilidad y el shock. El pánico y la rabia se enfrentaron al grosor impalpable de la prisión creada por el brote de la dulzura que entumecía su cerebro, llenándolo con un furioso deseo de escapar y de ser más lista que ellos.

Y la droga enseguida le murmuró su réplica: «Por supuesto que deberías hacerlo…, pero no ahora».

Leia frunció el ceño e intentó recordar qué se había traído consigo entre los voluminosos pliegues del vestido ceremonial para acudir a la reunión con Ashgad. La respuesta era nada, por supuesto. La prenda de terciopelo ya pesaba lo suficiente por sí sola sin necesidad de que le añadiera ningún peso extra.

Pero en ese caso ¿quién podía haberle metido algo en el bolsillo, y cuándo?

Leia se retorció sobre el diván hasta que consiguió encontrar el bolsillo escondido en el forro, concebido originalmente *para* ocultar una grabadora, o dependiendo de con quién planeara reunirse su portador, un desintegrador de pequeño calibre.

Sus dedos, todavía entorpecidos por los efectos del brote de la dulzura, se cerraron sobre un objeto metálico.

Era su espada de luz.

Capítulo 4

Leia sacó la espada de luz del bolsillo y la contempló con aturdida incredulidad. Presionó el interruptor y la temblorosa hoja láser emitió su tenue zumbido, pálidamente azul y casi invisible en aquella extraña luz morada.

La voz de Luke volvió a resonar en su mente. «Sigue practicando con la espada de luz, Leia. Necesitas hacerlo…».

Y, como un eco, un instante después oyó la voz de aquel Anakin al que nunca había oído hablar antes. «Tenemos el poder…».

Leia expulsó aquel sueño horrible de su mente, pero no pudo ex-pulsar de ella el conocimiento de lo que eran sus hijos: eran los nietos de Darth Vader, y sólo las enseñanzas de la *ley y* la justicia se interponían entre la Nueva República y aquel terrible sueño. Leia se acordó de todos los esfuerzos que se habían hecho para secuestrados, usarlos y deformar sus almas y sus mentes hasta convertirlas en herramientas para la codicia o la obsesión. Y todo el mundo siempre daba por sentado que ella sería capaz de enseñarles que no debían seguir aquel camino, que no debían usar sus poderes para satisfacer sus impulsos o su egoísmo, mientras veía cómo los chacales del Imperio hecho añicos y los miembros de su propio Consejo discutían entre ellos, intentando acumular poder y malgastando tiempo y vidas.

Y Luke seguía insistiendo en que debía aceptar aquel poder personal que tanto la aterraba. Su hermano quería que aceptara el poder de Palpatine, aquel poder que le permitiría hacerlo todo a su manera.

Leia volvió a presionar el interruptor y la hoja resplandeciente desapareció.

«Erredós…». Aún guardaba un borroso recuerdo de los gemidos de desesperación que Cetrespeó había dirigido al comunicador, y mientras iba resbalando hacia la *fría* oscuridad creyó poder oírla suave mezcla de chasquido y zumbido de los servomecanismos del pequeño androide astromecánico resonando cerca de ella. «Erredós sabía que mi vida corría peligro, y me ayudó de la única manera en que podía hacerlo».

Cerró los ojos e intentó reprimir las lágrimas.

«Los mataré —pensó de repente, y la furia helada se abrió paso a través del lánguido embotamiento de la droga—. Ashgad, Dzym, ese hutt repugnante, Liegeo con sus bebidas drogadas y su falsa preocupación… Los mataré a todos. No sé qué están tramando, pero los destruiré».

Leia pensó que sería mejor que inspeccionara su habitación antes de que volviera Liegeo. Quizá conseguiría encontrar alguna forma de escapar de allí.

El aire era un poco más fácil de respirar en el interior, como si hubiera sido sometido a alguna sutil modificación para eliminar aquella penetrante sequedad. Eso significaba que habría campos magnéticos en las puertas y las ventanas —lo cual costaba bastante dinero—, y alguna clase de generadores de niebla en los techos. Las sombras se acumulaban en todos los sitios a los que no podían llegar las refracciones enjoyadas de la

luz del sol, y los gruesos muros parecían cobijar un húmedo olor a rancio que ningún sistema de aire acondicionado era capaz de dispersar.

Cualquier lugar ocupado por un hutt apestaba a hutt, naturalmente, y a lo largo de toda la historia de la galaxia nunca había existido nadie a quien le gustara ese intenso olor a podrido. Leia había aprendido a odiarlo en Tatooine, aunque la experiencia de vivir en el palacio de Jabba le había sido muy útil durante las negociaciones con Burga el hutt en Nal Hutta. Leia era una de las pocas figuras del mundo de la diplomacia capaz de tratar con especies tan altamente aromáticas como los hutts y los vordums sin dejarse influir por los prejuicios y prácticamente sin torcerel gesto. Además, sabía que no se podía desacreditar su inteligencia meramente porque sus enzimas digestivas hubieran sido concebidas para asimilar casi cualquier cosa, desde las raíces de árboles hasta los subproductos del petróleo.

Y también había insectos. Leia los vio, diminutos y de un marrónpurpúreo, correteando velozmente a lo largo de las sombras más densas de la base de la pared y por debajo de la tosca cómoda que constituía todo el mobiliario de la habitación. La mayor parte del espacio de almacenamiento había adoptado la forma de hornacinas y huecos en las paredes, lo cual resultaba natural en un mundo donde sólo el cultivo intensivo llevado a cabo por sus habitantes forzosos siglos antes había logrado producir, con el paso del tiempo, plantas Leñosas lo bastante grandes para que se pudieran hacer muebles con ellas. Las puertas de las hornacinas y la vieja puerta manual externa de la habitación eran de plástico ultrasólido. Había insectos en la mayor parte de los huecos, tratando de escapar incluso de aquella luz tan débil.

Un estremecimiento de repugnancia recorrió el cuerpo de Leia mientras volvía a cerrarla puerta.

Al final acabó arrancando tiras de la gruesa tela que separaba el terciopelo de su capa del forro de seda para sujetarse la espada de luz al hueco de la espalda por debajo de los largos pliegues ondulantes de su traje color rojo y bronce. Liegeo Voro llevaba una especie de chaqueta bastante holgada, pantalones y un chaleco, lo cual probablemente era el atuendo habitual en una economía que apenas disponía de materias primas o del tiempo libre necesario para permitirse los lujos de las frivolidades indumentarias. Leia supuso que cualquier prenda que pudieran llegar a proporcionarle sería demasiado grande para ella, como había ocurrido con todas las prendas sobrantes que había obtenido de los pilotos rebeldes durante sus años de fugitiva que huía del Imperio.

Registrar la habitación le había despejado un poco la cabeza. «Luke», pensó de repente. Luke entrando en el ala-B, deslizando el techo de la cabina para cerrarla, el espíritu de Luke agradeciéndole aquel último contacto de despedida…

No tenía ni idea de dónde se encontraba la casa de Ashgad con relación a la ciudad de Hweg Shul, que según el Registro era el único asentamiento de grandes dimensiones existente en el planeta. Incluso suponiendo que hubieran utilizado un medio de transporte franca-mente primitivo, podían estar a centenares de kilómetros de allí. Si Ashgad

disponía de naves capaces de ir de un planeta a otro —por no hablar de los sindroides—, probablemente también dispondría de deslizadores de superficie.

Leia se rascó el dorso de la muñeca, donde una pequeña picadura rojiza le indicó que aquellos diminutos insectos, fueran lo que fuesen, eran unas alimañas muy molestas. La tentación de dormir seguía pesando sobre ella, y le murmuraba que volviera al diván en la terraza llena de sol para sentarse en él, que permaneciera inmóvil ante aquella nada interminable de gravilla resplandeciente, abriendo y cerrando los ojos en un parpadeo adormilado para contemplar sus colores: blancos grisáceos, rosas, azules muy oscuros y verdes tan intensos como los de una turmalina sin pulimentar, un lecho infinito en el que los destellos del sol bailaban y ondulaban como un caleidoscopio curiosamente apático.

«He de seguir despierta —pensó, volviendo a sacudir los pliegues de su vestido y envolviéndose en la capa de terciopelo—. Cuando los efectos de la drogase hayan debilitado un poco más tendré que enviar un mensaje a Luke».

Si Luke no había contraído la plaga a bordo de la nave. Si su ala-B no se había estrellado contra el planeta con su hermano muerto o agonizando a bordo.

Leia apoyó la frente en el liso panel sin picaporte de la puerta del pasillo.

«Logré salir del Bloque de Eliminación de la Estrella de la Muerte —pensó con desesperada decisión—. Puedo salir de aquí».

—¡Tienes que dejarla en paz!

La voz de Ashgad, ahogada y distante, llegó hasta Leia a través de la puerta.

La réplica de Dzym sonó sorprendentemente cercana a pesar de que el secretario habló en voz muy baja. Dzym debía de estar a menos de un metro de la puerta.

—Me pregunto de qué podéis estarme hablando, mi señor…

—De que Liegeo me dijo que habías ido a verla, de eso te hablo. —Ashgad había respondido en un tono más alto a pesar de que intentaba no levantar la voz. Sus botas repiquetearon sobre el suelo, llevándole hasta el sitio en el que debía de estar Dzym. Leia casi pudo verle, alzándose sobre el hombrecillo y dominando a Dzym con su imponente estatura—. Mantente alejado de ella.

—Es una Jedi, mi señor —murmuró Dzym, y había algo indefinible en su voz, una especie de codicia adormilada, que desgarró el estómago de Leía con una lanzada de náuseas y dolor—. Sólo quería asegurarme de que podía mantenerla controlada.

—Sé muy bien lo que pretendías hacer —replicó secamente Ashgad—. El brote de la dulzura la mantendrá controlada sin necesidad de que intervengas. No debes acercarte a ella, ¿entiendes? Skywalker es su hermano. Si ella muere, Skywalker lo sabrá al instante.

—¿Aquí, mi señor? —La voz de Dzym se convirtió en un susurro casi inaudible—. ¿En este planeta?

—No podemos correr el riesgo de que el Consejo nombre a un sucesor. Quiero que te mantengas alejado de ella hasta que todo haya terminado.

Un ruido de tacones indicó que las botas de Ashgad empezaban a alejarse de la puerta. Dzym no produjo el más mínimo sonido. No se había movido, y seguía estando

muy cerca de la puerta. Leia oyó que Ashgad se detenía, probablemente para mirar hacia atrás. Dzym, todavía a un metro escaso de ella, volvió a hablar.

—¿Y después…? —murmuró, y Leia casi pudo ver cómo se frotaba sus manos enguantadas.

Hubo un largo silencio.

—Y después ya veremos…

Luke permaneció inmóvil durante varios minutos, suspendido de las tiras del arnés de seguridad mientras intentaba recuperar el aliento. Una parte de su mente seguía en contacto con la Fuerza y manipulaba la energía de fusión y el calor para evitar que las pequeñas reservas de combustible impulsor estallaran, y otra parte se extendió por el vacío y empezó a explorar aquel paisaje árido y desierto en busca de signos de peligro.

Alguien se estaba acercando.

La mente de Luke captó la zumbante irradiación de la hostilidad: fanáticos theranianos, casi con toda seguridad. Había quedado sus-pendido en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre los restos de lo que quedaba del tablero de control, el asiento y el suelo, y el diminuto recinto apestaba a espuma anticolisiones y fluido refrigerante. Las enormes brechas de los lugares en los que el metal del casco se había doblado bajo la presión del último impacto dejaban entrar delgados haces de una débil luz que parecía estar curiosamente fragmentada. La arena y los guijarros también habían entrado por ellas, y habían formado minúsculas dunas y estanques entre los restos. El polvo creaba un telón iridiscente que bailoteaba en el aire.

Luke deslizó su brazo izquierdo por entre las tiras y retorció el cuerpo para que su mano derecha pudiera llegar hasta los cierres de presión del arnés. Mientras descendía con un suave balanceo y apoyaba los pies en la consola medio destrozada, experimentó un fugaz instante de sorpresa al ver que seguía vivo y que, dejando aparte un hombro medio dislocado, los morados infligidos por las tiras del arnés y una sensación general de haber bajado rodando por la pared más alta del Cañón del Mendigo dentro de un tonel muy mal construido, se encontraba básicamente ileso.

La puerta del compartimiento en el que había metido la comida, el agua, un desintegrador y unas cuantas células de energía de repuesto estaba completamente atascada

Y a juzgar por la furiosa vibración que hacía temblar la Fuerza, dentro de cinco minutos o quizá incluso menos tendría montones de compañía.

Luke había utilizado el desplazamiento cinético de la Fuerza para abrir cerraduras en algunas ocasiones, pero en aquel caso la misma puerta estaba atascada, Se subió la manga derecha, ajustó la fuerza relativa de su mano derecha robótica en el nivel máximo y, colocando el canto de la mano sobre el metal abollado de la puerta del compartimiento, fue doblando hacia adentro la esquina menos sólidamente atascada hasta que la abertura triangular fue lo bastante grande para que pudiera meter la mano por ella y coger la botella de agua, con la intención de sacar el arma a continuación porque ya podía oír el

zumbido de unos motores de superficie bastante mal ajustados y el estrepitoso crujir de unas pezuñas acolchadas galopando sobre la gravilla.

No consiguió agarrar el desintegrador a tiempo de sacarlo del compartimiento antes de que el peso de varios cuerpos cayera sobre el caza y lo hiciera temblar. Largas sombras se extendieron sobre las brechas del casco abollado mientras Luke sacaba el brazo del hueco con la mano vacía, se levantaba de un salto y se deslizaba a través de la más pequeña de las grietas del otro lado de la diminuta cabina unos instantes antes de que el estrépito de las armas de gases expansivos llenara el minúsculo recinto con un sinfín de ecos atronadores y una rociada de proyectiles de alta velocidad ametrallara el sitio en el que había estado.

Había muchos atacantes. Mientras se dejaba caer sobre la gravilla y rodaba hasta quedar debajo de los restos de la sección en S, Luke calculó que serían unos veinte o veinticinco. Sus atacantes eran tanto hombres como mujeres, o al menos eso fue lo que creyó ver, pues el frío de los eriales los obligaba a ir envueltos en gruesos chaquetones y chalecos acolchados, que en algunos casos estaban cubiertos por albornoces medio harapientos en tanto que las cabezas contaban con la protección adicional de un velo o un sombrero de ala ancha. Además de las pistolas de dispersión disponían de arcos —tanto automáticos como arcos largos muy primitivos—, así como de jabalinas, y no tardaron en tener completamente rodeados los restos del ala-B.

Luke no quería tener nada que ver con ninguno de ellos.

«Hay mil maneras de usar la Fuerza en una pelea —había dicho Djinn, el anciano maestro de Calista—, y hay mil y una maneras de evitar tener que pelear». Luke decidió utilizar un truco que Djinn había enseñado a Calista y que ella, a su vez, le había enseñado a él y queconsistía en una forma de usar el desplazamiento cinético tan sencilla que Luke se sintió bastante avergonzado de que no se le hubiera ocurrido hacía años. Su mente hundió un zarcillo impalpable en la gravilla que había debajo de sus pies, y la gravilla escupió una nube de polvo de dimensiones realmente considerables.

El gran problema de aquel truco era que quien quisiera utilizarlo también debía estar preparado para soportar sus efectos. Luke ya había elegido su línea de retirada a través del anillo de theranianos que se estaba cerrando rápidamente a su alrededor, y en el mismo instante en que salió corriendo del refugio que le ofrecía el ala-B ya se estaba subiendo el cuello del mono de vuelo para taparse la boca y la nariz al mismo tiempo que entrecerraba los ojos, tratando de sacar el máximo partido posible de esa pequeña protección. Luke siempre había tenido un buen sentido de la orientación, y Yoda le había inculcado una capacidad casi sobrenatural para orientarse en situaciones de emergencia. Sabía dónde estaban los deslizadores de superficie y las monturas de los theranianos y fue rápidamente hacia ellas entre un rugir de disparos y un diluvio de proyectiles, mientras cuerpos fantasmagóricos apenas visibles echaban a correr en todas direcciones entre la repentina oscuridad blanco grisácea del polvo y las partículas de arena sus-pendidas en el aire.

El efecto del campo de polvo era extremadamente localizado, y se dispersaría rápidamente entre los restos del ya casi disipado vendaval. Los deslizadores de superficie theranianos se encontraban fuera del anillo humeante creado por la Fuerza, y constituían una colección de cacharros de quinta mano llenos de parches y reparaciones improvisadas que no tenía nada que envidiar a cuanto hubiera visto Luke en los peores días de la Rebelión: había Arañas del Vacío que eran auténticas antigüedades, un par de XP-291 y algo que parecía el resultado de cruzar un Flotador Mobquet con un contenedor de mercancías bajo la supervisión de un manipulador de genes que hubiera tomado demasiado brillestim. Una docena de cu-pas chillaban y se agitaban entre los vehículos. Los cu-pas, unas criaturas de abigarrado colorido y sangre caliente primas de los tauntauns, eran tan estúpidos que a su lado un lagarto de las nieves habría podido ser considerado como candidato a formar parte de la gran familia de los seres inteligentes y, con un poco de esfuerzo, incluso se le habría podido conceder una licenciatura universitaria.

Luke disponía de poca agua y no sabía cuánta distancia tendría que recorrer antes de llegar a la civilización, por lo que fue corriendo hacia el deslizador que tenía mejor aspecto, echó un vistazo al indicador de combustible y estiró el brazo hacia atrás para cortar las riendas de los dos cu-pas atados a la popa. Después rodó hasta el otro lado de la cabina y echó a correr hacia el segundo vehículo más presentable, un XP-38A que parecía estar bastante maltrecho y cuyas baterías resulta-ron contener una carga algo mayor. Luke también dejó sueltos a los cu-pas atados al XP-38A —las criaturas reaccionaron al instante y emprendieron un frenético galope hacia el horizonte, chillando y retorciéndose como gigantescos juguetes de goma de color rosa y azul—, y puso en marcha el deslizador mientras volvía a dirigir su mente y la Fuerza hacia el suelo, empleándolas como si fueran un pie colosal.

Más polvo brotó del suelo y engulló a los theranianos que acababan de salir de la primera nube de polvo para echar a correr hacia Luke mientras le lanzaban una andanada de proyectiles y maldiciones. El deslizador salió disparado de la nube de polvo después de atravesarla a toda velocidad y Luke describió una larga curva, dirigiendo la proa hacia el cañón más cercano del monstruoso macizo resplandeciente a través del que había descendido el ala-B. Las sombras no tardaron en rodearle y el vehículo se fueadentrando en un laberinto serpenteante de lechos secos, pequeños abismos y grietas.

Luke enseguida supo en qué momento la distancia que lo separaba de los restos llegó a ser demasiado grande para que pudiera seguir manteniendo el estado de éxtasis del calor de fusión de los depósitos de combustible mediante el poder de la Fuerza, porque la explosión retumbó sobre la llanura desierta y sus ecos rebotaron entre las sucias joyas de las colinas como un monosílabo atronador.

Luke esperaba que los theranianos —si es que aquellas personas realmente eran los fanáticos adoradores del culto misterioso de los que había hablado Leia— se hubieran alejado del ala-B antes de que estallaran.

Un rato después Luke vio el parpadeo blanco de un cañón láser que volvía a disparar su haz de energía hacia el cielo desde el refugio que le ofrecía una hendidura fantásticamente astillada cerca de la cumbre del risco, emitiendo hebras dé lo que parecían relámpagos impecablemente rectos dirigidos hacia el azul oscuro del reseco cielo enjoya-do. El blanco contra el que iban dirigidos no tardó en aparecer, girando y retorciéndose en lo que estaba claro era una pauta de evasión preprogramada extremadamente compleja. Luke estaba contemplando uno de los pequeños minicascos color bronce del *Luz de la Razón* mientras llevaba a cabo su reentrada independiente en la atmósfera después de haberse desprendido en órbita.

Luke se llevó una mano a la frente para proteger sus ojos del resplandor multicolor que irradiaba la gravilla iridiscente, y enseguida se dio cuenta de en qué momento intervenía el control de superficie para empezar a guiar al fragmento. Todos los civiles con los que había hablado a lo largo de su vida —Leia incluida, durante años— afirmaban que un programa era tan eficiente como un controlador de carne y hueso, pero Luke no conocía a un solo piloto que no fuese capaz de distinguir la diferencia…, por lo menos si había sobrevivido a unos cuantos combates espaciales.

El minicasco se aproximó por debajo del punto más cercano al horizonte del arco de disparo de la estación, nivelándose en el último instante para iniciar una trayectoria paralela a las ondulaciones adamantinas de la llanura y alejarse velozmente hacia el norte. Unos momentos después Luke pudo distinguir el resplandor de otra hebra láser atravesando el cielo.

Se levantó y trepó cautelosamente por las losas relucientes hasta llegar a la cima del risco. El viento, que nunca dejaba de soplar, aplastaba el mono de vuelo contra su cuerpo y se deslizaba por entre las rocas con un débil gemido. Luke miró hacia abajo y vio lo que parecía el contorno de unos muros medio desmoronados a cinco o seis kilómetros por debajo del promontorio cristalino sobre el que se encontraba y, asomando por entre el rosa y el púrpura traslúcidos de los cristales que los rodeaban, las manchas de un verde sorprendentemente vívido esparcidas sobre la llanura dibujadas por algo que aún no había visto en ningún lugar de aquel mundo: vegetación.

Se llevó a los ojos los macrobinoculares que había encontrado debajo del asiento del deslizador, un modelo manual considerablemente remendado que probablemente tenía más años que él pero que todavía funcionaba. Las lentes le mostraron unos cimientos erosionados por el viento en los que ya hacía mucho tiempo que no quedaba nada utilizable. Luke supuso que debía de ser una de las viejas prisiones que habían formado las primeras colonias de aquel mundo. Fue siguiendo el trazado de los muros, y examinó los lugares en los que se habían alzado las pequeñas fortificaciones diseñadas para defenderlos contra un ataque que era mucho más probable viniera del interior que del exterior.

Aun así, allí abajo había agua. Las afiladas protuberancias de piedra facetada le dejaron las manos llenas de cortes mientras bajaba por el risco para volver al deslizador,

y Luke no pudo reprimir un escalofrío ante el brusco descenso de la temperatura cuando puso en marcha el motor y empezó a avanzar por los cañones con rumbo a las ruinas.

Cetrespeó introdujo el cuerpo del infante de marina Marcopio en la pequeña cámara de congelación de especimenes del bote de exploración, tratándolo con torpe respeto. El bote sólo contaba con equipos médicos de emergencia —ni siquiera disponían de un androide médico de clase 3, por lo que no había ni que soñar en una caja de éntasis—, y aunque Cetrespeó conectó al muchacho a los sistemas de diagnóstico y apoyo vital sin perder ni un instante, nada había sido capaz de salvarle. Una pantalla de los sistemas de diagnóstico, tan mecánica-mente obedientes como de costumbre, le informó de que no había ningún estado anómalo, veneno, enfermedado bacteria, mientras que la otra registraba la ausencia de absorción de oxígeno o funciones cerebrales.

Dejando aparte el hecho de que había muerto, a Marcopio no le ocurría absolutamente nada.

El androide de protocolo dispuso los miembros del joven en una postura que resultara lo más digna posible dentro de una cámara de poco más de un metro cuadrado y después se irguió, dejó escapar unos cuantos ruidos de precalentamiento altamente humanos y procedió a emitir el Servicio para los Difuntos estándar con música incluida.

Erredós soltó un zumbido interrogativo lleno de preocupación, y Cetrespeó se detuvo a mitad de una fuga.

—¡Pues claro que estoy tocando el Servicio para los Difuntos a velocidad acelerada! Si las computaciones del infortunado infante de marina Marcopio eran correctas, no tardaremos en salir del hiperespacio. Y me atrevo a decirte, Erredós, que estoy muy preocupado por la posibilidad de que Marcopio ya estuviera enfermo cuando introdujo los cálculos en el ordenador. Se necesita tan poco para perturbar el funcionamiento de un cerebro orgánico… De hecho, basta con una variación de media docena de grados en la temperatura corporal. ¿Quién sabe en qué sitio podemos encontrarnos cuando salgamos del hiperespacio? Y tampoco sabemos si habrá alguien lo bastante cerca para que podamos establecer contacto con él y pedirle que pilote la nave hasta el puerto.

El pequeño androide astromecánico emitió otro estridente comentario electrónico.

—Oh, ¿has comprobado los cálculos? ¿Estamos siguiendo el curso correcto para salir del hiperespacio dentro de la zona de comunicaciones de la base orbital de Durren? ¿Y por qué no me lo habías dicho antes? Y ahora deja de interrumpirme, ¿quieres? Es una grave falta de respeto.

Cetrespeó se volvió hacia el joven que yacía inmóvil dentro de su uniforme blanco —aquel joven que había sido su principal esperanza de terminar el viaje a Durren con éxito y lo más deprisa posible mediante un descenso planetario controlado por sus manos—, adoptó una postura de duelo lo más reverente posible y liquidó las dos horas del servicio

con un vertiginoso recitado de alta velocidad que duró exactamente uno coma siete segundos.

—Ya está. —Cetrespeó cerró la puerta corredera de la cámara de congelación e hizo *gir*ar el anillo de bloqueo—. Esta unidad ha sido concebida para mantener confinada cualquier forma de enfermedad comunicable del Registro. En cuanto hayamos alertado alas autoridades de la Mota de la espantosa traición del noble Ashgad, la familia de nuestro desgraciado infante de marina Marcopio podrá ser informada de… ¡Cielos! —La cabeza dorada del androide de protocolo describió un veloz arco de treinta grados cuando una luz se encendió sobre la puerta de la enfermería—. Es la señal de advertencia. Será mejor que nos inmovilicemos para salir del hiperespacio.

La luz ambarina aceleró el ritmo de sus parpadeos mientras los dos androides iban a la cabina en el ascensor. El bote de exploración había sido programado para la deceleración automática y hubiese salido del hiperespacio tanto si había alguien sentado delante de los controles como si no, pero Cetrespeó se sintió vagamente más seguro cuando entró en uno de los varios cubículos de inmovilización situados junto a la puerta del ascensor del puente. La línea de lecturas que se extendía más allá de los sillones vacíos del capitán y el copiloto parecía normal. No había ninguna luz de advertencia encendida debajo de los grandes ventanales repletos de masas de oscuridad y resplandores giratorios creados por la luz estelar mutada y los campos gravitatorios deforma-dos. Erredós entró en el cubículo más cercano a las consolas e introdujo una toma de registro en la salida de datos del extremo inferior del tablero. Después emitió un trino tranquilizador mientras las luces de bloqueo dejaban de parpadear para inmovilizarse en una suave Mari-dad dorada.

—Sí, ya sé que vamos a emerger en el extremo más alejado del sistema planetario de Durren —replicó Cetrespeó en un tono bastante seco—. Durren es un puerto bastante importante, ¿no? Sólo un idiota sería capaz de introducir una secuencia de deceleración automática para un destino en el que hubiera la más mínima posibilidad de encontrarse con otra nave.

Las luces del puente parpadearon y se estabilizaron. El campo gravitatorio empezó a actuar en cuanto los sistemas pasaron a utilizar las fuentes de alimentación estándar. Las extrañas pautas de la luz estelar alargada se flexionaron, y el telón de seda moteada a través del que habían estado viajando se estiró y desapareció de repente para ser sustituido por la negrura del espacio normal, apenas visible detrás de la pequeña cañonera de la Nueva República que ocupaba el ochenta y cinco por ciento de la pantalla delantera y hacia la que estaban avanzando a toda velocidad.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó, y Erredós dejó escapar un estridente silbido de alarma.

Hubo un potente destello y un estallido de luz, y después toda la pantalla fue invadida por un resplandor actínico de intensísima claridad blanco azulada cuando la cañonera estalló —debía de haber recibido un impacto directo en los depósitos de combustible—

unos segundos antes de que el bote de exploración atravesara el torbellino de restos metálicos que empezaba a expandirse por el punto del espacio que había ocupado.

El bote de exploración tembló, se bamboleó y giró bajo la embestida de las ondas de choque y la andanada de restos. Cetrespeó volvió a gritar «¡Oh, cielos!» mientras las pantallas volvían a la normalidad para mostrar el gigantesco disco azulado de Durren. La franja de espacio que se extendía entre ellos y el planeta estaba puntuada por las nubecillas centelleantes de restos que se iban disipando poco a poco, los destellos plateados de los alas-E y las pequeñas naves de varios tipos, que parecían ser saltaplanetas y mercantes blindados, y que se escupían ráfagas láser las unas a las otras en una feroz batalla y, un poco más lejos, se podía distinguir la enorme masa angulosa de color negro y plata de la base orbital de Durren, rodeada por una nube de naves que la estaban atacando.

—¡Por todos los cielos! ¿Qué puede estar ocurriendo, Erredós? Oh, claro, ya sé que la base orbital está siendo atacada —añadió en un tono bastante irritado, respondiendo a la inmediata réplica de su amigo—. Pero ¿quién sería capaz de hacer algo semejante?

Erredós, que seguía conectado al ordenador principal, se limitó a hacer que las lecturas visibles debajo de la pantalla se llenaran de gráficos y diagramas.

—Así que son naves mercantes reconvertidas…

Cetrespeó apartó las barras estabilizadoras extendidas delante de su cubículo y fue a la consola para echar un vistazo. La identificación de naves no formaba parte de su programación original, pero varios años con la flota rebelde fugitiva habían triplicado sus bancos de datos en lo tocante a esas materias.

—Fíjate en eso. Incluso las lanzaderas orbitales han sido convertidas en cazas… Pero lo que no entiendo es por qué la base de Durren no está respondiendo al ataque con ningún aparato más grande que un ala-E.

Erredós emitió un par de zumbidos.

—Oh, sí. Por supuesto. Ahora mismo iba a hacerlo.

El androide de protocolo conectó el sistema de comunicaciones y sintonizó las frecuencias de Durren. Sus rígidos dedos dorados recorrieron el tablero, pasando de un canal a otro a través de las maldiciones de los comandantes de escuadrón, las secas órdenes que ladraban los comandantes de base para invertirlas una fracción de segundo después, y una larga serie de transmisiones de inteligencia y reconocimiento procedentes del planeta.

—¡Es una rebelión! —exclamó Cetrespeó, horrorizado—. ¡Es una revuelta faccional contra el Consejo Central Planetario de Durren! ¡La coalición insurgente ha repudiado los acuerdos que el Consejo Planetario había firmado con la Nueva República, y en estos mismos instantes está atacando los principales centros gubernamentales!

Erredós emitió un pitido de interrogación.

—Parece ser que todo empezó ayer, después de que el *Cadeus* y el *Corbantis* despegaran de la base para averiguar qué había de cierto en los informes de que

Ampliquen había sido atacado por unos piratas. El ataque principal contra el centro del gobierno empezó anoche, y pocas horas después iniciaron el ataque contra la base.

Cetrespeó ladeó la cabeza y volvió a escuchar las transmisiones. Un navío mercante Kalotth Y-9 salió de su órbita entre ellos y el planeta e inició un vector de salida del sistema.

—Todos los grandes puertos están siendo atacados, por lo que han dado orden de desviar el comercio interplanetario. ¡Esto es terrible, Erredós! ¡Ninguna nave puede llegar al planeta! ¡El control de superficie ha dejado de funcionar! Pero alguien tendrá que venir aquí para salvarnos. Escucha… Cetrespeó dejó caer un dedo sobre el conmutador del sistema de comunicaciones.

—¡Base de Durren, aquí el bote de exploración del navío insignia de la República *Borealis!* ¡Adelante, base de Durren! ¡Ha ocurrido algo terrible!

El sistema de comunicaciones respondió con los gruñidos y gemidos de la estática y los fragmentos entrecortados de una voz que se desvaneció casi al instante.

—¡Pero su excelencia ha sido secuestrada! Hubo una emboscada, una plaga…

Erredós giró sobre su eje con todas las luces encendiéndose y apagándose y dejó escapar un ensordecedor diluvio de trinos, zumbidos y pitidos. El androide de protocolo apartó su horrorizada atención de la curva azul del planeta, que había estado aumentando lentamente de tamaño en la *parte* superior de la pantalla…, pero que de repente había iniciado un rápido deslizamiento hacia un lado a medida que la trayectoria del bote de exploración empezaba a llevarlo mas allá de Durren y lo dirigía hacia el vacío estrellado del espacio.

—¡No seas ridículo, Erredós! ¡Aun suponiendo que haya un traidor en el Consejo, nadie puede monitorizar todos los canales de comunicación al mismo tiempo! —Cetrespeó se volvió hacia el comunicador—. Tienen que escucharnos…

Pero sus súplicas no obtuvieron más contestación que el chirriar de la estática.

La pantalla les mostró cómo los pesados pero poderosamente armados navíos mercantes de las fuerzas partisanas abrían fuego sobre los escuadrones de alas-E que, evidentemente, eran todo cuanto la base orbital podía enviar contra ellos. Los cazas, más pequeños y mucho menos pesados, empezaron a dispersarse como un enjambre de motitas plateadas por entre la luz reflejada del planeta.

¡La jefe de Estado Organa Solo ha sido secuestrada! —gritó Cetrespeó, haciendo un nuevo y desesperado intento de establecer con-tacto—. ¡La tienen cautiva en Nam Chorios! Oh, no nos están recibiendo…

Sus manos temblorosas llevaron a cabo unos cuantos ajustes en los controles, pero todo siguió igual. El disco azul de Durren llegó al borde de la pantalla y desapareció.

Y ante ellos ya sólo había espacio…, espacio y eternidad, tan vados y oscuros como el abismo de una tumba.

Cetrespeó volvió a presionar el conmutador del sistema de comunicaciones.

—¡Socorro! —Su débil grito de desesperación se extendió por el vacío en un infructuoso intento de llegar hasta un amasijo de recepto-res destrozados y seres cuya

apurada situación les impedía prestarle ninguna atención—. ¿Hay alguien ahí que pueda oírnos? ¡Socorro!

Capítulo 5

Mientras Luke lo pilotaba a lo largo del cañón, el XP-38A fue descendiendo poco a poco hacia el suelo. O una célula antigravitatoria estaba a punto de fallar o el combustible que hacía funcionar el anillo modulador de aquella célula se estaba agotando, pero los indicadores —roídos por la arena y claramente difuntos— no permitían saber de cuál de las dos cosas se trataba. Luke empezó a mascullar imprecaciones dirigidas contra quienes habían sido capaces de permitir que una máquina tan buena como aquel vehículo acabara en un estado tan lamentable, y extendió un zarcillo de la Fuerza para empujar el oxidado vientre del XP-38A sobre una hilera de rocas pálidamente transparentes que relucían con tenues destellos violetas, verde jade y blanco azulados en los que hasta el último matiz parecía estar tan apagado y descolorido como de hielo de un glaciar.

En el último instante Luke decidió no utilizar la Fuerza después de todo y optó por emplear los frenos. El deslizador se detuvo con una temblorosa sacudida que hizo que Luke pensara que también tenía problemas con los estabilizadores. Un instante después el pequeño vehículo, moviéndose tan despacio como un bantha cansado, se posó sobre la pendiente rocosa del suelo del cañón.

El silencio parecía tan infinito y eterno como el de los desiertos de Tatooine. Al igual que ocurría con el silencio de aquellos desiertos, también parecía respirar.

Y entonces Luke oyó un chasquido suave y de una indefinible cualidad extrañamente mortífera detrás de él, y sintió cómo la lanza de electricidad desgarraba el aire. Se volvió y enseguida vio el parpadeo luminoso de las serpientes de relámpagos que bajaban por la cara de los riscos, moviéndose sobre ellas como manos esqueléticas o como los sistemas de raíces tremendamente ramificadas de un matorral espinoso, creando una zona de chispazos y destellos de casi un kilómetro de anchura que *se* desplazaba con gran rapidez y venía hacia él.

Luke la contempló con fascinación durante un momento. La zona de luz *se* derramó por los riscos e inició un vertiginoso avance sobre las rocas del fondo, despidiendo chispazos y volviéndose cada vez más y más deslumbrante a medida que galopaba sobre las losas y proyecciones de cristales gigantes que parecían surgir de la masa más oscura de las rocas. Cuando la tuvo un poco más cerca, Luke sumergió su mente en la Fuerza e hizo que el deslizador en el que estaba sentado se elevara un par de metros por encima del suelo. Los relámpagos de superficie se desparramaron por debajo del vehículo en un rápido fluir simultáneo con el que lamía las paredes del cañón a ambos lados. Luke percibió con toda claridad las sacudidas de los pequeños relámpagos que brotaban de la masa principal y chocaban con el fondo del deslizador, y ni siquiera el aislamiento le permitió escapar a los dolorosos pinchazos provocados por aquellas descargas, Al mismo tiempo podía sentir la Fuerza como un rugido que resonara dentro de su mente o un vendaval caliente que soplara sobre su cara, y casi pudo verla bajo la forma de una claridad fantasmal que se reflejaba en los amasijos y facetas de cristales cuyos resplandores omnipresentes iluminaban las sombras a su alrededor.

La tormenta, o lo que quiera que fuese aquello, desfiló por debajo de él durante unos cinco minutos. Cuando se hubo alejado, Luke dejó que el deslizador fuera descendiendo lentamente hasta el suelo y se subió al asiento para contemplar cómo el torrente de destellos y chispazos bajaba velozmente por las rocas hasta llegar a la llanura, retorciéndose en pálidas ondulaciones bajo la tenue claridad solar. La tormenta llegó a las ruinas de la prisión-colonia, fluyó a lo largo del suelo enjoyado que se extendía más allá de ellas y acabó desapareciendo allí donde se alzaban las chimeneas de puntiagudos cristales de roca que se alejaban hasta perderse de vista en los eriales.

Y la Fuerza estaba por todas partes, agitándose y temblando en el silencio que sucedió a la tempestad. Luke podía sentirla con tanta claridad como si fuese una radiación que penetraba su piel.

«El planeta está muerto —pensó—. No hay ni rastro de vida, salvo en los diminutos enclaves de los asentamientos humanos». Pero la Fuerza estaba allí.

«La Fuerza surge de la vida —había dicho Yoda—. Nos ata y nos une, Luke… A ti, a mí y a toda la vida».

Y de repente Luke fue consciente de que allí había vida, y estuvo totalmente seguro de su presencia. «Aquí hay vida —pensó—. No sé dónde se encuentra, pero estoy seguro de que hay vida oculta en algún lugar…». Se preguntó si las ruinas que había visto podrían darle alguna pista del por qué aquel hecho no había sido mencionado en ninguna de las exploraciones del planeta llevadas a cabo hasta el momento.

Luke podría haber levitado el deslizador con su mente y haberlo llevado hasta las ruinas que se extendían por debajo del cañón. También sabía que, de la misma manera, Yoda hubiera podido ir volando hasta cualquier sitio que deseara visitar o que hubiese podido construirse una morada palaciega de rocas en vez de conformarse con aquella minúscula choza de barro en los pantanos de Dagobah. Ben Kenobi hubiera podido gobernar un pequeño planeta.

«No son las guerras las que nos hacen grandes», había dicho el pequeño Maestro Jedi.

Y poder elevar por los aires una masa de metal en vez de conformarse con caminar tampoco tenía nada que ver con la grandeza.

Luke cogió su cantimplora, inspeccionó la espada láser que colgaba de su cinturón y el desintegrador que había encontrado al lado de los macrobinoculares debajo del asiento, y echó a andar por el cañón.

Siete siglos habían dejado muy poco de la prisión-colonia de la dinastía Grissmath. Había sido construida encima de una pequeña franja de agua subterránea, pero evidentemente la humedad oculta había demostrado ser insuficiente cuando el proceso de terraformación intentó dejar atrás la fase de las estructuras biológicas más sencillas, como los musgos crom y gomex que descomponían los minerales de las rocas para convertirlos en un suelo que pudiera ser utilizado por plantas como la balcrabbiana y el brachniel. La falta de un sistema de cultivos realmente concienzudo había hecho que la mayoría de brotes intermedios de los ecosistemas artificiales muriesen antes de alcanzar la fase de la autosuficiencia. Los líquenes y el podhoy seguían creciendo por todas partes alrededor de

los muros, como si todo aquel lugar hubiera sido sumergido en una cuba llena de barro carmesí que hubiese dejado una capa de residuos al secarse. Aún había un poco de tierra cerca de los restos del pequeño edificio que había albergado las bombas de agua, y las resistentes balcrabbianas desplegaban sus hojas sobre ella.

Luke percibió la proximidad de una presencia humana pocos segundos antes de que sus ojos, acostumbrados a percibir el peligro, distinguieran el tenue destello metálico de otro deslizador escondido entre las sombras de unos cimientos medio desmoronados. Se envolvió en el aura de invisibilidad de la que le había hablado Yoda y que Calista, recordando su propio adiestramiento, le había enseñado a utilizar años después y que, sin duda alguna, había permitido que el viejo Ben pudiera ir y venir a su antojo por la Estrella de la Muerte sin ser detectado por las tropas mejor adiestradas de todo el Imperio.

El propietario del deslizador estaba sentado a la sombra de las balcrabbianas, en un lugar protegido del viento donde el gotear de las cañerías de la bomba de agua, rotas hacía ya mucho tiempo, había creado una serie de charcos diminutos esparcidos sobre el pavimento agrietado. Tendría seis o siete años menos que Luke y, a juzgar por sus cabellos castaños y su constitución esbelta, debía de haber nacido en Corellia, o quizá en Alderaan. Nada más verle Luke se acordó de las docenas de jóvenes granjeros a los que había conocido en Tatooine mientras intentaban subsistir en un inundo nada hospitalario. Aunque el duranex de su mono de vuelo era una de las telas más duras y resistentes conocidas, la prenda estaba deshilachada y cubierta de parches, y el cuero de la bolsa-cinturón que ceñía sus caderas estaba lleno de remiendos. El joven alzó la mirada rápidamente cuando Luke permitió deliberadamente que un lado de su bota rozara una protuberancia de permacreto. Su mano voló hacia el arma de proyectiles de largo cañón y aspecto primitivo que había dejado en el suelo junto a él, pero después de examinar a Luke con la mirada durante unos momentos algo pareció convencerle de que el recién llegado no era el peligro que había estado temiendo. El joven volvió a dejar el arma en el suelo, alzó la mano y le sonrió.

—¿De dónde has salido, hermano? No me digas que ibas en ese ala-B que derribaron.

Luke le devolvió la sonrisa.

—Sólo quiero saber cómo se llama el tipo que me aseguró que los alas-B eran demasiado pequeños para atraer su fuego. Me llamo Owen Lars —se presentó, ofreciéndole la mano.

El joven se levantó.

—Yo me llamo Arvid Scraf —dijo—. ¿Habías modificado tu ala-B para transportar carga? ¿Intentabas llegar a Hweg Shul, quizá? Normalmente un aparato de las dimensiones de un ala-B puede atravesar las pantallas de fuego automáticas. Los contrabandistas los utilizan de vez en cuando, pero he oído decir que aun así puedes tener problemas con ellos. Los theranianos debían de estar en la base cuando los sensores captaron tu presencia. Si quieren, pueden desconectar los sistemas automáticos y manejar las baterías con los controles manuales.

Luke se arrodilló junto al agua y sumergió su cantimplora medio vacía en ella. A pesar de que hacía bastante frío, la cortante sequedad del aire llenó todo su ser con una curiosa sensación de haber vuelto a casa.

—Típico de mi mala suerte. En una ocasión conseguí hacerme con medio contenedor de brillestim por sólo dos mil quinientos créditos, pero al tipo que me lo había vendido se le olvidó decirme que lo había robado y que tenía relés sensores ocultos. Aún no había salido de la atmósfera cuando catorce cruceros de los chicos del servicio de impuestos empezaron a zumbar a mí alrededor como moscas atraídas por una fruta madura.

A Luke nunca le había ocurrido nada parecido pero a Han sí, y la anécdota le proporcionaba una especie de credenciales y una personalidad. Además, le daba unos momentos más para hacerse una idea de qué clase de persona era Arvid Scraf.

—Me habían dicho que los theranianos son unos salvajes, y no cabe duda de que los que intentaron llenarme de agujeros se comportaron como tales. Mi cargamento debió de aumentar las lecturas de masa de la nave. ¿Saben manejar una estación artillera?

—No los subestimes. —Scraf cogió su cantimplora. Un poco de agua cayó sobre la tela anaranjada de sus mangas deshilachadas por la arena y se deslizó a lo largo de la pechera de su mono—. ¿Dónde has bajado? Supongo que a estas alturas los theranianos ya habrán acabado de desmantelar tu nave, así que te ayudaré a llevar hasta Cañón Rubí lo que hayan dejado. Allí podrás conseguir algo de dinero a cambio de los restos.

Una infancia en Tatooine había hecho que Luke estuviera muy familiarizado con todos los aspectos del negocio de la recuperación de chatarra. Subsistir en aquel mundo desértico —que por lo menos contaba con algo parecido a un puerto comercial gracias a Mos Eisley— ya resultaba bastante difícil, pero en un planeta prácticamente desprovisto de recursos naturales que apenas tenía acceso a las importaciones, esa pequeña cantidad de metal y microchips podía bastar para convertirle en un hombre rico.

—¿Y quiénes son esos tipos? —preguntó mientras se instalaba en el duro banco de madera que hacía las veces de asiento en el deslizador de superficie de Arvid Scraf.

El vehículo era un Aratech 74-Z tan viejo que parecía estar a punto de desintegrarse, y se hallaba en tan mal estado que los jawas jamás le habrían puesto una mano encima. Los depósitos de suspensión de estribor tenían tan poco combustible que la cubierta se inclinaba en un ángulo muy pronunciado, y Arvid había creado una segunda cubierta mediante tablones sostenidos por postes que los mantenían más o menos nivelados. También había añadido una pata retráctil provista de una rueda para que el vehículo no se desestabilizara si iba muy cargado. Como resultado, el deslizador hacía pensar en un hongo deforme sostenido por un tallo que no llegaba a tocar el suelo.

—No parece gran cosa, pero te lleva de un lado a otro —había dicho el joven en un tono entre orgulloso y defensivo cuando vio la cara que ponía Luke. Con Luke en el banco, Arvid tuvo que desplazar el saco lleno de gravilla que servía como lastre para compensar el nuevo peso—. Bien, allá vamos…

El deslizador funcionaba, efectivamente, y parecía capaz de cumplir su función como medio de transporte. Al igual que ocurría con el *Halcón Milenario*, todavía conservaba algunos recursos ocultos.

—¿Te refieres a los theranianos? —preguntó Arvid a su vez mientras conducía el vehículo—. Hay pequeñas aldeas de theranianos en los cañones o en cavernas, y en cualquier lugar donde puedan encontrar un manantial o una vieja bomba de agua que todavía funcione. Pero la mayoría de ellos proceden de las granjas. La mitad de los Veteranos pertenecieron al culto en algún momento u otro de sus vidas. Los chicos abandonan los asentamientos y se unen a las bandas durante dos o tres estaciones. Supongo que así pueden oler el humo, oír las voces, soñar los sueños y conocer a personas a las que nunca habrían conocido si se hubieran quedado en casa. Después vuelven a los asentamientos y se casan y tienen hijos. Unos cuantos vuelven a unirse a las bandas pasado algún tiempo, pero a casi todos parece bastarles con una sola vez.

Se encogió de hombros mientras se aferraba a las palancas que temblaban ti oscilaban con tanta firmeza como si fuera un domador de banthas y sus ojos iban y venían continuamente de los indicadores arañados por la arena a las hendiduras y grietas del terreno, que iba subiendo de nivel poco a poco a medida que el Aratech se abría paso a través de las cada vez más angostas cañadas formadas por aquellos cristales de roca saturados de luz y se aproximaba lentamente al sitio en el que Luke había dejado el XP-38A confiscado a sus atacantes.

—Por eso no conseguimos quitárnoslos de encima —siguió diciendo Arvid Scraf—. Sus Oyentes les dicen que nada debe entrar o salir del planeta, y se lo repiten una y otra vez mientras duermen y en sus sueños…, y lo que les dicen acaba formando parte de sus sueños para siempre. Se les mete en la cabeza, y a partir de entonces no hay forma de hacerles ver las cosas de otra manera. Son incapaces de imaginarse cómo podría llegar a ser este mundo si consiguiéramos poner en marcha alguna clase de intercambios comerciales. «No queremos tener nada que ver con esas cosas», dicen, y entonces ya puedes hablar hasta quedarte sin oxígeno, porque ellos se limitarán a mirarte con esos ojos de loco y luego te dirán: «No queremos tener nada que ver con esas cosas». No queremos, no queremos… ¡Como si supieran qué es lo que piensan todos los otros Veteranos! Es increíble, desde luego…

Meneó la cabeza. Las robustas manos que empuñaban las palancas estaban manchadas de grasa y llenas de callosidades, y a Luke le recordaron las suyas durante aquellos días en los que intentaba subsistir en un mundo que no estaba hecho para acoger a la vida humana.

Entre los dos consiguieron sujetar el XP-38A al lecho de transporte del 74. Luke conocía muy bien los razonamientos que se ocultaban detrás de aquella obsesión por aprovecharlo todo: en un mundo donde no había metal, madera o importaciones, un cubo oxidado era un auténtico tesoro.

El anémico sol del planeta se estaba poniendo a gran velocidad, y ráfagas de viento llegadas del oeste no tardaron en caer sobre ellos e hicieron que el vehículo sostenido por

haces repulsores temblara y se bambolease de un lado a otro. Mientras luchaban con las cuerdas, la pernera del mono de vuelo de Luke se enganchó en uno de los soportes improvisados del 74 y el metal le arañó la carne. Cuando se llevó la mano al arañazo, los dedos de Luke se encontraron con lo que parecía una gotita de plástico, lisa y dura, adherida a su piel, y cuando tiró de la tela y desprendió aquella especie de plaquita con una uña vio una diminuta hinchazón en su pantorrilla, como una minúscula colina que hubiera nacido de repente en su carne. En su centro había una cúpula casi invisible de una quitina muy dura de color entre purpúreo y amarronado que resultaba obvio era el caparazón de un insecto del tamaño de una cabeza de alfiler, el cual desapareció en la carne de Luke un instante después de que lo hubiera descubierto.

Luke, muy sorprendido y algo alarmado, dejó escapar una exclamación de repugnancia y se apresuró a pellizcar la carne alrededor de la hinchazón, obligando a la criatura a salir de su escondite. La burbuja de aquel caparazón que parecía una gota de sangre seca se prolongaba en un repelente abdomen que tendría un centímetro de longitud y al que seguía una cabecita muy dura y un anillo de diminutas patas convulsas terminadas en una especie de ganchos. La criatura enseguida empezó a debatirse entre el pulgar y el índice de Luke, y trató de enterrarse en la yema de su pulgar. Luke la lanzó al aire de un violento papirotazo y oyó cómo chocaba con la faceta plana de una roca cercana. La criatura rebotó en la roca, cayó al resbaladizo suelo del cañón y huyó a toda velocidad en busca de las sombras de la piedra más próxima.

—¡Qué ser tan asqueroso! —exclamó Luke mientras se subía la pernera del mono unos cuantos centímetros más para descubrir que su pantorrilla estaba punteada por diminutas hinchazones enrojecidas o por manchitas rosadas que indicaban los lugares en los que los insectos ya se estaban enterrando en su carne.

—No malgastes tu tiempo con ellos —le aconsejó Arvid desde el otro lado del deslizador. El joven hizo un último nudo y pasó por encima de las aletas estabilizadoras para reunirse con Luke—. Probablemente los pillaste en las sombras que hay alrededor del agua.

Arvid se subió la manga para mostrarle un mínimo de cuatro hinchazones en su antebrazo, una de ellas con la cola del minúsculo insecto de duro caparazón desvaneciéndose en la carne. El joven se pellizcó el montículo hasta extraer a la criatura con tanta naturalidad como si estuviera harto de hacerlo y la arrojó sobre la cubierta, reduciéndola a una manchita púrpura con el tacón de su bota cuando vio que empezaba a arrastrarse hacia su pie.

—Son repugnantes, desde luego, pero mueren enseguida y son absorbidos por el organismo. Cuentan historias de buscadores de cristales a los que se les acabó la comida en los eriales y que metieron las manos en un agujero, y así absorbieron los drochs suficientes para poder seguir con vida hasta llegar a un asentamiento. Aunque si quieres que te sea sincero, nunca he querido comprobar si realmente son tan nutritivos… —añadió torciendo el gesto.

—¿Drochs?

Arvid asintió.

—Están por todas partes, y cuando digo que hay drochs por todas partes no estoy exagerando. Se reproducen a tal velocidad que comparados con ellos los conejos parecen monjes elamposnianos. Todo el mundo está lleno de picaduras… La luz del sol los mata. Limítate a ir lo más limpio posible y no pienses más en ellos.

Luke se acordó de algunos de los más horripilantes —aunque totalmente inofensivos— moradores de Dagobah que robaban migajas en los rincones de la choza de Yoda, y se dijo que Arvid tenía razón.

Unos quince o veinte minutos después, Luke volvió a subirse la pernera del mono mientras el pequeño convoy formado por los dos deslizadores unidos con cuerdas salía de los laberintos de cristal y entraba en la llanura, en la que ya se podían ver las señales negruzcas dejadas por el descenso forzoso del ala-B, y vio que en su piel ya sólo había unas cuantas manchitas rosadas. Se pellizcó con gran cautela la carne alrededor de una de ellas en busca de la dureza de un cuerpo extraño, y no encontró absolutamente nada. Después usó su mente y las técnicas de la Fuerza para examinar las moléculas, el agua y la energía vital del tejido muscular y sólo encontró tenues rastros a punto de desvanecerse de un campo de energía alienígena, que se disolvieron en el mismo instante en que los observaba para volverse idénticas a las de su cuerpo primero y acabar formando parte de él después.

Ya no quedaba prácticamente nada del ala-B. Las manchas negruzcas de la tierra quemada, los arañazos y hendiduras en el suelo y el enorme retazo de gravilla fundida que indicaba dónde se había roto el núcleo del reactor seguían allí, pero incluso el enorme cilindro del reactor había desaparecido. Lo que para Luke siempre habían sido las «partes blandas» de su nave estaban esparcidas por el suelo: el acolchado de los asientos, algunos trozos de plástico procedentes de los acopladores hechos añicos, fragmentos de aislamiento chamuscados por el impacto y convertidos en frágiles laminillas negras… Sus atacantes se habían llevado todo lo demás.

—Ya me imaginaba que no encontraríamos gran cosa. —Arvid metió la puntera de su bota en la esquina medio agrietada de lo que había sido un recubrimiento de consola y lo levantó. Incluso los tornillos habían desaparecido—. Lo utilizan absolutamente todo. ¿Y por qué no? Todo el mundo lo hace. —Una ráfaga de viento reseco agitó sus mechones castaños y los esparció sobre sus ojos—. Lo siento mucho, Owen.

El sol se estaba poniendo. Los colores rojo, rosa y cinabrio de sus luces cambiantes estaban por todas partes y rebotaban en la gravilla, las rocas y las gigantescas chimeneas de cristal, haciendo que Luke tuviera la sensación de estar atrapado en un gigantesco río de lava carente de límites que se estiraba hasta llegar a los confines del mundo. La brisa se había convertido en un torrente de viento, y la temperatura estaba bajando muy deprisa.

—Por lo menos conseguiste hacerte con uno de sus deslizadores. Bueno, ya es algo… —Arvid bajó la voz—. Eh… No tendrías deudas pendientes a causa de la carga, ¿verdad? —Metió los dedos en unos guantes tejidos por alguien que no sabía manejar muy bien las

agujas de hacer punto y le arrojó a Luke un chaquetón de aspecto bastante mugriento que sacó de debajo del asiento del deslizador. Su aliento ya se había transformado en una nube de neblina—. Me refiero a la carga que transportabas en tu nave, ya sabes… Espero que no haya nadie que pueda meterte en líos por haberla perdido.

Luke estuvo a punto de decirle que no se preocupara más por su carga ficticia, pero entonces tuvo una idea. Cuando respondió también bajó la voz, aunque resultaba casi escandalosamente obvio que no había nada ni nadie que pudiera oírles en centenares de kilómetros a la redonda.

—Bueno, la verdad es que preferiría que un par de individuos creyeran que no logré salir con vida de mi ala-B hasta que haya conseguido reunir un poquito de capital que me permita recuperarme —dijo—. Supongo que ya me entiendes, ¿no?

Arvid asintió, comprendiendo a qué se refería con una rapidez que hizo que Luke se preguntara si las visitas de los contrabandistas serían muy frecuentes. Pedducis Chorios estaba muy cerca, por lo que parecía lógico suponer que los contrabandistas serían una presencia familiar.

—Puedes pasar la noche conmigo en casa de mi tía, en Cañón Rubi —dijo Arvid—. Si intentaras dormir a la intemperie acabarías congelado, ¿sabes? Y además, si quieres vender tu deslizador tia Gin te lo pagará al mejor precio posible, y ese dinero debería bastarte para poder salir del planeta en cuanto llegues a Hweg Shul.

—Gracias —dijo Luke, envolviéndose en los maltrechos pliegues de aquel chaquetón que le quedaba demasiado grande—. Te lo agradezco.

—Bueno, no recibimos muchas visitas de fuera —dijo Arvid con una cierta timidez mientras volvían al Aratech—. Los Veteranos son una especie de gran familia en la que todo el mundo es primo de alguien, pero a los que hemos llegado aquí durante los últimos diez años nos gusta enterarnos de qué tal van las cosas por el Núcleo. Supongo que ya me entiendes, ¿no?

Luke le entendía. Durante la hora y media siguiente, y mientras Arvid se enfrentaba al viento del anochecer y pilotaba el deslizador sobre las llanuras del lecho marino ayudado por la temblorosa claridad de un par de lámparas químicas, entretuvo al muchacho con historias de contrabandistas de segunda mano que le había oído contar a Mara, Han y Lando y con relatos de la Rebelión que combinaban sus propias aventuras con las de Leia, Invierno y Wedge. Luke les añadió noticias, rumores e insinuaciones en cantidad suficiente para dar a entender que era un saltaplanetas de segunda categoría que se ganaba la vida lo mejor que podía por entre el caos sin ponerse de parte de ninguno de los dos bandos, de una manera muy parecida a como lo había hecho Han en un pasado no tan lejano.

Y, como le habría ocurrido al mismo Luke diez o doce años y unas cuantas vidas antes, Arvid enseguida quedó fascinado por sus historias.

El joven había perdido muchas horas de su jornada para ayudar a Luke. Luke estaba bastante cansado y hubiese preferido dormir o hacerle algunas preguntas sobre aquel mundo fantasmagórico de luz y cristales implacables, pero sabía que la pequeña diversión

que pudiera proporcionarle serviría de pago a todas las molestias que se había tomado Arvid. Mientras hablaba, Luke se dijo que luego ya tendría tiempo de sobra para tratar de encontrar respuesta a todas las preguntas que le habían traído hasta allí.

Un resplandor lejano acuchilló el cielo sobre el telón de fondo de la oscuridad.

—¿Qué…?

—¡Debe de ser la estación artillera! —Arvid apoyó los pies en un saco de lastre y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la palanca de control—. Y además parece una nave bastante grande. Creo que se está acercando a Punta Lúgubre…

El deslizador se fue hundiendo pesadamente hacia el suelo, y los destellos de sus lámparas brillaron sobre las facetas de cristal debajo de ellos. El viento había cesado con la llegada de la oscuridad, y su desaparición había hecho que el frío se volviera lo suficientemente intenso para que Luke estuviera notando punzadas de dolor en las orejas y los dientes.

—Hay un par de rifles desintegradores debajo del asiento, Owen. ¿Te importaría cogerlos?

Luke se agachó y encontró un desintegrador protónico Seinar y un Merr-Sonn Estándar Cuatro francamente venerable.

—Puedes usar el rifle protónico —le ofreció generosamente Arvid mientras pisaba el acelerador y los peñascos y chimeneas dispersas empezaban a desfilar a su alrededor con horripilante rapidez—. El Cuatro es un poco temperamental, así que será mejor que me dejes manejarlo.

—Eh… Sí, probablemente será mejor. —Luke inspeccionó el Seinar. El arma, un ejemplar en avanzada fase geriátrica, había sido reparada en varias ocasiones, igual que ocurría con todo el equipo que Luke había visto en el planeta desde su llegada, pero estaba impecablemente limpia y los indicadores marcaban un nivel máximo de energía—. ¿Qué está pasando?

Los estallidos de luz que bailoteaban por delante de ellos procedían del nivel del suelo, y no iban dirigidos hacia el cielo. Luke se agarró a un asidero y se incorporó. El viento abofeteó su mono de vuelo gris mientras Luke lanzaba su mente a través de la oscuridad, Intentando llegar hasta el origen de aquellos destellos intermitentes. Ira. Violencia. Un tremendo torbellino en la Fuerza.

—No serán esa…, esa especie de relámpagos de superficie que vi hace un rato, ¿verdad?

Arvid, el cuerpo tenso sobre el banco, meneó la cabeza.

—Parece como si la estación estuviera siendo atacada.

La estación artillera era un complejo de siluetas de permacreto oscuras y achaparradas que parecían haberse fundido con los hombros de hueso negro de las colinas. El chisporroteo de la luz láser permitió que Luke distinguiera el enorme cilindro del muro exterior, una forma geométrica originalmente lisa recubierta por las marcas y arañazos del tiempo y las tormentas de arena. No había puerta, poterna, entrada o ventanas. Las estructuras superiores de la estación, allí donde el reluciente hocico negro del cañón

apuntaba al cielo, estaban coronadas por una precaria empalizada de postes y tablones de madera de botonero y lo que parecían troncos enteros de loaks espinosos cuyas masas nudosas y retorcidas se estiraban en todas direcciones como un amasijo de lanzas, y entre las que se agazapaban pasarelas, puentes y pequeños nidos protegidos desde los que los defensores podían disparar sobre quienes estuvieran debajo. Luces diminutas parecían haber quedado enredadas en las acumulaciones de objetos negros: había linternas, bengalas de sodio y, aquí y allá, la ocasional hilera de luces de trabajo improvisadas cuyo resplandor sulfuroso permitió que Luke viera siluetas en movimiento que se desplazaban velozmente por entre las sombras temblorosas. Arvid detuvo el deslizador en la cima de un risco desde el que se dominaba el pequeño cañón en el que se encontraba la estación, situada a unos cien metros de las paredes. Desde aquel privilegiado punto de observación Luke pudo ver cómo el pequeño grupo de atacantes corría de un extremo a otro de la curvatura del bastión, rociando la superestructura con estallidos de luz protónica que ardían en la oscuridad durante unos instantes antes de desvanecerse.

—Vaya, pero si es Gerney Casto… —Arvid ya tenía los macrobinoculares indispensables para cualquier habitante de la frontera colocados delante de los ojos, y estaba ajustando sus controles mientras seguía los movimientos de una u otra figura—. Gerney es uno de los vendedores de agua más importantes de todos los que hacen negocio con nuestro preciado líquido entre este sitio y Hweg Shul. Sin él nunca habríamos conseguido volver a poner en marcha esas viejas estaciones de bombeo. Los Veteranos habían dejado que se fueran pudriendo, y sólo se ocupaban de las que hay en sus aldeas. ¿Ves a esa chica de ahí, la de los cabellos blancos? Es Umolly Darm. Trafica con cristales-fantasma, esa variedad alargada de color verde y violeta que crece en racimos sobre las colinas más altas… Los usan para fabricar no sé qué equipo óptico que se supone que hace que las flores crezcan más deprisa en mundos con soles de la clase K o algo por el estilo. Trabaja para una pequeña organización de transportistas de Hweg Shul: disponen de tres naves suborbitales, y pueden fijar el precio de venta de cualquier cargamento que consigan hacer pasar a través de las pantallas de fuego de las estaciones.

Arvid bajó los macrobinoculares. Toda su actitud dejaba muy claro que no ardía en deseos de unirse al ataque, aunque Luke se dio cuenta de que había dejado el Merr-Sonn Cuatro lo bastante cerca de él para poder empuñarlo en cuestión de fracciones de segundo.

—Es una de las pocas personas que puede proporcionarte un asiento a bordo de una nave. —El aliento del joven se convirtió en una nubecilla de diamantes—. Ella o Seti Ashgad, en el mismo Hweg Shul… Si quieres, Umolly podría conseguir información a través del directorio del pueblo.

Un griterío lejano resonó debajo de ellos. Un pequeño grupo de lo que parecían granjeros armados y habitantes de alguna aldea estaba subiendo a un deslizador que había sido colocado junto al muro. Luke no necesitaba los macrobinoculares para ver los depósitos de flotabilidad extra instalados debajo del casco del deslizador. Los atacantes

debían de haber esperado hasta que los vientos del anochecer dejaron de soplar para poder utilizar un medio de transporte antigravitatorio a tanta distancia del suelo.

El vehículo también debía de contar con alguna clase de primitivo escudo deflector, porque las rocas y las lanzas arrojadas desde arriba fallaban el blanco con sospechosa insistencia. Una de las siluetas agazapadas manipuló una consola de control improvisada, y el deslizador inició un lento ascenso a lo largo del muro.

Luke se preguntó si los defensores conocerían lo suficientemente bien el funcionamiento de los escudos deflectores para que se les ocurriera descolgar a un hombre suspendido de una cuerda hasta dejarlo debajo del vehículo que subía hacia ellos.

—¿Crees que la señorita Darm podría informarme de cuándo va a venir alguien?

—No veo por qué no. Ya te he dicho que no recibimos muchas visitas, pero prácticamente todas llegan a través de Hweg Shul.

Una cuerda brotó del amasijo de troncos. Como una plomada suspendida de un hilo, una delgada silueta de gráciles movimientos vestida con mugrientas prendas carmesíes, cuero viejo y lo que parecían ser partes de una antiquísima coraza de las tropas de asalto, empezó a descender con veloz despreocupación a lo largo de la superficie de permacreto, manteniéndose lo suficientemente alejada del deslizador y su pequeño grupo de atacantes para que la curva del muro le ofreciese una cierta protección contra los haces láser. Sólo un disparo perfecto hubiera podido fulminar al defensor solitario, y ninguno de los atacantes encaramados al deslizador tenía tanta puntería. Los haces de energía pasaron muy lejos de él y rebotaron en la dura pared negra, dejando largas cicatrices negruzcas pero sin arrancarle ni un solo fragmento. La dinastía Grissmath sabía cómo construir sus fortificaciones.

Y entonces, justo en el momento preciso, el defensor se rodeó un brazo con un par de vueltas de cuerda extra y, sosteniendo un cinturón lleno de granadas con la otra, se apartó de la pared mediante una potente patada para describir una prolongada parábola volante que, como si fuese un péndulo, acabó llevándolo muy cerca de la parte inferior de la plataforma de asalto improvisada. Los ocupantes de la plataforma empezaron a disparar hacia abajo en un frenético intento de acabar con la silueta color rojo sangre que venía hacia ellos a través de la oscuridad, pero la barandilla del deslizador les impidió apuntar con la precisión suficiente.

El cronometraje había sido impecable. El defensor solitario lanzó el cinturón de granadas hacia arriba, y el experto giro de su muñeca que lo dirigió hacia la parte inferior del deslizador bastó para que el cinturón quedara atrapado en el equilibrador de emergencia. El defensor solitario volvió a entrar en contacto con la pared y se alejó de ella mediante una segunda patada, balanceándose al extremo de la cuerda para desaparecer entre la oscuridad. La cuerda ya se estaba acortando con gran rapidez a medida que los defensores escondidos en la superestructura izaban al lanzador de granadas. La plataforma empezó a descender hacia el suelo mientras los segundos transcurrían a toda velocidad. Los atacantes la abandonaron cuando estaban a ocho metros del suelo, saltando en todas direcciones, y el deslizador estalló entre un diluvio de

metralla al rojo vivo a dos metros por encima de donde habrían estado las cabezas de los atacantes de no ser por su rápida huida.

Los haces luminosos de varios reflectores se deslizaron sobre la gravilla en un repentino estallido de claridad procedente de la llanura. Las lanzas y las flechas relucieron con destellos metálicos mientras surcaban el aire, y un espolvoreo de rojizos disparos láser llenó la noche con un tapiz de puntadas acompañadas por los secos chasquidos de las armas de proyectiles. Luke concentró su mente a través de la Fuerza para atravesar la oscuridad y vio una abigarrada multitud de hombres y mujeres que se acercaban rápidamente sobre un considerable número de deslizadores y motos aéreas. Aquel nuevo contingente iba todavía peor vestido que las fuerzas de ataque —que Luke supuso serían Recién Llegados—, pero sus integrantes no compartían el gusto por los harapos exóticos que parecía caracterizar a los theranianos.

Eran mucho más numerosos que cualquiera de los otros dos grupos, y habría más de un centenar entre hombres y mujeres. Los Recién Llegados se volvieron hacia ellos, chillando y enarbolando sus armas, y Luke pudo oír las maldiciones y acusaciones que revolotearon por el gélido aire nocturno. En cuanto los dos bandos hubieron entrado en contacto, apenas se hicieron disparos. La batalla parecía más bien una enorme pelea de bar, con hombres y mujeres empujando y dando tirones, golpeándose con garrotes, palanquetas o azadones, agarrando, lanzando puñetazos y tirando de los pelos. «Son enemigos —pensó Luke—, pero se trata de unos enemigos que saben que volverán a encontrarse en la misma tienda para comprar algo de comida mañana por la mañana».

—Supongo que esos de ahí deben de ser los Veteranos, ¿no? —preguntó, y Arvid asintió con expresión ensombrecida.

—Condenados idiotas… —masculló el joven—. ¿Qué más les da a ellos que intentemos comerciar con el exterior? ¿Qué les puede importar que cambiemos nuestras cosechas por bombas de agua, procesadores y medios de transporte? Si quieren pueden vivir como animales, pero no entiendo por qué nos obligan a vivir como ellos.

Arvid empujó las palancas con una mueca de disgusto, hizo retroceder el deslizador y empezó a bajar por el risco. «¿Porque estáis en su planeta, quizá?», pensó Luke.

Lanzó una rápida mirada por encima del hombro y vio figuras inmóviles entre las viguetas y troncos de la superestructura de la estación, formas silueteadas por la áspera claridad de las luces: el guerrero carmesí de cuerpo flaco y gráciles movimientos estaba allí, y a su lado se podía distinguir la silueta, esbelta y diminuta, de lo que parecía un hombre más joven con largos cabellos recogidos en trenzas. Una delgada lanza de luz verdosa surgió del cañón principal de la estación y salió disparada hacia el cielo en un veloz ascenso por detrás de ellos, perdiéndose en la lejanía nocturna.

Un instante después una segunda luz brotó de las colinas. Un puntito de fuego floreció en el cielo, casi invisible en la distancia infinita que se extendía sobre sus cabezas.

—Oh, por todos los siths… —murmuró Arvid, mirando por encima del hombro mientras volvía a descender hacia el suelo—. Alguien está intentando bajar.

Los atacantes dejaron de empujarse y maldecir junto al muro. Tanto ellos como los Veteranos que los habían atacado desde atrás se quedaron repentinamente inmóviles en grupos de expresión hosca y malhumorada, jadeando como dragones en el frío de la noche. Todos miraron hacia arriba cuando el cañón de la estación volvió a disparar su haz.

—Le han dado a uno —masculló Arvid, deteniendo el deslizador al final del risco—. Pero no han conseguido acabar con todos. Gerney sabrá qué carga ha llegado y cuánto van a cobrar por ella.

«Es la nave de Seti Ashgad», pensó Luke. Resultaba obvio que el ataque a la estación artillera había sido meticulosamente organizado y coordinado —¿y quién podía saber desde cuántos sitios había llegado simultáneamente?— para aumentar las probabilidades de que el líder populista pudiera regresar sano y salvo.

La diminuta explosión que acababa de tener lugar en las capas altas de la atmósfera hizo que los antiguos atacantes reanudaran sus maldiciones y amenazas y se lanzaran a una nueva ofensiva que tenía como único propósito el permitirles desahogar su frustración y su rabia. Arvid volvió a pisar el acelerador en un ceñudo silencio, y los ojos de Luke fueron atraídos una vez más hacia el hombrecillo de los cabellos trenzados inmóvil en lo alto del muro y la silueta alta y delgada que se alzaba junto a él antes de que los peñascos y las chimeneas de cristal ocultaran la estación artillera.

El deslizador de Arvid llegó al lugar en el que las últimas hileras de rocas dispersas eran sustituidas por el vacío de los lechos marinos bañados por la claridad estelar y alcanzó a los grupos de combatientes en retirada, hombres y mujeres vestidos con monos de trabajo verdes, amarillos o anaranjados descoloridos por la arena, rifles al hombro o desintegradores colgando de los cinturones para herramientas que permitían identificar al primer vistazo a los moradores de las fronteras en todo el Borde Exterior. De vez en cuando eran adelantados por deslizadores o motos aéreas cargadas de Veteranos y entonces los Recién Llegados maldecían y agitaban los puños, pero no se produjeron nuevas hostilidades.

Ya se habían alejado bastante de la estación artillera cuando Luke vio aparecer ante ellos una hilera de deslizadores estacionados en la llanura, la mayoría de los cuales estaban casi tan maltrechos como el Aratech de Arvid. Los Recién Llegados estaban subiendo a los vehículos.

—¿Eres tú, Arvid? —gritó un hombre.

—¿Dónde te habías metido, niño? —preguntó una voz femenina.

La voz pertenecía a una mujer ya bastante mayor que a Luke le recordó a su tía Beru, pues tenía su mismo rostro curtido por la intemperie y su aureola de competencia callada y tranquila.

—¿Y de dónde has sacado ese deslizador? ¿Has tenido problemas?

—Ese deslizador es de mi amigo Owen, tía Gin. —Arvid señaló a Luke con una mano—. Se… Se lo llevó para cobrarse una deuda pendiente.

La tía Gin acercó su viejo vehículo al deslizador de Arvid y sus labios se fueron curvando en una lenta sonrisa mientras sus ojos de experta, capaces de distinguir las características de cualquier equipo incluso bajo la luz temblorosa e intermitente de las lámparas de sodio, identificaban el probable origen del deslizador sujetado a la cubierta de carga.

—¿De veras? ¿Y a qué te dedicas, Owen?

—Soy mecánico de deslizadores, y voy a Hweg Shul. —Luke volvió a dejar el desintegrador protónico de Arvid debajo del asiento—. Arvid tuvo la amabilidad de sacarme de las colinas cuando los depósitos de ese trasto exhalaron su último suspiro —añadió, metiéndose las manos enguantadas en los sobacos para tratar de protegerlas del frío.

—Owen dormirá con nosotros esta noche, tía Gin…, si no te parece mal, claro —dijo el joven, dirigiéndose a su tía con una afable jovialidad que Luke nunca había sido capaz de emplear con su familia adoptiva de Tatooine—. He pensado que podía llevarle a Hweg Shul por la mañana.

—Por mí de acuerdo —asintió Gin—. Suponiendo que no quiera quedarse a trabajar una temporada por aquí, claro… No podemos pagar un gran sueldo —siguió diciendo mientras se volvía hacia Luke—, pero tendrías comida y un techo y eso te permitiría ahorrar algo de dinero para la ciudad. Y un poco de ayuda no nos vendría nada mal, desde luego…

—Hace una hora no nos habría venido nada mal, cierto —gruñó un hombre muy corpulento cuya frondosa barba le daba el aspecto de un bantha enfurecido y que acababa de aparecer a bordo de un Saltador SoroSuub casi antediluviano.

Los haces de los focos del deslizador no paraban de saltar y bailotear, pero aun así Luke pudo darse cuenta de que el terreno había cambiado. Sintió la variación primero en el aire, que se estaba volviendo un poco menos reseco. De repente la gravilla desapareció para ser sustituida por una delgada capa de tierra polvorienta, y Luke pudo distinguir las plantas tenaces y resistentes que tan bien conocían los terraformadores coloniales, desde el bolter hasta la enredadera cautelosa pasando los ubicuos macizos de las balcrabbianas. Delante de él, recortando sus delgadas siluetas contra la tenue luz ambiental de un asentamiento, se alzaba una hilera de troncos de botonero que elevaban sus ralas copas hacia el cielo; y detrás de ellos se agitaban las fantasmagóricas sombras flotantes de los globos antigravitatorios amarrados al suelo, erizados de brocuerda, smoor y algo que, a juzgar por como olía, debía de ser majie. Después del silencio de los eriales, los suaves gruñidos de los blerdos y el burbujeo ahogado de los pastado-res parecía extrañamente potente, y casi ahogaba el zumbido de los milletes y el vuelo entre metálico y chasqueante de los nafenos nocturnos.

«Estupendo —pensó Luke—. Drochs y, además, nafenos…». Se preguntó si habría algún planeta en la galaxia que aquellas irascibles alimañas marrones no hubieran conseguido colonizar. Los nafenos adultos surgían de crías diminutas escondidas en los materiales de embalaje y obligaban a llevar a cabo largas tandas de inoculaciones, ya que

siempre se las arreglaban para contraer alguna clase de enfermedad local, mutarla y devolvérsela a los colonos y los ecosistemas indígenas a través de sus mordiscos.

—¿A qué venía tanto jaleo? —preguntó, haciéndose el ingenuo y recordándose a sí mismo que no sabía de cuánto poder real disponía Ashgad.

El hombretón hizo una mueca de irritación.

—Pues a que ya nos hemos hartado, así de sencillo. Nos enteramos de que estaba a punto de llegar otro saltaplanetas con un cargamento de chips y piezas de androides, y de que esos condenados theranianos iban a vaporizarlo porque ese condenado Oyente de las trencitas suyo les había dicho que los androides iban en contra de la naturaleza o algo por el estilo. Maldición, si no les gustan los androides entonces importaremos bandies… Si los mantienes bien alimentados son lo suficientemente resistentes para hacer el trabajo de los androides, y tienen justo el grado de inteligencia necesario para coger cosas y llevarlas de un lado a otro sin crearte problemas. He oído decir que podemos traerlos desde Antemeridiano por muy poco dinero.

—Oh, vamos, Gerney… —le interrumpió Gin con visible irritación—. ¡Si a los Oyentes no les gustan los androides, puedes estar seguro de que todavía les gustarán menos los esclavos!

—¡Los bandies no son esclavos! —gritó Gerney Caslo, poniéndose hecho una furia—. ¡Eso es como llamar esclavo a un cu-pa! ¡Eres peor que mi primo Booldrum! Los bandies se reproducen tan deprisa como los conejos de las arenas, son tan buenos trabajadores como los androides y viven mucho mejor si hay alguien que se encargue de cuidar de ellos.

—Eso es cuestión de opiniones.

—Oh, sólo porque algún condenado protector de los animales amañó una Prueba de Inteligencia…

—Los bandies son seres inteligentes —intervino Luke en voz baja y suave—. Tal vez no sean tremendamente listos, pero tienen derecho a no serlo. He conocido a algunos humanos que tampoco eran tremendamente listos. Los bandies se merecen algo mejor que la esclavitud.

—¿Y quién demonios eres tú? —Gerney lanzó una mirada furibunda a la silueta esbelta de rostro ligeramente barbudo tranquilamente sentada en el banco del deslizador y envuelta por una oscuridad casi total, y cuando volvió a hablar adoptó un tono aparatosamente sarcástico—. ¿Eres otro de esos tipos que se dedican a darnos malditas conferencias sobre los malditos derechos de los malditos seres inteligentes de la maldita galaxia?

—Bueno, de todas maneras hay mucho más que discutir al respecto —se apresuró a decir tía Gin mientras alzaba la vista hacia Luke—. ¿Descendiste en las colinas, peregrino? No te habrás encontrado con los theranianos, ¿verdad? ¿Viste si estaban tramando algo?

—¿Aparte de desmontar mi nave y llevárselo absolutamente todo salvo los trozos de cinta adhesiva para el espacio, quieres decir?

Luke sonrió, comprendiendo que Gin intentaba evitar una pelea, y la mujer le devolvió la sonrisa. La cinta adhesiva plateada para el espacio había dado origen a innumerables chistes entre los colonos, de la misma manera que había ocurrido entre los rebeldes: todo se mantenía unido gracias a ella, desde los sistemas domésticos hasta —o eso se afirmaba— el Palacio Imperial de Coruscant.

—No te lo tomes a broma. —La mujer que Arvíd le había señalado diciéndole que se llamaba Umolly Darm avanzó cautelosamente hasta detenerse junto al deslizador de Caslo. Era bajita, esbelta y bastante guapa, y ver que llevaba un cañón jónico colgando del hombro hizo que Luke pensara que debía de tener unos músculos dignos de un rancor—. Unas seis horas antes del ataque hubo una… Bueno, en realidad no sé qué era. He oído hablar de tormentas de la Fuerza a los Veteranos en más de una ocasión, y aquello debía de ser una de ellas. No había visto algo tan raro en toda mi vida, créeme… Todas las herramientas salieron despedidas del banco y empezaron a revolotear por la habitación como si hubiera un ciclón. Las cajas de cristales se sacudían, expulsaban las rocas y saltaban de los estantes, y al final de la calle parecía como si alguien estuviera machacando las estanterías de nuestro pequeño supermercado con un martillo neumático. Tinnin Droo y Nap Socker estaban trabajando en su derretidor de metales, y dicen que de repente el maldito trasto se puso a dar saltos como si estuviera vivo… Socker sufrió quemaduras tan graves que no creen que pueda salir de ésta.

Entrecerró los ojos, y un chispazo de furia y preocupación ardió en sus azules pupilas.

—Siempre estaban diciendo que los Oyentes tienen alguna clase de poder especial —murmuró—. Pero yo nunca había oído hablar de algo así, podéis creerme… Los Veteranos dicen que hace cien o doscientos años había muchas tormentas de la Fuerza.

—Los Veteranos dicen esto, los Veteranos dicen aquello… —se burló Gerney Caslo—. También dicen que sus Oyentes pueden curar cualquier cosa, desde la fiebre del pétalo hasta una pierna rota, con sólo imponerte las manos. —Su mirada volvió a recorrer a Luke desde la cabeza hasta los pies—. ¿Cuándo te encontraste con esos theranianos, amigo, y qué demonios estaban haciendo?

Luke meneó la cabeza.

—Me atacaron con lanzas y rifles de proyectiles cuando bajé, y logré escapar de ellos —dijo—. Eso fue todo.

Seis horas antes del ataque a la estación artillera…

… En el mismo instante en que Luke había usado la Fuerza para escapar.

«Lo sabía». La presencia de la Fuerza tan intensamente perceptible en todas partes y su terrible poderío, aquella inmensa energía que se había agitado a su alrededor igual que un vendaval y que había impregnado hasta el mismísimo aire con su frenética actividad…

Era él quien había causado la tormenta de la Fuerza.

La voz de Yoda surgió del pasado y llegó hasta él, y los dedos verdosos de piel áspera y rugosa parecieron pellizcarle con fuerza. «Su energía nos rodea y nos une a todos… Debes sentir la presencía de la Fuerza a tu alrededor, entre tu ser y el árbol, por todas partes».

El anciano Jedi debía de saberlo. Calista también debía de saberlo. Luke había pensado que podría seguir su rastro a través de la Fuerza mediante su mente, pero ya no estaba tan seguro de ello. De hecho, y teniendo en cuenta que la Fuerza podía llegar a ser como un diluvio de luz que cegara su mente, Luke ya no estaba muy seguro de si podría seguirle el rastro a nada o a nadie en aquel planeta.

—Bueno, lo hecho, hecho está —dijo Gin filosóficamente—. Hablar de lo ocurrido no mejorará la situación.

—Pero machacar un par de cabezas sí que podría mejorarla un poco —gruñó Caslo, poniendo en marcha su vehículo mientras las luces blanco azuladas del Aratech arrancaban destellos a las relucientes carcasas negras de su rifle desintegrador—. Sólo voy a deciros una cosa: será mejor que se anden con más cuidado en el futuro. Cuando Ashgad vuelva de esa conferencia suya…

—La boca de Gerney siempre ha sido la parte más desarrollada de todo su cuerpo —explicó Gin, haciendo girar su moto para evitar la amarra de un globo antigravitatorio tan grande como una casita del que colgaban los cables oscuros de una masa de lianas, con delicadas nubes de nisemia floreciendo entre ellas como nubecillas.

Ya estaban bastante cerca de las luces de Cañón Rubí y las cosechas que permitían subsistir al pueblo eran visibles por todas partes, con los brotes achaparrados del bott y el smoor creando un oscuro rompecabezas de vegetación esparcida sobre la delgada capa de tierra de las granjas de los Veteranos, y las torres erizadas de pinchos de los topatos y el cerelínco protegiendo a las plantas más frágiles y productivas de los Recién Llegados de las plagas y enfermedades que pudieran habitar en el suelo. Los globos antigravitatorios eran todavía más eficaces en ese aspecto, pero Luke sospechaba que también eran considerablemente caros. Todos los globos estaban suspendidos bastante por encima del suelo, y sus amarras se habían tensado al cesar el viento.

—Pero el resto de su familia es gente decente. Su primo Booldrum tiene la biblioteca más grande de todo Hweg Shul… Es incluso más grande que la de Ashgad. ¿Lo sabías? La oferta de quedarte aquí y echarme una mano durante una temporada sigue en pie.

Luke meneó la cabeza.

—Gracias, pero si Darm puede ayudarme a encontrar a un amigo que tal vez haya venido a hacer negocios en Hweg Shul me iré tan pronto como pueda.

—Como quieras. —Tía Gin inclinó la cabeza para señalar los dos grupos de luces que definían el pueblo, con las pulcras hileras de viviendas de los Recién Llegados sostenidas por postes de madera de botonero y las masas de claridad, más tenues y situadas más abajo, que indicaban dónde se hallaban las más humildes moradas de los Veteranos—. Tengo estofado y cerveza en casa, a menos que los dos queráis ir a la taberna del Bott Florido con el resto de los palurdos para parlotear del paraíso en que podría convertirse este sitio si nos permitieran abrirlo al comercio. Pero la verdad es que nuestro mundo nunca llegará a ser un paraíso por muchas horas que Seti Ashgad dedique a hablar con ese personaje tan importante al que ha ido a ver. —Volvió a mirar a Luke—. Si tu corazón no está en paz consigo mismo, ningún sitio puede ser un paraíso.

Después hizo girar su moto aérea en un prolongado viraje y se alejó hacia las casas de los Recién Llegados y el potente resplandor de sus lámparas.

Tenía razón, por supuesto, pero Luke dudaba de que su opinión fuese compartida por la mayoría de Recién Llegados…, y en realidad no había ninguna razón por la que debieran pensar como ella, por supuesto. Tenían derecho a vivir de la manera más cómoda posible, y nadie podía negarles el derecho a ver cómo sus hijos crecían disfrutando de una atención médica adecuada o a tratar de huir de los esfuerzos horribles, incesantes y agotadores inevitables en una agricultura primitiva y una economía estancada.

Eran una minoría en el planeta, y la mayoría de su población no quería que su mundo llegara a formar parte de la Nueva República. Nada de cuanto Seti Ashgad pudiera decir a los representantes de la Nueva República alteraría esa realidad.

Pero aunque sus deslizadores estaban hechos de chatarra y piezas sueltas y su ropa consistía en harapos remendados y prendas improvisadas, Luke no pudo evitar darse cuenta de que alguien había pensado que valía la pena gastar un montón de dinero para que hasta el último de los Recién Llegados estuviera armado con los modelos más recientes y sofisticados de rifles, desintegradores y cañones sónicos.

Capítulo 6

ENTRADA EN SISTEMA —77532— CCNR-XTTN-5057943, QQ7 a RRNR-XXY79 CÓDIGO DE PROTECCIÓN 9 RT. SU HON. EXCELENCIA LEIA ORGANA SOLO EXTREMADAMENTE URGENTE —RESPONDAN DE INMEDIATO

ENTRADA EN SISTEMA —77539— CCNR-XTTN-5057943, QQ7 a RRNR-XXY79 CÓDIGO DE PROTECCIÓN 9 RT. SU HON. EXCELENCIA LEIA ORGANA SOLO EXTREMADAMENTE URGENTE —RESPONDAN DE INMEDIATO

ENTRADA EN SISTEMA —77601— CCNR-XTTN-5057943, QQ7 a RRNR-XXY79 CÓDIGO DE PROTECCIÓN 9 RT. SU HON. EXCELENCIA LEIA ORGANA SOLO EXTREMADAMENTE URGENTE —RESPONDAN DE INMEDIATO

ENTRADA EN SISTEMA —77610— CCNR-XTTN-5057943, QQ7 a RRNR-XXY79 CÓDIGO DE PROTECCIÓN 9 RT. SU HON. EXCELENCIA LEIA ORGANA SOLO SITUACIÓN CRÍTICA —IMPRESCINDIBLE RESPUESTA INMEDIATA

—Condenado trasto hijo de un…

Han Solo volvió al comienzo de la franja de mensajes y examinó una vez más el texto. Código de protección de la clase 9, ¿eh? Han tecleó el primer código, aunque sabía que la pantalla del sistema de comunicaciones sólo le iba a proporcionar un montón de símbolos carentes de todo significado…, y eso fue exactamente lo que ocurrió.

—¿Dónde cuernos está el Chico de Oro cuando lo necesitas? Chewbacca gimoteó una pregunta desde el otro extremo de la terraza.

—No, no pasa nada.

Han volvió a examinar la franja de mensajes, como si esperase que leerla por enésima vez haría aparecer por arte de magia un mensaje, invisible hasta aquel momento, en el que habría escrito algo del estilo de NO TE PREOCUPES, LLEGAREMOS CON 50 HORAS DE RETRASO PORQUE HEMOS HECHO UNA PARADA EN CIBLOC XII PARA QUE PUDIERA COMPRARME UN PAR DE ZAPATOS NUEVOS. PRONTO ESTARÉ EN CASA. BESOS, L.

«Ni lo sueñes, chico», pensó.

Echó un vistazo al cronómetro. Pasaban unas cuantas horas del mediodía, y la intensa pero algo nebulosa claridad diurna de Hesperidio, la luna para turistas, ya estaba empezando a debilitarse. El cielo iba adquiriendo su característico color rosa amarillento por encima de los árboles de oscuras hojas de cuyas ramas colgaban racimos de frutos dorados v carmesíes que relucían con la intensidad de anuncios de neón, y los negros bordes de las hojas ya mostraban los diminutos alfilerazos de las estrellas más prominentes.

Han no podía seguir engañándose a sí mismo. Incluso tomando en consideración el peor final imaginable para la conferencia con el tal Ashgad e incluso añadiéndole un desvío de emergencia para pasar por Coruscant, una reunión no programada del Consejo y, de propina, una de las interminables arengas de Q-Varx, el consejero que simpatizaba con el Partido Racionalista y parecía poseer un inagotable don retórico —y en ese caso,

¿por qué no había recibido un mensaje para informarle de todos aquellos imprevistos?—, Leia llevaba un considerable retraso.

De hecho, el retraso era tan considerable que empezaba a rozar lo descomunal.

Chewbacca salió de la piscina de la terraza y se sacudió, esparciendo agua en todas direcciones. Invierno se deslizaba igual que un pez por detrás de él, avanzando por entre las rocas de aspecto altamente realista creadas mediante la ingeniería junto a los gemelos, que reían y chapoteaban en el agua tibia mientras Anakin iba recorriendo solemnemente con las manos todo el perímetro rosado del campo de su burbuja de confinamiento. Jaina acababa de desarrollar una considerable fascinación por todo lo relacionado con el anudar y el trenzar, y el largo pelaje de la cabeza y los brazos de Chewbacca estaba adornado por los macramés que había creado con sus esfuerzos. El wookie fue hacia Han, con el agua goteando de su pelaje empapado. Chewbacca gruñó otra pregunta, procurando no levantar la voz porque los gemelos entendían el wookie casi tan bien como su padre.

—Ni siquiera puedo hacer lo que me estás sugiriendo —replicó Han, también en voz baja—. Eso formaba parte de la cobertura. Se supone que Leia está en casa con nosotros, no en el centro del sector de Meridiano reuniéndose con un tipo que ni siquiera es el representante electo de su planeta.

Chewie ladeó su cabezota y emitió otro gemido interrogativo. Un chispazo de preocupación ardió en sus ojos azules por debajo del promontorio de su frente.

—¿Y qué podría decirme Ackbar? —Han extendió las manos—. Si supiera algo ya se habría puesto en contacto conmigo. Teniendo en cuenta que hay una filtración en algún lugar del Consejo y que los Racionalistas y el Partido de los Derechos de la Inteligencia hacen cuanto pueden para provocar una división en su seno, Ackbar se encuentra tan limitado como nosotros y tampoco puede utilizar los cavales de comunicación normales.

El wookie dejó escapar un gemido gutural.

—Lo sé.

Han cerró el puño y lo dejó caer con un sorprendente autocontrol —muy suavemente, como en un golpe a cámara lenta— sobre el grueso tablero de glasita de la mesa junto a la que estaba sentado.

La pequeña villa que había alojado a toda una sucesión de concubinas del Emperador Palpatine —una de las varias que el gobierno de la Nueva República había decidido seguir usando como alojamientos oficiales para los diplomáticos a los que quería impresionar— había sido sometida a un concienzudo barrido para asegurarse de que no hubiera ningún sistema de escucha escondido antes de que Leia y su familia se trasladaran a ella para pasar unas vacaciones lo más públicas posible en la que muchos consideraban era la luna más hermosa de todo el sistema de Coruscant, pero Han seguía sintiéndose más a gusto hablando en la terraza. El gorgoteo de las fuentes que deslizaban sus lenguas de agua por entre las piedras cubiertas de musgo y el suave canturreo de las flores trinadoras creaban ruido de fondo más que suficiente para protegerles incluso de un sistema de escucha direccional de largo alcance.

—Tendría que haber hecho caso de la advertencia de Calista —dijo Han—. Sí, tendría que haberle hecho caso…

En realidad Han sabía que Leia no podía permitirse el lujo de hacer caso de aquella advertencia, naturalmente. El Partido Racionalista llevaba demasiados meses preparando la reunión secreta con Ashgad —y tenía demasiada influencia tanto en la Nueva República como en los distintos fragmentos del antiguo Imperio— para que todo el plan fuera abandonado en el último momento meramente por una nota anónima. Q-Varx, el senador calamariano que estaba al frente del partido en aquel planeta acuático, había observado que, por una parte, la situación de la minoría de Recién Llegados de Nam Chorios muy bien podía acabar convirtiéndose en un caso de prueba decisivo para todo el problema de la autodeterminación planetaria y, por otra, que aunque Getelles, el Moff de Antemeridiano, no se hallaba en situación de emprender ninguna clase de acción militar contra la flota de la Nueva República destacada en el sector de Meridiano, sería esperar demasiado que no encontrara alguna forma de aprovechar cualquier clase de sentimientos antirrepublicanos existentes en aquel mundo.

«Ese es el gran problema del poder», reflexionó Han.

Mucho antes de que llegara a estar en contacto con el verdadero poder, Han ya estaba convencido de que las personas que querían gobernar la galaxia —o aunque sólo fuera un pueblucho perdido de Duroon— eran idiotas. Como había descubierto Lando Calrissian en Bespin, el poder te ataba y te convertía en un prisionero. Ya no podías seguir tus instintos o dejarte llevar por un impulso momentáneo.

Lo único que podía hacer Leia después de recibir el mensaje de Erredós era incluir a los guardias noghrianos en su séquito y correr el riesgo del espantoso escándalo que se produciría si su presencia era descubierta. Todas las precauciones que se podían tomar ya habían sido adoptadas.

«No tendría que haber ido a esa reunión…». Han volvió a dejar caer los dedos sobre el teclado y contempló el largo desfile de códigos de protección tipo 9 —ya había quince— que empezó a desfilar por la pantalla.

El rostro de la amada de Luke —los suaves contornos ovalados, el mentón decidido y los labios opulentos y llenos de energía, los ojos color de lluvia que eran al mismo tiempo tan viejos y tan inocentes— volvió a su mente. Han casi podía oír su voz, con aquella leve ronquera que hacía pensar en un adolescente, y no había olvidado la gracia un poco desgarbada de su cuerpo de huesos largos y esbeltos.

Calista había desaparecido hacía ya casi un año, y Han pensó que sabía que Luke intentaría seguir su rastro. Calista había querido desaparecer, y nunca hubiera vuelto a dar señales de vida a menos que tuviera un buen motivo para ello.

Y Leia también sabía todo eso.

Y el saberlo no le había impedido subir a la lanzadera del Borealis. Eso requería una clase de valor que Han no estaba muy seguro de poseer.

—No tendría que haber ido a esa reunión —dijo en voz alta.

La pantalla volvió a parpadear: otro código 9. Esta vez el mensaje, un largo bloque de texto, venía de Coruscant, y las letras de color púrpura en que había sido escrito indicaban que era muy, muy urgente. Una luz verde se encendió casi al mismo tiempo sobre el umbral de piedras recubiertas de musgo y complicadas tallas que llevaba de la terraza a la casa, y una estatua ornamental giró sobre sí misma en lo que parecía una vieja hornacina de piedra para franquear el paso a un androide CV-8L de cuerpo redondeado sostenido por un miembro articulado.

El párpado de bronce subió y bajó mientras el mecanismo óptico de cristal azul llevaba a cabo los ajustes necesarios para averiguar quién estaba en la terraza.

—Hay dos visitantes en el vestíbulo, capitán Solo —anunció unos instantes después con una muy agradable voz sintetizada—. No han querido presentar credenciales. ¿Desea que sean admitidos, o preferiría poder observarlos antes?

—Déjales entrar.

Han odiaba espiar a sus invitados. Si cruzaban el umbral disparando, él y Chewie probablemente serían capaces de resolver ese pequeño problema por sí solos.

—Lo haré encantado.

Chewie soltó un gruñido y agitó su melena. El sistema de observación del vestíbulo le gustaba tan poco como a Han y los androides del tipo criado-vigilante le gustaban todavía menos que a Han, suponiendo que tal cosa fuera posible. Han se echó a reír.

—Oh, desde luego —asintió—. Supongo que ya has visto cómo hasta el último de sus pequeños diodos parpadeaba de puro deleite, ¿verdad?

La risa desapareció de su rostro un instante después cuando la puerta automática se hundió silenciosamente en su ranura de cuasi-piedra y vio quiénes eran sus visitantes.

Todo aquello empezaba a olerle muy mal.

—Bien, bien… —La puerta de la escotilla se abrió con un siseo—. ¿Qué tenemos aquí?

Cetrespeó había empezado a avanzar con las manos extendidas en una bienvenida tan calurosa que casi rozaba el éxtasis, pero la pregunta lo dejó paralizado.

—Tal como ya le expliqué por la pantalla —repitió—, este aparato de exploración tuvo que huir de…, de una catástrofe de considerable magnitud, y vamos hacia la base de la flota en Cibloc XII. —Mientras hablaba iba analizando al hombre de anchos hombros y rubios cabellos con una cicatriz en el labio que permanecía inmóvil en el umbral, el hombre que media hora antes se había identificado por la pantalla visora como el capitán Bortrek del Puro Sabacc—. Por desgracia nuestro piloto falleció y…

Cetrespeó siguió al capitán Bortrek pasillo abajo mientras hablaba. El joven le precedió con paso rápido y decidido, mirando a su alrededor con expresión pensativa mientras dejaba escapar un suave silbido por entre los dientes.

—¿Era el único tripulante?

Bortrek se detuvo delante de la entrada del diminuto laboratorio en el que el cuerpo del infante de marina Marcopio yacía dentro del reducido espacio de la caja de éxtasis.

—Por supuesto. Si hubiéramos dispuesto de alguien más que pudiera encargarse de pilotar la nave por los caminos de Durren, entonces hubiésemos podido…

—¿De qué murió? ¿Era algo contagioso?

—Pues creo que sí, señor, pero la caja de éxtasis dispone de un nivel de certificación máximo que abarca todo el espectro de seguridad biológica.

Aunque había sido escrupulosamente programado para que no llegara a formarse opiniones personales sobre ningún ser humano, Cetrespeó no pudo evitar comparar a aquel joven con el capitán Solo tal como era cuando Cetrespeó y Erredós tuvieron su primer encuentro con él mientras acompañaban al ama Leia. El capitán Bortrek parecía tomarse las cosas de una manera mucho más despreocupada y tenía un caminar más presuntuosamente contonearte, aparte de que se vestía de una manera que Cetrespeó reconoció al mismo tiempo como llamativa y de un cierto mal gusto.

—El ochenta por ciento de la tripulación ya había muerto antes de que pudiéramos… Disculpe, señor, pero ¿qué está haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —replicó el capitán Bortrek con una cierta irritación, volviéndose hacia Cetrespeó con el puñado de conectores de la caja de éxtasis que acababa de arrancar de la pared colgando de su mano—. Ayúdame a llevar este trasto a la otra escotilla, Cubo de Oro… ¡Muévete de una vez, estúpido montón de chatarra! ¡Elevadores antigravitatorios!

Cetrespeó obedeció automáticamente —tal como estaba programado para hacer—, interpretando el contexto y el gesto del capitán como una orden de que le trajera los elevadores antigravitatorios guardados debajo del compartimiento. No pudo evitar comparar el tono que había empleado Bortrek con el del amo Luke —y el de su excelencia—, en los que siempre había presentes elementos de cortesía no esenciales en el aspecto gramatical como «Por favor» y «Gracias», aunque ningún androide de protocolo merecedor de ese nombre podía ofenderse ante epítetos como «montón de chatarra» o insultos tan obviamente falsos como «estúpido». Cetrespeó sabía que no era estúpido.

Pero corregir la estimación profundamente inexacta de sus capacidades mentales llevada a cabo por aquel hombre también resultaba tan contrario a su programación como lo hubiera sido el que intentara evitar que Bortrek colocara la caja de éxtasis encima de los elevadores antigravitatorios y la sacara al pasillo con la clara intención de enviar los restos mortales del infante de marina Marcopio al vacío espacial, con caja incluida. El capitán Bortrek era un ser humano.

En consecuencia Cetrespeó se guardó sus reflexiones para sí mismo mientras ayudaba al capitán a meter la caja de éxtasis en la escotilla secundaria, que era un poco más pequeña que la principal. Marcopio había sido un leal protector de su excelencia, un buen piloto y, por lo que podía juzgar Cetrespeó, un joven realmente admirable. Aunque personalmente Cetrespeó no veía ninguna razón por la que los restos humanos no debieran ser lanzados al vacío, incinerados o, de hecho y si no había más remedio, guisados y consumidos por otros humanos en una situación de emergencia (siempre que

se hubiera comprobado que estaban libres de bacterias nocivas antes y, a ser posible, hubieran sido preparados con una cierta estética), también era agudamente consciente de que tanto su excelencia como la familia del joven y el mismo difunto habrían considerado que aquella forma de librarse de sus restos no tenía nada de respetuosa. El respeto y la costumbre eran los cimientos del protocolo, por lo que Cetrespeó se sintió profundamente ofendido.

Aun así, todavía no se sentía ni la mitad de ofendido de lo que llegaría a sentirse dentro de poco.

—Bonita nave —volvió a observar Bortrek mientras daba la espalda a la puerta de la escotilla antes de que el ciclo hubiera terminado.

—Mi congénere me informa de que es un aparato de exploración de último modelo diseñado para viajes cortos por el espacio profundo poseedor de una propulsión hiperespacial limitada —replicó Cetrespeó, siempre deseoso de ayudar a los humanos—. Tiene motores de índice diez punto dos y la capacidad de su casco es de treinta y cinco metros cúbicos.

—Vaya, vaya… —gruñó Bortrek—. ¿Intentas vendérmela o qué? —Mientras avanzaba por el pasillo pasó la mano por delante de una puerta auxiliar e inclinó la cabeza con aprobación ante la rapidez con que se abrió, pero no intentó entrar por ella—. Sí, está muchísimo mejor que el viejo Sabacc… Lástima que no sea un poquito más grande.

Cetrespeó había tenido ocasión de ver con toda claridad al Puro Sabacc como la vieja barcaza Y-164 que era durante la maniobra de atraque con el bote de exploración, por lo que se sintió bastante inclinado a mostrarse de acuerdo con el capitán a pesar de que sabía que su capacidad de enjuiciamiento sobre esa clase de asuntos era un tanto limitada. Erredós había examinado el Sabacc mediante sus sensores y había confirmado la opinión del androide de protocolo: los índices de emisión motriz de la nave eran excesivamente bajos, y aunque resultaba obvio que había sido diseñado y construido para su uso como aparato de hiperimpulsión de larga distancia, también parecía ser menos maniobrable.

—Los motores del bote sufrieron graves daños cuando chocamos con varios restos que flotaban a la deriva por el espacio durante la reciente batalla —siguió diciendo Cetrespeó, que continuaba siguiendo a Bortrek mientras el capitán recorría la pequeña nave y golpeaba mamparos con los nudillos, hacía aparecer lecturas en las pantallas o se inclinaba para echar un vistazo por las escotillas de acceso—. Mi congénere y yo debemos ser transportados a la instalación de la flota en Cibloc XII lo más rápidamente posible. No ocupo ningún cargo oficial, pero aun así puedo asegurarle que existe una probabilidad muy elevada de que reciba una recompensa después de que hayamos llegado a Coruscant, y también me atrevería a decirle que dicha recompensa le será entregada en cualquier dirección que desee proporcionar.

Bortrek se detuvo en el centro del puente y su mirada fue rápidamente de Cetrespeó a Erredós, que seguía conectado al ordenador de navegación principal de la nave, absorbiendo lecturas e información cuyos ecos parpadeaban en las pantallas que había a

su alrededor. Aunque, tal como había dicho Cetrespeó, los sistemas de guía del bote de exploración habían sido dañados por las colisiones con los restos —lo cual habría hecho que el vagar a la deriva por el espacio interestelar se convirtiera en un destino casi inevitable de no ser por la repentina aparición de Bortrek, que había captado sus transmisiones de emergencia—, los canales de comunicación seguían funcionando. Erredós emitió una vertiginosa retahíla de información a la que Cetrespeó reaccionó con un estridente «¡Oh, cielos!».

—¿Qué ha dicho?

Bortrek estaba examinando las consolas quemadas con ojos de experto.

—Hay informes de revuelta en Ampliquen y Galquek del Rey, y según Erredós también ha habido brotes de plaga en la base de Durren. ¡Esto es terrible!

—Bueno, en todo caso es lo suficientemente terrible para convencerme de que debo salir de aquí lo más deprisa posible, Cubo de Oro. —Bortrek fue hacia Erredós y golpeó suavemente su cúpula con los nudillos mientras lo contemplaba con expresión especulativa—. ¿Qué modelo R2 es, Cubo de Oro? ¿Un de, quizá?

—Sí, es un de. Son unos modelos bastante buenos y también son extremadamente versátiles, aunque a veces pueden comportarse de una manera un poco errática. Sea cual sea el tipo de navegación estelar o función astromecánica de que se trate, resulta imposible mejorar las prestaciones de la serie R2 en general y de los modelos de en particular…, o eso me han asegurado.

Bortrek se arrodilló, abrió el panel posterior de Erredós y empezó a hurgar en él con un extractor que había sacado del bolsillo de su chaqueta de piel de reptil.

—Conque eso te han asegurado, ¿eh? —Erredós dejó escapar un chillido electrónico y retiró su conexión de datos de la salida—. Bien, Cubo de Oro, pues a mí también me lo han asegurado. Así pues, te diré lo que vamos a hacer: tú y tu pequeño amigo vais a salir del bote por la escotilla primaria y me esperaréis en el puente del Sabacc. Me reuniré con vosotros dentro de un rato.

—Hemos tenido mucha suerte, ¿no te parece? —dijo Cetrespeó mientras él y Erredós avanzaban por la angosta cubierta del túnel desplegado entre las escotillas que unía a las dos naves—. Con el bloqueo comercial y una rebelión en el planeta, y ahora además la plaga, ninguna nave capaz de viajar por el hiperespacio saldrá del sistema de Durren durante algún tiempo. El sector de Meridiano está muy poco poblado, y se encuentra bastante alejado de la mayoría de rutas comerciales. Podríamos haber flotado a la deriva durante años —siglos, quizá— antes de ser descubiertos. Y a esas alturas, ¿quién sabe qué podría haber sido de su excelencia?

Erredós guardó silencio. Cetrespeó supuso que el capitán Bortrek habría desconectado una parte del motivador del pequeño androide, lo cual quizá fuese una sabia precaución. A veces Erredós podía ser realmente imprevisible, y tal vez se hubiera negado a abandonar el bote de exploración a pesar de que ya no podía servirles de nada.

—En cuanto lleguemos a Cibloc XII podremos informar a las autoridades competentes del paradero de su excelencia. No creo que sea muy prudente hacerlo desde

esta nave, y en realidad creo que ni siquiera deberíamos informar de lo ocurrido al capitán Bortrek. Le agradezco infinitamente que nos haya rescatado, pero nunca se puede estar seguro de hacia qué dirección están orientadas las lealtades de esa clase de hombres. Aun así, estoy seguro de que podremos recomendar al Consejo Central que le entregue una generosa remuneración para compensar todas las molestias que se ha…

Cetrespeó se interrumpió de repente, dejando inacabadas sus especulaciones, cuando salieron de la escotilla del Puro Sabacc para entrar en su bodega de carga principal. Había montones de contenedores de seguridad amontonados a lo largo de las paredes y uno de ellos, que estaba abierto, mostraba fajos de bonos al portador y una considerable cantidad de monedas de oro. Otro estaba tan lleno de platino y electro que no había habido forma de cerrarlo, y los metales preciosos habían sido moldeados en formas que Cetrespeó identificó inmediatamente como sagradas para cuatro de las seis religiones que contaban con más fieles en el planeta Durren: los relicarios, custodias y ruedas de oración habían sido amontonados sin ningún miramiento, y algunos objetos sagrados habían sido doblados para que pudieran caber en el contenedor. Todo lo que era demasiado grande para poder ser almacenado con facilidad —estatuas y muebles claramente valiosos gracias a sus materiales y su acabado— había sido amontonado en los rincones, junto con fardos de terciopelos bordados y valiosísimas pieles de stohl atadas a toda prisa, así como más sacos que revelaban las formas inconfundibles de las monedas.

—¡Cielos! —exclamó Cetrespeó, muy sorprendido—. ¡A juzgar por las últimas estadísticas de valoración del oro y el platino vigentes en el mercado, sólo en esta bodega tiene que haber varios millones de créditos! El capitán Bortrek no parece pertenecer a las clases más prósperas y, de hecho, ni siquiera es nativo del planeta Durren. Me pregunto qué puede estar haciendo con tales riquezas a bordo…

—Llevárselas en depósito, mi querido amigo.

Cetrespeó giró sobre sus talones y Erredós hizo girar su cúpula hasta que sus receptores visuales quedaron dirigidos hacia el capitán de la cicatriz en el labio mientras Bortrek salía de la escotilla detrás de ellos. Bortrek traía consigo un enorme cuadrado de plástico lleno hasta rebosar de componentes y cables que hasta hacía unos momentos había sido un recubrimiento de consola, y una de sus manos empuñaba un grueso control remoto de color negro.

—¿En depósito, señor?

Los labios de Bortrek se curvaron en una lenta sonrisa. Cetrespeó era un androide muy poco imaginativo, pero al verla tuvo la inexplicable impresión de estar contemplando a un ejemplar de alguna especie semiinteligente procedente de antepasados cazadores cuyo proceso evolutivo se hubiera detenido bastante por debajo del nivel de humanidad estándar.

—Las mantendré a buen recaudo en nombre de los propietarios que se han ausentado y sus…, eh…, sus herederos. La situación en Durren es bastante complicada. Los partisanos salen de sus escondites en el campo, hay disturbios en las calles… Están quemando montones de casas, y mucha gente se larga a toda prisa antes de que la

situación empeore todavía más. Algunas personas deciden que es el momento ideal para limpiar sus armarios y librarse de todo ese oro y platino sobrante que habían ido acumulando. Eh, tú.

Bortrek señaló a Erredós con el mando a distancia.

—Mi ordenador de navegación principal se quemó después de que tuviera una pequeña discrepancia de opiniones con la Autoridad Central del Puerto, a la que me encantaría ver desaparecer dentro de un agujero negro —siguió diciendo—. Voy a necesitarte.

Erredós titubeó y dejó escapar otro gemido de protesta que hizo que Bortrek le apuntara con el mando a distancia y que Cetrespeó decidiera intervenir.

—¡Compórtate, Erredós! El capitán Bortrek va a tenerla amabilidad de transportarnos hasta Cibloc XII, por lo que es lógico y natural que le ayudemos en la medida de lo posible con todos los medios a nuestro alcance.

El pequeño androide astromecánico se bamboleó y empezó a mecerse sobre sus ruedas, pero resultaba obvio que el capitán Bortrek había desconectado todo el nivel superior de sus motivadores. Erredós emitió un nuevo gemido de desesperación y acabó siguiendo a Bortrek por el umbral. Cetrespeó se dispuso a seguirles.

—Bien, capitán Bortrek, en cuanto lleguemos a Cibloc XII deberemos ponernos en contacto lo más rápidamente posible con el almirante Ackbar de la Flota de la Nueva República y…

La puerta se cerró delante de su cara. Después de un considerable período de tiempo durante el que se entretuvo evaluando el contenido de la bodega y obteniendo una cifra final de entre veintitrés y veintiocho millones de créditos (tomando en consideración una cierta inflación como resultado de los disturbios producidos en el sector y las fluctuaciones en los precios promedio de las obras de arte durrenianas), los sensores auditivos de Cetrespeó captaron los inconfundibles chirridos metálicos que acompañaban a la retracción de un túnel entre escotillas. Cetrespeó hizo aparecer una lectura en el teclado instalado junto a la compuerta de la bodega de carga —el lenguaje binario era muy sencillo— y descubrió que los sistemas del Puro Sabacc estaban entrando en la modalidad de previaje.

—Qué curioso… —murmuró el androide de protocolo—. Oí con toda claridad cómo el capitán Bortrek decía que su ordenador de navegación no se hallaba en condiciones de funcionar.

Cetrespeó dirigió unas cuantas observaciones más al núcleo de ordenadores, y en cuanto éstas fueron transformadas en códigos estándar hicieron que el mecanismo se apresurara a escupir todo lo que sabía sobre un considerable número de temas en una serie de ráfagas de datos de alta velocidad. Cetrespeó necesitó unos segundos para ex traer las ráfagas de datos de su memoria de almacenamiento temporal y procesar la información en su memoria sistémica, pero cuando hubo terminado se sintió todo lo cerca del furor que puede llegar a sentirse un androide correctamente programado.

—Pero… ¡Pero el curso que está trazando no nos llevará a Cibloc XII! ¡Ni siquiera pasaremos cerca de esas coordenadas! —exclamó—. ¡El capitán Bortrek es un ladrón! ¡Estamos siendo robados!

—Toda la misión ha desaparecido.

Mon Mothma, guía de la Rebelión y ex jefe de Estado del Gobierno Provisional, acercó sus manos delgadas y llenas de arrugas al protector semicircular de hierro de la chimenea, y las llamas ribetearon sus dedos con hilos de luz ambarina.

Han Solo había llegado a conocer muy bien a aquella mujer alta y hermosa durante los últimos años, pero eso no impedía que siguiera inspirándole un respeto casi reverencial. La imagen de Mon Mothma estaba por todas partes, y ocupaba un lugar muy importante en todas las historias de la Rebelión y de los últimos días del Imperio. Era como estar sentado delante del fuego con una diosa de las viejas leyendas, o como compartir la misma habitación con Rip «Mano de Hierro» Calkin, el eximio defensa central que había conseguido hacer setecientas paradas durante la última temporada de bolatrón.

—¿Ha desaparecido?

Algo se quedó inmóvil y se fue enfriando dentro de la caja torácica de Han.

Invierno había llevado a los niños al cuarto de juegos, una gran estancia situada en lo alto del largo tramo de peldaños de una torre festoneada de enredaderas. La salita estaba sumida en la penumbra, y las lámparas medio escondidas en discretas hornacinas proyectaban cálidas pautas de luz sobre los techos pintados, tiñéndolos con un resplandor acuoso indistinguible del que hubiera producido el combustible fósil. Las llamas que saltaban y se deslizaban por entre los trozos de carbón y madera esparcidos sorbe la arena blanca de la chimenea eran auténticas, aunque brotaban de un conducto de gas enterrado, y Han se acordó con una repentina punzada de dolor de que Leia y él habían hecho el amor sobre la alfombra de piel de stohi, blanca como la leche, la noche antes de su partida.

—Todavía no hemos dado a conocer su desaparición, y trataremos de que las cosas sigan así durante el mayor tiempo posible.

Mon Mothma se irguió en su asiento y sus luminosos ojos oscuros capturaron los reflejos del fuego. Su aspecto era un millón de veces mejor que la última vez que la había visto Han, cuando Mon Mothma yacía en el hospital después de otra serie de sesiones de terapia en el tanque bacta para combatir los efectos consuntivos de un intento de envenenamiento…, y un millón de veces peor que el de la mujer a la que había conocido en el caos de unos cuarteles generales provisionales de la flota rebelde. Mon Mothma nunca había llegado a perder la terrible delgadez de la muerte, y los pliegues de piel colgaban flácidamente en sus muñecas y debajo de su mandíbula. Sus cabellos, que habían seguido siendo oscuros durante los horrores y vicisitudes de la lucha contra

Palpatine, empezaron a encanecer con el envenenamiento y ya se habían vuelto totalmente blancos, y cuando no tenía que aparecer en público todavía caminaba ayudada por dos bastones. Pero seguía siendo muy hermosa.

—Y el ministro Rieekan está gravemente enfermo, lo cual complica todavía más la situación. Al principio temíamos que su enfermedad pudiera tener algo que ver con la plaga que parece ser está haciendo estragos en Meridiano, pero…

—¿Plaga? —preguntó Han, y sintió que otra punzada helada le desgarraba las entrañas.

«No, Leia no puede…».

—Los informes son demasiado fragmentarios para que podamos estar totalmente seguros —dijo Mon Mothma, y su tono indicó a Han que no podía estar más segura—. Cuando hubo el primer brote en la base orbital de Durren al principio se sospechó que se trataba de alguna clase de envenenamiento, pero no hay ninguna prueba que respalde esa suposición. Tampoco hay pruebas de que se trate de alguna enfermedad. No hay bacterias, virus u organismos polífagos… No hay nada, dejando aparte el hecho de que la gente se está muriendo. La revuelta que acaba de estallar en Durren nos ha impedido enviar equipos médicos. Las facciones locales están asediando la base…

—¿La base está sitiada? —exclamó Han—. ¿Cómo es posible? Disponían de dos cruceros, ¿no?

—Los cruceros estaban…, están investigando lo que, o es un ataque pirata contra Ampliquen, o bien podría ser una ruptura de la tregua entre Budpock y Ampliquen. No sabemos nada de ellos, y tampoco hemos vuelto a tener noticias del navío insignia de Leia y de su escolta después de que informaran de que la reunión había terminado «de manera aceptable» y entraran en el hiperespacio en el punto de salto prefijado.

Un R-10 entró en la salita, enviado por el sistema de atención de la casa con un vaso de cerveza para Han y un tazón de cacao para Mon Mothma. Como todo lo que había en la casa, el pequeño androide había sido diseñado para que encajara con la atmósfera general de fantasía rústica, y su caparazón de madera patinada y verdosos tonos bronce viejo había sido minuciosamente construido a mano. Han pensó que si la villa todavía fuera propiedad del Emperador, el androide probablemente habría sido sustituido por uno de aquellos sindroides que, según afirmaban los anuncios, podían ser moldeados hasta convertirlos en una copia exacta de cualquier forma de vida inteligente o semiinteligente del Imperio. Han no estaba muy seguro de si se habría sentido demasiado cómodo con unos cuantos sindroides rondando a su alrededor, eso en la improbable eventualidad de que el sueldo de Leia pudiera llegar a cubrir el coste de aquellas cosas.

—¿Has comprobado qué papel ha jugado Ashgad en todo esto?

Mon Mothma asintió, tomó un sorbo de su cacao y dejó el tazón encima de la bandeja de bronce superior del androide, que parecía tan antigua como el resto de su cuerpo.

—El último informe enviado por el Borealis incluía lecturas sensoras obtenidas por la nave de Ashgad, y todas indican que no había nada que se saliera de lo habitual. Los capitanes del navío insignia y la nave de escolta informaron de que las naves más

cercanas se encontraban en los alrededores de Pedducis Chorios, y la misma Leia dijo que Ashgad parecía sentirse bastante satisfecho de los resultados de la reunión. Hemos enviado un mensaje a Ashgad…

—Lo cual no quiere decir nada si realmente está metido en esto.

—Quizá. —Mon Mothma se frotó los brazos, y Chewbacca cogió uno de los chales de Invierno cuyos dibujos y colores cambiaban igual que un caleidoscopio cada tres o cuatro minutos y lo colocó sobre los hombros de la ex jefe de Estado. Mon Mothma le dio las gracias con una mirada y una sonrisa—. Bien, sé que un interdictor puede arrancar a una nave del hiperespacio…

—Puede hacerlo —la interrumpió Han—. Pero los chicos de Inteligencia tienen bastante vigilados a todos los tipos que disponen de navíos interdictores…, o por lo menos a todos aquellos cuya existencia nos es conocida. Que yo sepa, hasta el momento no nos hemos enterado de que haya ocurrido nada raro. Lo que intento explicarte es que los interdictores pueden sacar a una nave del hiperespacio, pero que luego te encuentras con que tienes una nave en las manos…, y eso es algo que hay que explicar. Nos hemos mantenido especialmente alerta al respecto, y no parece haber ocurrido.

—Como acabas de decir, sólo puedes vigilar a aquellos cuya existencia te es conocida —murmuró Mon Mothma—. ¿Crees que alguien puede haber alterado un punto de salto mediante algún tipo de control remoto? Quizá puedan haber modificado su ruta…

—No es posible —dijo Han—. No soy ningún científico, desde luego, pero esos ordenadores de navegación están tan bien protegidos como un harén valorsiano contra todas las variedades de explosiones solares y partículas gamma precisamente por esa razón. Aun así, cuando me dedicaba al contrabando siempre estaba oyendo rumores de que o los imperiales o algunos de los peces gordos del contrabando habían descubierto una manera de conseguirlo.

El frío que sentía detrás del esternón se había ido intensificando a medida que hablaba. Han se había pasado toda la vida jugando al quete-pillo con los negros vacíos de la eternidad, y sabía muy bien hasta qué punto eran inmensos los espacios que se extendían entre las estrellas. Ahí fuera podía haber cualquier cosa. Todos los navegantes del espacio tenían pesadillas en las que, fuera por el motivo que fuese, acababan extraviándose en los golfos interestelares. Ésa era la razón por la que Han se había aprendido de memoria centenares de cartas estelares, y por la que todavía guardaba montones de cartas estelares impresas a bordo del Halcón Milenario a pesar de que Lando y sus otros compañeros de contrabando del pasado siempre le estaban tomando el pelo por ello.

La mera idea de que alguien fuera capaz de alterar un punto de salto mediante algún tipo de control remoto bastaba para ponerle los pelos de punta.

Era otra cosa. Tenía que ser otra cosa.

—Bien, ¿y quién tuvo la gran idea de que el Consejo eligiese un sucesor provisional si tanto la jefe de Estado como el Primer Ministro quedaban fuera de combate? —

preguntó con irritación—. En cuanto sepan que Leia ha desaparecido, empezarán a discutir entre ellos y entonces ya no podrás hacer nada.

—Ahora tampoco podemos hacer nada.

—¿Qué me dices de un holograma? —preguntó Han—. Podríamos hacer que algún falsificador de hologramas produjera un montaje con metraje reciente y…

—Ya se ha intentado —replicó Mon Mothma con voz gélida—. El Partido del Cántico del Día había oído ciertos rumores sobre la desaparición, y…

—¿Rumores? ¿De dónde procedían? ¿Quién los ha estado esparciendo?

Mon Mothma meneó la cabeza.

—Los rumores ya están empezando a circular por todas partes, Han. El almirante Ackbar se ha visto obligado a decretar un receso de doce horas en las actividades del Consejo para evitar un estallido de violencia entre el senador Typia del Partido del Cántico del Día y el senador Arastide de Gantho. En cuanto al segundo holograma falso, no hemos podido seguirle la pista pero sospechamos de los tervigs, ya que declaraba que el tráfico de esclavos bandies de la zona de Tervissis era una actividad perfectamente legítima y aceptable. En cualquier caso, la falsificación era de tan pésima calidad que resulta obvio que no guarda ninguna clase de conexión con la desaparición de Leia y su grupo.

«Y sean cuales sean las circunstancias» —siguió diciendo, midiendo sus palabras con ártica frialdad—, sustituir a la jefe de Estado de la Nueva República por un holograma falsificado no es exactamente el tipo de precedente que deseo establecer. Me parece que a Leia tampoco le gustaría utilizar esa clase de truco, y me imagino que estarás de acuerdo conmigo en ello.

Han se sintió como si acabaran de pillarle con la mano metida en el recipiente de las galletas.

—No, supongo que no le gustaría…

«Otra buena razón para no gobernar la galaxia», se dijo.

—¿Y qué me dices de Luke? —preguntó para romper el silencio que había seguido a sus últimas palabras.

—¿Luke?

—Estaba a bordo del Borealis. Había ido a despedir a Leia, y en el último momento Leia recibió un mensaje de Calista diciéndole que no debía confiar en Ashgad y Luke decidió acompañarla. Planeaba usar un caza lo más pequeño posible para despistar a las estaciones artilleras y averiguar si Calista se encontraba en Nam Chorios.

—Ashgad… —dijo Mon Mothma en voz baja y suave—. No lo sabía. Hemos estado intentando ponernos en contacto con Luke, y hemos hablado con la luna de Yavin. Sus estudiantes pensaban que quizá había vuelto y se había ido a la jungla para meditar.

Han dejó escapar un gruñido. Después el silencio volvió a reinar en la salita, roto únicamente por los chasquidos del fuego y el murmullo de la fuente que adornaba un rincón de la estancia. Los reflejos del fuego bailotearon en los ojos de Chewbacca, dos destellos azules gemelos medio escondidos por la sombra de sus cejas. Al otro lado de la

gran arcada protegida magnéticamente que se abría en la pared sur de la estancia, los cielos mágicos del sistema de Coruscant relucían con el esplendor de las cuerdas, velos y tesoros derramados por la pródiga luz de las estrellas.

—Tendré que ponerme en contacto con Lando —dijo por fin.

Mon Mothma asintió. Parecía haber leído los pensamientos de Han desde el primer momento, y Han se dijo que probablemente esa cualidad formaba parte de los requisitos imprescindibles para conseguir el puesto de jefe de Estado.

—Lando ya dispone de nave propia, y puede usarla para la búsqueda. Todo debe hacerse de la manera más discreta posible: probablemente nunca llegaremos a saber cuál de los tripulantes del Borealis o el Impenetrable se fue de la lengua. ¿Tienes alguna objeción a que Mara Jade sea informada? Esa chica sabe cómo rastrear un sector.

Mon Mothma movió la cabeza en una lenta negativa.

—¿Alguien más?

—Kyp Durron, de la Academia Jedi. Wedge Antilles, si podéis prescindir de él. Kyp necesitará una nave. Tendrá que ser rápida, pero habría que elegir una que no llamara la atención.

—Puedes darlo por hecho —dijo Mon Mothma, y le alargó un cubo de plasteno rojo—. Contiene los últimos informes enviados por Leia, el comandante Zoalin y el capitán Ioa, así como las lecturas sensoras de la nave de Ashgad y los datos sobre todo lo que había en los cinco parsecs circundantes. También encontrarás las coordenadas del punto de salto en el que desaparecieron.

—Bueno, da igual por donde entraran en el hiperespacio —dijo Han—. Si alguien ha encontrado una forma de alterar el salto, podrían haber salido en cualquier lugar entre Coruscant y el trasero de la semana pasada.

Se puso en pie y ayudó a levantarse a Mon Mothma. El que la ex jefe de Estado hubiera traído consigo sus bastones indicaba hasta qué punto se sentía cómoda en presencia de Han y hasta dónde llegaba su confianza en él. Mon Mothma aceptó con una sonrisa los bastones que le alargaba, y Han se sintió curiosamente honrado. Que Mon Mothma permitiera que la viese caminar ayudándose con los bastones significaba que le consideraba su amigo.

—¿Durante cuánto tiempo podrás mantener a raya al Consejo?

—Unos días, quizá una semana —respondió Mon Mothma. La casa estaba equipada con androides de acompañamiento NL-6, pero Han escoltó personalmente a Mon Mothma hasta el vestíbulo—. Todavía estamos intentando enviar un equipo de apoyo médico a barren, y también hemos preparado grupos de escolta para que protejan a los equipos de científicos de la Instalación de Investigaciones Médicas de Nim Drovis. Como ya te he dicho, los informes son más bien fragmentarios, pero la situación parece bastante seria.

—¿Crees que es algo de origen desconocido? —preguntó Han, contemplando a Mon Mothma a la luz de los reflejos del fuego.

Mon Mothma titubeó, y Han vio en sus ojos que el origen ya era conocido…, pero que Mon Mothma sencillamente no quería admitir de qué se trataba.

Las puertas del vestíbulo se abrieron ante ellos. El acompañante de Mon Mothma —un joven de cabellos color arena y aspecto sombrío que combinaba las funciones de guardia personal con las de asistente, y cuya lúgubre expresión jamás parecía alterarse ante nada de cuanto pudiera hacerse o decirse en su presencia— se puso en pie.

—Ten mucho cuidado —dijo Mon Mothma.

Han sonrió.

—Excelencia, empezaré a tener cuidado el día en que me compre una mecedora y unas pantuflas. Encontraré a Leia.

Pero cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Mon Mothma y de su guardia personal, Han permaneció inmóvil durante un buen rato en el vestíbulo con el pequeño cubo de plástico rojo en su puño y los ojos clavados en la nada. Estaba pensando en el hiperespacio, en el espacio interestelar…

… Y en Leia.

Habían transcurrido cinco años desde que se casaron y trece desde que se conocieron en los pasillos de la Estrella de la Muerte, con los haces desintegradores silbando y reluciendo a su alrededor. Si no conseguía encontrarla…

No había conclusión posible para aquella frase ni tampoco para aquel pensamiento, aparte de una oscuridad tan profunda como la pesadilla de la desorientación en el espacio del tiempo real sin cartas estelares, sin ordenador de navegación, sin espectroscopio, sin ninguna pista que pudiera indicarte hacia cuál de aquellas luces minúsculas e infinitamente distantes debías poner rumbo.

Sus dedos se tensaron alrededor del cubo de datos y Han se volvió hacia la luz del fuego de la salita para decirle a Chewie que pusiera al Halcón en la modalidad de prevuelo. Despegarían unos momentos antes del amanecer.

Capítulo 7

—¡Debo protestar, señor!

Las puertas del puente del *Puro Sabacc* se abrieron ante el decidido avance de Cetrespeó —lo cual suponía un progreso considerable respecto a las de la bodega de carga en la que había permanecido encarcelado durante las últimas 2,6 horas mientras la nave entraba en el hiperespacio con bastantes sacudidas y bamboleos—, y el androide de protocolo cruzó el umbral para encontrarse con el capitán Bortrek instalado en la consola principal y hurgándose entre los dientes con un extractor láser.

—Erredós y yo estamos debidamente inscritos en todos los registros como propiedad de su excelencia Leia Organa Solo —siguió diciendo Cetrespeó—, y todo intento de apropiación indebida de cualquier androide debidamente registrado va en contra de las Secciones 7, 12 y 243-A del Código Galáctico Universal de la Nueva República… ¡Erredós! —exclamó con asombro en cuanto hubo acabado de cruzar el umbral y tuvo una visión más clara del puente.

El androide astromecánico emitió un gemido lleno de apenada preocupación.

«No me extraña que esté preocupado», pensó Cetrespeó. Todos los paneles de acceso del cuerpo de Erredós habían sido extraídos, algunos para admitir las gruesas serpientes de los cables de datos y otros para acomodar bloques de maquinaria de aspecto un tanto improvisado que, a su vez, estaban conectados a por lo menos tres de las estaciones del puente. Una enorme caja intercambiadora había sido atornillada a la cúpula del pequeño androide y estaba unida a lo que Cetrespeó creyó reconocer como el ordenador de navegación, en tanto que otro complejo de circuitos había sido sujetado a su costado con cinta adhesiva plateada para el espacio a fin de transportar la información que circularía entre Erredós y el núcleo central de la nave. Las resistentes patas del pequeño androide habían sido desatornilladas y estaban tiradas en un rincón, con los cables hidráulicos de conexión colgando junto a ellas en un lamentable abandono. La impresión general era la de una pequeña forma de vida medio absorbida por una flor carnívora manchada de grasa que relucía con los destellos verdes y anaranjados de las luces.

—¡Oh, por todos los cielos! ¿Qué te ha ocurrido, Erredós?

—Ha sido sometido a una pequeña reprogramación creativa, nada más. —El capitán Bortrek dejó su extractor láser encima de una consola—. Y me importa un estornudo de ranat a quién digan los registros que perteneces, *Cubo de Oro.* Ahora eres mío, igual que tu pequeño amigo… —Señaló a Erredós con un pulgar bastante sucio—. Y no te he hecho venir de la bodega de carga para que me aburras recitando tus condenados reglamentos, ¿entiendes? Una buena unidad Cetrés vale un montón de pasta incluso sin documentos de origen legalizados, aunque creo que podría obtener casi la misma suma de dinero vendiendo tus chips y tu cableado.

Cetrespeó reflexionó durante unos momentos.

—De hecho, señor las unidades Cetrés con programación especializada, y tal es mi caso, cuestan un mínimo de cuarenta y tres mil créditos estándar según los precios

oficiales del Registro Azul. El conjunto de mis componentes proporcionaría, y eso como máximo, cinco mil créditos en…

—¡Cierra el pico!

—Sí, señor.

—Y ahora baja conmigo a la bodega. Quiero que valores hasta la última pieza de toda esa basura para que pueda estar seguro de que Sandro el Gancho no me va a estafar en cuanto lleguemos a Ciudad Celanón.

—¿Vamos a Celanón, señor? Me han dicho que es un planeta muy agradable, pero debo informarle de que no es necesario que vuelva a la bodega. Mientras estaba encarcelado allí aproveché las circunstancias para valorar sus adquisiciones en la medida en que me lo permitían mis conocimientos —los cuales fueron puestos al día la semana pasada mediante una consulta con el Índice de Coruscant—, y la información sigue estando disponible en mi memoria.

—¿En serio? —El capitán Bortrek deslizó la lengua sobre la cicatriz de su labio y contempló al androide dorado con una expresión claramente especulativa. Erredós emitió una serie de zumbidos y chirridos indicadores de una intensa actividad, y el ordenador central de la nave emitió destellos y burbujeó una retahíla de réplicas—. Bien, Cubo de Oro, entonces te diré lo que vamos a hacer: vas a venir conmigo y clasificaremos todos esos trastos, y cuando lleguemos a Celanón tal vez no decida venderte a un agente de viajes para obtener unos cuantos créditos más a cambio de tu programación.

Se puso en pie, sacó una petaca plateada de un bolsillo de su chaqueta de piel de reptil adornada con bordados y tomó un trago. A juzgar por las emanaciones que brotaron de él cuando pasó junto a Cetrespeó y le precedió hacia la puerta, el fluido contenido por la petaca estaba formado a partes iguales por alcohol de cereales, gilocal estimulador sintetizado y líquido refrigerante para hiperimpulsores.

Cetrespeó no tardó en descubrir que aquel acto era una constante de la existencia del capitán Bortrek. Durante las horas siguientes, y mientras Cetrespeó imprimía un cierto orden al botín acumulado en las tres bodegas de carga de la nave y el capitán Bortrek tomaba notas sobre su valor en el mercado, el humano recurrió con frecuencia a su petaca y, junto con una creciente pastosidad en la voz, sus comentarios fueron adquiriendo una naturaleza cada vez más escatológica a medida que iba aumentando el nivel de alcohol en su sangre.

Al parecer, el universo nunca había sido demasiado amable con el capitán Bortrek, y había conspirado contra él de una forma que en su fuero interno Cetrespeó consideró altamente improbable dada la relativa falta de importancia del capitán. Sabiendo lo que sabía sobre la estructura social, las normas de transporte y la psicología de los agentes de la ley alderaanianos, y conociendo las pautas estadísticas que regían el comportamiento de las hembras de la especie humana, Cetrespeó se sentía bastante inclinado a dudar de que tantos centenares de personas pudieran dedicar tantísimo tiempo a concebir formas de hacerle la vida imposible a un comerciante de quinta categoría que además, o eso afirmaba él mismo, sólo intentaba ganarse el pan de cada día.

Aun así, los androides no debían llevarle la contraria a los humanos salvo con propósitos educativos o de ampliación informativa, por lo que Cetrespeó empezó a trasladar relicarios de oro de un lado a otro y guardó silencio.

—Y ahora, ¿te parece normal que…? Eh… ¿Por dónde iba? Ah, sí. A ver, Doradito, dime si te parece normal que la maldita Patrulla del Borde se lance detrás de mí apenas aparezco, y en el mismo maldito segundo en que aparezco, sin ninguna provocación. No lo entiendo… A menos que esa maldita bruja-arpía de mi ex mujer, que ahora vive en Algar, les hubiera avisado de que iba a ir por allí, claro está. ¿Qué opinas de eso? Te juro que esa maldita… Pero ¿qué demonios está ocurriendo con las condenadas luces, maldita sea?

Las luces se habían debilitado por quizá quinta vez en una hora, y acababan de padecer otra de las pequeñas fluctuaciones del nivel de energía general que Cetrespeó había ido notando desde que estaban en la bodega. La mayoría de los cambios —alteraciones en la temperatura y la mezcla atmosférica, y pequeñas variaciones en el ruido de fondo de los motores del *Puro Sabacc*— habían quedado por debajo del nivel de percepción humano.

—Sospecho que se trata de reajustes en el sistema, señor. Supongo que está intentando adaptarse a la presencia de Erredós como capacitador de memoria central.

El capitán, visiblemente irritado, lanzó un collar de ópalos de fuego de un valor incalculable contra la pared de enfrente.

—Malditos androides —masculló—. Condenados montones de maquinaria… Pensé que quizá tendría la suerte de tropezarme con uno de esos nuevos androides en Durren. Sindroides, así es como los llaman… Te dan cien mil créditos por uno de ellos, pero aun así no lo vendería. ¿Los has visto, Doradito? Pues tú no les llegas ni a la suela del zapato, créeme…

Bortrek lanzó una vidriosa mirada de mochuelo a su ayudante reclutado por la fuerza y agitó un dedo delante de su cara. Sus rubios cabellos estaban empapados de sudor y le colgaban delante de los ojos, y se había abierto la chaqueta de cuero rojo y oro para dejar al descubierto una considerable extensión de cadenas de oro y vello pectoral.

—Centralmente programados, sí señor… Hacen no sé qué demonios con un cristal, y entonces obtienes el Replicante Independiente Centralmente Controlado. RICC, así es como lo llaman. —Bortrek pronunció las palabras con exagerado cuidado, como si temiera tropezar con alguna de ellas—. Nada de esas tonterías de cabreados cerebrales que utilizas tú. Dejan su cerebro en alguna sede central y los sindroides hacen todo lo que les ordenes: cinco, ocho, diez de ellos, todos los malditos sindroides que quieras… Un cerebro central, ¿sabes? Le dices a ese cerebro lo que ha de hacer cada uno de ellos, y los sindroides lo hacen sin abrir la maldita boca y sin rechistar. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —asintió Cetrespeó.

—El cerebro lo procesa todo. A distancias enormes, enormes… Puedes dejar el cerebro en tu condenada nave y bajar a un planeta con seis sindroides, con diez o con los que te dé la gana, y entonces vas y les dices que te traigan esto o lo de más allá o que se

carguen a aquel tipo, y ellos lo hacen. Encuentran una manera de hacer lo que les has ordenado sin que tengas que aguantar ni un solo «Oh, señor, ¿cómo puedo hacer esto?». —Su voz quejumbrosa adoptó una inflexión sarcástica, imitando el lenguaje exageradamente preciso de los androides—. Y además pueden hacer que parezcan un hombre, una mujer o lo que quieras. Da igual… Tienen un esqueleto de acero y van creando carne sintética por encima de él, y mientras lleven ese pedacito de cristal dentro de sus cráneos para poder escuchar al Controlador Central, son tuyos y de nadie más. Y, chico, puedo asegurarte que me encantaría ser propietario de uno que tuviera las curvas de Ámbar Jevanche…

Se refería a la última gran estrella de los hologramas aparecida en Coruscant, una mujer de la que Cetrespeó también había oído hablar en un tono muy elogioso al amo Han Solo, aunque, que él supiera, el amo Han Solo no conocía a la joven dama.

Después el capitán Bortrek pasó a describir con minuciosa exactitud qué clase de actos de unión sexual obligaría a llevar a cabo a un sindroide de tales características, aunque Cetrespeó no acabó de entender qué razones podía tener ningún humano para desear acoplarse con una máquina, y a continuación pasó a exponer su filosofía particular de las Necesidades del Hombre y los Derechos del Hombre. Cetrespeó le escuchó en silencio, y acabó creyendo comprender que dicha filosofía se reducía a satisfacer los deseos inmediatos del capitán Bortrek fueran cuales fuesen los de la otra parte implicada. El incesante discurseo del capitán se estaba deteriorando incesantemente tanto en la forma como en el contenido, pero a Cetrespeó no se le ocurrió tomar una muestra de la atmósfera de la bodega hasta que Bortrek cayó de bruces sobre el suelo…, y en ese momento descubrió que la atmósfera consistía en casi un doce por ciento de dióxido de carbono y muy poco oxígeno.

—¡Cielos! —exclamó, y se apresuró a ir hacia el comunicador mural—. ¡Erredós! ¡Erredós!

Una rápida serie de pitidos respondió a sus gritos. Cetrespeó obedeció inmediatamente y fue corriendo hacia la puerta para ir lo más deprisa posible por el pasillo que llevaba al puente. Había dado cuatro o cinco pasos cuando la puerta, que se había cerrado automáticamente detrás de él como de costumbre, emitió un ominoso chasquido. El ruido detuvo al androide de protocolo a mitad de un paso, y cuando se recuperó de la sorpresa Cetrespeó buscó el comunicador mural más cercano y accionó el interruptor.

—¡Las puertas de la bodega han quedado bloqueadas, Erredós!

Erredós intentó tranquilizarle con un trino electrónico.

—Bueno, si realmente estás seguro de que todo va bien… —replicó Cetrespeó, no muy convencido, y reanudó su avance hacia el puente.

Encontró a Erredós todavía conectado a las consolas de los tableros mientras todo el núcleo sistémico parpadeaba como un árbol del Festival de Invierno y parecía vibrar con la suave cháchara de los nuevos sistemas que estaban siendo instalados o alterados.

—¡Tienes que hacer algo acerca de la atmósfera de esa bodega, Erredós! —gritó Cetrespeó—. Los humanos no funcionan excesivamente bien en los entornos que contienen menos de un veinte por ciento de oxígeno. Oh, ¿ya te has ocupado de ello? Bien, pues me parece que ha sido muy, muy descuidado por tu parte permitir que el núcleo sistémico llevara a cabo tal alteración en los alimentadores de la ventilación. Pero si ya has hecho todo eso, ¿por qué se te ocurrió solicitar mi presencia en el puente?

Erredós se lo explicó. Como solía ocurrir con el pequeño androide, las explicaciones fueron bastante breves y muy poco aclaratorias.

—¿La caja de herramientas? Oh… ¿Debajo de qué escotilla? Comprendo —dijo Cetrespeó—. Pero estoy seguro de que el capitán Bortrek podría serte de mucha más ayuda que yo —añadió mientras volvía a reunirse con su amigo y abría el panel de acceso solicitado—. Oh, muy bien. ¿A qué interruptor de activación te refieres? Ah, ya veo. Un refuerzo/sobrescritura muy simple de las pautas originales del motivador, ¿eh? Sigo sin entender por qué el capitán Bortrek no podía reinicializar tus motivadores. Supongo que ya sabes que fue él quien hizo todas esas alteraciones en ellos, ¿no?

Erredós le pidió disculpas con un suave pitido. Después hubo unos cuantos minutos de zumbidos mientras los circuitos del motivador se reinicializaban, y luego toda la consola del núcleo sistémico inició una nueva serie de guiños y parpadeos mientras Erredós hacía algo que a Cetrespeó le pareció tenía bastante que ver con redirigir los senderos instruccionales de los datos y las secuencias de órdenes.

—Y me imagino que ya sabes que en cuanto vea que se ha quedado encerrado en la bodega se pondrá hecho una furia —añadió Cetrespeó—. Deberías aprender a tener más cuidado con lo que haces, Erredós. No hemos sido diseñados para… ¿Desconectar qué? ¿A qué caja de fusibles te refieres? Oh, ésa… Estoy seguro de que el capitán Bortrek no lo aprobaría.

Erredós le soltó otra rápida serie de pitidos y zumbidos.

—Bueno, pues tú cargarás con toda la responsabilidad, pero me parece que el capitán Bortrek se tomó muchas molestias para convertirte en una parte de su núcleo sistémico. Lo estoy haciendo, lo estoy haciendo… —añadió con irritación mientras se inclinaba torpemente y agarraba el extractor sónico con unos dedos dorados que no habían sido diseñados pensando en trabajos manuales delicados—. Bien, por lo menos creo que lo estoy haciendo. Aun así, creo que antes deberías permitir que el capitán Bortrek saliera de esa bodega. Vamos a llegar al punto-objetivo del hiperespacio dentro de una hora, y necesitamos a ese hombre para que nos devuelva al espacio normal y pilote la nave hasta Celanón.

Cetrespeó obedeció otra sarta de órdenes y fue desconectando los cables de control de la caja intercambiadora de metal grisáceo adherida al costado de Erredós.

—¿Qué quieres decir con eso de que no vamos a Celanón? Pues claro que iremos a Celanón.

Hubo una pausa durante la que Cetrespeó recibió más instrucciones. El núcleo central siguió parloteando y evaluando datos entre oleadas de parpadeos verdes y amarillos.

—¿Nim Drovis? Estoy totalmente seguro de que el capitán Bortrek no tiene la más mínima intención de volver al sector de Meridiano. Y no, no consigo encontrar esos interruptores de los que me hablas. ¡Pues claro que estoy intentando dar con ellos, Erredós! —Cetrespeó se inclinó y se estiró hacia un lado lo mejor que pudo para estudiar la caja de intercambios—. No veo nada semejante. ¿Y cómo voy a saber qué aspecto tiene una caja DINN? Los únicos DINN que conozco son el participio pasado del verbo horansiano *ad'n,* que significa «limpiarse las uñas de los pies»; el término genérico con el que los nalrosianos hacen referencia a cualquier insecto pequeño de caparazón duro; el adjetivo gamorreano que significa «tendencia a babear en exceso»; la expresión gaceriana «alguien que siempre se está casando y divorciando»; el adverbio algariano… Bueno, pues si no eres capaz de describirla mejor, entonces me temo que esa caja de intercambios se va a quedar donde está.

Después, y entre considerables discusiones y reprimendas, el androide de protocolo fue siguiendo laboriosamente las instrucciones que le iba dando Erredós para que le desconectara de las consolas, reinicializara ciertos relés de los sistemas de control y volviera a colocarle las patas. El androide astromecánico acabó conservando varias partes ajenas a su construcción original —como la caja intercambiadora, que Cetrespeó no consiguió desconectar—, pero por lo menos, o eso pensó Cetrespeó con altiva satisfacción, no se había dejado ningún trozo de Erredós en las consolas.

—Eso de establecer un nuevo trazado de secuencias para tus motivadores a través del núcleo central para poder hacer caso omiso de las órdenes del capitán Bortrek me ha parecido un truco muy inteligente —dijo Cetrespeó en cuanto hubo acabado—, pero ya sabes que el capitán se limitará a volverte a conectar.

Erredós se inclinó hacia adelante, apoyándose sobre su tercera pata en un cauteloso experimento, y empezó a avanzar, aunque no tan deprisa y con tanta precisión como de costumbre, hacia la puerta.

Cetrespeó le siguió.

—Y si quieres que salgamos del hiperespacio, tendrás que dejarle salir de la bodega. ¿Cómo? —Erredós se había detenido delante de la puerta para silbarle una orden—. Oh, muy bien. —Cetrespeó retrocedió en busca de la caja de herramientas—. Ya sabes que no te va a servir absolutamente de nada, ¿verdad? Somos prisioneros de un ladrón y un criminal y terminaremos trabajando como esclavos en las fábricas de procesamiento de especia, o quizá acabemos convertidos en un montón de piezas de repuesto apenas lleguemos a Celanón. ¿Qué otra cosa se puede hacer con dos androides robados del mercado negro? —Cetrespeó fue pasillo abajo, avanzando detrás de la nueva silueta asimétrica de su amigo con su ruidoso caminar metálico—. Nos hallamos en manos de un destino muy cruel, y no podemos escapar a él.

Erredós guardó silencio. En vez de replicarle, el pequeño androide astromecánico fue hasta la más pequeña de las dos escotillas y, una vez allí, dirigió una nueva serie de órdenes a Cetrespeó que acabaron dando como resultado el desatornillamiento de otro

panel de acceso y la reconexión —esta vez mediante pinzas provisionales— de sus tomas y salidas de datos al conducto principal de cableado del núcleo central.

—¿Qué estás haciendo, Erredós? —preguntó Cetrespeó en un tono bastante irritado—. ¡Oh, realmente esto ya es más que suficiente! Si restauraste el suministro de oxígeno a esa bodega, el capitán Bortrek ya se habrá despertado…, ¡y estará disgustadísimo! No me sorprendería en lo más mínimo que decidiera venderte como chatarra al peso.

Cetrespeó siguió sin obtener contestación alguna, salvo que pudiera considerarse como tal el chasquido de la compuerta al cerrarse. La pequeña pantalla de comunicaciones cobró vida con un parpadeo y mostró una panorámica del puente vacío.

—Hay que ver qué ideas se te pueden llegar a meter en los procesadores, Erredós… —Cetrespeó giró sobre sus talones y trató de abrir la compuerta—. ¿Qué quieres? —preguntó con irritación al oír el pitido inconfundiblemente imperativo de Erredós—. ¿Quieres que vuelva a mirar por la pantalla? Si dices que has dejado salir al capitán Bortrek, entonces no entiendo por qué necesitas que yo…

El capitán Bortrek entró en el puente, visible a través de la pantalla, irrumpiendo a través de la puerta en un estado de ánimo claramente iracundo. Apenas vio los montones de cables y sistemas improvisados a los que había estado conectado Erredós empezó a maldecir con gran vehemencia y muy poca imaginación, y siguió maldiciendo hasta que Cetrespeó, apremiado por Erredós, pronunció su nombre cuatro o cinco veces.

Bortrek giró sobre sus talones para encararse con la pantalla. Sus ojos estaban enrojecidos y desorbitados por la ira.

—¡Apestoso cubo de basura electrónico! —aulló—. No pensarás que no sé dónde estás, ¿verdad? Voy a ir ahí ahora mismo y…

Bortrek fue hacia la puerta y estuvo a punto de romperse la nariz cuando ésta se negó a abrirse ante él.

—¡Erredós! —gritó Cetrespeó—. ¡Dile al sistema del núcleo que abra inmediatamente esa puerta para que el capitán Bortrek pueda salir del puente!

Erredós se disculpó con un breve pitido y después emitió otra serie de instrucciones.

—Que quieres que le diga… ¿qué?

Atraer la atención del capitán Bortrek exigió algún tiempo y, de hecho, fue preciso esperar a que se quedara sin aliento e interrumpiera sus observaciones, plenamente antropomórficas, sobre la familia, antepasados, proclividades reproductivas y destino final de los androides, todas ellas formuladas en términos imposibles de aplicar a los androides y, probablemente, inaplicables incluso a los sindroides de aspecto humano que tanto parecía apreciar antes.

—Lo siento muchísimo, capitán Bortrek —dijo Cetrespeó—. Le pido sinceramente disculpas en nombre de mi congénere aquí presente, y le aseguro que me siento terriblemente avergonzado y abrumado ante su comportamiento. Pero me ha pedido que le diga que cuando salgamos del hiperespacio usted…, usted… —Cetrespeó titubeó sabiendo que las palabras que iba a pronunciar a continuación provocarían otro estallido de furiosas imprecaciones—. Bien, el caso es que Erredós dice que cuando salgamos del

hiperespacio usted deberá tomar la ruta más directa a Nam Drovis, y que cuando hayamos llegado allí deberá descender y dejarnos salir de la nave.

Cetrespeó descubrió que estaba totalmente en lo cierto acerca del efecto que iban a producir sus palabras,-aunque no pudo evitar pensar que los comentarios que el capitán Bortrek hizo sobre él eran bastante injustos, ya que en realidad sólo estaba actuando como traductor de Erredós. Naturalmente, también había que tomar en consideración los efectos desinhibidores que el alcohol, el gilocal y el refrigerante para hiperimpulsores tenían sobre el organismo humano.

—Lo lamento muchísimo, señor —dijo cuando el irritado capitán hubo conseguido volver a quedarse sin aliento de tanto gritar—. No sé qué le ocurre, créame. Dice que si no hace lo que le pide, volverá a inundar toda la nave de dióxido de carbono en cuanto hayamos salido del hiperespacio, y que luego enviará una petición de auxilio a la Patrulla Galáctica tan pronto como usted haya perdido el conocimiento. Son palabras suyas, no mías —añadió Cetrespeó, temiendo tener que enfrentarse a más implicaciones y exhortaciones injustas—. Le aseguro que nada de todo esto ha sido idea mía.

—¡Apestosos montones de chatarra pestilente! —aulló el capitán Bortrek, cuyo rostro había vuelto a adquirir el color más bien lívido de la cianosis a pesar del 20,78 por ciento de oxígeno presente en la atmósfera del puente—. ¿Realmente creéis que sois más listos que yo? Puedo recablear este cacharro en veinticinco minutos y sacaros de ahí antes de que…

—Estoy seguro de que podría hacerlo, señor —le interrumpió Cetrespeó en el tono más respetuoso de que era capaz—. Pero según el cronómetro instalado en la pared de su izquierda, la nave llegará a la zona hiperespacial designada en menos de cuatro minutos, y aunque no he recibido ningún adiestramiento como piloto, creo que si deja que la zona pase de largo nos condenará a vagar eternamente por el hiperespacio…, un destino que resultaría fatal para usted mucho antes de que mi congénere o yo empezáramos a ser afectados por el aburrimiento. Y su última observación —añadió, empezando a sentirse un poco irritado por fin— no sólo no se corresponde en lo más mínimo con la realidad, sino que además también es fisiológicamente imposible para cualquier forma de vida no orgánica.

Y, como para dar más énfasis a las palabras de Cetrespeó, Erredós hizo algo que causó que las luces se debilitaran y que el tenue palpitar del núcleo central cambiara súbitamente para volverse audible incluso en la compuerta secundaria, y una nubecilla de gas rosado surgió del ventilador del puente. El capitán Bortrek se volvió hacia ella, y sus ojos se llenaron de terror en cuanto la vio. Después se volvió nuevamente hacia la pantalla para lanzar nuevas maldiciones contra los dos androides, que estaban a salvo en su escotilla, durante unos momentos más…, y acabó dejándose caer en el asiento de pilotaje para iniciar las secuencias que sacarían la nave del hiperespacio en el punto prefijado.

Pero no dejó de blasfemar, y aunque se repetía con frecuencia y nunca llegaba a salir del reino de la escatología más puramente mundana y falta de imaginación, siguió

desahogando sus emociones a pleno pulmón durante todo el trayecto hasta Nam Drovis y durante todo el descenso planetario hasta una pequeña pista de contrabandistas situada en los pantanos que se extendían al sur del espaciopuerto de Bagsho, y todavía seguía soltando juramentos y maldiciones cuando Erredós dejó abierta la escotilla mediante un bloqueo temporal al mismo tiempo que Cetrespeó se apresuraba a desconectar el cableado y los dos bajaban a toda prisa por la rampa. Cetrespeó llevó a cabo una rápida extrapolación basada en las probabilidades estadísticas y supuso que el capitán Bortrek aún seguiría maldiciendo cuando el *Puro Sabacc* despegara de la pista.

Los últimos destellos de los motores de lanzamiento del *Sabacc* se esfumaron entre el pegajoso calor de la noche, y la oscuridad volvió a extenderse alrededor de los dos androides. Montículos de barro recubierto por hierba tan espesa que parecía pelaje se extendían en todas direcciones alrededor del rectángulo de permacreto de la pista ennegrecida por el humo, alternándose con bosquecillos de cañaverales cuyas esbeltas cabezas apenas se elevaban unos pocos centímetros por encima del agua omnipresente, componiendo una desolación de cenagales y pequeños estanques salpicada por los parpadeantes ojos verdes de los vadeadores, que brillaban como luces fantasmagóricas entre las tinieblas. Un espolvoreo de luces que se recortaba contra el dobladillo negro del cielo indicaba la situación de Bagsho, el más grande de los puertos libres del planeta, colonizado básicamente por habitantes de Alderaan pero transformado durante los últimos cinco años en una gran encrucijada comercial entre la Nueva República y los sistemas neutrales del sector de Meridiano.

Si hubiera sido capaz de hacerlo, Cetrespeó habría dejado escapar un suspiro. A falta de esa capacidad, se conformó con dar la espalda a los destellos luminosos para contemplar a su camarada.

—Bueno, espero que sepas en qué clase de lío nos has metido —dijo después.

Erredós emitió un silbido lleno de melancolía, extendió su patarodante hacia delante y dejó caer el peso de su cuerpo sobre ella mientras encendía su faro. Con una cierta vacilación —debida a la caja intercambiadora que seguía estando sujeta a su costado con cinta adhesiva y los haces de cables anudados que brotaban de una conexión en su espalda que no había estado allí antes—, atravesó la pista de permacreto en dirección al angosto sendero que llevaba a la ciudad, con Cetrespeó siguiéndole resignadamente entre tintineos metálicos.

—Aquí está —dijo Umolly Darm, recostándose en su asiento y tecleando una orden de salida-y-copiado en el viejo teclado—. Hace ocho meses y medio la nave de Buwon Neb llegó aquí procedente de Durren, y una pasajera de ciento setenta y cinco centímetros de altura desembarcó de ella. Es la única pasajera de esa altura de todo el año. Fue registrada por la autoridad portuaria bajo de nombre de Cray Mingla.

—Es ella —jadeó Luke. Todo su cuerpo estaba siendo recorrido por un curioso cosquilleo, una extraña sensación compuesta por partes iguales de dolor, pena y alegría. Casi no se atrevía a hablar, y tuvo que vencer el absurdo temor de que las tenues letras anaranjadas pudieran volver a ser engullidas por la oscuridad del monitor si abría la boca—. Sí, es ella.

—No consta ninguna ocupación —siguió diciendo Darm. Sus ojos violetas se volvieron hacia de rostro de Luke para lanzarle una mirada de afable comprensión y se apartaron enseguida—. Aunque en Hweg Shul… ¡Oh, maldición!

La pantalla se oscureció de repente. Luke sintió como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Un instante después fue consciente de un súbito erizamiento del vello de su nuca y, volviéndose rápidamente hacia la ventana, vio cómo los tentáculos azules de los relámpagos de superficie se deslizaban sobre la gravilla en un vertiginoso avance, retorciéndose entre los postes de las casas de los Recién Llegados para reptar por los cables de amarre de los globos antigravitatorios y las viejas columnas metálicas llenas de arañazos y abolladuras que sostenían las torres donde crecían los topatos y el cerelíneo.

—No es de las más grandes. —Darm se levantó y fue hasta la puerta—. Dentro de diez minutos ya se habrá alejado.

Los dos se quedaron inmóviles en el umbral y contemplaron cómo la electricidad corría y parloteaba por debajo de los postes que sostenían la casa, con el resplandor que desprendía esparciéndose como agua sobre sus caras al ser reflejado por la gravilla facetada. Al igual que la mayoría de viviendas de los Recién Llegados en Cañón Rubí, la casa de Darm también era su despacho, su almacén y su taller, combinando todas esas funciones en dos habitaciones construidas con plasteno de embalaje reciclado sostenidas por postes de madera de botonero de un metro y medio de altura. Al igual que la mayoría de viviendas de los Recién Llegados, había sido construida junto al cinturón de suelo terraformado que iba siguiendo el curso de la franja de agua —la superficie arable era tan valiosa que había que aprovechar hasta el último centímetro de ella—, y sus enormes paneles de transpariacero, que habían sido sometidos a un doble proceso de vitrificación en un intento muy poco efectivo de mantener a raya al frío, inundaban las habitaciones con la hiriente luz solar extrañamente teñida de colores fragmentados reflejada desde abajo.

—¿Qué son exactamente estos fenómenos? —preguntó Luke, y Umolly se encogió de hombros, apretó un poco más el moño en el que llevaba recogidos sus blancos cabellos y volvió a ponerse las peinetas de madera.

—Pues son exactamente lo que aparentan: relámpagos de superficie, eso es lo que son… Siempre parecen empezar o en las montañas o en esas formaciones de chimeneas de cristal de los eriales a las que los Veteranos llaman tsils. Hace un par de años una de ellas llegó a ser lo bastante intensa para dejar fuera de combate a todos los ordenadores de Booldrum Caslo, pero normalmente sólo son una molestia pasajera. Me han sorprendido a la intemperie media docena de veces cuando estaba buscando cristales. Es

como si te derribaran de un puñetazo y te pulieran los huesos desde dentro, y luego te encuentras bastante débil y mareada durante un día y medio. O por lo menos eso es lo que les ocurre a los Recién Llegados, claro… Los Veteranos se recuperan más deprisa. Ni siquiera se molestan en construir sus casas sobre postes para poder escapar a sus efectos: se limitan a levantarse del suelo en cuanto se han desvanecido, se sacuden el polvo y vuelven a ocuparse de sus asuntos, aunque cuelgan las cunas de sus bebés del techo para que no se vean afectados. Antes me ponían frenética, pero después de esa tempestad de la Fuerza, o lo que quiera que fuese aquella cosa, ya no me parecen tan terribles.

Las paredes y el mobiliario de la pequeña morada de Umolly Darm, al igual que ocurría con los de todos los edificios en los que había estado Luke desde que llegó a Cañón Rubí, mostraban las señales dejadas por el torbellino de actividad poltergística que había caído sobre ellos cuando Luke —y estaba casi seguro de que la coincidencia podía medirse en fracciones de segundo— había recurrido al poder de la Fuerza para desorientar y distraer a los incursores theranianos. Platos, herramientas, muebles e incluso paneles de transpariacero habían quedado hechos pedazos, y las paredes estaban llenas de arañazos y señales allí donde la maquinaria o los aperos agrícolas habían sido lanzados contra ellas como impulsados por una gigantesca mano invisible. Los cobertizos y las vallas yacían aplastados en el suelo y los cu-pas, los pastadores y los blerdos se habían dispersado por entre las cosechas de los Veteranos. En muchos casos los blerdos se habían mezclado con los alcopayas de los Veteranos, que también habían escapado durante la confusión y que estaban llenos de parásitos que podían hacer estragos entre los blerdos, bastante más frágiles; y mientras iban hacia la casa de Umolly aquella tarde, Luke había presenciado una docena de altercados entre las dos facciones en que estaba dividida la población de la aldea.

Esa misma mañana tía Gin le había informado de que los dos hombres que sufrieron graves heridas cuando su fundidor de metales salió despedido de la base de sustentación seguían debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital de Hweg Shul. Una mujer que había estado siendo atendida por el Veterano que cuidaba de los enfermos en Cañón Rubí —y que al parecer usaba la Fuerza para que sus curas surtieran efecto— había muerto tosiendo y jadeando cuando todas las delicadas artes psiónicas del curandero le habían sido arrebatadas de repente.

Y todo aquello había sido culpa suya… Luke sintió que se le revolvía el estómago sólo de pensarlo.

—Antes me dijiste que los Veteranos solían hablar de las tormentas de la Fuerza.

—Y lo único que dicen es que sus abuelos y sus abuelas les contaron que en el pasado eran muy comunes. —La esbelta y delicada prospectora se sentó con mucha cautela en el primer peldaño, manteniéndose recelosamente preparada para levantarse de un salto si los relámpagos que fluían por debajo de ellos daban señales de querer subir por los soportes. Luke se sentó junto a ella—. Las últimas tuvieron lugar hace doscientos cincuenta o trescientos años, y ni siquiera los Oyentes tienen ninguna historia que contar sobre cómo

se originaban o qué eran en realidad. Ah, sí, me olvidaba… Los Oyentes dicen que todas tuvieron lugar en un período de cien años, y que antes de eso tampoco había tormentas.

Luke guardó silencio durante unos momentos mientras reflexionaba en lo que acababa de oír.

—¿Hay alguna posibilidad de que…? Bueno, ¿sabes si los Veteranos han hablado en alguna ocasión de que hubiera alguna clase de…, de seres invisibles viviendo en este mundo? O seres escondidos que se ocultan en las montañas, algo que pueda estar causando todo esto…

Umolly Darm dejó escapar una suave risita.

—¡Cuánta ingenuidad, mi pobre peregrino! Este planeta fue explorado y examinado una y otra vez por la dinastía Grissmath antes de que trajeran aquí a su primer prisionero. Puedes apostar a que nunca habrían establecido una colonia-prisión en un sitio donde existiera la más mínima probabilidad de que los prisioneros recibieran ayuda local. He recorrido casi toda esta maldita roca, y nunca he visto ni oído nada. Incluso los Oyentes te dirán que no hay nada escondido ahí fuera.

—¿Y qué me dices de esas voces que afirman oír?

—Dicen que son las voces de sus viejos santos, tanto theranianos como de otras razas. Puedo asegurarte que no existe ningún pueblo de nativos invisibles que esté provocando las tormentas de la Fuerza, y tampoco podemos echarles la culpa de los relámpagos de superficie o de esos terribles huracanes que caen sobre nosotros durante el invierno. Yo me inclino a pensar que son las manchas solares.

»Las manchas solares… —pensaba Luke, sentado en el banco del deslizador de Arvid unas horas después mientras contemplaba cómo los edificios de estuco blanco, los globos antigravitatorios que flotaban en el aire y las torres de topatos de Hweg Shul iban aumentando de tamaño poco a poco en la lejanía—. O quizá un Jedi que ha elegido este planeta como hogar y que está adiestrando a un discípulo, y que sigue sin ser consciente de que es él quien causa las tormentas de la Fuerza…, o que ha intentado controlar el efecto sin preocuparse de lo que puedan hacer las tormentas.

»¿Y si se tratara de un Jedi que ha descubierto algo totalmente nuevo sobre la Fuerza?

Cuando, un rato después, se sentó delante de la ventana de la habitación situada en el piso superior de la taberna del Blerdo Azul de la Felicidad en la que iba a alojarse para contemplar cómo los globos antigravitatorios salpicados de manchitas verdes eran bajados lentamente para protegerlos del implacable martilleo del viento del anochecer, Luke fue profundamente consciente de la presencia de la Fuerza. Era consciente de su peso y de su poderío, tan aterrador como incomprensible, y de su impenetrabilidad. No podía buscar a Calista a través de ella y, en cualquier caso, no sabía hasta qué punto podría manipularla sin causar nuevos daños.

Pero tenía que encontrar a Calista. Tenía que encontrarla…

La pena volvió a envolverle, oprimiendo sus entrañas como un cáncer que se extendiera por sus pulmones, su corazón y su garganta. No había habido ni un solo día desde la desaparición de Calista en el que no hubiera vuelto a él de aquella forma tan

repentina para desgarrarle con una cuchillada de dolor. Y sin su risa, sin el destello de maliciosa diversión que iluminaba sus ojos, sin el olor de sus cabellos y la fuerza de sus brazos rodeando el cuerpo de Luke…, sin todo eso, lo único que podía esperar en de futuro era una noche eterna e infinitamente oscura.

Tía Beru solía cantar una vieja canción, y una estrofa resonó de repente en la mente de Luke.

Venciendo a soles que mueren y a medianoches sombrías, y a las traiciones, y a la fe que se ha apagado, y por muchas tinieblas que pueda enviarles de mundo, los enamorados siempre acaban encontrándose al final de su viaje.

Tenía que encontrar a Calista. Sí, tenía que encontrarla.

Los ocho meses transcurridos desde que el *Caballero del Martillo* había caído, envuelto en llamas, hacia Yavin 4 habían sido una oscuridad en la que hubo instantes en los que Luke no estuvo muy seguro de si sería capaz de seguir adelante. Sabía, aunque de una manera académica, que la vida aún tenía un cierto sentido, que sus estudiantes le necesitaban, que Leia, Han y los niños le necesitaban…, pero había mañanas en las que no conseguía encontrar ninguna razón para levantarse de la cama, y noches en las que no hacía más que contar las horas de la oscuridad con la terrible certeza de que no había absolutamente nada esperándole a la llegada del amanecer.

Cerró los ojos y apoyó la frente en las manos. Ben, Yoda y sus estudios con el Holocrón le habían enseñado muchas cosas sobre la Fuerza, el bien y el mal, el lado oscuro y las responsabilidades que acompañaban al lado de la luz. Pero desde hacía ocho meses, Luke tenía la sensación de estar totalmente solo en el mundo.

Su mente se fue relajando en el silencio de la habitación, buscando únicamente la paz y el reposo. Escuchó los ruidos que llegaban de la sala de abajo y los gronch-gronch casi inaudibles de los blerdos encerrados en un establo cercano; percibió los hedores químicos de las plantas procesadoras que constituían el corazón del pueblo, las exudaciones mohosas de las cortinas que cubrían el panel de transpariacero detrás de él, y el un tanto dudoso olor de las sábanas, que no estaban excesivamente limpias.

La mente de Luke se fue calmando poco a poco y se dejó envolver por el rugido incomprensible de la Fuerza.

Y a través de él sintió la presencia de un Jedi.

Había un Jedi en Cañón Rubí…

Capitulo 8

Habían difundido deliberadamente la Semilla de la Muerte.

La ira que se adueñó de Leia llenó todo su *ser* con una rabia devastadora que ni siquiera la neblina del brote de la dulzura consiguió sofocar.

Apoyada en la barandilla del balcón de su terraza, vio cómo uno de los numerosos sindroides de Ashgad avanzaba con paso lento y casi vacilante por la gran terraza de abajo. Leia sabía que aquellas criaturas no estaban realmente vivas, y que sólo eran carne sintética cuasi-viva a la que se moldeaba, igual que haría un pastelero con su nata y su crema, para esparcirla por encima de una armazón robótica…, pero cuando vio las manchas oscuras de la necrosis que se iba extendiendo por su rostro y su cuello, no pudo evitar sentir una nueva oleada de rabia y compasión.

La voz de Liegeo, el piloto —aunque Leia ya había deducido que era bastante más que un simple piloto—, llegó hasta ella desde abajo, suave, grave y llena de paciencia.

—Deberás salir a esta terraza cada día y tomar el sol durante quince minutos al mediodía —estaba diciendo—. Es una orden, y deberás obedecerla mientras no sea revocada.

Liegeo fue hasta donde Leia pudiera verle. Llevaba una bata de laboratorio gris con muchos bolsillos, y su larga cabellera oscura había sido recogida mediante unos palillos ornamentales. Era un hombre de constitución mediana, y la altura y la robustez del sindroide hacían que pareciese casi flaco. Leia pensó que Ashgad debía de haber estado intentando impresionar a alguien —probablemente a la población local— cuando adquirió aquellas criaturas. La masa muscular era puramente ornamental, ya que las articulaciones hidráulicas de los sindroides poseían la fortaleza ilimitada y terrible de los androides, y habrían seguido poseyéndola aunque tuvieran el tamaño y la forma de un ewok.

Liegeo tomó la mano del sindroide entre sus dedos, abrió la plaqueta-manga y le examinó el brazo. Leia pudo oler el hedor a putrefacción que desprendía su carne.

—Parece que te gusta dar órdenes —murmuró la voz suave y delicada de Dzym, invisible entre las sombras de la casa.

Liegeo volvió rápidamente la cabeza en esa dirección. Leia podía ver su cara, aunque estaba demasiado lejos para poder distinguir ninguna expresión. Aun así, y a pesar del aturdimiento de la droga, pudo percibir el miedo de Liegeo y también pudo oírlo en su voz cuando volvió a hablar.

—Estos sindroides son mis trabajadores y ayudantes —dijo Liegeo—. La Semilla de la Muerte no puede matarlos, pero su carne acaba pereciendo pasado un tiempo. No permitiré que te…

—¿Qué es lo que no me permitirás que haga? —Dzym habló muy despacio, y un silencio letal enmarcó cada una de sus palabras—. ¿Acaso preferirías que la plaga subiera a esas naves viajando dentro de tu cuerpo en vez de hacerlo dentro del de esas criaturas?

Liegeo dio un paso hacia atrás, retrocediendo hacia la zona iluminada por el sol, y su mano subió hacia el pecho en un movimiento casi inconsciente, como si quisiera masajearlo para disipar algún helado dolor que amenazaba con hundirse en él.

—¿Acaso preferirías que obtuviera mis pequeños placeres y mi escaso sustento de ti y no de ellos? —siguió diciendo Dzym, y el murmullo de su voz se debilitó todavía más. Leia podía sentir su presencia, como si la misma Muerte estuviera oculta debajo de su balcón allí donde se acumulaban las sombras—. Me fue prometido, pequeño tecleador… Me fue prometido, y aún he de recibir el pago que se me debe a cambio de esas cosas que sólo yo soy capaz de hacer. Recuerda que hay muchas horas en un día, y que sólo la mitad de ellas son horas de luz.

Dzym debió de irse después de pronunciar aquellas últimas palabras, porque Liegeo se relajó visiblemente. Aun así, permaneció inmóvil durante un buen rato bajo la luz del sol, e incluso desde la distante terraza superior Leia pudo ver que temblaba.

Liegeo todavía estaba bastante nervioso cuando subió a su habitación unos minutos después. Cuando oyó el suave campanilleo de la puerta —Liegeo era el único que se molestaba en utilizar el llamador de la puerta, ya que Ashgad y los sindroides que le traían el agua y la comida se limitaban a entrar sin llamar—, Leia pensó que debía de haber venido directamente de la terraza. Pensó que quizá debería entrar en la sala para darle la bienvenida, pero no consiguió reunir la motivación necesaria para hacerlo. En de balcón hacía frío y la áspera sequedad del aire resultaba bastante desagradable, pero aun así le gustaba tomar el sol. Leia siguió sentada en el banco de permacreto, envuelta en la colcha de su cama y la ya bastante sucia capa de terciopelo rojo, y se dedicó a contemplar a Liegeo mientras éste la buscaba en la habitación, inspeccionaba el jarro de agua y, por fin, la veía al darse la vuelta.

Siempre inspeccionaba el jarro de agua. Todos lo hacían. Leia se sentía bastante orgullosa de sí misma por haber sido capaz de encontrar un lugar en la barandilla donde podía echar el agua para crear la impresión de que estaba bebiendo aquel brebaje. Gracias a aquel clima hiperseco, Leia ya llevaba días flirteando con la deshidratación y le dolía la cabeza casi todo el tiempo, pero era la única manera de mantener mínimamente despejada su mente. Desde el primer día había estado intentando encontrar alguna forma de perforar las cañerías de abastecimiento de los campos nebulizadores internos que permitían que la casa fuera habitable o de condensar la escasa humedad del aire, pero la droga absorbida por su organismo hacía que le resultara terriblemente difícil emprender cualquier clase de acción. Leia empezaba a pensar en posibles soluciones y acababa descubriendo, con una ligera sensación de sorpresa, que se había pasado dos o tres horas con los ojos clavados en el vacío.

Liegeo salió a la terraza.

—Excelencia… —la saludó afablemente.

Leia no había tenido intención de hablar de lo que había visto —no quería que Liegeo se enterase de que había averiguado algunas cosas—, pero el brote de la dulzura hacía que le resultara muy difícil acordarse de cualquier decisión.

Se le veía tan pálido, y sus oscuros ojos estaban tan llenos de tristeza y preocupación, que Leia no pudo contenerse.

—Estás tan prisionero como yo —dijo.

Liegeo se encogió sobre sí mismo y desvió la mirada. Leia pensó que le recordaba a un animal maltratado que se asustaba al ver levantarse una mano humana, y una dolorosa punzada de compasión le desgarró el corazón.

—Se diría que puedes ir y venir a tu antojo —siguió diciendo—. ¿Por qué no te vas de aquí?

—No es tan sencillo —dijo Liegeo. Fue hacia el banco en el que estaba sentada Leia, bajó la mirada hacia ella y la contempló con solemne seriedad. Leia aún podía ver al sindroide inmóvil en la terraza inferior, donde la pálida claridad solar convertía sus muertos cabellos de muñeca en una masa de oro—. ¿Qué parte de la conversación habéis oído?

—No… No he oído nada. —Leia casi había balbuceado, y maldijo la debilidad que la obligaba a consumir un poco de agua drogada cada día. Aun así, sabía que la mayoría de personas no tenían ni idea de hasta qué distancia se las podía oír cuando hablaban—. Quiero decir que… Sí, oí que hablabas con Dzym, pero no pude oír lo que estabais diciendo. Sólo vi cómo te encogías y te alejabas de él, y el miedo que le tienes.

Liegeo suspiró y sus hombros se encorvaron. Una tenue sonrisa iluminó fugazmente su rostro lleno de arrugas.

—Excelencia, como vos misma podéis ver y dejando aparte el hecho de que se me paga muy bien por el trabajo que estoy haciendo aquí, incluso si me marchara… Bueno, en realidad no tengo ningún sitio adónde ir. —Movió la mano en un gesto que abarcó cuanto les rodeaba, aquel desértico paisaje cristalino, las cañadas deslumbrantes y los riscos de cristales tan afilados como navajas de afeitar. Después guardó silencio durante unos momentos y bajó la mirada hacia Leia con los ojos llenos de pena e impotencia—. ¿Pasáis mucho tiempo aquí fuera, en la terraza? —le preguntó de repente.

Leia asintió.

—Ya sé que probablemente no sea una buena idea. Después me duele la piel y…

—Os proporcionaré algo de glicerina —dijo Liegeo—. ¿Oísteis lo que le dije al sindroide? Que todos sean manejados desde un controlador central resulta muy cómodo, pero tiene el inconveniente de que nunca puedes distinguir a un sindroide de otro.

—Lo único que oí fue que se supone que cada día debe pasar quince minutos en la terraza.

—Me gustaría que vos también lo hicierais…, y que estuvierais incluso más tiempo en la terraza, si os es posible.

—Muy bien —dijo Leia, asintiendo con la cabeza mientras pensaba que era imposible que la luz del sol fuera capaz de vencer a la Semilla de la Muerte. Miles de millones de personas habían muerto a causa de aquella plaga, de día o de noche, en mundos esparcidos por la mitad de la galaxia—. Liegeo…

Liegeo ya se disponía a marcharse, pero se volvió hacia ella dentro de las sombras de la casa.

—Si puedo hacer algo para ayudarte…

Leia se sintió como una estúpida apenas las palabras habían salido de su boca. «Es la droga», pensó, y volvió a maldecirla. Allí estaba, una prisionera cuya misma vida se hallaba sometida al control de sus captores —pues le parecía que Dzym era capaz de invocar la presencia letal de la Semilla de la Muerte y hacerla desaparecer a voluntad—, y no se le ocurría otra cosa que ofrecerse a ayudarle.

Pero algo había cambiado en los ojos de Liegeo y el miedo fue sustituido por la vergüenza y una desmesurada gratitud, como si no pudiera creer que Leia estuviera dispuesta a tener el más mínimo gesto de bondad hacia él.

—Gracias, pero no hay nada que podáis hacer por mí —dijo, y después desapareció entre las sombras de la casa.

La casa que estaba buscando Luke se encontraba en el corazón del barrio de los Veteranos y en muchos aspectos guardaba un parecido sorprendente con la de Seti Ashgad, que Arvid le había señalado aquella tarde cuando iban hacia el pueblo. Como la morada de Ashgad, aquella vivienda había sido construida al nivel del suelo —algo que sorprendió a Luke hasta que se acordó de que la casa de Ashgad fue construida por el padre de Ashgad hacía cuarenta años—, y como la de Ashgad en la actualidad, resultaba obvio que hubo un tiempo en el que había estado rodeada por una lujuriante proliferación de plantas que no se limitaban a la vegetación estándar común en los planetas terraformados con poca luz solar, sino que también había incluido brotes y árboles más raros regados mediante un complejo de rociadores v cañerías.

Pero mientras que la morada de Ashgad aún mantenía aquella arrogante exhibición de agua desperdiciada, aquella casa ya sólo contaba con los restos de la gloria pasada. Trozos de cañerías rotas sobresalían del sucio estuco blanco de los muros. Unos cuantos matorrales resecos se aferraban a las hornacinas, tan asfixiados por la enredadera cautelosa como prácticamente toda la vegetación que crecía en el sucio y miserable barrio de los Veteranos. El estuco de un blanco lechoso de los muros había sido golpeado y resquebrajado por los vendavales del invierno, y en los huecos de las grietas se podía distinguir la textura grisácea del plasteno compactado usado para construir prácticamente todo cuanto había en la ciudad. La mayoría de paneles solares del techo también estaban rotos, y el viento hacía crujir y chasquear los cables sueltos. La decadencia parecía rezumar del transpariacero recubierto con tablones como la fetidez de un pantano…, y junto a ella había una sensación casi insoportable de algo terriblemente equivocado.

«No puede estar viviendo aquí», pensó Luke, y comprendió que nunca se le había ocurrido tomar en consideración la posibilidad de *que* ocho meses pudieran bastar para que Calista dejara de ser la mujer a la que había conocido.

Calista había conseguido sobrevivir durante treinta años dentro del ordenador del sistema de artillería del acorazado *Ojo de Palpatine*. ¿Sería posible que se hubiera deteriorado tan rápidamente en menos de un año?

Pero fuera quien fuese la persona cuyo gran dominio de la Fuerza había percibido Luke, estaba allí.

La puerta se abrió antes de que llamara a ella. La mujer inmóvil sobre la loseta de cristal que había delante del umbral no era Calista.

Y entonces la mujer le sonrió y le ofreció las manos, y la sonrisa la transformó en una belleza.

—Otro… —murmuró—. Alabado sea el cielo.

No había forma de discernir su edad. A pesar de la perfección de porcelana de su rostro, Luke enseguida supo que no era joven. Aquella mujer hacía pensar en una excelente reproducción de la juventud que sólo hubiera conseguido no parecer vieja. Le faltaban las arrugas y las pequeñas marcas de la pena y el deleite humanos alrededor de la boca y las diminutas patas de gallo en las comisuras de los ojos que hacían tan sabia a Leia, y ni siquiera tenía la huella del más leve pensamiento grabada en su frente. Su cabellera era tan negra como el ala de un cuervo, y llevaba semanas sin ser lavada. Su esbelto cuerpo de largas piernas y pechos erguidos y el sucio vestido gris que lo envolvía también llevaban mucho tiempo sin ser lavados.

—Bienvenido. —La mujer le invitó a entrar en las espesas sombras que llenaban la primera de las muchas estancias de la casa. Tenía la mano de una diosa que se mordiera las uñas—. Bienvenido. Soy Taselda, y soy una Jedi. —Sus ojos se encontraron con los de Luke, joyas azules bajo aquellas cejas perfectas—. Pero eso ya lo sabías, naturalmente…

La mirada de Luke recorrió la mísera habitación sumida en la oscuridad. La mayor parte del transpariacero había sido recubierto de tablones, y la única iluminación existente procedía de una hilera de viejos bulbos lumínicos sujetados al techo con chinchetas. Luke sintió una inmensa compasión. Obi-Wan Kenobi se había escondido durante años en los remotos desiertos de Tatooine, consintiendo que la gente se burlara de él y le tomara por un viejo eremita enloquecido, y había renunciado voluntariamente a utilizar sus poderes para así poder proteger la última y más selecta esperanza de los Caballeros Jedi. «Pero él al menos contaba con las disciplinas de la Fuerza para que le ayudaran a soportarlo», pensó Luke. Aquella mujer, en cambio… ¿Quién podía saber cuánto tiempo llevaba viviendo allí, incapaz de usar sus poderes porque temía provocar otra tempestad de la Fuerza que matara o hiriese a personas inocentes? Debía de haber oído decir a los Recién Llegados que Palpatine había muerto, que ya no podía hacerle más daño…

—Me llamo Owen —dijo, sabiendo que el nombre de Skywalker probablemente sería anatema para la mayoría de Jedis que habían logrado sobrevivir a la persecución de Vader—, y estoy buscando a una persona.

—Ah.

Los ojos azules volvieron a sonreír, chispeantes y llenos de sabiduría. Taselda fue hasta un aparador y sacó de él un par de copas de cristal antiguo corelliano, dos objetos exquisitos con forma de tulipa y de un gran valor. Un rápido papirotazo de sus dedos

expulsó a un droch de la base de una copa. Luke miró por encima de su hombro y vio que el aparador estaba repleto de alimañas que saltaban y correteaban de un lado a otro. Taselda tenía una botella de vino colgada de una de las pocas ventanas que no estaban clausuradas con tablones para que se enfriara entre las gélidas sombras del patio, y llenó las copas con ella. Cuando apartó los postigos y permitió que un poco de pálida luz entrara en la habitación, Luke vio que sus blancos brazos estaban salpicados de mordiscos de droch. El acre y penetrante olor de los insectos flotaba por encima de los del polvo y la falta de limpieza y se imponía a ellos.

—Buscas a Calista… —murmuró Taselda.

—¿Si, la has visto?

Todo el cuerpo y el ser de Luke eran como un grito de triunfo, v no pudo evitar que la emoción tiñera su voz.

—¿Cómo no iba a verla? —replicó Taselda, y sonrió—. Ahora soy su maestra en los caminos de la Fuerza.

El vino había sido destilado en Durren, y no era muy bueno. Había sido rebajado varias veces con azúcar de algas fermentadas y dejaba toda una variedad de regustos extraños en la boca, pero aun así Luke bebió un sorbo sin apartar los ojos de la mujer inmóvil delante de él.

—¿Está aquí? ¿Cómo se encuentra? —preguntó Luke en voz baja—. ¿Qué…? ¿Qué aspecto tiene?

Taselda se apartó un mechón de cabellos de la frente, y Luke viola tristeza que se ocultaba en sus ojos y que su dulce sonrisa no conseguía disimular del todo.

—El de una mujer que ha soportado muchas pruebas terribles —dijo—. El de una mujer cuyo corazón ha sido desgarrado por el dolor cuando intentaba dar la espalda a su más profunda necesidad.

La sonrisa de Taselda tenía una cualidad indefiniblemente extraña. Era muy grande y curiosamente falta de emoción, y a primera vista parecía poco más que un estiramiento de los labios. Pero pasados unos instantes y mientras la contemplaba por encima del reborde de la copa, Luke pensó que en ciertos aspectos era muy similar a la de Ben —porque también era afable y maliciosamente jovial, y siempre parecía capaz de asombrarse ante la naturaleza humana y disfrutar de ella—, y se preguntó a quién le recordaba aquella mujer. Le recordaba un poco a tía Beru y un poco a Leia, y también a una mujer de la que Luke sólo conservaba los más tenues atisbos enterrados en las profundidades de su memoria. ¿A su madre, quizá?

La intensa sensación de calor y bondad dispuesta a perdonarlo todo y el aura reconfortante de un amor ilimitado y totalmente altruista eran los mismos.

—¿Dónde está? —preguntó Luke, dándose cuenta de que no había nada que aquella mujer no supiera y no pudiera entender—. ¿Puedes llevarme hasta ella?

El vino acababa de adquirir una nueva dulzura que envolvía su lengua, y resonancias que Luke no había entendido antes lo habían vuelto infinitamente sutil. Apuró su copa, y

Taselda volvió a llenársela. El vino aliviaba su cansancio al igual que lo hacía la sonrisa de Taselda y, como su sonrisa, le dejaba sediento y deseoso de beber un poco más.

—Por supuesto. Te he estado esperando desde que ella pronunció tu nombre. —Extendió los brazos y volvió a tomar las manos de Luke entre las suyas—. En las colinas, no muy lejos de aquí, hay una caverna en la que la Fuerza es muy poderosa. Es uno de los lugares de donde surgen los relámpagos de superficie. La envié allí para que meditara. Te llevaré hasta esa caverna, pues nadie puede encontrarla a menos que disponga de un guía.

Taselda se levantó y respiró hondo, como si le costara conservar el equilibrio. Después se envolvió en los gastados pliegues de su harapiento vestido de romex y su mirada recorrió distraídamente los rincones del cuarto en busca de sus zapatos. Luke se dio cuenta, pero como desde una gran distancia, de que sus pies estaban asquerosamente sucios y de que las uñas habían crecido tanto que parecían garras amarillentas. Su fugaz destello de disgusto fue seguido inmediatamente por sus recuerdos de Yoda —que, por decirlo suavemente, nunca había tenido un aspecto demasiado impresionante— y por un profundo enfado consigo mismo.

¿Cómo podía pensar esas cosas de Taselda?

Y cuando volvió a bajar la mirada hacia sus pies, ya no vio ni rastro de suciedad en ellos.

Se levantó y dejó su copa en el borde de la mesa. Luke se sorprendió al ver que había estado a punto de dejarla en el aire. Debía de ser culpa de la poca luz que había en el cuarto, porque el vino que le había dado a beber Taselda le había despejado la cabeza más que nublársela. De hecho, Luke tenía la impresión de que nunca había sido capaz de pensar con más claridad en toda su vida.

—¿Tienes un deslizador? —preguntó Taselda, y Luke asintió.

—He de hacer que lo reparen, pero sólo necesitaré un día para ello.

Un instante después Luke cayó en la cuenta de que no disponía del dinero necesario para pagar las reparaciones y de que hasta entonces había tenido la intención de vender el vehículo a fin de obtener los créditos necesarios para que él y Calista pudieran salir del planeta, pero de repente aquello parecía haber dejado de tener importancia. Aquella frase mental —«él y Calista»— bastó para hacer que el corazón le empezara a latir más deprisa.

—¿Y tienes armas?

Luke se llevó la mano al desintegrador y la espada de luz que colgaban de su cinturón.

Una nube de consternación ensombreció el rostro de Taselda.

—No bastarán —dijo en voz baja y suave—. Tendremos que esperar —murmuró, y un fruncimiento de ceño arrugó su frente.

—¿Esperar? —Luke sintió una repentina punzada de pánico. Si no se reunía con Calista pronto, quizá le ocurriera algo terrible. Tal vez llegaran allí para encontrarse con que había vuelto a desaparecer, o con que había muerto. Estar tan cerca y volver a

perderla… No, eso sería insoportable—. ¿Por qué tenemos que esperar? ¿Cuál es el problema?

Taselda meneó la cabeza, como si no quisiera preocupar a un amigo con sus pequeñas dificultades, y volvió el rostro en un movimiento casi imperceptible. Un droch se arrastró sobre su cuello hasta desaparecer debajo de la tela.

—Oh, no hay ningún problema.

—¿Puedo serte de alguna ayuda?

—No puedo pedirte que me ayudes —replicó Taselda—. Es algo que sólo me incumbe a mí.

—Cuéntame de qué se trata. —Si no la ayudaba, el mundo se convertiría en un lugar vacío y espantoso. Tal vez no encontrara a Calista…, y de alguna manera inexplicable, de repente le parecía terriblemente importante evitar que Taselda tuviera que pedir ayuda a alguien que no fuera él—. Por favor…

La sonrisa con que Taselda respondió a sus palabras estaba llena de timidez, como si quisiera negarse a admitir que su humilde persona podía ser tan importante para alguien.

—Ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que tuve un campeón. Tu Calista es una mujer muy afortunada, Owen. —Aquellos ojos de flor azul volvieron a alzarse hacia los de Luke, y Taselda le rozó el pecho con los dedos en un gesto lleno de tierna confianza—. Es una historia muy, muy larga, amigo mío… Cuando puse los pies por primera vez en este mundo, y ya hace muchos años de ello, sólo pretendía llevar a cabo la insignificante misión que me habían encomendado los Maestros de los Jedi y partir enseguida. Pero al ver cómo vivían los habitantes de este mundo, cómo se enfrentaban en disputas interminables por los derechos de las bombas de agua y de los árboles, y para decidir quién tenía derecho a cultivar qué cosechas en qué trozo de tierra… Bien, el caso es que no fui capaz de marcharme. Había señores de la guerra, fanfarrones insignificantes y mezquinos que disponían de matones a sueldo, y aunque el tomar partido en un enfrentamiento es algo que va contra los dictados de nuestra orden, no podía permitir que las cosas siguieran como hasta entonces. Empecé a emplear mis habilidades y los talentos que poseía, y los puse al servicio del pueblo. Con mi espada de luz en la mano, los guié hacia una forma de vida más pacífica y menos miserable. Mi nave fue destruida una noche mientras yo estaba lejos dirigiendo el rescate de unos rehenes capturados por el enemigo, y entonces supe que debía quedarme aquí. Cuando la lucha hubo terminado, estas personas decidieron que debía gobernarlas…, y fui feliz.

Luke asintió, viendo en su mente a aquella hermosa mujer en su juventud de guerrera. La casa, desde luego, era justo el tipo de morada que un pueblo agradecido construiría para un gobernante justo y sabio que lo había salvado de la tiranía.

—Pero muchos años después otro Jedi vino a este mundo. Aquel Jedi era una criatura malvada: mentía y sólo pensaba en sí mismo, pero sus mentiras eran muy plausibles. Vino aquí porque había oído decir que en este mundo la Fuerza alcanza inmensas cimas de poderío. Aquí la Fuerza se encuentra muy cerca de la superficie de la realidad, y está lo bastante *cerca* de ella para que puedas alargar la mano y tocarla, aunque él no era

capaz de hacerlo. No poseía una gran capacidad para de uso de la Fuerza, y trató de engañar a la gente y de someterla a su voluntad para llenar su propio vacío. Beldorión, así se llamaba… Beldorión el de los Ojos de Rubí, Beldorión el Espléndido.

Taselda suspiró y se pasó la mano por la frente en un gesto lleno de cansancio y pena.

—Como ya sabes, Owen, siempre habrá gente dispuesta a seguir a ese tipo de criatura. Beldorión no se limitaba a usar la violencia y la amenaza de la violencia, sino que también empleaba las mentiras y la calumnia para retorcer la verdad y los recuerdos de la verdad en las mentes de la gente, y no cejó en su empeño hasta que hubo conseguido que todo cuanto yo había hecho aquí adquiriese un significado distinto…, un significado siniestro que aquellos cuyo poder para obrar el mal había sido aplastado por mis acciones creyeron y aceptaron con gran deleite.

»Mis amigos se volvieron contra mí. Beldorión era un adepto demasiado débil para poder construir su propia espada de luz, por lo que me robó la mía. Caí en la pobreza. Temido por los débiles y adulado por las almas venales, Beldorión acabó gobernando Hweg Shul igual que un rey, y yo fui olvidada.

La voz se le quebró de repente, y Taselda se apresuró a alzar la mano para ocultar cualquier expresión que pudiera estar tensando sus labios. Un blerdo lanzó su monótono gruñido de tenor en el silencio de la calle detrás de ellos; una Veterana pasó junto a la casa en una carreta de enormes ruedas tirada por alcopayos, haciendo chasquear su largo látigo junto a sus pezuñas. Luke, con los ojos de la mente, vio a aquella mujer tan hermosa corriendo por las serpenteantes calles amuralladas con su sucio vestido aleteando bajo las ráfagas de aquel viento que nunca dejaba de soplar, y volvió a acordarse de Ben y de cómo los niños de la estación de Tosche solían echar a correr delante de él, riéndose y haciendo lo que ellos consideraban eran señales mágicas con los dedos. A pesar de la gran distancia de tiempo que se interponía entre él y aquellos días —en los que Luke no era más que un niño—, se acordó de la sincera diversión que había bailoteado en las comisuras de los labios de Ben.

Taselda siguió hablando.

—Como bien sabemos todos los verdaderos Caballeros Jedi, era inevitable que Beldorión acabara sucumbiendo a su codicia y a sus vicios. Fue víctima de la usurpación y, hace ya muchos años, fue expulsado del poder por un hombre llamado Seti Ashgad, un político enviado aquí por el Emperador como castigo, de la misma manera en que habían sido enviados aquí los antepasados de estas gentes. Beldorión se había hundido en el libertinaje hasta tales extremos que ya no le quedaba ningún poderío real. Sus seguidores le abandonaron por Ashgad, y Ashgad le arrebató su casa y todos los tesoros que contenía. Tesoros que Beldorión me había robado a mí, naturalmente… —añadió con expresión sombría—. Y también le arrebató lo más importante de todo: mi espada de luz, que está en algún lugar de esa casa.

—Ah —murmuró Luke.

—Las heridas que había sufrido durante mi lucha con Beldorión hicieron que me resultara imposible construir otra espada de luz. Cuando fui a la casa de Ashgad, hace ya

muchos años, e intenté recuperarla, fui expulsada con tanta brutalidad como me había expulsado Beldorión anteriormente. Desde entonces he intentado recuperarla muchas veces. Mira. —Con un movimiento lleno de sencilla inocencia, Taselda hizo que la tela se deslizara sobre su hombro derecho y le mostró, entre las picaduras de los drochs, un terrible morado en el brazo—. Cuando vayamos a la caverna en busca de tu amada Calista seremos vulnerables —siguió diciendo en voz baja y suave—. Los sirvientes de Ashgad no conocen la compasión y son mucho más implacables de cuanto puedas llegar a imaginar, porque Ashgad ya no emplea a seres humanos, sino a meros androides que parecen seres humanos. Las heridas de las que te he hablado hacen que ya no posea la fortaleza necesaria para entrar en la casa de Ashgad y recuperar la espada de luz por mis propios medios. De hecho, ya ni siquiera estoy segura de si todavía se encuentra allí o de si está en la casa que Ashgad tiene en los eriales, al pie de las Montañas del Relámpago. Por el bien de Calista, y por el tuyo, desearía poder ir contigo y mostrarte dónde se encuentra, pero no me atrevo a hacerlo.

Hizo una temblorosa inspiración de aire y volvió a apartarse la sucia melena de la cara con ambas manos.

—No me atrevo a hacerlo…

Una terrible rabia se había adueñado de Luke en cuanto vio los morados de su brazo, llenando todo su ser con una furia justiciera ante la mera idea de que alguien pudiera haber osado hacer daño a aquella mujer tan hermosa y dulce a la que se unía además el temor de que sus misteriosos enemigos, quienesquiera que fuesen, descargaran la ira que les inspiraba Taselda sobre la persona de Calista en el caso de que llegaran a encontrarla a solas.

—¿En qué lugar de la casa de Ashgad puede estar tu espada de luz?

Los altos muros de reluciente blancura volvieron a la mente de Luke, brillando con arrogancia entre las casitas de los Veteranos.

—Hay una sala del tesoro debajo de las cocinas. —Los ojos color índigo de Taselda se llenaron de lágrimas de agradecimiento—. La entrada está en los patios de las cocinas, aquí…

Giró sobre sus talones e hizo algo en una mesita. Después se volvió nuevamente hacia Luke y le entregó una hoja del tosco papel local sobre la que había dibujado un plano de la casa.

Luke la saludó con él, sintiéndose tan alegre y dispuesto a todo como si flotara dentro de sí mismo o como si sus venas estuvieran llenas de chispazos de fuego.

—Volveré —dijo, mirándola y sonriendo como un muchacho—. Antes de que anochezca habremos salido del pueblo.

—Calista me dijo que podía confiar en ti, Owen —murmuró Taselda—. Vi la luz que ardía en sus ojos cuando pronunció tu nombre. Me parece que puedes ir en su busca sin ningún temor.

«Calista…». Todo el cuerpo de Luke parecía estar entonando un cántico de júbilo mientras caminaba por las calles mal pavimentadas del barrio de los Veteranos. *Y por*

muchas tinieblas que pueda enviarles de mundo, los enamorados siempre acaban encontrándose al final de su viaje…

«¡La he encontrado, la he encontrado, la he encontrado!». *Vi la luz que ardía en sus ojos…*

Su paso se fue volviendo menos rápido y decidido.

… cuando pronunció tu nombre.

Pero Calista no podía saber que Luke se haría pasar por un hombre llamado Owen Lars.

Luke se detuvo y se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Se había perdido entre todas aquellas casas blancas que parecían casi iguales.

«Había algo en el vino», pensó de repente sin sentir la más mínima alarma.

Luke nunca había sido un gran bebedor, y en cuanto empezó a estudiar y comprender la Fuerza había renunciado por completo a la bebida. Beber sencillamente le impedía concentrarse. El vino de Taselda no se parecía a ningún otro vino, naturalmente, pero aun así Luke no pudo evitar sorprenderse de la cantidad que había llegado a beber. Volvió su concentración hacia su metabolismo para eliminar una parte del alcohol acumulado en su sistema, y al hacerlo se dio cuenta de que había algo más aparte del alcohol.

«Un estimulador anímico sintético», pensó mientras se apoyaba en la pared con una mano y cerraba los ojos. ¿Qué era exactamente? Taselda había empleado priodina o priodasa, o quizá extracto de hierbas torve algarinas, la clase de sustancia que te volvía afable y jovial y hacía que te sintieras dispuesto a aceptar cualquier cosa sin hacerte demasiadas preguntas. Leia le había contado que hubo un tiempo en el que el consumo de priodasa se había convertido en un preliminar casi obligatorio antes de las cenas de gala de la nobleza de Coruscant como forma de contrarrestar la manía de los duelos, y que en las disputas laborales o los divorcios siempre acababan surgiendo acusaciones de que una parte u otra había echado disimuladamente un poco de aquella droga en la taza de cafina de la otra justo antes de iniciar las negociaciones.

Era inofensiva, y no producía ningún tipo de efecto adictivo. Sólo te hacía bajar la guardia.

«Qué sabia ha sido al utilizar este método para vencer mis prejuicios —pensó Luke—. Eso me ha permitido verla tal como es en realidad».

Dio dos pasos hacia adelante, tratando de encontrar la casa de Seti Ashgad…, y un instante después se preguntó qué acababa de pensar. Un sordo dolor palpitante desgarró todo su ser. No era un dolor físico, sino el dolor de la pérdida y del abandono, el dolor profundamente enraizado de un niño que ha sospechado desde el primer destello de consciencia que su madre le abandonó tan despreocupadamente como si fuera un cachorrito por razones que es incapaz de entender. El dolor de la huida de Calista, el dolor de haber perdido el sueño del padre que había inventado en sus fantasías solitarias…

Un frío helado se extendió por sus entrañas, y el miedo, la inquietud y la preocupación llegaron con él. No podía perder a Taselda…

Y entonces una voz llegó hasta su mente, abriéndose paso a través del miedo infantil a la pérdida.

En*fréntate a tus emociones y busca entre tus sentimientos*, le dijo aquella voz de negrura que hablaba desde la oscuridad. *Sabes que es verdad.*

Era la voz de su padre.

La voz de Vader…

Taselda le estaba utilizando.

El frío que había estado sintiendo en su interior se intensificó, y el pánico del abandono creció con él. Si Taselda estaba mintiendo y si le usaba únicamente para recuperar su espada de luz (¿y qué clase de herida podía impedirle construir otra espada de luz, si en el pasado había poseído las habilidades necesarias para hacerlo una vez?), eso significaba que no era la maestra de Calista. Taselda no podía devolverle a Calista. «No —pensó, no queriendo creerlo, deseando con todo su ser que no fuera verdad—. No…».

Sabes que es verdad…

Y Luke lo sabía, tal como lo había sabido entonces.

Giró sobre sus talones para echar a andar hacia la casa de Taselda.

Taselda era una Jedi, y eso significaba que habría aprendido a dominar las mentes. Luke le había visto hacerlo a Ben, y él mismo lo había hecho en algunas ocasiones. El Emperador Palpatine era un auténtico genio a la hora de evocar esa clase de desesperada lealtad, esa necesidad de servirle que brotaba de los ecos de tus propias necesidades y que el Emperador podía hacer surgir de la nada con tanta facilidad como un buen músico hace surgir la belleza de una flauta.

Y la capacidad para dominar las mentes que poseía Taselda era muy sutil y muy poderosa.

El viento redobló sus aullidos y le abofeteó mientras avanzaba por el laberinto de los callejones, como si intentara impedirle que volviera a la casa. Enterrada bajo la avalancha de desgarradora desolación y los océanos de miedo omnipresente que inundaban su alma ante la mera idea de una ruptura con Taselda, Luke podía percibir la gélida certeza que había sentido mientras estaba suspendido de aquella protuberancia metálica sobre el abismo de Bespin. No quería que fuese verdad, pero sabía que lo era.

Esta vez llegó a la casa de Taselda desde atrás y la vio por el hueco de la puerta trasera, al otro lado de un patio lleno de deslizadores oxidados en distintos estados de avería y abandono. Un instante después vio cómo se inclinaba para rebuscar en los rincones más llenos de sombra de la habitación, como si quisiera encontrar algún objeto perdido detrás de un mueble u olvidado debajo de los almohadones. Vio cómo deslizaba el brazo por debajo de un armario, lo sacaba y se incorporaba…, y entonces Taselda se volvió hacia él, los ojos azules muy abiertos y llenos de furia, la negra caballera enmarañada colgando sobre sus pechos como una alfombrilla de suciedad. Luke sintió el furioso y fútil tirón de su mente sobre la suya, el débil y difuso empujón asestado mediante la Fuerza, y aunque el muro le protegía del viento vio cómo los depósitos de

agua agrietados, los viejos harapos descoloridos y los trozos de madera y metal se agitaban y temblaban en el patio.

Con sus ojos clavados en los de Luke, Taselda estaba arrancando cosas —drochs, tenían que ser drochs— de su brazo y se las comía con sus mellados dientes marrones.

La temblorosa preocupación que había estado chillando dentro de su mente acababa de adquirir una nueva estridencia y se estaba convirtiendo en un grito ensordecedor. Una desolación tan falsa como las cuentas de vidrio barato invadió el alma de Luke, acompañada por una pena mucho más auténtica que se agazapaba debajo de ella.

Luke giró sobre sus talones.

No fue tanto la Fuerza como los años que había pasado con la Rebelión, todos aquellos años librando batallas en el vacío dentro de naves que se movían a velocidades increíbles, la que le permitió percibir de manera casi instintiva primero la sensación del peligro y luego, tan sólo un segundo después, el ruido de unos pies lanzados a la carrera. Luke se agachó y una lanza se enterró en el suelo justo detrás de donde había estado. Alguien lanzó una roca, y Luke retrocedió de un salto en de mismo instante en que el haz amarillo de un viejo des-integrador de sodio abría un surco humeante en la pared junto a él. Hombres y mujeres de aspecto sucio y harapiento surgieron de los callejones para lanzarse sobre él desde todas las direcciones, y Luke vio que entre ellos también había niños descalzos y de cabellos enmarañados que le arrojaban rocas.

Luke podría haberlos dispersado con una ráfaga de la Fuerza, podría haber levitado a cualquiera de ellos por los aires y haberlo arrojado muy lejos…, pero no se atrevía a hacerlo. Una chica que no tendría mas de dieciséis años y que blandía un garrote se lanzó sobre él y Luke desvió el golpe con su antebrazo mientras daba un paso hacia un lado, esquivaba otro haz desintegrador surgido de un arma tan vieja y con tan poca carga que probablemente no habría bastado ni para cocer un pastel, y huyó. La turba echó a correr detrás de él, maldiciendo y agitando sus armas.

—¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Basura!

«¿No creéis que deberíamos hablar, chicos?», pensó Luke mientras corría. Los atacantes se movían muy deprisa, apareciendo por detrás de las esquinas de las casas para tratar de golpearle con lanzas y garrotes. Había dos o tres que tenían desintegradores, pero se necesitaba mucha práctica para acertar a un blanco lanzado a la carrera, y Luke se aseguró de mantenerse en continuo movimiento. En un momento dado dos hombres le agarraron e intentaron llevarle a rastras hacia los laberintos de callejones. Si sus atacantes eran restos de aquellos grupos a los que Taselda había «gobernado» en Hweg Shul —y eso era lo que suponía Luke— seguramente estaban tratando de llevarle de vuelta a su casa, pero no podía estar seguro de ello. Desplazó el peso de su cuerpo hacia abajo, hizo que las piernas de un atacante se doblaran debajo de él mediante una rápida patada en arco y utilizó el cuerpo que caía como arma contra el otro hombre, y después los lanzó a los dos sobre la jauría enfurecida que le perseguía. Saltó un muro, corrió a toda velocidad a través de un huerto lleno de vegetación cuyas hojas le abofetearon y le golpearon con la furia de una galerna huracanada, y oyó cómo sus perseguidores galopaban a lo largo del

rectángulo de tierra cultivable. En el peor de los casos, Luke supuso que podría utilizar la Fuerza para…

¿Para qué? ¿Para crear otra tormenta de la Fuerza que mataría a otra anciana inocente mientras estaba siendo atendida por un curandero a doscientos kilómetros de allí?

Cogió un rastrillo de entre las herramientas amontonadas junto a la valla, lo usó como pértiga para saltar el muro por el sitio en el que se oían menos gritos y trató de llegar a las calles más anchas y la visibilidad más despejada que podían ofrecerle las casas de los Recién Llegados. El polvo y los guijarros le golpearon y le arañaron la cara. Tres perseguidores aparecieron delante de él ocupando toda la anchura de la calle, con el hombre del desintegrador entre ellos. Luke se lanzó hacia un lado, pasó rozando una jabalina que cayó sobre él desde el techo de un cobertizo, rodó sobre sí mismo hasta quedar de pie y pegó la espalda a la pared mientras más atacantes llegaban a la carrera.

—Eh, eh… ¿A qué viene todo esto? —gritó una voz.

Los Veteranos se detuvieron de golpe, permanecieron inmóviles durante un momento y enseguida empezaron a retroceder.

Un ithoriano que medía más de dos metros de altura y un humano de cabellos oscuros, gordo y de aspecto bastante descuidado, ambos vestidos con el uniforme azul de la policía municipal de Hweg Shul, avanzaron por el callejón.

—Qué vergüenza, qué vergüenza —dijo el cabeza-de-martillo con su voz suave y cantarina—. ¿Qué os creéis que sois? ¿Escarabajos-piraña, quizá? ¿Pensáis que sois una bandada de nafenos o qué?

Hubo un murmullo entre los Veteranos. Una mujer dejó caer la roca que había estado a punto de arrojar. Un hombre masculló algo sobre «el Maligno».

—¿Te refieres a él? —El humano señaló a Luke con un pulgar. El viento agitó los grasientos mechones negros que le caían sobre la frente. Nadie contestó a su pregunta—. ¿Eres el Maligno, peregrino? —preguntó el humano, volviéndose hacia Luke.

—Todos representamos el mal para alguien —respondió Luke, quitándose el polvo de la manga allí donde una roca casi le había roto el brazo.

El hombre soltó una risita.

—Bueno, mi ex esposa estaría totalmente de acuerdo contigo en eso… —Se volvió hacia el cabeza-de-martillo—. ¿Qué opinas, Snaplaunce? ¿Hay algún apartado de los Estatutos de Hweg Shul dedicado al mal y los seres malignos?

—No que yo sepa, Grupp.

—¿Habéis oído eso? —El policía llamado Grupp se volvió hacia la turba, que había quedado reducida a un tercio de sus efectivos originales—. ¿Qué ha hecho este tipo aparte de ser una criatura maligna?

Lanzó una rápida mirada de soslayo a Luke, midiéndolo de pies a cabeza con dos oscuras pupilas en las que brillaba una sagaz inteligencia.

—¡Las criaturas malignas hacen el mal! —chilló la joven que había intentado aplastarle los sesos a Luke con un garrote.

—Sí, ya… Bueno, cariño, pues el que una multitud ataque a un tipo que ni siquiera ha disparado ese desintegrador que lleva en la cintura me parece justo el tipo de comportamiento que se puede esperar de las fuerzas del mal. —Grupp movió una mano en un gesto tan lánguido como si estuviera ahuyentando una mosca—. Y ahora, largo de aquí antes de que os meta a todos en la cárcel por perturbar la paz. ¿Te encuentras bien?

El policía dio la espalda a los Veteranos para hablar con Luke, aunque Luke estaba seguro de que seguía vigilándoles. La turba se dispersó, mascullando entre dientes y con los ojos llenos de ira ante el espectáculo de dos Recién Llegados rescatando a uno de los suyos, sin ser capaces de entender que en realidad sólo se trataba de dos agentes de la ley ayudando a un inocente injustamente atacado.

—Estoy bien.

—Condenados theranianos… Están todos locos.

—No eran theranianos —canturreó el ithoriano con su voz suave y musical—. Conozco a los theranianos. Esos tipos son los que han atacado la casa de Sed Ashgad cuatro o cinco veces desde que llegué aquí. Sospecho que son los mismos que mataron al último de sus sirvientes humanos a comienzos de este año, aunque no puedo demostrarlo. Sé que fueron ellos quienes trataron de secuestrar a esa chica más o menos por esa misma época.

—¿Trataron de secuestrar a una chica?

Luke sintió como si acabaran de darle una patada en de pecho.

El ithoriano le contempló en silencio durante unos momentos, observándole con un brillo de especulación en sus ojos dorados.

—La mujer alta que llegó en uno de los saltaplanetas de Durren, sí —dijo por fin—. Se hacía llamar Cray, pero muchas veces se olvidaba de responder cuando la llamaban por ese nombre. Esos tipos de los harapos —que según me han dicho son los restos de una de las viejas bandas que luchaban entre sí para hacerse con el control de esta ciudad durante las batallas libradas entre Beldorión, de señor del crimen, y otra mujer, hace ya muchos años— la rodearon una noche y querían secuestrarla, pero me tropecé con ella en la calle antes de que pudiera averiguar adónde se la estaban llevando y me dijo que eran amigos suyos.

La voz dulce y delicada había adquirido un tono repentinamente seco. Los ithorianos eran capaces de imprimir una asombrosa gama de matices emocionales a sus palabras.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Luke, luchando con sus labios resecos—. ¿Sabes si esa mujer sigue en la ciudad? ¿La has visto?

Grupp y el ithoriano intercambiaron una mirada. No era una mirada especulativa, sino una típica mirada de policías con la que cada uno *le* preguntaba al otro si Luke constituía alguna clase de amenaza para el orden y el bienestar de su ciudad. Luke vio cómo los ojos de Grupp se posaban en la espada de luz que colgaba de su cinturón, y si alguien se lo hubiera pedido habría estado dispuesto a jurar que tanto si de policía sabía qué era como si lo ignoraba, se acordaba de que Calista también había llevado una en la cintura.

Fue el ithoriano quien habló por fin.

—Se fue de Hweg Shul una semana después de su llegada, y por lo que sabemos se marchó por propia voluntad. Pero en cuanto a si se marchó en busca de algo, si huyó o si fue a hacer algo para alguien… Bueno, eso no lo sabemos.

Habían llegado a la zona de los Recién Llegados, donde los cuadrados de las casas blancas parecían caminantes imperiales truncados inmóviles sobre sus soportes. Todos los globos antigravitatorios habían sido recogidos y flotaban a poca distancia del suelo, y el viento helado rugía como los mares desaparecidos sobre sus hojas y gemía alrededor de las torres de permacreto donde el brope y el esmoor eran procesados hasta que podían ser comidos. Grupp y Snaplaunce volvieron a mirarle de arriba abajo, le aconsejaron que tuviera más cuidado en el futuro y se alejaron hacia las sombras que ondulaban debajo de la casa donde habían dejado sus motos aéreas.

Luke permaneció inmóvil durante un buen rato, con los ojos vueltos hacia el amasijo de muros y las rocas recubiertas de algas del barrio de los Veteranos.

«Una semana después de su llegada. Hace ocho meses…». En busca de algo, o huyendo de algo…

Un estremecimiento de repugnancia y aborrecimiento recorrió todo el cuerpo de Luke. Habría apostado cuanto poseía a que ocho meses antes Taselda había intentado utilizar a Calista como arma, tratando de convertirla en su brazo destructor de la misma manera en que Palpatine había usado a Vader y Vader había intentado usar a Luke. «Una de las viejas bandas que luchaban entre sí para hacerse con el control de esta ciudad durante las batallas entre Beldorión, el señor del crimen, y otra mujer…». ¿Era a eso a lo que se había visto reducida Taselda, fueran cuales fuesen las razones por las que había venido a Nam Chorios, aquel mundo en el que la Fuerza parecía impregnar las mismísimas piedras con una presencia tan perceptible como la de un intenso resplandor?

Taselda había intentado esclavizar a Calista con promesas de guiarla hasta lo que más deseaba, con la ilusión de haber encontrado un hogar v un sitio al cual pertenecer.

Calista había ido allí en busca de alguien que pudiera instruirla en el uso de la Fuerza, y en vez de eso se había encontrado con un terrible ejemplo de lo que podía ocurrir cuando no tenías a nadie que te instruyera, cuando la luz de la Fuerza se iba apagando poco a poco hasta que lo único que quedaba de ella era anhelos mezquinos, ira y locura.

Y Calista había huido de todo eso.

Luke volvió a estremecerse, inclinó el cuerpo hacia delante para enfrentarse a los embates del viento y echó a caminar hacia su habitación del Blerdo Azul. Su mente se negaba a olvidar la horrible imagen de Taselda, que había sido una Jedi y que se había convertido en una vieja loca mugrienta, arrancando drochs de su brazo y comiéndoselos mientras le contemplaba desde la oscuridad.

Capítulo 9

—Beldorión el Espléndido os envía sus saludos, excelencia. —La alta y musculosa silueta del sindroide se inclinó en el umbral—. Se sentiría muy honrado si le concedierais el placer de poder contar con vuestra presencia para tomar el té.

«Oh, ¿de veras?». Leia tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no hablar en voz alta. El cubo publicitario de los sindroides no decía nada acerca de que sus receptores auditivos y visuales pudieran ser utilizados como sistemas remotos para que sus propietarios pudiesen oír y ver cuanto hacían, pero Leia sabía que eso era una práctica rutinaria en algunos círculos. A veces el brote de la dulzura la volvía imprudente y descuidada, y Leia sabía que con Dzym al acecho tenía que ser tan cautelosa como si estuviera caminando sobre el filo de un cuchillo.

—¿Estará presente el noble Ashgad?

Leia exageró la dulzura pastosa de su voz tal como hacía siempre que había algún sindroide cerca o, de hecho, cuando Liegeo estaba presente. Hacía años una de sus compañeras de estudios de la Academia Selecta pasaba la mayor parte del tiempo flotando entre las nubes de la droga, y a Leia siempre le había resultado muy fácil imitar el peculiar sonsonete de su voz. El mero hecho de que no hubiera aparecido nadie para obligarla a beber el agua drogada le había indicado por fin —aunque con un considerable retraso— que no estaba siendo vigilada: debido a los efectos de la droga, esa posibilidad no se le había pasado por la cabeza hasta aquella mañana.

—No lo sé, excelencia.

—Es que necesito saber qué ropa he de ponerme —murmuró Leia con voz adormilada en beneficio de un posible oyente.

—No lo sé, excelencia.

«No es que disponga de un gran vestuario entre el que elegir, desde luego…», pensó Leia en cuanto el sindroide se hubo marchado.

Desde la terraza podía contar como mínimo cinco sindroides, pero algunos de ellos podían ser duplicados y eso quería decir que podía haber más. Por lo menos dos de ellos mostraban las señales de la necrosis, esa lenta agonía de la carne sintética que cubría sus armazones metálicas y que parecía estar relacionada, de alguna manera todavía desconocida, tanto con la Semilla de la Muerte como con Dzym.

Leia se preguntó si realmente era posible, tal como estaba empezando a deducir, que Dzym pudiera ejercer alguna clase de control sobre la Semilla de la Muerte. Eso explicaría la exactitud del cronometraje necesario para hacerse con el control del *Impenetrable* y el *Borealis* y el hecho de que Leia hubiera sobrevivido a su encuentro con la enfermedad. También explicaba por qué ni Ashgad ni Liegeo habían contraído la plaga y, al mismo tiempo, explicaba el miedo de Liegeo. ¿O quizá sería capaz de ver alguna otra explicación, algún otro detalle, cuando su mente volviera a estar libre de las neblinas de la droga?

Si vivía el tiempo suficiente para pensar en todo aquello teniendo la mente despejada, naturalmente…

Leia se estremeció y se dispuso a ponerse el traje ceremonial de colores rojo y bronce y la pesada capa carmesí que lo acompañaba. El sindroide apareció media hora después cuando Leia estaba acabando de retocarse el peinado. Leia se fue fijando tan bien como pudo en las direcciones por las que iban avanzando y la disposición de la casa: a lo largo de un pasillo, bajando un tramo de escalones… Había varias puertas de hierro antiimpactos abiertas cerca del final de la pequeña escalera, y a través de ellas pudo divisar una vasta explanada que recordaba a un muelle de atraque y que daba al vacío que se extendía más allá de la meseta. La pista estaba ocupada por un rechoncho carguero de tamaño medio alrededor del que iban y venían varios sindroides cargados con lo que parecían los componentes de un núcleo de ordenador, lo cual significaba que la construcción ya estaba considerablemente avanzada. Liegeo salió de la nave, acompañado por un sindroide.

—… primero todos los cables verdes, y luego todos los cables rojos… —le estaba diciendo, y un instante después su mirada se volvió hacia el otro extremo de la pequeña llanura de permacreto y se encontró con la de Leia.

Liegeo se detuvo, visiblemente sobresaltado.

—Tenga la bondad de venir por aquí, excelencia —dijo el sindroide que acompañaba a Leia.

Leia se dio cuenta de que se había quedado inmóvil en el hueco de una de las puertas blindadas y se apresuró a seguirle. Doblaron una esquina, bajaron otro tramo de escalones…, y el olor a hutt surgió de la nada para recibir a Leia con un impacto tan palpable como el de una oleada de calor.

—Ah, la vida aquí es terriblemente aburrida, terriblemente aburrida…

Beldorión removió su enorme masa de pitón sobre el estrado de almohadones y colchones de aire encima del que yacía. Los hutts tendían a la obesidad a medida que iban envejeciendo, pero el Espléndido conservaba su apariencia de poderío físico y enorme velocidad a pesar de que no paraba de comer, y eso hacía que no se pareciese en nada a Korrda, el flaco y patético discípulo de Durga el Hutt que había tenido que soportar tantas burlas en Nal Hutta. A diferencia de lo habitual en su especie, a Beldorión le encantaba lucir anillos de oro en los dedos y en los pliegues de la carne de su cabeza, y se había adornado el labio inferior con un diminuto clavo enjoyado. Un gran cinturón de oro y piel de reptil sostenía su espada de luz, cuyo sencillo metal oscuro resultaba curiosamente incongruente sobre el reluciente arnés.

—Has sido muy amable al venir a verme, pequeña princesa. Los días deben de resultarte muy largos y pesados, siempre encerrada en tu habitación…

—Sí, un poco —admitió Leia, preguntándose a qué venía todo aquello. Se acordó de algunos de los aspectos más repulsivos del encarcelamiento a que la había sometido Jabba, pero enseguida se dijo que aun suponiendo que Ashgad no se hallara al corriente de la invitación (algo de lo que Leia estaba prácticamente segura) seguían estando debajo

de su techo—. El noble Ashgad ha tratado de atender todas mis necesidades con la máxima diligencia posible.

—Oh, sí, y también trata de atender las mías —gorgoteó aquella voz pegajosa que parecía surgir del fondo de un pozo—. Mi situación se encuentra considerablemente alejada de la tuya, naturalmente, pero aun así… Bien, cuento con mis pequeños consuelos y tengo a mi jefe de cocina, aunque si he de serte franco, pequeña princesa, ese novato no tiene ni punto de comparación con el gran cocinero que era Zubindi Ebsuk. Zubindi… ¡Ah! —Beldorión dejó escapar un suspiro bastante repulsivo, rebuscó en su bañera de porcelana llena de brandy para coger algunos de los prabkros en proceso de maceración que flotaban dentro de ella y se llevó a la boca un puñado de aquellos caparazones esféricos erizados de pinchos—. ¡Oh, eso sí que era un auténtico jefe de cocina! Su muerte me dejó sumido en la desolación. Sí, sí, quedé destrozado… Procedía de Kubaz, igual que el nuevo, y puedo asegurarte que era un auténtico genio con los insectos. «Dadme las hormonas y las enzimas adecuadas para inyectar —solía decir—, y transformaré a una pulga de las arenas en el plato estrella de un banquete imperial». Y lo increíble es que podía hacerlo. —Los insondables ojos carmesíes se clavaron en Leia—. Sí, podía hacerlo…

Un retumbar lejano hizo vibrar su estómago, y Leia sintió el roce de su mente sobre la suya. Era tenue y débil pero no cabía duda de que estaba allí, y tiraba sutilmente de su voluntad. Leia comprendió que corría un serio peligro de acabar siendo hipnotizada por aquellos globos escarlata y desvió la mirada. Con tanto brote de la dulzura en su organismo, le resultaba bastante difícil resistirse a su dominio mental.

—Ashgad, en cambio… Se ha autonombrado campeón de los Recién Llegados, pero ¿qué significa eso? Cuando yo gobernaba Hweg Shul, todos venían a exponerme sus problemas para que pudiera emitir el juicio adecuado. Y debes saber que mis juicios siempre eran justos. —Los ojos rojizos volvieron a buscar la mirada de Leia y la sostuvieron—. Fui el mejor gobernante que han tenido jamás…, y también el más poderoso.

Leia tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para poder desviar la mirada.

—Estoy segura de ello.

Beldorión soltó una suave risita y deslizó una diminuta mano amarilla por entre los almohadones de satén, arrancando de ellos un droch casi tan grande como la punta de uno de los dedos de Leia y metiéndoselo en la boca para aplastarlo distraídamente con la lengua.

—Si yo no hubiera estado tan cansado y tan harto de todo, Ashgad nunca podría haberme arrebatado el poder. Fue por eso, y por nada más… Todas esas interminables batallas con la maldita Taselda acabaron agotándome. Y ahora prueba esto, pequeña.

Beldorión extendió la mano y una bandeja de plata labrada empezó a temblar sobre una cómoda de plata y madera de negrario al otro extremo de la sala, y después se alzó por los aires y flotó hacia ellos. Ya casi había llegado hasta donde estaban cuando de

repente se bamboleó y empezó a caer. Leia estaba aturdida por los efectos de la droga, pero aun así sus reflejos reaccionaron lo suficientemente deprisa para permitirle levantarse de un salto y pillarla al vuelo. La bandeja contenía una especie de rollitos dispuestos alrededor de una base de lo que parecía subproductos del petróleo coronada, a su vez, por un extraño objeto azul que recordaba a una mora gigantesca. Leia había asistido a unos cuantos banquetes diplomáticos a lo largo de su vida, pero nunca había visto nada parecido.

—¿Quién era Taselda? —preguntó, alargándole la bandeja.

—Una antigua colega. —Beldorión cogió la seudomora que adornaba el guiso—. Ella y yo llegamos a este mundo juntos hace… Oh, digamos que ya hace muchos años de eso. Pero Taselda empezó a tener celos de la reverencia con que yo era adorado por la población local y de mis capacidades, que eran muy superiores a las suyas. Taselda ni siquiera podía manufacturar las…, ah…, las herramientas básicas de nuestra orden. Hizo cuanto estaba en sus manos para desacreditarme. Básicamente, lo que podía hacer se reducía a pequeñas molestias, pero no dejaban de ser irritantes. Secuaces que intentaban irrumpir en mi palacio, conspiraciones… En fin, ese tipo de cosas. Siguió intentándolo incluso después de que yo decidiera ir a vivir con Ashgad. Y ahora, querida mía, dime si éste no es el sabor más exquisito de toda la galaxia… Leia cogió el cuchillo y el tenedor de la fruta de la mesita auxiliar que había junto a ella, cortó un trozo de la mora y contempló cómo Beldorión engullía el resto con pantagruélico entusiasmo antes de comer su fragmento. Apenas lo hubo hecho deseó haber cortado un trozo más grande, porque era realmente delicioso. El sabor combinaba la dulzura con la textura de la carne, una soberbia abundancia de jugos y una delicada preparación.

—Zubindi era capaz de cultivar ejemplares tres veces más grandes —dijo Beldorión con un suspiro—. Y su sabor… Ah, eran tan deliciosos que comparado con ellos éste no es más que un mero resto reseco arrojado a la basura. ¿Puedes creerlo, niña? No es más que un mosquito de las algas rodiano de la variedad más común, alimentado con hormonas del crecimiento y mantenido con vida y en continuo desarrollo a lo largo de un año en vez del día a que se reduce su lapso de existencia natural. ¡Pues Zubindi era capaz de mantenerlos vivos durante cinco años, y podía convertirlos en una forma de vida totalmente distinta! Cantaban y silbaban, y se desplazaban de un lado a otro sobre pequeños tentáculos que desarrollaban al final de ese último año de vida. ¡Sólo el cielo sabe en qué habrían acabado transformándose si hubiera podido prolongar todavía más su existencia! ¡Ah, y la forma en que era capaz de torturar a los britteths! El sabor de la carne de los britteths, como ya debes saber, mejora inmensamente si está impregnada de las enzimas que segregan cuando perecen entre grandes dolores… ¡Ah! A veces pienso que nunca conseguiré superar su muerte.

Buscó otro prabkro dentro de su bañera de brandy y derramó una lágrima de emoción. Leia, siempre diplomática, dio un diminuto mordisco a uno de los rollitos. Los cocineros kubazianos eran famosos en toda la galaxia por su habilidad a la hora de inyectar hormonas de crecimiento en las formas de vida insectiles y manipular sus genes para

obtener nuevos y cada vez más perfectos platos de alto diseño culinario, por lo que nadie podía saber qué contenían en realidad aquellos rollitos.

—¿Y por qué viniste aquí? —preguntó Leia.

Beldorión meneó su enorme cabeza y sus ojillos, tan relucientes como dos piedras preciosas talladas, la contemplaron por entre las rendijas de sus gruesos párpados.

—Me parece que ya lo sabes —dijo, y su poderosa voz se convirtió en un murmullo tan grave y ominoso como el susurro ahogado del viento que presagia la llegada de los tifones. La larga lengua purpúrea del hutt se deslizó sobre las comisuras de sus labios en busca de alguna gotita de jugo extraviada y acabó desvaneciéndose en las profundidades de su boca—. Me parece que has sentido… esa luz, ese océano de resplandor que impregna el universo y que llena a cada miembro de nuestra orden con una marea de luz. Cuentos de viajeros, viejas bitácoras casi olvidadas… Decían que existía y que estaba aquí. Pero tú ya lo sabes, ¿no?

Sus pupilas, inescapables e inexorables, habían vuelto a capturar la mirada de Leia.

—Y una joven dama dotada de tus altamente peculiares talentos y que se encuentra en esta clase de situación podría acabar descubriendo que necesita aliados. Ya sabes que Ashgad no es un hombre del que te puedas fiar, ¿verdad, pequeña? Y nunca fue muy buen gobernante…

Beldorión extendió una manecita llena de anillos de oro, y Leia descubrió que no podía apartar los ojos de ella.

—Por lo menos nunca vendió uno de sus esclavos a Dzym —dijo una voz potente y llena de calma desde la entrada de la sala.

Beldorión giró sobre sí mismo con un estridente siseo. Leia retrocedió de un salto y apartó la mirada. Liegeo estaba inmóvil en el umbral, con los cabellos canosos colgando delante de sus ojos y liberado de su miedo gracias, o eso pensó Leia, a los efectos de la ira. Liegeo les contempló, en silencio y sin moverse, durante unos segundos más y después bajó el tramo de peldaños con paso ágil y seguro y fue hacia el estrado.

—Ten mucho cuidado, filósofo —murmuró Beldorión. Toda la terrible longitud del hutt tembló y se estremeció, y la enorme cola de dos metros de longitud osciló de un lado a otro como una criatura independiente y llena de rabia mientras los ojos rojizos de Beldorión se entrecerraban—. Ya te dije en otra ocasión que no tolero las intromisiones.

Un fugaz titubeo detuvo a Liegeo durante un segundo mientras un horrible recuerdo dilataba sus oscuras pupilas. Pero enseguida volvió a avanzar y tomó a Leia de la mano.

—¿Qué te ha ofrecido, querida? —Su voz seguía siendo firme y segura de sí misma, pero las puntas de sus dedos estaban frías y Leia notó cómo temblaban levemente entre los suyos—. ¿Gobernar este planeta junto a él, quizá…, o únicamente dejarte marchar si le devuelves el poder perdido?

Ayudó a Leia a incorporarse y la acompañó hasta la puerta. Beldorión no hizo nada para tratar de detenerles, pero cuando Liegeo estiró el brazo para rozar la placa de apertura, Leia vio cómo el hutt extendía una manecita hacia él en un gesto levemente irritado. Liegeo jadeó como si acabara de recibir un golpe, se dobló sobre sí mismo en

una terrible agonía y se llevó la mano libre a la sien. El shock y el dolor ya habían vuelto su rostro de un gris ceniciento mientras Leia golpeaba la placa de apertura con el dorso de los dedos. La puerta se abrió ante ellos, y Leia guió a través del umbral a un Liegeo ciego y tambaleante que tuvo que apoyarse en la pared para no perder el equilibrio.

Habían recorrido medio pasillo y estaban delante de las puertas blindadas que daban acceso al muelle de atraque cuando Liegeo por fin pudo erguirse y logró tragar una temblorosa bocanada de aire.

—Migraña —consiguió decir a través de unos labios exangües que habían perdido el color—. Beldorión lo hace… de vez en cuando… Cuando le venzo en los holojuegos también lo… hace. A veces… es incluso peor que ahora.

Meneó la cabeza mientras su mano subía hacia la garganta en un gesto casi inconsciente, lanzó una rápida mirada a las puertas blindadas abiertas y después puso una mano detrás del codo de Leia y la *llevó* de manera más bien presurosa hacia la escalera.

—¿Intentó influir sobre vuestra mente? No confiéis en él, querida mía.

—Y supongo que en cambio sí debería confiar en Ashgad, ¿verdad?

Liegeo desvió la mirada *sin* responder.

Subieron por la escalera en silencio y avanzaron por el pasillo hasta llegar a las puertas de la habitación de Leia. Liegeo tecleó el código —asegurándose de que mantenía su cuerpo entre Leia y el teclado— antes de hablar.

—Beldorión no cumple sus promesas —dijo—. Y aun suponiendo que quisiera hacerlo, no podría protegeros de Dzym y tampoco podría derrotar a Ashgad. Nunca ha sido capaz de vencerle…, ni siquiera hace años, cuando Ashgad puso los pies en este planeta por primera vez.

Leia alzó la mirada hacia él, muy sorprendida.

—Pero el primer Ashgad… —empezó a decir, y entonces sus ojos se encontraron con los de Liegeo.

Liegeo enseguida desvió la mirada y el leve temblor de sus labios hizo comprender a Leia que, todavía un poco aturdido por la migraña, le había revelado más de lo que pretendía decirle. Liegeo la hizo entrar en su habitación con una suave presión de la mano y después se apresuró a cruzar el umbral y cerró la puerta.

Leia, sintiendo que se le iban a doblar las rodillas, buscó a tientas la cabecera de su cama y se sentó. La cabeza le daba vueltas a causa de la sed, y aún no estaba totalmente recuperada de su enfrentamiento con Beldorión. Volvió la cabeza hacia el jarro de agua, se levantó y salió con él a la terraza y echó al vacío toda el agua que contenía. En aquellos momentos su sed era demasiado intensa, y después quizá llegara a olvidar que no podía beber.

Necesitaba poder pensar con claridad. «¿Es debido al brote de la dulzura? —se preguntó—. ¿Y si Liegeo estaba hablando de otra cosa y yo he interpretado sus palabras de esta manera porque estoy drogada? ¿Existe alguna otra explicación real?».

Pero la única explicación que podía encontrar a las palabras de Liegeo, la única conclusión que podía llegar a obtener, era la de que el hombre que había afirmado ser el

hijo de Seti Ashgad, el viejo rival de Palpatine en la lucha por el poder senatorial… era el mismo hombre que se había enfrentado al Emperador.

—De acuerdo, ¿qué tenemos aquí?

Han Solo acabó de bajar la escalerilla de la zona de observación con un ágil salto y fue con dos largas zancadas hasta el sillón ocupado por Lando Calrissian, que estaba examinando las lecturas de los sensores de largo alcance. Bandas de luz roja y amarilla trepaban por las oscuras facciones del ex contrabandista y timador. Lando accionó un interruptor de calibración, alterando el flujo de los reflejos para mostrar la perturbación en las lecturas espectrográficas que le había hecho llamar a Han.

—Pues parece una lectura calórica en el quinto planeta de ese sistema. Damonita Yors B… Allí no hay nada y nunca ha habido nada. La lectura se está enfriando…, y muy deprisa… —Lando dejó caer un dedo sobre las bandas negras del espectro coloreado—. Pero eso de ahí son conductos de combustible para reactores.

Han se inclinó por encima de su hombro para solicitar una lectura más precisa y dejó escapar un juramento.

—Bueno, me alegro de haber cogido mis guantes forrados de piel. —Lando estiró el brazo para hacer un ajuste en la otra pantalla—. No cabe duda de que esa lectura es lo bastante elevada para que pueda corresponder al *Impenetrable*. A juzgar por el surco calórico que han dejado en la atmósfera, llevan unas diez horas ahí abajo.

Han ya estaba en la consola principal y había empezado a teclear el rumbo.

—Aguanta, Leia —murmuró—. No se te ocurra fallarme ahora, ¿eh?

El descenso hasta el planeta fue una pesadilla. Toda la atmósfera era un auténtico torbellino de tormentas, y el *Halcón* fue abofeteado y lanzado de un lado a otro como una plancha de plasteno atrapada por los rápidos de un río de montaña. Han y Chewbacca trabajaron codo a codo en la consola, luchando con las tormentas iónicas que caían sobre ellos en forma de láminas y dejaban inutilizados los sensores, que eran su única guía a la superficie. Han se obligó a no pensar en ninguna otra cosa y concentró toda su atención en la escurridiza mancha de calor que mostraba la lectura, la mancha que fue volviéndose cada vez más tenue y pasó lentamente del anaranjado al marrón durante las horas que tardaron en abrirse paso a través de aquellas galernas titánicas.

«Leía no puede morir», pensaba. No tenía ni idea de qué haría o qué sería de él si Leia moría.

Han no podía imaginarse la vida sin ella.

Los sensores empezaron a captar la huella de restos que se extendía por el hielo debajo de ellos y fueron recogiendo datos a través de las andanadas de basura atmosférica que revoloteaba por los aires. La mayoría de los restos ya estaban enterrados a varios metros de profundidad en la larga franja de hielo fundido y altamente resbaladizo, que indicaba con toda claridad los lugares en los que el hielo primordial planetario había sido

derretido por el paso de la nave para volver a helarse unos minutos después. Todo aquel revoltijo de fragmentos de casco, estabilizadores arrancados y nódulos deformados ya se había vuelto irreconocible a causa de la fricción atmosférica. La franja avanzaba en un ángulo muy agudo hacia un abismo que atravesaba el hielo, formando una sima que tenía varios kilómetros de profundidad y casi medio kilómetro de anchura. Han dirigió el *Halcón* hacia el abismo en una pasada a baja altura, conteniendo la respiración mientras iba siguiendo el rastro.

«No ha caído ahí dentro. Decidme que no ha caído ahí dentro…». La larga franja de hielo resbaladizo terminaba en una angosta uve al borde del abismo.

—Ahí está —dijo Lando.

Durante un momento Han pensó que su amigo se estaba refiriendo a Leia en vez de a los restos de la nave.

Había una cornisa lo suficientemente grande para instalar una pequeña fábrica a cuarenta o cincuenta metros por debajo del borde del abismo, con una visibilidad horrendamente mala y una caída imposible de calcular extendiéndose por debajo de ella. El casco de la nave había reventado después de que se precipitara por el borde de la llanura glaciar, y toda la estructura medio destrozada se mantenía en un frágil equilibrio junto al gran abismo, como una casa de mil millones de créditos con una vista panorámica sobre el mar. El tenue resplandor rojizo que se filtraba a través de los paneles retorcidos y los trozos de hielo que flotaban en el vendaval indicaba la situación de los motores agonizantes.

Los números de serie eran visibles.

—¿Qué nave es ésa?

Chewie ya estaba introduciendo los números en el banco de datos. La nave era el *Corbantis,* procedente del orbital de Durren, que había sido dada por perdida unas dos horas antes de que el *Halcón* despegara de Hesperidio.

No era el *Impenetrable* y tampoco era el *Borealis.* Han no supo si debía sentir alivio o desesperación.

Hacer virar al *Halcón Milenario* para poder dar otra pasada y conseguir que se posara sobre el reborde del primer abismo, a una docena de metros de la marca en forma de V que indicaba el sitio por el que el *Corbantis* se había precipitado al vacío, fue un proceso tan largo como laborioso. Empezaron dejando caer un cable de remolque para que el extremo contrapesado de los sesenta y cinco metros de megafilamento quedara suspendido sobre la pared de aquel primer acantilado a poca distancia de los restos. Lando se quedó sentado delante de los controles del *Halcón* mientras Han y Chewie se ponían los trajes ambientales y salían de la nave para ir siguiendo el cable a través de aquel erial, agarrándose desesperadamente a él para no ser arrastrados por los terribles vendavales que rociaban las placas faciales de sus trajes-a con fragmentos de hielo volante, y bajar en un lento descenso a lo largo de la retorcida masa negra del acantilado helado hasta llegar al ya casi agonizante resplandor que brotaba de los restos.

Ni siquiera la potente claridad sódica de las lámparas de los trajes-a era capaz de abrirse paso a través de los remolinos de negrura hasta llegar lo suficientemente lejos para poder mostrar con claridad los daños sufridos por la nave.

—¡No era muy grande! —aulló Han por el micrófono del casco para hacerse oír por encima del aullido de la estática mientras señalaba las quemaduras esparcidas por el casco. Chewie respondió con un rugido de asentimiento—. ¿Ves alguna clase de huella de Destructor Estelar en los sensores, Chewie? Busca algo que pueda haber transportado cazas TIE o alguna otra clase de interceptores. —El wookie empezó a examinar las lecturas. A unos metros de distancia el disco plateado de un generador de escudo, abollado y doblado sobre sí mismo, colgaba del metal ennegrecido por el hielo y los disparos bajo el oscilante resplandor blanco de la luz de los trajes-a—. Aun suponiendo que pudieras llegar tan lejos con un saltaplanetas, sigo pensando que es un armamento demasiado potente para esa clase de naves.

El gruñido de Chewbacca resonó en el auricular de Han. El piloto wookie conocía las bases más remotas de los contrabandistas de aquella parte de la galaxia mucho mejor que un avaro el contenido de su caja de crédito, y Han le creyó cuando dijo que en cuarenta parsecs a la redonda no había ni un solo sitio que pudiera acoger a una flota de saltaplanetas.

«Estupendo —pensó Han—. Así que tenemos a un Destructor Estelar, o a toda una flota de ellos, acechando en algún rincón del espacio… Justo lo que necesitaba para alegrarme el día».

Todos los tripulantes que encontraron en los compartimientos exteriores estaban muertos. Los montículos de hielo y escarcha blanquecina que los recubrían hacían que resultara difícil estar seguro, pero Han pensó que debían de ser hombres y mujeres que habían muerto durante la fase inicial de la batalla. Además de los conductos de líquido refrigerante rotos y los cables suspendidos en el vacío que indicaban un fallo de sistemas de grandes proporciones, los agujeros del casco exterior por los que habían entrado Han y el wookie eran demasiado enormes para que los sistemas selladores de emergencia hubieran podido enfrentarse a ellos. Las puertas blindadas se habían cerrado al instante para conservar la atmósfera en el resto de la nave, y Chewbacca tuvo que desactivar las cajas de relés para que pudieran abrirlas mediante el procedimiento manual.

Más allá, los cuerpos se habían vuelto blancos a causa de la escarcha. Relucían suavemente en la oscuridad, centenares de ellos, orientados a lo largo de los pasillos como limaduras de hierro dentro de un campo magnético, extendiéndose en un lento progreso hacia el interior que los había ido llevando hacia el corazón más cálido de la nave a medida que el frío se abría paso a través de las brechas del aislamiento y los iba matando poco a poco mientras se arrastraban.

Los cadáveres tenían el rostro vuelto hacia el suelo, y Han se alegró de ello. Había visto hombres y mujeres muertos de frío, y en casi todos los casos sus rostros tenían una expresión de paz. Aun así, mientras iba avanzando por entre los cadáveres como un torpe

intruso en su traje-a de plasteno verde, Han se dijo que prefería no tener que verles la cara.

Un poco más adelante había algunos paneles que todavía estaban iluminados y producían tenues puntos de claridad ambarina o rojiza tan vacilante como la llama de una vela. Las luces de advertencia antirradiaciones estaban encendidas por toda la nave, y una voz femenina casi ininteligible que hablaba con la agradable insistencia típica de los androides repetía una y otra vez que los niveles de radiación eran críticamente elevados y aconsejaba a todos los tripulantes que iniciaran los procedimientos antirradiación D-4. Después de haber oído el mensaje siete u ocho veces Han empezó a sentir unos deseos casi irresistibles de localizar a ese androide y convertirlo en un montón de fragmentos lo más minúsculos posible, pero la voz siguió hablando y hablando, un ruido de fondo de pesadilla que acompañó al cada vez más horripilante infierno de su avance mientras él y Chewie permanecieron a bordo del navío agonizante.

Ya había suficiente calor para que sus trajes desprendieran nubecillas de vapor —el indicador de su muñeca mostró a Han que la temperatura se encontraba a un par de grados por debajo del punto de congelación del alcohol—, y los suelos ya no estaban tan llenos de cadáveres.

—Están en los reactores —dijo Han, acercando los labios a su micrófono.

Chewie asintió. La noche en que Han se había visto atrapado en los hielos de Hoth había abierto en canal el cuerpo de su tauntaun muerto para que los restos de calor que todavía conservaba evitaran que su amigo Luke muriera a causa del frío y el shock. Lo que quedaba de la tripulación del *Corbantis,* guiada por el mismo razonamiento, se había ido desplazando hacia el interior de la nave para acurrucarse junto al cada vez más tenue calor de los reactores en una última y desesperada apuesta para aguantar el frío hasta que pudieran ser rescatados. Allí era donde Han y Chewie los habían encontrado, quemados por la radiación como si los hubieran sumergido en una supernova, diecisiete hombres que seguían con vida entre los montones de cadáveres retorcidos. Dos más murieron durante el lento y laborioso proceso del rescate, que había exigido subirlos a mesas antigravitatorias sacadas de la enfermería y empujar esas mesas a través del desierto azotado por el viento y a lo largo del acantilado hasta llegar al *Halcón.* Los supervivientes habían sido rescatados uno a uno en quince viajes agotadores que habían ido dejando a Han y a Chewbacca insensibles de puro agotamiento mientras instalaban el equipo de apoyo vital recuperado en las bodegas que, años antes, habían contenido el marfil de las rocas y el brillestim de contrabando con los que había comerciado Han cuando vivía al margen de la ley. Han aprovechó el último de los viajes en busca de fluidos de éxtasis y drogas antishock para copiar la bitácora de la nave.

—¿Adónde los llevamos? —preguntó Lando mientras pilotaba el bamboleante carguero corelliano en un lento curso de ascensión a través de la locura rampante de aquella atmósfera. Han se había quedado inmóvil durante un momento en la entrada del puente, con los hombros encorvados y sintiéndose demasiado cansado para moverse. Era una de las pocas veces en que se había visto lo suficientemente afectado como para

abandonar su fachada de fanfarronadas y quedarse callado ante la catástrofe—. Eh, puedo hacerlo yo solo —añadió Lando, alzando la mirada hacia él cuando Han fue hacia los controles auxiliares y la fatiga casi le hizo tropezar—. Vuelve por donde has venido y acuéstate un rato. En esa bodega hay algunos tipos que tienen mejor cara que tú.

Han respondió con un gesto que tenía el mismo significado en toda la galaxia y se dejó caer en el sillón, pero aparte de eso no hizo ningún intento de ayudarle en el despegue. Había tardado casi diez horas en transferir a todos los supervivientes, y sabía que estaba demasiado agotado para poder manejar los controles de nada que fuese más complicado que un sillón autoamoldable. A pesar de ello, y por muy mal que se sintiera, ver cómo otra persona pilotaba su nave seguía produciéndole una vaga irritación.

—Bien, supongo que Bagsho es nuestra mejor probabilidad.

Han cerró los ojos y apoyó la frente en los puños en un intento de expulsar de su mente el recuerdo del núcleo del reactor, las borrosas siluetas de los cadáveres pegados los unos a los otros en las pequeñas bolsas de calor residual emitido por los anillos. La mayoría de los supervivientes seguían con vida porque habían dispuesto del tiempo suficiente para ponerse alguna clase de ropa protectora, pero aun así más de una docena de tripulantes que llevaban trajes antirradiación habían muerto, convertidos en ciegas masas de carne chamuscada. No había ni la más mínima posibilidad de que Leia hubiese estado a bordo de aquella nave o cerca de ella desde el momento en que había cortado las cintas de adorno antes de su primer vuelo. Han sabía que aquel deseo casi histérico de examinar una y otra vez cada uno de los cadáveres que habían encontrado en la cámara de reactores y a bordo de la nave para estar totalmente seguro de que Leia no se hallaba entre los muertos era pura y simplemente eso: histeria.

Pero no podía dejar de verla allí: con la carne medio derretida por quemaduras que le habían dado un color purpúreo, sin ojos, sin cabellos…

Han respiró hondo y se obligó a seguir hablando en un tono lo más tranquilo y despreocupado posible.

—El centro médico del sector está ahí, y también hay una pequeña base. Al menos así podremos averiguar si ha habido alguna clase de movimientos hostiles en este sector. No vi nada que indicara la presencia de artillería realmente pesada, pero se necesita algo más que un par de saltaplanetas para dejar fuera de combate a un crucero.

—¿De qué movimientos hostiles estás hablando? —Lando no volvió la cabeza porque estaba concentrando toda su atención en la difícil tarea de evitar que el *Halcón* fuera lanzado a la eternidad por las terribles fuerzas de la estratosfera, pero había todo un mundo de gestos en su tono—. ¿A qué enemigo te refieres, Han? ¿A los partisanos de Durren, quizá? ¿A esa flota pirata, invasión improvisada o lo-que-sea que está atacando Ampliquen? ¿Al golpe palaciego que está teniendo lugar en Ka-Ge? No hay…

Algo chocó con el *Halcón,* haciéndolo temblar con una sacudida tan potente como si acabaran de rozar un cable de alta tensión.

Han dejó escapar un chillido de protesta, y ya se estaba lanzando sobre el panel de control en el mismo instante en que la sacudida del impacto le derribó. Chewie rugió en

el pasillo detrás de él. «¿Qué demonios…?», gritó Lando mientras Han se ponía a cuatro patas y casi lograba levantarse antes de que otro impacto le hiciera recorrer la mitad del suelo del puente.

—¿De dónde vienen?

—¡Ahí fuera no hay nada! —gritó Lando.

Sus manos se movieron velozmente sobre los controles y lanzaron al *Halcón* hacia arriba en un vertiginoso ascenso que sacó la nave de los últimos sudarios remolineantes de la atmósfera y la llevó a la negrura del espacio. Otro haz láser chocó con los escudos y las luces de sobrecarga se encendieron por toda la consola principal en un despliegue de colores rojo y ámbar digno del Festival de Invierno. Han ya estaba subiendo a toda velocidad por la escalerilla de la torreta artillera, maldiciendo y preguntándose si aquello tendría algo que ver con la desaparición de Leia y con el crucero de combate que agonizaba en el planeta debajo de ellos, o si sólo era un pequeño regalo enviado por unos dioses galácticos hartos de aburrirse y convencidos de que Han Solo había llevado una existencia demasiado plácida últimamente.

No había nada en la pantalla de puntería.

Otro haz láser cayó sobre ellos y las lecturas mostraron una brecha del tamaño de una mesa de sabacc en el escudo inferior de babor.

Han soltó un juramento y dejó caer la mano sobre el control de recalibración.

—¿Los ves? —gritó la voz de Lando en ese mismo instante por su auricular.

Han acababa de verlos.

Eran como motas de polvo microscópico esparcidas por el monitor, cada una de ellas del tamaño de un cañón láser y apenas lo bastante grandes para acoger a un piloto. «Oh, maldita sea… —pensó Han—. ¡Esos trastos no pueden tener más de dos metros de largo! ¿Cómo demonios se las han arreglado para traerlos hasta aquí? ¿Dónde está su base?».

Otro impacto hizo temblar el *Halcón*, y las estrellas giraron locamente a su alrededor en cuanto Lando inició una maniobra de evasión. Han sólo pudo ver un fugaz destello que brilló sobre la negrura del espacio a través de las mirillas de la torreta. Fueran lo que fuesen, aquellas cosas estaban pintadas de negro y carecían de luces de posición.

«¡Están por todas partes!». Han lanzó una rápida andanada, pero era como tratar de darle a un mosquito con un bate de gravibolas. Al mismo tiempo sus manos se deslizaron sobre los controles, reduciendo el índice de calibración al mínimo en un desesperado intento de poder echar un vistazo a aquellas cosas.

—¿De dónde vienen? —volvió a gritar por el comunicador.

—¡No capto nada en los sensores! —respondió la voz de Lando, también a gritos—. Ninguna base, ninguna nave…

—¡Bueno, pues con ese tamaño está claro que no pueden haber salido del hiperespacio! Oh, maldita sea…

Otro impacto, y las lecturas indicaban que la pequeña brecha del escudo ya se había convertido en un agujero. Han hizo un par de disparos más, pero Lando estaba moviendo la nave de un lado a otro en una serie de bruscas sacudidas para tratar de proteger el

escudo afectado. Han esperaba que los supervivientes de la bodega siguieran dentro de sus arneses de seguridad. Por suerte, ninguno de ellos estaba lo suficientemente despierto para enterarse de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Unidades robotizadas?

—¡No puedes enviar unidades robotizadas a través del hiperespacio, y ningún robot sabe disparar tan bien!

Las tormentas de metano de Damonita se fueron alejando a popa, un reluciente disco de ácida claridad amarilla que brillaba sobre la negrura que giraba y saltaba al otro lado de los ventanales de cristalina mientras Lando descendía, viraba y esquivaba. Han desperdició otro par de disparos y pudo echar un rápido vistazo a algo mientras el *Halcón* atravesaba una pequeña aglomeración de las naves atacantes.

¿Realmente eran naves? ¿Habría pilotos vivos a bordo de ellas? Han no podía estar seguro. Medían unos dos metros y medio de longitud por menos de un metro de anchura, y no eran más que cilindros totalmente negros de los que brotaban las protuberancias de lo que parecía un cañón láser miniaturizado. ¿Qué había en sus cabinas…, hombrecillos del tamaño del pulgar de Han, quizá?

—¡Sácanos de aquí! —chilló, aunque sabía que eso era exactamente lo que Lando estaba tratando de hacer.

Las diminutas naves rodearon al *Halcón* como una nube de escarabajos-piraña, cambiando de dirección y siguiendo cada uno de sus movimientos tan deprisa que Lando no tenía ninguna posibilidad de escapar al hiperespacio. Otra luz roja se encendió en el tablero para indicar que un segundo escudo había dejado de funcionar. Hubo una sacudida claramente perceptible, y desde la torreta artillera Han vio cómo el parpadeo blanco del relámpago se iba esparciendo sobre toda la superficie del *Halcón*, deslizándose por debajo de él y a su alrededor a medida que los escudos intentaban compensar el fallo de energía.

—¡No se dejan engañar por las transmisiones de interferencia, así que no pueden ser naves robotizadas! —gritó la voz de Lando por su auricular un instante después.

—¡Voy a abrir un camino para que podamos pasar! —respondió Han mientras un estallido de blancura en el rabillo del ojo le indicaba que las naves en miniatura acababan de destruir alguna parte de las estructuras superiores del *Halcón*—. ¡Vector lineal siete por seis con coordenada cero, y acelera al máximo a la cuenta de tres!

—Han, viejo amigo, ¿qué…?

—¡Hazlo!

Han disparó todos los cañones delanteros con que contaba, lanzando sus columnas de destrucción blanca impecablemente rectilíneas hacia delante en una andanada casi continua dirigida hacia la zona delimitada por el siete y el seis de la parrilla. El *Halcón* siguió el sendero de luz tan ciegamente como un pittino que persiguiera a su sombra, acelerando incesantemente mientras Han contemplaba el destello de destrucción que se iba extendiendo poco a poco por delante de ellos y calculaba, guiándose más por el instinto que por los instrumentos, cuál sería el último momento en el que podrían saltar

sin precipitarse dentro de sus propios haces de energía. Las naves atacantes, diminutos palillos de bronce mortífero, se reagruparon para seguir la estela de la andanada, disparando contra aquel blanco repentinamente estabilizado que le pisaba los talones a la luz.

«Y más vale que esto salga bien», pensó Han mientras empezaba a contar.

—Uno… Dos… El último escudo desapareció entre un destello de blancura, y un resplandor rojizo bañó el rostro de Han desde los lados, volviéndose repentinamente blanco enfrente de él cuando el *Halcón* se precipitó hacia la muerte láser que tenían delante…

—¡Tres!

Lando conectó los sistemas, demostrando una vez más que no había perdido su increíble rapidez de reflejos, y todas las estrellas se estiraron ante ellos para convertirse en otras tantas líneas de blancura.

Capítulo 10

—Todavía no te he dado las gracias.

Leia pasó por debajo de la gran arcada que separaba su pequeña terraza de la habitación llena de sombras. Liegeo, que acababa de aparecer acompañado por un sindroide que traía comida y otra jarra de agua, se quedó inmóvil durante unos momentos con la bandeja en las manos y acabó meneando la cabeza.

—No me las des —dijo por fin, y el dolor y la vergüenza que había en sus ojos bastaron para que Leia comprendiera mil cosas que Liegeo no había tenido intención de revelarle. Sus miradas se encontraron durante una fracción de segundo—. Puedes irte —añadió Liegeo, volviéndose hacia el sindroide.

La puerta *se* cerró detrás del sindroide con un suave siseo. Leia había podido ver la mancha oscura de necrosis en su nuca, y también había podido percibir la débil estela de hedor que iba dejando tras de sí. No sabía cómo podía preguntar lo que quería saber sin que su interés pareciera sospechoso, y optó por un camino menos directo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Cómo llegaste a este lugar? Beldorión te llamó «filósofo».

—Y lo soy —replicó Liegeo con un suspiro. Extendió el brazo como si fuera a cambiar de sitio el jarro de agua o la pequeña fuente llena de aromática vida insectil exquisitamente cocinada tapada con un plato, pero su mano se detuvo en el aire y acabó descendiendo hasta quedar inmóvil junto a su costado—. Soy un vagabundo, el típico baldón ignominioso en el blasón de la familia… Nadie pronuncia mi nombre. Por desgracia, también he tenido la mala suerte de ser un diseñador de inteligencias artificiales para naves espaciales altamente competente y un excelente falsificador de hologramas.

—¿Sabes falsificar hologramas?

—Por supuesto, querida. Era mi arte, mi gran afición…, y durante mi juventud fue la fuente de todas mis alegrías y de un millar de bromas estúpidas. Ahora se ha convertido en la gran maldición de mi existencia, porque Beldorión me ha encargado el formidable trabajo de regrabar y compilar su formidable biblioteca de pornografía hutt. Ni siquiera mi estancia en Gamorra, donde escribía poemas de amor para que los jabalíes de una manada los hicieran pasar por suyos cuando iban a cortejar a sus cerdas favoritas durante el invierno, fue tan horrenda.

Leia se echó a reír con una carcajada repentina que atravesó la garra helada de sus miedos como un verano inesperadamente surgido de la nada, y Liegeo también se rió. Durante un momento Leia pensó que iba a extender el brazo para cogerle la mano, pero Liegeo se contuvo en el último instante.

—¿Hay algo que quieras que cree para ti? Tengo restos holográficos digitalizados de todos los fondos, caras, animales y muebles imaginables registrados a lo largo de toda la historia de la holografía: acciones, sonidos, las más pequeñas variaciones de cada clase de movimiento… Nunca podrías darte cuenta de que no has estado allí. Puedo permitirte ver cómo los peces iridiscentes nacen bajo la luz de las estrellas en ese pequeño lago de

Aldera que había debajo del palacio en el que creciste, o a los Chicos Estelares en sus momentos más gloriosos…, o a tu esposo y a tus hijos —añadió en un tono curiosamente lleno de respeto—. También tengo grabaciones suyas.

Oírselo decir hizo que Leia sintiera una extraña punzada de dolor, pero sabía que Han y los niños eran figuras públicas y que habían sido holofilmados miles de veces. Los ojos oscuros de Liegeo parecían los de un perro que teme recibir una patada, y Leia comprendió que temía haberla ofendido y extendió el brazo para rozarle la mano con las puntas de los dedos, queriendo tranquilizarle.

—No —dijo después—. Gracias, pero… No, no. Creo que me resultaría demasiado doloroso.

Liegeo abrió la boca para tratar de disipar sus miedos con una mentira, tal como había hecho antes cuando le traía el agua, pero acabó cerrándola sin que la mentira llegara a surgir de ella. Sus ojos volvieron a encontrarse, los de Leia en la luz y los de Liegeo en la sombra. Liegeo volvió a abrir la boca para hablar y tampoco se sintió capaz de hacerlo, y entonces la puerta se abrió y el sindroide entró en la habitación antes de que hubiera tenido tiempo de reunir el valor suficiente.

—Amo Vorn, el amo Ashgad está en la terraza y desea hablar con vos.

Leia siguió a Liegeo al interior de la habitación y hasta la puerta, y en cuanto se hubo marchado se aseguró de no ser vista mientras avanzaba cautelosamente hasta la barandilla del balcón, donde podría oír todo lo que se dijera debajo de ella.

—Confío en que todo estará yendo según lo previsto —dijo la voz de Ashgad.

—Sí, mi señor. Pasado mañana podré iniciar la activación *d*el núcleo, y ya he empezado a introducir las trayectorias de huida para establecer un programa de salida.

—Intenta adelantar los trabajos lo más posible, Liegeo —dijo Ashgad—. Cuanto más nos retrasemos, más posibilidades habrá de que algo salga mal. Esta noche traeremos un cargamento de cajas de las dos clases. Asegúrate de que queden almacenadas como es debido.

Cuando respondió, Liegeo lo hizo en un tono tan bajo que Leia apenas pudo oírle.

—Sí, mi señor.

—Después tendrás que ocuparte de todo durante tres días —siguió diciendo Ashgad—. Por la mañana partiré hacia Hweg Shul para poner en marcha esa parte del plan. De hecho, ya tendría que haberme ido…

—¿Os vais?

Liegeo parecía tan perplejo como consternado.

—Oh, todo irá bien. —Ashgad había hablado con la premura un poco excesiva típica de quien espera que todo vaya bien sin estar realmente muy seguro de ello. Durante los cinco días que llevaba bajo su techo Leia ni le había visto ni había hablado con él, lo cual parecía indicar que Ashgad prefería no tener que enfrentarse con las víctimas de sus crímenes—. Beldorión estará al mando, pero no debes permitir que se acerque a su excelencia. Ya me he enterado de que ayer hubo un pequeño incidente, y he hablado con él. Beldorión sabe que no debe repetirs e.

—Sí, pero… ¿Sabrá hacer honor a su palabra? —preguntó Liegeo, claramente alarmado—. Si ayer intentó controlarla, puede…

—Beldorión hará lo que se le ha dicho que haga —le interrumpió secamente Ashgad—, al igual que Dzym.

—No —murmuró Liegeo—. No lo hará, y Dzym tampoco.

—Te preocupas demasiado —dijo Ashgad, hablando en un tono de voz demasiado alto y apresurado—. Volveré dentro de tres días. —Pero…

—¡Ya te he dicho que no debes preocuparte por eso!

Leia oyó el rápido alejarse de sus pasos, seguido por el siseo de una puerta cerrándose que llegó hasta ella por entre sus rodillas después de haber atravesado las baldosas de la terraza. Se apoyó en la barandilla, sintiéndose invadida por un terror tan extrañamente físico y palpable que estuvo a punto de marearse.

Ashgad se marchaba. Se iba a quedar sola en aquella casa con Beldorión…, y- con Dzym.

—¿Has encontrado a tu amiga?

Luke levantó la cabeza y apartó la mirada de las válvulas que estaba limpiando —una atmósfera tan saturada de polvo como la de Nam Chorios te obligaba a pasarte la vida pendiente de los motores— en el mismo instante en que la entrada del Granero Reparador de Croig se oscurecía, y saludó a Umolly Darm con una sonrisa. La prospectora tenía el aspecto sucio y polvoriento habitual entre las personas que acababan de volver al pueblo después de haber estado en los desiertos, y sus holgados pantalones y su grueso chaquetón habían acumulado varias capas de partículas de polvo. Más allá de ella, en la calle, Luke pudo ver su robusto Trineo X-3 repleto de cajas, con los cristales reluciendo como enormes montones de astillas azules y violetas bajo la tenue claridad solar.

—Todavía no —dijo.

La aparición de Darm no le había sorprendido demasiado. Cuando le recomendó para aquel empleo de mecánico en el taller de Croig, Arvid le había dicho que era el centro de reparaciones más grande de todo Hweg Shul, lo cual quería decir que también era el taller más grande de todo el planeta…, y para Hweg Shul era realmente grande, lo cual significaba que contaba con más de treinta hangares de reparaciones que podían dejar en condiciones de funcionar cualquier clase de artilugio mecánico, desde las bombas hasta los deslizadores pasando por los sistemas domésticos, a cambio de una suma de dinero no muy superior a lo que costaba un almuerzo barato para los trabajadores. Como era habitual en los edificios de los Recién Llegados, el taller también se alzaba sobre el típico conjunto de soportes casi obligatorio en aquel planeta (el T-47 en el que estaba trabajando Luke, por ejemplo, había acabado con todos los anillos cortocircuitados debido a que se encontraba estacionado demasiado cerca del suelo durante la última

tormenta). Croig era durosiano, y Luke estaba totalmente seguro de que hacía negocios con la mitad de los contrabandistas del sector.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Luke dejó las válvulas a un lado y cruzó el sucio suelo lleno de manchas de aceite. Sin afeitar y vestido con la mezcla local de prendas de confección casera y cuero de blerdo y después de llevar sólo tres días en Hweg Shul, Luke ya se había fundido de una manera tan completa con el entorno que ni siquiera los fanáticos amaestrados de Taselda le habrían prestado atención si se hubieran cruzado con él en la calle.

Darm le alargó un taladro sónico banthino.

—La vaina del núcleo se ha roto —dijo—. No sé si podrás hacer algo con ella o no, y además quería preguntarle a tu jefe si podía traer el trineo después de haberlo descargado… otra vez. Vamos a enviar un cargamento esta noche, o por lo menos lo intentaremos. Loronar tiene un crucero de recogida estacionado en una órbita de altura.

—¿Coronar? —preguntó Luke, sintiendo una repentina curiosidad—. ¿Vendes los cristales a la Corporación Loronar?

Después de oír hablar a Arvid, Luke se había formado la impresión general de que sus operaciones comerciales se llevaban a cabo dentro de una escala bastante reducida, con Darm cavando en el desierto en busca de cristales que serían utilizados para fabricar alguna compleja variedad de equipo óptico o médico que sólo resultaría de utilidad para los genios de alto nivel de los laboratorios de investigación universitaria.

—Pues claro. —Darm metió la mano en uno de los bolsillos de su chaquetón rojo deshilachado por la arena y le mostró un trozo de cristal que tendría unos dos dedos de largo por otros tantos de ancho—. Nosotros los llamamos humaredas, o cristales-fantasma. Este es un poquito demasiado pequeño para ellos, y siempre prefieren los que tienen colores más intensos… ¿Ves lo pálido que es? Aun así, comprarán todos los que les podamos enviar. Ahora voy a dejar que le dé la luz. Pon mucha atención, ¿de acuerdo?

Luke asintió.

—¿Ves todas esas sombras y esas líneas grises? Bueno, pues sigue mirando.

Darm atravesó el hangar hasta llegar al rincón en el que los gruesos anillos del recargador, que había sido traído hasta allí pieza a pieza por los contrabandistas y que era el orgullo y la alegría de Croig, se agazapaban como un grasiento monstruo metálico en el ángulo de dos paredes, formando el centro de un nido de cables y tuberías que tenían un aspecto casi orgánico. Moviéndose con mucha cautela —el recargador había sido colocado en una esquina del hangar para protegerlo de la arena, y al estar envuelto en sombras siempre se hallaba recubierto de drochs—, Darm cogió un bloque de recarga, colocó las terminales sobre el cristal y accionó el interruptor.

Luke se encogió sobre sí mismo, perplejo y repentinamente aturdido, aunque Darm no pareció sentir nada. La súbita perturbación que acababa de hacer temblar la Fuerza había atravesado su cerebro como un alarido metálico. Darm se volvió hacia él, muy sorprendida, mientras Luke daba un tembloroso paso hacia atrás.

—¿Qué te ocurre?

—¿No has sentido eso?

Los ecos aún estaban resonando dentro de la mente de Luke a pesar de que todo el fenómeno apenas había durado una fracción de segundo y había cesado incluso antes de que Darm volviera a mover el interruptor. Luke tenía el rostro cubierto de sudor, y se sentía un poco mareado.

Darm meneó la cabeza, visiblemente perpleja.

—¿Se encuentras bien, Owen? ¿Qué te ha pasado?

Luke titubeó. Explicar los misterios de la Fuerza a una persona que ignoraba su existencia era una tarea imposible, y dado el intento de controlarle que había llevado a cabo Taselda —y el intento de secuestrar a Calista del que se había enterado gracias al agente Snaplaunce—, sería preferible que tuviera el máximo cuidado posible con lo que decía mientras estuviese en Hweg Shul.

—No es nada.

Cogió el cristal de la mano de Darm y volvió a alzarlo delante de la ventana más próxima. Las estriaciones grisáceas parecidas a hilos que atravesaban el corazón del cristal-fantasma habían cambiado de orientación, y dos manchas en forma de estrella que no estaban allí anteriormente acababan de aparecer en los puntos donde las terminales habían rozado la superficie del cristal.

—Si este cristal tuviese el color adecuado, habría podido obtener unos cien créditos por él —dijo la prospectora con melancólica diversión—. Los de Loronar pueden programarlos y realinear la estructura para que actúen como un receptor.

Darm hizo saltar la pálida punta de flecha de cuarzo en el hueco de su mano y se la arrojó a Luke.

Luke se apresuró a apartar la mano y el cristal cayó al suelo y se rompió, quedando convertido en un montón de astillas resplandecientes.

—Oh, perdona —dijo—. Lo siento mucho.

Darm hizo desaparecer los fragmentos debajo del recargador con una despreocupada patada.

—No te preocupes. Como ya te he dicho, no pertenecía al tipo de cristal en el que están interesados, pero incluso los más diminutos pueden ser reorientados mediante una descarga iónica. —Volvió a fruncir el ceño, contemplándole en silencio y escrutando su rostro, que Luke temía aún debía de mostrar con excesiva claridad la perpleja desorientación que se agitaba en su mente—. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

Luke pensó que probablemente quería decir que no era propio de él dejar caer las cosas…, y después de años del implacable adiestramiento físico al que eran sometidos los Jedi, no cabía duda de que no lo era. Fueran cuales fuesen sus otras propiedades, los cristales-fantasma parecían actuar como focos o gatillos activadores de la Fuerza.

—Sí —dijo Luke, y se frotó las sienes mientras intentaba poner algo de orden en sus pensamientos—. Sí, estoy bien.

Después de lo que acababa de ver, ya no le sorprendía que todo el planeta estuviera saturado por las reverberaciones de la Fuerza. ¿Podrían ser utilizados para…?

—Esta noche habrá una reunión —siguió diciendo Darm, y su voz interrumpió el curso de las reflexiones de Luke—. Seti Ashgad ha vuelto. Parece ser que estuvo hablando con un pez gordo de la Nueva República… Increíble, ¿verdad? Bien, pues esta noche todos iremos a su casa. ¿La conoces? Ashgad vive en esa vieja mansión que había pertenecido al hutt que controlaba el planeta hace mucho tiempo. Es una casa muy elegante, aunque supongo que estar allí durante una tormenta debe de resultar bastante agotador. Si quisieras ir, podría conseguir que te dejaran entrar y luego te presentaría a unas cuantas personas. Vendrá gente de todas partes, e incluso de sitios tan lejanos como Distancia Exterior. Si tu amiga no se ha ido del territorio colonizado, alguien tiene que haberla visto.

—Gracias —dijo Luke, y la extraña sensación de aturdimiento y desesperación volvió a adueñarse de él en cuanto oyó hablar de la presencia de Calista en aquel mundo. Durante las últimas veinticuatro horas había pasado dos o tres veces por delante de la casa de Taselda para echarle un vistazo con la máxima cautela posible, y también había pasado por delante de la casa de Ashgad. Aquella reunión le ofrecería una oportunidad de entrar en la mansión sin despertar las sospechas del agente Grupp, que parecía un tipo excesivamente inteligente—. Sí, me encantaría.

Darm movió la mano como para decirle que no tenía por qué darle las gracias, reaccionando con la tranquila afabilidad propia de aquellas comunidades en las que los seres humanos —o por lo menos ciertas clases de seres humanos— saben que han de ayudarse mutuamente.

—Encontraremos a tu amiga —dijo después—. Más tarde o más temprano, alguien sabrá qué ha sido de ella. Bien, entonces hasta las diez de esta noche… Pasaré a recogerte a las diez menos cuarto. Arvid y Gin probablemente también estarán allí.

Luke asintió. Después de que Umolly Darm se hubiera marchado, se arrodilló y rozó los fragmentos del cristal roto con las puntas de los dedos, intentando volver a experimentar lo que había sentido hacía unos momentos y tratando de entenderlo. Pero sólo eran trocitos de silicio tan inertes como los restos y desperdicios que se amontonaban en todos los rincones debajo de los soportes del taller de reparaciones.

Así que el enemigo de Taselda —cuya casa había pasado a manos de Seti Ashgad— había sido un hutt…

«¿Un Jedi malvado? —se preguntó Luke—. ¿O sólo era otra de sus mentiras?». Grupp había empleado las palabras «señor del crimen», pero eso siempre podía no ser más que la descripción de algo que no entendía.

Y, después de todo, ¿era concebible que hubiera hutts capaces de emplear la Fuerza?

Hubo un tiempo en el que se podría haber hecho la misma pregunta acerca de los habitantes de Khomm, pero la llegada a Yavin 4 de Dorsk 81 para convertirse en alumno de Luke había bastado para responder afirmativamente a ella.

¿Y si Taselda había tratado de usar a Calista para que entrara allí y recuperase su espada de luz?

A pesar de que conservaba la típica estructura de las viviendas de los butts —con sus salas que surgían de otras salas para formar una especie de madriguera, sus puertas redondas y sus hornacinas de alimentación presentes en cada pared—, el palacio de Ashgad llevaba el tiempo suficiente perteneciendo aun ser humano para que se le hubieran añadido ventanas y hubiese sido sometido a muchas limpiezas. Mientras Luke, Arvid y tía Gin intentaban abrirse paso a través de las incesantes acometidas del viento del anochecer, Luke acarició el mapa dibujado por Taselda que llevaba en el bolsillo.

—¿Sabes algo sobre la reunión, Grupp? —preguntó Arvid cuando el barrigudo policía fue hacia ellos.

Grupp meneó la cabeza.

—Por lo que he podido averiguar, nadie sabe nada. La verdad es que me he estado preguntando dónde se había metido los últimos meses… —El viento surgió de la oscuridad que estaba cayendo sobre ellos con un repentino aullido y sus ráfagas ondularon a su alrededor, haciendo que el hablar resultara casi imposible—. Snaplaunce y yo hemos estado vigilando la casa, y casi nunca había nadie.

Luke no creía probable que un prisionero —especialmente si se trataba de alguien que ya había atraído la atención del agente de policía— pudiera permanecer encerrado en aquella casa durante mucho tiempo sin que su presencia acabara siendo detectada. Aun así, apenas entraron en la casa aprovechó la primera ocasión que se le presentó para separarse de los demás y fue rápidamente hacia el viejo patio de las cocinas.

Sus altos muros lo protegían del viento pero aun así, y sin que supiera muy bien por qué, aquel lugar le daba escalofríos. A un lado, una enorme plancha de transpariacero le mostró una habitación muy larga embellecida por lo que Luke reconoció vagamente como el último grito del esoterismo culinario: había cuatro tipos distintos de hornos electrónicos; congeladores y secadores de acción lenta; deshidratadores y rehidratadores; cuencos, medidores y superficies de trabajo de todas las dimensiones y materiales concebibles; botellas, cajas y sacos amontonados sobre estantes que llegaban hasta el techo… Aquel sitio era el paraíso de un glotón, pero poca cosa más.

La puerta que daba acceso a la sala del otro extremo del patio estaba cerrada. Luke la abrió y pudo contemplar un vasto panorama de cubas de cristal de todos los tamaños imaginables, tanques de oxígeno y metano, conductos alimentadores, tolvas y aparatos que fue incapaz de identificar. Todo estaba sumido en la penumbra y por mucho que se esforzara Luke no podía imaginar cuál sería el propósito de toda aquella exhibición, pero los ecos de la fealdad y el mal parecían estar agazapados en cada rincón de la sala.

Pero no había ni rastro de Calista, ni tampoco de ningún otro prisionero. La entrada a las bóvedas del tesoro que le había descrito Taselda estaba cerrada y protegida por una reja de hierro, y tanto la reja como la puerta se hallaban recubiertas por una gruesa capa de podhoy que estaba claro había necesitado muchos años para crecer hasta aquellos extremos. Luke desplegó su voluntad y llamó a Calista con la mente, buscando alguna

señal de su presencia en aquel lugar. Pero ya fuese a causa de la pérdida de su capacidad para usar la Fuerza que había impulsado a huir a Calista o debido a la extrañamente intensa presencia de la Fuerza que impregnaba el éter de aquel planeta o, sencillamente, porque no estaba y nunca había estado allí, no sintió nada.

Un individuo muy alto y de aspecto andrógino al que Luke reconoció como uno de los sindroides de Ashgad —y que tanto podía ser un miembro del grupo que había escoltado a Ashgad cuando subió al *Borealis* como una creación idéntica— apareció detrás de él.

—¿Puedo serle de alguna ayuda? —preguntó cortésmente.

Luke dejó que el sindroide le guiara hasta lo que resultaba obvio había sido la sala de banquetes de la mansión en tiempos pasados. La estancia, que siempre era la más grande de una vivienda hutt, estaba llena de mujeres y hombres, a algunos de los cuales Luke reconoció como integrantes del grupo que había tratado de atacar la estación artillera. A otros los conocía de vista gracias a su nuevo empleo en el Granero Reparador de Croig. Sus ropas indicaban que todos eran-Recién Llegados —todas las prendas seguían las reglas de la confección y la moda que imperaban en los mundos del Núcleo incluso sí quienes las llevaban ya no podían adquirir los materiales habituales—, y Luke se encontró con una gama de colores de la piel bastante más amplia que la que había visto entre los Veteranos, cuyo banco genético era mucho más limitado.

Croig estaba allí, cabellos canosos, ojos anaranjados y expresión sombría, y no se apartaba ni un solo instante de su hermano (o hermana, pues los durosianos usaban la misma palabra en ambos casos) y de los otros dos o tres alienígenas que vivían en Hweg Shul: el arconiano que dirigía una de las plantas de procesado más importantes y un par de sullustanos propietarios de las grandes torres de cultivo del distrito. Luke se dio cuenta de que la mayoría de los humanos *se* mantenían discretamente alejados de los alienígenas, como *si* no quisieran tener nada que ver con ellos. Ya se había encontrado con aquella actitud en bastantes ocasiones mientras trabajaba en el taller, y había podido observar la fuerza de ese prejuicio silencioso e impalpable contra las especies no humanas de los mundos del Núcleo. Era una estupidez, desde luego, y especialmente cuando pensabas en sus tecnologías, pero los prejuicios del Imperio habían sido igualmente estúpidos y, de hecho, habían acabado provocando su caída.

La puerta estaba vigilada por más sindroides. Luke estaba casi seguro de que la mayoría de los presentes en la sala todavía no *se* habían dado cuenta de que aquellos centinelas no estaban vivos y no eran seres humanos. Los sindroides habían sido modelados con el máximo realismo imaginable, aunque el cabello los delataba —su cabellera era perfecta y de un aspecto impecablemente humano, pero tenía el aspecto extrañamente muerto que suele caracterizar a los implantes—, y también estaba el problema del olor. Todos los que habían acudido a la reunión desprendían algún tipo de olor u otro: olían a sudor, a *cerveza,* a cafina, a la sal del trabajo y la vida… La carne sintética, a menos que crezca a partir de la materia orgánica a la manera de un injerto, no necesita ningún alimento y no excreta productos residuales. Luke se acordó de un artículo

sobre la Corporación Loronar que había leído hacía algún tiempo y que describía sus esfuerzos para fabricar sindroides que pudieran ser aceptados por especies tan dependientes de los olores como los chadra-fans y los wookies. Incluso había humanos que reaccionaban con un claro disgusto ante la anomalía profundamente enterrada planteada por la presencia de algo que parecía un ser humano y que carecía de olor.

El artículo terminaba explicando que el proyecto ocupaba uno de los últimos puestos en la lista de prioridades de Loronar. Los chadrafans y los wookies tenían muy poco poder adquisitivo, y se consideraba que el mercado que podían llegar a ofrecer era demasiado pequeño para tomarse tantas molestias incluso cobrando *ci*en mil créditos por cada sindroide.

—Arvid…

Gerney Caslo se abrió paso por entre el gentío hasta reunirse con ellos mientras los asistentes a la reunión empezaban a sentarse sobre los bordes de los pequeños estrados esparcidos por la sala y los asientos de compresión repartidos por entre ellos. El suelo había sido recubierto con una variedad de tela industrial muy gruesa que le proporcionaba un aspecto curiosamente híbrido. Las hornacinas alimentarias de los tiempos del hutt habían pasado a contener obras de arte de la variedad barata y altamente imitativa que está al alcance de los ricos en los mundos poco poblados: pésimos hologramas de esculturas famosas, algunos de ellos alterados para sustituir los rostros originales por los del nuevo propietario y sus familiares, o montajes lumínicos de dieciséis colores que agotaban sus ciclos en un minuto y medio. Luke había visto algunas cerámicas de arena vidriada realmente magníficas salidas de las manos de los alfareros del barrio de los Veteranos, y se preguntó por qué ni a Seti Ashgad ni a su padre se les había ocurrido incluir algunas de esas obras de arte en la decoración de su casa después de llevar tantos arios en el planeta.

El padre, evidentemente, podía haber llegado a odiar Nam Chorlos hasta el extremo de rechazar toda su cultura y su arte. Pero seguramente el hijo, que había nacido allí o que por lo menos había crecido y se había educado allí —pues no parecía tener más de cuarenta años—, no podía compartir sus prejuicios en un grado tan intenso. ¿Y si la otra casa de Ashgad, su morada en las Montañas del Relámpago, era más suya que de su padre?

—Estamos buscando a un par de chicos para encargarles un trabajo —siguió diciendo Caslo, mascullando las palabras por una comisura de los labios como si estuviera interpretando un papel de malvado en un melodrama holográfico—. Mañana por la noche llegará un cargamento, y…

—¿Dónde hay que recogerlo?

—En los Diez Primos.

Luke había oído hablar de aquel sitio a Croig. Los Primos en cuestión eran tsils, con las chimeneas de cristal formando un anillo en vez de una hilera e indicando la existencia de algún proceso geológico desconocido. Los Primos eran el sueño de un contrabandista, ya que constituían una formación que podía ser identificada con gran facilidad en una

pantalla y, al mismo tiempo, era lo suficientemente pequeña para poder ser recorrida en una sola noche.

—¿Crees que podrías utilizar a Owen? —Arvid señaló a Luke con la cabeza—. Está trabajando para Croig. Un poco de dinero en efectivo no le vendría nada mal.

Booldrum Casio, un hombrecillo corpulento de rostro impasible que llevaba un aparatoso equipo de amplificación visual en la cabeza, sonrió.

—Como a todos los empleados de Croig, ¿eh? —Estudió en silencio a Luke durante unos momentos y acabó asintiendo—. Podemos utilizar a todos los hombres disponibles. Me han dicho que es un cargamento bastante grande. ¿Qué me dices de tu deslizador? Espero que siga estando en condiciones de funcionar.

Luke asintió, aunque no se hubiese atrevido a garantizarlo por escrito.

—Entonces formarás parte del grupo de recogida —dijo Caslo, y se fue.

Arvid le siguió con la mirada y dejó escapar un leve bufido.

—No confía en ti lo suficiente para usarte como guardia de perímetro.

—¿Eh?

—Para mantener alejados a los theranianos —explicó Gin, que se había acercado a ellos y acababa de inclinarse sobre el estrado en el que estaban sentados—. Oh, a veces los Oyentes consiguen enterarse de si va a llegar un cargamento y tratan de impedir que lo recojamos, pero creo que básicamente todo se reduce a mantenerse al corriente de la situación. Parece que concentran casi todos sus esfuerzos en…

Las luces fueron perdiendo intensidad salvo por la que iluminaba el estrado principal, discretamente instalado en lo que había sido una hornacina de alimentación de dimensiones casi olímpicas. Alguien descorrió un telón al fondo de la sala, y Seti Ashgad apareció detrás de él.

No confíes en él *y no accedas a ninguna de sus exigencias…* ¿Por qué?

Luke se había cruzado con Ashgad y su escolta en un pasillo del *Borealis,* pero aquella era su primera ocasión de verle con claridad. Luke todavía no había nacido cuando el padre de Ashgad fue exiliado por el Emperador Palpatine, pero su interés de adolescente por la Rebelión y las grabaciones holográficas del pasado le habían familiarizado con su jovial encanto y sus promesas camaleónicas. Mientras veía cómo su hijo subía al estrado e intercambiaba bromas y comentarios jocosos con los integrantes de la audiencia que mejor le conocían, Luke pensó que el padre ya tendría más de ochenta años.

Croig y los habituales del Blerdo Azul de la Felicidad no habían hablado de él ni una sola vez…, y sin embargo Ashgad había vencido a un hutt (que posiblemente era un Jedi), y se había adueñado de su poder y de su mansión. Eso quería decir que tenía que haber sido un hombre realmente notable. ¿Habría muerto, o sólo se había retirado a la casa de las Montañas del Relámpago?

—Vamos, vamos… No podemos ni pensar en eso —estaba diciendo Ashgad como respuesta a una sugerencia pregonada a gritos de que pronto llegarían tropas de la Nueva

República para «ocuparse» de los theranianos. Su voz grave y musical rezumaba un suave sarcasmo—. Después de todo, son la mayoría. Es su planeta, ¿no?

—¡También es nuestro planeta! —gritó Gerney Caslo, levantándose de un salto—. Nos rompemos la espalda intentando hacer crecer plantas en esta maldita roca. ¿Es que eso no cuenta?

—¿Que si cuenta? —Los verdes ojos de Ashgad se deslizaron sobre la multitud para barrerla con una mirada que se había vuelto repentinamente gélida y llena de furia—. Sí, yo creía que sí… Fui lo bastante optimista para aseguraros que podía hacer algo al respecto. Bien, pues al parecer estaba equivocado.

Un silencio absoluto siguió a sus palabras, pero Luke sintió el temblor de ira que se extendió con la rapidez del rayo por entre todos los presentes.

—Como ya sabéis, tenía grandes esperanzas —dijo el político, que se había convertido en el centro de atención de todas las personas presentes en aquella sala repentinamente silenciosa—. Ciertas conexiones que conseguí establecer me permitieron concertar una reunión, y no con un simple político, burócrata de segunda fila o miembro de algún comité, sino nada menos que con Leia Organa Solo…, aunque —añadió con amargura— su excelencia me dejó muy claro desde el principio que la perspectiva de tener que hablar conmigo no la entusiasmaba en lo más mínimo.

El primer Ashgad había sido conocido como el Tentador Dorado, y mientras escuchaba a su hijo Luke supo qué impresión debía de haber producido en sus oyentes. Ashgad utilizaba su voz de la misma manera en que un gran artista utilizaría un órgano de luz, evocando los matices, las sombras, el crepúsculo, la claridad y el resplandor mediante las más sutiles variaciones del tono y el volumen.

—Os pido disculpas por mi entusiasmo y mi estupidez —siguió diciendo—. Estoy obligado a pediros que me disculpéis por haber suscitado esperanzas que no estaban destinadas a materializarse.

Ashgad alzó una mano y un hombre —Luke se encontraba demasiado lejos para que pudiese ver si era un sindroide o un ser humano, aunque había una sospechosa fluidez en sus movimientos— salió de detrás del telón y colocó un proyector holográfico en la hornacina.

—Tal vez debería permitir que su excelencia os lo explicara con sus propias palabras.

Las luces se debilitaron todavía más. El holograma de Leia era de una calidad magnífica, y su cristalina nitidez hacía que su silueta pareciese una presencia casi sólida entre la penumbra que rozaba la oscuridad absoluta, como si se hallara bañada por la claridad surgida de una fuente invisible. La escala también era perfecta: la Leia holográfica era de tamaño natural, por lo que parecía estar realmente presente en la sala, con las manos entrelazadas sobre las rodillas y los gruesos pliegues de su atuendo ceremonial desplegándose a su alrededor. Los guardias noghrianos estaban acuclillados sobre sus cuartos traseros detrás de ella, una docena de sombras casi invisibles. Leia mantenía el mentón erguido, y habló con una gélida precisión que Luke sólo le había oído emplear cuando estaba muy furiosa.

—Me temo que debemos descartar cualquier posible ayuda de la Nueva República, noble Ashgad —dijo—. La Nueva República no puede permitir que los consejos planetarios que todavía no han decidido unirse a ella vean cómo presta apoyo a cualquier minoría…, sea la que sea. Un porcentaje demasiado grande del comercio depende de que mantengamos la situación actual, y son demasiadas las personas que consideran que las actividades llevadas a cabo por los seguidores del Partido Racionalista de su planeta constituyen una grave perturbación criminal.

Un zumbido de exclamaciones y comentarios ahogados recorrió a la multitud.

—Criminal… —masculló Gerney Caslo junto a Luke—. ¡Yo te enseñaré lo que es una conducta realmente criminal, cariño!

—¿Perturbación? Yo sólo quiero poder disponer de medicinas para mi pequeño. Eso no es…

La imagen de Leia siguió hablando.

—Comprendo sus problemas, noble Ashgad, pero la Nueva República no debe perder de vista el panorama general. Y, si quiere que le sea sincera, el descontento de un puñado de colonizadores en un planeta que ni siquiera es miembro de la Nueva República no justifica que nos gastemos los dos mil millones de créditos que costaría intervenir…, eso por no mencionar los daños que semejante acción causaría a la imagen de la Nueva República en el caso de que decidiéramos intervenir en sus disputas.

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por el nacimiento de un rugido colectivo.

—Maldita arpía… ¿Qué puede saber de lo que está ocurriendo aquí? —gritó alguien.

Luke se levantó de un salto con todo el cuerpo inflamado por una rabia abrasadora. Pero su ira no iba dirigida hacia el hombre que acababa de insultar a su hermana, sino hacia el que permanecía inmóvil en el estrado, apenas visible junto a la iridiscencia resplandeciente del holograma, con la cabeza inclinada en una actitud de pena y devota resignación.

—¡Mentiroso! —aulló.

Pero nuevos griteríos ahogaron su voz, y antes de que pudiera tragar el aire necesario para lanzar un segundo grito Luke ya había comprendido que protestar y afirmar que el holograma era una falsificación sólo serviría para revelar su identidad y hacer imposible que pudiera encontrar a Calista. El holograma era tan falso como las esculturas baratas de las hornacinas, que habían sido sometidas a una alteración holográfica para hacer que pareciesen miembros de la familia. Para empezar, *e* incluso antes de que hubiera disuelto ese cuerpo de guardias, Leia jamás había aparecido en público en compañía de los noghrianos. Cuando «Leia» se levantó de su asiento, Luke por fin estuvo totalmente seguro de que el holograma era una falsificación: aquel sillón no se parecía en nada a los de la sala de conferencias del *Borealis* y, de hecho, no había ni un solo asiento parecido en todo el navío insignia. Aquella capa carmesí había sido usada por Leia durante una docena de acontecimientos públicos a lo largo de los últimos años, por lo que habría podido ser copiada sin ninguna dificultad. Luke nunca había visto una falsificación que resultara lo suficientemente efectiva, pero suponía que un manipulador de datos

digitalizados realmente bueno podía obtener un holograma del rostro de Leia y alterar el movimiento de los labios para adaptarlo a cualquier texto modificado mediante un vocador.

Pero Luke también comprendió que todo aquello eran cosas que había ido descubriendo a lo largo de los años que había pasado en el seno de la Rebelión, años en los que se había visto obligado a tratar con las sofisticadas tecnologías y los complicados artilugios científicos de que se podía disponer en Coruscant y sus mundos interiores. Durante su infancia en Tatooine —y si se hubiera convertido en un adulto allí, como les había ocurrido al tío Owen y a sus amigos— sospechar que la verdad podía ser hábilmente alterada le habría resultado tan imposible como adquirir la capacidad de volar.

Aquellas personas creían en lo que acababan de ver.

Creían en Seti Ashgad.

Y estaban muy furiosas.

Ashgad seguía en el estrado y continuaba mostrándose tan hábil como antes, produciendo la impresión de que estaba calmando a la multitud sin que en realidad hiciera absolutamente nada para disminuir su escandalizada irritación. Luke pasó junto a los sindroides que montaban guardia en la puerta y atravesó la salita que había al otro lado, sintiéndose demasiado furioso para permanecer allí aunque sólo fuera un segundo más mientras sus botas se movían silenciosamente sobre la alfombra. Luke era consciente de que estaba siendo observado por los sindroides —la programación de su Unidad de Control Central, estuviera donde estuviese, por fuerza tendría que incluir los rostros de todos los seguidores del Partido Racionalista del planeta—, pero nadie le detuvo. Salió al exterior por entre los dos paneles de un gran ventanal, casi jadeando de pura furia, y avanzó por entre los matorrales de hoja azul y arbustos aromáticos hasta llegar a la calle. La llegada de la noche había hecho que el viento se fuera calmando poco a poco, y las violentas ráfagas de hacía unas horas habían quedado reducidas a un sordo martilleo. Las *voces* de la sala de reuniones todavía resonaban en sus oídos, gritando vituperios contra su hermana.

Los tsils brillaban como lanzas de hielo bajo la gélida mirada de las estrellas que derramaban su luz sobre los eriales al otro lado de los baluartes. El suelo estaba recubierto por una reluciente capa de escarcha, y el frío mordía la carne con un filo acerado. Luke podía sentir la presencia de la Fuerza que palpitaba y respiraba a su alrededor, agazapada en una tensa espera.

Y había personas en los eriales, y no se encontraban demasiado lejos de allí. No llevaban luces, pero aun así Luke podía percibir su tenue presencia: remolinos, movimientos en la Fuerza… ¿Theraníanos?

Probablemente. Luke se dijo que estarían vigilando la casa de Seti Ashgad.

«Da rienda suelta a tu ira», le había dicho su padre. Da rienda suelta a tu ira…

Las palabras de Vader no eran más que un engaño, una trampa en la que pretendía hacer caer a Luke para conseguir que utilizara su ira en el combate y perdiera el dominio de sí mismo.

Pero de repente Luke dejó de tratar de controlar su ira y la liberó por completo, permitiendo que surgiera de su cuerpo como una nube de vapor para ser absorbida y disipada por las estrellas. Aquella noche ya estaba demasiado saturada de una ira que estaba siendo cultivada y espoleada deliberadamente, y que era invocada con tanta insistencia como si un mago estuviera haciendo acopio de poder en aquella casa. Una vez libre de ella, Luke volvió a ser capaz de pensar con claridad y pudo hacerse preguntas…, y la pregunta más importante de todas era qué pretendía ganar Seti Ashgad con todo aquello.

Capítulo 11

Una lluvia torrencial caía sobre el puerto de Bagsho en Nim Drovis, que se había convertido en un hervidero de tropas. Han había establecido contacto con el Centro Médico desde la órbita de aproximación para informarles de que tenía quince casos muy graves de enfermedad de la radiación a bordo. Ism Oolos, el médico ho’din con el que había hablado a través del transmisor subespacial, les estaba esperando en el hangar de atraque con un equipo de emergencia, rodeado por un pelotón de drovianos uniformados que agarraron a Han por los brazos apenas hubo acabado de bajar por la rampa del *Halcón*, lo empujaron contra la pared más cercana y lo sometieron a un cacheo altamente enérgico y concienzudo.

—¿Es realmente necesario que hagan todo esto? —preguntó el doctor Oolos con visible indignación.

Han se volvió hacia el sargento que mandaba el pelotón y expresó unos sentimientos bastante parecidos, aunque con un énfasis considerablemente mayor.

—Si hubiera visto algunas de las armas que están recibiendo las tribus de los gopso’os no me haría esa pregunta, doctor.

El sargento droviano extrajo su tapón esofágico para hacer aquella observación, y lo volvió a introducir en el orificio con un chasquido líquido en cuanto hubo acabado de hablar. Después de que el establecimiento de las bases militares de la Antigua República hubiera traído consigo la civilización de alta tecnología, la mayoría de drovianos —que en de momento del contacto formaban una red de tribus de pastores— habían adquirido la costumbre de chupar zwil —un reactivo usado para dar sabor a los pasteles muy común en la cocina algarinaa través de las membranas mucosas de sus tubos respiratorios mediante unos tapones esponjosos del tamaño de un puño impregnados de aquella sustancia. Casi todos los soldados usaban tapones de distintos tamaños y el aire estaba saturado por el potente olor a canela y vainilla que desprendían, el cual resultaba claramente perceptible allí donde no tenía que enfrentarse a los olores de la vegetación mojada, los mohos importados involuntariamente desde todos los rincones de la galaxia y el hedor aceitoso que brotaba de los pequeños incendios.

—Debe disculparnos. —El doctor Oolos inclinó su cabeza recubierta de tentáculos multicolores mientras acompañaba a Han, el sargento, dos soldados y el equipo médico por la rampa—. Los gopso’os llevan meses en un considerable estado de agitación. Son enemigos ancestrales de los drovianos, y… —Bajó la voz y curvó sus dos metros cincuenta de altura sobre Han para poder hablar sin ser oído por de sargento—. El caso es que no hay ni un solo átomo de diferencia entre ellos, naturalmente, y lo único que les separa es que llevan siglos luchando entre sí. Al parecer el problema original surgió cuando empezaron a discutir si la raíz de *verdad* es el caso singular o el plural del término básico, pero los dos bandos cometieron tantas atrocidades que eso apenas ya tiene importancia actualmente. Los drovianos fueron los primeros en establecer contactos interestelares y eso hizo que se convirtieran en la tribu dominante, pero…

—¿Se están matando los unos a los otros por una maldita construcción gramatical?

Han estaba tan sorprendido que no pudo evitar alzar la voz. El doctor Oolos torció el gesto y movió una mano para pedirle que hablara más bajo, pero ya era demasiado tarde. El sargento droviano agarró a Han del brazo y sus pinzas le estrujaron la carne con una presa tan implacable como la de unas tenazas de acero.

—Mato a esos gusanos del moho porque ellos mataron a mi familia, ¿entiende? Los mato porque le sacaron las tripas a Garnu Hral Eschen, porque despellejaron a los hijos de Ethras y les arrancaron la carne de los huesos, porque…

—De acuerdo, de acuerdo —se apresuró a decir Han mientras el sargento tiraba de él y lo iba acercando más y más al cañón de su arma—. Eh… Chewie… —Se volvió justo a tiempo de hacer entender al wookie, que estaba cruzando el umbral del puente, que no corría ningún peligro real y consiguió que sus labios fabricaran una sonrisa razonablemente jovial—. Chewie, te presento al sargento…

—Soy el sargento Knezex Hral Piksoar.

El droviano volvió a introducir el tapón en su aparato respiratorio, y una pequeña hebra de mucosidad verdosa brotó de un lado del orificio para unirse a la costra reluciente que recubría la mitad inferior de su cara.

—Deben permitir que registren su nave —les informó el ho'din con afable dulzura—. Sólo es una formalidad, desde luego. Teniendo en cuenta la violencia que han alcanzado los disturbios locales últimamente, y con cuarenta muertos a causa de la plaga hasta el momento en la base de la Nueva República…

—¿Cuarenta muertos?

Han, entre perplejo y consternado, alzó los ojos hacia la esbelta silueta que se elevaba sobre él.

—Me temo que sí. Ésa es la razón por la que le hice tantas preguntas antes de que se me permitiera concederles la autorización médica para descender. Las autoridades han puesto en cuarentena a toda la base.

Hral Piksoar les siguió mientras entraban en la primera de las varias bodegas de almacenamiento que Han había convertido en enfermerías de emergencia. El sargento mantuvo sus armas preparadas para hacer fuego apuntando en cuatro direcciones distintas mientras el doctor Oolos y su equipo iban rápidamente de una víctima a otra para inyectar antishock y estabilizadores y transferir aquellos cuerpos supurantes que habían perdido los cabellos y dejaban escapar débiles gemidos a las cajas de éxtasis colocadas encima de mesas antigravitatorias. Los otros dos soldados desaparecieron por el pasillo para proseguir su búsqueda de armamento ilegal. Han sintió que se le erizaba el vello de la nuca ante aquella clara violación de las leyes portuarias, pero sabía que protestar daría como resultado no sólo que él, Lando y Chewie pasaran la noche en la cárcel local, sino que también haría que los supervivientes tuvieran que seguir soportando su pesadilla de dolores durante varias horas más.

Si hubiera estado solo, Han se habría lanzado sobre Hral Piksoar un instante después de que aquel estúpido matón alienígena *le* hubiera puesto las pinzas encima. Pero acababa

de recorrer dos parsecs de hiperespacio durante los que había tenido que escuchar los tenues murmullos de agonía de los hombres y mujeres conectados a los equipos de apoyo vital improvisados a cada paso que daba por los corredores.

«Quizá por fin estoy aprendiendo algo de Leia», pensó mientras intentaba impedir que la ira que sentía resultara visible en su expresión.

—Bien, ¿qué está pasando aquí? —preguntó en voz baja mientras el médico inclinaba su delgada silueta de aspecto curiosamente arbóreo para pasar por la siguiente escotilla—. Acaba de decirme que ha habido cuarenta casos de plaga en la base, hemos sido atacados por algo que nunca había visto anteriormente, hay una revuelta de partisanos en Durren… Y no cabe duda de que alguien mató a todos esos pobres bastardos, naturalmente.

—El Departamento Médico Central está intentando contener la plaga —dijo el doctor Oolos con visible preocupación—. Están haciendo cuanto pueden. —Los zarcillos de su cabeza se flexionaron en un movimiento lleno de inquietud, y un centenar de matices del carmesí y de escarlata salpicados de tonos violeta temblaron y se retorcieron mientras la preocupación se adueñaba de sus oscuras pupilas—. Nos traen enfermos que se están muriendo sin que haya ninguna enfermedad detectable: no hay virus, venenos, bacterias o alergias. La terapia con los tanques bacta sólo parece acelerar el progreso de esa lenta erosión de la vitalidad que acaba causando la muerte.

Meneó la cabeza y volvió la mirada hacia el sargento Hral Piksoar, que estaba lanzando rápidos vistazos llenos de paranoia a la sala y lo que había al otro lado de la esquina.

—Los gopso'os han llevado a cabo varias incursiones contra los suburbios, han puesto bombas en varios edificios públicos y ya han tomado uno de los espaciopuertos secundarios, lo que ha hecho que la atmósfera se deteriore de una manera terrible. Es realmente increíble, créame… —Rozó la máscara de gas que colgaba de su cinturón con las puntas de los dedos y siguió a su equipo, que acababa de volver a entrar en el pasillo con la última de las víctimas. Han *se* apresuró a seguirle—. Si piensa salir de la nave por la razón que sea, debería llevarse consigo una máscara. Se rumorea que los gopso'os están utilizando bilal y gases aceleradores en sus ataques, aunque todavía no hemos tenido ningún caso documentado en de centro.

—Si tus proyectos incluyen que salgamos de esta nave, en tu lugar yo me lo pensaría dos veces. —Lando Calrissian entró en el puente cuando pasaban por delante de la puerta. Sus oscuras facciones estaban rígidas de ira, pero también había miedo en sus ojos—. ¿Quieres que te dé un consejo, viejo amigo? Cerremos las escotillas y larguémonos de aquí lo más deprisa posible.

—No nos iremos hasta que no haya averiguado qué está ocurriendo ahí fuera. —Han dejó a Lando y al doctor Oolos en el pasillo, volvió al puente y cogió las *cinco* tablillas de datos en las que había grabado de cuaderno de bitácora de*l* infortunado *Borealis*—. ¿Podría conseguirme un descodificador para que pueda leer estas tablillas, doctor? He de

saber qué y quién destruyó esa nave, y también necesito saber qué pueden haber llegado a ver sus tripulantes antes de que fueran atacados.

—Haré cuanto pueda para ayudarle.

El doctor Oolos alargó la mano hacia las tablillas y Han lanzó una rápida mirada al sargento Hral Piksoar, que venía hacia ellos por el pasillo, y se metió la información en el bolsillo en vez de entregársela. El sonido de los disparos llegaba hasta ellos con toda claridad por la rampa extendida del *Halcón,* y las potentes detonaciones parecidas a toses de los cañones jónicos casi ahogaban el áspero zumbido de los desintegradores.

—Mantén un nivel mínimo de carga en los motores y no apartes los ojos de la ventana de despegue —le murmuró a Lando—. Volveré dentro de dos horas.

Lando les siguió hasta la entrada. El equipo médico formaba una pequeña caravana que avanzaba lentamente por el permacreto salpicado de lluvia del hangar, con hilillos de agua escurriéndose de los ataúdes llenos de neblina en que se habían convertido las cajas de éxtasis. Pequeños grupos de soldados montaban guardia alrededor de las cajas con sus armas preparadas para abrir fuego, como si temieran que los cascarones requemados y desgarrados por el dolor que contenían pudieran levantarse de un salto en cualquier momento para empezar a disparar en defensa de la causa de las tribus gopso'os.

—¿Y qué pasa si no vuelves?

Han salió del *Halcón* y agachó la cabeza para protegerse los ojos de la lluvia, que estaba tan caliente como el agua de una bañera.

—Si no me he puesto en contacto contigo cuando hayan pasado dos horas desde este momento, lárgate de aquí a toda velocidad. En cuanto a Chewie… Bueno, dile lo primero que se te ocurra para impedir que venga a buscarme. —Los disparos parecían acercarse, y también se oían voces que gritaban y chillaban. El aire saturado de humedad estaba impregnado de humo—. Pero encontrad a Leia, ¿de acuerdo? Cueste lo que cueste, tenéis que encontrar a Leia.

Los seres humanos eran unas criaturas realmente muy extrañas. Todas las unidades de protocolo de alta calidad eran capaces de reproducir cualquier lenguaje en toda su gama de inflexiones y tonalidades, por lo que Cetrespeó era capaz de imitar prácticamente todas y cada una de las treinta mil canciones que habían llegado a ser populares en los Mundos del Núcleo durante los últimos setenta y cinco años estándar sin omitir una sola palabra, nota o tonalidad musical. No era una función que desempeñara con excesiva frecuencia, pues había autómatas y semianimados provistos de unidades vocales más grandes y equipados con una gran gama de bajos que podían hacer ese trabajo de una manera mucho más eficiente, pero Cetrespeó era capaz de hacerlo. Partiendo de la suposición inicial de que en un mundo tan relativamente atrasado como era Nim Drovis habría muchas personas en busca de entretenimiento que estarían dispuestas a pagar una cierta cantidad de dinero a cambio de una canción (con el porcentaje de derechos reglamentarios correspondiente a los miembros de la Sociedad Galáctica de Artistas Registrados incluido, naturalmente), Cetrespeó había calculado que, incluso si escogían un local de tan escasa categoría como parecía serlo el Taparrabos del Wookie, una sola

noche debería bastar para que él y Erredós pudieran ganar el dinero suficiente para adquirir dos pasajes de tercera clase a Cibloc XII.

Pero el gerente de aquella caverna tapizada de rosa no había parecido quedar muy impresionado por los servicios musicales que se le ofrecían.

—Suenas exactamente igual que una maldita caja de vibraciones —había dicho—, y ya tengo una maldita caja de vibraciones en ese rincón de ahí.

E incluso suponiendo que su programación le hubiera permitido discutir con un humano, Cetrespeó habría tenido muchas dificultades para encontrar argumentos convincentes sobre los que basar su discrepancia. En consecuencia, y antes de empezar a buscar otro centro de entretenimiento público, Cetrespeó decidió dedicar algún tiempo a pensar en el asunto.

Estaba diluviando, como era habitual en Nam Drovis, y aquellos ciudadanos para los que el consumo de aturdimiento líquido tenía prioridad sobre el defender sus casas y sus familias, suponiendo que las poseyeran, de los esporádicos combates callejeros que se estaban extendiendo por toda la ciudad no constituían un mercado excesivamente prometedor. La mayoría de clientes del Traga y Engulle parecían ser soldados drovianos en permiso de tres horas; eliminadores de mohos y hongos profesionales —unos tipos de aspecto endurecido y temible que llevaban sus lanzallamas y rociadores de ácido colgados a la espalda, y que parecían decididos a no separarse ni un solo instante de las contundentes herramientas que se veían obligados a emplear ante la feroz tenacidad de los mohos y hongos drovianos—; unos cuantos suministradores de artículos y servicios prohibidos en los niveles más educados de la sociedad, y algunos chicos de placer y chicas de diversión asociados a cada una de las especies representadas en el planeta y acompañados por sus representantes, los cuales tenían un aspecto bastante inquietante. La concentración absoluta con que todos estaban dedicados a absorber alcohol, sustancias químicas varias y especia hizo que Cetrespeó se sintiera más bien pesimista acerca de sus probabilidades de triunfar como músicos en aquel local, pero el androide de protocolo se iba a llevar una gran sorpresa.

Cetrespeó ya había deducido hacía mucho tiempo que el entretenimiento se basaba en mezclar de manera aleatoria elementos incongruentes, o al menos eso era lo que había podido observar hasta el momento. Así pues, y tomando en consideración las palabras de*l* gerente del Taparrabos del Wookie, había adquirido un concertinio, un juego de campanillas temblonas de violín que podían ser activadas a través de una de las tomas de su pecho, y un tambor para Erredós. La digitalización aleatoria de las pautas y patrones de notas de cada una de aquellas treinta mil canciones populares en los Mundos del Núcleo le permitiría reproducirlas mediante aquellos instrumentos, y una pequeña recalibración de sus circuitos vocales bastaría para que fuese capaz de reproducir las inflexiones de luminarias del espectáculo tan famosas como Framjan Spathen y Extravagancio Croom. En conjunto, todo ello le capacitaba para producir música más o menos pasable, aunque Erredós, como resultado de las cajas intercambiadoras y los circuitos de ordenador del *Puro Sabacc* que seguían adheridos a su estructura original,

exhibía unas prestaciones un tanto excéntricas en lo concerniente a la línea rítmica. Aun así, Cetrespeó se sentía francamente orgulloso del resultado global, y estaba seguro de que si su audiencia hubiese estado sobria habría sido capaz de apreciar la calidad del entretenimiento que se le ofrecía.

Y de hecho el único cliente del Traga y Engulle que no estaba muy ocupado intentando alcanzar la inconsciencia a través del consumo de sustancias estupefacientes o tratando al sexo opuesto de una forma normalmente reservada para la luna de miel, aplaudió la versión de «El sonido de sus alas», el gran éxito de Gayman Neeloide, ofrecida por Cetrespeó y arrojó una moneda de un crédito a la cesta colocada, a guisa de sombrero, sobre la cúpula de Erredós.

—¿Puedes tocar la *Fuga en re mayor* de Mondegrene? —preguntó después, solicitando una pieza clásica de considerable antigüedad y enorme grandeza musical que Cetrespeó sólo había oído interpretar a una orquesta sinfónica provista de cañones de trueno y órgano lumínico de espectro dual.

La *Fuga* era una de las composiciones favoritas de Cetrespeó, y su complejidad matemática siempre había sido una fuente de deleite inagotable para sus circuitos lógicos. El androide de protocolo se inclinó sobre el instrumento de percusión de Erredós.

—¿En su totalidad? —preguntó en un tono lleno de esperanza.

Su audiencia, un chadra-fan regordete y bajito cuyo sedoso pelaje dorado se habría visto considerablemente beneficiado por una sesión de cuidados completos en uno de los salones de esquilamiento del espaciopuerto (en el caso de que hubiera alguno abierto), asintió entusiásticamente mientras hacía señas a la encargada de la barra para que volviera a llenar su jarra con otra generosa dosis de cerveza de mega-vegitón.

—¿Tienes toda la pieza incluida en tu programación?

—¡Eh, eh! —gruñó la encargada de la barra—. No quiero oír ni una sola nota de esa basura clásica en mi local, ¿de acuerdo?

El chadra-fan se volvió hacia ella, muy indignado, y señaló a los otros cinco clientes del bar con una ondulación de su pequeña pata.

—¿Acaso crees que están en condiciones de enterarse de lo que oyen o dejan de oír? ¡Escuchadme todos! —gritó, alzando la voz hasta proporcionarle una sorprendente potencia de tenor. Quince ojos se posaron en él durante un momento, contemplándole con un grado de esfuerzo que variaba según el aturdimiento de sus propietarios—. Voy a haceros una propuesta. Quiero adquirir todos los derechos sobre el tiempo y los talentos de estos soberbios músicos a cambio de lo que me cueste invitaros a una ronda. ¿Trato hecho? —preguntó, sacando un puñado de créditos de la faltriquera de tela que colgaba de su cinturón de seda y dejándolos caer sobre la barra.

—Condenada basura clásica… —masculló la encargada de la barra, yendo hacia sus grifos de bebidas pero guardándose los créditos en un bolsillo.

El chadra-fan señaló a Cetrespeó con un imperioso movimiento de su pata y volvió a recostarse en su sillón, con los ojos cerrados y sus fosas nasales ribeteadas de seda ondulando en un delicado temblor.

—Abrúmame, maestro.

Los potentes compases de la *Fuga* de Mondegrene expulsaron instantáneamente del bar a todos los clientes que aún tenían la cabeza lo suficientemente despejada para poder caminar, pero a Cetrespeó le dio igual. Incluso siendo interpretada con el concertinio y las campanillas temblonas —y con la entusiástica aunque no excesivamente precisa ayuda de Erredós al tambor—, la *Fuga en re mayor* seguía siendo una obra maestra del intelecto, tan sólida e impresionante como un argumento filosófico meticulosamente razonado, y la transposición a aquellos instrumentos tan exóticos afectó de una manera muy extraña a Cetrespeó, permitiéndole apreciar y entender mucho mejor la compleja estructura de la pieza. A falta de clientes que reclamaran su atención, la encargada del local se apoyó en un extremo de la barra y se dedicó a chupar un tapón de zwil detrás de otro, escuchando la amplia gama de notas con un escepticismo inicial que, o eso creyó percibir Cetrespeó, se fue convirtiendo poco a poco en otra emoción muy distinta. ¿Respeto, tal vez? ¿Apreciación de sus capacidades y, quizá, incluso el inicio de un nuevo entusiasmo por la música clásica?

O quizá no. Cuando la pieza llegó a su fin, la encargada del bar cruzó el local y fue hacia ellos, con las manos escondidas debajo del grueso delantal de cuero y los ojos azules iluminados por un brillo calculador debajo de su (al menos en opinión de Cetrespeó) excesivo maquillaje de pintura azul-y-oro y los numerosos anillos dorados que atravesaban su hocico reluciendo por entre la tenue iluminación intestinal del bar. La encargada bajó la mirada hacia la cesta colocada sobre la cúpula de Erredós.

—Diez créditos —dijo después—. No lo hacéis nada mal, chicos. —Muchas gracias, señora.

Cetrespeó desconectó de violión de la toma de su pecho para que las campanillas no acompañaran su respuesta con su agudo tintineo.

—Supongo que vuestro jefe se pasará por aquí más tarde, ¿no? Quizá podría llegar a alguna clase de acuerdo con él.

—Oh, no. No tenemos jefe, señora. Nuestro dueño está en…

—Vamos, vamos… No marees a esta pobre dama, Tresito.

Cetrespeó giró sobre sus talones, muy asombrado, para ver cómo el chadra-fan —que, una vez concluida la *Fuga en re mayor,* había ido a la entrada para escuchar los escasos ruidos callejeros que conseguían imponerse al incesante repiqueteo de la lluvia y para olisquear las masas de aire en movimiento oscurecidas por la inminente llegada de la noche— iba hacia ellos.

—Igpek Droon, y él y yo nos hicimos muy amigos en la ruta de Antemeridiano, odia que le llamen «jefe» y no se lo consiente ni siquiera a sus androides —siguió diciendo el chadra-fan, alzando la mirada hacia la encargada del bar para contemplarla con sus perspicaces ojillos, negros como el carbón—. Se gastó montones de dinero reprogramando a todos los androides de su nave para que le llamaran «amigo» y «camarada». Por increíble que parezca, fue educado por una célula de agromilitantes y dice que las relaciones de subordinación le resultan tan irritantes como tener un puñado

de arena dentro de las agallas. Lo pasa fatal cada vez que contrata a un tripulante de Gamorra o de Griddek porque después siempre están discutiendo por cómo han de llamarle. Bien, y ahora yo y estos chicos vamos a volver… —asestó una palmada a Cetrespeó y otra a Erredós, dejando caer sus manecitas sobre los dos androides con una familiaridad que Cetrespeó encontró bastante ofensiva—, a la nave de Pekkie. Quiero asegurarme de que llegan hasta allí sin problemas y de que no tienen ningún mal encuentro durante el trayecto.

—Discúlpeme, pero… —empezó a decir Cetrespeó.

—Estoy seguro de que te acuerdas del camino —le interrumpió el chadra-fan, y a continuación empezó a hablar a toda velocidad en el estridente lenguaje de maullidos de los nativos de Chad—. ¡Ven conmigo, estúpido montón de hojalata! ¿Quieres pasarte los próximos treinta y cinco años tocando música de baile espasmódico en este mercado de carnes baratas? ¡Esa mujer está intentando robaros!

—¡Cómo! —graznó Cetrespeó en el mismo lenguaje—. ¿Quiere robarnos? Pero si apenas tenemos unas cuantas monedas…

El chadra-fan puso los ojos en blanco, se volvió hacia la encargada del bar y se echó a reír.

—Estas unidades cetrés son unas auténticas fanáticas de los tecnicismos, créame —dijo—. Son capaces de discutir durante horas cuál es el lado de la calle por el que les obliga a andar su programación. Vámonos de una vez…, eh… —Echó un rápido y discreto vistazo a los números de serie de Erredós—. Vámonos de una vez, Dosito. Pekkie dijo que teníais que estar de vuelta antes de que hubiera anochecido del todo, y ya está muy oscuro.

Puso una patita peluda detrás del codo dorado de Cetrespeó y tiró de él, y el androide de protocolo se sentía tan confuso y perplejo que se limitó a dejarse llevar mientras hacía grandes esfuerzos para articular todas las objeciones que deseaba oponer a aquel engaño. Erredós echó a rodar obedientemente detrás de ellos, dejando a la encargada del bar en la entrada para que les viera marchar con los ojillos entrecerrados y llenos de suspicacia mientras se acariciaba los anillos del hocico y movía las orejas.

—Lo lamento muchísimo —dijo Cetrespeó en cuanto hubieron salido a la acera manchada de lluvia—, pero he repasado todos mis ficheros y no consigo encontrar ni su nombre ni su fisonomía en ninguno de mis registros.

—Me llamo Yarbolk Yemm, soy reportero y trabajo para el *Noticias de TriNebulón.* No creo que ése sea el tipo de datos que puedas encontrar registrados en tus circuitos, Tresito. Y por cierto, ¿dónde está vuestro dueño?

—Mi congénere y yo pertenecemos a… ¿Qué estás haciendo, Erredós?

El pequeño androide astromecánico acababa de describir un brusco viraje de noventa grados para golpear a su dorado congénere con el tambor, que seguía adherido a su plancha delantera y le daba un curioso aspecto de mamut mecánico embarazado. Erredós acompañó su repentina ofensiva con una veloz retahíla de pitidos, zumbidos y trinos electrónicos, aparentemente decidido a dejarle muy claro que informar a un reportero del

TriNebulón de su misión, objetivos o preocupaciones quizá no fuese muy buena idea en aquellos momentos.

Y Cetrespeó tuvo que admitir que en aquel caso la razón parecía estar de parte de Erredós.

—Nuestro dueño nos está esperando en Cibloc XII —explicó después de considerables reflexiones que, por fortuna, se llevaron a cabo con la rapidez suficiente para permitir que sus palabras gozaran de toda la apariencia de la verdad—. Mi congénere y yo nos hemos encontrado abandonados en Nam Drovis debido a un error de la compañía naviera, y no hemos podido ponernos en contacto con nuestro dueño para que nos proporcionara un medio de transporte. Es vitalmente importante que nos reunamos con él lo más pronto posible, y de ahí la lamentable necesidad de adquirir los fondos suficientes a través de estos medios.

Señaló el concertinio, plegado y guardado en una elegante caja de laca roja suspendida de cintas que colgaba sobre su pecho, y el tambor de Erredós. Se habían detenido en uno de la miríada de pequeños puentes que iban de Ciudad Vieja a Ciudad Nueva, y la llovizna agitaba las aguas amarronadas que corrían por debajo de ellos y goteaba de las planchas de los dos androides y de la chaqueta de seda del chadrafan, que se había oscurecido al mojarse. Una creciente conmoción y el estrépito de los disparos se estaban intensificando al otro lado del canal, con voces que gritaban órdenes y ruido de pies que atravesaban charcos a la carrera.

Yarbolk volvió la cabeza en esa dirección y sus largas orejas temblaron convulsivamente. Después miró a los androides, y un brillo especulativo iluminó aquellos diminutos ojos negros que parecían dos botones de zapato.

—Cibloc XII, ¿eh? —murmuró—. Que yo sepa, la última transmisión llegó hace más de treinta horas. Enviaron dos cruceros para que se ocuparan de esa flota pirata que había zarpado de Budpock… El *Dama de Ithor* y el *Empíreo* pusieron rumbo hacia esa zona y nadie ha vuelto a saber nada de ellos. Y en los bares todo el mundo dice que alguien está armando a los gopso’os y que les ha prometido que los puestos de vigilancia de las carreteras les dejarán pasar en cuanto aparezcan por allí…, y eso es justo lo que está ocurriendo esta noche, ¿verdad? Tened mucho cuidado, chicos —añadió, tapándose la cabeza con su empapado capuchón de seda—. Hay un montón de leyes que intentan defender los derechos de los propietarios de androides, pero todavía no he visto ningún sitio donde sean aplicadas…, y de todas maneras un buen borrado de memoria puede derogar cualquier ley. En esta ciudad hay muchos tipos a los que les encantaría poder echar mano a una unidad cetrés y a un androide astromecánico sin dueño.

Volvió a hurgar en su faltriquera y sacó de ella un cilindro rojo de veinte créditos que dejó caer en la cesta medio llena de créditos colocada sobre la cúpula de Erredós.

—Comprad los billetes a nombre de un humano…, si quieres usar el suyo, Igpek Droon realmente se dedica al comercio a pequeña escala…, y largaros de aquí lo más pronto posible. Buena suerte, y gracias por la música.

Hubo otro crescendo de muerte y destrucción, esta vez todavía más cercano, y el rugido gutural de los cañones jónicos hizo vibrar el aire junto con él. Yarbolk Yemm deslizó hasta la parte delantera de su cinturón los pequeños sistemas de grabación que llevaba encima y echó a correr por el puente en dirección al estrépito, una abigarrada silueta empapada de sedas azules y rosas y mechones de pelaje apelmazado. Un instante después la primera oleada de combatientes surgió de la angosta calle visible a unos veinte metros canal abajo: un nudo de drovianos uniformados, un par de humanos y un ho'din estaban muy ocupados defendiéndose de un contingente mucho más grande de drovianos vestidos con uniformes distintos cuyos cráneos rasurados lucían largas coletas en las que se habían creado extraños dibujos mediante la adición de trozos de plástico y goma de muchos colores. La programación de Cetrespeó le informó de que aquellos dibujos eran animales totémicos, y también le explicó que los adornos eran el medio de intercambio más utilizado por las grandes corporaciones interplanetarias que trataban de adquirir las proteínas en estado bruto producidas por los ranchos de orugas de los gopso'os.

—¡Oh, cielos! —exclamó el androide de protocolo—. ¡Erredós, estoy viendo al capitán Solo!

Fuertemente armados y ayudados por las traiciones estratégicas de los puestos de guardia de los perímetros exteriores, los clanes de los gopso'os habían conseguido irrumpir en la ciudad. En los enclaves de la zona interior de Bagsho, donde los gopso'os llevaban una mísera existencia de sueldos ínfimos y profundo retraso educativo, los guerreros habían emergido de las aguas pestilentes de sus moradas con armas ultramodernas en las manos, aullando los nombres de sus antepasados asesinados y de las Veinticinco Personificaciones de la Virtud mientras disparaban contra sus opresores y contra cualquier criatura a la que asociaran con ellos.

—Apestosos hijos de la basura… —gruñó el sargento Hral Piksoar con un burbujeo de voz nasal que a duras penas conseguía superar el obstáculo del tapón de zwil, mientras que sus pinzas estaban más que ocupadas con el cañón iónico que estaba intentando colocar en posición de hacer fuego—. Bien, Solo, más vale que se sienta orgulloso de su obra…

—¿Orgulloso? ¿Por qué demonios he de sentirme orgulloso? —chilló Han, pegándose a la esquina de un callejón para devolver el fuego enemigo—. ¡Hasta hace una semana ni siquiera había oído hablar de Nam Drovis en toda mi vida!

Los canales de aquella zona del distrito llevaban semanas sin ser desinfectados. El ruido de voces y el estrépito de pies lanzados a la carrera estaba haciendo que las sucias aguas azotadas por la lluvia temblaran y se llenaran de bultos ondulantes, y Han pudo ver cómo los mohos empezaban a surgir de ellas, brillando con repugnantes destellos iridiscentes bajo los tenues reflejos de farolas que se encontraban a varios bloques de distancia de ellos.

—Dijeron que la Nueva República enviaría tropas. Oh, sí, no había ninguna necesidad de tener un gran ejército preparado para entrar en acción… La maldita

República nos ayudará siempre que lo necesitemos, ¿verdad? Bueno, amigo, pues solicitamos que nos enviaran esas tropas y…

—El capitán Solo no ha tenido nada que ver con el envío de las fuerzas de emergencia —intervino el doctor Oolos en un tono muy severo.

—¿Y qué pasa con mis muchachos? —preguntó Hral Piksoar, señalando a los dos soldados caídos con una inclinación de la cabeza.

—¿Está bromeando, sargento? —replicó el más corpulento de los dos soldados mientras intentaba incorporarse—. Con esos condenados gopso’os viniendo por un lado y los mohos viniendo por el otro… Bueno, puedo asegurarle que lo intentaré. Todavía me queda un tentáculo entero.

Su peso impedía que los drovianos fueran buenos acróbatas, pero encaramarse a una tambaleante montaña de tablones, restos de puertas y muebles sacados de la primera planta de uno de los edificios que daban al callejón les proporcionó un trampolín lo suficientemente alto para que consiguieran llegar hasta uno de los balcones más bajos y, desde ahí, cruzar el puente de tablas. Lanzar el extremo contrapesado del cable al siguiente equilibrista no supuso ningún problema, ya que los tentáculos de los drovianos son como pistones mecánicos y la abundancia de diversos sistemas sensoriales con que cuenta su cuerpo les proporciona una puntería excepcional. Han v el doctor Oolos fueron los últimos en cruzar, manteniendo el fuego de cobertura contra los gopso’os que seguían avanzando, agazapados y en continuas maniobras de aproximación, por toda la calle exterior y los balcones de las distintas casas que se alzaban por encima del nivel de la calle. Han sabía que sólo necesitarían un poco de tiempo para abrirse paso a través de los laberintos de callejones y viviendas a fin de rodear al grupo en retirada…, de la misma manera, como se dijo con creciente amargura, en que las masas de mohos que avanzaban hacia ellos sólo necesitarían un poco más de tiempo para alcanzar un grosor y una insistencia tan grandes que no habría forma de obligarlas a retroceder. Desde su primer encuentro con los gopso’os, todas las peticiones de que les enviaran refuerzos emitidas por Hral Piksoar habían recibido la misma respuesta: «Estaremos allí tan pronto como podamos». Han sabía que ese eufemismo no era más que una manera muy cortés de decirles que se las arreglaran por su cuenta.

Una andanada láser arañó la pared por encima de él, rasgándole la cara con un pequeño diluvio de trocitos de roca recalentados. Han lanzó un rápido disparo hacia el punto en el que había brillado el destello láser, pero no supo si había conseguido dar en el blanco. Ningún cuerpo cayó del balcón en el que se había originado el ataque, pero tampoco hubo ningún fuego de represalia.

—¡Solo! —gritó el doctor Oolos detrás de él.

El último droviano por fin estaba a salvo. Los mohos ya habían recubierto toda la calle con una gruesa capa de perezosas ondulaciones, y todo el recinto casi cerrado de aquel callejón estaba impregnado por la pestilencia de los ácidos digestivos que rezumaban de los mohos y el humo de los disparos calcinadores con que los drovianos los obligaban a mantenerse alejados de ellos.

—¿Cree que podrá conseguirlo? —gritó Han.

Después de que el médico se hubiera ofrecido a acompañarle hasta los muelles de atraque —Han sospechaba que por un miedo muy real a que las tropas drovianas le dejaran abandonado si tenían que enfrentarse a al gran ataque—, no quería ver cómo el ho'din acababa cayendo al vacío para que los hongos carnívoros abrasaran su carne hasta dejarlo convertido en un montón de huesos pelados.

El doctor Oolos lanzó una última andanada contra los mohos, que ya estaban a menos de un metro de sus botas y de las de Han. Después agarró el extremo del cable que acababan de lanzarle los drovianos que le esperaban en el balcón y trepó por el montón de trozos de mobiliario.

—Lo único que puedo hacer es intentarlo, ¿no?

—¡Por aquí! —insistió Cetrespeó, deteniéndose en la entrada de uno de los callejones sin pavimentar y llenos de ruidos que formaban un auténtico laberinto entre el final del puente donde se habían despedido de Yarbolk y el lugar en el que habían visto por última vez a Han y su grupo de combatientes pegados a una esquina—. ¡Puedo oír los disparos!

Erredós no contestó a sus gritos. El pequeño androide astromecánico podría haber observado que el tiroteo se había extendido a todo el distrito —el estridente zumbido de los desintegradores manuales, el inconfundible crujido de los cañones de vainas caspelianos y el vibrante rugido de los cañones jónicos y los rifles desintegrado-res estaban por todas partes—, pero no lo hizo. Erredós se limitó a guardar silencio y atravesó decididamente una placita de suelo embarrado.

—¡No creo que éste sea el momento más adecuado para hacer tonterías, Erredós! —exclamó el androide de protocolo, terriblemente preocupado—. ¡Oh, cielos, me temo que esos circuitos que no pudimos desconectar de tus tomas antes de que saliéramos del *Puro Sabacc* están perturbando el funcionamiento de tu sistema direccional! ¡Ese callejón no te llevará al sitio en el que vimos al capitán Solo por última vez!

Aun así, Cetrespeó echó a andar en pos del tozudo androide astro-mecánico, sabiendo que por sí solo no poseía la información necesaria para facilitar de rescate de su excelencia. Tanto si Erredós cooperaba como si no, la responsabilidad de depositar a su congénere sano y salvo en manos del capitán Solo recaía única y exclusivamente en Cetrespeó.

Y, para gran sorpresa suya, en cuanto doblaron la esquina siguiente vieron a Han Solo, la alta y delgada silueta del ho'din y a los soldados drovianos corriendo desesperadamente por un puente de tablones mientras un contingente de gopso'os mucho más grande les lanzaba fútiles andanadas desde el otro lado de un callejón atestado de agresivas y babeantes masas de hongos amarillos y anaranjados que se deslizaban por entre el confinamiento de las paredes del callejón, formando un río de mucosidades que habría llegado hasta las rodillas de un ser humano.

Por desgracia Erredós los había sacado del laberinto a unos cuantos metros demasiado arriba del callejón, con la consecuencia de que los gopso'os, los mohos y toda la anchura

del canal se interponían entre los dos androides y los drovianos que intentaban llegar a los muelles de atraque.

—¡Capitán Solo! ¡Capitán Solo! —gritó Cetrespeó por entre una granizada de haces desintegradores.

Pero las modulaciones de volumen vocal necesarias para un androide de protocolo eran tan delicadas que sus palabras no consiguieron imponerse al cortante alarido de los desintegradores. Mientras Cetrespeó intentaba decidir cómo podían salvar el obstáculo que suponían los gopso'os y los mohos —que, aun siendo incapaces de digerir a los dos androides, sin duda atascarían sus medios de locomoción—, Han Solo, que formaba la retaguardia del pequeño grupo, cruzó el puente de tablones y dirigió el rayo de corte de su desintegrador hacia aquella pasarela improvisada, haciendo que estallara entre una deslumbrante erupción de llamas y se desplomara sobre el canal.

Después Han Solo, el ho'din y los drovianos desaparecieron a la carrera por la angosta calle.

Lo que ocurrió a continuación recordó a Cetrespeó una carrera de obstáculos del tipo inventado por los ordenadores militares para poner a prueba los reflejos de los humanos y los androides, y enseguida se dijo con amargura que ese tipo de pruebas sólo resultaban adecuadas para los androides especialmente concebidos con vistas a los usos militares. Erredós, que parecía saber hacia dónde iba —o por lo menos creía saberlo—, fue guiándole por las esquinas, a través de diminutas plazas en las que los agujeros excavados hacía unos minutos por las granadas o las vainas explosivas se estaban llenando rápidamente de agua de lluvia fangosa, y a lo largo de estrechas pasarelas que discurrían sobre canales que rezumaban una vida reptante y purulenta. Y por todas partes había disparos, pequeños grupos de nativos de Nam Drovis con coleta o sin ella que se tiroteaban los unos a los otros desde las entradas y los balcones mientras otros grupos saqueaban almacenes, y casas en llamas cuyas humaredas aceitosas iban impregnando la atmósfera. Los cadáveres yacían en las calles, empapados de lluvia y medio cubiertos, algunos de ellos, por capas de mohos enfrascados en su lento proceso alimentario. En algunos lugares las angostas callejas habían quedado tan destrozadas por las granadas y los impactos de los haces desintegradores que el suelo de tierra azotado por el incesante diluvio de llovizna grisácea se había convertido en una sopa de barro imposible de atravesar. En otros se habían erigido barricadas con muebles, trozos de losas, adoquines y vigas, y algunas de ellas estaban ocupadas por combatientes de un bando u otro enzarzados en letales duelos con desintegradores, mientras que en otras ocasiones sólo contenían horribles guirnaldas de muertos.

—Tenemos que encontrar al amo Han —protestó Cetrespeó, apoyándose en la pared de un estrecho pasadizo en el que la marea de sustancia viscosa llegaba hasta sus meticulosamente articuladas rodillas—. Habrá venido aquí en busca de su excelencia, naturalmente. A estas alturas el Consejo ya debe de saber que le ha ocurrido algo. Aunque no haya libertad de comunicaciones, el amo Han estará registrando todo el sector.

Erredós, tan marrón como si hubiera sido recubierto con una capa de pintura de fango, respondió con un trino electrónico.

—¡El muelle de atraque! —gritó Cetrespeó—. ¡Eres un genio, Erredós! ¡Por supuesto que irán ahí!

Llegaron a los muelles de atraque unos instantes después de que las avanzadillas de los gopso'os completaran el cerco de las instalaciones del espaciopuerto. Los rayos desintegradores silbaban y chisporroteaban sobre las espaciosas pistas de permacreto protegido, difundiendo sus amenazadoras oleadas de calor a través de ellas. Las tropas drovianas habían desplegado sus cañones iónicos, y estaban obligando a retroceder a los gopso'os o los mantenían confinados en las escasas pistas que habían logrado conquistar. Erredós avanzó impasiblemente a lo largo de paredes ennegrecidas por las ondulantes oleadas de plasma, atravesó túneles para los equipajes y rodó por debajo de refugios de plástico temporales incendiados que desprendían nubes de humo pestilente.

—¡Ahí! —gritó Cetrespeó.

Acababan de llegar a la zona de carga protegida adyacente a la gran pista de permacreto de un muelle sobre el que se agazapaba la familiar silueta del *Halcón,* con la rampa de entrada desplegada, como un gigantesco montón de chatarra de colores gris y rojo óxido inmóvil bajo los torrentes de lluvia.

Una nueva andanada de fuego desintegrador agujereó el pavimento por delante de ellos. Dos contingentes de nativos —uno de soldados drovianos uniformados, otro una banda de gopso'os— habían tomado las dos entradas del muelle. Desgraciadamente los que se encontraban debajo del mismo porche de protección que Erredós y Cetrespeó eran los gopso'os, un abigarrado y harapiento grupo de guerrilleros armados hasta los dientes con los productos más modernos y sofisticados de la tecnología armamentística. El contingente de drovianos refugiados bajo de otro porche, que formaba un ángulo de noventa grados con el primero, no era tan numeroso, pero Cetrespeó pudo distinguir los tallos cefálicos de color rojo y violeta del ho'din que había estado corriendo delante de Han Solo y, agazapado, detrás de una barricada, al mismo Han.

—¡Amo Han! —gritó Cetrespeó—. ¡Somos nosotros! ¡No nos deje abandonados aquí!

Nuevas andanadas láser ahogaron su soberbiamente modulada voz mecánica. Han Solo abandonó su refugio y cruzó en una veloz carrera la franja de pavimento desprotegido bajo una tempestad de fuego de cobertura. Los gopso'os del porche retrocedieron, y Cetrespeó no pudo evitar observar que la mayoría de ellos eran pésimos tiradores en comparación con los drovianos.

—¡Ahora! —exclamó, volviéndose hacia Erredós—. ¡Déjennos pasar! —le gritó al sargento de las tropas regulares drovianas—. ¡Somos amigos!

Cetrespeó quería hacerse entender lo más deprisa posible, por lo que gritó su mensaje en droviano…, un lenguaje utilizado principalmente por los gopso'os, en tanto que los drovianos de las clases dirigentes tendían a hablar el básico incluso entre ellos.

Una nueva tempestad de disparos obligó a retroceder a los dos androides.

Han rodó unos metros sobre el pavimento y acabó deslizándose sobre la rampa. Alguien debía de haber estado vigilándola desde el interior de la nave, porque la rampa empezó a elevarse en cuanto el cuerpo del capitán rozó su extremo. La rampa literalmente engulló a Han Solo, igual que un monstruo de acero que se traga una golosina. Cetrespeó hizo un desesperado intento de entrar en el muelle y tuvo que retroceder a toda prisa, con una mancha negra peligrosamente próxima a sus tomas de suministro de energía atravesándole el pecho recubierto de barro.

—¡No nos dejen aquí!

Chorros de fuego blanco brotaron de las toberas del *Halcón Milenario*.

Erredós dejó escapar un gemido lleno de desesperación.

Y el carguero corelliano remodelado abrió un agujero en las negras nubes cargadas de lluvia y se esfumó.

Capítulo 12

A la tarde siguiente Luke aún estaba lo suficientemente furioso como para que llegara a pensar si debía decirle a Gerney Caslo que se metiera el cargamento de contrabando donde le cupiese, pero algo que le había dicho Arvid hizo que acabara cambiando de parecer. Sólo había sido una observación casual durante una conversación que Luke mantuvo con el joven granjero al día siguiente, algo acerca de que Caslo era el agente comercial de Ashgad en Hweg Shul, pero eso bastó para hacer reflexionar a Luke. Resultaba obvio que Ashgad había estado haciendo cuanto podía para sembrar la ira entre los Racionalistas del planeta. No hacía falta disponer de muchos datos para comprender que el contar con un ejército privado listo para expulsar a los theranianos de las estaciones artilleras y abrir el planeta al comercio era algo que beneficiaba considerablemente a Ashgad. Siendo el hombre más rico que Luke había conocido hasta el momento y dada su posición de heredero de Beldorión, el antiguo señor del crimen, Ashgad estaría en condiciones de actuar como intermediario para la comunidad en cuanto se iniciaran los intercambios comerciales.

«Aunque sólo durante unos años, desde luego», pensó Luke. ¿Y si Ashgad creía que podría controlar el planeta durante bastante más tiempo en cuanto las estaciones artilleras ya no estuvieran allí para seguir limitando las importaciones? O quizá sólo quisiera hacerse con el control de las estaciones artilleras para seguir manteniendo la situación actual en beneficio propio…

En sí, el planeta era tremendamente pobre. Lo único que podía exportar era los cristales-fantasma, que eran más bien frágiles, y después de haber subsistido durante varios días a base de topatos, liquenarios y exudaciones de blerdo, Luke no podía imaginar que alguien fuera capaz de pagar los costes de transporte necesarios para adquirir cualquiera de esas exóticas delicadezas gastronómicas. Pero Ashgad había crecido allí, por lo que era muy posible que deseara hacerse con el único poder que conocía.

Mientras esperaba en la oscuridad del patio del Blerdo Azul aquella noche, Luke se preguntó si su razonamiento era realmente lógico. Ashgad había crecido en el planeta, cierto, pero había sido educado por un padre que soñaba con adueñarse del Senado. Si Palpatine no se hubiera convertido en Emperador, Seti Ashgad podría haber llegado a hacerse con el trono. Seti Ashgad no parecía el tipo de hombre capaz de criar a un hijo que *se* conformaba con gobernar lo que, a todos los efectos prácticos, no era más que una bola de roca estéril.

Unos minutos después de que las lluvias torrenciales del anochecer hubieran empezado a amainar, Luke vio cómo la hilera de deslizadores doblaba la esquina entre los edificios en un fantasmagórico silencio. Seis de ellos, visibles únicamente como sombras, avanzaron con las luces apagadas por encima del permacreto agrietado por el peso de la maquinaria y entraron en el patio del hangar. Luke reconoció la extravagante silueta del Aratech de Arvid, con su tosca pata equilibradora en la parte posterior, y el

saltador de Umolly Darm. Gerney Caslo estaba sentado detrás de la prospectora, con un pequeño rifle desintegrador negro de aspecto altamente temible preparado para hacer fuego encima de su muslo. Un par de voluntarios que actuarían como centinelas avanzaban detrás de ellos montados en cu-pas, con sus rifles desintegradores también preparados para hacer fuego, los rostros ennegrecidos y los ojos relucientes bajo el parpadeo acuoso de las estrellas.

—Tú irás en cuarto lugar —murmuró Gerney, y lanzó a Luke una de las latitas planas de pintura oscura de camuflaje que utilizaban los cazadores para eliminar los reflejos de sus armas—. Si nos separamos, volveremos a reunirnos en la casa de Ashgad…, y si te parece que los theranianos pueden llegar a quitarte el cargamento, sobrecarga los sistemas de todo lo que hayas recogido.

Luke se ennegreció la cara y roció el tosco par de gafas infrarrojas que le había prestado tía Gin con una buena cantidad de pintura negra. Una docena de jinetes se reunieron con ellos entre las torres de to-patos. Los bípedos de cuerpo rechoncho que montaban se movían de manera sorprendentemente silenciosa, y Luke enseguida vio que aquellos guardias también estaban extremadamente bien armados.

Mientras iban dejando atrás las torres y los globos antigravitatorios de los cultivos más recientes, que empezaban a elevarse lentamente sobre el suelo, y se deslizaban por entre los campos de bropo y las praderas algales donde los blerdos pastaban como silenciosas montañas azuladas cubiertas de arrugas, Luke pensó que Ashgad estaba gastando muchísimo dinero para convertirse en el líder de la facción gobernante del planeta. El olor de las plantas en crecimiento fue desapareciendo poco a poco de las fosas nasales de Luke a medida que el estéril cosquilleo de los eriales empezaba a deslizarse sobre su piel.

Había algo que ignoraba, algún fragmento de información del que aún no disponía y que acabaría dando sentido a todo aquel rompecabezas.

Los eriales se extendían en todas direcciones, desplegándose a su alrededor como una gigantesca manta de sal. El terrible peso aterciopelado de la Fuerza oprimía su mente con creciente intensidad.

Luke pensó que muy pocos habitantes del planeta parecían ser conscientes de la presencia de la Fuerza. De hecho, nadie parecía haberse dado cuenta de que Nam Chorios albergaba alguna clase de vida invisible, y de que contenía una civilización invisible y silenciosa que se escondía entre los deslumbrantes cañones azotados por el viento. ¿Y si Ashgad era consciente de ello? ¿Sería eso lo que pretendía controlar?

O, al igual que el enemigo de Taselda, ¿pretendería controlar quizá la mismísima Fuerza?

Luke vio cómo el chispazo rojo anaranjado de un cañón láser iluminaba la columna vertebral de las colinas en la lejanía por delante de ellos. Otro chispazo surgió de la nada como en respuesta al primero, iluminando el horizonte sesenta grados más adelante. El anillo cristalino de los Primos se alzaba hacia las estrellas justo enfrente de ellos, elevándose como si quisiera señalarlas con un gesto silencioso.

Un puntito de luz infinitesimal estalló y se desvaneció en la implacable negrura de la bóveda que se extendía sobre sus cabezas. Alguien maldijo a los theranianos desde uno de los deslizadores, llamándolos idiotas y locos y cosas todavía peores por su tozuda negativa a dar la bienvenida a influencias extranjeras en su mundo. La educación que había recibido hizo que Luke pudiera entender aquella reacción sin ninguna dificultad. Ni una sola de las personas a las que había conocido durante su infancia y su adolescencia había tomado en consideración los derechos que los jawas o el Pueblo de las Arenas pudieran tener sobre el territorio ocupado por los colonos humanos de Tatooine, y todos y cada uno de sus amigos y conocidos adultos de aquellos tiempos se habrían escandalizado ante la idea de que cualquiera de las dos especies indígenas, indudablemente mayoritarias, pudiera hacer valer los derechos que eso les otorgaba para determinar la política planetaria.

¿Detener la importación de herramientas y equipo agrícola, metal y chips meramente porque nueve décimas pares de la población del planeta estaban convencidas de que las mercancías no debían bajar del cielo? ¡Ridículo! ¿Por qué no nos prohíbes utilizar cualquier clase de herramienta y te dejas de sutilezas?

Luke se rascó la mordedura de un droch y fue reduciendo la velocidad de su deslizador recién reparado en el mismo instante en que un destello perdido en el cielo indicaba la presencia de un meteorito al rojo vivo que estaba entrando en la atmósfera: la diminuta cápsula llena de contrabando acababa de llegar. Los guardias montados se dispersaron, con las minúsculas luces amarillas de sus sensores y detectores de calor delineando sus rostros camuflados durante una fracción de segundo mientras los cu-pas, provistos de bozales y con las pezuñas envueltas, se movían por entre la oscuridad sin hacer ningún ruido. Casio marcó el sitio en el que había caído la cápsula mientras cada conductor llevaba a cabo una rápida triangulación basándose en los diez pináculos de gélida claridad y todos fueron hacia ellos, avanzando rápidamente por encima del inmenso plato iridiscente de la llanura.

La cápsula, que estaba equipada con unos retrocohetes muy primitivos, ni siquiera se había enterrado en la gravilla centelleante. Un rifle de percusión tosió a lo lejos, y Luke percibió la presencia distante de más jinetes. Mientras Casio bajaba a toda prisa por una ladera del cráter de impacto que elevaba su humareda a cien metros del tsil más próximo, Luke se preguntó cómo se las habría arreglado Ashgad para pagar las armas con las que equiparía a sus seguidores. ¿Habría dejado Palpatine algunos de sus ingresos en las manos de su rival? «Oh, seguro, y además las rocas bailan…». Pero todas las armas que estaba comprando Ashgad eran nuevas o prácticamente nuevas, y constituían un impresionante ejemplo del armamento más moderno y más caro adornado por la luna doble del logotipo de Loronar. *Siempre ofreciendo lo mejor, y siempre en primera línea…* Aquel hombre estaba sacando mucho dinero de algún sitio.

¿Y si Calista había entrado en la casa de Ashgad? Quizá había conseguido averiguar de dónde procedía el dinero y adónde estaba siendo enviado, posiblemente a través de Taselda. ¿Sería ésa la razón por la que había huido de Hweg Shul?

Varios hombres estaban sacando cajas del cráter y se las pasaban a los conductores. Un aleteo de disparos en la lejanía indicó a Luke que los theranianos se estaban aproximando, y que el perímetro de guardias hacía cuanto podía para mantenerlos alejados de ellos. Alguien le pasó una caja de rifles desintegradores que Luke se apresuró a colocar en la parte posterior de su deslizador theraniano, y un instante después otro par de manos le alargó un manojo de núcleos energéticos de repuesto que habían sido atados a toda prisa con un par de cordeles. «Bueno, así que también están recibiendo algunas armas de segunda mano…», pensó Luke mientras hacía girar los esbeltos cilindros negros y rojos entre sus dedos antes de dejarlos en un rincón de la plataforma. Incluso a los precios que cobraban los contrabandistas, aquellas armas saldrían más baratas que las nuevas, y resultaba obvio que Ashgad estaba firmemente decidido a armar a todos los hombres y mujeres del Partido Racionalista. Los hombres del cráter habían empezado a pasarles rifles de uno en uno. Luke pilló al vuelo el que le acababan de lanzar, y lo sostuvo durante un momento bajo la tenue claridad de las luces de la consola del deslizador para ver de qué marca era. Su mente volvió a la estación artillera, a los feroces combatientes theranianos llenos de mugre que se agachaban por entre las sombras de aquella superestructura imposible y a la desgarbada silueta de danzarín vestida de rojo que se había balanceado al extremo de aquel cable para lanzar las granadas.

El arma era un Destructec de color blanco y plata y las manos de Luke enseguida reconocieron los familiares contornos del modelo de aquel año, pequeño y sólido. Lo conocía muy bien, ya que toda la Guardia de Honor de la Nueva República había sido equipada con esas armas el mes pasado. Luke había practicado con ellas para pasar el tiempo cuando estaba a bordo del *Borealis*.

Luke le dio la vuelta…, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

En la culata había una placa de código plateada de los Guardias de Honor que identificaba el arma como propiedad de la Nueva República, y los números del código indicaban que había sido asignada al arsenal del navío insignia.

Aquel rifle desintegrador procedía del *Borealis*.

—¡Eh, Lars! —gritó alguien desde el suelo—. ¿Te has quedado dormido o qué?

Luke se apresuró a guardar el arma y extendió el brazo para aceptar la que le estaban alargando. Sus dedos encontraron la placa de código nada más cogerla, por lo que no necesitó sostenerla delante de las luces de la consola. Cuando llevó la remesa siguiente a la parte de atrás de su deslizador, encendió la varilla luminosa para echar un vistazo a las que había guardado antes.

Había un par procedentes del *Impenetrable,* pero la mayoría de pistolas habían sido obtenidas del navío insignia de Leia.

Y una de ellas, una Destello-4 con la culata personalizada y un anillo de sujeción, era la que Han le había entregado a Leia con sus propias manos.

«He de escapar…».

Inmóvil en la esquina del balcón desde la que se dominaban las planicies de cristal iluminadas por el amanecer que se extendían a gran distancia por debajo de ella, Leia

contempló cómo el lujoso deslizador de superficie negro en el que viajaban Seti Ashgad y sus dos guardias se iba empequeñeciendo y acababa pereciendo en la lejanía. Ashgad se había mantenido alejado de ella desde el secuestro —probablemente, o eso pensaba Leia, porque se sabía incapaz de seguir manteniendo la mascarada de que era su propio hijo ante alguien que había estudiado tantos hologramas del viejo Ashgad como ella—, pero aun así Leia siempre había sido consciente de su presencia y su protección. Fueran cuales fuesen los planes de Ashgad, estaba claro que por el momento necesitaba que ella siguiera con vida.

Pero Dzym y Beldorión tenían sus propios planes.

Tres días. Suponiendo que consiguiera sobrevivir tanto tiempo, naturalmente…

Por primera vez en días, Leia había despertado con la mente despejada. El agua que Liegeo le había traído la noche anterior no contenía droga. Leia no sabía si se trataba de un descuido o de alguna clase de regalo que *le* hacía Liegeo, pero sí sabía que debía aprovechar la oportunidad sin perder ni un solo instante.

Se detuvo en el umbral de su habitación, con la delgada manta protegiendo su cuerpo por encima del delgado camisón blanco que llevaba y la larga cabellera castaña recogida en una trenza que colgaba sobre su espalda. A su alrededor —alrededor de los gigantescos muros color gris ceniza de la fortaleza de Ashgad y de las puntiagudas rocas cristalinas de la meseta— se alzaban las montañas más grandes, bloques, dientes y masas colosales de cristales que destellaban en aquel crepúsculo eterno como inmensas joyas, recordándole cuán grande era la distancia que la separaba de la reluciente llanura que se extendía por debajo de ella.

Leia sintió cómo su corazón temblaba y palpitaba dentro de su pecho, sucumbiendo a un vago terror en el que se agitaba el horrible deseo de que sus captores hubieran seguido manteniéndola bajo los efectos de la paz soporífica producida por el brote de la dulzura.

Cerró los ojos y desplegó su mente y su corazón, formando la imagen de Luke. Su hermano había ido en su busca en el pasado cuando Leia estaba prisionera en el Bloque de Eliminación de la Estrella de la Muerte; cuando estaba débil y enferma a causa de las torturas, aturdida por una pena tan enorme que no sería capaz de experimentarla en toda su intensidad hasta que hubieran transcurrido varios años… «He venido a rescatarte», le había dicho.

Si no hubiera tenido tanto miedo, el recuerdo la habría hecho sonreír.

Leia gritó el nombre de su hermano en el silencio de su mente —«¡¡¡Luke!!!»—, enviándolo en un veloz mensaje lleno de ecos para que cruzara el vacío de aire, cristal y luz del amanecer.

«¡¡¡Luke!!!».

Tenía que oírla. Tenía que oírla…

Pero la profunda y pesada agitación de la Fuerza pareció rodear a Leia, agitándose en aquella gélida inmovilidad, llenándola con la extraña sensación de su presencia. Era como el sonido del mar, capaz de ahogar cualquier otra voz con la inmensa potencia de la suya.

Luke nunca oiría su mensaje. Leia estaba atrapada, y nadie iba a poder ayudarla.

Expulsó el miedo de su mente en una reacción casi inmediata, y el horrible recuerdo de las manos de Dzym sobre su rostro y la espantosa frialdad de la muerte fueron expulsados junto con él.

Luke no podía oírla y no vendría a rescatarla. Leia tenía que averiguar qué estaba ocurriendo y actuar en consecuencia.

Ashgad estaba utilizando la Semilla de la Muerte.

Volvió al dormitorio lleno de sombras, se sentó en el extremo de la cama sobre el que caía la luz del sol y deslizó los pies debajo de la manta. Sintió que un droch la mordía v se rascó furiosamente, y el insecto cayó de la cama para quedar inmóvil sobre la deslumbrante alfombra de manchitas de luz. El droch se enroscó sobre sí mismo para formar una mota negra y marrón del tamaño de una cabeza de alfiler y morir.

«El brote de la dulzura hace que acabes aceptándolo todo —pensó Leia *con* una súbita repugnancia—. Incluso el acostarte en una cama que sabes está llena de parásitos…». Haber tomado el té con Beldorión el Espléndido en aquella cámara sumida en la penumbra también la había dejado llena de mordeduras.

Estaban utilizando la Semilla de la Muerte. Si podían controlarla —o si creían que podían controlarla— a través de Dzym, entonces no resultaba muy difícil adivinar qué clase de negociaciones habrían entablado con el Moff Getelles y el almirante Larm. «Oh, malditos sean… —pensó Leia—. ¡Malditos sean todos!».

Y, de una manera u otra, Dzym era una de las claves de todo aquel asunto. Dzym era capaz de invocar la plaga —¿transmitiéndola a través de los sindroides?— y de expulsarla, tal como había hecho con ella. Leia recordó el éxtasis que había visto en su rostro y, en otros momentos, el cómo parecía estar prestando atención a otra cosa o estar escuchando algún sonido lejano, igual que un hombre absorto en alguna clase de cuenta atrás.

Sí, pero ¿qué pretendían conseguir con todo aquello?

Y en cuanto a Getelles ¿realmente creía ser lo suficientemente poderoso para poder adueñarse *d*el sector de Meridiano en cuanto se hubieran empezado a aplicar los procedimientos de cuarentena y contención? ¿Cómo podía creer que sería capaz de resistir un esfuerzo concertado de la Nueva República para expulsarlo?

¿Y con qué propósito? Pedducis Chorios, aquel nido de contrabandistas y señores de la guerra, sería imposible de controlar. La coalición planetaria de Durren apoyaba a la Nueva República de una manera tan sólida como decidida. Budpock había sido uno de los partidarios más leales de la Rebelión. Nam Chorios era una roca carente de agua y de vida devastada por la pobreza.

«Para terminar el *Protector*», había dicho Ashgad.

Pero el *Protector* no era un destructor capaz de desintegrar planetas, sino meramente un carguero medio. «Cajas… de las dos clases». ¿Qué clase de cargamento susceptible de ser transportado por una nave de aquellas dimensiones podía ser lo suficientemente

valioso para justificar todo aquello, incluso en el caso de que las estaciones artilleras fueran eliminadas?

Leia se estremeció y se frotó las muñecas, donde todavía perduraba el recuerdo de las gélidas manos de Dzym.

El timbre de la puerta emitió su educado campanilleo. Leia giró sobre sus talones, muy sobresaltada, y se envolvió en la colcha mientras deslizaba la mano hacia la espada de luz escondida entre las almohadas.

Pero no era más que Liegeo, inclinándose tímidamente en el umbral con un jarro de porcelana lleno de agua en las manos.

—Me complace ver que te encuentras mejor, querida.

Sus ojos fueron —tal como acababan de hacerlo los de Leia de una manera totalmente automática— al jarro vacío que había junto a la cama. Leia se había apresurado a beber toda el agua apenas se hubo dado cuenta de que no estaba drogada.

Su dulce sonrisa le reveló que Liegeo lo sabía.

—No podía soportar ver cómo te ibas suicidando poco a poco en este clima terrible. —Le alargó el recipiente de cristal—. Ashgad no se ha dado cuenta de nada. También te he traído unos cuantos holovídeos: estar encerrado sin ellos sólo resulta soportable cuando estás drogado.

Leia estudió cautelosamente el rostro de Liegeo por encima del borde.

—¿Y ahora qué? —preguntó en voz baja—. ¿Qué me va a ocurrir mientras él esté fuera? ¿O es ésa la razón por la que se ha ido…, para no ser culpable de lo que me suceda?

—No, no —se apresuró a decir Liegeo—. No, por supuesto que no. Ashgad no es malo, querida.

—Es la peor clase de hombre que puede llegar a existir.

Leia volvió el rostro. Las palabras «Semilla de la Muerte» estaban bailando en la punta de su lengua y Leia sabía que no debía pronunciarlas, y que ni siquiera debía permitir que Liegeo se enterase de qué había averiguado. Liegeo podía enfrentarse a Beldorión para protegerla, pero Leia sabía —lo había visto con sus propios ojos— que no podía enfrentarse a Dzym. ¿Y quién podía culparle por ello?

«En realidad se parece mucho a Greglik», pensó de repente. Leia le había cobrado afecto y sentía una gran compasión por él, pero sabía que no podía confiar en aquel hombre.

—No —insistió el falsificador de hologramas—. Ashgad… —Tuvo un breve momento de vacilación—. Puedo comprender qué le está obligando a…, a hacer todo esto. Y… Y no puedo explicarlo.

La larga trenza oscura de Leia giró en el aire cuando se volvió hacia Liegeo para encontrarse con la terrible impotencia de su mirada.

—No puedo explicarlo, pero te ruego que confíes en mí —dijo Liegeo. Se sentó junto a ella en el diván, metió la mano en uno de los bolsillos de su bata de laboratorio y sacó de él un cilindro negro que tendría unas dos veces el grosor de su pulgar y la mitad de la

longitud de su palma—. Esto es para ti —añadió—. Tendrás que devolvérmelo antes de que Ashgad regrese.

Leia lo hizo girar entre sus dedos. Era un comunicador y carecía de teclado, por lo que sus circuitos debían de ser considerablemente limitados. Parecía haber sido fabricado con componentes estándar y, como todo lo que había en aquel planeta, era bastante viejo. Los nuevos modelos de comunicadores eran tan pequeños que tenías que utilizar herramientas micrónicas para repararlos.

—He cambiado la combinación de la puerta —siguió diciendo Liegeo. No llegó a mirar por encima de su hombro, pero estuvo a punto de hacerlo—. Ahora ya no debería poder entrar aquí. —No dijo de quién estaba hablando, porque no era necesario—. No sabe nada sobre los ordenadores y es…, es incapaz de llegar a dominar ese tipo de procesos mentales. No hagas caso de nada de cuanto pueda llegar a decirte, y no le dejes entrar. Si intenta entrar o si consigue hacerlo, utiliza el comunicador. Estaré muy cerca de aquí, en la… —Se calló de repente, y Leia supuso que había estado a punto de revelarle que estaban construyendo una nave en los alrededores. ¿A qué venía ese deseo de proteger ciertos secretos? ¿Qué papel jugaban en sus planes?—. Estaré en la otra parte de la casa.

Liegeo se dispuso a levantarse, y Leia le agarró de la manga.

—¿Quién es Dzym? —preguntó—. ¿Qué es?

Los ojos oscuros se apartaron rápidamente de ella, y Leia pudo ver el temblor que recorrió aquellos labios excesivamente sensibles y delicados.

—Es… lo que es. Nació en este mundo…

—Este mundo nunca había estado habitado. —Leia sintió cómo la mano de Liegeo se enfriaba repentinamente bajo sus dedos—. Antes de que la dinastía Grissmath empezara a enviar a sus prisioneros políticos a este planeta aquí sólo había piedras. ¿Qué quiere hacerme? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué es lo que intentó hacer aquella noche? Dijiste que Beldorión le había vendido una persona, alguien a quien había esclavizado… ¿Para qué propósito, y qué fue de esa persona?

—No le ocurrió nada —dijo Liegeo. Leia bajó la mirada y vio que le temblaban las manos—. No puedo explicártelo. Es algo que…, que muy pocas personas serían capaces de entender.

El miedo que brillaba en sus ojos había alcanzado una intensidad casi insoportable, y Leia se sintió invadida por una súbita oleada de compasión.

—Quizá yo sea una de esas personas —dijo con voz apremiante mientras ponía la mano sobre los esbeltos y fríos dedos de Liegeo.

Pero Liegeo se levantó a toda prisa y retrocedió hacia la puerta.

—Yo… —Después meneó la cabeza—. Beldorión tal vez vuelva a invitarte a tomar el té, o a cenar —dijo—. No vayas, o asegúrate de que yo te acompaño. Recuerda que debes pasar el máximo de tiempo posible en el balcón, bajo la luz del sol, y así todo irá bien.

La puerta se abrió y Liegeo cruzó el umbral. Sus ojos volvieron a encontrarse con los de Leia durante la fracción de segundo que tardó la puerta en volver a cerrarse, y Leia vio en ellos un desesperado anhelo y una gran pena, y un terror que había engullido prácticamente todo cuanto había en su alma.

—Gracias —murmuró, y el panel metálico se deslizó por entre ellos con un suave siseo y los cerrojos exteriores quedaron activados con un chasquido un instante después.

Después de que se hubiera ido, Leia permaneció inmóvil durante unos momentos, haciendo acopio de valor y tratando de recuperar el aliento. Luego se levantó, fue hasta la cómoda en la que guardaba su traje, las horquillas y las joyas que habían adornado su cabellera, y la masa cuidadosamente doblada de su capa de terciopelo rojo. Dos de las gemas de base plana, una vez arrancadas del pliegue delantero de la capa, le permitieron doblar el extremo de una de las horquillas para convertirlo en un destornillador manual improvisado. Leia sólo necesitó cinco minutos para abrir el comunicador y recalibrar el haz.

Forzar una cerradura de teclado mediante un haz micrónico resultó ser un proceso asombrosamente largo y tedioso, pero Leia disponía de todo el día y no tenía nada más que hacer. A juzgar por el número de holovídeos que le había traído, Liegeo no esperaba quedar libre de sus misteriosas obligaciones en el *Protector* hasta el anochecer.

Forzar cerraduras era una de las varias habilidades que Leia había adquirido durante sus años con la Rebelión, una de las pequeñas artes de la supervivencia entre los guerrilleros que los pilotos se enseñaban los unos a los otros por si se daba el caso de que algún día llegaran a necesitarla, de la misma manera en que aprendían a fabricar explosivos con ciertas marcas de fichas de juego o a construir un filtrador de agua con arena y el forro de un traje de vuelo. Eran habilidades muy simples, pero podían salvarte la vida algún día. Invierno —que le había enseñado aquel truco, que a su vez había aprendido de un experto en manipulaciones informáticas ilegales de Coruscant— le había dado algunos consejos. «Asegúrate de ir anotando cada combinación a medida que la pruebas —le había dicho—. ¿Sabes por qué debes hacerlo? Porque puedes estar segura de que apenas te hartes y decidas dejar de anotarlas, darás con la combinación adecuada…, y entonces descubrirás que no te acuerdas de los números».

Leia las fue anotando una detrás de otra, utilizando una segunda horquilla para arañar las cifras en la suave madera de botonero de la parte de atrás de un cajón que había sacado de la cómoda. Una hora y media después del mediodía, o eso le pareció a juzgar por el ángulo de los rayos del sol, la puerta se abrió ante ella.

Leia retrocedió con la sensación de haber recibido un golpe totalmente inesperado que acababa de dejarla sin aliento, cerró la puerta y permitió que los cerrojos volvieran a activarse con un chasquido. Tenía que estar segura de que la puerta se abriría cuando necesitara que lo hiciese, y de que aquello no había sido una casualidad que no volvería a repetirse. Si la sorprendían fuera de su habitación sin que pudiera volver a entrar en ella, entonces si que se encontraría realmente encarcelada.

La puerta se abrió por segunda vez. Leia se metió el comunicador reconvertido en el bolsillo, no sin un cierto temor. Pero las probabilidades de tropezarse con Dzym eran levemente inferiores a las de que tuviera que volver corriendo a su habitación sin poder disponer de los diez minutos que necesitaría para alterar el haz, haciendo que pasara de la modalidad comunicadora a la micrónica. Alzó la mano para poder acariciar la reconfortante dureza de la espada de luz, sostenida junto a su cuerpo por la cinta escondida debajo del camisón, y salió al pasillo.

Capítulo 13

Luke le había repetido una y otra vez, en aquellas ocasiones en las que Leia había decidido olvidarse de las acuciantes exigencias del Estado para adiestrarse con los alumnos de su hermano, que la vista era el más peligroso de los sentidos porque era aquel al que siempre creías en primer lugar. Leia se detuvo al comienzo de la escalera, cerró los ojos, empezó a respirar más despacio y concentró toda su atención en escuchar la casa que la rodeaba. Desplegó el poder de su mente, tal como le había enseñado a hacer Luke, y buscó el flujo y el movimiento de la Fuerza.

Y la Fuerza estaba por todas partes, un cántico tan inmenso como la luz. Beldorión le había hablado de un océano de luz, y había dicho que no se parecía en nada a cuanto hubiera podido experimentar en Yavin o en Coruscant y, de hecho, nada de cuanto había experimentado en los sitios donde había tratado de llevar a cabo aquel sondeo se parecía a lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. Era poderoso y aterrador, como si algo inmenso acabara de aparecer justo detrás de su hombro y la contemplara con melancólica sabiduría.

«¿Existe alguna razón por la que esto deba inspirarme temor?», pensó mientras intentaba no dejarse dominar por el miedo. Transcurrió un minuto, y luego otro más. Poco a poco Leia fue capaz de percibir los verdaderos sonidos de las habitaciones que se extendían a su alrededor, y empezó a poder captarlos por debajo del sordo zumbido que envolvía a aquel gigantesco poder.

—¡Soberbio, soberbio! —dijo la voz pastosa y musical de Beldorión desde sus aposentos, que debían de encontrarse bastante cerca—. ¡Y pensar que su origen está en esos insignificantes gletinos que parecen motitas de polvo!

—Veréis, mi señor, en el fondo todo se reduce a encontrar la solución líquida adecuada —replicó una voz áspera y nasal que hablaba con las características inflexiones quejumbrosas de los kubazianos. «Debe de ser el jefe de cocina, el indigno heredero del eximio y llorado Zubindi Ebsuk», pensó Leia—. En circunstancias ordinarias, naturalmente, los gletinos jamás llegarían a estar en contacto con una solución de excreciones de *hall d'main, ¡ya* que sus respectivos planetas ni siquiera están en el mismo sector! Pero da la casualidad de que las hormonas contenidas en los *halles d'main* son el complemento fisiológico exacto de los sistemas teleológicos de los gletinos, por lo que…

Y por debajo de aquel parloteo podía oírse una especie de trino ahogado, como el de unas voces insignificantes que trataran de protestar. Leia se estremeció.

En cuanto a Dzym, no pudo oír ningún sonido que indicara su presencia. ¿Hacía algún ruido cuando se movía? Leia pegó el cuerpo a la rugosa superficie de estuco de la pared, ignoró la repentina punzada de un mordisco de droch en el tobillo y siguió sondeando el vacío con su mente. Había una especie de potente vibración en algún lugar de la casa, un gemido continuo que parecía surgir de alguna clase de maquinaria: el generador de la casa, naturalmente. Liegeo le había dicho que Dzym era incapaz de llegar

a dominar cierta *clase* de procesos mentales, como por ejemplo el que permitía introducirse en el ordenador de la casa y obligarle a revelar los números del teclado de seguridad.

Leia se preguntó hasta dónde podía llegar la eficiencia de su sistema de seguridad.

Quizá fuese por el olor a hutt o por el asco que le producían los drochs, o meramente porque tenía los nervios de punta, pero cuando por fin consiguió salir de la penumbra de los aposentos del hutt y llegar a una puerta que estaba claro daba acceso a la parte de la casa utilizada por Seti Ashgad, y a la gran sala inundada de sol terminada en la terraza que había debajo de su balcón, Leia se dio cuenta de que le daba vueltas la cabeza. Los techos de aquella zona eran más altos, y las gruesas cortinas diseñadas para capturar el calor estaban apartadas de la hilera de paneles de transpariacero que daban a la terraza. Toda aquella parte de la casa estaba impregnada por un aura de funcionalidad, con sus sillones inmóviles de madera y cuero, su escritorio construido con gruesas planchas de madera de botonero y sus sencillos estantes. Leia enseguida vio que la pantalla incrustada en la hornacina de encima del escritorio era nueva, y un rápido examen le reveló que se trataba de una Sorosuub X-80 de alta definición: el monitor era tan voluminoso que habían tenido que agrandar la hornacina para que cupiera en ella, y la modificación era tan reciente que el estuco de los nuevos bordes todavía no había tenido tiempo de decolorarse. Leia se detuvo en el umbral para volver a aguzar el oído —«Si la mente de Dzym es incapaz de entender los ordenadores, ¿cómo consiguió su empleo de secretario?»—, y después fue hasta el escritorio, sacó el teclado y solicitó una definición general de sistemas. Una vez supo con qué tipo de sistema estaba tratando, enseguida pudo empezar a obtener datos sobre la casa.

Los diagramas de cableado le mostraron el conducto que descendía hasta el corazón de la meseta y el garaje del que había visto sacar el elegante —y casi nuevo— deslizador negro al amanecer para que los esbirros de Ashgad lo dejaran en condiciones de ser utilizado por su amo. Después de luchar un rato con los diagramas, Leia logró averiguar dónde se encontraba y dónde quedaba el inicio del conducto, que estaba al otro lado de la casa y se hallaba bastante cerca del muelle de atraque y su complejo de talleres y laboratorios.

Sacó una copia impresa y después tecleó otra instrucción y solicitó más datos. La zona de atraque protegida por aquellas puertas blindadas que había entrevisto era enorme. Para tratarse de un mundo en el que escaseaban tanto los equipos de cualquier clase, allí parecía haber de todo y en abundancia: una dotación completa del equipo extremadamente caro que cargaba los anillos antigravitatorios de los depósitos de flotabilidad de los deslizadores, un gran sistema de ordenadores conectado a un generador independiente y dedicado a la ingeniería hiperespacial, las instalaciones de falsificación holográfica de Liegeo… ¡Gran galaxia! Liegeo disponía de millones de clips de datos independientes, en una cantidad que iba mucho más allá de lo que podía exigir la afición o el arte. Eso también tenía que formar parte del plan de Ashgad, y podía explicar

el por qué aún no se había producido ningún intento de rescate después de cinco días de su desaparición.

Había otro sistema centrado en aquella misma habitación, y Leia pensó que probablemente estuviera detrás de las puertas de los armarios que había a su derecha. Se levantó, manteniendo la cabeza inclinada para seguir leyendo los datos que aparecían en la pantalla de los sistemas de apoyo: había cerraduras de alta seguridad con cableados de refuerzo en varias puertas que incluían, como vio con una cierta irritación, la del ascensor de aquel nivel que conducía hasta el garaje.

Leia llevó a cabo un rápido examen del esquema y vio que la escalerilla de reparaciones del conducto del ascensor no contaba con ningún sistema de refuerzo. Acabaría con las pantorrillas muy doloridas, pero podía hacerlo. Tecleó una nueva orden para abrir las combinaciones del fichero. Sí, había logrado dar con la que abría la puerta de su habitación y se sintió ridículamente satisfecha al ver confirmada su habilidad de una forma tan oficial. Según la pantalla, la combinación había sido cambiada poco después del amanecer, probablemente en el momento en que Seti Ashgad desapareció entre los primeros destellos del alba. Leia sacó una copia impresa, dobló las delgadas láminas de plastipapel, se las metió en el bolsillo de sus pantalones y fue a averiguar qué había detrás de las puertas que indicaban la existencia de una fuente de energía independiente.

Y se encontró con un tablero de control central para sindroides. ¿Cuántas de aquellas criaturas poseía Ashgad? Leia contó cableados independientes para dos docenas de ellas. ¿Dos docenas?

Intentó recordar lo que había averiguado sobre los sindroides durante su única visita a la fábrica que la Corporación Loronar tenía en la mayor de las lunas de Carosi, que había tenido lugar precisamente cuando los seguidores del Cántico del Día estaban armando más jaleo acerca de los supuestos derechos de la carne sintética. Leia creía recordar que se suponía que la carne sintética conservaba inmunidades automáticas que la protegían de los virus y los anticuerpos, pero resultaba obvio que Ashgad había conseguido superar aquel obstáculo. También se acordó de que los científicos de Loronar le habían explicado que la tecnología del control central operaba a través de una transmisión casi instantánea entre una variedad especial de cristales de matriz programable, y se preguntó si eso era una parte intrínseca del plan o una mera casualidad que habían podido aprovechar.

Volvió al ordenador. Cada segundo que pasaba en aquella sala aumentaba sus probabilidades de tropezarse con Dzym, Liegeo o Beldorión, pero aquélla quizá fuera la única oportunidad de que iba a disponer. ¿Cómo podía averiguar qué otras cosas necesitaría saber? Leia llevó a cabo una busca comprimida a escala nuclear con los nombres que había oído durante la conversación como claves a localizar: Dymurra, Getelles, *Protector*... Cuando hubo acabado copió la información en una tablilla de datos, metió tanto la tablilla como el ya bastante formidable fajo de plastipapel en los bolsillos de sus pantalones y volvió a llenar el contenedor de plastipapel de la impresora para que no saltara a la vista que alguien había gastado casi doscientas hojas. Con el corazón

latiéndole lo bastante deprisa para que se sintiera mareada, volvió a cerrar los ojos y sondeó la callada ausencia de actividad de la casa.

No oyó nada, pero no podía saber si estaba usando el método adecuado. Si hubiera recibido un adiestramiento más prolongado o si se hubiera concentrado un poco más en el que había recibido, ¿podría haberse abierto paso a través de aquella extraña y espesa aura pestilente de la Fuerza para llamar a Luke?

Pero al final del camino de los «si» sólo conseguiría encontrar la desesperación, y Leia expulsó aquellos pensamientos de su mente.

Volvió a estudiar la primera copia impresa del esquema de cableado e identificó el conducto del ascensor y la escalerilla de caracol que iba descendiendo junto a él. Cuando puso encima el esquema de los sistemas de emergencia, pudo identificar sin ninguna dificultad la sala que contenía la terminal del control central y el complejo principal de ordenadores: era la sala en la que se encontraba.

Tendría que cruzar aquel umbral y bajar otro tramo de escalones hasta llegar a una zona de recepción redonda que no contenía nada más importante que una enorme escultura de luz y un par de cascadas artificiales. Las puertas del ascensor estaban allí, al igual que la escotilla de acceso a la escalerilla de mantenimiento.

Lanzó una rápida mirada por encima del hombro a los paneles de transpariacero que daban a la terraza, siendo muy consciente de lo segura y protegida que se sentía en los sitios donde había luz. Mientras iba hacia la zona de recepción, las puertas del ascensor y la escalerilla de acceso, Leia descubrió que estaba concentrando toda su voluntad en un desesperado deseo de que la habitación estuviera provista de paneles de transpariacero.

No era así. Todo estaba muy oscuro salvo por los abigarrados arcos iris de la escultura de luz, cuyas pautas multicolores parpadeaban y destellaban como acompañando al murmullo de las cascadas, apenas visibles en la penumbra. El recinto apestaba a drochs y a hutt, y Leia no se atrevió a tocar lo que pensó eran los paneles luminosos por miedo a activar algún sistema que revelara su presencia en aquel lugar. «La escalerilla estará totalmente a oscuras», pensó mientras avanzaba cautelosamente por entre las pálidas siluetas parecidas a hongos de los muebles y asientos llenos de almohadones que llevaban años sin ser usados, guiándose por los tenues reflejos de la escultura de luz.

Se sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y metió la mano debajo de la tela para soltar la tira de tela que sujetaba su espada de luz. La fría hoja láser no proporcionaba mucha luz, pero Leia pensó que su tenue claridad siempre resultaría preferible a un descenso a tientas entre la más absoluta oscuridad.

—Los verdaderos Jedi pueden ver en la oscuridad, barúnq —le había dicho Beldorión hacía un par de días con su voz gorgoteante cuando le había pedido que fuera a sus aposentos para almorzar con él y tomar el sol un rato en la terraza. Leia ya ni siquiera se acordaba de cómo había llegado a surgir el tema de los poderes Jedi—. No ven con sus ojos: ven con sus narices, con sus orejas, con los cabellos de su cabeza, y con sus pieles. Has descuidado tu adiestramiento, pequeña princesa —había añadido, agitando un

diminuto dedo enjoyado delante de ella—. Hubo un tiempo en el que nos obligaban a competir en largas carreras en las cavernas de Maposhani, a varios kilómetros por debajo del suelo. Solían dejarnos abandonados en mundos con un sol oscuro, planetas como Af'El e Y'nibeth, donde no hay ningún espectro de luz visible. Pero los grandes Jedi, los verdaderos Maestros —Yoda, Thon y Nomi Jinete del Sol— podían invocar la luz, y podían hacer que el metal brillara para que sus insignificantes amiguitos tampoco tuvieran que tropezar y caer. Tomaban una horquilla…, de esta manera…

Beldorión había alargado una mano viscosa para coger una horquilla de entre los cabellos de Leia que, a pesar de que se había encogido sobre sí misma, estaba demasiado aturdida por la droga para llegar a retroceder.

El hutt había sostenido la horquilla entre el pulgar y el índice, y sus enormes ojos color rubí habían ido más allá de ella para clavarse en las pupilas de Leia…, y entonces Leia había visto, como en un sueño que hubiera soñado y olvidado, como en un fragmento perdido de su memoria, el delgado rostro de un hombre, tan flaco que se le adivinaban los huesos y con una espantosa cicatriz rodeada por un gran mechón de cabellos canosos, sosteniendo una horquilla tal como el hutt estaba sosteniendo la suya, con la curva metálica del extremo superior incandescente y proyectando la luz suficiente para que se pudieran ver los pilares y frescos de la sala en la que se encontraba.

Leia se estremeció mientras el recuerdo-visión se iba esfumando. Había temblado al pensar que toda aquella antigua sabiduría, todas las técnicas y el conocimiento que Luke había estado intentando recomponer tan laboriosamente a lo largo de los años, estaban sumergidos en el pozo fangoso de la mente indolente del hutt. Todo aquel poder ilimitado estaba siendo utilizado no para el mal, como habían hecho Vader y Palpatine, sino como un mero criado puesto al servicio del capricho más absoluto y ridículo, porque aun suponiendo que deseara justificar el que estuviera dispuesto a convertirla en su esclava, Beldorión nunca podría encontrar más razones que la de que quería recuperar el poder que había ejercido sobre unos granjeros indefensos o su deseo de vencer a una vieja adversaria que en realidad tenía tan poco poder como él.

La espada de luz era como un peso muerto en su mano. «Debes aprender a usar tus poderes —le había dicho Luke—. Necesitamos campeones de la Fuerza. Somos tan pocos que no podemos permitirnos el lujo de dar la espalda a la Fuerza».

Pero cada vez que presionaba el botón activador, cada vez que la fría hoja color azul cielo cobraba vida con un zumbido, Leia sólo veía sombras: la sombra de Vader; la sombra de Palpatine; las sombras de su propia ira, de su impaciencia y de aquellas profundas certezas nacidas de la convicción de tener la razón y de las que había acabado aprendiendo a desconfiar…, y, en aquellos momentos, las sombras llenas de mohos y olor a rancio de Beldorión y su mezquina codicia.

Y las sombras del futuro que Leia tanto temía, cuando Anakin, Jacen y Jaina —aquellos tres fragmentos incalculables de su cuerpo y de su vida— llegaran a la edad en la que podrían escoger entre la luz y la oscuridad.

Pero de momento no tenía otra opción. Activó la hoja y abrió la escotilla de acceso discretamente disimulada que daba a la escalera de mantenimiento.

Algo que no pudo ver con claridad se apresuró a desaparecer detrás de la primera curva de la escalera. El hedor a drochs era tan intenso que apenas permitía respirar. Todo lo que se encontraba a más de un metro de distancia era invisible, y la tenue claridad de la hoja de la espada de luz sólo le permitía distinguir siluetas borrosas: los pequeños peldaños en forma de cuña tallados en la roca de la misma meseta, la curva del techo que descendía casi pegada a su cabeza… Con la mano derecha aferrando la empuñadura del arma y la mano izquierda sobre el soporte central de la escalera, Leia fue descendiendo poco a poco, el hervor de la adrenalina inundando sus venas con una fiebre gélida. No tenía ni idea de qué haría si llegaba al garaje para encontrarse con uno de los sirvientes sindroides montando guardia allí o si no había ningún deslizador de superficie que robar. Había forzado la vista todo lo que pudo para escrutar el oeste y el norte desde el balcón en que terminaba su habitación, y sólo había podido ver los eriales de montañas cristalinas y las interminables llanuras resplandecientes.

«Aunque eso no quiere decir que no pueda haber todo un casino turístico con campos de juego tapizados de hierba a unos cien metros al sur de este lugar, naturalmente…». Leia casi pudo oír el comentario suavemente sarcástico de su amiga Calista y su corazón palpitó dolorosamente ante la esperanza de que Luke pudiera dar con ella de alguna manera, allí, en aquel mundo. «Pero yo no apostaría el dinero del alquiler por ello». El mero recuerdo del tipo de broma que habría surgido de los labios de Calista bastó para hacerla sonreír, y aquella imagen irónica le dio valor para seguir avanzando por entre la oscuridad.

Y entonces Leia se detuvo de repente.

Había algo inmóvil en el peldaño que tenía delante, justo allí donde terminaba la zona iluminada por la luz de la fría hoja de energía.

Tendría aproximadamente el tamaño de un pitino, se mantenía erguido y mediría unos veinte o treinta centímetros de altura: era una criatura de cuerpo reluciente en forma de cangrejo que dirigía sus largos zarcillos oculares hacia ella para contemplarla con un malévolo brillo de consciencia. La cosa estaba rígidamente inmóvil sobre el peldaño…, esperándola.

Leia avanzó otro paso y extendió la hoja de energía.

La cosa se inclinó hacia atrás. Las sombras hacían que resultara extremadamente difícil saber qué aspecto tenía exactamente, pero cuando miró hacia arriba Leia vio que había otras criaturas, cosas que parecían arañas de patas muy largas inmóviles en el techo y las paredes, y una especie de orugas de patas cortas que correteaban velozmente por las paredes, capturando y devorando a los enormes drochs que crujían y se agitaban entre las sombras. Mientras la contemplaba, la criatura erguida sobre el escalón se dobló de repente y giró velozmente hacia un lado, haciendo surgir de su cuerpo lo que parecía un miembro puntiagudo para atacar con él a un droch particularmente repugnante y atraparlo mediante una pinza que pareció alterar su forma y transformarse en una boca convulsa.

Durante un momento Leia la oyó ronronear con un suave tamborileo de profundo placer. Después la cosa volvió a su posición original, y los zarcillos oculares giraron lentamente para quedar nuevamente vueltos hacia ella. Llena de repugnancia, casi paralizada por la sensación de que se enfrentaba a un mal que no podía ser combatido ni rechazado, Leia extendió el brazo que sostenía la espada de luz y dirigió la punta resplandeciente hacia la cosa-cangrejo.

Un movimiento tembló en el rabillo de su ojo y Leia giró sobre sus talones en el mismo instante en que algo caía del techo y aterrizaba encima de su hombro con un húmedo chasquido. Una punzada de dolor desgarró todo su ser, como una mordedura de droch pero mucho más intensa. La cosa de cuerpo blando que había caído sobre ella desarrolló patas temblorosas y ganchos que empezaron a hundirse en su carne mientras Leia gritaba y trataba de arrancársela.

Debilidad. Dolor en el pecho. Un adormilamiento helado, un irresistible deseo de hundirse en el sueño.

Algo se adhirió a su pierna. El ronroneo de la criatura-cangrejo inmóvil en el escalón se volvió más intenso, un sonido de placer tan vago como distante. Leia se sentía como si estuviera precipitándose por el vacío dentro de un ascensor que se dirigía hacia el centro del mundo.

Leia movió la mano que empuñaba la espada de luz en un veloz giro, encogiéndose sobre sí misma en un movimiento lleno de terror para apartarse de la hoja resplandeciente —que, como sabía muy bien, podía cortarle el brazo— mientras colocaba su punta sobre el parásito alojado en su hombro. La criatura empezó a arder con un horrible siseo y el dolor que estaba sintiendo atravesó a Leia como una cuchillada, y un instante después pudo percibir su muerte a través del horror y la somnolienta debilidad que se habían adueñado de ella. Era como si una parte de su carne estuviera muriendo. Leia desvió la hoja hacia el otro lado para asar a la criatura adherida a su pierna, soportando el dolor y la sensación de negra muerte resbaladiza, y dio otro paso hacia adelante para seguir bajando por la escalera.

La cosa-cangrejo había echado a correr delante de ella y no tardó en desaparecer entre la oscuridad, dejando únicamente el chispazo anaranjado de sus ojos para indicar su presencia. Cuando dobló la curva siguiente, Leia pudo ver que las paredes estaban repletas de criaturas de muchas formas y tamaños que se agitaban y se fundían entre sí, alimentándose unas de otras pero volviéndose hacia ella como si fueran un solo ser al percibir la proximidad de la luz. Leia retrocedió, pero estaba tan débil que su talón chocó con un peldaño y faltó poco para que se cayera. Otra de aquellas cosas, fueran lo que fuesen, cayó del techo para posarse sobre su cuello. Aquel parásito era más pequeño, por *lo* que tanto la sensación de debilidad y de caída en un vacío agónico como el dolor de su muerte fueron menos intensos…, pero las criaturas parecían decididas a atacarla.

Dos mordiscos más. Leia se sentía como si fuera a desmayarse por la falta de aire. El delicado palpitar de deleite de la cosa-cangrejo hizo que ardiera en deseos de encontrarla, estuviera donde estuviese, para hacerla pedazos. La mano de Leia luchó torpemente con

la empuñadura de la espada de luz, y una lanzada de dolor muy distinta a las anteriores se abrió paso a través de su brazo cuando el borde de la hoja rozó su carne al matar otro parásito. «Si caigo, si pierdo el conocimiento…, moriré», pensó Leia.

Se aferró a las paredes, sollozando y tratando de respirar mientras hacía esfuerzos desesperados para no precipitarse en el delicado frescor de aquel sopor inexplicable que trataba de darle la bienvenida, y empezó a subir: quince escalones, veinte… La cosa-cangrejo la seguía entre la oscuridad, como si estuviera disfrutando de su agotamiento y su dolor. «Me encontrarán —pensó—. No conseguiré volver a mi habitación, y me encontrarán».

Seti Ashgad estaba lejos. Seti Ashgad, que había advertido a Dzym de que si ella moría Skywalker lo sabría al instante… Leia había hecho un intento tras otro de establecer contacto con Luke y había tratado de enviarle señales con su mente, pero no estaba muy segura de que la hubiese oído. El zumbante poderío del cántico de la Fuerza que impregnaba aquel mundo muy bien podía haber engullido todo lo demás. Sólo Dzym estaba allí, callado y silencioso en aquella casa llena de silencio. «Si Dzym me encuentra aquí, moriré…».

Cayó por el hueco de la puerta y se quedó inmóvil, jadeando y sintiéndose paralizada por el frío, incapaz de respirar o de pensar, mientras el tenue resplandor teñido de colores casi imperceptibles de la escultura de luz temblaba y ondulaba sobre ella, y la espada de luz, su hoja desvanecida con la relajación de sus músculos, brillaba a un par de centímetros de sus dedos. «Tengo que recogerla. Tengo que levantarme. Para salir de aquí… Para volver a mi habitación».

Y un instante después pensó que morir resultaría mucho más fácil, y *se* preguntó si realmente Luke llegaría a percibir su muerte en el mismo instante en que se produjera.

«Si muriese, al menos podrían nombrar un sucesor…».

Como idea no carecía de méritos, pero un instante después oyó un movimiento en la penumbra helada que la rodeaba: era el lento y pesado jadear de oruga de Beldorión. «Está muy cerca —pensó—, y viene hacia aquí». El hutt se aproximaba.

«No permitas que me encuentre», rezó mientras intentaba levantarse. No lo consiguió, pero se puso a cuatro patas y se arrastró a través de la habitación sumida en la penumbra y empezó a subir por aquella escalera interminable. Liegeo la había advertido de que primero Beldorión la haría prisionera para sus propios propósitos…, pero pasado algún tiempo se la cedería a Dzym, tal como había hecho con algún otro infortunado esclavo.

Le parecía que aún había parásitos arrastrándose sobre ella y el dolor de sus mordeduras se abría paso a través de sus brazos, sus muslos y su espalda, debilitándola y erosionando sus fuerzas poco a poco. Pero cuando logró llegar a la larga sala rectangular en la que estaba el ordenador y se quedó inmóvil bajo las bandas de luz purpúrea teñidas de un gris fantasmagórico que surgían del ocaso, se sintió un poco mejor, y cuando se examinó no descubrió ninguna señal de ellos.

«No puedo permitir que me encuentren —pensó—. No puedo permitirlo…».

Leia tuvo que recurrir a todas las reservas de energía y voluntad que le quedaban para reanudar su lento ascenso por la escalera, agarrándose a las paredes, exhausta y aturdida por el dolor de la quemadura que le había infligido la espada de luz. Volvió a derrumbarse en el suelo apenas hubo conseguido entrar en la habitación y se quedó inmóvil durante mucho tiempo, enroscada en una posición fetal bajo los cada vez más tenues barrotes de claridad solar, deseando únicamente dormir hasta que el universo fuera renovado una vez más.

Pero acabó levantándose y escondió la espada de luz, la tablilla con los datos que había copiado y todas las hojas debajo de la colcha y las almohadas de su cama. Después volvió a lanzar su mente al vacío para enviar un nuevo mensaje, pero apenas consiguió emitir un susurro lleno de desesperación —«Luke…»—, y después perdió el conocimiento para hundirse en unos sueños que parecían haber surgido de los pozos incoloros de la muerte.

—Igpek Droon —retumbó la voz grave y gutural del pasajero enmascarado y encapuchado, y lo que parecía una mano protésica de no muy buena calidad enfundada en un guante negro de aspecto barato (y la prótesis que recubría había sido tan pésimamente diseñada que debajo de él casi habrían podido estar los dedos articulados de metal de un androide) alargó cincuenta y siete créditos en fichas y billetes de varias denominaciones a la capitana del carguero *Zicreex*—. Trabajo para las Líneas de Carga de Antemeridiano, y mi androide y yo debemos llegar a Cibloc XII lo antes posible.

La capitana contó el dinero y echó un vistazo a los relucientes lentes amarillos visibles a través de la máscara respiradora que cubría la mayor parte del rostro del aspirante a pasajero. Una larga cabellera casi incolora ondulaba a su alrededor, dándole un extraño aspecto de calavera adornada.

Después de que las tropas del gobierno hubieran hecho retroceder a las bandas de gopso'os amotinados, todos los muelles de atraque que todavía estaban en condiciones de operar se hallaban atestados de hombres de negocios, viajeros atrapados por los disturbios y alienígenas de todas las razas imaginables que intentaban huir de la ciudad devastada por las llamas. La mayoría estaban pagando sumas muy superiores a cincuenta y siete créditos, pero es que la mayoría intentaban conseguir pasaje a bordo de navíos bastante mejores que el *Zicreex*, que habría sido definido como muy poco impresionante incluso por el observador mejor dispuesto.

A la capitana Ugmush le daba igual lo que opinaran los demás. Tenía como ingeniero a un humano que mantenía en funcionamiento los motores, y cuando no estaban ocupados luchando entre ellos sus esposos formaban un buen equipo capaz de comerciar en los mundos más salvajes del sector, lo cual era prácticamente lo máximo a lo que podían aspirar los gamorreanos cuando tenían que competir con especies más sofisticadas. Ugmush —con su larga cabellera teñida de rosa, sus brazos tremendamente

musculosos y sus pechos adornados por quince morrts parásitos que daban mudo testimonio de su fortaleza y su resistencia— sabía que muy pocos alienígenas eran capaces de soportar un viaje a bordo de una nave gamorreana. También sabía que mientras hubiera otra nave en el puerto no habría muchas probabilidades de que se viera abrumada por un diluvio de ofertas.

—Trato hecho.

El alienígena envuelto en una túnica negra que se hacía llamar Igpek Droon subió por la rampa con un tintineo metálico casi imperceptible y entró en la nave, seguido por su pequeña unidad R2. Ugmush se preguntó si podría convencer a Droon de que le vendiera su androide en cuanto llegaran a Cibloc XII.

Capítulo 14

Todo estaba allí, en letras negras sobre el verde pálido del plastipapel.

Las comunicaciones entre Seti Ashgad y el Moff Getelles de Antemeridiano en las que acordaban destruir las estaciones artilleras a cambio de armamento y de una parte sustancial de los beneficios que se obtuvieran después de que la Corporación Loronar hubiera empezado a explotar los cristales de Nam Chorios.

Informes de Dymurra —que había resultado ser el presidente ejecutivo de Loronar para los sistemas del Núcleo— detallando qué minorías, facciones descontentas y grupos marginales se alzarían en una gran revuelta, adecuadamente armados a expensas de la Corporación Loronar para mantener dividida a la flota pacificadora de la Nueva República y permitir que el almirante Larm tuviera ocasión de actuar.

Un gráfico comparativo compilado por Seti Ashgad que mostraba los distintos costes de la operación, repartidos entre los gastos en armamento, sobornos, agitadores y la difusión de falsas historias de atrocidades por un lado y los beneficios que los cristales programables iban a proporcionar durante el primer año de explotación por otro.

Detalles de la reunión, incluyendo la suma de dinero entregada al consejero Q-Varx y lo que había costado coordinar la desaparición de Leia con el envenenamiento —no letal, le aseguraba el memorándum a Getelles, para que las disputas legales que paralizarían al Consejo impidieran que se nombrara un sucesor— del ministro Rieekan.

Y en toda la carta de Ashgad no había ni una sola línea donde hablara de la plaga de Semilla de la Muerte del pasado. «Los vectores de la plaga no aparecen en ningún sensor, dado que su acción dentro del cuerpo imita con toda exactitud los campos electroquímicos y la composición del tejido humano —había dicho, lo cual explicaba por qué necesitaban la carne cuasiviviente de los sindroides—. En cuanto la enfermedad se ha adueñado del organismo, ni siquiera la terapia regenerativa surte ningún efecto. Aun así, puedo asegurarle que estoy en condiciones de ejercer un control completo sobre el surgimiento y la difusión de esta enfermedad, y le ofrezco mis garantías personales de que sólo afectará a quienes se encuentren a bordo de las naves de la Nueva República y a las dotaciones de sus bases».

«¡Y a las dotaciones de sus bases!» —pensó Leia, sintiéndose tan falta de aliento como si hubiera corrido varios kilómetros y ardiendo con una rabia tan intensa que sus entrañas parecían haberse convertido en una masa de fuego—. ¡Idiota! ¡Idiota! Así que puedes ejercer un control completo sobre la plaga, ¿eh? ¡Oh, claro, y mi abuela caminaba a cuatro patas! ¿Tienes alguna idea de lo que ocurrirá si llega a producirse un accidente o algún error de cálculo…, si sucede algo en lo que no hayas pensado, noble Ashgad el Sabelotodo?

Casi estaba temblando de pura rabia. Los archivos no contenían muchos datos sobre los estragos causados por la Semilla de la Muerte, pero enormes segmentos de la población de docenas de civilizaciones capaces de viajar por el espacio habían muerto antes de que la plaga acabara consumiéndose a sí misma. La enfermedad había sido

combatida en algunos sitios, pero Leia no sabía cómo o hasta qué punto habían sido efectivos aquellos remedios. A juzgar por su experiencia personal, sólo Dzym parecía capaz de ejercer un cierto grado de control sobre ella.

Pensó en Ezrakh y en Marcopio, y sintió cómo el calor abrasador de las lágrimas invadía sus ojos. «Los mataré…». La rabia la hizo temblar y la obligó a preguntarse con qué rapidez podía llegar a dominar la Fuerza, y cuánto tardaría en acumular las energías necesarias para vengar a los inocentes. «Tomaré la Fuerza en mis manos y la dejaré caer sobre sus cabezas como si fuera una tempestad…».

Vader había hecho eso.

Y Anakin, en el sueño que había tenido Leia.

Se rodeó con los brazos, intentando no sucumbir al llanto. «Siempre es preferible no saber que posees el potencial necesario para llegar a adquirir esa clase de poder —pensó—. Siempre es preferible no saber que puedes llegar a hacer algo semejante, y que sólo necesitas estar dispuesto a entregar tu corazón y tu vida a tu rabia para conseguirlo…».

Han la estaría buscando. Han estaría con la flota. *Sólo afectará a quienes se encuentren a bordo de las naves de la Nueva República.*

El caos se había adueñado de la Nueva República. Se habían atrevido a envenenar a Rieekan con el único propósito de crear problemas y dificultades…

¿Y para qué?

Leia, las manos cada vez más temblorosas, siguió examinando las delgadas láminas de plastipapel.

Allí estaba: el plan de la Corporación Loronar para construir una nueva factoría en Antemeridiano donde fabricarían tanto sindroides como algo llamado Agujas, miniarmas de larga distancia programables controladas por los mismos cristales que poseerían un radio de acción infinito y serían capaces de acudir a puntos de cita en el hiperespacio.

Y la fuente de los cristales era Nam Chorios.

La tecnología del control central. Agujas para el espacio profundo que irían diezmando la flota de la Nueva República como los quamillas del sistema de Kidron diezmaban a las bestias de*l* barro. Y con Nam Chorios firmemente incluido en su esfera de influencia, dispondrían de todos los cristales programables que quisieran utilizar.

El *Protector.* Los informes y documentos referentes a la nave también estaban allí, y no faltaba ningún detalle. Un casco Corredor del Aullido I-7 modificado con capacidad extra. La Corporación Loronar ya llevaba meses enviando cargamentos de materiales y componentes. Las solicitudes y planos de Ashgad eran muy precisos —Leia se acordó de haberle oído decir a su padre que Ashgad había diseñado navíos espaciales—, y sus comunicaciones sobre los cargamentos indicaban dónde y cuándo habían sido recogidos por sus amigos del Partido Racionalista. Hubo incidentes ocasionales cuando las estaciones artilleras habían volatilizado el segundo y el tercer cargamento antes de que llegaran a caer del cielo. Los documentos también hablaban de Liegeo Sarpacio Vorn, diseñador y programador de la inteligencia artificial de la nave, aunque dejaban claro que

su utilidad principal para el plan estribaba en sus capacidades como experto falsificador de hologramas. Había peticiones de datos digitalizados específicos de Leia, su navío insignia y su escolta para que pudieran ser manipulados y convertidos en transmisiones que describieran la exitosa conclusión de la conferencia entre Ashgad y Leia, y la partida de las dos naves desde el punto de cita y su entrada en el hiperespacio.

El horror de la traición se retorció en las entrañas de Leia como una náusea impalpable. Liegeo no podía saber qué estaba ocurriendo. No podía conocer los peligros de la plaga…, y un instante después una oleada de ira y amargura se adueñó de ella cuando pensó que había sido capaz de llegar a sentir afecto hacia aquel hombre.

«Y el Gran Moff Tarkin probablemente era muy bueno con su esposa y sus hijos, si es que los tuvo —pensó, reprochándose su ingenuidad—. El hombre que bajó esa palanca de la Estrella de la Muerte que destruyó Alderaan tuvo que ser bueno y amable con alguien a quien quería y que le importaba…». Los dedos de Leia se tensaron salvajemente, y la rabia convirtió su respiración en un jadeo tembloroso.

Después, con el rostro gélidamente impasible, siguió examinando las delgadas láminas de plastipapel, buscando algo más…

Ahí estaba. Planos y especificaciones para la construcción de la nave. Un mecanismo de carga para elevadores antigravitatorios y depósitos de flotabilidad de deslizadores, a fin de facilitar el desarrollo de las operaciones de prospección y búsqueda de cristales en cuanto estaciones artilleras hubieran sido destruidas y el navío mercante pudiera moverse libremente. Leia estudió los diagramas, y se sorprendió ante la cantidad de escudos y blindajes con que contaría. Cascos dobles y triples con protectores internos… ¿Con qué clase de radiaciones creían que iban a encontrarse?

Leia se recostó en el asiento y alzó la mirada hacia las ventanas rara contemplar el abigarrado telón del cielo crepuscular.

Se sentía como si hubiera dormido durante mucho tiempo, aunque a juzgar por la luz sólo había estado durmiendo unas cuantas horas. Había agua y señales de que alguien —probablemente Liegeo— había estado en la habitación. Había despertado tapada con una manta, y Leia se alegró más que nunca de haberse obligado a esconder las hojas de plastipapel y la espada de luz antes de sucumbir a la inconsciencia. Cuando se acostó, se sentía tan mal como si se estuviera muriendo.

De hecho, las sensaciones habían sido curiosamente similares a las que experimentó durante su breve contacto con la Semilla de la Muerte.

Pero Dzym no había estado cerca de ella por aquel entonces. Si Dzym hubiera sabido dónde se encontraba y qué estaba haciendo, Leia nunca habría despertado en aquel lugar.

Se subió la manga. La carne de su brazo estaba enrojecida en algunos lugares y había adquirido un par de nuevas picaduras de droch, pero no había ninguna señal de violencia. Tampoco había ni rastro de capilares rotos, o de aquellos morados que le habían dejado los dedos del secretario.

El crepúsculo purpúreo del día se estaba convirtiendo en la negrura más profunda de la noche, silenciosa e inmovilizada por el ocaso. Leia pensó en esperar hasta el amanecer,

pero enseguida descartó la idea. Después de todo, las noches de Nam Chorios estaban libres de depredadores naturales y el retraso sólo serviría para aproximar ocho horas más el regreso de Ashgad. Si actuaba inmediatamente, había bastantes probabilidades de que no la echaran de menos hasta el alba.

Se levantó, sintiendo una leve debilidad en las rodillas. El jarro de agua era del tipo de vacío, y bastaba con hacer girar el tapón para dejarlo sellado. Cuando se lo colgó del hombro mediante una correa improvisada con una tira de manta, descubrió que pesaba bastante. Leia enrolló dos mantas y se puso las dos camisas limpias que le había entregado Liegeo. La ira que había sentido hacia él se desvaneció nada más tocarlas. Liegeo no podía saber en qué se estaba metiendo, y en cuanto lo supo ya era demasiado tarde para que se echara atrás.

La combinación de la puerta había sido alterada mientras dormía, y Leía activó su espada de luz *e* introdujo la hoja en las entrañas de la cerradura. No podía permitirse ningún retraso. Si no actuaba de inmediato, ya no podría hacerlo.

Empezaría por el estudio de Ashgad. Había dos cosas más que necesitaba averiguar.

El estudio daba al norte, igual que su habitación. El muro interior estaba recubierto de sombras, pero el crepúsculo ya casi desvanecido todavía se reflejaba en los acantilados y torres facetadas de cristal de las montañas que se alzaban más allá de la meseta, y los extravagantes dibujos de la colcha de luz *se* desplegaban sobre las baldosas blancas del suelo con una extraña radiación que resultaba inexplicablemente reconfortante y tranquilizadora. Leía accedió a los ficheros principales y llevó a cabo una rápida busca-e-impresión de todo lo relacionado con la Semilla de la Muerte. Acabó obteniendo cincuenta o sesenta páginas a un espacio impresas por los dos lados, y se apresuró a guardarlas dentro de su petate improvisado junto con los listados que había obtenido antes.

Después inspeccionó los directorios hasta que encontró lo que necesitaba: mapas de la zona, alturas, guías de viaje… Había una aldea a veinte kilómetros de allí, al otro lado del espolón de montañas sobre el que se alzaba la fortaleza. Leía pensó que Ashgad enseguida la buscaría ahí, y de todas maneras no había muchas probabilidades de que sus habitantes contaran con un equipo de transmisión lo suficientemente potente para poder enviar una señal fuera del planeta. A dieciséis kilómetros en dirección opuesta había una estación artillera construida sobre una de las estribaciones de las montañas en un lugar conocido como Punta Lúgubre. Leia creía poder llegar hasta ella, viajando pegada a las laderas de las colinas para mantenerse a cubierto. La estación quizá estaría desierta, con sus sistemas automáticos protegiendo aquel mundo tal como lo habían hecho durante casi mil años, pero contendría alguna clase de equipo que tal vez podría utilizar.

Volvió a inspeccionar el plano de la casa. Por esa puerta, y luego por el pasillo donde había torcido a la izquierda antes: un tramo de escalones y una puerta cerrada cuya combinación, según el ordenador, era 339-054-001-6. Los depósitos antigravitatorios se encontraban detrás de la segunda puerta. La luz ya estaba desapareciendo del cielo crepuscular, y Leia sintió una vaga punzada de temor. Sabía que Dzym podía actuar de

día al igual que lo hacía de noche, pero de día se sentía más a salvo de él. Quienquiera o lo que quiera que fuese Dzym, Leia quería estar fuera de la casa antes de que hubiera anochecido del todo.

Y entonces tuvo una idea. Giró sobre sus talones, abrió las puertas de la pequeña cámara que albergaba la unidad de control central de los sindroides y contempló las luces ambarinas que relucían como ojos en la oscuridad.

«Tendré que actuar muy deprisa», pensó. Liegeo estaría dirigiendo a los sindroides en la zona de atraque. Beldorión tendría a uno o dos en sus aposentos, y tal vez a uno en la cocina para que ayudara a su repugnante cocinero kubaziano. La paralización repentina y total de los sindroides los pondría a todos sobre la pista de Leia, pero los únicos que podrían perseguirla serían Liegeo y Dzym, en vez de más de veinte humanos sintéticos controlados mediante una unidad central y dotados de una extremada movilidad.

El pulgar de Leia ya estaba encima del botón activador de su espada de luz cuando el siseo de las puertas exteriores la dejó paralizada. Un instante después oyó voces en la habitación, y tuvo el tiempo justo de cerrar las puertas de tablillas que ocultaban la unidad de control en su vestíbulo.

«¡Tres días! —hubiera querido gritar—. ¡Dijo que estaría fuera tres días!».

Una de las voces que estaba oyendo era la de Seti Ashgad.

—¡Te dije que no te acercaras a ella! —estaba diciendo, y Leia se sorprendió ante la estridente debilidad de su voz. Parecía la voz de un anciano—. Skywalker es un Caballero Jedi, y es su hermano. ¡Si Leia muere él lo sabrá enseguida, y todavía es demasiado pronto para permitir que se den cuenta de que pueden elegir un sucesor! Todo nuestro plan se desmoronará…

—Ya me has dicho todo eso anteriormente. —La voz de Dzym era como un siseo agazapado en la penumbra crepuscular—. No me trates como si fuera imbécil, Ashgad. ¿Me estás diciendo que das más crédito a lo que te diga este desgraciado que a mis palabras?

Leia hizo girar cautelosamente una de las tablillas metálicas de la puerta y pegó el ojo al diminuto hueco. No había ninguna luz encendida en el estudio, y la cada vez más débil claridad diurna del exterior no llegaba hasta el muro interior. Podía distinguir rostros y la nítida V blanca de la pechera de la camisa de Ashgad, y le pareció que llevaba alguna clase de capa blanca o gris que se confundía con el manchón de sombras de su cara. En cuanto a Dzym, apenas podía ver nada salvo una masa oscura y encorvada que irradiaba maldad, y un brillo de ojos que hizo acudir a su mente el desagradable recuerdo de otra cosa. Otros ojos, unos ojos que había visto hacía poco…

Liegeo tartamudeó al hablar.

—Yo sólo… Yo sólo dije que cuando la encontré ayer pensé que… No se ha despertado, mi señor. Sigue acostada en el mismo sitio, y apenas respira. He estado comprobando su estado durante todo el día…

—Y pensaste lo peor —susurró Dzym, y la masa de sombras se alteró sutilmente con el lento giro de ofidio de su cabeza—, y te apresuraste a llegar a la conclusión de que

había desobedecido las órdenes de mi señor…, de que me había limitado a esperar hasta que me dio la espalda…

Leia, que seguía observándoles, creyó ver cómo extendía una mano hacia el rostro de Liegeo. Apenas podía distinguir lo que estaba ocurriendo, pero le pareció ver cómo el falsificador de hologramas daba un paso hacia atrás y se pegaba ala pared, y le pareció oír el tenue susurro que brotó de sus labios —«No, por favor…»—, y el inmenso terror que había en su voz.

—¿Inspeccionaste la habitación? —preguntó Ashgad, con una premura casi excesiva—. ¿Pudo haber ocurrido de alguna otra manera? ¿Crees que algún otro…?

—¡Por supuesto que no! —Dzym se encaró con él, y Liegeo se apresuró a ponerse fuera de su alcance—. ¿Quién más posee el poder necesario aparte de mí? ¿Quién, aparte de mí, es lo bastante viejo para haber alcanzado el grado de desarrollo necesario? Ya te lo he explicado. ¡Te lo he repetido una y otra vez, y también te he dicho que no debes tratarme como si fuera una bestia desprovista de cerebro! Vayamos a su habitación, y averigüemos de una vez si este cobarde llorón está diciendo la verdad o si nos ha mentido.

Liegeo giró sobre sus talones, y Leia oyó el silbido de la puerta en la oscuridad.

—Espera un momento —dijo Ashgad con un hilo de voz enronquecida.

Cada vez estaba más oscuro y las voces que hablaban en murmullos apenas resultaban audibles, pero Leia tuvo la impresión de que Liegeo se había adelantado y había dejado solos a Ashgad y a Dzym entre la penumbra de la habitación. Ashgad volvió a hablar en un tono de voz todavía más bajo que antes, pero Leia creyó entender sus palabras.

—El viaje ha sido muy largo —dijo—. Tendría que haberte llevado conmigo.

Dzym no dijo nada, o si habló lo hizo en un murmullo demasiado bajo para que pudiera ser oído.

—Ya se me hubiera ocurrido alguna forma de evitar que esa mujer de Hweg Shul nos creara problemas. La habría mantenido alejada de ti. La próxima vez…

—No existe ninguna necesidad de que haya una «próxima vez» —murmuró Dzym.

—Te prometo que en cuanto las tropas de Larm hayan aterrizado haré que se ocupen de ella. No tienes por qué preocuparte, porque no podrá traicionarte. Y de todas maneras nadie la cree, así que… Pero yo… Mírame. —La estridente voz de anciano se quebró de repente y Leia, sin saber muy bien cómo, comprendió que Ashgad no llevaba una gorra, como había creído al principio, sino que sus negros cabellos habían encanecido hasta volverse casi totalmente blancos—. Anoche tuve que marcharme a toda prisa después de la reunión. Tenía que… volver.

—Tenías que volver —murmuró Dzym en un tono claramente burlón—. ¿Y qué te esperaba aquí? Alguien en quien no confías. Alguien que crees es capaz de desobedecerte…

—Nunca he pensado que me hubieras desobedecido.

—Creíste al llorón.

—Yo… No le creí. Es sólo que…, que me pilló desprevenido. Le necesitamos, Dzym…, al menos hasta que todo haya acabado. Era elmejor con el que podíamos contar, uno de los falsificadores de hologramas más brillante de toda la profesión. Después de que lleguen las tropas de Larm y cuando hayamos terminado de instalar los rieles de lanzamiento de la nave, podrás hacer lo que quieras con él. Pero hasta entonces… Oh, por favor, por favor, no te enfades conmigo. Por favor…

Leia no pudo entender lo que dijo a continuación, pero le pareció que podía ser «Ayúdame» o «Dame».

Dzym pareció hacerse a un lado. Leia vio cómo la delgada coleta negra se recortaba contra el destello de las luces del ordenador, y también pudo percibir el movimiento casi arácnido de sus manos enguantadas mientras abrían el cierre de su túnica. Bajo la radiación reflejada de las luces delante de la que se encontraba, Leia pudo ver con toda claridad que la piel de Dzym cambiaba de repente por debajo del cuello. Se volvía dura y quitinosa, capturando reflejos verdes y ambarinos…, y también se llenaba de grietas y de manchas que se esparcían por encima del pecho y los hombros de Dzym, con tubos y orificios y pequeños nódulos parecidos a bocas que buscaran a tientas y que nunca hubieran debido estar unidos a una forma humana. Todas aquellas bocas y aberturas diminutas se estiraban y se distendían para dejar escapar oscuros riachuelos de una sustancia reluciente. La boca humana de Dzym también *se* abrió, y su larga lengua surgió de ella para husmear el aire como la de una serpiente.

Y entonces, con un ruido que no llegaba a ser del todo un gemido y que tampoco era un sollozo, Ashgad inclinó la cabeza. Pegó la boca al oscuro pecho quitinoso y después, con un movimiento tan horrendo como imposible para un cuello humano, Dzym deslizó la cabeza alrededor de él y su lengua pareció hurgar en la nuca de Ashgad. Las hebras de claridad del cielo iluminaron un hilillo de sangre. Ashgad siguió emitiendo sonidos durante un rato —unos tenues gemidos llenos de desesperación—, y después se calló. El silencio duró casi un minuto, aunque a Leia, atrapada en la oscuridad del vestíbulo cerrado, le pareció que duraba mucho más tiempo.

—Gracias —murmuró por fin Ashgad, de manera casi inaudible.

El crujir entrecortado de la ancianidad había desaparecido de su voz. La habitación ya estaba totalmente a oscuras y en el exterior el cielo sólo conservaba un matiz anaranjado tan débil que resultaba casi imperceptible, pero aun así Leia tuvo la impresión de que los cabellos de Ashgad se habían oscurecido perceptiblemente, y cuando los dos salieron de la habitación, Ashgad se movía como un hombre joven. No pudo estar segura, pero también le pareció que Ashgad se limpiaba algo de la boca y el mentón.

Se apresuró a subir la escalera moviéndose lo más deprisa posible, sabiendo que ya sólo le quedaban algunos minutos. La hoja color cielo de la espada de luz cobró vida en su mano con un destello, y Leia la hundió en el centro de la unidad de control entre un salvaje siseo de chispazos y humareda. Después cogió su petate y el recipiente de agua y echó a correr por el suelo de baldosas, tecleó a toda prisa la combinación de la puerta cerrada que conducía al resto de la casa, fue por el pasillo y subió los escalones. Otra

combinación, otra puerta…, con un sindroide en el laboratorio que había al otro lado del umbral, los ojos azules vidriosos y clavados en la nada, la boca andrógina abierta mientras se tambaleaba en un incesante y torpe pasear de una pared a otra. Leia pasó rozándolo y el sindroide cayó al suelo. Una punzada de culpabilidad desgarró a Leia mientras pasaba por encima de su cuerpo. Al hundir su espada de luz en el Controlador Central, había producido una desactivación en masa, los había destruido…

«No están vivos —se dijo a sí misma—. Es como desactivar a un androide o borrarle la memoria». Pero la culpabilidad seguía allí, como si acabara de borrar la programación de Erredós o Cetrespeó.
«Empezarán a buscarme —pensó—. Ashgad, Dzym, Liegeo… Todos intentarán dar conmigo. Harán que Beldorión utilice sus percepciones para que establezca contacto con la Fuerza». Sí, harían que el hutt buscara las vibraciones de la mente de Leia, suponiendo que aquella enorme masa de indolencia tan parecida a una oruga todavía fuera capaz de hacer tal cosa…, y si la extraña y abrumadora vibración de la Fuerza que impregnaba aquel mundo se lo permitía.

El almacén que contenía las unidades antigravitatorias estaba justo donde decía el diagrama.

Pero sólo había una unidad activada. El resto —casi una docena— estaban guardadas en cajas de estireno con el fondo protegido por capas de hierba caprina alineadas junto a la pared, muertas y tan inútiles como lo habrían sido otras tantas rocas.

Leia se sintió como si alguien acabara de arrojarle un cubo de agua helada a la cara.

Sus manos temblaron incontrolablemente mientras sacaba del estante la única unidad cuyas luces brillaban con suaves destellos verdosos. Era una UG-100 —normalmente un deslizador utilizaba cuatro—, y estaba a medio cargar. Leia colocó el interruptor en la posición de flotabilidad normal y la remolcó, tirando de ella como si fuera un globo atado a una cuerda, hasta el laboratorio contiguo, donde un sindroide yacía en el suelo con los ojos fijos en el techo, junto a los componentes a medio montar de un cargador de flotabilidad recién salido de la fábrica. El cargador al que sustituiría, que estaba encima de una mesa, era un modelo muy anticuado que se mantenía entero gracias a las tiras-Y y los trozos de cinta adhesiva plateada para el espacio que lo envolvían. Unos cuantos depósitos vacíos de aspecto casi venerable estaban esparcidos sobre la mesa a su alrededor.

«Cuando haya que volver a votar para decidir si abrimos este planeta al comercio, seré la primera en dar mi voto afirmativo», pensó Leia con creciente desesperación mientras rebuscaba en los cajones. Encontró un cinturón con un rollo de cable y un gancho, parte del equipo estándar en terrenos montañosos, así como una pequeña varilla luminosa y dos rollos de cinta adhesiva para el espacio que metió en su petate improvisado. «¡Empiezo a estar realmente harta de no poder contar nunca con el equipo adecuado!». Se metió un par de minicalentadores de emergencia en un bolsillo y cruzó corriendo la habitación hasta llegar a las imponentes puertas de doble hoja que el diagrama le había indicado llevaban al muelle de atraque.

Tal como prometía el diagrama, la gran pista de permacreto que formaba el cuadrante sureste del complejo de Ashgad daba a una gran extensión de espacio abierto por dos de sus lados. El *Protector* reposaba sobre cinco cortas patas junto a la puerta del taller por la que acababa de salir. Leia volvió la mirada hacia los muelles más pequeños que había a un lado y pudo distinguir el cono de proa afilado como una aguja de una vieja Cazadora de Cabezas y la silueta de morro achatado de una cañonera Skipray.

Sindroides que habían caído al suelo con equipo o depósitos de Puffo-Protector en las manos yacían alrededor de la gran nave, tan flácidamente inmóviles bajo la luz de las estrellas como si fueran montones de ropa mojada para lavar. No había ninguna fuente de luz, porque la Unidad de Control Central siempre sabía dónde estaba cada escalón, cada cable y cada componente de la maquinaria, fuera cual fuese el androide que lo manipulaba, pero Leia tuvo la extraña impresión de que los inmensos abismos de aire que se extendían más allá de la llanura de permacreto estaban impregnados por un suavísimo eco de luz, como si el resplandor implacable de las estrellas estuviera siendo amplificado por el erial de riscos y guijarros facetados.

Leia fue hasta el borde de la pista de permacreto, miró hacia abajo y sintió que se le helaba el corazón. «Nunca lo conseguiré…».

Había un mínimo de trescientos metros hasta la base de aquel primer precipicio cortado a pico. A partir de allí el suelo cristalino iba descendiendo en una pendiente muy pronunciada, un amasijo de diamantes despojado de todo color por aquella luz extrañamente empalidecida. La capacidad elevadora de una unidad antigravitatoria era directamente proporcional a la distancia de la superficie a que se encontrara. Leia caería tan deprisa que cuando el impulso ascensional empezara a actuar tal vez lo haría demasiado tarde o con una potencia demasiado reducida para detener su caída.

El cable no tenía ni una cuarta parte de la longitud que habría necesitado, y al no tener ninguna forma de soltar el gancho, utilizarlo habría sido tan estúpido como ponerse a lanzar bengalas para anunciar en qué dirección había huido.

Leia lanzó una rápida mirada a la oscura masa de la casa y vio encenderse una luz, y luego otra.

La imagen volvió a su mente: Ashgad inclinando la cabeza hacia la ciega agitación de las bocas, tentáculos y nódulos temblorosos como gusanos del pecho quitinoso de Dzym; las manos invisibles de Dzym, libres de sus guantes, moviéndose sobre su cara y sus muñecas…, aquella náusea helada que tiraba de ella, atrayéndola hacia un abismo en cuyo fondo aguardaba la muerte…

Y de repente, estar en aquel lugar tan alejado del suelo, donde no había ningún muro que pudiera ofrecer un poco de protección, hizo que experimentara la curiosa sensación de que la Fuerza estaba por todas partes, como si en vez de estar encima de un bote en el océano estuviera en el mismísimo lecho viviente del océano. Era como si la Fuerza estuviera llamándola con su voz extraña e inmensamente poderosa, como si *le* hablara con palabras que Leia no podía entender.

Inspeccionó la unidad antigravitatoria que tenía en las manos.

No había carga suficiente.

«Tendrá que bastar». El pensamiento era como un viento cálido que jadeaba en su mente. «Tendrá que bastar…».

Estás bromeando, ¿verdad?

Leia volvió a mirar hacia abajo. La oscuridad, la luz de las estrellas y los eriales centelleantes parecían caer y alejarse de ella con la vertiginosa velocidad de un vasto pensamiento subconsciente. Leia sabía que la pequeña diferencia de peso no iba a producir ningún efecto sobre la ley inmutable de los veintiséis coma seis metros por segundo multiplicados por el número de segundos que durase la caída, pero aun así no tenía más remedio que arrojar su petate antes de saltar. El recipiente sellado se haría añicos, y Leia no podía correr el riesgo de perderlo.

«¿Cómo puedo desperdiciar el tiempo en semejantes tonterías? —reflexionó con un desesperado cinismo mientras arrancaba una doble tira de cinta adhesiva para fabricar un asa improvisada—. Soy yo quien va a hacerse añicos».

Y la noche y la oscuridad sutilmente luminosa que parecían respirar a su alrededor volvieron a hablarle en susurros. «No te ocurrirá nada —murmuraron—. Estamos aquí. Confía en nosotras…».

Más luces surgieron de la nada como luciérnagas arrancadas a su sueño en una noche de verano, y un instante después oyó la potente voz de barítono de Ashgad.

—¡Liegeo! ¡Ven inmediatamente!

Habían encontrado a los sindroides.

Leia metió el brazo por el hueco del asa, puso la unidad antigravitatoria a máxima potencia y saltó al vacío desde el borde de la plataforma.

Leia le estaba llamando.

Luke despertó de repente, sobresaltado y sin aliento entre el frío del amanecer.

Rodeada por las gigantescas siluetas cristalinas de aquellas montañas que parecían hechas de cristal fundido, la imagen de Leia —sola en un mundo de cristal y cielo— había quedado grabada en su mente. Su hermana estaba en una terraza de piedra, envuelta en una manta blanca y con los cabellos castaños medio recogidos en una larga trenza que caía sobre su hombro. Cierta cualidad inexplicable en la imagen le dijo que lo que estaba viendo había ocurrido hacía algún tiempo y que había quedado atrapado en las distorsiones de la Fuerza, pero aun así Luke enseguida supo que era real. Leia parecía delgada y frágil, y terriblemente asustada.

«Ashgad…».

No sólo había destruido la nave de Leia, sino que se había llevado todo su armamento. También se había llevado a Leia. ¿Para pedir un rescate? ¿Para utilizarla en una negociación?

¿Podía ser una ilusión, el resultado del descubrimiento que había hecho anoche mientras recogían el cargamento de contrabando?

No. Luke sabía que Leia estaba allí o que había estado allí —y viva— de una manera tan profundamente irrebatible como sabía que había huesos dentro de su cuerpo.

Taselda le había hablado de las estribaciones de las montañas del Relámpago, y Arvid o tía Gin conocerían aquel sitio. Durante un momento Luke pensó si debía llevarse consigo a Taselda, pero enseguida rechazó la idea.

Se levantó de la cama, fue hasta el panel posterior de transpariacero y bajó la mirada hacia el patio apaciblemente prosaico de tierra y balcrabbiana, bombas de agua y componentes de deslizador rotos, con los balones antigravitatorios recubiertos de hojas oscuras flotando al otro lado de los muros, tan perfectamente inmóviles como recortables suspendidos bajo la límpida luz de las primeras horas del día. Resultaba difícil recordar que todo aquello había sido laboriosamente creado mediante la actividad humana, y que se le había dado forma a partir de un mundo que no admitía ninguna clase de vida.

Desde allí, la inmensa presencia indómita e incontrolable de la Fuerza sólo podía ser percibida muy tenuemente, y parecía tan débil como lejana.

Luke desplegó el poder de su mente. «Leia… No te rindas. Voy hacia allá».

No podía saber si su pensamiento llegaría hasta ella o si quedaría atrapado en los efectos distorsionantes que la Fuerza producía en aquel mundo. Tampoco sabía si Leia podría oírle, y no tenía ninguna forma de llegar a saberlo.

Pero en una ocasión Calista le había dicho que a veces las esperanzas son capaces de afectar a la misma Fuerza.

—¿Qué ha sido eso?

Cetrespeó, que seguía envuelto en los pliegues de la negra túnica con capuchón mientras soportaba estoicamente el molesto peso de la máscara y la peluca, pensó que la pregunta de la capitana Ugmush era puramente retórica. Incluso el viajero espacial menos acostumbrado a los ruidos de la guerra, los alborotos y la rebelión tendría que haber sido capaz de identificar el sonido de la artillería pesada, el estrépito de los muros que se derrumbaban y el áspero entrechocar de las voces humanas y los desintegradores.

Pero los tres esposos de la capitana gamorreana parecieron inter pretar la exclamación de su dama como una pura y simple solicitud de información, y fueron corriendo hacia el acceso redondo que llevaba a la rampa de abordaje para echar un vistazo. Los tres llegaron a la entrada en el mismo instante y se enfrascaron en un animado intercambio de puñetazos para decidir quién tenía derecho a ir primero. La capitana Ugmush, que se había comprometido a sacar un cargamento del planeta y estaba esperando impacientemente su entrega, se levantó del sillón del puente en el que había estado comprobando las proyecciones de ventanas de lanzamiento y puntos de salto hiperespaciales y procedió a poner fin a la pelea mediante bofetones, chillidos y un cierto entrechocar de cabezas, después de lo cual toda la familia cruzó el umbral y bajó por la rampa. El ingeniero Jos ni siquiera levantó la mirada de la consola a la que estaba encadenado.

Una nueva explosión, tan potente que toda la nave se bamboleó sobre sus soportes de descenso, puso lo bastante nervioso a Cetrespeó para impulsarle a levantarse.

—Capitana Ugmush… —Se dio cuenta de que sus moduladores vocales habían pasado a la modalidad de registro básico y se apresuró a reinicializarlos para que

produjeran aquella voz más grave que, aunque exigía mucha más memoria para imitar la gama de los resonadores orgánicos, se hallaba mucho más libre de la típica cualidad «metálica» de los androides—. Capitana Ugmush, ¿realmente le parece prudente salir de la nave en estos momentos? —Cetrespeó fue hacia la puerta mientras otro estallido de gritos y disparos envuelto en ecos llegaba hasta ellos desde algún lugar incómodamente cercano—. En el caso de que fuera necesario llevar a cabo un despegue de emergencia… Oh, cielos, Erredós… —La voz del androide de protocolo volvió a la modalidad básica—. ¿Tienes alguna idea de qué hay que hacer para que este modelo de navío despegue?

El androide astromecánico, que le había seguido hasta la entrada, negó poseer ningún conocimiento referente al pilotaje del desgarbado navío gamorreano en forma de cubo.

—Oh, cielos, oh, cielos —murmuró Cetrespeó mientras seguía a Erredós rampa abajo, esperando contra toda lógica que la situación no hubiera empeorado.

Y apenas llegó al final de la rampa le resultó obvio que era muy improbable que la situación fuera a empeorar…, o, de hecho, que pudiera empeorar. El muelle contiguo estaba ardiendo, negras humaredas aceitosas y columnas de llamas de diez metros de altura subían hacia el cielo y bandas de gopso'os y fuerzas del gobierno droviano se hacían pedazos unas a otras entre los escombros mediante los haces desintegradores y las granadas de racimo.

Un tenso silencio se adueñó durante unos momentos del muelle de atraque en el que se encontraba el *Zicreex*. Todos los gamorreanos habían desaparecido. Entonces una puerta se abrió debajo de una arcada y una diminuta silueta cubierta de barro apareció por ella. El fugitivo dejó caer una manecita sobre el teclado para cerrar la puerta detrás de él, extrajo una barra de hierro del montón de cascotes más cercano acumulado debajo de la arcada y destrozó la cerradura. Sus esfuerzos no servirían de mucho, pues estaba claro que quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta disponía de barras de hierro, arietes de asedio y granadas. El fugitivo echó a correr a toda velocidad a través del permacreto.

—¡Vaya, pero si es el amo Yarbolk del Traga y Engulle! —exclamó Cetrespeó, muy sorprendido—. ¡Amo Yarbolk! ¡Por aquí, amo Yarbolk!

El chadra-fan no se hizo de rogar. El diminuto alienígena pasó corriendo junto a ellos y subió a la carrera por la rampa de entrada unos instantes antes de que la puerta se derrumbara y un contingente asombrosamente abigarrado de drovianos —algunos de los cuales lucían la coleta típica de los gopso'os en tanto que otros, aunque presumiblemente simpatizantes de las bandas amotinadas, no iban tan adornados, acompañados por un par de durosianos y devaronianos que tenían el típico aspecto de los alienígenas que se dedican a rondar por los espaciopuertos— invadía el muelle de atraque. Alguien gritó algo acerca de un apestoso cerdo traidor corrupto y vendido y Cetrespeó, interpretando muy correctamente la observación y su contexto y comprendiendo que hacía referencia al fugitivo amo Yarbolk, señaló la puerta que llevaba a los muelles todavía intactos del otro lado.

—¡Por ahí! —gritó con su atronadora voz alternativa de alienígena—. ¡El asqueroso periodista enano y peludo se ha ido por ahí! —añadió, esperando que la invectiva les pareciese no sólo informativa sino también aceptable.

Aullando imprecaciones, la turba se abrió paso a través de la puerta señalada en el mismo instante en que un obús de veinte centímetros caía sobre la arcada que separaba el muelle en llamas del ocupado por el *Zicreex*. Cetrespeó dejó escapar un graznido de pánico y se apresuró a retirarse rampa arriba mientras las fuerzas gubernamentales drovianas se dispersaban, se reagrupaban y abrían fuego sobre los gopso'os, que estaban tratando de avanzar por entre los restos de la arcada. Ugmush y sus esposos llegaron corriendo en ese mismo momento. Debían de haberse encontrado con la turba en el otro acceso y enseguida añadieron su pequeña contribución a la batalla, disparando sobre los gopso'os mientras cruzaban el permacreto y subían por la rampa de abordaje en una torpe carrera bamboleante, con una gran cantidad de paquetes y cajas de almacenamiento suspendidas de sus hombros y sus espaldas.

Ugmush irrumpió en el puente con los sucios rizos rosados aleteando de un lado a otro y los morrts aferrándose desesperadamente a ella.

—¡Poneos los arneses de seguridad, estúpidos devoradores de basura! ¡Ah, ciénagas de pútridos chapoteos! ¿Os habéis creído que esto es un crucero de placer o qué? —Se dejó caer sobre el sillón y empezó a mover las palancas y a pulsar las teclas de la consola con una velocidad muy superior a la que parecía posible para unas manazas tan enormes—. ¡Cierra esa maldita rampa de abordaje, estúpido dragón de los barros! ¿Es que he de hacerlo todo yo sola? ¡Jos, saca esta asquerosa nave de aquí ahora mismo! Fruck, abre fuego sobre esos condenados gopso'os… ¡Agarraos, pandilla de cretinos! Ah, repugnante banda de chupacangrejos con cerebros de queso… ¡No sólo os gusta lavaros, sino que no tenéis sangre suficiente ni para alimentar a un solo morrt!

Ugmush empujó las palancas de activación, el ingeniero introdujo las órdenes de conexión motriz y el *Zicreex* subió por los aires entre un rugido de fuego de superficie, cañones iónicos y retrolásers para salir de las nubes de humo, andanadas antiaéreas y restos como si fuera un glet putrefacto caído de la rama que alguien hubiera decidido lanzar al cielo con una catapulta.

Cetrespeó, que no sólo no había tenido tiempo de ponerse el arnés de seguridad sino que ni siquiera había podido llegar a un asiento, se levantó cautelosamente y se puso bien la máscara respiratoria, esperando que su túnica no hubiera sido afectada por el despegue hasta el extremo de exhibir el aspecto innegablemente androidesco de sus piernas o, en caso contrario, que Ugmush hubiera estado demasiado ocupada con sus computaciones de velocidad para fijarse en ellas. Yarbolk —que también había salido despedido hacia el otro extremo del puente— fue cojeando hacia él para ayudarle a enderezar a Erredós, que había rodado una considerable distancia y cuyas luces de alarma estaban parpadeando en varios sistemas, incluido uno de los componentes adheridos de los que no habían conseguido librarse después de haberlo desconectado del *Puro Sabacc*. La mayoría de las luces de alarma se apagaron. Erredós les agradeció su ayuda con un pitido casi inaudible

y, sin decir palabra, Jos se quitó la goma elástica que mantenía recogida su larga cabellera y se la ofreció a Yarbolk para que atara algunos de los cables sueltos de Erredós con ella.

—Gracias…, eh…, Igpek —dijo el chadra-fan—. Te debo un favor. Ugmush se volvió en su asiento y fulminó al peludo y diminuto periodista con sus ojillos anaranjados.

—¡Santo barro putrefacto! ¿Qué está haciendo ese buscalíos a bordo de mi nave? —preguntó—. ¡Condenados imbéciles! ¿No sabéis que ofrecen una recompensa por él en siete sistemas?

Capítulo 15

Estaban ahí.

Luke se quedó totalmente inmóvil debajo del maltrecho vientre de acero del deslizador y aguzó el oído.

No había ningún sonido.

Pero estaban ahí, y le observaban. Luke lo sabía. Podía percibir su presencia incluso a través de los silenciosos clarines de la Fuerza que vibraban impalpablemente en el inmenso silencio de los eriales. Una y otra vez, Luke había sabido que alguien era consciente de su presencia desde que salieron de Hweg Shul.

Los vigilantes invisibles…

Los habitantes originales del planeta, que jamás habían sido vistos por nadie.

Habían estado siguiendo su deslizador sin ningún esfuerzo, y no le habían perdido de vista ni un solo momento.

Desde donde estaba no podía ver nada. Cuando la unidad anti-gravitatoria de estribor empezó a fallar, Luke decidió no correr riesgos e hizo descender el vehículo, dejándolo con un lado apoyado en una especie de banco de basalto mientras que el otro lado reposaba sobre una masa de cuarzo color verde escarcha del tamaño de un cojín, por lo que lo único que podía ver desde debajo del deslizador mientras manipulaba el cableado del generador para recargar el anillo a-g defectuoso era lo que tenía o justo delante o justo detrás, dos panoramas idénticos de dura gravilla reflectante interrumpida aquí y allá por fragmentos más grandes, trozos de cristal y, a lo lejos, las chimeneas cristalinas que horadaban el cielo.

Luke tuvo el inexplicable presentimiento de que si salía de debajo del deslizador y miraba a su alrededor, seguiría sin ver a nadie.

Bajó los párpados e intentó convocar la forma de los vigilantes invisibles dentro de la Fuerza. Pero las interferencias que acompañaban a la Fuerza en aquel mundo eran tan intensas y la pura y simple magnitud de su presencia bajo aquella forma incomprensible era tan colosal que no consiguió obtener ninguna imagen clara de los seres invisibles. «Bueno —pensó—, puede que la interferencia exista precisamente para eso…».

Tampoco podía saber con exactitud cuándo habían empezado a vigilarle, ni si su interés era benéfico, malévolo o simplemente fruto de la curiosidad.

Los vigilantes se limitaban a estar ahí.

—¿Quiénes sois? —gritó, siendo muy consciente de lo vulnerable que era mientras estuviera acostado de espaldas debajo del deslizador—. No quiero haceros ningún daño. No hay ninguna razón por la que debáis temerme, así que podéis mostraros. Eh… ¿Podéis aparecer ante mí?

La presencia de los vigilantes invisibles se aproximó un poco más…, o algo, la nítida consciencia de que los vigilantes eran conscientes de la presencia de Luke, se aproximó un poco más. Luke se preguntó cómo sabía que los vigilantes eran varios.

Fue saliendo cautelosamente de debajo del deslizador y se incorporó.

Una multitud de pálidas sombras se extendía a su alrededor, y las pálidas estrellas del día atravesaban el azul oscuro del cielo con su tenue claridad. La pálida luz del sol se fragmentaba al chocar con la gravilla resplandeciente, que desplegaba su vacío infinito en todas direcciones hasta llegar a la orilla más lejana de aquel mar olvidado hacía va tanto tiempo.

—Todo esto es obra de la Corporación Loronar. —Yarbolk, el periodista chadra-fan, bajó un poco su ronca voz de tenor, extrajo de un bolsillo de su chaqueta de seda manchada y chamuscada un puñado de cubos de datos de color verde y los sostuvo delante de él, como si la mera presencia de los cubos de datos sobre su rosada palma desprovista de vello bastara para probar lo que estaba diciendo—. En cada uno de estos planetas, en cada punto del sector de Meridiano donde ha habido una revuelta armada o un disturbio religioso o levantamientos protagonizados por tribus, grupos minoritarios o lo que sea en cada caso…, las fuerzas disidentes siempre usan armas fabricadas por Loronar. Y no me refiero a equipo viejo de octava mano como el que los traficantes de armas siempre están vendiendo a los aborígenes si creen que nadie va a pillarles con los pantalones bajados, desde luego. No, estoy hablando de desintegradores, granadas y cañones iónicos ultramodernos. Echad un vistazo a esto.

Sacudió los cubos de datos en su palma como si fueran dados. Erredós aceptó la invitación e hizo brotar de su cuerpo un brazo manipulador, cogió un cubo e introdujo el brazo y el cubo en sus entrañas.

—¡Eh, devuélveme eso! —protestó Yarbolk, en un tono de voz lo suficientemente alto para que dos de los esposos de Ugmush, un guardia muy armado, dos contrabandistas aqualishianos que parecían estar muy nerviosos y la docena de refugiados que estaban compartiendo la cámara de espera del Crucero de Imposición de la Cuarentena *Lycoming* se volvieran hacia ellos para fulminarles con la mirada, como si les culparan de su situación actual.

El *Zicreex* ni siquiera había llegado al punto de salto hiperespacial cuando se encontró metido en un buen lío. Acababan de dejar atrás los campos de asteroides del sistema droviano cuando se tropezaron con el crucero de la Nueva República *Empíreo,* que estaba disparando frenéticamente sus cañones en todas direcciones sin que hubiera ningún blanco a la vista…, hasta que el fogonazo que acompañó al estallido de uno de los generadores de escudo del crucero iluminó lo que en el primer momento pareció una nube de restos espaciales que rodeaba al navío como un enjambre de moscas. Pero unos segundos después resultó obvio que las minúsculas tirillas de metal negro mate eran naves de alguna clase que estaban derramando un diluvio de fuego concentrado sobre el enorme crucero mientras se escabullían de las salvas de represalia tan ágilmente como una nube de murciélagos mantequeros.

La batalla se encontraba justo entre el *Zicreex y* la periferia del sistema, que era el sitio en el que podían saltar al hiperespacio sin correr peligro, por lo que la pequeña nave mercante se hallaba atrapada. Ugmush, los androides y Yarbolk se pegaron al visor y

contemplaron cómo el *Empíreo* intentaba presentar batalla primero y trataba de huir del enjambre de atacantes a continuación.

—Fascinante —dijo Cetrespeó, mirando por encima de los hombros de Ugmush mientras la capitana trataba de obtener una lectura de los alrededores con la esperanza de que así podría evitar tropezarse con el navío de grandes dimensiones que debía de estar controlando al enjambre—. Parecen ser meras armas ambulantes. No digas tonterías —añadió volviéndose hacia Erredós, quien acababa de conectarse subrepticiamente a la consola por detrás de las anchas espaldas de Ugmush—. Tiene que haber una nave principal. Sea lo que sea, ha de poseer un radio de alcance impresionante.

Yarbolk, que se había colocado junto al codo de Ugmush y cuyos ojos iban y venían de las lecturas de Erredós a las que aparecían en la consola, se apresuró a hablar en susurros.

—No hay ninguna nave principal, sólo armas. Tiene que tratarse de alguna clase de control central como el que utilizan para los sindroides.

Una marea de luz se deslizó sobre sus caras cuando la andanada lanzada por una de las diminutas naves dio en el objetivo. Las nubes de fuego que brotaron del crucero en explosión envolvieron a aquellas pequeñas armas que parecían dagas, y cien estrellas blancas llamearon entre la bola de calor y gases en rápido proceso de disipación cuando éstas también fueron destruidas. Los quince o veinte supervivientes se limitaron a virar en redondo, igual que un banco de peces luminoides en la oscuridad, y empezaron a alejarse. Al estar pintadas de negro, no tardaron en volverse invisibles.

—Por el Gran Pez Verde… —murmuró Yarbolk—. ¿Qué estás haciendo? —añadió un instante después cuando Ugmush movió las palancas y el *Zicreex* viró en redondo.

—Operaciones de recuperación —dijo la gamorreana, extendiendo una rechoncha manaza hacia el visor en el que dos o tres fragmentos gigantescos de lo que quedaba del crucero flotaban como montañas resplandecientes en la negrura, rodeados por campos giratorios de blindaje medio derretido, astillas metálicas, lanzas de cristal y cadáveres hinchados por el vacío—. Ahí fuera hay de todo.

Ugmush y sus esposos, resplandecientes en sus trajes para el espacio profundo adaptados a su especie para que pudieran ser usados por los mercenarios gamorreanos, estaban saqueando los restos cuando apareció el Crucero de Imposición de la Cuarentena *Lycoming*. Su capitana, una gotaliana sobrecargada de trabajo que mandaba un pequeño destacamento de cazas y un grupo de médicos del Instituto de Coruscant, había captado la transmisión de emergencia del *Empíreo*, y no pareció tomarse muy bien la presencia de los comerciantes independientes gamorreanos en la zona de los restos.

Cetrespeó supuso que el que hubiera sido arrestado con los demás decía mucho en favor de su disfraz. Erredós, en cambio, sólo había sido confiscado.

La pequeña escotilla de acceso azul del flanco de Erredós volvió a abrirse y su brazo manipulador depositó el cubo encima de la mesa delante de Yarbolk. El periodista chadra-fan lo cogió con un gesto claramente posesivo y se lo guardó en el bolsillo del pecho.

—*TriNebulón* me pagará una fortuna por esto, especialmente ahora —dijo. Llevaba varios días sin ser peinado ni esquilado (la mayoría de salones de esquilamiento de Bagsho habían sido clausurados), y su sedoso pelaje dorado se había convertido en una masa de mugre y nudos—. ¿Pudisteis echar un vistazo a esos restos? Me refiero a los cascos de los navíos atacantes, su armamento…

—No, no los examiné de cerca.

Cetrespeó volvió la cabeza para contemplar los restos que Ugmush había subido a bordo del *Zicreex* antes de que el CIC hiciera su aparición, y que estaban amontonados en un rincón de la enorme sala de espera, etiquetados y bajo la vigilancia de un guardia sullustano de aspecto muy cansado y tirando a descuidado.

Yarbolk bajó la voz un poquito más.

—Son módulos de transporte Seifax modificados con protección especial —dijo—. Hace unos meses enviaron varios miles a la nueva fábrica de Seifax en Antemeridiano…, y Seifax es una empresa-tapadera de Loronar.

—No puede estar hablando en serio.

Cetrespeó se apresuró a remodular su voz, sintiéndose tan perplejo como consternado. Aunque la túnica negra que envolvía su cuerpo y la máscara de cuero llena de filtros y tubos respiratorios que tapaba su cara no le producían ninguna incomodidad física, el androide de protocolo ya había descubierto que el disfraz resultaba considerablemente molesto porque la tela se metía en sus articulaciones, interfiriendo el delicado funcionamiento de sus retractores hidráulicos y —dado que el sentido del equilibrio de los androides normalmente era inferior al de los humanos— amenazando con convertir cada paso en una caída.

—La Corporación Loronar está inscrita en el Registro Empresarial de la Nueva República —siguió diciendo—. Su consejo de dirección está formado por individuos de la máxima probidad dotados de credenciales inmejorables. ¡Fueron responsables de la creación de una gran parte del armamento que hizo posible la Rebelión!

—Y durante los diez años de actividad de la Rebelión que precedieron a la caída del Nuevo Orden obtuvieron unos beneficios del orden del quinientos por cien. La Rebelión contaba con fuentes de financiación propias, pero no podía disponer de sumas de dinero de esa magnitud. Loronar vendía armas a los dos bandos, probablemente a través de empresas-tapadera como Seifax. Y la fábrica que Seifax tiene en Antemeridiano ha estado comprando impulsores hiperespaciales miniaturizados a los biths. Lo sé porque tengo una conexión en el departamento de procesamiento, y… ¡Eh! —añadió, recuperando otro de los cubos de datos de la garra de Erredós quien, aparentemente todavía convencido de que «Echad un vistazo a esto» era una orden, había estado cogiendo sistemáticamente los cubos colocados encima de la mesa con su brazo manipulador y los había ido introduciendo en su toma de recuperación de datos—. Devuélveme esos cubos, ¿quieres?

El pequeño androide se apresuró a escupirlos en una pulcra línea encima de la mesa. Yarbolk los cogió, los contó y volvió a lanzar una rápida mirada por encima del hombro

para ver qué estaban haciendo los otros ocupantes del compartimiento de cuarentena. El grupo no podía ser más abigarrado: había un wookie de pelaje grisáceo y aspecto un tanto escrofuloso; un par de aqualishianos que se mantenían muy pegados el uno al otro y no paraban de mirar a los guardias de las puertas; la tripulación de un navío de prospección squib que aseguraba, vehementemente y muy a menudo, no saber que hubiera ninguna plaga; y un ergeshiano de colores más bien extravagantes que ocupaba tres asientos y olía como los compactadores de basura de una fábrica de golosinas.

—Desde que empecé a investigar este asunto ya han tratado de matarme en tres ocasiones —susurró el chadra-fan, y los cuatro orificios de sus grandes fosas nasales temblaron en el terciopelo de su hocico—. La Corporación Loronar no puede permitir que esto llegue a ser del dominio público. La mitad de sus contratos proceden de la Nueva República.

—¡Oh, pero estoy seguro de que la Corporación Loronar jamás contrataría a un asesino!

Yarbolk resopló y agitó un corto dedito delante del androide de protocolo para dar más énfasis a sus palabras.

—Puede que no directamente, pero harían que Getelles se encargara de contratarlo. ¿Quién crees que me echó encima a esos gopso'os en Drovis? Mis fuentes de información en la corte de Getelles me han asegurado que Loronar está pagando prácticamente todos sus gastos. Dymurra, el presidente ejecutivo de esa zona, está viviendo a cuerpo de rey: androides sexuales, baños vibratorios, conexiones de todo tipo, brillestim, cuatro jefes de cocina distintos, zapatillas autoamoldables, entornos de control independiente en cada habitación de su mansión… ¡Lo que quieras, vamos! Ah, y eso incluye unas cuantas cosas que no son legales en ningún lugar de la galaxia… Nunca habría podido conseguir todos esos lujos sin el visto bueno de Getelles. En consecuencia, está claro que…

—¿Igpek Droon? —gritó una voz desde el acceso interior.

—¡Te está llamando! —siseó Yarbolk cuando Cetrespeó no respondió.

—Oh… Oh, sí.

Cetrespeó se levantó tan apresuradamente que puso un pie sobre un pliegue de su túnica mientras se incorporaba, y Yarbolk tuvo que agarrarle discretamente por el codo para evitar que se desplomara. La capitana y la oficial médico del *Lycoming* estaban esperando en el acceso, y los chatos rostros grisáceos de las dos gotalianas ya se estaban volviendo hacia Cetrespeó con creciente suspicacia a medida que sus órganos sensoriales parecidos a cuernos percibían los campos de energía sinergísticos, que estaban delatando su verdadera identidad mientras el androide de protocolo se apresuraba a ir hacia ellas.

—¡Oh, gracias al cielo por fin hemos conseguido establecer contacto con alguien dotado de la suficiente autoridad! —exclamó Cetrespeó con inmensa gratitud mientras se quitaba la peluca color rubio paja y desabrochaba las tiras de su máscara—. No tienen ni idea…

Y se encontró contemplando los cañones de dos desintegradores y un disruptor.

—No te acerques ni un centímetro más, androide —dijo secamente la capitana—. Tu ve, ve a buscar un perno de retención para este trasto.

——¡Pero es que no lo entiende! —protestó Cetrespeó—. ¡Debe comunicarse inmediatamente con el Consejo de la Nueva República! Su excelencia la jefe de Estado Leia Organa Solo ha sido secuestrada. Tiene que…

—Oh, no… Otra vez no —murmuró la oficial médico, volviéndose hacia su capitana—. ¿Qué nos contó el último contrabandista al que capturamos? Me parece recordar que se trataba de todo un cargamento de cachorrillos carosianos a los que sólo les quedaban dos horas de oxígeno, pero ya no me acuerdo de qué cantidades de extracto de raíz enho había escondido debajo de las planchas…

—¡Discúlpeme, pero debo protestar enérgicamente! —Cetrespeó *se* irguió cuan alto era, aunque había sido concienzudamente diseñado para que un amplio espectro de especies inteligentes, la gotaliana entre ellas, lo encontraran lo menos amenazador posible—. ¡Soy un androide de protocolo registrado y pertenezco nada menos que a su excelencia en persona! La mera idea de que se me pueda haber programado para colaborar en el contrabando de drogas ilícitas…

—No sé quién le ha programado, pero está claro que es un auténtico desastre inventando historias —observó la capitana, y dirigió una inclinación de cabeza al ingeniero sullustano que se había colocado detrás de Cetrespeó con un par de pernos de retención en las manos—. Lleve a su excelencia al compartimiento de confiscación y adminístrele un buen repaso. Ah, y no se olvide de anotar los números de serie.

Se frotó los ojos. Sus delgados labios, que apenas tenían carne, se habían vuelto de color gris a causa de la fatiga y el tejido blando que rodeaba sus ojos estaba hinchado. Después de unos momentos de reflexión, Cetrespeó supuso que mandar una nave de imposición de la cuarentena destacada en el perímetro de un sector donde habían estallado media docena de revueltas distintas —sin ninguna autoridad centralizada que respaldara las decisiones de la capitana— debía de ser una tarea extremadamente agotadora.

—Cuando todo esto haya acabado haremos que los chicos de los registros averigüen a quién pertenece en realidad, pero de momento bastará con que etiqueten lo que encuentren debajo de sus planchas antes de enviar los microprocesadores al laboratorio. Nos hacen mucha falta. Ah, y los de mantenimiento también andan escasos de circuitos y tableados.

—¡Protesto! —gritó Cetrespeó mientras los guardias sullustanos lo agarraban de los brazos—. Su excelencia ha sido secuestrada y…

—Para tu información, amigo mío, te diré que su excelencia acaba de transmitir la autorización para nuestra misión en este sector y que la ha rubricado con su sello personal —dijo la gotaliana con cansada sequedad—. He hablado con ella hace unos momentos.

—¡Su excelencia dejó hologramas autorizados de su persona para que fuesen utilizados en caso de necesidad antes de partir a esa misión secreta! —chilló Cetrespeó—. Es el procedimiento habitual. Ya sé que necesitan una autorización para establecer una

zona de cuarentena, ¡pero en realidad su excelencia no está ahí! Mi congénere y yo somos los únicos que conocemos su verdadero paradero.

Las dos gotalianas —miembros de una especie famosa por la desconfianza que le inspiraban los androides, un prejuicio que resultaba bastante comprensible dada la sensibilidad de sus órganos sensoriales— intercambiaron una mirada de lo más elocuente.

—¡Pero les digo que yo estaba allí! ¡Dos cruceros de combate desaparecieron! El *Borealis* y el *Impenetrable…*

La cirujana frunció el ceño.

—Su prima está sirviendo a bordo del *Impenetrable,* ¿verdad, capitana?

La capitana asintió.

—Y el *Impenetrable* zarpó con rumbo a Celanón a comienzos de esta semana.

—¡Eso fue lo que se dijo a los medios de comunicación! —gimoteó Cetrespeó mientras los guardias empezaban a tirar de él para llevarlo hacia las puertas—. ¡La misión que trajo a su excelencia a este sector era del máximo secreto! El *Impenetrable* fue destruido…

Los ojos de la capitana se endurecieron hasta adquirir un brillo acerado.

—Sacadle de aquí —les ordenó a los guardias en voz baja y suave—. Y llevaros también a ese R2, ¿de acuerdo? Decidles a los de Confiscación que se aseguren de dejar bien limpios todos sus microprocesadores.

El guardia saludó.

—¿Qué hay del chadra-fan que venía con ellos cuando subieron a bordo? —preguntó.

La capitana rebuscó en su bolsillo y acabó sacando una tira de plastipapel rosado. Al principio Cetrespeó pensó que sería alguna clase de tira de mensajes, pero en vez del encabezamiento oficial sólo había un código de protección privado impreso en la parte superior. Los ojos de la gotaliana se entrecerraron furtivamente mientras volvía la mirada hacia Yarbolk, quien seguía sentado junto a Erredós e intentaba pasar lo más desapercibido posible. La capitana acabó volviéndose hacia Cetrespeó.

—¿Cómo se llama tu amigo?

A menos que hayan sido programados para proporcionar información alternativa, los androides siempre son devastadoramente sinceros…, incluso cuando han sido construidos para ocuparse del protocolo y la diplomacia.

—Se llama Yarbolk Yemm —le informó Cetrespeó sin titubear—. Tengo entendido que es periodista del *TriNebulón.*

Hubo un momento de silencio que acabó siendo roto por la capitana.

—Es él —dijo, e hizo una seña a otro guardia mientras echaba a andar hacia el chadra-fan.

Yarbolk los vio venir y se levantó de un salto. Todos los ocupantes de la sala de espera habían sido despojados de cualquier tipo de armamento que poseyeran originalmente, y de todas maneras los guardias iban fuertemente armados. Yarbolk corrió hacia las puertas, pero éstas no se abrieron. El chadra-fan giró sobre sí mismo al verse acorralado, v ya había empezado a alzar las manos en un gesto de protesta o rendición

cuando la capitana empuñó el desintegrador que colgaba de su costado y disparó un haz aturdidor sobre su pecho desde menos de un metro de distancia. El impacto lanzó al pequeño periodista contra la puerta, sobre la que fue deslizándose lentamente hasta caer al suelo en un amasijo de pelaje dorado y seda azul y rosa.

La capitana miró a su alrededor. Ninguno de los otros ocupantes de la sala se había movido, y todos habían permanecido sentados bajo la mirada vigilante de los guardias. Cetrespeó dedujo que quizá tenían sus propias razones para no querer llamar la atención. La capitana se volvió hacia los guardias más próximos y habló en un tono de voz tan bajo que sólo los agudísimos receptores auditivos de un androide pudieron captar lo que decía.

Y lo que dijo fue «Escotilla tres».

Leia se hizo sombra en los ojos para protegerlos del resplandor del sol naciente en la hendidura del acantilado resplandeciente sobre la que estaba acostada. El viento hacía que tuviera la sensación de que su cara había sido sometida a un concienzudo procesamiento químico. Desde su elevada posición actual podía volver la mirada hacia el laberinto de desfiladeros, aquellos cañones cuyos filos seguían siendo tan cortantes *e* irregulares como cuando fueron creados por enormes movimientos tectónicos en un pasado muy lejano y en los que cada superficie era un espejo que amplificaba la luz desprovista de calor que llegaba del sol.

Quizá la estuvieran buscando, pero no vio ninguna señal de ello.

De hecho, no vio nada. Ashgad podía programar sin ninguna dificultad máquinas tan simples como los androides rastreadores para ajustarlos a sus parámetros físicos: movimiento, masa, temperatura corporal… Por esa razón Leia había sacrificado su unidad antigravitatoria y uno de los calentadores, enviándolos a la deriva desfiladero abajo para que sirvieran como cebo. Los poderes debilitados de Beldorión quizá percibieran la diferencia, pero Leia estaba casi segura de que el antiguo Caballero Jedi no habría sido capaz de llevar a cabo tal esfuerzo ni siquiera en el caso de que la Fuerza no estuviera envolviendo todo el planeta como un chisporroteante campo magnético.

Cerró los ojos durante un momento, luchando con un cansancio tan inmenso que rozaba el agotamiento total. Seguía sin saber por qué no había quedado convertida en gelatina en las estribaciones de la meseta, y supuso que se debería a que el anillo antigravitatorio no había estado tan descargado como le pareció en un principio. Se sentía como si hubiera corrido, trepado y dado rodeos durante cien kilómetros desde entonces.

Volvió a abrir los ojos y desdobló el mapa. Años de huir con las fuerzas rebeldes le habían enseñado a leer los mapas de alturas. Leia identificó el desfiladero por el que había trepado y los dos picachos entre los que tendría que deslizarse para bajar hasta la estación artillera abandonada de Punta Lúgubre. No había ningún lugar marcado con la indicación de que hubiera agua en todo el mapa, por lo que no podía saber.-si habría

alguna clase de bomba en su destino. Ya sólo le quedaba un cuarto del contenido del recipiente, y Leia no sabía cuánto tiempo iba a necesitar para poder enviar un mensaje…

… si la estación artillera todavía contenía equipo transmisor de alcance subespacial en condiciones de funcionar.

Leia se fue inclinando en un movimiento rígido y envarado acompañado por varias punzadas de dolor para examinar los restos de sus botas ceremoniales doradas, y sus dedos ensangrentados arrancaron otro trozo de cinta adhesiva plateada para añadirlo al entrecruzamiento de reparaciones ya existente.

Si Ashgad no contaba con algún medio de captar una señal de ese tipo y seguirle la pista, naturalmente.

Y si todavía quedaba alguien vivo para oírla.

Leia intentó no pensar en la Semilla de la Muerte y en lo mucho que le dolían los pies.

«La Semilla de la Muerte…».

El eco de aquellas palabras volvía a su mente una y otra vez.

«Idiota, —idiota, idiota». Volvió a echarse a la espalda el recipiente sellado e inició el largo, cauteloso y terrible proceso de ir siguiendo la cornisa que se extendía a lo largo del acantilado para ir hacia el amasijo de picachos de amatista que había elegido como su siguiente punto de orientación.

Leia había leído informes y registros sobre otros gobiernos, otros ejércitos y otros hombres que habían intentado utilizar la plaga como arma, y Hathrox III acudió a su mente. Según los archivos encontrados allí ya habían transcurrido dos siglos desde entonces, y Hathrox III seguía figurando en el Registro como Zona de Alto Riesgo. Todos los integrantes del equipo que había recuperado los archivos habían muerto, al igual que todos los tripulantes de la nave de rescate y todo el personal del centro de cuarentena al que los habían llevado. Según los registros —a lo que se había accedido mediante sistemas de recuperación a distancia—, la organización terrorista que había desarrollado aquella variedad del cuasivirus contaba con un antivirus «infalible».

¿Os suena de algo el verbo «mutar», chicos y chicas? —Una mueca de cínica desesperación retorció los labios de Leia—. ¿Habéis oído alguna vez las palabras «error humano» o «una pequeña avería en el equipo»? ¿Qué me decís de la vieja y entrañable frase «Oh, no se nos había ocurrido pensar en ESO»?

La Semilla de la Muerte…

«No os atreváis a hacerlo. No os ATREVÁIS a hacerlo».

Pero ya se habían atrevido a hacerlo. Si los informes y notas de Ashgad eran correctos, la Semilla de la Muerte ya se estaba difundiendo a través de la flota, dejándola paralizada mientras una revuelta detrás de otra iba estallando por el sector y las naves del almirante Larm se disponían a entrar en acción. Al parecer Dzym podía controlar el momento en el que aparecían los brotes de la enfermedad si estaba en la zona o si deseaba hacerlo, y en caso contrario la plaga iba siguiendo su propio curso.

Si intentaba volver a llamar a Luke, ¿sería capaz Beldorión de captar su mensaje?

Su mano acarició la espada de luz que colgaba de su cinturón. «Tendría que haber hecho caso a Luke —pensó—. Tendría que haber dedicado más tiempo al adiestramiento. Luke no tendría estos problemas…».

Ni Vader tampoco, naturalmente.

Jadeando, con las manos ensangrentadas y las rodillas llenas de arañazos infligidos por aquellas piedras implacables que nunca habían conocido la erosión, Leia consiguió llegar a la cima del risco que se extendía entre los dos picachos y contempló la estación artillera.

Se encontraba a centenares de metros por debajo de ella y parecía minúscula, un insignificante cilindro negro de extremos redondeados, carente de puertas y sin un solo centímetro de transpariacero, colocado junto a la gigantesca estribación rocosa que había dado su nombre a aquel lugar. La piedra negra original había sido reforzada con toscos trabajos defensivos que hacían pensar en una dama vestida con la túnica de gala senatorial que hubiera decidido complementarlo con un sombrero equipado de parasol, armarito de bebidas y sistema estéreo. Leia creía poder abrirse paso a través de aquellas amenazadoras superestructuras de madera y acero siempre que estuviera dispuesta a sacrificar su manta cortándola en tiras para alargar el cable.

Lo logró, pero por muy poco. Lanzando el gancho desde un precario punto de equilibrio en lo alto de la espuela de rocas y ayudada por las ráfagas de viento, consiguió alojarlo en el erizamiento de vigas. Después soltó el cable para que colgara a lo largo de la pared, volvió a bajar al suelo y fue tambaleándose hasta el sitio en el que el cable, prolongado mediante las tiras de manta, estaba suspendido a un metro de la gravilla.

Habían transcurrido años desde la última vez en que escaló una pared. Cuando estaba a veinte metros de altura, con el cuerpo abofeteado por el viento, los brazos ardiendo de dolor y el escaso aliento que le quedaba pesando como una piedra dentro de sus pulmones, sintió que el vértigo se adueñaba de ella y pensó que se iba a desmayar.

Se envolvió los brazos con el cable, pegó la frente a la piedra negra e intentó vencer la oleada de mareo con un inmenso esfuerzo de voluntad mientras el viento la oprimía con el aplastante poderío de un torrente de hielo. Su cuerpo temblaba a causa del hambre y la fatiga. «Nunca lo conseguiré…».

Pero lo consiguió. Leia recogió el cable cuando hubo llegado a la cima y después se arrastró como una anciana exhausta hasta el amasijo de anillos blindados, reflectores y moduladores que atravesaban el pavimento por entre los baluartes protegidos con trampas y sistemas de alarma. Los gigantescos cañones láser apuntaban al cielo.

La noche hizo que las pálidas estrellas blancas del día brillaran con estática claridad entre la confusión de vigas y alambre de espino, y debilitó la martilleante brutalidad del viento. Leia usó su espada de luz para abrirse paso a través de las cerraduras de las puertas que llevaban a los niveles inferiores de la estación después de haber bloqueado con barricadas lo más sólidas posible las puertas que había detrás de ella. Al carecer de paneles de transpariacero, la estación artillera muy bien podía estar infestada por las mismas voraces alimañas mutantes que la habían atacado en la escalera de la casa de

Ashgad. En ese caso, probablemente se vería obligada a dormir en el tejado…, y probablemente acabaría congelada.

No vio a ninguna de aquellas criaturas, pero en la escalera había centenares de drochs del tamaño de una uña. Algunos se volvieron hacia ella bajo el pálido haz luminoso de la varilla que Leia mantenía dirigida hacia abajo, y empezaron a reptar decididamente peldaños arriba. Leia activó su espada de luz y deslizó la punta por entre ellos. Los drochs a los que rozó empezaron a sisear y se enroscaron sobre sí mismos para quedar convertidos en bolas de muerte calcinada. Los demás la siguieron mientras bajaba por la escalera.

El equipo de la estación era bastante antiguo, pero aún estaba en condiciones de funcionar. La mayoría de los anillos del armamento estaban sellados, pero los controles se hallaban al descubierto y consistían en un sencillo mecanismo intercambiador que transfería las funciones de puntería de los ordenadores sellados a las manos del operador. «Alguien tiene que haberles enseñado a construir estas cosas…». Leia accionó los interruptores de prueba para hacer un pequeño experimento y estudió las lecturas. El equipo de localización de blancos era bastante elemental, pero nadie que no hubiera recibido el adiestramiento necesario podría utilizarlo. Leia pensó que quizá se tratara de un conocimiento que los Oyentes iban transmitiendo junto con las doctrinas que oían predicar a las voces de los desiertos.

«¿Y qué razones pueden tener para querer destruir todas las naves que intentan llegar al planeta o despegar de él? ¿Actúan así únicamente porque quieren mantener este mundo en su situación de primitivismo actual?».

¿O había algo más?

Una punzada de dolor le atravesó la pantorrilla. Leia bajó los ojos y vio a tres o cuatro drochs enormes que se estaban enterrando en su carne a través de las tiras de cinta adhesiva con que se había envuelto las piernas. El agotamiento y una leve falta de aire parecieron tirar de ella, tal como lo habían hecho después del ataque de las criaturas de la escalera. «Deben de ser parientes de los drochs», pensó, apartándose de las consolas de puntería y haciendo girar la varilla luminosa en un lento arco. El suelo estaba punteado por las siluetas redondas y aplanadas de los insectos. «Sigue moviéndote —pensó—. No permitas que tus pies se queden quietos demasiado tiempo en el mismo sitio».

La cámara artillera era redonda y enorme, y saltaba a la vista que ocupaba todo un nivel de la achaparrada estructura de la torre. No había absolutamente nada en ella que pudiera aunque sólo fuese sugerirle la existencia de equipo de comunicaciones. Lámparas que nunca volverían a funcionar colgaban de las bóvedas ennegrecidas por el humo.

Una escalerilla de acero situada en el centro del suelo comunicaba con el nivel inferior, y allí también había equipo protegido por mamparos metálicos cubiertos de mugre y manchados de hollín. En el suelo había esparcidas mantas deshilachadas, montones de flechas y lanzas y cajas llenas de balas de metal, cápsulas cerámicas explosivas, perdigones y metralla envuelta en trocitos de papel. Leia se apoyó en la escalerilla, luchando contra otra oleada de vértigo, el cuerpo tembloroso y

repentinamente helado. «Los drochs —pensó—. La luz del sol hará que me sienta mejor…». Pero un instante después comprendió que aquellas sensaciones igualmente podían ser fruto del agotamiento, el hambre y un esfuerzo físico al que no estaba acostumbrada.

Y un instante después oyó el deslizamiento y el estrépito repentino de vigas y muebles que caían al suelo.

«¡La barricada!». Su corazón dejó de latir durante unos segundos. Unas botas se movieron sobre el suelo encima de su cabeza, envueltas en un tenue eco de pasos, y la áspera blancura de un haz de luz sódica tembló y centelleó por la abertura del suelo. Unas voces hablaron en susurros. Una rápida mirada a su alrededor le reveló que la escalerilla terminaba allí: el resto de la torre debía de estar ocupado por los sistemas que suministraban energía a los cañones. Aunque sabía que los huecos llenos de oscuridad agazapada entre la maquinaria y los equipos estarían repletos de drochs, Leia se metió entre dos cajas negras carentes de toda identificación y aferró la espada de luz con su mano amoratada y llena de arañazos. La luz procedente de arriba se fue intensificando, se movió con el movimiento inconfundible de un objeto transportado en la mano y giró para deslizarse sobre el suelo y examinarlo. Alguien dijo «Mira», y un siseo le hizo callar.

«Los drochs muertos —pensó Leia—. También debo de haber dejado huellas en el polvo del suelo…».

La mera idea de que tendría que luchar era como un dolor que hizo vibrar todo su cuerpo. «Oh, Luke —pensó—. Si salgo de aquí con vida te juro que empezaré a adiestrarme contigo, aunque sólo sea para ponerme en forma…».

Sus manos heladas se deslizaron sobre el interruptor de activación de la espada de luz.

Un torrente de claridad surgió desde arriba y una sombra bajó dos peldaños de la escalerilla, y después saltó ágilmente al suelo y desapareció al instante entre las sombras, un guerrero que busca refugio. Otras sombras acababan de aparecer arriba e impedían que la mayor parte de la luz llegara hasta Leia, pero un haz perdido iluminó una chaqueta roja arañada por la arena, un torbellino de velos color humo y las placas metálicas y las hebillas de unas botas muy gruesas. Después hubo un movimiento, y la hoja amarilla como un sol de una espada de luz surgió de la nada con un tenue zumbido.

—Sal de ahí —dijo una voz de mujer.

Leia, confusa y aturdida, bajó el arma.

—¿Calista? —murmuró.

La hoja de energía descendió lentamente, y la silueta roja inmóvil delante de ella alzó una mano enguantada para apartar los velos que envolvían su rostro.

—¿Leia?

Capítulo 16

—Somos las armas de la Fuerza. —Los fuertes dedos de Calista tiraron del rollo de cinta adhesiva hasta dejarla tensa mientras buscaba un cuchillo en el bolsillo de su chaqueta carmesí con la mano que tenía libre. Por encima de su cabeza, las vigas de hierro de los baluartes defensivos de la estación artillera se perdían en la oscuridad, un mortífero cedazo de alambre-navaja astutamente construido para atrapar el gélido resplandor diamantino de las estrellas—. Siempre lo hemos sido. Desde el inicio de la Orden, desde que los seres inteligentes empezaron a entender la existencia de la Fuerza por primera vez…

—Eso es lo que me asusta —murmuró Leia.

—Lo sé.

Calista cortó el trozo de cinta, acabó de sujetar a los restos destrozados de la bota de Leia la suela de cuero de cu-pa que había recortado y le devolvió el rollo de cinta, doblando el cuchillo y guardándoselo en el bolsillo, nuevamente con una sola mano y con la rápida economía de movimientos propia de una persona acostumbrada a hacer aquel tipo de arreglos improvisados. El rostro que había pertenecido a Cray Mingla había cambiado. Por mucho que buscara los rasgos de la joven investigadora que había conocido en el pasado —la mujer que entregó su cuerpo a Calista para así poder buscar a su amante en el Otro Lado—, Leia sólo podía ver a la Jedi perdida, la mujer de la que su hermano estaba tan profundamente enamorado. La claridad incolora de las estrellas revelaba que los delicados tonos rubios de los cabellos de Cray habían desaparecido por completo de las abundantes masas de la cabellera de Calista. Oscuros con la oscuridad, bajo la luz del día aquellos cabellos tendrían el suave color castaño que ya habían empezado a adquirir cuando Leia la había visto por última vez junto a Luke. Sus ojos grises quedaban casi totalmente ocultos entre las sombras proyectadas por las delicadas curvas de las oscuras cejas.

—Creo que en realidad Luke no entiende eso.

Calista volvió la cabeza en un giro casi imperceptible cuando sus oídos captaron un sonido procedente del otro lado de la enorme bocacha negra del cañón, que se alzaba hacia el cielo en el centro del techo abierto de la estación. Pero sólo era un theraniano que estaba conectando un pequeño pero potente calentador eléctrico para preparar la cena y que llamaba a un par de las jóvenes de la partida. El viento del anochecer se había calmado. Bé, el Oyente de la partida de theranianos, un hombre delgadísimo que tanto podía tener treinta años como cincuenta, pasó tan silenciosamente como una sombra por entre los jinetes que desplegaban mantas, limpiaban armas y conversaban en voz baja a su alrededor.

La Fuerza era un mar oscuro que vibraba y resonaba en la noche. Leia se preguntó si Calista podría percibirlo tal como ella lo percibía.

—Han intentado utilizarle desde el momento en que extendió la mano y llamó a su espada de luz para que viniera volando hacia él —siguió diciendo Calista—. Vader quería

atraerle hacia el lado oscuro. Palpatine quería que le sirviera. El clon de Palpatine consiguió esclavizarle durante algún tiempo. Pero Luke es fuerte…, más fuerte de lo que él mismo sabe o se imagina. Y para él sólo existe un propósito en la vida. Supongo que se podría decir que tiene un corazón puro.

Se cruzó de brazos, más tranquila y relajada de lo que Leia la había visto jamás en presencia de Luke durante los últimos días en que estuvieron juntos. Su aliento creó una humareda de diamantes cuando volvió a hablar.

—Luke no anhela el poder. De hecho, creo que no entiende a quienes sí lo desean.

—Tienes razón.

Leia nunca había pensado en ello desde aquel punto de vista, pero enseguida se dio cuenta de que Calista estaba en lo cierto. Luke nunca había aspirado a mandar sobre nada más grande que un escuadrón de cazas. No poseía las dotes tácticas de Han. Y en cuanto a la Academia Jedi, lo único que pretendía con ella era enseñar y aprender para seguir abriendo los caminos de la Fuerza a todos. Quería una Orden Jedi para poder formar parte de ella, y no para poder disponer de alumnos que obedecieran hasta la más insignificante de sus órdenes.

—Pero tú sí puedes entender a esa clase de personas.

—Sí…

—Entonces entiendes por qué tuve que irme.

Leia suspiró, con todo un susurro de pena encerrado en aquel sonido.

—Sí.

Y, en cierta forma, siempre lo había entendido.

El silencio se prolongó durante unos momentos mientras los cristales de los picachos capturaban la implacable claridad fragmentada de las estrellas.

—Y yo soy como Luke —siguió diciendo Calista, en un tono tan bajo como si estuviera hablando consigo misma—. Nunca quise el poder. Sólo lo deseaba para poder aprender, para poder estar con otras personas a las que me fuera posible entender… Pero la gente siempre intenta utilizar a quienes poseen nuestra clase de poder, Leia. Vader quería utilizarte. Si no hubiera hablado de sus intenciones de hacerlo, no creo que Luke hubiera podido llegar a sentir una ira lo bastante intensa para ser capaz de perseguirle y enfrentarse a él en un combate a muerte. Me contaste cómo Thrawn y Pellaeon intentaron secuestrar a tus hijos, cómo C'baoth quiso utilizarlos para que fueran las armas de sus ambiciones… He visto cuánto te esfuerzas para tratar de enseñar la nobleza y el sentido de la justicia a lacen y Jaina, y cómo intentas conseguir que escuchen a su corazón. Y haces todo eso para que no sean peones, ¿verdad? No quieres que puedan ser pervertidos. Pero seguirán siendo débiles durante mucho tiempo, porque son unos niños…, y los niños se dejan influir fácilmente por el amor, el odio y las mentiras.

—Sí —repitió Leia.

Se puso la bota, se envolvió en los pliegues de la gruesa capa de lana de majie toscamente hilada que alguien le había prestado y fue hasta el parapeto junto al que

estaba sentada Calista. Le había contado su sueño, y le había hablado del miedo que la había estado siguiendo desde entonces.

—Quiero que sean felices —dijo, y apoyó la mejilla en el metal arañado por el viento de la viga—. Quiero que sean niños y que puedan disfrutar de la inocencia a la que tienen derecho por el mero hecho de haber nacido. Pero al mismo tiempo sé que no pueden limitarse a seguir el camino que más les apetezca. Tienen el poder de usar la Fuerza, y por eso debo enseñarles a distinguir las mentiras de la verdad y a defender la justicia de la misma manera en que mi padre…, en que Bail Organa defendía la justicia. He de… He de proteger a la próxima generación de lo que podrían llegar a hacerle, de la misma manera en que he de proteger a la generación actual de mí misma.

Bajó la mirada hacia la mujer que seguía inmóvil junto al parapeto y vio cómo los ojos iluminados por las estrellas de la Jedi perdida brillaban con la comprensión de lo que había intentado explicarle, y supo que Calista comprendía cuál era aquel miedo inmensamente oscuro que se agazapaba entre las imágenes del sueño.

—Si quieres proteger a esta generación de ti misma debes seguir el camino de los Jedi, Leia —dijo Calista con delicada dulzura—. Luke tiene razón: debes seguir ese camino en vez de tratar de huir de él.

Se levantó, desdoblando lentamente su alta y delgada silueta envuelta en prendas de color púrpura que parecían casi negras bajo la iridiscencia estelar y la pálida claridad reflejada por las piedras resplandecientes. La ausencia de océanos que calentaran la atmósfera hacía que las noches de Nam Chorios fuesen increíblemente frías incluso durante el verano. Leia se metió las manos enguantadas en los sobacos, preguntándose cómo se las arreglaban los theranianos para sobrevivir, noche tras noche, acampando a la intemperie bajo las estrellas.

—En Hweg Shul conocí a una mujer llamada Taselda, una antigua adepta Jedi de cuarta categoría que vino hace siglos a este planeta en busca del poder…, de la misma manera en que vine yo.

—Beldorión me habló de ella —dijo Leia—. ¿Eran socios?

—Vinieron aquí juntos. Llevan tanto tiempo contándose mentiras a sí mismos, el uno al otro y a todo el mundo, que no estoy muy segura de qué ocurrió exactamente. Los dos eran adeptos, pero ninguno tenía mucho poder. Sólo uno de ellos había recibido el adiestramiento necesario para construir una espada de luz, pero no sé de cuál de los dos se trataba. Creo que ahora ni Beldorión ni Taselda son capaces de construir una espada de luz. Como yo, vinieron aquí en busca de una respuesta fácil.

—Creía que los hutts no podían usar la Fuerza.

—No subestimes la Fuerza, Leia —dijo Calista—. Su luz es tan poderosa que puede dar origen a cualquier cosa. En el planeta Dagobah existe un árbol que posee una enorme capacidad para el uso de la Fuerza. Las orugas marinas de los océanos de Calamari la utilizan para atraer el plancton hacia sus bocas, y siguen haciéndolo hasta que llegan a ser más grandes que un caza estelar. Pero no poseen el tipo de mente inteligente capaz de aprender a usarla para otros fines…, y es mejor que sea así.

Calista suspiró.

—Esa persona que había sido esclavizada y de la que me habló Liegeo, la que Beldorión vendió o cedió a Dzym a cambio de alguna clase de compensación… Eras tú, ¿verdad? —preguntó Leia, comprendiendo de repente algo que se le había escapado hasta aquel momento.

Calista tardó tanto en responder que Leia temió haberla irritado, pero acabó asintiendo.

—Ya había sido esclava de Taselda, y mi anhelo y mi desesperación hicieron que me dejara esclavizar de nuevo —murmuró—. Taselda me utilizó, de la misma manera en que me habría utilizado Beldorión si hubiera podido serle útil…, y de la misma manera en que te habría utilizado a ti.

Leia volvió a asentir. El dolor que ardía en el rostro de Calista era casi insoportable y Leia sintió que la ira volvía a agitarse dentro de ella, aunque esta vez no iba dirigida directamente contra Ashgad sino contra todos ellos: Beldorión, los seguidores del Partido Racionalista, Getelles…, todos los hombres y mujeres que estaban dispuestos a hacer lo que fuese para alcanzar sus mezquinas metas y que destrozaban y arruinaban vidas durante el proceso, sin ser capaces de ver nada que no fuese sus propios anhelos y deseos. Pero la ira estaba impregnada de amargura, como una frágil capa de hielo quebradizo acumulada sobre un pozo silencioso e inmóvil lleno de una pena infinita.

—Mientras pueda ser manipulada de esa manera —prosiguió Calista—, mientras pueda ser usada, mientras no haya recuperado mi poder para usar la Fuerza, seguiré siendo una candidata ideal para el lado oscuro. Ahora mismo me encuentro sumergida en su sombra. Si hay un camino para mí, tendré que recorrerlo en solitario. Amaré a Luke hasta el día de mi muerte y más allá de él, pero no lo arrastraré a las profundidades de esa sombra conmigo. Haz que lo entienda, Leia, por favor…

—Bueno, ¿qué tenemos aquí?

Han entró en el puente, y mientras se quitaba el casco y los guantes del traje-a sus ojos percibieron al instante el parpadeo de las luces rojas encendidas en el tablero de comunicaciones, y sus oídos captaron la sombra de preocupación oculta en el gruñido con el que Chewbacca había avisado a Han y a Lando de que debían volver a la nave lo más deprisa posible. En el exterior, un silencio aterrador yacía sobre las llanuras de lava negra de Exodo II y el polvo eterno esparcido alrededor de los agujeros excavados por los ghaswars, la forma de vida más abundante del planeta, temblaba nerviosamente bajo el resplandor de los focos del *Halcón Milenario*. Los restos del crucero de exploración cuyo rastro habían seguido hasta allí se encontraban en un estado muy parecido a los del *Corbantis*, con la única diferencia de que los motores llevaban mucho tiempo fríos y de que no había supervivientes, ya que toda la tripulación había sucumbido al envenenamiento radiactivo, la asfixia, el frío y las perforaciones de los ghaswars.

Chewbacca gruñó una réplica e hizo aparecer la lectura en la pantalla.

Han la contempló, perplejo y anonadado.

—Tiene que ser un error.

Lando llegó a toda prisa por el pasillo. Se había quitado el traje-a y se estaba peinando la rizada cabellera negra. Los cadáveres del crucero destrozado *le* habían afectado de una manera terrible, y el hecho innegable de que el crucero hubiera sido destruido por los diminutos misiles parecidos a cuchillos que habían infligido tremendas heridas al *Corbantis* y habían estado a punto de destruir el *Halcón* le había horrizado todavía más.

—He echado un vistazo a esas lecturas barométricas, viejo amigo, y si queremos salir de este planeta antes de que empiece la próxima marea atmosférica será mejor que…

Lando se calló y *permaneció inmóvil*, con los ojos clavados en los datos que el wookie acababa de transferir al monitor *principal*.

—¿Qué infiernos es eso?

—¿Qué te parece que es? —preguntó Han, que todavía no podía creer lo que estaba viendo—. Es una flota invasora que acaba de salir del hiperespacio y que viene hacia aquí.

—Oh, cielos… ¿Qué crees que estás haciendo, Erredós? —Cetrespeó se apresuró a seguir a su congénere mientras el androide astromecánico salía de su inmovilidad, hacía girar sus ruedas en el mismo instante en que se cerraban las puertas del compartimiento de confiscación y avanzaba hacia el panel de acceso situado junto a ellas—. ¡Debo decir que desde que el pobre capitán Bortrek te colocó todos esos circuitos de interconexión extra, te has estado comportando de una manera realmente extraordinaria! Sabes tan bien como yo que estos pernos de sujeción nos impedirán salir de esta sala.

Erredós se limitó a emitir un zumbido interrogativo.

—¿Por qué?

Erredós se lo explicó.

—No lo entiendo —protestó Cetrespeó—. Incluso suponiendo que pudiera sacar ese panel, no veo cómo eso va a salvar al pobre amo Yarbolk de que lo lancen al espacio por la escotilla. ¡Y si nos descubren, como seguramente ocurrirá, podríamos vernos metidos en un lío terrible!

Erredós observó que, puestos a hablar de problemas, le parecía que no podía haber ninguno más terrible que el ser diseccionado para que aprovecharan tus microprocesadores y que luego se compensara a tu antiguo propietario con un cinco por ciento del precio original que había pagado al comprarte.

—¡No he sido programado para esta clase de cosas! Oh, cielos… ¿Por qué nadie me cree nunca?

Cetrespeó colocó un índice metálico sobre el centro de la placa de acceso situada encima de la puerta del panel y empujó, presionando la placa con toda la fuerza que podía llegar a generar la articulación hidráulica de su brazo. Fueran cuales fuesen las circunstancias, jamás habría utilizado su fuerza contra ninguna variedad de carne viva,

pero el metal era metal y, al quedar bastante por debajo del estándar de resistencia militar, aquel metal se fue curvando a lo largo del borde hasta quedar lo suficientemente doblado para permitir que Cetrespeó pudiera colocar los dedos debajo de la placa y tirar de ella hasta soltarla. Erredós procedió a emitir una sarta de instrucciones.

—¡Me temo que esos circuitos adicionales han perturbado el funcionamiento de tus modificadores lógicos, Erredós! Cables verdes unidos a conexiones coaxiales… ¡Tú no tienes conexiones coaxiales! Oh, qué más da… —Cetrespeó abrió la placa de acceso de uno de los sistemas adicionales de color gris plateado atornillados al flanco de su congénere—. Creo mi deber decirte que estoy seguro de que no te sentarán nada bien.

Pero Cetrespeó unió las conexiones a los cables verdes y después escuchó con gran atención el torrente de pitidos, canturrees y zumbidos que Erredós introdujo en el sistema de retes internos de la nave de cuarentena.

—¡Eso es una mentira manifiesta y palpable, Erredós! —declaró luego con gran indignación—. Lo primero que haces es desactivar el mecanismo de apertura de las puertas de la escotilla número tres, y a continuación haces que el sistema crea que esas puertas se han abierto…, y aun suponiendo que consigas ayudar al amo Yarbolk a escapar de esa escotilla, tienes que saber que eso no nos beneficiará en nada. Mientras llevemos puestos los pernos de sujeción seguiremos siendo incapaces de salir de este compartimiento, y el amo Yarbolk sigue sin poder salir de esta nave.

El androide de protocolo dio la espalda a Erredós, los brazos cruzados sobre el pecho para imitar la forma en que los humanos expresaban su indignación y su deseo de no querer meterse en líos.

—No quiero tener nada más que ver con todo esto —anunció. Erredós dejó escapar un quejumbroso gemido electrónico, pero no pidió ser sacado de la escotilla de acceso y se limitó a ir produciendo una sucesión de zumbidos y pitidos ocasionales que indicó a Cetrespeó que el pequeño androide astromecánico estaba absorbiendo datos del ordenador principal del crucero. La naturaleza exacta de ésos datos le quedó muy clara cuando Erredós se bamboleó sobre sus ruedas y soltó un trino de excitación. Las puertas del compartimiento de confiscación se abrieron un instante después, y Yarbolk entró corriendo en el recinto.

—Os debo un favor —susurró a toda prisa mientras rebuscaba en su bolsillo para acabar sacando un extractor de pernos magnéticos y unas tijeritas de cortar cables—. Hermanos, os debo un montón de favores. ¡Esta nave apesta! Sólo el Gran Pez Verde sabe quién habrá sobornado a esa capitana para que me lanzara por la escotilla y cuánto dinero le habrán pagado. Aunque quizá pensó que sólo era una orden más que debía obedecer, naturalmente…

—Podría ser —murmuró Cetrespeó con voz pensativa mientras el chadra-fan abría el perno de sujeción que rodeaba su pecho dorado—. Erredós afirma que hay un traidor, o por lo menos una considerable filtración informativa, en el seno del Consejo Galáctico.

—Y los rebeldes han tomado Coruscant —masculló Yarbolk, pasando a ocuparse de Erredós—. Cuéntame algo que no sepa, ¿de acuerdo? Antes dijiste que Ashgad había secuestrado a la dama 0-S. ¿Es verdad?

Cetrespeó titubeó mientras inquietantes visiones de una cobertura informativa a escala galáctica inundaban sus circuitos de lógica deductiva.

—Porque si es verdad, será mejor que no se te ocurra hablar de ello, mi hojalatesco amigo, a menos que quieras que la dama acabe sufriendo el lamentable destino del que he escapado por muy poco. Y en cuanto a eso de que hay un traidor en el Consejo… ¡Peces, pero si ya me lo había imaginado hace semanas! Loronar compra y vende senadores y gobernadores tanto en la Nueva República como fuera de ella. Lo único que necesita es hacer unas cuantas contribuciones estratégicas a buenas causas. ¿Te importaría sujetar esa puerta, Tresito? Se volverá a cerrar en cuanto haya logrado quitarle esta cosa a Dosito… Ah. Gracias.

Yarbolk juntó los cables y haces coaxiales en un gran manojo, lo metió en la caja de intercambios del costado de Erredós y volvió a poner en su sitio la tira de cinta adhesiva plateada que había mantenido cerrado el panel.

Todos esos senadores tienen algún punto ciego. Causas favoritas, asuntos a los que dan preferencia… Ya sabéis, cosas como «el orden en la galaxia», o «los derechos de todas las especies inteligentes», o «el derecho que asiste a una especie inteligente obviamente superior a la hora de obligar al resto de especies inteligentes a ir por el buen camino tanto si les apetece como si no». Loronar siempre hace cuanto puede para enterarse de cuáles son esos puntos ciegos.

Yarbolk había echado a andar por el pasillo mientras hablaba, moviendo rápidamente sus peludos pies sin hacer ningún ruido mientras sus enormes fosas nasales olisqueaban el aire con delicados resoplidos. En un momento dado se detuvo y empujó a los dos androides hacia el hueco de la puerta de un hangar. Dos guardias sullustanos pasaron junto a ellos, con las armas colgando de los hombros como si se hubieran olvidado de ellas y los cuerpos encorvados por la fatiga.

—Dad gracias a vuestros tornillos de la suerte, chicos. Este crucero anda un poco escaso de tripulantes, y todo el mundo está muy ocupado con esos contrabandistas aqualishianos del área de detención. ¿En cuál de estos hangares está su nave, Dosito?

Erredós dobló una esquina en un rápido viraje lleno de decisión y fue hacia un corto tramo de pasillo que llevaba a un hangar cuyas puertas, sorprendentemente, estaban abiertas. Entraron en el hangar y Yarbolk cerró manualmente las puertas desde dentro. El hangar era muy pequeño y estaba casi totalmente ocupado por el ovoide lleno de protuberancias del navío de los contrabandistas aqualishianos. El campo magnético desplegado sobre el óvalo del acceso de entrada relucía con tenues destellos al otro lado del oscuro huevo verde plateado de la nave. Yarbolk metió las conexiones coaxiales de Erredós en la escotilla de acceso de la puerta del hangar.

—Supongo que necesitaremos unos cinco minutos, ¿no? Erredós respondió con un suave zumbido.

—¿Intentas hacerme creer que eres capaz de poner en marcha esa monada en tan poco tiempo?

Erredós emitió un nuevo zumbido, esta vez claramente lleno de indignación.

—De acuerdo, de acuerdo. En cuanto has conseguido pillarles el truco, esos trastos resultan facilísimos de pilotar. Dudo que disponga de energía suficiente para llegar hasta Cibloc, pero en Budpock hay un tipo que lo comprará sin hacer ninguna clase de preguntas, cargamento incluido. Con lo que saquemos debería bastar para que yo pueda volver al Núcleo y vosotros podáis llegar a Cibloc.

—Oh, no, otra vez no —gimió Cetrespeó mientras se apresuraba a seguir a Erredós y a Yarbolk, que ya habían empezado a cruzar la cubierta en dirección a la nave aqualishiana—. Espero que esta vez consigamos encontrar un disfraz más convincente. Si se me permite hablar con franqueza, debo decir que estoy empezando a hartarme deque todos los seres inteligentes con los que nos tropezarnos me traten como si fuera una propiedad en potencia.

—No te preocupes —le tranquilizó el chadra-fan.

Yarbolk cerró la escotilla detrás de ellos, hizo girar los anillos de bloqueo (teniendo en cuenta que habían sido construidas por una civilización capaz de viajar por el espacio, no cabía duda de que las naves aqualishianas presentaban algunas características sorprendentemente primitivas) y precedió a los dos androides hasta el puente, donde volvió a conectar a Erredós al núcleo del ordenador y se encaramó al taburete que había delante de la consola, dejando que sus piececitos peludos colgaran en el vacío.

—Tengo un plan…, y mi plan no depende de que tengáis que fingir ser algo que no sois —les explicó Yarbolk.

Cetrespeó no dijo nada, pero la parte de su unidad de procesamiento central encargada de formar opiniones para que sirvieran como paradigmas de protocolo a efectos de facilitar la comunicación le informó de que ya estaba más que harta de planes.

Nadie podía negar que estaban total y absolutamente perdidos.

Luke se detuvo entre las espesas sombras que se acumulaban junto a la base de la meseta y alzó los ojos hacia el acantilado lleno de estriaciones para contemplar la masa de negrura del complejo de Seti Ashgad, y se preguntó cuántos de aquellos rectángulos de claridad amarilla y blanca indicaban una presencia. ¿Correspondería alguno de ellos a la prisión de Leia, o la tenían prisionera en algún lugar del corazón de la casa, dentro de la roca de la misma meseta?

Temblando a causa del terrible frío, desplegó el poder de su mente e intentó establecer contacto con la de su hermana —«Leia…»—, pero no tenía forma alguna de saber si había podido oírle. El susurro de la Fuerza que le envolvía vibraba con una potencia terrible en la oscuridad, ejerciendo presión sobre su mente y tirando de sus pensamientos con tanta insistencia que Luke tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerlo a raya. De la misma manera en que había formas de utilizar la Fuerza para evitar ser visto, también se la podía utilizar para evitar que ciertos tipos de sensores captaran una imagen. Luke esperaba que ese tipo de uso menor de la Fuerza sería tan

poco perceptible que no llegaría a provocar ninguna clase de reacción en otro lugar del planeta.

En cuanto a lo que podía estar ocurriendo en otros lugares de la galaxia como resultado del secuestro de Leia y con qué otros acontecimientos podía haber estado coordinado aquel secuestro… Bueno, Luke prefería no pensar en eso.

Había traído consigo una caja de herramientas del taller de Croig —dejando la mayor parte de sus escasos ahorros como pago—, y no necesitó mucho tiempo para desconectar el cableado de la alarma y hacer saltar los pestillos de la puerta. Su pequeña varilla luminosa le mostró un muelle de atraque de permacreto en el que había una esbelta Carroza Mobquet negra y que, a juzgar por las manchas del suelo, también solía acoger a otros dos deslizadores, uno de los cuales tenía un anillo trasero que no funcionaba correctamente. Las puertas de un turboascensor brillaron con un tenue reflejo bajo la luz. Luke deslizó el haz luminoso a lo largo de la pared, buscando la puerta de una escalera, y una multitud de drochs tan grandes como su pulgar se apresuró a huir de la trayectoria de la luz.

«La escalera estará todavía peor», pensó.

Yoda le había dicho que la Fuerza era vida y que unía *e* interrelacionaba a todos los seres vivos. Lo que Luke sintió mientras permanecía inmóvil en la entrada de la escalera y forzaba al máximo todos los sentidos que era capaz de utilizar no se parecía a nada de cuanto había sentido hasta aquel momento…, y Luke deseó no volver a sentirlo jamás.

Porque estaba captando la presencia espesa y asfixiante de la vida, de una vida enorme que parecía abarcarlo y comprenderlo todo. ¡No podía haber tantas criaturas en el pozo de aquella escalera! Había millones de seres vivos, miles de millones… La sensación de vida resultaba abrumadora, y sin embargo había algo espantosa e inexplicablemente erróneo en ella, algo maligno, podrido y repugnante. Era como un miasma pestilente, una sensación de fermentación tan hinchada, podrida y asquerosa como un tejido canceroso. Luke no sabía cómo debía interpretar aquellas sensaciones y no tenía ni idea de qué significaban, y tampoco podía estar seguro de si sus percepciones eran correctas. Ni siquiera podía saber si lo que estaba captando era la presencia de miles de millones de vidas o la de una sola, tan colosal como asquerosa, que parecía aguardar su llegada.

Pero Leia tenía que estar ahí arriba.

La espada de luz cobró vida en su mano con un suave canturreo. Luke sujetó la pequeña varilla luminosa provista de un clip de la caja de herramientas al bolsillo delantero de su mono y la encendió.

Un tramo de peldaños de permacreto subía hasta un rellano y luego giraba para desaparecer de su campo visual. Oscuridad, y algo que se movía a lo largo de las paredes. Aquella sensación interior de maldad que resultaba casi asfixiante hacía que fuera imposible saber nada más sobre qué podía estar aguardándole allí arriba, ya fuese forma, tamaño, olor o sonido.

Luke empezó a subir cautelosamente.

Dejó atrás un rellano, dos, tres. Cada interrupción de la escalera estaba separada de la anterior y la siguiente por un tramo de veinte peldaños. La meseta parecía tener bastante más de trescientos metros de altura, pero no había forma de saber hasta dónde llegaban los cimientos de la casa. Luke no pudo ver holocámaras ni visores en la escalera, y sus ojos sólo consiguieron percibir la opresiva monotonía de las paredes de permacreto ensuciadas por las huellas marrones que dejaban los drochs. La unión de las paredes y el suelo casi se había vuelto de color sepia debido a las asquerosas exudaciones de sus cuerpos.

Una punzada de dolor le atravesó la pantorrilla y Luke bajó la mirada para ver a media docena de drochs enormes —tenían la longitud de su pulgar— retorciéndose y trepando por sus botas. Varios drochs habían logrado atravesar la pernera de sus pantalones y ya se estaban enterrando en la carne. Luke los contempló, asqueado, y después sacó un hipopropulsor de su cinturón y utilizó el émbolo para quitarse de encima a los que todavía no le habían mordido, pero ya había más drochs avanzando decididamente hacia él por el suelo.

Cuando se inclinó, la claridad de su pequeña varilla luminosa cayó sobre aquellos drochs, y Luke se sorprendió al ver que algunos de ellos poseían miembros claramente delimitados, tentaculares o terminados en garras-pinza, y que a veces los dos tipos de miembros coexistían en un mismo organismo. Luke apretó el paso, recordándose a sí mismo que Arvid le había dicho que después de morder los drochs se limitaban a morir y acababan disolviéndose dentro de la carne…

Pero el dolor en la pantorrilla fue seguido por un intenso cansancio y una lasitud helada, a los que no tardaron en unirse un nuevo dolor en el pecho y el repentino y abrumador deseo de dormir.

Luke dobló una esquina y llegó a otro rellano…, y allí estaban.

El suelo se hallaba cubierto por sus cuerpos amarronados. Entre la masa reluciente había media docena de drochs casi tan grandes como la mano de Luke, criaturas con forma de araña o de artrópodo, algunas de ellas provistas de patas de batracio saltarín tan robustas como las de un saltalirios cabuloidano.

Luke retrocedió, anonadado, y algo le golpeó desde atrás y se adhirió a su espalda por entre los omóplatos, y un dolor tan intensamente cortante como el filo de un cincel le atravesó la nuca.

Se lanzó sobre la pared, aplastando a lo que quiera que fuese aquella cosa contra el permacreto pero, como si su reacción hubiera sido una señal, los drochs del suelo se pusieron en movimiento y avanzaron hacia él, medio saltando y medio correteando. El dolor del cuello aún estaba produciendo nuevos ecos, aunque el fluido pegajoso que se deslizaba por su espalda indicó a Luke que la criatura que le había atacado estaba muerta. Giró sobre sus talones para huir escalera abajo y vio que los drochs se habían congregado detrás de él, grandes y pequeños, algunos de ellos enormes, repletos de patas y clientes y tan veloces como lagartos. Una oleada de debilidad recorrió todo su ser junto con la agonía de cien mordeduras, como si todas las venas de su cuerpo hubieran sido abiertas

de repente…, y Luke comprendió al instante que lo que estaba perdiendo no era la sangre sino la vida, y supo que aquellas criaturas estaban absorbiendo el campo electroquímico de su sistema nervioso para robarle la mismísima esencia vital de su carne y su corazón.

Se desplomó contra la pared, aferrándose al permacreto para permanecer erguido y sabiendo que si se derrumbaba entre los drochs era hombre muerto. Las criaturas esquivaban los mandobles de su espada de luz, un arma que era a la vez demasiado grande para tocarlas y demasiado lenta pese a su velocidad. Luke volvió la mirada hacia los peldaños que había delante de él y vio al droch más grande de todos aquellos con los que se había encontrado hasta el momento, una criatura casi el doble de grande que sus dos puños juntos, una masa carcinomórfica que le contemplaba con dos ojos resplandecientes situados sobre dos cortos zarcillos. «Es inteligente —pensó—, o le falta muy poco para llegar a serlo».

Y, de alguna manera inexplicable, Luke supo que era aquella criatura la que había orquestado el ataque del que estaba siendo objeto, y que le había permitido ascender por la escalera hasta llegar lo bastante lejos para que no tuviera ninguna posibilidad de bajar.

Le lanzó un mandoble, tambaléandose a causa de la debilidad. La criatura se apartó de un salto. Las rodillas de Luke se doblaron bajo su cuerpo y cayó, jadeando, aturdido y mareado, sintiéndose atravesado por una multitud de punzadas de dolor como si estuviera rodando sobre un lecho de agujas…

E invocó a la Fuerza.

La llamó como si la Fuerza fuese un vendaval impregnado de luz y la Fuerza acudió a él como un vendaval impregnado de luz, arrancando a los drochs de su cuerpo como en una ocasión Vader había arrancado armarios, taburetes y barandillas de la infraestructura de la cámara de congelación de la carbonita en Bespin para lanzarlos contra él. Pero lo que hizo Luke fue apartar a los drochs de su cuerpo, aplastándolos contra las paredes y tratando de incorporarse mientras más drochs fluían hacia él desde lo alto de la escalera y desde los peldaños que había más abajo.

«No puedo hacerlo —pensó—. El equilibrio de la Fuerza ha quedado roto. Esto destruirá algún otro lugar…».

Pero cuando los drochs volvieron a adherirse a su cuerpo, acuchillándole la carne con sus bocas codiciosas a través de la tela desgarrada de su mono, el pánico y el horror se adueñaron de Luke y comprendió que debía utilizar la Fuerza… o morir.

La energía psicocinética cayó sobre los drochs como un torbellino, desgarrándolos y arrancándolos del cuerpo de Luke para arrojarlos contra las paredes o escalera abajo, y Luke tuvo fugaces atisbos, entre el tembloroso huracán de claridad rota y astillada, de cómo los drochs más grandes capturaban a los más pequeños y pegaban sus bocas a sus cuerpos para lanzarse nuevamente sobre él a continuación. La sensación asfixiante de vida putrefacta y fermentada invadió su cerebro con una creciente abundancia de vida, como si cada droch se fuera hinchando con las vidas que absorbía de sus víctimas.

«Si estás dispuesto a robar dos créditos, ¿por qué no robar el banco? —pensó Luke—. Después de lo que acabo de hacer, no veo por qué he de seguir tratando de pasar

desapercibido…». Concentró la Fuerza por delante de él y subió tambaleándose por la escalera, trepando sobre las manos y las rodillas, mientras seguía percibiendo cómo el gran droch artrópodo se iba retirando por encima de su cabeza, con las garras chasqueando sobre el suelo y los zarcillos oculares vigilándole como estrellas maléficas desde la oscuridad.

Capítulo 17

—¿Qué ha sido eso?

Leia se volvió en redondo ante algo que no era tanto un sonido como una puñalada impalpable dentro de su mente, una opresión repentina en su pecho que azotaba su consciencia con la violencia de un latigazo. Un estrépito ahogado de algo que caía llegó hasta ellas desde las profundidades de la torre cerrada y sellada. Bé, el Oyente, cogió una lámpara blanca y subió corriendo por el tramo de escalones que llevaba a la puerta de descenso para pegarse a ella como una araña. Uno de los theranianos que habían acampado en el techo empezó a gritar y a señalar con el dedo en ese mismo instante. Con un estremecimiento de horror, Leia vio cómo uno de los lanzagranadas subía lentamente por el aire y empezaba a golpear el blindaje negro del cañón central.

Convertido en un objeto fantasmagórico por la temblorosa claridad de las estrellas, el lanzagranadas volvió a chocar una y otra vez con el muro metálico, doblando el metal de su cañón bajo la violencia de las embestidas sin que fuera tocado por ninguna mano. Leia retro cedió hasta pegar la espalda al parapeto, preguntándose si era la única persona que estaba oyendo una especie de griterío lejano, un clamor de voces que resonaban dentro de su mente y que gritaban algo que no entendía.

Las voces se fueron debilitando. El lanzagranadas cayó de repente y volvió a quedar inmóvil sobre el pavimento, con el cañón doblado en un ángulo de casi noventa grados. Los estridentes chillidos de los cu-pas atados en el risco que se alzaba detrás de la estación artillera resonaron con súbita claridad en el silencio subsiguiente.

—La Fuerza —murmuró Calista—. Alguien está utilizando la Fuerza…

Leia se estremeció. Todos los deseos de aprender a utilizar la Fuerza que las palabras de Calista habían hecho surgir dentro de ella se esfumaron tan rápidamente como el hielo que se derrite bajo el sol del verano. «Si se trata de esto, si puedo llegar a convertirme en este poder irracional cegado por la rabia que destruye cuanto le rodea… No, entonces no quiero aprender a usar la Fuerza».

—¿Beldorión?

—Quizá —dijo Calista—. Todavía hay cierto poder dentro de él, aunque ya no puede usarlo ni controlarlo como había sido capaz de hacer en el pasado. Por eso quería controlarte.

Leia meneó la cabeza.

—No lo entiendo. —La misma atmósfera parecía susurrar con un murmullo de horror adormilado, como si una inmensa violencia estuviera agazapada entre las tinieblas y sólo aguardara el roce de un dedo para estallar—. La… La Fuerza de este planeta… ¿Crees que puede haberle afectado de alguna manera?

—Esto no tiene nada que ver con la Fuerza, Leia —replicó Calista—. Dzym y los drochs pueden absorber la vida. Son la plaga de la Semilla de la Muerte, Leia, y la dinastía de los Grissmath lo sabía. Sembraron el planeta de drochs con la esperanza de que los enemigos políticos a los que exiliaran aquí morirían. Pero la luz del sol

fragmentada por los cristales de este mundo genera una radiación que debilita los vínculos electroquímicos de sus tejidos. Eso impide que los drochs de mayor tamaño puedan atacar los procesos electroquímicos de la vida orgánica lo bastante deprisa para resultar nocivos antes de que sean absorbidos por sus anfitriones sin que éstos sufran ningún daño. En cuanto a los drochs más pequeños, los mata inmediatamente.

»No tengo ni idea de cómo el profeta Theran llegó a descubrirlo —siguió diciendo—. Sabemos tan poco de él… Lo que si está claro es que nunca llegó a descubrir que eran los drochs los que causaban la plaga, porque lo único que sabía era que ninguna nave que fuese lo bastante grande para poder estar provista de un blindaje pesado debía salir del planeta. Quizá fuese un espía, o un político que luchaba contra la dinastía. Pero por lo menos comprendió que el planeta debía permanecer sometido a una estricta cuarentena, y con el paso de los años la prohibición inicial se amplió a cualquier nave de gran tamaño que intentara posarse en el planeta. No sé cómo, pero Theran debía de saber que había alguna conexión.

—Y Ashgad los sacó de aquí en la carne de los sindroides —murmuró Leia—. ¿Cómo pudo llegar a hacer eso? ¿Cómo se las arregló para conseguir que atravesaran las pantallas de cuarentena? ¿Cómo puede controlarlos Dzym de la manera en que lo hace?

—No puedo demostrarlo, pero creo que los drochs poseen cierta forma de inteligencia —dijo Calista, hablando en un tono de voz tan bajo como el que había empleado Leia—. Incluso los más pequeños parecen capaces de actuar con una cierta inteligencia: imitan las formas, la química, las corrientes electromagnéticas… Son capaces de imitarlo todo, y de una forma tan completa que el parecido llega hasta el nivel celular. Por eso no pueden ser detectados. Creo que, en ciertos aspectos, también son capaces de imitar la inteligencia. Pasan a estar formados por la misma sustancia que sus anfitriones, y ese efecto se mantiene incluso cuando están absorbiendo sus vidas para introducirlas en ellos. Y los grandes, los drochs-capitanes, pueden absorber la vida de las víctimas a través de los drochs más pequeños sin necesidad de adherirse a sus anfitriones: ése es el momento en el que se vuelven muy peligrosos —añadió, meneando la cabeza—. Cuanta más vida absorben, ya sea la de sus víctimas o la de otro droch, más inteligentes se vuelven. También se hacen más grandes, y más capaces de mutar. Esas criaturas con las que te encontraste en la escalera de la casa de Ashgad y de las que me has hablado no estaban emparentadas con los drochs: eran drochs…, drochs que habían llegado a hacerse tan grandes porque habían devorado a otros drochs y absorbieron sus energías. La gente solía comérselos para absorber su vida y su energía.

—¿Y daba resultado?

El recuerdo de Beldorión rebuscando entre sus almohadones y metiendo drochs en aquella enorme rendija de la que goteaba saliva que tenía por boca volvió a la mente de Leia para llenarla de repugnancia.

—En cierta forma…, sí —dijo Calista.

La cuchillada de dolor y terror volvió a desgarrar a Leia y las voces iniciaron un nuevo clamor dentro de su cabeza, y de repente la negra boca de un desfiladero que

quedaba a unos cien metros de ellas escupió un torbellino de polvo que se arremolinó bajo la claridad de las estrellas, girando locamente como una masa de humo centelleante. El viento se había calmado por completo, pero Leia vio cómo los peñascos y las losas de cristal, granito y basalto saltaban entre el remolino igual que peces, y oyó el terrible estrépito que producían al chocar con las paredes del desfiladero. El pánico le oprimió la garganta. Calista subió de un salto al parapeto, rozando apenas el laberinto de vigas y cables con una sorprendente agilidad que le permitió mantener el equilibrio, para clavar la mirada en el erial blanco como la sal y contemplar la súbita rotación y ascensión del polvo procedente de esa dirección que iba recogiendo losas y peñascos a medida que se aproximaba. Otros objetos estaban cayendo debajo de ellas en la estación artillera, o golpeaban frenéticamente las paredes.

Y entonces el horror volvió a disiparse, y las voces que habían estado aullando dentro de la mente de Leia se callaron de repente…, y Leia se preguntó por qué le había parecido que estaban gritando su nombre.

Calista bajó del parapeto, con sus velos de un negro agrisado nuevamente inmóviles a pesar de que se habían estado agitando alrededor de su rostro como si estuvieran siendo empujados por el viento mientras escuchaba.

—Es una perturbación demasiado grande para que pueda haber sido causada por Beldorión mientras te buscaba. —Una sombría solemnidad brillaba en sus ojos—. No sé qué es, pero está ocurriendo algo más. Sólo es una opinión personal, desde luego, pero creo que los drochs acaban formando parte del cerebro de quienes se los comen. Y si son ingeridos, los drochs más grandes continúan ejerciendo una cierta influencia incluso después de que hayan sido consumidos. Sé que los drochs de mayores dimensiones, los realmente grandes, esos que tienen el tamaño de un pitino, pueden controlar a los drochs más pequeños. Dzym…

—¡Calista! —gritó Bé en una desesperada advertencia.

Un vendaval repentino surgió de debajo del parapeto en ese mismo instante, brotando súbitamente de todos los desfiladeros que rodeaban a la estación artillera. Partículas de polvo y arena arañaron el rostro de Leia, y trocitos de grava y puntas de flecha volantes arrancadas a los cristales desgarraron sus mejillas y su frente. Por encima de ellos y a su alrededor, las vigas y maderos de los baluartes defensivos empezaron a temblar, y el alambre y los tornillos gimieron y se retorcieron como si estuvieran vivos. El Oyente apareció en el umbral de la torre, el rostro lleno de cicatrices herido por la metralla y los brazos recubiertos de drochs que hurgaban en su carne, y corrió hacia Calista una fracción de segundo antes de que los lanzagranadas, los montones de proyectiles y las lanzas fueran dispersados por la patada de un gigantesco pie invisible. Uno de los lanzallamas empezó a escupir fuego. Bé lo agarró y lo lanzó por encima del parapeto, y Leia vio cómo se inflamaba e iba esparciendo llamas igual que una antorcha mientras caía y acababa estallando cuando aún le faltaba recorrer media torre para llegar al suelo. Mientras otros theranianos agarraban los cables metálicos que se desprendían de las vigas para retorcerse como serpientes que intentaran capturarlos, Calista fue sacando a golpes

los cargadores de munición y los núcleos de energía de todas las armas que pudo encontrar y los lanzó al vacío para que siguieran al lanzallamas en su caída. Un núcleo de energía estalló pocos segundos después de que hubiera salido despedido de sus manos, y los reflejos del fogonazo permitieron que Leia viera el rostro de Calista, tranquilo y extrañamente lleno de paz entre el torbellino de su larga cabellera negra.

Leia se inclinó, cogió un rifle desintegrador cuya recámara había empezado a brillar con una intensa claridad rojiza y lo lanzó por encima del parapeto. El polvo había reducido la visibilidad prácticamente a cero, y la violencia de la tormenta no tardaría en arrancar las vigas bamboleantes de sus puntos de sujeción. Un rollo de alambre-navaja se desprendió de repente y cayó sobre la espalda de Leia con la violencia de un látigo, y la sangre empapó su ropa mientras Calista tiraba de ella para llevarla hasta el cable que los theranianos habían usado cuando treparon por la torre.

Bajar por un cable pocas horas después de haber subido por él era lo último que Leia deseaba hacer en aquel momento, pero podía notar cómo la potencia del horror no sólo no disminuía sino que iba aumentando. Creyó oír la voz de Luke a través de las voces que gritaban en su mente, y percibió su terror y su desesperación. Un conocimiento instintivo que parecía brotar de la mismísima médula de sus huesos le hizo comprender que permanecer en aquel sitio y exponerse a las terribles energías que estaban siendo liberadas muy bien podía significar la muerte.

Pasó por encima del parapeto y tensó las manos alrededor del cable mientras un vendaval helado tiraba de su larga cabellera y le arañaba la espalda con chorros de arena a través del desgarrón de su camisa. El descenso le pareció durar una eternidad solitaria en la que tuvo que bajar y bajar por aquella oscuridad aullante, con peñascos que volaban por los aires estrellándose contra la torre mientras los muros y las vigas se precipitaban al vacío a su alrededor. Nunca llegó a saber cómo se las habían arreglado Bé y Calista para guiar a la partida de theranianos hasta los cu-pas y los deslizadores que habían dejado en el risco del desfiladero. A diferencia de lo que ocurría con los vendavales corrientes, aquellas terribles agitaciones de la Fuerza no eran desviadas u obstaculizadas por los muros del desfiladero. Las ráfagas invisibles e impalpables tiraron de los theranianos mientras iban ascendiendo a lo largo de los desfiladeros y se alejaban del centro de la tormenta. Leia se aferró al cuello del cu-pa que le habían prestado, entreviendo de vez en cuando a Calista, que cabalgaba junto a ella mientras tiraba de las riendas para guiar a su montura.

Y mientras huía no hubo ni un solo instante en el que no pudiera oír la voz de Luke, y ni un solo segundo en el que dejara de percibir su consciencia entre la tormenta.

—¡Leia!

Los ecos del grito resonaron escalera abajo, llenándola con una voz masculina desgarrada por la agonía y la desesperación.

Luke se tambaleó y permitió que la Fuerza se fuera desvaneciendo a su alrededor. «Leia está aquí…, o ahí arriba hay alguien que sabe dónde está». Agarrándose a la pared,

con las rodillas convertidas en gelatina por la debilidad, Luke volvió a activar su espada de luz y se obligó a encontrar las energías necesarias para subir por la escalera.

El hedor psíquico de los drochs se había vuelto insoportable. Luke sintió cómo le envolvía a medida que se iba aproximando a la puerta…, y un instante después vio lo que había al otro lado del umbral.

Aquella estancia estaba excesivamente cerca del centro de la meseta para que pudiera formar parte de los cimientos de la casa, y Luke pensó que probablemente sería alguna cámara para guardias o alguna clase de sala de vigilancia abandonada hacía ya mucho tiempo. Las paredes, el techo y el suelo estaban llenos de enjambres de drochs, un inmenso horror absorbido y reabsorbido de un droch a otro en un proceso que había continuado incesantemente hasta que toda la atmósfera quedó ennegrecida por él. Luke vio al droch carcinoforme, aquel que parecía capaz de dar órdenes a los otros drochs, moviéndose a lo largo de la pared en un rápido correteo que le hizo concebir la extraña idea de que estaba viendo a un general que pasaba revista a sus tropas, pero la percepción sólo duró un instante.

Y había un hombre yaciendo en el centro de la habitación. Ya había dejado de tratar de levantarse, aunque Luke vio cómo sus dedos medio paralizados tiraban débilmente de las temblorosas criaturas marrones que cubrían su rostro. El droch-comandante de los zarcillos oculares se acercaba de vez en cuando para arrancar drochs más pequeños del cuerpo del hombre, y después los chupaba hasta dejarlos secos y los arrojaba a un lado para que acabaran de ser consumidos por las criaturas más diminutas que libraban escaramuzas en la periferia de la masa de drochs. Luke estaba levantando la mano y se preparaba para llamar a la Fuerza cuando de repente hubo un movimiento en la puerta del muro de enfrente, la puerta que llevaba a otro tramo de escalones que subían hacia la casa, y un suave murmullo resonó en la habitación.

—Vamos, vamos… ¿Qué tenemos aquí? Tranquilos, tranquilos… Los drochs se apresuraron a apartarse de su víctima, y Luke apagó la varilla luminosa que llevaba en el pecho con un rápido manotazo y retrocedió un par de pasos para salir del tenue resplandor anaranjado de la única lámpara existente en la habitación. Los drochs se retiraron, pero permanecieron alrededor del hombre inmóvil en el centro del suelo, aquella delgada silueta gris de cabellos canosos que Luke pensó le era vagamente familiar. Sus ropas estaban desgarradas en mil lugares distintos que revelaban la carne punteada por las señales rojizas de las mordeduras de los drochs, y su pecho subía y bajaba en un desesperado esfuerzo por seguir respirando. En cuanto al hombre que estaba yendo hacia él desde el umbral, Luke sólo necesitó echar una mirada a su rostro para reconocerle sin lugar a dudas como Dzym, el secretario de Seti Ashgad, del que se decía que era un habitante de aquel planeta… Pero con su mente todavía abierta y preparada para percibir las reacciones de aquel lugar, Luke enseguida captó los miasmas que emanaban de él, aquel aura oscura, inmensa y pestilente de poder corrompido, un aura tan colosal y tan impenetrable que faltó poco para que vomitara.

Dzym volvió a hablar en voz baja y suave —«Vamos, vamos…»—, y el círculo de drochs se expandió de manera casi infinitesimal. La enorme criatura de los zarcillos oculares inició una temblorosa carrera hacia el umbral en el que estaba Luke, y Dzym dio dos pasos hacia adelante, la atrapó y la levantó entre sus manos enguantadas. La criatura agitó frenéticamente sus pinzas en un débil intento de arañarle y Dzym se echó a reír, un sonido tan horrible como la grabación de una carcajada atrapada en un ordenador o la risotada mecánica de un pájaro al que se hubiera enseñado a imitar la risa humana. Dzym apartó una mano de la criatura y sus pequeños y afilados dientes marrones tiraron del guante de cuero violeta hasta arrancárselo, y Luke vio que su mano sólo guardaba un parecido muy superficial con un miembro humano. De hecho, era una especie de boca, con orificios abiertos en la palma y en las puntas de los dedos, y cada una de aquellas diminutas bocas rojizas se movía en una incesante y ciega búsqueda, cabezas de gusanos que Dzym colocó sobre el cuerpo de la cosa-cangrejo.

Dzym cerró los ojos y respiró hondo. El droch que sostenía en la palma de la mano se agitó con un horrible temblor que se fue debilitando poco a poco, y Dzym sonrió con una lánguida sonrisa adormilada.

Ah, sí. Llevo mucho tiempo intentando atraparte, mi pequeño amigo. Qué delicia… —Volvió a engullir otra bocanada de aire, paladeándola con la expresión extática del catador que saborea una copa de vino—. Qué delicia.

El hombre que yacía a sus pies rodó sobre sí mismo y empezó a tratar de incorporarse.

Dzym dejó caer su pie sobre el pecho de la víctima.

—Creía que habíamos llegado a un acuerdo, Liegeo —dijo con su voz suave y casi musical—. Creía que sabías cuáles eran las normas de la casa de Seti Ashgad. Dime que lo sabías.

—Lo sabía —murmuró Liegeo.

Dzym volvió a cerrar los ojos y alzó lentamente al super-droch, que aún se removía, hasta dejarlo delante de su rostro…, y después lo mordió y lo masticó con su boca durante unos instantes interminables, emitiendo murmullos casi inaudibles y suspirando mientras los hilillos de materia amarronada de la criatura se deslizaban por su mentón y su cuello. Dzym acabó dejando caer al super-droch y sonrió, y en su boca hinchada no había nada que fuese ni remotamente humano.

—Cuando llegan a ser tan grandes resultan deliciosos —murmuró—. Sí, son deliciosos. El torrente de vida es tan profundo, la concentración es tan elevada… Aunque mi pequeño amigo ya estaba empezando a padecer delirios de grandeza.

Se arrodilló junto a Liegeo y el falsificador de hologramas intentó apartarse de él, levantando el brazo delante de su rostro en un intento de protegerlo.

Dzym extendió su boca-mano goteante y le apartó el brazo.

—Como sospecho que te está ocurriendo a ti; amigo mío. Liegeo intentó protestar.

—Por favor… —murmuró—. Ashgad… Todavía no he acabado de introducir los vectores de lanzamiento…

Pero resultaba obvio que Dzym no le estaba prestando ninguna atención. Se sacó el otro guante y empezó a tocar y acariciar el rostro de Liegeo, dejando largos caminos de heridas y mordeduras sobre las arterias principales y a lo largo de lo que Luke reconoció como los senderos energéticos de ciertos sistemas curativos, las rutas que recorrían las sinapsis electromagnéticas del hígado, el corazón y el cerebro. Los ojos de Dzym permanecían cerrados en un éxtasis casi palpable mientras mantenía la cabeza inclinada hacia adelante, y Luke creyó poder ver una nerviosa agitación entre sus ropas, como si hubiera otros miembros retorciéndose sobre su pecho y su espalda, otras bocas que se abrían y se cerraban. Liegeo sollozó durante unos momentos y después se quedó inmóvil. Un susurro escapó de sus labios —«Leía…»—, y la palabra hizo que Luke tomara una decisión.

La espada de luz cobró vida en su brazo con un estallido de gélidas llamas láser y Luke desplegó un zarcillo de la Fuerza y apartó a Dzym de Liegeo, de la misma manera en que se había quitado de encima a los drochs, y lanzó su cuerpo contra la pared. Pero Dzym era ágil y veloz. Se retorció en el aire, giró sobre sí mismo mientras chocaba contra la pared y cayó al suelo, con los labios llenos de costras viscosas separándose para emitir un siseo de rabia, y durante un instante Luke sintió cómo la Fuerza que había empleado era lanzada contra él.

No era un golpe de experto adiestrado, pero aun así su poder era tan palpable como la ira de un poltergeist o los erráticos talentos psicocinéticos de ciertos animales. Las mordeduras de los drochs le habían dejado lo suficientemente debilitado para que el impacto le lanzara contra la pared. Luke recuperó el equilibrio, saltó hacia adelante y Dzym retrocedió ante él, fulminándole con sus ojos acuosos e incoloros mientras la parte delantera de su túnica se abría para revelar la temblorosa confusión de tubos, tentáculos y bocas secundarias que había debajo de ella. La Fuerza volvió a golpear a Luke, una débil emanación de segunda mano que llenó su mente con una vaga sensación apestosa. «Está usando un poder que no le pertenece —pensó Luke—. Lo ha absorbido de alguien…».

Y un instante después Dzym había desaparecido. La puerta que daba a la parte superior de la escalera se cerró con un golpe seco, y Luke pudo oír el estrépito metálico de los anillos de bloqueo. Se disponía a activar su espada de luz para abrirse paso a través de la madera cuando una voz a la que apenas le quedaba aliento empezó a hablar en susurros detrás de él.

—Huye. Usará a los drochs que te han mordido…

Luke se volvió. Liegeo trataba de estirar el brazo hacia él e intentaba mover su mano ensangrentada.

—Obedecerán todas sus órdenes. Estarán en la escalera.

Luke llegó hasta él en dos zancadas e hincó una rodilla en el suelo a su lado.

—La dama Solo…

Desapareció. Ha huido. La estaban buscando… Beldorión y Ashgad. Pensé que podría… ayudarla… a escapar… Los sindroides dejaron de funcionar… Pensé que podría encontrarla.

Un destello oscuro relució sobre el suelo delante del umbral que daba acceso al tramo de bajada de la escalera, un movimiento espasmódico que no tardó en convertirse en un lento y perezoso fluir. La espesa y fétida sensación de un millón de existencias podridas se fue intensificando poco a poco, tan repugnante como el olor de la sangre seca. Luke pasó el brazo por debajo de los hombros de Liegeo y tiró de él hasta que consiguió ponerle en pie.

—¿Sabes adónde puede haber ido?

La cabeza bamboleante cayó hacia un lado, y los labios temblorosos se movieron en un lento jadeo.

—A la estación artillera de Punta Lúgubre. O a un desfiladero en las colinas. No sé…

—Da igual —dijo Luke, respirando hondo y llamando al poder de la Fuerza para que acudiera a él—. La encontraremos.

«Es usar la Fuerza o morir», pensó, y se preguntó qué le habrían dicho Obi-Wan, Calista y Yoda si hubiesen estado ahí. ¿Que debía morir en vez de volver a causar lo que había causado la última vez…, Tinnin Droo, el fundidor, muriendo en una agonía de dolor con todo el cuerpo quemado mientras que su ayudante nunca volvería a poder caminar? ¿Cómo podía saber que la ausencia de Leia y su muerte no causarían un dolor y una destrucción todavía más grandes en la Nueva República?

Y casi pudo oír cómo la voz de Obi-Wan susurraba dentro de su mente: «Confía en lo que sientes…».

Y su instinto —que Luke esperaba no tuviera nada que ver con el deseo de evitar que el asqueroso enjambre que fluía hacia él por encima del sucio suelo de permacreto le chupara la vida— tenía muy claro lo que debía hacer.

Golpeó a los drochs con la Fuerza, limpiando el camino como una escoba enloquecida. Luke bajó por la escalera medio sosteniendo a Liegeo y medio tirando de él, temblando y tambaleándose bajo las oleadas de vértigo de la debilidad, sintiendo cómo los drochs que aún estaban enterrados en sus brazos y sus piernas obtenían nuevas energías de su cuerpo e iban transmitiendo esas energías a la monstruosa criatura, humana únicamente en su forma, que se hacía llamar Dzym.

Las puertas del hangar estaban cerradas. Luke metió el cuerpo inconsciente con el que había estado cargando en la cabina de la Carroza Mobquet, aquel vehículo tan negro y esbelto que parecía un Destructor Estelar en miniatura, introdujo la verde hoja láser de su espada de luz en la cerradura y empujó la puerta hasta que consiguió abrirla lo suficiente para que el deslizador pudiera pasar por el hueco. La Carroza Mobquet se ponía en marcha mediante un código de ignición, pero los veinticinco años que Luke había dedicado a reparar y modificar deslizadores tenían que servirle de algo: Han quizá exageraba un poco cuando le tomaba el pelo diciendo que Luke era capaz de controlar los sistemas de una plataforma torpedera imperial con una de las horquillas de Leia, pero no demasiado.

Y unos instantes después ya estaban avanzando velozmente a través de la noche, huyendo bajo las estrellas.

Los jinetes theranianos buscaron refugio en una gruta oculta en las profundidades de las colinas, una gigantesca geoda de amatista que se encontraba lejos del corazón de la tormenta. Dos o tres theranianos encendieron antorchas o activaron varillas luminosas, y el resplandor bailoteó y parpadeó sobre las cortantes facetas de las joyas que los rodeaban, haciendo que las sombras se movieran en una extraña danza a través de la fugitiva claridad.

Después de un largo rato de silencio en el que oyeron cómo los peñascos chocaban con los muros del desfiladero igual que guijarros sacudidos por la marea, Leia se atrevió a hablar.

—¿Quién o qué es Dzym? —preguntó—. Está manteniendo con vida a Ashgad, ¿verdad?

Calista asintió.

—De la misma manera en que ha mantenido con vida y en todo su esplendor a Beldorión el Espléndido durante todos estos años. Creo que también llegó a alguna clase de acuerdo con Taselda. Quizá fuera responsable de la ruptura original entre ellos.

La luz de las antorchas se astillaba sobre la bolsa facetada de joyas dentro de la que estaban sentadas, y creaba un extraño resplandor que bañaba el delgado rostro y los ojos incoloros de la Jedi perdida.

—Dzym es la clave del acuerdo entre Loronar y Ashgad, la clave de tu secuestro… junto con la capacidad para crear una falsificación holográfica perfecta que posee el pobre Liegeo, naturalmente. Sólo Dzym puede hacer que los drochs absorban la vida de las tripulaciones de las naves en un momento determinado y no antes. Dzym los controla…, y absorbe la vida a través de ellos.

—Y disfruta haciéndolo —murmuró Leia, recordando el rostro de Dzym—. Por eso me quería, ¿verdad? Porque soy una Jedi, para poder establecer contacto con la Fuerza a través de mí…

—No creo que se tratara de algo realmente consciente por su parte —dijo Calista—. En realidad Dzym no podría utilizar la Fuerza, o por lo menos no con la habilidad necesaria para que se pudiera considerar que la utilizaba. Sólo quiere esa vida, esa adición a su propia vida… Piensa que puede controlar a todos los drochs sin importar lo muy lejos que lleguen a estar de él. No puedo estar segura, por supuesto, pero me parece que se equivoca. Creo que el que se encuentren lo suficientemente lejos de él para poder escapar a su control sólo es una cuestión de tiempo, y que ese momento no tardará en llegar. Entonces se reproducirán de una manera tan rápida y tan desmesurada que se controlarán los unos a los otros en vez de obedecerle. Pero Dzym no cree que las cosas vayan a ir así…, y en el fondo la verdad es que le daría igual. Lo único que quiere es salir de este planeta para poder tener acceso a mundos más fértiles.

—Eso no me dice quién es —replicó Leia—, ni cómo puede hacer todo lo que hace.

—Puede hacer lo que hace porque Dzym es un droch hormonalmente alterado, mutado e inmensamente superdesarrollado que tiene doscientos cincuenta años de edad.

—Colinas —susurró Liegeo—. Por el desfiladero, más arriba… Semilla de la Muerte… Tarda menos de media hora en…

El frío que se agazapaba dentro de Luke era tan inconfundible como aterrador. Ni siquiera podía tocarlo con la Fuerza, porque su estructura molecular era exactamente idéntica a la suya.

—¿Podemos dejarlo atrás? —preguntó—. Quizá podríamos salir de su radio de acción.

—Tendrías que… cruzar la galaxia para… poder escapar. No. —La víctima de Dzym trató de erguirse, y el viento echó hacia atrás su larga cabellera—. Hay… otra manera.

Luke ya estaba empezando a respirar con dificultad cuando detuvo el deslizador después de haber hecho que ascendiera por una empinada pendiente de gravilla cristalina hasta llegar lo más arriba posible. Su compañero llevaba un buen rato callado, y durante un instante de horror casi insoportable Luke temió que hubiera muerto y que, al hacerlo, le hubiera condenado también a él. Pero Liegeo alzó la cabeza cuando Luke le sacudió, y le contempló con sus ojos oscuros velados por la fatiga.

—Ah. Ya sabía que no… me iba a resultar… tan fácil escapar… Los relámpagos de superficie matan a…, a los drochs. Haz pasar el campo de un circuito de salto a través de… los cristales. Aquí… hay muchos… Luke ya estaba desmantelando el motor del deslizador con manos repentinamente torpes y temblorosas.

Ni siquiera una Carroza Mobquet era capaz de llegar a generar aunque sólo fuese una milésima parte de la potencia de las tormentas que producían los relámpagos de superficie, pero en cuanto Luke hubo fabricado un tosco circuito para que hiciera pasar electricidad a través de los inmensos fragmentos de cristal que cubrían la pendiente bajo sus pies, el casi imperceptible cosquilleo de la corriente de escaso voltaje enseguida resultó palpable para una persona que estuviera sentada entre los puntos de intercambio.

—No los matará —murmuró Liegeo mientras Luke le pasaba una de las mantas térmicas del equipo de emergencia de la Carroza y se sentaba junto a él. Sus manos y su cuerpo parecían vibrar con una vaga incomodidad que nunca llegaba a alcanzar el umbral del dolor—. Pero los debilita lo suficiente para que no puedan matarnos, y así tampoco podrán absorber nuestra energía y transmitírsela a Dzym. Cuando salga el sol estaremos completamente a salvo.

Luke se estremeció y alzó la mirada hacia el cielo para contemplar las inmensas estrellas, gélidas e impasibles, y se preguntó cuánto faltaba para que la noche llegara a su fin. La electricidad que circulaba entre los cristales y a través de los dos hombres era demasiado débil para proyectar luz y sólo creaba algún que otro chispazo o diminuto resplandor ocasional, como un pequeño estallido luminoso de gas de los pantanos, que parecía bailotear en el aire para disiparse casi inmediatamente. Mucho más intenso era el resplandor de las estrellas, cuya pálida claridad azulada parecía ser recogida y amplificada por las losas, cúmulos y formaciones de piedras iridiscentes que llenaban las paredes del desfiladero.

Luke se envolvió en aquella manta demasiado delgada, la única protección contra el frío de que disponía. Sus palabras humearon bajo el tenue resplandor eléctrico.

—Leia… ¿Se encuentra bien? —preguntó.

Liegeo asintió.

—Ashgad prohibió a Dzym que se acercara a ella. Está casi total mente esclavizado por Dzym, pero tenían que esperar hasta que el *Protector* estuviera preparado para sacar a Dzym del planeta, alejándolo del peligro que supone la radiación diurna de los cristales, y hasta entonces no podían permitir que nadie estuviera seguro de qué había sido de ella. Dzym tenía que aceptarlo —y todo su tratado con Getelles para que la Corporación Loronar pudiera obtener los derechos de las explotaciones mineras fue idea de Dzym, para que así pudiera salir del planeta—, pero no piensa como los seres humanos. Intenté proteger a Leia lo mejor posible, y traté de mantenerla alejada de él.

Liegeo dejó que su cabeza volviera a inclinarse hacia atrás hasta que cayó sobre la chaqueta que Luke había colocado debajo de ella.

—Y lo digo como si eso pudiera borrar todo lo que he hecho, pero no es así. Es sólo que yo… Dzym… No podía enfrentarme a él. Pero cuando Leia escapó, no pude permitir que se fuera sola. Desarmada, sin nada… Leia es… Ya hace mucho tiempo que lo único que me importaba era seguir con vida durante otro día más. Pero Leia…, aunque quizá debería llamarla «dama Solo», ¿verdad? Leia fue…, fue buena conmigo. Y era tan valiente. Era mucho más valiente que yo, desde luego, aunque incluso una lagartija es más valiente que yo.

Luke sintió que le daba vueltas la cabeza. Con una parte de su cerebro era agudamente consciente de la maldad de Dzym, de su intento de absorber la energía que mantenía en movimiento su corazón y que daba calor a su carne. Pero había algo más, algo que trataba de llegar hasta él a través de su mareo, y ese algo era el murmullo de las voces que volvían a hablarle en susurros y que estaban muy cerca de él. Le estaban diciendo algo. Luke tuvo la vaga impresión de que estaban intentando decirle algo sobre Leia, o por lo menos sobre la imagen de Leia. Vio a una mujer delgada y de cabellos oscuros que estaba haciendo algo con lo que parecía una unidad antigravitatoria. ¿Estaría programándola?

La visión se esfumó.

«¿Quiénes son? —quería preguntar—. ¿Quiénes son esos seres invisibles, esos guardianes que se ocultan en las colinas? ¿Dónde están sus ciudades, o dónde habían estado sus ciudades antes de que los mares muriesen?».

Pero no se atrevía a hacerlo, y se conformó con formular una pregunta mucho más fácil de responder.

—¿Quién eres, Liegeo?

La oscuridad acumulada en el fondo del desfiladero era tan intensa que Liegeo había quedado reducido a una tenue percepción de vida, un eco de la Fuerza, pero aun así Luke pudo oír su risita.

—Soy un fracasado —replicó en voz baja y suave—. Soy la oveja más negra que ha producido la casa de Vorn a lo largo de toda su historia. Me hago llamar filósofo, pero mi arte siempre ha sido meramente imitativo: falsificar hologramas y copiarlos, intentar alcanzar la perfección y conseguir que los demás creyeran que lo que había copiado era real… De pequeño era un bromista inofensivo que siempre estaba haciendo travesuras, y amaba la precisión de esas técnicas. Creo que normalmente los agentes de la ley traducen ese término como «falsificador de hologramas», aunque los hombres que poseen mi talento pueden llegar a ganar verdaderas fortunas en la industria del espectáculo. Pero mis pecados me convirtieron en un auténtico tesoro para personas como Ashgad: un hombre cuya familia no le echaría de menos, porque para ellos es como si hubiera muerto hace muchos años…

Suspiró, y durante un rato no hubo más sonidos que el débil siseo del sistema eléctrico del deslizador y los chasquidos ocasionales de los acoplamientos aleatorios que iban produciendo los circuitos.

—No juzgues con demasiada dureza a Ashgad —acabó murmurando Liegeo—. Si yo soy esclavo de Dzym, él lo es todavía más.

»Resulta irónico, ¿verdad? Que Dzym, que empezó su vida siendo un simple aperitivo, haya acabado…

—¿Un simple qué? —preguntó Luke, perplejo y sin entender nada.

—Un simple aperitivo. —Liegeo alzó la mirada hacia él y parpadeó—. Oh, lo siento. Me temo que estoy yendo demasiado deprisa. Había olvidado que… —Meneó la cabeza en un intento de despejarse, pero el cansancio no desapareció de sus ojos—. Lo que realmente aca bó con Beldorión y provocó su ruina fue su codicia, aunque supongo que en este caso resultaría más adecuado hablar de gula. Ese jefe de cocineros kubaziano que trabajaba para él, Zubindi… Bien, Zubindi siempre estaba haciendo experimentos con las enzimas de desarrollo y no paraba de utilizar la ingeniería genética para crear nuevos tipos de insectos que resultaran más sabrosos, más jugosos… Quería crear platos nuevos que divirtieran todavía más a Beldorión mientras se los comía. Ya sabes que a los hutts les encanta comer criaturas que sean lo bastante inteligentes para que puedan darse cuenta de que están siendo comidas, ¿no? Disfrutan con el juego de perseguirlas por la bandeja durante un rato. Son unos seres repugnantes…

Volvió a menear la cabeza, y esta vez Luke pudo ver en sus ojos los ecos de escenas horribles presenciadas hacía ya mucho tiempo.

—Bien, Zubindi acabó teniendo una gran idea: decidió usar enzimas para desarrollar, alimentar y criar un droch que iría mutando en la oscuridad durante un período de tiempo muy superior al que habría vivido normalmente. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, el droch había crecido y se había vuelto tan inteligente… que fue capaz de esclavizar a Zubindi. Absorbía energía de él, pero al mismo tiempo le propocionaba nuevas fuerzas y una nueva energía —y bien sabe la galaxia que la necesitaba, ya que era el jefe de cocineros de Beldorión— en una especie de vampirismo.

Y al final, naturalmente, el droch al que ahora conocemos como Dzym acabó esclavizando a Beldorión.

Liegeo consiguió emitir una débil carcajada y alzó los ojos hacia el cielo para contemplar las estrellas.

—No cabe duda de que es una buena lección para todos nosotros, aunque no estoy muy seguro de qué pretende enseñarnos. Y, naturalmente, en cuanto Dzym empezó a absorber sus fuerzas, Beldorión quedó acabado como poder en Hweg Shul. Eso hizo que a Ashgad le resultara muy fácil hacerse con el control de todo en cuanto llegó al planeta. Fue como si heredase el poder de Beldorión, su casa y todos sus sirvientes…, y también a Dzym, claro está.

Luke se preguntó si ésa sería la razón por la que el viejo senador había construido aquella casa en el desierto, y pensó que quizá había querido proteger a su hijo de la influencia de aquella criatura de la que era incapaz de librarse. Pero la casa no le había servido de nada, naturalmente.

—De hecho, no estoy muy seguro de cuánto queda de Seti Ashgad dentro de ese cuerpo y ese cerebro. —Liegeo había bajado la voz de tal manera que durante un momento Luke no supo si estaba hablando del primer Ashgad o de su hijo—. No lo suficiente para que pueda oponerse a la voluntad de Dzym, desde luego… Y como experto en las condiciones locales, le correspondía la misión de convencer a Getelles y a los directivos de Loronar de que no había absolutamente ninguna clase de relación entre los drochs y la vieja plaga de la Semilla de la Muerte. No le costó demasiado, claro está… De hecho, ya estaban decididos a cerrar los ojos ante la realidad. De la misma manera en que quería hacerlo yo, y tal como conseguí hacerlo hasta hace siete u ocho meses…

El aliento surgió de su boca bajo la forma de otro suspiro. Un destello de la corriente permitió que Luke viera cómo su mano se movía sobre los guijarros relucientes que había debajo de sus dedos y los desplazaba lentamente de un lado a otro en un movimiento carente de objeto.

—Al final todo el asunto fue colocado justo debajo de mi nariz para aparecer ante mí con inequívoca claridad, naturalmente. Me dije a mí mismo que tenía que hacer «algo» al respecto, que tenía que «encontrar alguna manera» de informar al resto de la galaxia de lo que estaba ocurriendo aquí… Pero cuando alguien dice que encontrará alguna manera de hacer lo imposible, en realidad sólo quiere decir que ya pensará en ello mañana. Y Dzym siempre estaba ahí, esperándome entre las sombras con su voraz deseo de absorber vidas y energías de verdad en vez de tener que conformarse con el campo de un nivel ridículamente bajo que generan los sindroides, aunque lo absorbe si no puede encontrar nada mejor. Pero cuando Leia… Cuando la dama Solo llegó aquí y empezó a esforzarse tanto y lo arriesgó todo, resistiéndose y luchando con todas sus fuerzas… Bueno, sólo entonces comprendí que me había convertido en un ser total y absolutamente despreciable. No quería que… —Liegeo titubeó durante unos momentos antes de seguir

hablando—. No quería que sus ojos vieran esa clase de persona cuando me mirase. ¿Te parece una actitud despreciable?

Luke se acordó de los días en que había amado a Leia con el ciego amor irracional propio de un cachorrito, y de cómo Han y él habían competido el uno con el otro para impresionarla con sus proezas como pilotos…, y no sólo ellos, porque en realidad todos los pilotos de la flota rebelde que no tenían esposa o novia parecían haber estado enamorados de Leia en un momento u otro.

—Lo que importa es el destino, no el sendero —acabó murmurando.

—Me temo que he tardado demasiado en abandonar el sendero por el que había estado caminando hasta que la conocí. —La voz del filósofo había vuelto a convertirse en un murmullo casi inaudible—. Cuando hablaba con Dzym… Bueno, la verdad es que mentía. El programa que llevará al *Protector* más allá de las estaciones artilleras ya está terminado y ahora sólo falta introducirlo en los sistemas…, y el primer cargamento de cristales-fantasma también está listo para ser enviado.

Luke torció el gesto cuando una repentina punzada de dolor le atravesó la cabeza. «Bueno, al haber crecido en este mundo por lo menos Ashgad no habrá recibido la educación necesaria para poder introducir un programa de los niveles de complejidad de un vector de lanzamiento», pensó.

—Y los cristales no son lo único que transportará —siguió diciendo Liegeo sin darse cuenta de su mueca—. También transportará a Dzym hasta algún cuartel general donde no se verá afectado por la luz del sol y las irradiaciones de este mundo. Si, el *Protector* llevará a bordo a Dzym y a todos los drochs que él quiera llevarse consigo para que puedan absorber las vidas de otros y, a su vez, *le* permitan absorberlas. Y el proceso seguirá y seguirá hasta que la mitad de los mundos de la galaxia se hayan convertido en planetas de los muertos…

Un chispazo de luz blanca surgido de la nada disipó las tinieblas del Almacén de Mercancías en Tránsito Galáctico de Cibloc XII. Después hubo un siseo parecido al que habría podido producir un brazo de soldadura eléctrica, y un repentino hedor a plasteno quemado empezó a impregnar la atmósfera.

—Erredós, ¿querrías hacerme el favor de adoptar unas cuantas precauciones más a fin de asegurarte de que no existe absolutamente ningún peligro antes de emprender actividades de esta naturaleza? —preguntó una voz quejumbrosa, cercana pero un tanto ahogada.

No hubo ninguna contestación. El plasteno siguió silbando y burbujeando bajo el calor, y un instante después se oyó el estridente gruñido de unos cierres de seguridad que se partían y, procedente del exterior, un chirrido de ruedas que giraban con gran rapidez y un sonido de pies lanzados a una veloz carrera.

—Francamente, si hubiera sabido que el «plan» del amo Yarbolk consistía en enviarnos a Cibloc XII bajo la forma de un paquete postal…

La luz se desvaneció. El silencio —un silencio demasiado profundo para un gran centro de tráfico comercial entre el sector de Meridiano y la República, a la que aquella luna carente de vida servía como puerta de acceso— volvió a adueñarse del almacén.

Erredós extendió su rueda equilibradora y fue saliendo lentamente de la caja, creando un diluvio de bolitas de estireno para embalar que se esparció a su alrededor. El resplandor blanco de su receptor visual se deslizó sobre el contenido del almacén: cajas y contenedores recubiertos de etiquetas de envío y direcciones de todos los rincones del sector de Meridiano, fardos de materias primas por procesar, maquinaria, equipo y sistemas de ordenadores todavía envueltos en sus capas protectoras de hierba caprina… Aparte del montón de contenedores marcados con el nombre y el número de envío del carguero *Impardiac,* que había llegado hasta allí procedente de Budpock, todas las cajas, recipientes y fardos habían sido abiertos y examinados. La maquinaria yacía esparcida sobre la rugosa superficie del suelo de creta grisácea. Masas de material de embalaje rodeaban a las cajas rotas, esparciéndose a su alrededor como las acumulaciones de grasas y tendones que el matarife deja allí donde han caído después de haber sacrificado a un animal. Dos hombres que vestían el uniforme de la compañía naviera yacían muertos junto a la puerta, con el rostro azulado y los estómagos hinchados habituales en quienes ya hace tiempo que han dejado de preocuparse por los problemas del mundo. Toda la inmensa sala apestaba a muerte.

Las ruedas de Erredós chirriaron suavemente mientras iba y venía alrededor del montón de cajas, yendo de un lado a otro como si estuviera buscando una en particular. La voz que había hablado antes volvió a romper el silencio del almacén.

—¡Estoy aquí! —chilló—. Puede que ésta sea la forma más segura de viajar para los androides, pero no cabe duda de que tiene ciertos inconvenientes.

En la etiqueta de la caja alguien había escrito:

CALRISSIAN, CIBLOC XII
ALMACENAR PARA RECOGIDA

En el remite figuraban las señas de un tal Yarbolk Yemm que vivía en la Estación Dimmit de Budpock. Un sonido repentino en un rincón del almacén hizo que Erredós volviera su cúpula en esa dirección, y la luz buscó el origen del sonido. No era más que un diminuto carroñero alado que olisqueaba el aire entre las sombras, buscando algo que comer.

Erredós empezó a abrir los cierres de la caja de Cetrespeó. El silencio era horriblemente profundo.

—Pues claro que todo está muy silencioso —dijo Cetrespeó cuando Erredós se lo hizo notar. El androide de protocolo fue estirando cautelosamente sus muy maltratadas articulaciones, salió de la caja y empezó a extraer briznas de hierba caprina y bolitas de estireno de los servomecanismos—. Es noche cerrada, y supongo que incluso los grandes espaciopuertos tienen que dormir en algún momento u otro. Oh, de acuerdo —añadió—, el espaciopuerto principal de Coruscant siempre está lleno de gente. Y el de Carosi

también, claro. Oh, sí, supongo que el de Bespin está repleto de tráfico incluso en la hora más tranquila del turno de noche… Lo admito, pero sigo sin entender en qué te basas para afirmar que este sitio está «demasiado silencioso». ¿Qué significa exactamente «demasiado silencioso»?

La puerta del almacén se abrió con un suave siseo. Erredós se apresuró a esconderse detrás de un fardo de dwimmeria y, cuando Cetrespeó no dio ninguna señal de querer seguirle, desplegó su brazo manipulador y arrastró al androide de protocolo hasta su refugio.

Los trajes ambientales hacían que las criaturas que acababan de entrar en el almacén resultaran irreconocibles. Podrían haber pertenecido a cualquier especie, desde los sullustanos hasta los ishi tibs, aunque Cetrespeó pudo identificar a una de ellas como un rodiano gracias a las inflexiones nasales de su voz.

—Esto debe de haber llegado en la última nave —dijo aquella voz nasal.

—Estupendo —respondió la voz de otra criatura, a la que el circuito vocal del traje-a daba una cierta cualidad metálica—. No los han tocado… No, maldita sea. Parece que alguien ya ha estado aquí antes que nosotros. Vamos a ver qué encontramos.

Entraron en el almacén, el más alto de los dos remolcando un trineo de carga antigravitatorio. La luz de sodio del casco del rodiano creaba rebanadas de claridad blanca y enormes romboides de sombras negras que bailoteaban locamente de un lado a otro. Las alimañas se apresuraron a desaparecer detrás de las cajas. Uno de los invasores apartó los cadáveres de los guardias de un par de patadas, y él y un camarada empezaron a abrir sistemáticamente todas las cajas y paquetes del rincón que aún estaba intacto mientras el tercer integrante del grupo se arrodillaba junto a los cadáveres e inspeccionaba sus bolsillos.

—¿Qué tienes ahí?

—Un sistema de ordenadores X-70.

—Basura. —Aun así, lo cargaron en el trineo—. ¿Y esa seda? —No está mal. ¿Qué hay dentro de esa caja?

—Parecen tabletas de datos. Sí, es la nómina de alguna empresa. —Cógelas. Borraremos los listados y las venderemos. ¿Qué…? El que acababa de hablar giró rápidamente sobre sus talones cuan do la puerta del almacén volvió a abrirse. Dos siluetas achaparradas y corpulentas aparecieron en el hueco, enmarcadas por la oscuridad casi total del exterior…, y Cetrespeó sabía que, fuera cual fuese la hora de la noche, un espaciopuerto abierto al tráfico nunca estaba tan oscuro. Los círculos de claridad dorada de sus receptores visuales identificaban a los recién llegados como androides. Los dos abrieron fuego sin vacilar y sin hacer ningún intento de parlamentar con los saqueadores, que se desplomaron al instante. Las armas internas habían sido recalibradas, ya que aquellos androides no habían disparado con la intención de aturdir.

Cetrespeó estaba tan indignado que hubiera sido capaz de protestar en voz alta si Erredós no hubiera usado su brazo soldador para enviar una rápida sacudida subsónica a una de las zonas expuestas de su cableado.

Los dos androides emitieron un sibilante informe por sus transmisores remotos y después, al recibir una respuesta, procedieron a reanudar la labor de los saqueadores humanos allí donde se había visto tan bruscamente interrumpida, cargando el trineo con todos los equipos y materias primas de algún valor que habían formado parte del cargamento entregado por el *Impardiac*, y después despojaron a los saqueadores de sus trajes-a antes de marcharse tan silenciosamente como habían venido.

—¡Alabado sea el fabricante! —exclamó Cetrespeó—. ¿Qué está pasando aquí?

Las calles de la base de tránsito principal de Cibloc XII se hallaban a oscuras salvo por los destellos ocasionales de los circuitos de emergencia, que iban agonizando poco a poco. La mayoría de los muelles de atraque estaban vacíos y llenos de tinieblas, con los edificios de sus instalaciones de transporte saturados por el murmullo furtivo de los carroñeros, las alimañas y algunos saqueadores protegidos por trajes-a cuyos cascos relucían en la oscuridad. Los despachos de la Autoridad Portuaria contenían auténticos horrores, cadáveres que llevaban mucho tiempo muertos y que se iban pudriendo bajo la lenta pero incesante acción de las bacterias alienígenas que ni siquiera la atmósfera meticulosamente controlada de la cúpula del complejo había podido excluir por completo.

La Autoridad Portuaria, las oficinas consulares de la Nueva República, los cuarteles generales de la Flota… Todos aquellos lugares habían sido despojados de su equipo de comunicaciones. En la enfermería principal de la base, los cuerpos ocupaban cada cama, cada centímetro de suelo disponible, cada despacho y armario. Había cadáveres sin identificar por todas partes, pudriéndose poco a poco y con un aspecto curiosamente apacible, como si todos se hubieran quedado dormidos y hubieran ido pasando lentamente a la disolución a partir del sueño…, salvo aquellos cadáveres a los que se les había dado la vuelta o apartado bruscamente para examinar sus bolsillos y su ropa en busca de lo que pudieran contener. El equipo médico de todos los laboratorios había desaparecido, o había sido parcialmente desmantelado para aprovechar sus microprocesadores y transistores. Un par de Dosunobés decapitados seguían inmóviles en lo que había sido la sala del tanque-bacta —con el tanque vaciado de su fluido y despojado de su panel de control—, silenciosos, con las cavidades pectorales abiertas y haces de cables colgando de ellas, como si aquella horrible penumbra también los hubiera convertido en cadáveres.

Las luces de emergencia del centro médico se fueron debilitando con un tenue siseo y acabaron extinguiéndose después de haber emitido un último y casi imperceptible destello, y con la oscuridad llegó un nuevo ruido de correteos, e insectos marrones con los que Cetrespeó no estaba familiarizado empezaron a deslizarse por los muros.

—¿Qué vamos a hacer?

Erredós entró en uno de los despachos, donde una ithoriana cuya bata blanca la identificaba como una de las investigadoras del centro yacía muerta sobre su consola, y se conectó a la toma mural del ordenador. El pequeño androide astromecánico dejó

escapar una rápida serie de trinos llenos de preocupación mientras las luces de la calle cubrían su cuerpo con un enrejado de barrotes anaranjados.

—¿Al mismo tiempo que el *Impenetrable?* —exclamó Cetrespeó—. ¡Eso es absurdo! Los vectores de las plagas no actúan con tanta rapidez y sólo hay una probabilidad entre siete mil cuatrocientas veinte de que se produzca una mutación simultánea.

Erredós respondió con dos trinos y un tembloroso pitido.

—¿Cuándo se recibieron los últimos informes procedentes de cualquier punto del complejo?

Erredós se lo dijo. La calle que se extendía por debajo de la estación médica había estado desierta durante algún tiempo, pero de repente un pequeño grupo de siluetas que llevaban trajes-a pasó a toda prisa por ella, arrastrando sábanas cargadas con lo que parecía un botín recogido un poco al azar: monitores, tableros de circuitos, joyas, zapatos… Una de las siluetas se tambaleó y se agarró a una esquina para no perder el equilibrio. Las otras mantuvieron una apresurada conferencia a una prudente distancia de su camarada en apuros y después echaron a correr. El hombre al que habían abandonado intentó seguirles, pero enseguida se dejó caer al suelo y apoyó el casco sobre las rodillas. Durante los diez minutos que Erredós tardó en informar a Cetrespeó de los progresos hechos por la plaga en todas las áreas del sector de Meridiano que habían enviado comunicados, la luz verde del traje-a del saqueador pasó al ámbar primero y al rojo después, permaneciendo visible bajo la forma de un minúsculo puntito de brillantez que relucía al otro lado de la calle.

El transpariacero de la cúpula ambiental de la instalación médica estaba un poco ennegrecido por el humo, pero Cetrespeó todavía pudo distinguir la raya anaranjada dejada por una nave que se alejaba de la luna.

Unos instantes después, todos los faroles de la calle se apagaron.

Las noches de Cibloc XII son largas. La pequeña luna sobre la que se ha construido el complejo tiene un período de rotación casi sincrónico con su órbita. La enorme masa resplandeciente del planeta Cibloc sólo es visible de vez en cuando desde las instalaciones portuarias, y entonces aparece en el cielo bajo la forma de un gigantesco disco verde y dorado suspendido a escasa altura sobre el horizonte. Aquella noche no era visible. Hasta que la áspera claridad de Erg Es 992, el primario del sistema, entró a chorros por la cúpula del puerto, Erredós estuvo trabajando en solitario, enviando a Cetrespeó en expediciones de aprovisionamiento a varios laboratorios para que le trajera lo que necesitaba e improvisando todo aquello que el androide de protocolo no podía encontrar. Por aquel entonces ya no había ningún peligro, porque las calles habían quedado totalmente desiertas salvo por los muertos.

Erredós acabó anunciando que ya estaba preparado.

—Pero si no servirá de nada —protestó Cetrespeó, inclinando la cabeza sobre el montoncito de tableros de circuitos y cableados que el androide astromecánico había conectado al ordenador del centro médico—. Ese modulador no puede producir una amplificación lo bastante grande para enviar una señal al exterior del sistema. No intentes

hacerte el listo conmigo —añadió después de que Erredós hubiera contestado con un rápido trino—. Encontré lo único de tu lista que estaba disponible, así que deberías alegrarte de que fuera capaz de traértelo. No queda absolutamente nada utilizable en la Autoridad Portuaria, ni en ninguna de las compañías navieras.

Erredós conectó otro circuito al dispositivo.

—Y no entiendo de qué va a servir ese trasto. Si se ha sabido que había un brote de plaga aquí, nadie querrá estar lo suficientemente cerca para poder oír una señal de emergencia…, salvo más saqueadores, naturalmente.

Cetrespeó ni siquiera se molestó en añadir que estaban perdidos. Las calles silenciosas por las que había estado caminando durante toda la noche quizá ya contenían un horror y una falta de esperanza lo suficientemente grandes para que aquella observación no fuera realmente necesaria. Cetrespeó ya había visto humanos muertos con anterioridad, pero la magnitud de aquella devastación le había dejado aterrado. Las implicaciones de que unos saqueadores que lo ignoraban todo sobre las reglas de cuarentena estuvieran empezando a esparcirse por todos los rincones de la Nueva República a bordo de todos los medios de transporte disponibles le horrorizaban todavía más.

Todo eso hizo que Cetrespeó obedeciera en silencio a Erredós cuando el pequeño androide astromecánico empezó a darle instrucciones. Delgada como un hilo, viajando a lo largo de un haz que no conseguiría ir mucho más allá del mundo que había sido su meta durante tantos días, la señal fue emitida, en básico y, sólo por si acaso, en todos y cada uno de los seis millones de lenguajes galácticos.

—Socorro…

Capítulo 18

—¿Qué quiere decir con eso de que no consigue obtener ninguna respuesta de Cibloc Doce? —Han Solo dejó caer la mano sobre el botón de comunicaciones de la pantalla de la controladora de la base de Durren, lo cual pareció irritar considerablemente a la controladora—. Tendría que haber media docena de cruceros estacionados en ese puerto…

La controladora le apartó de un empujón para poder echar un vistazo a la pantalla.

—¿No hay ninguna señal, o tenemos interferencias?

—No hay ninguna señal, señora. —El técnico extremadamente joven encargado de las comunicaciones se apresuró a alzar la mano en un nervioso saludo—. El *Courane* y el De*vorador de Llamas* partieron de Cibloc hace unas tres horas y…

—¿Dónde están ahora? —le interrumpió Han.

El vuelo hasta la base orbital de Durren había sido una auténtica pesadilla. Cuando el *Halcón Milenario* salió de la densa y tormentosa atmósfera de Éxodo II, la flota invasora ya se encontraba lo suficientemente cerca para que pudiera captar su presencia en sus sensores. Varios cazas TIE, del viejo y ya bastante anticuado modelo IN pero todavía en condiciones de prestar servicio, habían sido enviados contra ellos. Mientras Lando, que era un piloto excelente pero un artillero bastante malo, ejecutaba virajes y rápidas maniobras de evasión a través de las nubes de gases de Odos y la periferia de la nebulosa del Velo Enjoyado, Chewie y Han se habían ocupado de las torretas artilleras, y habían conseguido eliminar a dos de sus perseguidores antes de que el espesor de las nubes de gases resplandecientes y el peligro que suponían los trozos de hielo del tamaño de pequeñas lunas que flotaban ala deriva en el espacio, y que surgían tan inesperada como espantosamente deprisa de la sopa iridiscente de interferencias visuales y eléctricas, hicieran que sus perseguidores se diesen por vencidos. Han había manipulado el motor para reducir la impulsión hasta dejarla por debajo del índice de detección y el *Halcón*, moviéndose terriblemente despacio, había acabado saliendo del radio de acción de los cazas.

—O andan demasiado escasos de efectivos para correr el riesgo de perder un aparato de exploración entre toda esta basura —había observado Han mientras veía cómo la vibración de los motores de los dos TIE restantes, el único medio de detección fiable del que disponían, se iba disipando en la lejanía—, o tienen muchísima prisa y creen que no somos lo bastante importantes para que tengan que perder el tiempo con nosotros.

—O quizá piensan que esa última andanada nos ha dejado hechos añicos.

Lando estaba calculando nerviosamente las situaciones más probables de los enormes trozos de hielo escondidos en algún lugar de las pantallas saturadas por la repentina blancura espacial que había invadido tanto su campo visual como las gamas de registro de los sensores.

Chewbacca había soltado un resoplido y había gruñido que esa última andanada realmente estuvo a punto de hacerles añicos, ya que el puntito negro que estaba

desapareciendo rápidamente entre las nubes de polvo era su estabilizador trasero de estribor.

Las montañas de hielo flotante que vagaban por el interior de la nebulosa pesaban muy poco en comparación con la densidad del *Halcón,* por lo que siete u ocho de aquellos enormes bloques empezaron a sentir los efectos del campo de atracción de la nave y la siguieron, como banthas repentinamente enamorados de un deslizador, durante un buen rato hasta que Lando pudo ir un poco más deprisa en cuanto hubieron salido del radio de acción de los sensores de la flota.

Pero el viaje no había sido demasiado agradable. Cuando entraron en el despacho de la controladora de la base de Durren, Han no estaba dispuesto a escuchar cómo le decían que la estación disponía de tan pocas reservas que no podían permitirse el lujo de entregarle una nave o una tripulación.

—Capitán Solo, si tiene la bondad… —La controladora volvió a apartarle para encararse nuevamente con su oficial de comunicaciones—. ¿Ha intentado ponerse en contacto con la base de Budpock para averiguar qué está ocurriendo, especialista Brandis?

—Budpock no sabe nada, señora. Dicen que las comunicaciones con Cibloc quedaron interrumpidas hace unas cuarenta y ocho horas sin que se les diera ninguna razón. Desde entonces han estado sufriendo muchas interferencias estáticas, y no han recibido ninguna señal. Enviaron una sonda provista de equipos visuales, pero todavía no ha regresado.

—Gracias, especialista.

Han ya estaba alargando la mano hacia el botón de comunicaciones mientras tragaba aire para preguntar por el paradero de las dos naves que habían zarpado de Cibloc. La controladora era una mujer bajita, bastante mayor y un poco regordeta, pero demostró tener unos reflejos muy rápidos y cortó la transmisión antes de que Han tuviera tiempo de decir una sola palabra.

—Como ya sabe, capitán Solo —dijo, hablando con tranquila precisión—, el tratado entre la Nueva República y Durren estipula unos deberes de protección no sólo del régimen planetario determinado por la mayoría existente en la actualidad sino también, y como garantía adicional, del sistema propiamente dicho. Nos ha costado mucho aislar la plaga en esta base. El gobierno planetario acaba de recuperar el control de la capital y de los sistemas de transportes y comunicaciones, y la facción insurgente dispone de naves suborbitales y supraorbitales que ya han causado serios daños a la estación. No es el momento más adecuado para dividir nuestras fuerzas…

—El sector está siendo invadido.

Han se obligó a hablar muy despacio, tratando de no dejarse llevar por la ira y sabiendo que la controladora era el tipo de mujer capaz de oponer un gélido muro de hielo a cualquier intento de convencerla a gritos.

—En ese caso, ¿puede explicarme por qué la jefe de Estado o el Consejo Interno del Senado no se han puesto en contacto conmigo?

Cuando pronunció las palabras «jefe de Estado» la controladora, que sabía muy bien con quién estaba casado Han, le fulminó con la penetrante mirada de sus oscuras pupilas.

«Porque el Consejo está muy ocupado discutiendo si han de nombrar un sucesor, y porque nadie va a correr el riesgo de iniciar una guerra por la que tal vez tenga que dar explicaciones luego cuando Leia aparezca…, si es que aparece».

Han hizo una profunda inspiración de aire y lo dejó escapar muy despacio.

—Tiene razón —dijo. Leia siempre empezaba las negociaciones diciendo a la otra parte que tenía razón, y Han le había repetido en más de una ocasión que faltar a la verdad de una manera tan descarada acabaría haciendo que la lengua se le volviera negra y cayera de su boca—. Creo que intentaré ponerme en contacto con la jefe del Estado a través del canal privado: a veces funciona mejor que los canales militares.

Lando y Chewbacca estaban compartiendo el reducido espacio de la antesala con el único secretario del que disponía la controladora —ya que el brote de Semilla de la Muerte en sus niveles inferiores había hecho que toda la base orbital anduviera muy escasa de personal—, y todas las pantallas que los rodeaban estaban llenas de datos y lecturas.

—Esto no tiene muy buen aspecto, viejo amigo. —Lando se volvió en su sillón—. Hay todo un pasillo que atraviesa el centro del sector en el que se han interrumpido las comunicaciones, y otros dos navíos de exploración parecen haberse esfumado. Te apuesto lo que quieras a que han sido esos pequeños lo-que-sean que parecen misiles. Estoy seguro de que surgieron del hiperespacio disparando en todas direcciones y…

—Vamos.

Han le agarró del brazo, le obligó a levantarse del asiento y lo sacó de la habitación, con Chewbacca pisándoles los talones como un gigantesco árbol cubierto de hongos.

—¿Qué…?

El pasillo se hallaba desierto. Los carteles y las barreras de la cuarentena estaban por todas partes, especialmente en los accesos a los niveles inferiores. La mera idea de estar en la misma instalación que la Semilla de la Muerte bastó para que Han sintiera cómo se le erizaba el vello, y se preguntó cuánto tardabas en enterarte de que habías contraído la enfermedad. ¿Cómo se transmitía? ¿Cuánto duraba su período de incubación? ¿Meses? ¿Minutos?

—¿Sabes si Punta de Ala Theel sigue haciendo negocios en Algar?

—¿Punta de Ala? —La repentina introducción de un manipulador de ordenadores de reputación francamente dudosa en una operación militar dejó bastante sorprendido a Lando—. Creo que sí. La última vez que hablé con él seguía allí, desde luego.

—¿Cuánto tardarías en llegar a Algar? ¿Crees que Punta de Ala podría acceder al núcleo central del ordenador de la Cúpula del Placer de Algar?

—Demonios, Punta de Ala sería capaz de acceder a los ordenadores de la Base Central de la Flota y falsificar los registros personales de cualquier gran empresa de la galaxia sin que nadie se enterara de lo que estaba haciendo. No ha habido nadie tan bueno como el desde los tiempos de la Antigua República. ¿A qué viene…?

Han empujó a su amigo contra la pared y metió la mano en su bolsillo para coger su grabadora.

—Lárgate de aquí en la primera nave que puedas encontrar y ve a Algar. Coge el dinero para emergencias que está escondido detrás del mamparo de estribor del *Halcón y*…

—¿Y qué pasa con las reparaciones del estabilizador? ¿Qué hacemos con…?

—Haz lo que te digo, ¿de acuerdo? Dile a Punta de Ala que necesito el mejor holograma falsificado de Leia que sea capaz de crear. Quiero primera clase total y absoluta en todos los aspectos, con las bandas más estrechas y las grabaciones más modernas que pueda encontrar, un fondo perfecto… De todo, vamos. Dale el dinero para emergencias como adelanto, y dile que le daré treinta mil créditos dentro de dos semanas. Júraselo por lo que más te apetezca y firma cualquier papel que te ponga por delante.

—¿Treinta mil créditos? ¿Y qué banco piensas robar para pagarle ese trabajito?

—Deja que yo me preocupe de eso.

Han inspeccionó la grabadora de bolsillo y después miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírles, aunque el pasillo que llevaba al despacho de la controladora estaba desierto. Todo aquel cuadrante de la base había quedado abandonado: la tripulación y los contingentes de guardias de los dos cruceros que seguían atracados en los muelles permanecían en sus naves porque se esperaba que el confinamiento les permitiría escapar a la infección, y los pocos que no estaban en la enfermería —o en el depósito de cadáveres— no salían de sus habitaciones.

—Quiero las imágenes de Leia más recientes y de mejor calidad que pueda encontrar, ¿entendido? —murmuró Han—. Dile que añada unas cuantas interferencias para tapar las líneas de montaje. Quiero que manipule la señal de tal forma que parezca que está siendo transmitida por el canal principal de Coruscant, y quiero que Leia diga lo siguiente…

—Eres el hermano, ¿verdad? —Liegeo acababa de moverse por primera vez después de un largo silencio durante el que parecía haberse sumido en el sueño o en la muerte. Apenas le quedaba un hilo de voz y Luke, que estaba temblando bajo la terrible mordedura del frío nocturno, se preguntó si conseguirían sobrevivir hasta que amaneciera—. Skywalker… El último Jedi.

—Espero ser el primero de la nueva hornada.

Luke pensó en todos los discípulos a los que había entrenado: Kyp, tan encerrado en sí mismo y tan aterradoramente poderoso; Tionne y su música; Cilghal, con sus talentos curativos… Algunos ya se habían marchado de Yavin 4 para ir en busca de sus senderos y sus propias misiones. Algunos, como el fiel Dorsk 81, ya habían pasado al Otro Lado. Había un nuevo recluta, nada menos que un bith… Y con el paso de los años y con la ayuda de la Fuerza habría más, muchos más.

Si Luke moría aquella noche, sus discípulos sabrían seguir adelante sin él.

El recuerdo del tiempo que Calista había pasado en Yavin 4 desgarró la mente de Luke con un dolor más intenso que cualquiera de los que hubiera experimentado en la carne. Se acordó de cómo había enseñado a Tionne a comprender los misterios más

profundos de la espada de luz, y de las horas que había pasado sentada en las terrazas de los viejos templos bajo la luz color albaricoque del crepúsculo, hablándole de Djinn Altis, su maestro, y de su fortaleza flotante suspendida entre las nubes de gases de Bespin. La mañana en que Luke había traído el tanque de imágenes que él y Han habían encontrado en las criptas de Belsavis, Calista les mostró cómo se podía utilizar para crear siluetas y formas, y les contó que había aprendido a utilizar un aparato similar como herramienta para reforzar su dominio de la Fuerza. Mientras los estudiantes reían y felicitaban a los que conseguían algún pequeño éxito, Calista se había ido sin decir nada. Luke salió de la sala media hora después y la encontró en la terraza, con los ojos clavados en la nada y la cabeza vuelta hacia las junglas, firmemente decidida a no sentir nada.

—Tendría que haberlo comprendido hace mucho tiempo —siguió diciendo Liegeo—. Este planeta… atrae a los Jedi. Beldorión siempre ha afirmado ser un Jedi, y sacó su espada de luz de algún sitio, aunque Taselda, esa mujer horrible, afirma que originalmente le pertenecía a ella. Envió a esa pobre muchacha a la que había engañado para que la robara y se la devolviera…

—¿Una muchacha?

Luke sintió que su corazón dejaba de latir durante unos momentos. Intentó evitar que el estallido de miedo y esperanza se extendiera a su voz, pero no debió de conseguirlo del todo, porque los ojos de Liegeo parecieron experimentar un sutil cambio bajo la claridad de las estrellas, como si comprendiera lo que le estaba ocurriendo.

—Sí, una joven llamada Calista.

Luke se quedó sin respiración por un instante. Se acordó de hasta qué punto había estado dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera Taselda, fuera lo que fuese, no sólo por la esperanza de que eso le llevaría hasta Calista, sino también por el apremiante deseo de complacerla que parecía ser uno de los usos del control mental en el lado oscuro de la Fuerza.

Y, naturalmente, Calista habría mentido a los agentes Grupp y Snaplaunce cuando les dijo que se iba de Hweg Shul por propia voluntad. Se había marchado porque Taselda así se lo había ordenado.

«Si le ha ocurrido algo, yo…», pensó.

¿Qué haría? ¿Matar a Taselda? ¿Y a Beldorión después? ¿Y a quién más?

Nada de todo eso le devolvería a Calista.

«Libera tu ira… Libérala sinceramente, sin guardarte ni un solo átomo de ella, y deja que se evapore como los drochs bajo la luz del sol».

Los ojos de Liegeo seguían clavados en su rostro.

—Beldorión la hizo prisionera, naturalmente —dijo, hablando en un tono tan suave y lleno de afecto como si se estuviera dirigiendo a un hombre que acababa de resultar herido en un accidente, o que había caído al suelo desde una gran altura—. Calista no pudo enfrentarse a él, y tampoco podía resistirse a los sindroides de Ashgad. Parecía pensar que Taselda podía convertirla en una Jedi, y que Beldorión quería que fuese capturada con vida porque creía que ella poseía alguna…, alguna clase de poder Jedi,

aunque no era ése el caso. Al principio Beldorión pensó utilizarla como esclava, pero acabó decidiendo entregársela a Dzym. Más tarde o más temprano todos…, todos acabamos doblegándonos ante Dzym.

—¿Y tú no hiciste nada?

Luke apretó los puños. El deseo casi incontenible de golpear a aquel hombre indefenso que yacía ante él recorrió todo su cuerpo, y Liegeo fue consciente de ello. Se encogió sobre sí mismo, pero no hizo ningún esfuerzo para desviar el golpe que temía recibir.

El susurro del aire que acababa de tragar hizo que Luke se acordara de cómo le había visto por primera vez, agonizando entre los drochs con la sangre y aquellas asquerosas sustancias viscosas brotando de la monstruosa boca de Dzym, y una nueva compasión hizo desaparecer la rabia.

—No, claro —murmuró—. ¿Qué podrías haber hecho? «La Fuerza —pensó—. Ese eco de la Fuerza manchado y sucio que percibí en el poder de Dzym…».

—¿Qué fue de ella? —preguntó, hablando con tanta dificultad como si tuviera la boca llena de polvo.

—Escapó. Oi hablar a Beldorión y a Dzym y le conté a qué acuerdo habían llegado, y ella escapó esa misma noche. No sé qué habrá sido de ella después de que huyera. Estaba… Estaba llena de amargura.

Luke se dio cuenta de que estaba jadeando.

—He de encontrarla —murmuró—. He de decirle que…

Pero no llegó a terminar la frase. Los relámpagos de superficie chispearon en la lejanía, brillando y reluciendo como un eco gigantesco del diminuto campo artificial dentro del que estaban sentados que pareció perderse en el silencio desprovisto de vida del desfiladero.

—¿Qué has de decirle, amigo mío? —La voz de Liegeo estaba llena de afable dulzura—. ¿Que la amas? Ella ya lo sabe. Es lo único de lo que siempre ha estado segura.

—¿Hablaste con ella?

Liegeo inclinó la cabeza en un asentimiento casi imperceptible mientras sus delgadas manos permanecían cruzadas sobre su pecho.

—Pues entonces ya sabes que he de encontrarla.

—Vamos, vamos… ¿Realmente crees que tiene un concepto tan pobre de ti? ¿Piensas que cree que decidiste darle la espalda porque había perdido su poder? —La voz, cansada y carente de cuerpo, parecía surgir de la misma oscuridad—. Hace muchos años amé a una mujer…, una muchacha, en realidad. Ella era muy joven. Fue… Bien, el caso es que ni antes ni después he vuelto a sentir nada parecido. Había momentos en los que casi parecíamos hermanos, como si fuéramos dos mitades de un todo, y había otros instantes en los que pareció como si la pasión que cada uno sentía hacia el otro fuera capaz de iluminar el mundo con los destellos de una gran hoguera. Si nunca has sentido nada parecido, me temo que no puedo explicártelo.

—Lo he sentido —murmuró Luke.

—Al igual que yo, ella también vagaba de un lado a otro porque quería saber qué había más allá de las estrellas. Al igual que yo, sabía manejar las máquinas y las herramientas. También llevaba un poco de cinismo oculto dentro de ella, pero su corazón era capaz de grandes pasiones.

»Y tenía su propio camino —siguió diciendo—. Creo que nunca dejó de amarme, pero yo no podía recorrer aquel camino con ella. Lo intenté. Pero a veces… A veces tienes que decir adiós y no mirar atrás.

—No de esta manera.

Y no a Calista.

Luke no podía dar la espalda a lo único que deseaba en el universo, lo único que había sido capaz de inspirarle aquel anhelo tan desesperadamente intenso. Las palabras surgieron de sus labios después de unos momentos de agonía.

—No puedo hacerlo.

—Bueno, cada caso es distinto.

La voz de Liegeo se había debilitado hasta tal extremo que Luke decidió correr el riesgo de encender la varilla luminosa que llevaba en el bolsillo de su traje de vuelo, manchado y lleno de desgarrones, para poder examinar las puntas de los dedos y los párpados del filósofo. El pulso era débil pero regular, y la respiración entrecortada y lenta.

—Y la seguí. —Los ojos de Liegeo se movieron bajo sus pálidos párpados, como si todavía pudiera ver el rostro de su amada, y un fruncimiento de ceño tensó su frente—. Pensé, estúpido de mí, que yo era la única persona capaz de enseñarle lo que me parecía que debía aprender en la vida, que era la única persona capaz de darle lo que necesitaba para recorrer el largo camino serpenteante de la existencia humana… Y al aferrarme a ella tan ciega y desesperadamente como lo hice, lo único que conseguí fue…, fue hacerle un daño terrible.

Luke no dijo nada. El rostro de Calista volvió a su mente tal como lo había visto bajo la luz del amanecer en la torre del templo de Yavin Cuatro mientras escuchaba las voces de los adeptos que jugaban con el tanque de imágenes que Calista les había enseñado a manejar.

—Al final acabé comprendiendo que la mayor prueba de amor que podía darle sería permitir que se marchase para ir en busca de su propio camino. Supongo que el creer que yo era el único guía que tendría o que necesitaría jamás fue un poco vanidoso por mi parte, desde luego…, como también lo fue el creer que ya nunca volvería a amar a nadie más después de haberla amado a ella.

Luke guardó silencio durante un rato mientras toda su alma aullaba con un grito desesperado, debatiéndose entre la oscuridad de los últimos ocho meses.

—¿Y volviste a enamorarte? —acabó preguntando.

Liegeo sonrió y le rozó la muñeca.

—Siempre he pensado que la capacidad humana de amar es tan enorme que una sola pérdida, por muy colosal que sea, no puede acabar con ella…, o por lo menos espero

estar en lo cierto. Ahora no me crees, Luke, pero yo ya he recorrido este camino. Puedo asegurarte que si continúas andando acabarás saliendo de las tinieblas. El amor que sientes hacia tu hermana es tan grande como el amor que yo sentí hacia mis dos esposas, benditos sean sus pobres corazones llenos de paciencia. El amor siempre está ahí, y basta con buscarlo para dar con el.

«Pero no será como éste —pensó Luke—. No, nunca será como éste…».

Había tenido intención de permanecer despierto y resistirse al lento tirón del cansancio que parecía querer arrastrarlo hasta el borde de un insondable pozo lleno de negrura. En cualquier caso, dormir parecía imposible con el cosquilleo de la electricidad que se deslizaba sobre su carne para limpiar su cuerpo de las repugnantes energías de los drochs, y con el terrible frío de la noche. Pero Luke no tardó en encontrarse dando cabezadas de las que sólo podía salir recurriendo a toda su fuerza de voluntad para volver a adormilarse unos instantes después. A medida que la oscuridad iba envolviéndole en las voces que parecían no haber dejado de susurrar ni un solo momento dentro desu mente, éstas volvieron al primer plano de su consciencia, como hombres y mujeres que surgieran de las sombras y, a medida que iba dejando atrás las anclas de la vigilia, Luke pudo oír lo que decían.

Las voces le hablaron del tiempo y de aguas inmóviles que jamás conocían las mareas y que estaban impregnadas de vida y calor. Le hablaron del palpitar del corazón de aquel mundo sin lunas, y de las estrellas. Las voces pintaron un oscuro telón de fondo sobre el que los brillantes destellos de la consciencia más cercana se movían como luciérnagas efímeras, y Luke percibió la diversión teñida de preocupación con la que observaban cómo aquellas nerviosas y diminutas criaturas que nunca paraban de moverse venían a habitar en sus minúsculos enclaves de tierra, agua y adornos vegetales. Y también percibió el miedo que les inspiraba la existencia de un peligro terrible y desconocido…

Y después llegó la ira, una ira violenta, abrasadora y espantosamente intensa, la ira de aquellos que han visto cómo sus amigos y sus familiares son violados, asesinados y esclavizados delante de sus ojos llenos de furia impotente y que nunca olvidarán los gritos de dolor que lanzaban mientras eran despojados de sus mentes.

No permitas que lo hagan. No permitas que lo hagan… ¿Y por qué tenía la inexplicable impresión de que las presencias invisibles estaban inmóviles a su alrededor, sombras al acecho entre las rocas de los desfiladeros que bajaban la mirada hacia él mientras dormía? *Todavía podemos oír sus voces. Sus gritos y su llanto todavía no se han apagado. Se han ido, pero todavía forman parte de nosotros.*

Luke meneó la cabeza. «No lo entiendo».

Estaba en Tatooine. Se hallaba en el centro de su antigua morada, y el edificio había sido restaurado y ya no era el enorme hoyo medio lleno de arena en el que lo habían convertido los soldados de las tropas de asalto hacía ya tantos años. Había soldados de las tropas de asalto en el patio y algunos de ellos entraban y salían por la puerta de la cocina que daba al patio, sacando a rastras jawas que chillaban, suplicaban, se debatían y daban patadas. Tía Beru jamás hubiese permitido que un jawa pusiera los pies en su impoluta

cocina, naturalmente, pero Luke creyó comprender que su tía no tenía nada que ver con lo que estaba ocurriendo. Y había alguien detrás de él, alguien a quien no podía ver a pesar de que casi sentía el roce de su presencia en el codo y que estaba creando aquellas imágenes, alguien muy viejo, muy paciente y muy enfadado que estaba intentando hacerle entender ciertas cosas.

Dos soldados de las tropas de asalto agarraron a un jawa por los brazos. Un tercer soldado alzó un enorme taladro manual del tipo usado para obtener muestras de las rocas de agua y hundió la broca giratoria en la cabeza del jawa…, y el jawa siguió debatiéndose y lanzando frenéticas patadas, ofreciendo una horrible resistencia mientras el soldado extraía la broca de su cráneo, se volvía hacia una especie de bañera que había junto a él y sacaba de ella un cerebro grisáceo del que goteaban fluidos transparentes y lo introducía en la abertura que acababa de practicar en la cabeza del jawa, apretándolo y empujándolo para que entrara por ella como un zapador que estuviera rellenando un agujero con explosivos. El jawa dejó de debatirse y permaneció pasivamente inmóvil mientras los dos soldados le soltaban los brazos, cogían las distintas secciones y componentes de una armadura blanca de las tropas de asalto de un gigantesco montón apilado delante de la puerta del taller y metían al jawa en ella, cerrando la armadura como si fuese una caja con forma de soldado y asegurándola mediante cierres especiales colocados a lo largo de uno de sus costados. El traje había permanecido rígido mientras estaba siendo manipulado, pero en cuanto el infortunado jawa estuvo dentro de él se volvió tan repentinamente articulado como una armadura normal. Una criatura tan pequeña como un jawa no podía llenarlo, pero su involuntario ocupante parecía haber aumentado de tamaño.

La armadura animada saludó a los otros soldados y subió con paso rígidamente marcial los escalones para desaparecer dentro de la casa, moviéndose como si hubiera un hombre dentro de ella.

«¿Eh?».

Un segundo jawa fue sacado de la cocina («¡Tía Beru se debe de estar subiendo por las paredes!»), y su cabeza también fue taladrada y rellenada con un cerebro, después de lo cual también fue introducido en una armadura, recibió un arma —Luke vio que se trataba de un rifle desintegrador Atgar-4X—, y desapareció dentro de la casa.

«No entiendo nada…». Luke se volvió para tratar de obtener una explicación del ser que había inventado aquella visión, pero volvió ,*i* encontrarse en el desfiladero con Liegeo. Estaba de pie, inmóvil junto a su propio cuerpo y el del ingeniero, y aunque hubiese podido jurar que el ser que le había mostrado las imágenes y que estaba intentando comunicarse con su mente había vuelto a aquella realidad con él, lo único que vio al volverse fue el tenue resplandor de las facetas del muro rocoso.

—Este mundo les pertenece, Luke —dijo la voz de Calista—. Este mundo les pertenece…

Luke vio cómo se alejaba de él, con su larga cabellera castaño rojiza recogida en una cola sobre la espalda de su chaqueta de cuero y lana de nerf, que él sabía era roja a pesar de que pareciese negra bajo la luz de las estrellas.

Y Calista desapareció, alejándose de él por su camino particular bajo la luz de las estrellas para ir hacia un destino que Luke no podía distinguir…

Leia se dio cuenta de que los muros de cristales resplandecientes acababan de cambiar a su alrededor. Cuando entró en la caverna, metiéndose por una hendidura perdida entre los desfiladeros que se alzaban sobre el campamento de la partida de theranianos, había quedado deslumbrada por los reflejos que proyectaban las gruesas capas de gemas. Pero después de haber apagado su lámpara, tal como se le había dicho que debía hacer, y haberse adentrado en la inmensa cámara bañada por una tenue claridad, no tardó en comprender que aquella geoda enterrada en las profundidades del planeta había sido transformada, y que algo o alguien la había metamorfoseado en un sitio muy familiar, una estancia que Leia conocía muy bien…

Columnas oscuras ascendían hacia el cristal surcado por estriaciones color verde y oro de las bóvedas. Las sombras se perseguían por entre la dorada complejidad del suelo.

La sala de audiencias de Palpatine… ¿Y por qué podía oír el tenue estrépito gemebundo de aquel horrible grupo de músicos que entretenían a Jabba el Hutt en su palacio? ¿Por qué estaba percibiendo, agazapado detrás de los perfumes, el aroma del incienso y de los sutiles gases hurlothrúmbicos con los que el Emperador había inundado su gran sala de audiencias, la acre pestilencia de un hutt y el olor grasiento de los mercenarios y los aventureros profesionales?

Siguió andando. Tenía mucho miedo, pero lo atribuyó al gas. Su padre la había prevenido cuando Leia era una adolescente que iba a acudir a su primera audiencia con el Emperador. «No tengas miedo —le había murmurado mientras le abría la puerta para que entrara—. No es más que un truco, una estratagema para hacerte creer que es más peligroso de lo que realmente es…».

Y Leia había tenido miedo, pero también había sabido que su temor no era real. Aquel recuerdo y aquel conocimiento no se habían disipado nunca, y la habían ayudado a resistir y a seguir adelante cada vez que había vuelto a sentir miedo.

Había alguien sentado en el trono de Palpatine.

Leia dejó atrás la última hilera de columnas y fue hacia aquella silueta envuelta en los gruesos pliegues de una gran capa que permanecía inclinada hacia adelante, inmóvil y con el rostro escondido por la sombra que proyectaba un capuchón. Un instante después pudo distinguir el brillo de sus ojos. A los pies del trono se acurrucaba una mujer casi desnuda, con tiras de oro y seda por único atuendo, cuya larga cabellera castaña estaba recogida en una trenza que caía sobre su espalda y cuyo cuello estaba rodeado por una gruesa argolla unida a una cadena.

Era ella misma hacía ocho años. Ella, Leia, pero con los ojos bajos, vencida y en una actitud de apática obediencia que nunca había llegado a adoptar ni siquiera cuando se hallaba prisionera en el horrible palacio de Jabba; una Leia que había renunciado a las esperanzas porque sabía que aquella vez no habría ningún rescate…

Su mano fue hacia la espada de luz que colgaba de su cinturón, pero entonces se acordó de lo que le dijo Calista cuando la advirtió de que era mejor no usar un arma hasta

que supiera contra quién iba a usarla. Leia permaneció inmóvil, pero el corazón le martilleaba dentro del pecho.

—Empuña tu espada —dijo una voz de mujer, una voz profunda y musical que parecía estar hecha de humo y de miel y que Leia reconoció como la suya.

La silueta sentada en el trono apartó el capuchón que cubría su cabeza y Leia se vio a sí misma, madura y hermosa, bella más allá de toda posible descripción, alta y con la gracia delicada y esbelta que siempre había envidiado cuando la veía en Mon Mothma y en Calista. Su rostro estaba lleno de madurez y de sabiduría, pero las pequeñas patas de gallo habían desaparecido de los alrededores de sus ojos, la boca era más firme, más roja y más opulenta, y la cabellera se había convertido en una nube de color canela. Todos los rasgos de su belleza habían sido idealizados y elevados hasta alcanzar una aterradora perfección.

—Empuña la espada. Debes entregársela a una de nosotras.

Se levantó del trono y echó a un lado la capa de Palpatine con un gesto de la mano para hacer que sus pliegues se doblaran detrás de ella como un telón de oscuridad. Leia vio que también llevaba el arnés dorado de las esclavas, enjoyado y repleto de destellos, pero lo lucía como si fuera un traje imperial. La Emperatriz Leia *echó* la cabeza hacia atrás, y rió, y alzó las manos hacia las sombras del techo. Rayos de la Fuerza brotaron de sus dedos y subieron por las columnas para iluminar aquellos pómulos perfectos y el gélido resplandor de sus ojos. Detrás de ella, como en el palacio de Jabba, Leia pudo ver un hombre congelado en un bloque de carboniza junto a la pared, pero el rostro contorsionado no era el de Han, sino el de Luke.

Leia no sabía dónde estaba Han. «Está muerto…», pensó.

Su esposo había sido aniquilado por la Semilla de la Muerte en algún lugar del sector de Meridiano…, y ella, la Emperatriz, por fin había quedado libre de él.

—¿A cuál de nosotras se la entregarás, Leia? —La Emperatriz tiró de la cadena de oro, haciendo que la Leia-esclava cayera al suelo. La infortunada joven enterró el rostro en el brazo y se echó a llorar, como había anhelado hacerlo Leia más de una vez en aquel lugar y en aquel momento de su vida—. Empuña tu espada de luz, porque ha de ser para una de nosotras. Eso es lo que debes hacer.

Leia descolgó la espada de luz de su cinturón y la sopesó en sus manos, esbelta y plateada, sintiendo la frialdad metálica del arma que había construido bajo la tutela de Luke y que luego había temido usar. Las manos de la Leia-esclava, apretadas en puños de frustración y desesperanza, eran débiles y carecían de fuerza. Las manos de la Emperatriz, que seguía inmóvil delante de su trono, eran tan fuertes como las de un hombre, y sus largos dedos poseían aquella blancura perfecta que Leia siempre había deseado para los suyos. Detrás del trono pudo ver a Jacen y Jaina, sonriendo con espadas de luz en las manos y, apenas visible junto a ellos, también pudo distinguir la punta de la capa blanca de su padre, la capa que había llevado en el otro sueño de Leia, cuando Anakin le había partido en dos con su espada de luz.

El único sonido audible era el sollozar de la esclava.

La Emperatriz fue hacia Leia, y la capa de Palpatine onduló a su alrededor como alas de humo que encerraran la llama de su arnés dorado.

—Dale la espada a una de nosotras —ordenó—. Dámela.

Leia retrocedió, aterrorizada ante el poder de aquella mujer. «Nunca he sabido manejar muy bien la espada de luz, pero aun así podría matarla. Se lo merece… Merece morir por lo que le hizo a mi padre». No estaba muy segura de por qué pensaba aquello, o de si había llegado a decirlo en voz alta. Si le entregaba el arma a la esclava, la Emperatriz se limitaría a arrebatársela. Además, la esclava era una criatura cobarde y pusilánime, un ser débil que sollozaba sin levantar la cara. Leia sintió una desgarradora punzada de vergüenza e incomodidad, sabiendo que la esclava también formaba parte de ella.

«Podría matarla. Podría matarlas a las dos».

Dio otro paso hacia atrás, sosteniendo la espada de luz con las dos manos y respirando con rápidos jadeos entrecortados. Los ojos resplandecientes —sus propios ojos, alzados hacia la gloria de los soles— se clavaron en los suyos, dominándola con un poder tan palpable como el que había sido capaz de ejercer Palpatine. La esclava seguía llorando, agazapada sobre el sitial del trono. Leia aferró la empuñadura del arma, sin querer separarse de ella y, al mismo tiempo, convencida de que debía hacerlo. Casi jadeaba de puro miedo, y al final fue esa misma presa impalpable con la que el gas estrujaba su garganta lo que le permitió recuperar el control de sí misma.

«No es real —le había dicho su padre…, su verdadero padre, el padre de su corazón—. Sólo es algo que quiere que sientas».

Y Leia se echó a un lado para salir del camino de la Emperatriz.

—No he de entregársela a nadie —dijo—. Es mía, y puedo hacer lo que quiera con ella.

Y, dándoles la espalda a las dos, salió del palacio y de la caverna.

Capítulo 19

—Luke fue capaz de enfrentarse a Vader —dijo Calista—. Soportó el ser derrotado por él y el que le cortara la mano, tal como se la habían cortado a él, para así aceptar el hecho de que Vader era su padre. Después supo renunciar a ese hecho para seguir viviendo y crearse un futuro. Tú nunca tuviste esa oportunidad.

—Estás hablando de un tipo de experiencia por la que no siento muchos deseos de pasar —observó Leia en un tono bastante seco—. Conocí a Vader y podía verle, inmóvil detrás de Palpatine o siguiéndole tan silenciosamente como si fuera un fantasma, cada vez que iba a su corte. Créeme, Calista: nunca aceptaré que él era mi padre.

—Entonces siempre serás la esclava de su sombra.

Un chispazo de ira ardió en los ojos de Leia. Durante unos momentos cada mujer sostuvo la mirada gris de la otra bajo el tembloroso resplandor de la hoguera y la fría claridad de las lámparas de sodio esparcidas por el campamento de los theranianos. La mayoría de los seguidores del culto se habían acostado alrededor de la boca de la más grande de las cavernas resplandecientes después de que los últimos estallidos de la tormenta de la Fuerza acabaran de consumirse a sí mismos. Salvo unos cuantos centinelas que montaban guardia desfiladero arriba, todos se habían entregado al sueño. Bé había desaparecido, alguien dijo que para entrar en comunión con la noche. Al parecer eso era lo que solían hacer los Oyentes, porque todos los que oyeron aquella afirmación se limitaron a asentir.

Leia y Calista, bastante separadas de los demás, se hallaban prácticamente a solas.

Fue Leia quien desvió la mirada primero. Sus pesadillas volvieron a ella, llenando su mente con la forma y el rostro de sus temores. Se acordó de la rabia que se había adueñado de ella, y de aquella extraña necesidad de demostrar que era algo más que la hija de Anakin Skywalker. Había tomado y usado su arma, los noghrianos, para proteger su seguridad y la de sus hijos y para reparar el daño que su padre les había causado, pero la mera idea de tener que enfrentarse al mundo para reconocer que era la hija de Darth Vader bastaba para darle escalofríos.

—No sé qué supondría el que lo aceptara —dijo por fin, hablando muy despacio y tratando de encontrar las palabras adecuadas—. ¿Qué ocurriría si convirtiera a Vader en una parte de mí, tal como ha hecho Luke?

—¿Te refieres a qué significaría para los demás? —Calista se rodeó las rodillas con sus largos brazos, inmóvil sobre la lisa masa de cristal parecida a un montón de vidrio fundido que había elegido como asiento mientras las ráfagas de viento agitaban su larga cabellera oscura sobre el cuero carmesí de su chaqueta—. ¿Estás pensando en los que preguntarían qué hacía su hija gobernando el Consejo?

—Tal vez, pero sobre todo pienso en lo que significaría para mí y para los niños —respondió Leia—. Creo que necesitaré mucho tiempo para aceptarlo.

Pensar en ello llenó su mente con un terrible caos emocional, una furia helada a la que sucedió el calor de las lágrimas que se agolparon en su garganta.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas mañana —dijo Calista—. Pero si sabes qué partes de él siguen estando ocultas dentro de ti, entonces podrás saber qué debes hacer para construir una muralla alrededor de ellas y qué debes llegar a aceptar para que forme parte de ti…, porque no puedes permitirte el lujo de no ser fuerte, Leia. No puedes dejarte afectar por ese tipo de cosas.

—No —murmuró Leia—. Ya lo sé.

Calista se levantó y descolgó la espada de luz de su cinturón. La hoja color amarillo solar surgió de la empuñadura, una lanza hecha de verano abriéndose paso a través de la oscuridad del invierno.

—Pues entonces empecemos —murmuró.

En algunos aspectos practicar la esgrima con Calista resultaba más fácil que hacerlo con Luke, aunque la Jedi perdida estaba a la altura de su hermano y exigía tanto a sus discípulos como Luke. Aun así, Calista comprendía la diferencia de técnicas impuesta por la menor altura y peso de Luke, conocía los más delicados matices del arte de la esgrima con el instinto infalible de una antigua alumna que ha sido rigurosamente entrenada durante muchos años, y era mucho más consciente de la distancia y del cálculo de los momentos adecuados que ninguno de los hombres con los que se había entrenado Leia. Al igual que le ocurría cuando practicaba con Luke, Leia no experimentó la más mínima sensación de peligro y pudo contemplar las hojas láser que se movían con un suave zumbido sin necesidad de temer aquellas armas, que podían abrirse paso a través de la carne con tanta facilidad como un alambre recalentado a través del queso, y sólo experimentó una extraña sensación de júbilo y de libertad de la que enseguida empezó a desconfiar instintivamente por la única razón de que parecía perfectamente lógica y adecuada a aquel momento.

—Mueve los pies —dijo Calista con voz impasible mientras hacía brotar un diminuto hilillo de humo de una roca a un centímetro de la ya muy remendada bota de Leia—. Mueve los pies y no tengas miedo de tu espíritu. No es necesario que te estés vigilando a ti misma en todo momento.

Leia retrocedió, con la hoja susurrando y derramando una pálida claridad azulada sobre su rostro sudoroso mientras los largos zarcillos de su cabellera castaño rojiza colgaban ante sus ojos.

—Temo que si dejo de vigilarme a mí misma haré algo que no debería hacer, algo terrible… —murmuró.

—Ya lo sé —dijo Calista—. Te has estado vigilando de esa manera durante toda tu vida, Leia. ¿Qué es lo que temes poder llegar a hacer?

—Temo hacerle daño a alguien —respondió Leia y apenas hubo hablado supo que estaba diciendo la verdad y comprendió que ya no estaban hablando del combate, y que las dos lo sabían.

—Cuando llegue el momento de golpear lo sabrás —dijo Calista—, y también sabrás cuándo hay que retroceder. Sólo hay una manera de aprender a reconocer esos momentos, y es practicar más y más en vez de evitar todo contacto con el entrenamiento.

—No quiero llegar a ser otro…

Las palabras se helaron en su garganta.

—¿Otro Palpatine? —preguntó Calista—. ¿Otro Vader? No eres ni otro Palpatine ni otro Vader, y ni siquiera eres otro Bail Organa: eres Leia.

Leia guardó silencio y contempló la suave claridad azulada de la hoja de energía y, más allá de ella, el brillo un poco más pálido de la de Calista. Aquellos dos faros desprovistos de calor iluminaban la oscuridad a su alrededor, aislando a las dos mujeres —estadista y guerrera, pensadora y alma apasionada— en el corazón de un ascua de llamas.

—¿Todavía no has sido capaz de entenderlo? —preguntó Calista, hablando en un tono de voz aún más bajo y suave que antes—. Luke ya lo ha comprendido.

La respiración jadeante de Leia se fue normalizando poco a poco. El arma parecía haberse vuelto más ligera y estable en sus-manos, más parte de sí misma. Por primera vez en su vida, Leia se dio cuenta de que estaba sonriendo mientras empuñaba la espada de luz. Y, sonriendo, hizo una seña a Calista y reanudó la contienda.

Esta vez fue Calista quien alzó una mano para pedirle que se detuviera. Leia bajó su arma. Calista volvió la cabeza, aguzando el oído mientras sus oscuras cejas se unían en un leve fruncimiento de ceño. Un instante después Bé entró en el círculo de claridad de las antorchas, el rostro delgado y lleno de cicatrices sobriamente solemne en el marco de su larga cabellera.

—Van a atacar la estación artillera —dijo—. Vienen de Cañón Rubí, y son muchos. También van a atacar las otras estaciones.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Leia.

Ella y Calista estaban siguiendo a los demás hacia las cavernas en las que habían escondido los deslizadores y los cu-pas. Leia subió a un trineo repulsor junto con tres theranianos. Calista se encaramó de un salto a la silla de montar de un cu-pa de piel suavemente dorada, envolvió su rostro en los velos grises y se echó al hombro el rifle y las granadas de luz.

—Dicen que oyen voces, voces que hablan dentro de sus mentes si duermen en ciertos lugares perdidos entre las colinas, o si beben brebajes hechos con ciertas hierbas… Lo único que sé sobre esas hierbas es que suprimen la actividad linear del hemisferio izquierdo del cerebro. Bé sabe usar la Fuerza, y posee grandes poderes curativos. Muchos Oyentes son grandes curanderos.

Se volvió hacia Leia y le arrojó un rifle y un arco. Había flechas en la parte de atrás del trineo y ya estaban siendo distribuidas entre sus pasajeros, tanto hombres como mujeres, mientras los vehículos y animales iniciaban su veloz avance a través de la gélida oscuridad que precedía al alba, fluyendo por los desfiladeros llenos de silencio como un torrente de agua que bajara por una pendiente.

—La Fuerza es tan intensa en este mundo… —murmuró Calista, sosteniendo con delicada firmeza la rienda del cu-pa entre sus dedos enguantados—. Djinn, mi maestro, me había hablado de Nam Chorios. Me contó una historia sobre dos jóvenes Jedi que

vinieron aquí hace siglos en busca de otros dones y de un nuevo grado de control de la Fuerza que no habían sido capaces de alcanzar por sí solos. Nunca se supo nada más de ellos, pero se supone que uno de los dos era un hutt. Sé que los hutts viven mucho tiempo.

Calista meneó la cabeza con un gesto entre melancólico y perplejo, como si estuviera viendo a aquella joven llena de desesperación que había huido de las ruinas de la flota devastada de la almirante Daala hacía casi un año para buscar un sitio al que ir, una pista que la guiara a través del laberinto de aquella búsqueda de sus poderes perdidos que había decidido emprender.

—En cuanto a lo que encontré… Bueno, ya sabes qué encontré: mezquindad, viejas rencillas, sumisión a los deseos más bajos e insignificantes… Nunca más, pensé. Nunca volveré a ser el peón de nadie a causa de los poderes con los que nací y que ya ni siquiera poseo. Pero mientras estaba prisionera vi el *Protector*. También había visto a Dzym, y comprendí qué planeaba hacer. Supongo que no recibiste mi mensaje.

—Lo recibí. —Leia cambió la posición del rifle que colgaba de su hombro para que no le golpeara el costado y se agarró a una de las torretas artilleras improvisadas del trineo—. Pero a esas alturas las cosas ya habían ido demasiado lejos para que pudiera volverme atrás. El mensaje llegó a mis manos el mismo día en que me iba.

—Tendrías que haber dicho que estabas enferma, o haberte inventado cualquier otra excusa por el estilo.

—Q-Varx y el Partido Racionalista habían tardado meses en organizar la reunión. Actuaban de buena fe… Eran peones, no espías. Leí su correspondencia. No estaba dispuesta a correr el riesgo de tener que enfrentarme a las repercusiones políticas de una negativa.

Calista meneó la cabeza.

—A veces has de tomar ese tipo de decisiones —dijo Leia. Titubeó y después, porque ella también odiaba las sorpresas, decidió seguir hablando—. Luke también vino conmigo. Fue a Hesperidio para verme partir, y luego cogió un caza y fue a la superficie del planeta para buscarte.

Calista volvió la cabeza hacia ella.

—No sé dónde está.

Calista desvió la mirada. Lo que podía verse de su rostro estaba tan inmóvil e inexpresivo como una escultura de marfil, pero sus grandes ojos grises se llenaron de lágrimas por encima del borde del velo.

Siguieron avanzando en silencio durante un rato, bajando por senderos que apenas les resultaban familiares cuyo suelo estaba cubierto de trozos de roca y astillas de cristal, con dunas enteras de gravilla elevadas hasta allí desde las llanuras que se extendían por debajo de ellas. Los vientos del amanecer habían empezado a soplar en cuanto la tenue claridad solar pudo calentar un poco el lecho interminable de los mares muertos. Leia entrecerró los ojos para protegerlos de la sedosa claridad grisácea y eso le permitió distinguir las masas más altas de los acantilados que se alzaban alrededor de la estación

artillera, con el delicado encaje de los restos de los baluartes superiores formando un dibujo negro contra el aire perlino.

—No encontré nada que pudiera ayudarme —dijo Calista por fin—. La Fuerza está aquí, pero no bajo una forma que pueda tocar o entender. Lo que vive aquí, sea lo que sea y si es que hay algo realmente vivo en este lugar, es invisible e intangible. He intentado llegar hasta esta vida misteriosa, Leia. Oh, sí, puedo asegurarte que lo he intentado una y otra vez… Los Oyentes dicen que esas voces que les hablan son los fantasmas de los hombres santos de la antigüedad, pero yo creo que están equivocados. Las voces se limitan a utilizar las formas que los Oyentes llevan dentro de sus mentes.

Volvió a menear la cabeza y sus ojos se entornaron para contemplar el crepúsculo carente de sombras hecho de viento y distancias.

—Sé que en Hweg Shul hay una mujer que hace negocios con algunas empresas navieras —siguió diciendo después—. Cuando todo esto haya terminado, iré a verla y averiguaré si puedo salir del planeta en una de esas navecillas que usan para transportar cargamentos, y luego intentaré conseguir el dinero para ir a otro sitio trabajando en lo que sea. ¿Vas a decirle a Luke que me has visto?

—Haré lo que tú quieras que haga —respondió Leia—. Me gustaría decírselo, desde luego, pero si prefieres que no se lo diga… Bueno, en ese caso no lo haré.

Calista abrió la boca para decir algo, pero cambió de parecer.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó.

—Creo que sería mejor que se lo dijera.

—Pues entonces hazlo —murmuró Calista—. Haz que lo entienda, si es que puedes. Dile que le amaré hasta el fin de mi vida, pero que no puede formar parte de mi existencia.

Serpientes de relámpagos blancos parpadearon de repente sobre los riscos de cristal, frías y pálidas bajo la luz del amanecer. Leia se agarró a la barandilla del deslizador mientras el vehículo temblaba y se bamboleaba, sacudido por lo que parecía un terremoto a pesar de que el suelo permanecía inmóvil bajo los haces elevadores antigravitatorios. Un peñasco de obsidiana que pesaría varias toneladas se retorció y bailoteó sobre la ladera rocosa de la montaña delante de ellos, y el reluciente talud de cristales que se extendía por debajo de las estribaciones de los acantilados salió despedido hacia arriba en una repentina erupción de embudos que parecían torbellinos erizados de dientes.

Los theranianos de los deslizadores empezaron a gritar y miraron a su alrededor con las armas preparadas para hacer fuego, y Calista y Bé tuvieron que luchar con sus cu-pas para conseguir que se mantuvieran inmóviles antes de que los animales tuvieran tiempo de sucumbir al pánico.

—Otra tormenta —murmuró Calista—. Y creo que ésta es todavía peor que la de antes.

—Hay alguien con ellos que impulsa esta tormenta. —Los negros ojos de lagarto de Bé estaban cerrados, y todo su ser parecía estar concentrado en el esfuerzo de escuchar—. Mueve esta tormenta a voluntad, la invoca y la dirige…

—Debe de ser Beldorión.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los hombres que viajaban en el trineo repulsor de Leia, volviendo nerviosamente la cabeza de un lado a otro para contemplar los acantilados que centelleaban bajo la nueva claridad mientras el mundo parecía haberse detenido a un paso del caos.

Bé echó hacia atrás sus trenzas con una enérgica sacudida de la cabeza.

—Debernos hacer lo que se nos ha dicho que hemos de hacer —respondió el Oyente—. Debemos ir a su encuentro y morir…

Si los horrores de haber tenido que contemplar cómo los muertos y moribundos de Cibloc XII eran despojados de sus pertenencias ya habían sido considerables —con las peleas entre saqueadores, los androides controlados a distancia patrullando de un lado a otro como insectos zumbantes, la visión de los escasos supervivientes que perdían sus joyas y sus cilindros de crédito a manos de los ladrones—, la oscuridad que siguió a todo aquello fue infinitamente peor. Las luces de la cúpula se habían apagado, y los circuitos auxiliares no tardarían en dejar de funcionar. En las salas y laboratorios médicos donde Cetrespeó, con la paciencia infinita propia de un androide, estaba emitiendo su petición de ayuda en bandas alternas de básico y algunos de los seis millones de lenguajes que componían su repertorio, las luces se habían apagado del todo y en la plaza contigua sólo había unos cuantos edificios iluminados de los que brotaban tenues resplandores para mostrarle la calle que se extendía debajo de las ventanas, en la que ya no había nada que se moviera. El cuerpo del saqueador muerto yacía allí donde lo habían dejado tirado sus compañeros, despojado de su traje-a, que otros saqueadores se habían llevado junto con los componentes de ordenador que había estado arrastrando. El cuerpo apenas era una silueta negra para los receptores visuales de Cetrespeó, aunque permaneció visible en la gama infrarroja durante algún tiempo. Los olores de las bacterias alienígenas y los organismos en distintas fases de putrefacción iban impregnando la atmósfera.

—Esto no sirve de nada —acabó diciendo Cetrespeó. Erredós, que se había quedado inmóvil en un rincón donde se mantenía tan inerte como una unidad calefactora, encendió una solitaria luz roja para preguntarle a qué se refería—. Todo el núcleo del ordenador ha sido desmantelado. Aun suponiendo que alguien intentara posarse en la base, nunca llegaríamos a enterarnos.

Erredós emitió una rápida réplica electrónica.

—Oh, de acuerdo. Pero eso no servirá de nada. A cada momento que pasa estoy más convencido de que tendremos que permanecer aquí hasta que nuestras células de energía se hayan agotado, y el caos y la destrucción se extenderán por toda la República.

En otra clase de situación Cetrespeó habría hablado impulsado por una mera convicción personal de que el apocalipsis era inminente, pero de repente se dio cuenta de que se estaba limitando a enunciar la verdad.

—Hicimos cuanto pudimos.

El androide astromecánico emitió un suave trino electrónico y volvió a su posición de reposo. El que cualquiera de los dos no hiciera cuanto pudiese era pura y simplemente inconcebible, por supuesto.

Cetrespeó volvió a instalarse delante del micrófono improvisado.

—Emergencia en Cibloc XII. Emergencia en Cibloc XII. Rogamos envíen un equipo de evacuación. Rogamos envíen un equipo de evacuación.

«Ee-tsuü Cibloc XII. Ee-tsuii Cibloc XII. N'geeswá eltipic'uü ava'acuationma-teemá negpo, insky».

«Dzgor groom Cibloc XII. Dzgor groom Cibloc XII. Hch'ca shmim'ch vrórkshkipfuth gna gna kabro n'grabiaschkth moah».

Cetrespeó ya estaba teniendo que recurrir a la gama más baja de registros de sus circuitos vocalizadores. El lenguaje de los yebs poseía muy pocos términos técnicos, por lo que el androide de protocolo se vio obligado a crear un sucedáneo lingüístico equivalente.

—Varios conglomerados son apremiados respetuosa pero firmemente a coordinar sus actividades para evitar la asfixia por inmersión de otro conglomerado que no supone ninguna amenaza para ninguno de ellos, y que tampoco supondrá ninguna amenaza para ellos o para sus hijos en el futuro inmediato o distante.

Cetrespeó estaba tratando de hacer cuanto podía, evidentemente. El bith, por suerte, no le dio tantos problemas.

—Seis-cinco. Doce-siete-ocho. Dos-nueve-siete —empezó a canturrear el androide de protocolo, que en muchos aspectos era un auténtico enamorado del bith—. Emergencia en Cibloc XII. Emergen… ¡Erredós, mira! ¡Es una nave, y viene hacia aquí! —Cetrespeó señaló la masa oscura de transpariacero a través de la que se podían distinguir los paneles de transpariflex de la cúpula. La huella rojiza dejada por unos retrocohetes que seguían una trayectoria de descenso acababa de aparecer sobre la lívida penumbra del cielo—. ¿No puedes obtener ninguna clase de lectura del ordenador?

Erredós, que ya lo había intentado una docena de veces, se limitó a responder con una lacónica negativa. Cetrespeó ya estaba yendo hacia el turboascensor.

Erredós apoyó el peso de su cuerpo sobre su tercera rueda y siguió a su dorado congénere sin hacer ningún comentario. Si albergaba alguna clase de reservas acerca de la naturaleza de la nave que venía a rescatarlos, basadas en las deducciones que acababa de hacer a la vista del modelo de nave y de sus números de serie, se las guardó para sí mismo.

Cetrespeó había tomado en consideración la posibilidad de que se tratara de contrabandistas, saqueadores o piratas del espacio, pero todo lo que había ocurrido desde que los dos androides y el infortunado infante de marina Marcopio habían escapado de la *Borealis* cuando ésta quedó condenada a la destrucción había hecho que el androide de protocolo empezara a tener un poco más de confianza en sus capacidades para negociar un posible transporte. En cualquier caso, su núcleo energético se hallaba peligrosamente

cerca de la reserva, e incluso otro encuentro con unos piratas espaciales parecía preferible a ir enfriándose en aquel mundo muerto, dejando a su excelencia abandonada a sus propios recursos sin que nadie supiera dónde se encontraba. Mientras iba avanzando por las oscuras calles sumidas en un silencio absoluto de la cúpula devastada por la plaga, Cetrespeó fue componiendo escenarios y argumentos para obtener un pasaje a Coruscant sin que ello exigiera informar a unos transportistas potencialmente hostiles —o sencillamente aquejados de incontinencia verbal— de en qué consistía exactamente su mensaje y su misión.

Y toda esa animada conversación interior se interrumpió de repente cuando él y Erredós cruzaron el umbral del acceso al muelle de atraque más grande de que disponía la estación y Cetrespeó vio la nave negra que acababa de posarse en la pista, inmóvil entre el resplandor actínico de sus luces de descenso, y la identificó como una patrullera de sistemas Seinar IPV de la flota imperial, tan terrible y amenazadora como un inmenso cangrejo de esbelto caparazón, que estaba desplegando su rampa de abordaje.

—Oh, cielos… —murmuró.

Después de lo que acababa de ver, y fuera cual fuese la suma de dinero ofrecida, parecía haber muy pocas probabilidades de que quienes viajaban a bordo de aquella nave aceptaran llevarles hasta Coruscant.

Pero ya era demasiado tarde para volver por donde habían venido. Siluetas vestidas con oscuros trajes-a estaban bajando por la rampa —y a juzgar por su manera de caminar entre ellas había tanto hombres como mujeres, lo cual resultaba bastante inusual para el Servicio Imperial—, seguidas por dos negras unidades de flotación controladas a distancia y armadas con brazos tan delgados como patas de araña que empezaron a examinar la base con la ayuda de haces de una cegadora claridad blanca mientras los soldados avanzaban por el suelo manchado del muelle hasta llegar al sitio en el que les esperaban los dos androides. Uno de ellos, una twi’lek de piel bastante oscura que llevaba un casco enormemente ampliado, pulsó el comunicador de su traje y empezó a hablar.

—Hay dos androides —dijo, y Cetrespeó volvió a sentirse bastante sorprendido.

En circunstancias normales, el Servicio Imperial se mostraba tan poco dispuesto a usar alienígenas como a usar mujeres. Estar más cerca le permitió examinar los trajes-a e identificarlos como equipo imperial —CoMars 980, para ser exactos—, pero también vio que carecían de emblemas, aunque las mangas y el pecho todavía mostraban zonas un poco más claras allí donde éstos habían sido arrancados.

—¿No hay más señales de vida en la base? —preguntó una vocecita metálica casi inaudible por el comunicador.

—No, almirante. Por lo que he visto, me parece que la han saqueado a fondo.

—Cierto, cierto —se apresuró a decir Cetrespeó, siempre dispuesto a ayudar—. El saqueo alcanzó niveles realmente elevados durante las últimas fases de la epidemia. Mi congénere y yo contamos cinco grupos de saqueadores distintos, y el núcleo del ordenador del sistema de la base fue desmantelado de una manera tan concienzuda que ni siquiera pudimos utilizarlo para enviar una señal.

—Que pasen por las rutinas de limpieza y descontaminación —dijo la vocecita metálica—, y que me los traigan en cuanto hayan terminado. Quiero averiguar de una maldita vez qué está ocurriendo en este sector.

—Me parece que no estamos ante una misión imperial, Erredós —dijo Cetrespeó después de un concienzudo trayecto a través de dos cámaras de radiación y un baño químico y mientras la sargento twi'lek llevaba a los dos androides hasta un pequeño ascensor marcado como «Particular»—. La nave, aunque de diseño y manufactura imperial, no luce las insignias de ninguna de las distintas satrapías del antiguo Imperio. Lo mismo ocurre con los uniformes de los tripulantes que hemos visto hasta el momento. Quizá nos estemos enfrentando a un caso de robo de material imperial a gran escala llevado a cabo por un tercer bando completamente neutral.

Las puertas del ascensor se cerraron sin producir el más mínimo ruido. Una vibración temblorosa indicó el comienzo del ascenso, y Erredós emitió un suave pitido.

—¿Una operación clandestina? ¿Y qué clase de operación clandestina crees que podrían organizar los gobernadores imperiales que todavía se resisten a la expansión de la Nueva República? Estoy seguro de que no puede tratarse de eso.

Las puertas se abrieron. Los capitanes y almirantes imperiales siempre tendían a decorar sus despachos guiándose por los criterios básicos de la negrura y la austeridad, en parte —y no intentaban ocultarlo— para que resultaran más impresionantes y aterradores. La cámara en la que entraron los dos androides no suponía ninguna excepción a esa regla. Cetrespeó enseguida fue consciente de que había muchas consolas y pantallas de ordenador acechando detrás de aquellos paneles recubiertos de obsidiana y de que un dedo colocado sobre una escotilla de acceso haría aparecer asientos, en el caso de que fueran necesarios; más lámparas; equipo de dictado, si se precisaba usarlo; instrumentos de tortura; sistemas de sujeción; un espejo y artículos para el afeitado; o, ya puestos, vino, cafina y unos cuantos bollos.

Pero todo aquello enseguida ocupó un lugar secundario y quedó casi relegado al olvido ante el conjunto digitalizado de factores de reconocimiento concernientes a la mujer que ocupaba el único asiento de la estancia: alta, enérgica y de aspecto atlético en su versión simplificada del uniforme de los oficiales imperiales, con su roja cabellera colgándole sobre la espalda como la cola de un cometa y los ojos, tan gélidamente acerados como dos cojinetes metálicos, incrustados en un rostro pálido e inexpresivo. Cetrespeó nunca la había visto en persona, pero como especialista en cuestiones de protocolo había sido programado con toda clase de ficheros sobre los individuos que ocupaban o habían ocupado puestos de gran autoridad, y eso le permitió identificarla de inmediato.

—¡Cielos, Erredós! —exclamó—. Parece ser que se me han proporcionado datos incorrectos. Según la información más reciente de que dispongo, la almirante imperial Daala debería estar muerta.

—Y lo estoy —murmuró Daala.

Han Solo se estaba preguntando si habría alguna clase de locura hereditaria en su familia.

Se cruzó de brazos y examinó el panorama que le permitía divisar el panel de transpariacero del visor: dos cañoneras CEC, la *Courane* y la De*voradora de Llamas*, media docena de cruceros más pequeños y quizá el doble de esa cifra en navíos de escolta, alas-X y alas-E. Los cascos plateados flotaban sobre la oscuridad del espacio real, esbeltos peces blancos suspendidos entre las estrellas. Aquellas naves formaban parte del equipo más moderno de que disponía la Nueva República y no se parecían en nada a los cacharros espantosamente anticuados que se había visto obligada a utilizar la flota rebelde, pero Han también sabía que no disponían del personal suficiente y que sus tripulaciones se hallaban al borde del agotamiento. Ninguna de esas naves podría ofrecer mucha resistencia a la flota que estaba a punto de caer sobre ellas.

Aun así, y teniendo en cuenta que sólo había podido disponer de un vídeo falsificado y de un montón de bravatas y mentiras, podía sentirse bastante satisfecho de sí mismo.

Dio la espalda al visor del *Halcón* para volverse hacia la pantalla principal, donde Lando, que había vuelto a toda prisa de Algar con la flota, y Nien Nunb, su copiloto sullustano, se estaban encargando de las extrapolaciones del salto mientras Chewbacca estudiaba las lecturas sensoras transmitidas por las escasas estaciones robotizadas esparcidas al otro lado de la nebulosa del Velo Enjoyado.

—¿Has podido captar las emisiones de esas naves? —preguntó Han, y el wookie respondió con un gruñido de asentimiento—. ¿Hacia dónde van?

—Bueno, a juzgar por el punto en el que salieron del hiperespacio —dijo Lando, introduciendo unos cuantos números más en los sistemas—, puede que vayan hacia el mismo Meridias, lo cual sería una estupidez teniendo en cuenta que ese planeta lleva varios siglos muerto, o hacia cualquiera de los sistemas de Chorios.

Su último viaje para conseguir refuerzos parecía haber dejado bastante agotado a Lando, pero se había bañado y afeitado y ofrecía un aspecto tan elegante e impecable como de costumbre. Han, que se sentía como si llevara encima demasiados kilómetros de pésimos caminos (y además sabía que lo aparentaba), no entendía cómo se las arreglaba Lando.

—Apostaría todo el dinero que tengo en el banco a que van hacia Pedducis Chorios —siguió diciendo Lando—. Tendrán que sudar bastante para librarse de todos esos piratas y señores de la guerra que han establecido alianzas con los jefecillos locales, pero pueden obtener considerables beneficios de la operación. Nam Chorios sólo es una roca.

Sí, desde luego —murmuró Han—. Pero, y por una asombrosa coincidencia, también es la roca de la que ha salido Seti Ashgad, y no debemos olvidar que fue él quien estuvo jurando a diestro y siniestro que había visto cómo Leia se marchaba sin que le hubiera ocurrido nada. Y ahora, de repente y mientras todo el mundo se está subiendo por las paredes porque Leia ha desaparecido, resulta que alguien surge de la nada e intenta invadir Nam Chorios.

—¡Pero eso es una locura! —protestó Lando, con todos los huesos de hombre de negocios de su cuerpo ofendidos hasta la médula—. ¿Quién puede estar interesado en Nam Chorios?

—No lo sé, pero creo que pronto vamos a averiguarlo —replicó Han, inclinándose sobre el comunicador y abriendo la conexión principal—. Aquí el capitán Solo. Vamos a saltar al hiperespacio en las coordenadas siete-siete-cinco, y volveremos al espacio real en las coordenadas nueve-tres-nueve-tres-dos…

Lando abrió mucho los ojos en cuanto se dio cuenta de lo terriblemente cerca que estaba un punto de salto del otro.

—Han, viejo amigo…

Han tapó el micrófono con la mano.

—Queremos llegar allí antes que ellos, ¿no? Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—Lo que vas a hacer es conseguir que todos acabemos chocando con Nam Chorios si alguien se desvía aunque sólo sea un milímetro del curso marcado.

—Pues que nadie se desvíe ni un milímetro del curso marcado —replicó secamente Han, y se volvió hacia el comunicador—. Vamos hacia Nam Chorios. Puede que intenten interceptarnos cuando volvamos a entrar en el espacio real, así que mantengan los ojos bien abiertos.

Echó un vistazo a las lecturas. Tres Destructores Estelares, media docena de fragatas, dos interdictores…

Y no había que olvidar a los enjambres que ni siquiera aparecían en las lecturas, las nubes silenciosas y mortíferas de agujas espaciales controladas a distancia que estarían esperando para hacerles añicos en cuanto salieran del hiperespacio.

Tenía que estar loco, desde luego.

—Máxima potencia, Chewie —dijo.

Capítulo 20

Luke percibió la violencia de la tempestad de la Fuerza que hervía alrededor de la estación artillera de Punta Lúgubre cuando todavía estaban a varios kilómetros de distancia de ella, y pudo sentirla bajo la forma de un palpitar en su cabeza y una repentina opresión de terror y rabia en el pecho. Mientras la Carroza Mobquet volaba por los desfiladeros como un enorme lagarto planeador negro, los peñascos de cristal y los torbellinos de gravilla saltaban y giraban por los aires como si tuvieran vida propia, repiqueteando sobre el esbelto cuerpo del deslizador y arañando los gruesos y resistentes paneles de transplex de la cabina de los pasajeros.

—Beldorión… —murmuró Liegeo—. Todavía es capaz de utilizar la Fuerza para ciertas cosas. Pero nunca había visto este tipo de actividad…

Luke apretó los dientes hasta hacerlos rechinar, sabiendo que aquel torrente de ciega energía estaba siendo duplicado en algún otro lugar del planeta, donde destruía maquinaria de la que dependía la vida y la subsistencia de muchas personas y volcaba otras fundiciones para dejar lisiados a otros hombres.

«Y todo para que Seti Ashgad pueda dejar incapacitada una estación artillera y crear un pasillo por el que podrá volar una nave», pensó.

Y le bastaría con dejar incapacitada una sola estación…

—Ya han conseguido entrar —murmuró Luke mientras salían del desfiladero que desplegaba sus riscos sobre la estación artillera.

La mayor parte de la empalizada de metal y madera que coronaba la vieja torre había sido arrancada por la violencia de la Fuerza descontrolada. Vigas, trozos de metal y enormes alfombrillas de alambre-navaja habían quedado esparcidas sobre la gravilla alrededor de la base de los muros; y, azotadas por el salvajismo del poltergeist en que se había convertido la Fuerza, subían del suelo para lanzarse contra los muros, los restos de las defensas y las rocas circundantes, embistiéndolas con la ciega ferocidad de animales rabiosos. Una viga medio oxidada salió despedida del suelo para volar como una jabalina bajo la mirada de Luke, arrastrando tras de sí toda una masa de alambre, y cayó entre la confusión de siluetas que corrían, buscaban refugio e intercambiaban disparos en lo alto de la torre. La viga saltó y bailó de un lado a otro hasta que cayó, arrastrando consigo a dos combatientes del Partido Racionalista que habían quedado atrapados entre un amasijo de restos.

Los atacantes y los defensores seguían luchando delante de la puerta que llevaba al edificio propiamente dicho. La boca del desfiladero que envolvía a la torre se hallaba demasiado lejos para que Luke pudiera estar demasiado seguro de lo que veía, pero le pareció que se estaba librando otra batalla, más pequeña y concentrada, alrededor de los anillos y el blindaje de la bocacha del cañón láser. Los seguidores del Partido Racionalista intentaban llegar hasta ella, y theranianos envueltos en harapos se les oponían en un feroz combate cuerpo a cuerpo para evitar que dañaran el cañón. Los destellos de los desintegrado-res y los fogonazos de los cañones jónicos brillaban en el

aire matutino como pálidos relámpagos, pero la naturaleza de la tormenta de la Fuerza hacía que muchos disparos no consiguieran llegar hasta su objetivo, y resultaba obvio que los theranianos ya no intentaban arrojar lanzas o disparar flechas. Incluso las cápsulas y las balas de las armas de proyectiles eran desviadas como briznas de paja.

—Beldorión tiene que estar ahí —dijo Liegeo, apartando los largos mechones de cabellos color ceniza que flotaban delante de sus ojos—. Supongo que habrá elegido algún lugar lo suficientemente alejado de primera línea, como por ejemplo… ¡Ahí, ahí está!

Señaló la silueta plateada de un flotador redondo que se encontraba a no mucha distancia de la base de los muros. Luke pudo distinguir la silueta enroscada del gigantesco hutt acostado sobre ella, una forma musculosa y serpentina que no se parecía en nada a la perezosa mole obesa de Jabba.

La sensación de una Fuerza moribunda, de capacidades podridas y propósitos agotados, se alzó a su alrededor como un hedor palpable, igual que había brotado de Taselda.

En muchos aspectos era peor que Vader, peor que Palpatine. Por lo menos ellos habían tenido grandes sueños.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Liegeo.

Luke movió la palanca de control e hizo que el deslizador empezara a retroceder desfiladero arriba, volviendo por donde habían venido. Un deslizador no era una plataforma antigravitatoria y en general no podía ser utilizado como tal sin una reestructuración previa de los depósitos de flotabilidad, pero las Carrozas Mobquet estaban equipadas con unos motores que habrían hecho palidecer de envidia a muchos de los navíos de combate que había pilotado Luke.

—Vamos a agarrarnos tan fuerte como podamos —replicó.

—¿Qué piensas hacer? —balbuceó Liegeo.

«Una pregunta realmente estúpida, amigo mío», pensó Luke mientras aceleraba el deslizador al máximo y colocaba la mano sobre la palanca del turboimpulsor. Sólo había un curso de acción posible, y tendría que haber resultado obvio. Los muros del desfiladero se convirtieron en un telón resplandeciente, el viento y la gravilla que volaba por los aires arañaron la cabina y el metal, la abertura en las paredes del desfiladero saltó repentinamente hacia ellos y, más allá, la gran brecha abierta en la corona defensiva de la torre pareció hacerles señas como si fuera un ojo de buey ridículamente enorme.

—¡Luke! —gimió Liegeo, y se tapó los ojos con la mano.

El deslizador cruzó el abismo de veinticinco metros que se interponía entre el último risco de la estribación montañosa y la cima de la torre con el ímpetu salvaje e incontenible de un perro de combate nek o de un tikkiar adiestrado para matar que se lanzara sobre su presa. Luke apagó el turboimpulsor y conectó los frenos, patinando y dando bandazos entre los combatientes que se apresuraron a dispersarse ante él. Reconoció a Gerney Caslo entre las siluetas que luchaban alrededor de la puerta y, saltando al suelo desde el deslizador, cruzó a la carrera los bloques erosionados y llenos

de manchas de la cima de la torre y subió corriendo por la escalera para detenerse delante de él.

—¡Esto tiene que acabar ahora mismo! —aulló.

La repentina aparición de la Mobquet entre ellos había sorprendido hasta tal punto a todos los combatientes que dejaron de luchar.

—¡Os están engañando! —gritó Luke, volviéndose hacia los hombres y mujeres agazapados detrás de barricadas improvisadas que empuñaban sus armas y hacia los que, por lo menos de momento, habían dejado de luchar sobre el emplazamiento del cañón láser—. ¡Os están utilizando! Seti Ashgad sólo tiene una razón para querer abrir este planeta al comercio: ¡quiere vender todo este mundo a la Corporación Loronar para que lo explote hasta haberlo despojado de todos sus recursos! ¡Le da igual lo que vaya a ser de vuestras granjas! ¡No hará nada para que podáis disponer de suministros médicos, bombas de agua o maquinaria!

Miró a su alrededor y contempló los rostros ensangrentados y cubiertos de polvo y arañazos, las siluetas encogidas que salían cautelosamente de los sitios en los que habían buscado refugio, los ojos llenos de ira que se negaban a creerle. Arvid estaba entre ellos, y tía Gin, y el cuñado del propietario del Blerdo Azul.

—No está haciendo esto por vosotros —dijo mientras dejaba caer los brazos junto a los costados.

—Que alguien le pegue un tiro a ese quejica —dijo una voz.

Luke desplegó un zarcillo de la Fuerza y arrancó el desintegrador de la mano del hombre que acababa de hablar antes de que pudiera poner en práctica su propio consejo. La sacudida hizo que el arma se disparase, y un haz de energía blanquecina arrancó unas cuantas esquirlas de la pared de la estructura protectora de la escalera que se alzaba detrás de él.

—¿Y qué sabes tú de todo esto? —gritó alguien más.

—Sé todo lo que necesito saber —respondió Luke sin perder la calma—. He estado en la casa de Ashgad, y sé que no está haciendo todo esto por ninguno de vosotros.

La puerta se abrió detrás de Luke y volvió a cerrarse en una fracción de segundo. Luke pudo oír el chasquido de los pestillos prácticamente en el mismo instante en que Gerney Caslo y los dos hombres que le acompañaban saltaban hacia la puerta para sujetarla mientras se abría.

Leia había conseguido llegar hasta ellos.

Y era una Leia sucia y harapienta, con la cabellera colgándole delante de los ojos y los nudillos y las palmas de las manos vendadas; una Leia cuyas botas ceremoniales de color dorado, o lo que quedaba de ellas, estaban envueltas en tiras de cinta adhesiva y correas de cuero, con las manos vacías pero con un desintegrador colgando de una cadera y una espada de luz colgando de la otra.

Pero no cabía duda de que era Leia Organa Solo, conocida por muchos gracias a mil noticiarios holográficos y, con toda certeza y gracias al holovídeo falsificado de Seti

Ashgad, conocida por cada uno de los hombres y mujeres presentes. Un silencio lleno de perplejidad siguió a su aparición, y todos la contemplaron con los ojos desorbitados.

—Os está diciendo la verdad. —Leia metió la mano en uno de los minúsculos bolsillos de los pantalones desmesuradamente grandes que llevaba puestos y sacó de él un fajo de listados de ordenador—. Esto es una copia de la correspondencia de Ashgad…, con cartas dirigidas al presidente ejecutivo de Loronar, al Moff Getelles de Antemeridiano y a todos sus esbirros y secuaces del Consejo de la Nueva República. ¿Hay alguien aquí que entienda de ordenadores?

Booldrum Caslo dio un paso hacia adelante.

—Yo, señora.

—Pues entonces reconocerá los códigos sistémicos como pertenecientes al ordenador de Ashgad, ¿no?

El hombrecillo regordete alteró el índice de captación de las lentes de sus amplificadores visuales y examinó rápidamente el fajo de listados, y después pidió disculpas a Gerney con la mirada.

—Tiene razón —dijo—. Son los códigos del ordenador de Ashgad… Yo mismo instalé los componentes.

—Lo cual no significa que todos estos papeles no sean una falsificación que ella misma ha introducido en el ordenador —replicó Caslo con irritación.

Pero varios pares de manos ya estaban arrancando las hojas de entre los dedos de su primo para leer los informes, los acuerdos y las concesiones.

—¿Una instalación en el valle de Viento Espinoso? ¿Servicio militar obligatorio de seis meses? ¡Pero si nadie puede aguantar ni una semana allí arriba!

—¿Unificación de recursos laborales para trabajos de interés especial?

—Transferencias de material… Eso quiere decir «robo», ¿no?

—¿Quiere decretar un precio fijo para los cristales-fantasma?

—¿Dejándolo congelado en…, en…, en sesenta y siete créditos?

—Una flota de ocupación… Eh, nadie había dicho nada sobre una flota de ocupación, ¿verdad?

—La flota de ocupación ya ha entrado en órbita alrededor del planeta —dijo Luke, y señaló hacia arriba.

Algunos racionalistas habían traído consigo electrobinoculares y los dirigieron hacia el cielo, donde unos diminutos alfilerazos de luz habían empezado a relucir en el cielo crepuscular tachonado de estrellas.

Leia fue hacia Luke y le rodeó con los brazos, apretándolo contra su pecho bajo una repentina tempestad de juramentos y maldiciones.

—¿Y Dzym? Es el secretario de…

—Conozco a Dzym —dijo Luke.

—Si realmente están librando una batalla ahí arriba, si el Consejo realmente ha conseguido enviar naves para que detengan la flota de Getelles… Bueno, en ese caso

Dzym seguirá tratando de despegar con el *Protector* para llevarse a todos los drochs que pueda consigo.

—Los programas de lanzamiento todavía no están instalados.

—Cualquier ingeniero mínimamente competente puede introducirlos en los sistemas. —Leia alzó la cabeza en el mismo instante en que Liegeo salía de la Carroza Mobquet para tratar de avanzar por entre la enfurecida multitud de colonizadores, los cables y vigas que temblaban y silbaban amenazadoramente y los incontrolables vientos de la Fuerza—. ¡Liegeo…!

Le rodeó con los brazos y Liegeo la estrechó entre los suyos, uniendo su canosa cabeza a la de Leia.

—Mi querida niña… ¡Me alegra tanto ver que estás bien! Nunca, nunca pensé que intentarías escapar…

—Eso quiere decir que no me conoces demasiado bien.

Le sonrió, y pasados unos momentos Liegeo acabó devolviéndole la sonrisa.

—Bueno… Supongo que en realidad sabía que lo intentarías —murmuró después, y meneó la cabeza.

—¿Hasta qué punto conoce Ashgad los programas de esa nave, Liegeo? —preguntó Luke—. ¿Qué clase de educación ha recibido? ¿Es capaz de instalarlos? ¿Puede conseguir que la nave llegue a despegar del suelo?

—Pues claro que puede hacerlo —dijo Leia con una creciente impaciencia—. Seti Ashgad era uno de los mejores diseñadores de sistemas de hiperimpulsión de la Antigua República. ¡Fue él quien diseñó el primer Z-95!

—¿Que él diseñó…? —Luke la miró sin entender nada—. ¿Intentas decirme que ya fabricaban Z-95 hace cincuenta años?

—¡Seti Ashgad es el Seti Ashgad original! —gritó Leia—. Dzym lo ha estado manteniendo con vida durante todos estos años.

Había un creciente clamor a su alrededor, hombres y mujeres que se daban codazos y rechazaban las apasionadas protestas con las que Gerney Caslo intentaba defender las buenas intenciones de Ashgad. Hojas y fajos de listados eran enarbolados y exhibidos por manos cubiertas de polvo y sangre, aunque Luke se dio cuenta de que Umolly Darm y tía Gin estaban recogiendo los documentos y los iban guardando en la seguridad de sus bolsillos.

Los theranianos habían bajado de sus posiciones defensivas en los baluartes del cañón para unirse a la discusión. Casio se apartó del gentío con un último grito de furia y, moviéndose con una agilidad de la que Luke nunca le habría creído capaz, agarró un cinturón de granadas y subió de un salto al extremo de una viga rota para empezar a trepar por otra que le permitiría llegar a la bocacha del cañón.

—¡Detenedle! —gritó Leia.

Pero ya era demasiado tarde. Alguien disparó un rifle desintegrador en el mismo instante en que Gurney lanzaba las granadas. Una docena de trazos de gélida claridad atravesaron al hombre como otras tantas agujas letales, pero a nadie se le ocurrió disparar

contra las granadas que acababa de arrojar. El cinturón pasó por encima del negro borde del baluarte lleno de manchas y mugre. Un instante después un retumbar ahogado sacudió el edificio, haciendo que todos se bambolearan de un lado a otro y estuvieran a punto de perder el equilibrio. Una humareda blanca empezó a brotar de la boca de*l* cañón. El cuerpo de Gerney fue aplastado por decenas de pies cuando la multitud echó a correr hacia los lados del edificio para ver qué había ocurrido.

Y un súbito silencio se extendió a su alrededor cuando la tempestad de la Fuerza aflojó su presa de repente.

Leia masculló una maldición. La mano de Luke fue hacia las rojas e hinchadas señales que los drochs habían dejado sobre su carne, y no pudo reprimir un estremecimiento.

—¿Puedes repararlo? —le preguntó a Liegeo.

—No lo sé. No dispongo de herramientas.

—Umolly y tía Gin tendrán algunas…

—No conseguirá repararlo a tiempo —dijo Leia—. Hay una Cazadora de Cabezas blindada y una vieja cañonera en ese hangar. Podéis instalar las torretas principales en la Cazadora de Cabezas, y eso os proporcionará suficiente potencia de fuego para hacerle bajar.

—Tendrá centinelas…

—Los sindroides ya no existen. Han dejado de funcionar. Los dejé incapacitados antes de escapar, y no creo que Ashgad haya tenido tiempo de reinicializar el sistema de control central. Vamos.

Luke fue corriendo hacia la Carroza Mobquet. Tía Gin y Arvid ya estaban arrancando los sistemas antigravitatorios de las dos plataformas de carga que habían transportado a los seguidores del Partido Racionalista hasta lo alto de la torre, y se disponían a instalarlos sobre los negros flancos del deslizador de asalto.

Las maltrechas puertas metálicas de la escalera de la torre no se abrieron hasta que la Carroza Mobquet hubo desaparecido por encima del parapeto. Calista cruzó el umbral un instante después.

—Hola, Liegeo —dijo, yendo hacia el filósofo y ofreciéndole la mano. El auricular de un viejo sistema de intercomunicación todavía estaba suspendido alrededor de su cuello—. Tenemos herramientas ahí abajo.

—Y nos serán de tanta utilidad como estas estúpidas flechas —afirmó en un tono bastante despectivo tía Gin, que acababa de aparecer con su caja de herramientas a cuestas—. Coge esto, hijo —añadió, depositando la enorme caja de metal oxidado en las manos de Liegeo—. No sé qué pensarán los demás, pero yo no me he pasado diez años en esta asquerosa roca para ver cómo esos estafadores de Loronar se quedan con ella.

Les precedió hasta la torre. Liegeo se detuvo en el primer peldaño y escrutó el rostro de Calista, comparando sus rasgos delgados y llenos de cansancio con los de la mujer que había sido la esclava de Taselda, la mujer a la que Beldorión había hecho su prisionera.

—Me complace ver que te has recuperado de todas esas… desagradables experiencias —le dijo con dulzura—. Debo agradecerte que me abrieras los ojos a lo que estaba haciendo Ashgad, aunque nunca pensé que llegaría a estar lo bastante loco para proclamarlo en voz alta. Tenías razón.

Calista meneó la cabeza.

—Temías por tu vida —dijo—. Y en cuanto a saber con exactitud lo que estaba ocurriendo, ese conocimiento sólo habría servido para hacerte mucho daño…, y me parece que eso es exactamente lo que ha ocurrido. Me alegro de que pudieras cuidar de Leia.

—¿Después de no haber sabido cuidar de ti?

Había un chispazo de sarcástica ironía oculto detrás de la vergüenza apasionadamente sincera que había invadido sus ojos, y Calista sonrió.

—Sé cuidar de mí misma —dijo—. La mayoría de mujeres son capaces de hacerlo.

—Como si no lo supiera… Y ya sabes que tu joven enamorado te está buscando, ¿no?

—Lo sé —murmuró Calista.

—Y, con toda sinceridad, eso es cuanto puedo decirle, señora almiranta.

Cetrespeó llevó a cabo uno de sus mejores gestos humanos, extendiendo los brazos con las palmas vueltas hacia arriba exactamente en el ángulo y la posición adecuadas para indicar una afable impotencia y una disposición tan completa como ilimitada a divulgar todo lo que sabía.

Y sus pautas de reconocimiento digitalizadas del lenguaje corporal humano le indicaron que Daala no se había creído ni una sola de sus palabras.

—Tengo el rango de almirante, androide, y no soy ninguna «señora almiranta» —dijo Daala, hablando muy despacio y en un tono terriblemente seco—. Soy… Era oficial de la flota imperial y presté servicio exactamente al mismo nivel que los otros oficiales de mi rango, y emplearás ese título cada vez que te dirijas a mí.

Sus ojos eran como dos pozos llenos de cenizas: consumidos, exhaustos, derrotados… Cetrespeó la contempló en silencio, y pensó que nunca había visto tal amargura y tanta conciencia del fracaso en un rostro humano.

—Hubo un tiempo en el que Tarkin y yo hubiéramos podido gobernar el Imperio —siguió diciendo Daala—. Cuando vuelvo la vista atrás, ya ni siquiera puedo recordar por qué. Ahora sólo busco un sitio en el que pasar el resto de mi vida sin que nadie me moleste. Creía haber encontrado ese lugar en Pedducis Chorios, un mundo en un sector neutral con unas autoridades locales que no me crearían problemas, y donde me hallaría a salvo de las interferencias de esos locos que siguen enfrascados en las últimas convulsiones de su estúpida y ciega destrucción del mejor sistema de gobierno que haya conocido esta galaxia… No quiero tener nada más que ver con ella, ni con ellos.

Daala mantenía las manos totalmente inmóviles sobre los brazos de su sillón y las rodillas juntas, con los cuadrados de los huesos de sus articulaciones y los duros abultamientos de músculos claramente definidos allí donde los pantalones del uniforme seguían los contornos de la carne. Los bancos de datos de Cetrespeó, que habían sido

copiosamente alimentados, contenían una gran cantidad de información altamente alarmante sobre aquella mujer: Daala había sido uno de los comandantes más brillantes de la flota imperial, pero también era tan imprevisible como un bantha enloquecido, un arma incontrolable que decidía las batallas disparando al azar en todas direcciones. Daala era una mujer de competencia formidable capaz de iras aterradoras.

—Y ahora he venido aquí para aceptar las funciones de asesoramiento que los señores de la guerra de Pedducis me han ofrecido a mí y a mis compañeros —siguió diciendo con aquel hilo de voz enronquecida y casi inaudible, cuya aspereza era un recuerdo imborrable dejado por los gases inflamados que inhaló durante la última batalla librada a bordo del *Caballero del Martillo,* aquella batalla en la que Calista había destruido su navío insignia y en la que se creía que tanto ella como Calista habían perecido—. ¿Y con qué me encuentro?

Cetrespeó nunca había sabido distinguir las preguntas retóricas de las que realmente aspiraban a ser respondidas.

—Invasión, la plaga de la Semilla de la Muerte, una rebelión a gran escala, saqueos…

—Silencio.

Cetrespeó archivó la seca réplica en su fichero de Estudio Posterior bajo el encabezamiento de «Pistas básicas para distinguir las preguntas retóricas de las verdaderas preguntas». Como androide de protocolo tenía el deber de tratar de alcanzar el máximo grado de perfección posible en esa zona, y era consciente de que el hacerlo probablemente también ayudaría a prolongar su período de utilidad.

—Y ahora me encuentro con unos androides que está claro llevan bastante tiempo en este sector, unos androides que tienen como función básica registrar fielmente y con la máxima precisión todos los datos que se producen a su alrededor, y que contestan a mis preguntas con unas respuestas tan asombrosamente llenas de huecos y omisiones que me llevan a sospechar que aquí está ocurriendo algo muy raro.

Daala se levantó y rozó una escotilla mural con la punta de un dedo. El panel giró con silenciosa eficiencia sobre goznes ocultos y dejó al descubierto un equipo de análisis electrónico ultramoderno. Daala activó las pantallas de datos con tres golpecitos de sus largos dedos de puntas romas y desenrolló un cable coaxial.

—Por suerte, hace muchos, muchos años tuve un amigo que me enseñó a comunicarme con los androides…

—Un gesto muy amable por parte de su amigo —dijo Cetrespeó con sincero interés.

Pero Erredós, que siempre era un poco más rápido a la hora de interpretar las situaciones, hizo un nervioso intento de retroceder que se vio frustrado por los pernos de sujeción que la sargento mayor de Daala había tenido la precaución de instalar en ambos androides antes de llevarlos a sus aposentos. Daala examinó los distintos cables y superficies de conexión añadidos por el infortunado capitán Bortrek, y acabó conectando su cable coaxial a una de las tomas de entrada que el navegante espacial había sujetado al costado de Erredós con unas cuantas tiras de cinta adhesiva.

Después accionó un interruptor del equipo de análisis, y Erredós se estremeció y dejó escapar un débil gemido de protesta.

—Y ahora cuéntame qué está ocurriendo en el sector de Meridiano —dijo Daala, entrecerrando sus verdes ojos.

—¿Qué demonios son esas cosas? —Lando examinó a toda velocidad media docena de sectores de datos y después pasó inmediatamente a otra pantalla para seguir la nueva acometida de aquellos terribles atacantes parecidos a agujas—. ¿Y cuántos daños ha causado esa última andanada?

El aullido de Chewbacca llegó hasta ellos a través del comunicador desde la parte posterior de la nave, donde el wookie estaba flotando junto al techo mientras intentaba reparar los cables quemados entre las masas siseantes de espuma de emergencia que habían invadido el compartimiento, donde la temperatura estaba cayendo en picado.

—Esas cosas son lo que grabarán en nuestras lápidas, amigo —dijo Han.

—La única explicación que se me ocurre es que dependen de alguna clase de tecnología de control centralizado, igual que los sindroides —dijo Lando, con sus manos color caoba bailoteando vertiginosamente sobre los controles de los escudos mientras Han hacía que el *Halcón Milenario* describiera la desesperada serie de toneles, rizos y zigzags que constituían la única estrategia defensiva posible contra aquellos objetos—. La flota de Antemeridiano todavía está muy lejos de nosotros, así que no pueden estar guiándolos en el sentido habitual de la palabra.

El *Courane* y el De*vorador de Llamas* —junto con el explorador ligero *Danza del Sol,* que había surgido del hiperespacio con Kyp Durron a los controles para echarles una mano— estaban haciendo exactamente lo mismo que el *Halcón* y serpenteaban por el espacio en un desesperado intento de no alejarse demasiado de Nam Chorios hasta que la flota invasora apareciera para entablar combate con ellos. Estaban consiguiendo mantener algo mínimamente parecido a una posición orbital, pero únicamente gracias a que habían llegado allí unos cuarenta minutos antes de que el enjambre de diminutos atacantes parecidos a mosquitos hiciera acto de presencia.

—¿Estás bromeando? —exclamó Han—. ¿Sabes cuánto cuesta un sindroide? ¡Eso es una locura!

—Sé que la tecnología de los sindroides está basada en una variedad de cristal programable —dijo Lando—, y eso es lo que hace subir tanto el precio de… ¡Maldición! —añadió después de que un fogonazo seguido por una potente sacudida iluminara el tablero con los parpadeos de otra serie de luces rojas—. Tenemos otro impacto en el escudo de estribor, Chewie… ¡Sí, ya sé que también tenemos un agujero en el escudo de babor!

Las estrellas giraron en una loca danza al otro lado del visor mientras Han hacía que la nave llevara a cabo una nueva serie de maniobras evasivas. Mientras esquivaba otra línea de luz láser que pasó peligrosamente cerca de los escudos principales de la columna vertebral del *Halcón,* Han se preguntó durante cuánto tiempo podría mantener aquel nivel máximo de atención e hiperactividad…, porque no quería pensar en lo que aquella

manera de pilotar la nave le estaba haciendo a los suministros energéticos o en cuánto faltaba para que éstos fueran incapaces de seguir soportándola. El universo se había convertido en un confuso manchón de estrellas y negrura, pero durante uno de los raros momentos de inmovilidad Han había visto cómo el De*vorador de Llamas* flotaba a la deriva en el espacio mientras las Agujas lo iban haciendo pedazos con tranquila eficiencia. Lo único que podía hacer era rezar para que la tripulación ya estuviera muerta, o por lo menos inconsciente a causa de la anoxia.

—Si alguien ha sintetizado esos cristales, o si ha encontrado alguna forma de obtenerlos por poco dinero, entonces ya no habría ningún problema —concluyó Lando, que nunca había sido capaz de dejar inacabada una explicación.

—¡Nosotros sí que tenemos un problema! —gritó Han.

«¿Cómo se puede luchar contra algo semejante?». Después de una larga concentración y montones de práctica, Han había conseguido acabar con dos de sus atacantes, pero la inmensa cantidad de tiros desperdiciados hacía que no valiera la pena tratar de eliminarlos. Lo único que podían hacer era seguir esquivando sus ataques hasta que el esfuerzo exigido por la velocidad y las reacciones hiperrápidas acabara dejándolos agotados.

Las Agujas, por lo que había podido ver hasta el momento, eran incansables.

—Una cosa está clara, Han: no cabe duda de que están muy interesados en esa roca —dijo Lando—. ¿Tienes alguna idea de qué vamos a hacer con la flota invasora en cuanto aparezca?

—Ya se me ocurrirá algo.

Un trueno ahogado retumbó en algún lugar de la nave, y más luces rojas se encendieron en el tablero.

—Getelles…

Daala alzó la mirada de la pantalla de lecturas primaria y permitió que se oscureciese. Las pantallas secundarias todavía contenían la crónica de la larga y tozuda batalla librada por Erredós para conservar los ficheros secretos concernientes a la desaparición de Leia, sus dudas acerca de la integridad del Consejo y toda la información acumulada por Yarbolk Yemm a causa de la que el diminuto periodista chadrafan había sido perseguido y tiroteado a lo largo de medio sector. El pequeño androide se había quedado inmóvil y permanecía apoyado sobre sus dos miembros principales, en una postura curiosamente evocadora de la derrota. Haces de cables y manojos de alambres brotaban de las distintas tomas y escotillas de interconexión, manteniendo los cortocircuitos que se habían abierto paso a través de sus defensas para desbloquear el acceso a todas las secciones de su memoria.

Cetrespeó no sólo lamentaba verle así, sino que también estaba empezando a temer por su propia seguridad.

No hacía falta disponer de una unidad de interrogación para deducir que la mujer alta y delgada de rojizos cabellos que permanecía tan amenazadoramente inmóvil en su negro sillón estaba muy, muy furiosa.

—Asqueroso gusano lamebotas incompetente y presuntuoso —dijo Daala por fin, empleando un tono tan desapasionadamente tranquilo como si estuviera hablando del tiempo—. Ya veo que sigue sujetando con una correa a Larm, ese repugnante lacayo suyo…, con quien compartió los respuestas a las pruebas en la Academia cuando fue ascendido a capitán pasando por encima de mí. Así que se ha vendido a la Corporación Loronar, una pandilla de abogados-ladrones que son capaces de alquilar a sus hermanas a cualquiera de los dos bandos con tal de ganar dinero… Orugas y babosas, eso es lo que son. Los ranats y los hutts tienen más sentido del honor que ellos.

Cetrespeó llevó a cabo un rápido examen de su subfichero de Pistas Básicas, pero no consiguió determinar si se le estaba pidiendo una respuesta o no.

Daala pasó de estar sentada en el sillón a estar arrodillada en el suelo con un solo y fluido movimiento y empezó a desconectar los distintos cables que había adherido a las entrañas de Erredós.

—Compadezco a vuestra jefe de Estado —fue diciendo, todavía en voz baja y suave y casi como si hablara consigo misma, mientras trabajaba, y Cetrespeó tuvo la impresión de que se dirigía a Erredós y creyó detectar una cierta indignación en su tono—. Era la hija del príncipe Bail Organa, ¿no? Un hombre de honor que la educó para que se comportara de una manera honorable… Ah, sí, en aquel entonces aún teníamos sentido del honor. Sentido del honor y bravura…

Daala se incorporó y sacudió su cabellera, que brilló con reflejos de fuego bajo la tenue iluminación de su despacho. Sus ojos todavía estaban muertos, pero habían sido invadidos por la ira pétrea e impasible de los muertos.

—Fue el honor lo que me impulsó a ingresar en la flota. Y el poder, claro, pero también el honor y el valor. Y ahora han llegado a esto… Gusanos que se alimentan del cadáver del Imperio, necrófagos que venden sus restos a los comerciantes y a las alimañas que sólo piensan en ganar dinero. Tarkin se habría muerto de vergüenza.

Se había vuelto hacia Cetrespeó, por lo que el androide de protocolo se atrevió a hablar.

—No poseo datos concluyentes que me permitan confirmar que la Corporación Loronar está involucrada en…

—Fui una estúpida. —Daala rozó un costado del equipo de extracción electrónica y la maquinaria desapareció dentro del hueco de la pared sin hacer el más mínimo ruido—. Sí, fui una estúpida al pensar que para olvidarme de ellos me bastaba con maldecirlos y que podría marcharme sin mirar atrás. Quizá siempre he sido una estúpida.

Volvió a su sillón y movió un interruptor casi invisible incrustado en uno de sus brazos.

—¿Yelnor? Quiero hablar con los capitanes de todas las naves.

—¿Naves? —preguntó Cetrespeó, muy sorprendido y un tanto sobresaltado.

Daala alzó la cabeza, y sus ojos envenenados parecieron volver a darse cuenta de que no estaba sola en el despacho.

—Naves, sí —dijo—. Dirijo la Compañía de Colonizadores Independientes, y eso significa más de tres mil personas con esposas y niños incluidos. Te estoy hablando de quienes fuimos leales al poder y al gobierno del pasado, al orden y la eficiencia que constituían el corazón del Nuevo Orden… La mayoría eran oficiales de la flota que acabaron hartándose, igual que yo, de esa incesante y mezquina lucha por el poder, de todo ese estúpido intercambio diplomático de palabras y más palabras con la escoria y los arribistas. Otros dirigían empresas o trabajaban en la administración imperial, y se han traído consigo a sus familias. Sólo pedimos que nos dejen en paz, y para conseguirlo firmamos un contrato con K'iin, el señor de la guerra del Unifir Plateado, por el que hemos obtenido mil quinientos millones de acres —la totalidad del más pequeño de los tres continentes del sur— en Pedducis Chorios, para colonizarlos y vivir allí de la manera que nos parezca más adecuada.

—Y no tengo ninguna intención —concluyó, extendiendo un brazo y golpeando suavemente la cúpula de Erredós con las yemas de los dedos— de permitir que mi inversión…, nuestra inversión acabe convirtiéndose en humo meramente porque un asqueroso catamita lame-botas que nunca supo hacer nada a derechas como el Moff Getelles haya decidido que la Corporación Loronar debe costear sus caprichos y sus lujos hasta el fin de su sicofántica existencia. No lo permitiré, incluso si el expulsarle del sector significa salvar a vuestra jefe de Estado, y a toda esa cobarde basura alienígena que tiene por Consejo Senatorial, de la vergüenza y la catástrofe que tanto se merecen…

Pulsó otro botón de comunicaciones. Varias pantallas visoras giraron sobre ejes ocultos para llenar toda la pared que había delante de ella y mostraron los rostros de ocho hombres —tres de los cuales, al igual que Daala, vestían austeras variaciones del uniforme imperial desprovistas de emblemas— y dos mujeres. Todos la contemplaron en silencio con rostros sombríos y disciplinados en los que brillaban los mismos ojos consumidos y llenos de amargura.

—Amigos míos —dijo Daala—, parece que todavía nos queda una batalla por librar.

Capítulo 21

—Está detrás de nosotros.

Leia se incorporó hasta quedar de rodillas sobre el asiento y se llevó a los ojos los electrobinoculares de tía Gin mientras el viento y el polvo tiraban de su larga cabellera. Estaban subiendo y bajando a través de las insondables hendiduras resplandecientes de los desfiladeros, escalando protuberancias de gravilla diamantina o descendiendo por precipicios de quince o veinte metros de profundidad hasta que los haces antigravitatorios de la Mobquet volvían a encontrar un asidero, y eso hacía que resultara imposible ver a más de treinta metros por detrás de ellos, y a veces la visibilidad quedaba reducida a la mitad de esa distancia. Pero Leia sabía que les estaban siguiendo.

—¿Beldorión?

Leia volvió a inclinarse para aprovechar al máximo el refugio que les ofrecía la cabina y empezó a comprobar las cargas de los lanzallamas y los rifles desintegradores que Arvid y Umolly Darm les habían obligado a aceptar cuando se fueron. Sus labios se curvaron en una hosca sonrisa ante la realmente magnífica calidad de las armas, todas esbeltas y nuevas, todas de colores negro y plata y, todas ellas, adornadas con el discreto logotipo de la luna doble:

LORONAR - DIVISIÓN DE ARMAMENTO

«Siempre ofreciendo lo mejor, y siempre en primera línea».

Por regla general Leia procuraba evitar —aunque discretamente, por supuesto— el tener que viajar en cualquier vehículo que estuviera siendo pilotado por Luke pero, y prácticamente por primera vez en su vida, en aquel momento agradeció que su hermano hubiera adquirido las habilidades que le habían convertido en uno de los mejores pilotos de la Rebelión. Aparte de ello, también tenían la gran suerte de que la Carroza Mobquet estuviera equipada con un control de gravedad interno, por lo que Leia pudo inspeccionar todo su equipo sin que los huesos estuvieran a punto de salir despedidos de su cuerpo cada vez que los haces antigravitatorios entraban en acción cuando pasaban por encima de acantilados que tanto podían ser pequeños como enormes —Leia no se estaba enterando de sus dimensiones porque se aseguraba de no mirarlos—, gracias a que la cabina era tan increíblemente estable que, a todos los efectos prácticos, se sentía como si estuviera sentada en la cama de su dormitorio.

—¿Y cómo consiguieron importar este trasto? —preguntó, contemplando el cuero negro de los cómodos asientos, el pequeño bar y la hilera de juguetes electrónicos y equipo de comunicaciones—. Es casi tan grande como un ala-B.

—Según Arvid, Loronar debió de hacer siete u ocho envíos antes de que consiguieran burlar la vigilancia de las estaciones artilleras. —Luke dirigió la Carroza hacia un abismo considerablemente más profundo de lo que había supuesto en un principio, describió una larga curva sobre la ladera casi vertical de un desfiladero cristalino para eliminar una parte de la tensión de*l* salto, y empezó a escalar un risco con la rápida impaciencia de un

dragón solar que estuviera remontando el vuelo durante la temporada de apareamiento—. O por lo menos tía Gin encontró restos de cargamentos destrozados en dos o tres ocasiones, y ha ganado una fortuna cobrándole las reparaciones a Ashgad.

También les ha comprado piezas y componentes a los theranianos, y eso quiere decir que ellos también encontraron algunos cargamentos. Tía Gin dice que todo eso ocurrió durante el último año.

—Mientras Q-Varx estaba preparando la reunión con el «líder del Partido Racionalista» en este mundo. —Leia meneó la cabeza—. No voy a decir que confiara en Q-Varx hasta el extremo de poner mi vida en sus manos, pero parecía sincero. Jamás se me habría ocurrido pensar que podía estar involucrado en una conspiración tan horrible.

—Y quizá era sincero —murmuró Luke—. Quizá estaba sinceramente convencido de que defender los derechos de quienes prefieren el progreso al estancamiento justificaba organizar una guerra a gran escala que abarcaría a todo el sector y correr el riesgo de difundir una plaga que le habían dicho que podían controlar. Y no olvides que no podía saber que iban a difundir la Semilla de la Muerte.

—No lo sabía, desde luego, pero lo que intento hacerte entender es que hubiera debido saberlo —replicó Leia—. Un hombre que ocupa un cargo como el suyo no puede permitirse el lujo de ser tan estúpido.

Y mientras tanto Luke no paraba de manipular los controles, desplegando su mente y la Fuerza para examinar el terreno más allá del próximo risco y evitar los obstáculos antes de que se hicieran visibles, y no dejaba de pensar ni un solo instante en que había algo más, algo que estaba pasando por alto.

Había vida en aquel planeta. Era invisible *e* intangible, pero no cabía duda de que era inteligente y de que mantenía un estrecho contacto con la Fuerza.

«No permitas que lo hagan… No permitas que lo hagan».

¿Qué era lo que no debía permitir que hicieran, y a quién tenía que detener?

¿Y por qué se estaba acordando de la visión que había tenido anoche, aquel sueño lleno de jawas y soldados de las tropas de asalto? ¿Por qué tenía la sensación de que quienquiera que se lo hubiese enviado, aquella presencia enigmática que había estado tan cerca de su deslizador averiado en el desfiladero y que le había observado mientras llevaba a cabo sus reparaciones, le estaba aguardando justo detrás de la próxima elevación del terreno, o más allá de la próxima curva del sinuoso camino rocoso?

Pero en cuanto llegaban allí, nunca había nada.

—Y podemos estar seguros de que Q-Varx no conocía la existencia de Dzym —añadió, casi para sí mismo.

Las puertas del hangar estaban cerradas, al igual que las puertas que llevaban del hangar a la escalera que subía hasta la casa de Ashgad. Luke había pensado que una descarga a media potencia del cañón fónico debería bastar para eliminar el obstáculo del segundo par de puertas, ya que el primero había quedado prácticamente desintegrado cuando Leia usó el cañón a máxima potencia sobre ellas. Pero la primera andanada sólo consiguió producir una pequeña abolladura en las puertas internas, por lo que Leia

decidió poner el cañón a máxima potencia y obsequiarlas con una buena ración de energía jónica. El recinto del hangar amplificó el estrépito de una manera realmente asombrosa, y los dos hermanos avanzaron hacia el agujero resultante por entre una nube de polvo y un campo de escombros y restos metálicos que les llegaban hasta media pantorrilla.

—Ya te dije que habría bastado con que lo pusieras a tres cuartos de potencia —masculló Luke.

—No podemos perder ni un segundo —replicó Leia.

Su hermano gemelo no pudo reprimir una mueca de diversión mientras pensaba que Leia tal vez hubiera aprendido el arte de la diplomacia y la paciencia de los embajadores, pero eso no impedía que resultara muy obvio hasta qué punto seguía estando profundamente enamorada de la fuerza destructiva de la artillería de pequeño calibre.

—¿Qué les hiciste a los sindroides? —preguntó Luke, que todavía no se había acostumbrado a la ausencia casi absoluta de centinelas humanos.

—Desmantelé el controlador central.

Leia barrió el suelo, las paredes, el techo y todo el tramo de escalones que había delante de ellos, llegando hasta el rellano, con un chorro de llamas. Los dos llevaban gafas protectoras que habían cogido del hangar, pero aún así Luke tenía que parpadear casi continuamente para poder ver algo. Las bolitas negras que habían sido drochs crujieron bajo sus botas mientras subían hasta el rellano. Leia volvió a disparar.

—Tendremos que acordarnos de todo eso si Loronar utiliza las Agujas. Pero cualquier comandante que sea digno de gastar su cuota de munición habrá instalado el controlador central en el corazón de la luna de combate más grande de la galaxia.

—Oh, sí…, y tú también estuviste encerrada en el corazón de la luna de combate más grande de la galaxia —dijo Luke, sonriéndole mientras subían corriendo otro tramo de escalones.

—Y a menos que tengamos a alguien dentro que esté dispuesto a dejarnos marchar con un sistema de localización pegado a la cola —replicó Leia, subiéndose los anteojos hasta la frente—, será mejor que no volvamos a confiar en esa clase de buena suerte. —Las joyas que adornaban sus horquillas recubiertas de oro brillaban entre el hollín y la suciedad, reluciendo con hermosos destellos que parecían totalmente fuera de lugar en su descuidada cabellera—. Han de tener algún punto débil, y tiene que ser algo que no exija acceder al controlador central…

Se detuvieron en la entrada de la estancia en la que Luke se había encontrado con Dzym y había rescatado a Liegeo del bebedor de vidas. El suelo era un ondulante mar de drochs. Luke y Leia abrieron fuego con los lanzallamas, barriendo toda la sala con una lámina abrasadora de calor amarillo que recorrió la piedra como una lengua anhelante. Después cruzar la sala fue como correr a través de un horno, con el sudor cayendo por sus caras cubiertas de polvo mientras la materia calcinada que dejaban atrás intentaba consumir las suelas de sus botas.

El acceso que llevaba a la zona de construcción estaba cerrado, y Luke puso la mano sobre el hombro de Leia cuando se disponía a volver a levantar el desintegrador iónico.

—Está blindado.

La columna verdosa de la espada de luz de Luke surgió de la nada con un suave zumbido en cuanto su dedo presionó el botón activador.

Leia miró por encima de su hombro, lanzando un rápido vistazo a los restos de la puerta de la escalera. Luke sabía quién y qué acechaba detrás de ellos, y también sabía que Leia estaba percibiendo su presencia.

«Está ahí…», pensó. Casi podía verle, subiendo cada peldaño con una pesada ondulación de los anillos de su enorme cuerpo de gusano, con los ojos ardiendo en la oscuridad como dos rubíes llenos de malevolencia. El huracán oscuro de la Fuerza se agitaba a su alrededor, libre de todo control, mientras que la voz de Dzym hablaba en susurros dentro de su mente, repitiéndole una y otra vez que aquellos humanos, aquellos pálidos gusanitos, aquellas insignificantes criaturas que habían jugado a ser unos Jedi y que le estaban desafiando, debían ser detenidas como fuese.

Luke introdujo la espada de luz en el mecanismo de la cerradura y empujó el interruptor de la puerta. El interruptor vibró, pero logró aguantar su presión.

—Hay otra cerradura —dijo—. Está escondida detrás de un panel de la pared…

—Ya la veo.

Leia había activado su espada de luz. Luke se preguntó cómo se las habría arreglado para conservarla después de que Seti Ashgad la hubiera sacado del navío insignia.

No tuvo tiempo de preguntárselo, porque el suelo tembló de repente bajo la terrible embestida del despegue de una gran nave y todas las luces ambarinas se volvieron de color rojo encima de la puerta.

—¡Se han ido! —gritó Luke.

Un instante después los dos pudieron ver el cuadrado gris del *Protector* saltando hacia el cielo en la lejanía por encima de la pared, con los haces repulsores a máxima potencia impulsando la nave hacia el único pasillo abierto en las defensas del planeta por la destrucción de la estación artillera de Punta Lúgubre. Leia metió su espada de luz en la segunda cerradura y la puerta se abrió ante ellos, y los vendavales calientes del despegue se desparramaron por el umbral entre un torrente de polvo.

Había un par de cristales-fantasma tirados en el permacreto, un pequeño rastro que llevaba hacia el rincón en el que habían estado amontonadas las cajas. También había unos cuantos drochs diminutos que estaban agonizando bajo los destellos de la pálida claridad solar allí donde habían caído del contenedor protegido en el que los había transportado Dzym.

Y al otro lado del muelle de atraque estaba la Cazadora de Cabezas, con su escotilla motriz abierta y un puñado de cables arrancados colgando del hueco.

Luke soltó un juramento y corrió hacia ella. Leia ya había echado a correr hacia la cañonera, a la que también le habían arrancado unos cuantos cables.

—¿Puedes repararla? —gritó mientras trepaba por la escalerilla de acceso—. No han tenido tiempo de inutilizar los cañones.

—Creo que sí. Las lecturas del núcleo central parecen normales. Tenían demasiada prisa… Tráeme la caja de herramientas del banco.

Leia bajó al suelo de un salto, fue corriendo al banco de reparaciones, le dio la vuelta al carrito de metal rojo y lo remolcó hasta Luke, que se estaba quitando los restos de su camisa mientras hacía un rápido diagnóstico de los daños.

—¡Trae los cañones! —gritó, con medio cuerpo metido dentro de la escotilla de acceso—. Podrás sacarlos tirando en cuanto hayas abierto los cierres de seguridad, pero tendrás que volver a conectar los núcleos…

Leia cogió un extractor y un acoplador de núcleos y volvió a cruzar corriendo la pequeña llanura de permacreto hacia la cañonera, como si hubieran vuelto a ser los hijos de la Rebelión y los imperiales estuvieran a punto de llegar mientras los códigos de seguridad brotaban de todos los altavoces de la base.

Y mientras corría Leia mantenía alertas todos sus sentidos, escuchando y sabiendo qué se aproximaba lentamente, poder *e* ira y la oscura mancha putrefacta de lo que en un tiempo muy lejano había sido una auténtica capacidad para utilizar la Fuerza aguzada mediante un largo adiestramiento…

Había llevado el primer cañón hasta la Cazadora de Cabezas y estaba empezando a extraer el segundo cuando comprendió que no podía dejar pasar ni un solo instante más. Luke estaba enterrado en las escotillas del Z-95 y el *Protector* seguía subiendo hacia su cita con la flota de Loronar, ascendiendo por el cielo como un ángel de la plaga de color ceniza…

Y entonces oyó el sonido de su respiración estertorosa y jadeante, tan lenta y aterradora como el palpitar de unas mareas pegajosas. La oleada de hedor a amoníaco se deslizó sobre el permacreto, y la onda expansiva casi palpable de la Fuerza podrida y negruzca llegó con ella. Leia saltó al suelo desde la cañonera y corrió ágilmente hacia la puerta, quitándose la chaqueta y dejándola caer mientras descolgaba el desintegrador de su cintura y lo arrojaba a un lado, sabiendo lo que la Fuerza podía hacerle a los desintegradores.

Beldorión el Espléndido se movía muy deprisa. El hutt cruzó el pequeño antepatio en una serie de grandes saltos y deslizamientos, con sus enormes músculos ondulando bajo sus escamosos flancos. Hilillos de fluido rezumaban de su boca, y sus ojos eran dos bolitas de fuegos fatuos en las que ardía una única y maléfica obsesión que Beldorión ni siquiera era capaz de reconocer como suya.

Bajo los cortinajes de polvo iluminado por el sol que ondulaban a través del acceso abierto a la pista de lanzamiento había una mujer, esbelta y minúscula entre el aura delicadamente móvil de neblinosa claridad.

«¿Taselda? —La imagen de su vieja rival, su antigua enemiga, apareció en su mente—. No…».

Era la pequeña Jedi, la mujer que había traído Ashgad, la mujer que Dzym tanto había deseado, una diminuta silueta que brillaba entre las sombras, con la pálida gloria de una espada de luz reluciendo en su mano como el resplandor de una estrella domesticada.

—No intentes ponerme a prueba, pequeña princesa. —La hoja de Beldorión surgió de la empuñadura de su espada de luz entre una vibración letal para iluminar el aire con su pálida y enfermiza claridad violeta—. Han pasado muchos años y puede que me haya convertido en una vieja oruga perezosa, pero sigo siendo Beldorión.

Leia estudió al hutt, el corazón latiéndole a toda velocidad, y se acordó de cómo se había movido Jabba, de lado y propulsándose mediante sus anillos, usando el centro del cuerpo como un punto de equilibrio. También se acordó de aquella ocasión en que Jabba, disgustado con alguno de los integrantes de su corte —¿la gorda ama de llaves que también tenía que bailar para él, o quizá su cocinero, acostumbrado desde hacía ya mucho tiempo a soportar sus iras?— le había perseguido blandiendo un palo. Leia no había olvidado la mortífera velocidad que era capaz de alcanzar el cuerpo de un hutt, incluso si se trataba de uno tan obeso y entregado a la molicie como Jabba.

Y sin embargo no tenía miedo.

No dijo nada, y notó cómo su silencio disgustaba a Beldorión. Leia comprendió que estaba ante un ser al que le gustaba soltar discursos antes de matar.

Excelente.

—Te habías portado tan bien, mi dulce niñita… —empezó a decir el hutt—. No me obligues a…

Leia atacó. Paso, paso, mandoble, tal como le había enseñado a hacer Calista, con un golpe tan potente y limpio como un rayo en miniatura, y Beldorión, que seguía hablando, apenas tuvo tiempo de esquivarlo. Pero su réplica fue increíblemente rápida, y el poder del mandoble estuvo a punto de romperle las muñecas cuando Leia lo interceptó con su hoja de energía, y la vibración redoblada rugió en su cabeza y dentro de sus huesos. Las hojas se enredaron y gruñeron, y Leia tuvo que retorcer el cuerpo para huir de otro mandoble que descendía sobre ella y estuvo a punto de no lograr esquivarlo cuando el mandoble descendente se convirtió en un golpe lateral. Calista le había explicado que se trataba de un truco muy viejo, pero exigía una considerable práctica y te dejaba en una posición bastante expuesta. Leia retrocedió, aturdida por la increíble fuerza bruta de*l* hutt.

Y después reanudó su ataque, acosando a Beldorión y concentrando toda su atención en la criatura monstruosa que se alzaba ante ella y en las hojas resplandecientes. No había espacio para nada más en su mente. Beldorión poseía un radio de acción muy grande porque era capaz de lanzarse hacia delante igual que una serpiente, por lo que Leia saltó hacia un lado, rodó sobre sí misma —«Gracias por todas esas sesiones de adiestramiento, Calista y Luke…»—, pasando por debajo del garrote paralizante de la cola de Beldorión para incorporarse en una fracción de segundo y reanudar el ataque, con la hoja pareciendo escupir llamas en su mano.

No podía perder ni un solo instante —la plaga estaba subiendo hacia los cielos de aquel mundo de oscura penumbra—, porque el monstruo ya avanzaba nuevamente hacia

ella con sus ojos rutilantes clavados en su rostro. Beldorión volvió a atacar con su cola, desplazando centenares de kilos con la fulgurante velocidad del látigo. Leia apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe, y mientas lo hacía deseó poseer el entrenamiento acrobático de Luke y su capacidad para levitar mediante la Fuerza. Las hojas de energía volvieron a entremezclarse y se separaron, con Leia jadeando mientras repetía su salto hacia un lado e intentaba obtener un poco más de distancia, vigilando la cola e intentando desesperadamente permanecer lo bastante cerca para poder atacar. «Entrar y salir, entrar y salir… —le había dicho Calista—. Es la única manera de pelear que puede utilizar una mujer». Beldorión atacó como una inmensa serpiente y Leia alzó su hoja para defenderse, su mente abierta a la canción de la Fuerza y dándose cuenta de que Beldorión iba a volver a convertir su mandoble en un golpe lateral antes de que el hutt llegara a hacerlo.

Beldorión cambió su ataque de repente, pero Leia ya estaba debajo del mandoble y lanzaba un largo tajo, que se hundió en el blando cuerpo verdoso como un alambre al rojo vivo. Leia se alejó de Beldorión con un gran salto, tratando de moverse lo más deprisa posible porque la enorme masa del hutt, atravesada limpiamente de un lado a otro, había empezado a estallar en una tremenda explosión que creó un diluvio de goterones de fluido, órganos y trozos de carne.

Leia le oyó lanzar un solo grito de rabia, y vio cómo la abrasadora hoja color humo de su espada de luz giraba locamente por los aires.

Y un instante después Beldorión ya se estaba deshinchando como un globo pinchado, doblándose sobre sí mismo igual que un saco vacío, y Leia se quedó inmóvil, jadeando y cubierta de espesos líquidos verdosos, con la espada de luz ardiendo en su mano mientras Luke salía de un salto de debajo de la Cazadora de Cabezas y subía a su cabina.

Goteando sustancias viscosas y pestilentes, Leia le saludó con la hoja de energía y Luke le devolvió el saludo, y sus ojos se encontraron durante una fracción de segundo antes de que su hermano cerrara la cabina con un seco chasquido de los seguros. Luke sabía muy bien qué era lo que había visto.

Acababa de presenciar la primera victoria de Leia, la victoria sobre la sombra de Vader…, y la victoria que suponía el que Leia por fin se hubiera aceptado a sí misma.

Y enseguida supo quién le había enseñado aquel golpe lateral tan largo y tan característico.

Conectó los repulsores, y la Cazadora de Cabezas cobró vida con una sacudida y salió disparada hacia el cielo igual que un halcón.

Subió más deprisa que el *Protector* y más rápido que la inmensa mayoría de los interceptores, porque no sólo había sido diseñada para esquivar el fuego de las estaciones artilleras mediante su capacidad de maniobra sino que ya había hecho todo aquello anteriormente. Los controles de curso estaban adaptados a las posiciones de cada estación artillera, y los cálculos de Liegeo eran maravillosamente precisos. Luke introdujo el programa para que conservara el segmento de cielo protegido únicamente por Punta Lúgubre, sabiendo que el *Protector* también tenía que estar yendo hacia allí. Los destellos de luz volvieron a su mente. «Están librando una batalla —pensó—. Están

luchando a gran altura sobre la superficie del planeta… Es una batalla orbital, y eso quiere decir que alguien debe de haber venido a detenerlos».

¿Sabrían que debían abrir fuego sobre una nave que ascendiera desde la superficie del planeta?

El azul del cielo se fue oscureciendo a su alrededor. La pálida claridad de las estrellas se intensificó hasta convertirlas en gemas que parecían arder.

Un instante después divisó la nave gris que seguía subiendo por delante de él y que empezaba a avanzar hacia la confusión de luces y explosiones. Un navío corsario de la Nueva República flotaba en el espacio, demasiado lejos a su izquierda, y estaba siendo hecho pedazos por las diminutas y veloces siluetas de las Agujas de color negro y bronce manejadas por control remoto, las máquinas que el Imperio tanto deseaba y que Loronar iba a poner en sus manos.

Y más allá, en el límite de su campo visual, estaba la flota.

Naves imperiales. Dos, tres naves de la Nueva República… ¿Y aquel puntito? ¿Sería el *Halcón?* El puntito se debatía y giraba vertiginosamente en el espacio, retorciéndose como un durkii enloquecido por las picaduras parasitarias de los kleex mientras intentaba abrir fuego contra las naves imperiales que lo rodeaban. Las Agujas revoloteaban y destruían a su alrededor, iluminando el espacio con un millar de diminutos destellos llameantes. Luke todavía estaba demasiado lejos para poder recibir o transmitir una señal, pero no tardaría en poder abrir fuego sobre la torpe masa cuadrada del navío gris en el que viajaban Dzym y Ashgad, el monstruoso bebedor de vida y su infortunado peón, junto con las oscuras cajas de muerte que consumirían las vidas de toda la galaxia y que transmitirían esa vida robada a Dzym.

¿Y para qué? Únicamente para eso y para nada más: muerte, destrucción y ruinas extendiéndose de un planeta a otro, y sólo para que Dzym pudiera absorber sin ningún temor las vidas de todos los seres que entraban en contacto con él…

El pulgar de Luke descendió sobre el botón de disparo. Una lanza de energía blanca se desplegó por delante de él.

Y un segundo después una terrible onda expansiva envolvió su nave y la hizo girar por el espacio. Luke tuvo el tiempo justo de ver cómo el *Protector* seguía su camino sin haber sufrido ningún daño, y cómo algo pequeño, negro y muy veloz pasaba por encima de él… Otro disparo, y toda su consola se volvió roja. Luke tiró de la palanca de control y la retorció de un lado a otro, intentando estabilizar la Cazadora de Cabezas, pero estaba atrapado en una rotación incontrolada y caía hacia el tirón gravitacional de Nam Chorios. Mientras el Z-95 seguía girando, Luke logró enderezarlo durante un instante y lanzó una andanada de fuego láser contra el *Protector,* y vio cómo una bola de fuego amarillo brotaba de sus motores de popa.

Pero el *Protector* no estalló. El disparo sólo había conseguido hacer que quedara a la deriva y se saliera del curso, y los sensores de largo alcance de Luke no tardaron en emitir la voz casi inaudible de Seti Ashgad, envuelta en un seco chisporroteo, solicitando una interceptación.

Mientras la Cazadora de Cabezas iniciaba su larga caída, Luke vio cómo una pequeña nave auxiliar de exploración se separaba del resto de la flota y empezaba a avanzar hacia el navío que flotaba a la deriva.

Y antes de que los imperiales tuvieran tiempo de comprender qué habían liberado de su prisión, la Semilla de la Muerte empezaría a crecer entre las estrellas.

Y un instante después Luke ya estaba cayendo.

El sistema gravitatorio de la cabina había dejado de funcionar. Luke trabajó denodadamente para alterar los senderos electrónicos del cableado, tratando de derivar la energía de los escudos —que ya habían dejado de ser necesarios— a los motores para obtener una propulsión que le permitiera bajar con vida mientras intentaba no sucumbir a las oleadas de náuseas que acompañaban a la caída libre. El calor se había vuelto insoportable y asfixiante, y el suelo era un inmenso lago de reflejos fundidos que venía a toda velocidad hacia él para convertirlo en una nube de polvo. Ardientes montañas erizadas de picachos, sombra negra. Las agujas cristalinas de los tsils. Luke sintió la brusca sacudida que hizo vibrar toda la nave cuando uno de los motores volvió a funcionar, y se apresuró a tirar de la palanca de control para tratar de convertir la caída en picado en una larga curva. Los retrocohetes entraron en acción y empezaron a reducir su velocidad. Luke parecía estar descendiendo sobre una columna de fuego, cayendo hacia no sabía dónde. Un haz láser pasó siseando muy cerca de él. «Oh, muchas gracias…», pensó, y supuso que acababa de entrar en el radio de acción de otra estación artillera.

O quizá habían conseguido reparar Punta Lúgubre.

Sal de la curva. Mantén los retros a máxima potencia. Desconecta los sistemas antigravitatorios.

«Calista… —pensó, deseando haber podido volver a hablar con ella más de lo que nunca había deseado nada en toda su vida—. Calista…».

Estaba encima de una llanura, un gigantesco lecho marino que ardía con el fuego cegador de los diamantes que se extendían en una sucesión infinita hasta perderse en el horizonte. Hileras serpenteantes de tsils parecían desfilar hacia la lejanía: los Diez Primos. Y también había otros círculos, otras hileras que señalaban las enormes estribaciones resplandecientes de los cristales-fantasma que cubrían las colinas.

Y había una pauta en ellas, un dibujo que sólo era visible cuando te aproximabas desde arriba; una pauta que aguijoneó la consciencia de Luke y le recordó sueños medio olvidados…

Luke tiró de la palanca de control con todas sus energías y abrió su mente a la Fuerza —porque el suelo ya estaba desfilando por debajo de él a tal velocidad que no podía distinguir ningún accidente del terreno—, y se posó.

Después no pudo recordar haber salido de la Cazadora de Cabezas antes de que estallara. Sabía que probablemente habría utilizado la Fuerza para atenuar las reacciones físicas involucradas hasta que pudo arrastrarse lo suficientemente lejos para estar más o menos a salvo. No tenía ni idea de dónde estaba o de cuáles eran sus probabilidades de ser rescatado y, de alguna manera inexplicable, nada de todo eso importaba demasiado.

Si la flota imperial lograba llegar hasta Dzym —Dzym con Seti Ashgad, su hombre de paja esclavizado, con sus cajitas oscuras llenas de vida reptante e igualmente oscura, con sus promesas de plagas invisibles y controlables y de un acceso ilimitado a los cristales que necesitaban para aquellos diminutos traficantes de muerte— entonces no quedaría nada de la Nueva República, de los restos del Imperio o de cualquier civilización capaz de viajar por el espacio.

Porque lo único que emergería de la catástrofe sería Dzym, gordo y saciado, mirando a su alrededor en busca de más alimento.

Luke se quedó inmóvil sobre las protuberancias cristalinas, con los ojos cerrados y el olor de la Cazadora de Cabezas envuelta en llamas saturando sus fosas nasales, sabiendo que hubiera debido levantarse y sabiendo que no podía hacerlo.

Sintiendo cómo volvían a aparecer a su alrededor…

Silenciosos, invisibles.

«Si vais a atacarme, atacadme de una vez —pensó mientras su mente volvía a hundirse en una oscuridad de sueños, jawas y soldados de las tropas de asalto—. Si vais a acabar conmigo, adelante».

Y entonces, en las fronteras de la consciencia, se acordó de la pauta que formaban los tsils y de cómo había aparecido ante sus ojos cuando descendía hacia el planeta; y se acordó de los sueños en los que se habían alzado en la lejanía y de las voces que le habían hablado en aquellos sueños, de la misma manera en que los Oyentes decían que les hablaban las rocas.

«Estáis vivos», pensó, enormemente sorprendido y sintiendo que acababa de llevarse la mayor sorpresa de toda su vida.

Una oleada de asentimiento surgió de la nada y le envolvió y su mente se llenó de colores tan azules como el núcleo cristalino de los tsils, tan verdes como las masas de cristales-fantasma que se alzaban sobre las cimas de las rocas.

Estamos *vivos vivos vivos vivos vivos…* Como un eco colosal. Y el sueño de los jawas volvió a él.

Después de todo, sólo habían utilizado las imágenes que consiguieron encontrar en su mente: el indígena despojado de su cerebro y obligado a trabajar para los soldados de las tropas de asalto.

«Habéis estado vivos durante todo este tiempo…».

Todo este tiempo, asintieron las voces, hablándole con una vibración tan suave como la música que surgió de los cristales que había debajo de él, de los tsils y de las montañas, y que fue subiendo lentamente por sus huesos. Desde el principio de los tiempos y hasta el final de los tiempos, pensando y soñando y hablando y cantando. El mar nos formó, y luego el mar desapareció. El planeta nos alimentó con los fuegos de su corazón. Había personitas aquí y allá, pero carecían de importancia…, hasta que nos esclavizaron. Hasta que se llevaron a nuestro…, y el cerebro de Luke no encontró ninguna traducción para la palabra y acabó teniendo que conformarse con *hermano/yo*, sabiendo que les habían robado una parte de sus mentes.

El torrente de su ira fluyó sobre él, envolviéndole en la furia provocada por el secuestro de sus parientes.

Se los habían llevado para esclavizarlos y los habían sometido a la descarga de la horrible realineación electrónica, tal como habían hecho con los jawas en su sueño, para que se convirtieran en esclavos. Luke pudo ver a los esclavos a través de las mentes de los tsils, aprisionados tanto dentro de las Agujas como en el interior de los sindroides. Eran esclavos, sí, pero seguían siendo sus parientes, y en lo más profundo de sus corazones todavía eran tsils. Luke percibió la incomprensión de aquellas criaturas intemporales y de reacciones lentísimas que eran incapaces de entender lo que estaban viendo…, pero él sí que podía entenderlo.

El puente de mando del *Protector.* Dos sindroides yaciendo en el suelo, con los ojos clavados en la nada y su carne convertida en un montón de materia putrefacta, pero con las mentes todavía recibiendo impresiones, tranquilas *e* impasibles, sin sentir ningún dolor. Seti Ashgad sentado delante de los controles, el rostro una masa de cortes ensangrentados, jadeando y tratando de recuperar el aliento. Su cabellera, sus ropas y todo su cuerpo estaban recubiertos de drochs, liberados de su miedo a la luz saturada de cristales de Nam Chorios; y mientras Luke observaba la escena a través de los ojos de los sindroides, vio cómo un insecto marrón tan grande como su pulgar se introducía en la boca de Ashgad.

Y Dzym estaba inmóvil detrás de el…, Dzym, con la túnica abierta hasta la cintura y cada orificio palpitante y cada péndulo tembloroso en continuo movimiento mientras mantenía sus ojos clavados en la pantalla principal para seguir la aproximación de la nave imperial con un ávido deleite brillando en sus pupilas.

—*¿Protector?* —preguntó una voz envuelta en crujidos de estática por el sistema de comunicaciones—. *Protector,* aquí el gran almirante Larm, del sector de Antemeridiano.

Luke estaba tan asombrado por la visión que apenas era capaz de pensar con claridad.

«¿Todavía podéis hablar con ellos?».

Confusión, murmullos…, y una tenue comprensión del horror y del dolor que padecían quienes habían sido esclavizados y llevados fuera del planeta. Pero no había foco, ni dirección o guía. Podían ver todo aquello pero no podían entenderlo, de la misma manera en que Luke no había entendido el sueño que los tsils —los verdaderos habitantes del planeta, sus Guardianes—, le habían enviado.

Una segunda visión apareció en su mente y Luke se encontró contemplando el *Protector* suspendido sobre la enorme y resplandeciente gema de colores blanco y púrpura del planeta, tal como se veía desde el espacio. También podía ver al navío de exploración que se iba aproximando y, de una manera inexplicable, podía oír las voces que estaban siendo transmitidas de una nave a otra, y que eran captadas por las consciencias electrónicas de las Agujas para ser devueltas a los tsils de los que habían sido separados.

—Aquí el gran almirante Larm de la flota imperial del sector de Antemeridiano. Hablo en nombre del Moff Getelles, y dispongo de plenos poderes para darle la bienvenida personalmente…

Y, en un repentino estallido de doble visión, Luke vio el cuadrado gris de la nave y la silueta plateada del navío de exploración imperial y, con la misma consciencia, volvió a ver el puente de mando del *Protector*. Seti Ashgad alzó la cabeza con la vacilante torpeza de un borracho, apenas consciente de lo que se estaba diciendo a su alrededor.

Luke respiró hondo y cerró los ojos. Durante una fracción de segundo se atrevió a preguntarse qué efectos tendría todo aquello sobre su mente y su cerebro, pero el contacto seguía existiendo y a través de los tsils, a través de los gigantescos cristales blancos inmóviles en el suelo y de los cristales verdes de los riscos, Luke fue consciente del dolor que padecían aquellos que habían sido arrancados del planeta, y comprendió que no podía permitir que siguieran atrapados en aquella agonía. «A través de mí… —pensó—. Concentrad vuestro poder a través de mí».

Luke sintió cómo su consciencia convergía sobre la suya. La Fuerza que había en ellos, la Fuerza que había estado creciendo de una manera tan lenta y extraña a partir de su vida totalmente ajena e incomprensible, se entrelazó con la Fuerza que había dentro de los huesos, la carne y la mente de Luke.

«Decidles que destruyan la nave de Ashgad —rogó, lanzando su mente hacia las inteligencias suspendidas en los negros golfos del espacio, comprendiendo por fin lo que eran y cómo podía llegar hasta ellas—. Haced esto por mí y os juro, seáis quienes seáis y sin importar quiénes hayan comprado esos cristales y en qué lugar de la galaxia estén, que serán devueltos a este mundo».

Luke percibió su silenciosa deliberación bajo la forma de una interminable ola verdosa que se iba difundiendo a través de la llanura y de las montañas hasta extenderse a todo el planeta. La vibración era tan profunda e impalpable como las ondulaciones del agua en un estanque tranquilo…, y después volvió a él, Fuerza y más Fuerza en una acumulación de resplandecientes corrientes oceánicas que atravesaron el cuerpo de Luke con una claridad casi insoportable, impregnándolo y desgarrándolo. Luke dejó escapar un grito de dolor y cayó de rodillas sobre los eriales diamantinos, concentrando su mente mientras llamaba a la Fuerza para que acudiera a su carne y la enviaba hacia la oscuridad del espacio, allí donde el navío de exploración imperial estaba a punto de unir su escotilla a la del *Protector*.

Vio cómo Seti Ashgad intentaba incorporarse detrás de la consola principal, y cómo se tambaleaba y perdía el equilibrio para acabar cayendo entre los sindroides muertos que cubrían el suelo. Vio cómo Dzym tragaba aire con el rostro iluminado por el éxtasis, la impaciencia y el deleite con los que se disponía a devorar los planetas.

Luke tenía los ojos cerrados, por lo que no vio el diminuto resplandor de una explosión perdida en el lejano azul del cielo inmutable.

Después se desmayó y se quedó inmóvil, sumido en la inconsciencia, perdido y solo junto a la columna de humo aceitoso que se iba elevando lentamente desde el centro del desierto de luz.

Capítulo 22

Dadas las circunstancias bajo las que había tenido lugar su último encuentro, el descenso a la superficie de Nam Chorios no pudo por menos que resultar incómodo tanto para Han Solo como para la almirante Daala, antigua encargada de seguridad de la Instalación de Armamento Imperial del cúmulo de las Fauces.

Cetrespeó, que los acompañó junto con Chewbacca, Erredós y un considerable número de los compañeros de emigración de Daala, hizo cuanto pudo para aliviar la tensión informando a Han sobre los acontecimientos que habían llevado al secuestro de Leia, así como sobre el estado del sector de Meridiano tal como lo habían podido percibir los dos androides durante sus viajes, y sobre la muy bien documentada teoría expuesta por Yarbolk Yemm según la que todo lo ocurrido había sido el resultado de un plan concebido por Gnifmak Dymurra, presidente ejecutivo de la Corporación Loronar, a fin de obtener cristales polarizados hipercomplejos de la única fuente conocida, que se hallaba en Nam Chorios, para emplearlos en la fabricación tanto de sindroides como de Agujas dirigidas por un controlador central.

Cetrespeó no pudo explicar por qué aquellas Agujas supuestamente programables habían interrumpido de manera totalmente inesperada su ataque contra la pequeña flota de la Nueva República y se habían lanzado sobre la nave gris de forma cúbica que estaba subiendo al espacio desde la superficie del planeta, ni por qué habían abierto fuego sobre ella y sobre el navío de exploración imperial —que pretendía remolcarla hacia la seguridad del punto de cita con la flota imperial— y habían seguido disparando hasta que las dos naves quedaron convertidas en relucientes fragmentos de eternidad. Una observación *prima facie* del ataque, incluso si se prescindía de las transmisiones altamente especulativas y llenas de furia efectuadas por el almirante Larm desde el navío de exploración que habían podido ser interceptadas por los sensores, revelaba sin lugar a dudas que aquél no era el tipo de desenlace planeado por el almirante Larm.

La nube de restos del *Protector* y su escolta aún no había acabado de dispersarse cuando todo el escuadrón de Agujas viró en el espacio con la precisión de una compañía de danza y empezó a sumergirse en la atmósfera, iniciando un rápido descenso hacia la superficie del planeta.

En cuanto a la incógnita de si el sucesor del almirante Larm habría proseguido su ataque —sus fuerzas seguían superando a las naves de la Nueva República en una proporción de tres a uno, y la pequeña flota de Han había sufrido serias pérdidas— en el caso de que los navíos de la almirante Daala no hubieran surgido del hiperespacio en aquel mismo instante para caer sobre las naves imperiales como una negra oleada de tinieblas vengadoras, ya nunca llegaría a tener respuesta.

—La flota ha sido mi vida desde los dieciséis años.

Daala, inmóvil con los brazos cruzados, las piernas separadas y las negras botas firmemente plantadas en la cubierta, lanzó una rápida mirada por encima del hombro a Han. El cada vez más intenso resplandor del planeta que brillaba debajo de ellos ya era lo

suficientemente potente para proyectar gélidas sombras fantasmagóricas sobre su rostro. La sala delantera de una lanzadera de descenso del modelo Centinela Seinar contaba con un visor curvado, y también incluía pequeños lujos como un armarito-refrigerador que contenía vino y cerveza. Los rastros de condensación giraban y se arremolinaban sobre el visor de transpariacero, con lo que la almirante parecía estar aureolada por una suave claridad neblinosa.

—Servicio. Orden. El triunfo sobre las fuerzas del caos… —Daala ladeó la cabeza en el mismo instante en que el suave palpitar de los motores era alterado por la transferencia de energía motriz a los haces de repulsión. Un pliegue de repentina dureza apareció en la comisura de sus labios, la huella de algún pensamiento lleno de amargura—. Deposité toda mi vida y todo lo que hubiese podido llegar a tener sobre el altar de la flota, y me sentí inmensamente satisfecha. Y ahora… esto.

—Bueno, puedo entenderlo —dijo Han en voz baja—. No eres la única persona a la que han traicionado a lo largo de la historia.

Daala abrió la boca para responder con algún sarcasmo, pero se contuvo y volvió el rostro hacia el visor. Más allá de las hilachas de vapor que ondulaban en el espacio y de la claridad que reflejaban, la oscuridad repleta de estrellas iba siendo sustituida poco a poco por un mediodía de color azul cobalto.

—No —acabó diciendo por fin, sin poder evitar que su voz se convirtiera en un suave susurro—. Quizá no.

—¡Oh, miren! —exclamó Cetrespeó desde el otro lado de la sala—. Todas las Agujas parecen haber efectuado un descenso de emergencia. Están ahí. ¿Las ven? —Un hilillo de humo empezaba a enroscarse en la atmósfera, que disfrutaba de uno de sus raros momentos de calma—. No entiendo cómo han podido mantener una formación tan impecable mientras padecían los efectos de lo que resulta obvio era una avería de su controlador central.

—Claro, claro… Bueno, quizá será mejor que vayamos a recoger los restos de un par de esos trastos y averigüemos cómo podemos conseguir que vuelvan a averiarse.

—Usted conoce muy bien a Leia Organa, Solo —dijo Daala, continuando su conversación con Han como si Cetrespeó no hubiera hablado, y a pesar de que hubo un tiempo en el que jamás hubiera reconocido a Han como un igual y en el que no le hubiese dirigido la palabra sin que su voz estuviera llena de desprecio—. ¿Cree que su jefe de Estado será capaz de mantenerse alejada de los sistemas de Chorios en cuanto sepa hasta qué punto son valiosos?

—No sé qué va a decir el Consejo —murmuró Han—. Pero sí sé que Lei…, que su excelencia ha estado a punto de morir meramente porque se negó a entrometerse en los asuntos de un planeta donde no había una mayoría que aprobara esa clase de interferencias. Eso quiere decir que no creo que vayáis a tener ningún problema mientras consigáis seguir siendo mayoría en Pedducis.

Se levantó, fue a reunirse con Daala y contempló el mundo que para él sólo había sido un nombre hasta aquel momento.

—¡Menuda roca! ¿Y realmente hay gente viviendo ahí abajo? Chewbacca aulló una observación.

—Oh, claro —dijo Han—. Un miserable bloque de edificios aquí y algo así como cuatro casas perdidas en la lejanía, ¿eh? Ya veo que estamos en uno de los centros de población más importantes del sector.

—Por el momento, capitán Solo, se me ocurren muy pocos panoramas más agradables que un planeta totalmente desprovisto de vida humana —observó secamente Daala.

La baliza de guiado de la superficie llevó a la lanzadera no a la fortaleza de Seti Ashgad, sino a la estación artillera de Punta Lúgubre, que se encontraba a dieciséis kilómetros de distancia, allí donde la llanura de cristales resplandecientes formaba una especie de pista de descenso sobre la que ya había un carguero ligero.

—No sé cuánto tiempo seguirá fuera de servicio esa estación —estaba diciendo una mujer de larga cabellera blanca, delgada, no muy alta y que se movía y hablaba con nerviosa eficiencia en el momento en que se abrieron las puertas de la lanzadera—, pero sería una idiota si no aprovechara esta ocasión para sacar un buen cargamento de majie del planeta e intentara volver con alguna mercancía. Estoy segura de que voy a obtener los mejores precios de mi vida. Vaya, vaya… ¿Qué tenemos aquí? —preguntó, girando sobre sus talones mientras Han, Chewie y los dos androides bajaban por la rampa de abordaje y contemplaban los cegadores destellos del paisaje.

Las huellas de la devastación causada por la tormenta de la Fuerza yacían esparcidas sobre la gravilla en un radio de medio kilómetro alrededor de los muros de la torre: masas de alambre espinoso, vigas medio destrozadas, armas hechas añicos por la violencia de la voluntad incontrolada de Beldorión… Tanto los theranianos como los seguidores del Partido Racionalista se habían ido acercando a los muros, y la llanura se había convertido en una inmensa zona de estacionamiento para deslizadores, motos aéreas y cu-pas que chillaban, resoplaban y se rascaban. Una caravana de theranianos cubiertos de polvo y vestidos con prendas muy primitivas había surgido de la nada y estaba contemplando con visible asombro los deslizadores, el carguero de Umolly Darm y la esbelta y mortífera silueta de la lanzadera de Daala. Un instante después dos figuras surgieron de entre la multitud de theranianos y echaron a correr hacia Han y Chewie.

Han se volvió hacia aquellas dos siluetas harapientas cubiertas de polvo, mugre, hollín y sangre…, y vio que eran Luke y Leia.

—¡Han! —gritó Leia.

Se lanzó a sus brazos y lo estrujó contra su pecho, pegando el rostro a su camisa y dejando sobre ella una gigantesca mancha de polvo mezclado con sustancias viscosas medio resecas. Han bajó la mirada hacia el rostro de su esposa, y un segundo después se dio cuenta de que iba sin afeitar y que no se había quitado de encima el hollín y el polvo negruzco después de haber estado intentando reparar la última brecha sufrida por los escudos defensivos, que casi había destruido al *Halcón* en los últimos momentos de la batalla antes de que Daala y su flota surgieran del hiperespacio.

—¡Leia!

Se estaban abrazando como un par de colegiales, cada uno meciéndose en los brazos del otro, y Han sintió el impulso, ridículo pero casi irresistible, de hacerla girar entre sus brazos y empezar a bailar.

—El almirante Larm… —empezó a decir Leia.

—… ha quedado convertido en una nubecilla de polvo espacial —dijo Han, terminando la frase por ella—. Su flota ha regresado a Antemeridiano para obsequiarle con un magnífico funeral. No creo que vuelvan por aquí.

—¿Sabes qué ha ocurrido?

—Más o menos. La plaga se ha extendido a tres cuartas partes del sector, y no parece haber ninguna forma de detenerla. Los chicos de la Central Médica dicen que se parece mucho a la Semilla de la Muerte…

—Es la Semilla de la Muerte. —Luke fue hacia ellos, cojeando visiblemente y apoyándose en un bastón, y vestido con el mismo tipo de chaqueta acolchada y holgada túnica harapienta que usaban los theranianos—. Y los…, los tsils Guardianes han accedido a permitir que algunos Guardianes salgan del planeta y vayan a las instalaciones médicas del sector para que sean instalados en aparatos que destruirán a los drochs. En cuanto dispongamos de los cristales-fantasma inteligentes para canalizar la luz a través de ellos, no debería resultarnos muy difícil destruir a los drochs allí donde los encontremos. Lo único que piden a cambio es que les devolvamos todos los cristales-fantasma que han sido sacados del planeta y programados.

—¿Y cómo le vas a explicar todo eso a Loronar?

—Les voy a explicar que si no acceden a cooperar haremos pública toda la historia del papel que han jugado en la epidemia —replicó Leia con inmensa dulzura—, y que esa divulgación irá acompañada por sanciones tan severas que su corporación habrá dejado de existir antes de que transcurra una semana.

Han asintió solemnemente.

—De acuerdo, de acuerdo… Me has convencido.

—En cuanto los Guardianes puedan salir del planeta creo que Loronar ya no dispondrá de un mercado para las Agujas —intervino Luke—. Los sistemas de control a distancia funcionaban gracias a que los controladores centrales imitaban las vibraciones de los Guardianes. Pero ahora, e incluso si son reprogramados, los cristales-fantasma esclavizados por fin serán capaces de reconocer las voces de los Guardianes y las obedecerán, porque los Guardianes son su…, su familia, su otro yo. No debemos olvidar que los Guardianes son los cristales vivientes que han habitado este planeta desde que se formó.

»Los Guardianes sabían que los drochs eran muy peligrosos —siguió diciendo, dirigiéndose a Leia—. Fueron conscientes de la amenaza que suponían en cuanto la dinastía de los Grissmath sembró el planeta con ellos para matar a sus enemigos políticos. Durante siete siglos y medio hicieron cuanto pudieron para evitar que los drochs lograran del planeta. Invadieron los sueños del profeta Theran y de sus Seguidores, adoptando

cualquier forma que encontraban en ellos y en la que los humanos estuvieran dispuestos a creer, y les explicaron que debían impedir que ninguna nave más grande que un ala-B despegara de Nam Chorios porque cualquier nave más grande dispondría de un blindaje lo suficientemente grueso para proteger a los drochs de la radiación; pero en realidad nunca dijeron nada sobre impedir la llegada de cargamentos a gran escala. Ah, y en las profundidades de las montañas hay vetas de una enorme riqueza mineral, platino y marfil de las rocas que pueden ser exportados en cantidades lo bastante pequeñas para que sean irradiadas y, aun así, proporcionar beneficios más que suficientes a quienes las extraigan…

—Lo cual me parece magnífico —dijo Umolly Darm, que se había acercado a ellos junto con Arvid y su tía—. Todo ese asunto de los cristales-fantasma nunca me gustó demasiado, la verdad… Son demasiado frágiles y los que tienen un color realmente bueno están demasiado lejos, y una sola caja de esos cristales ya bastaba para darme escalofríos. Bé, ese Oyente de los theranianos, ya ha estado hablando conmigo y con Arvid, y hemos decidido organizar una expedición para ir en busca de un buen cargamento de marfil de las rocas.

Umolly se fue a toda prisa, con Arvid saludando a Luke, en dirección al carguero que se había posado a escasa distancia de los muros de la estación artillera.

Leia se volvió hacia la lanzadera, y después lanzó una mirada interrogativa a Han.

—Es una vieja amiga —dijo Han en un tono más bien seco—. Apareció en el último momento para echarnos una mano. Quiere mantener una discusión diplomática contigo y que le proporciones unas cuantas garantías de cara al futuro.

—De acuerdo —dijo Leia, y asintió—. ¿Luke? —preguntó después, volviéndose hacia su hermano.

Luke y Liegeo estaban entre los theranianos y estrechaban las manos de los jinetes que habían encontrado a Luke en el desierto después de haber sido enviados allí por las voces que hablaban dentro de las mentes de sus Oyentes, y se despedían de los seguidores del Partido Racionalista y de Booldrum Caslo, la tía Gin y el hombre que le había dado alojamiento. Luke se quedó inmóvil durante un momento y miró a su alrededor, y Liegeo se volvió hacia él.

—Será mejor que nos vayamos, Luke —dijo—. He reinicializado los sistemas de la estación artillera, y dentro de poco ya estará en condiciones de volver a impedir que las naves despeguen de este mundo. Y además —añadió con suave dulzura al ver que Luke titubeaba—, creo que ya no te queda nada más que hacer en Nam Chorios.

«Tan cerca… —pensó Luke con desesperación—. He estado tan cerca… Si pudiera decirle…».

Y por muchas tinieblas que pueda enviarles el mundo…

Se acordó de cómo brillaban los ojos de Calista bajo la luz crepuscular que bañaba las torres de Yavin Cuatro, y del dolor que había en su voz cuando le envió aquel último mensaje.

Tengo mi propia odisea…

«¿Acaso puedo decirle algo que no agrave todavía más el dolor que ya siente?».

—No —murmuró Luke—. Tienes razón.

Giró sobre sus talones y siguió a su hermana y a Han, y a los androides, Chewbacca y Liegeo, hasta la lanzadera. «Por lo menos ahora tendré una razón para levantarme en cuanto salga el sol —pensó con sarcástica amargura—, tanto mañana como durante algún tiempo». Luke sabía que volvería a aquel mundo para traer a los Guardianes cuando los que habían salido del planeta para crear el aparato destructor de drochs regresaran y para devolver a Nam Chorios los restos de los cristales de los sindroides y las Agujas, que los Guardianes intentarían rehabilitar y realinear después de su esclavitud.

Y para averiguar cuanto pudiera sobre la Fuerza tal como la entendían los tsils y tratar de entender aquella civilización de mentes intemporales.

Pero siempre se preguntaría qué había sido de Calista.

Se detuvo al final de la rampa para lanzar una última mirada a aquel sol de fría claridad, a las estrellas crepusculares y los lechos marinos azotados por el viento, los eriales de vidrios multicolores y los inmensos tsils cristalinos.

Liegeo le había dicho que Calista tenía un camino propio que recorrer, y tenía razón. «Va a visitar lugares hasta los que no puedo seguirla», pensó Luke.

La única manera de entrar o salir de la torre de la estación artillera era escalando los muros. Un theraniano estaba descendiendo ágilmente por un cable, una silueta cuya chaqueta carmesí y velos grises le parecieron vagamente familiares: Luke pensó que era el guerrero que había lanzado las granadas durante la primera batalla que presenció en aquel planeta. Cuando la silueta grácilmente desgarbada llegó al suelo y echó a andar hacia el carguero de Umolly Darm, Luke vio la espada de luz que colgaba del grueso cinturón de cuero y la larga cola de cabellos castaño dorados que quedó al descubierto cuando se quitó los velos…, y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Calista se detuvo junto a la base de la rampa del carguero, al otro lado de la zona de descenso, y se volvió hacia Luke. Siempre había sabido cuándo la estaba mirando, de la misma forma en que Luke siempre había sabido cuándo sus ojos estaban posados en él.

Los dos permanecieron inmóviles durante un momento interminable. Luke pensó que Calista se encontraba en el inicio de su largo camino, y que él se encontraba en el inicio del suyo.

Y levantó la mano en un gesto de despedida.

Los hombros de Calista se relajaron y Luke pudo sentir cómo la tensión abandonaba su cuerpo, y cómo el miedo de que volviera a cruzar aquel trozo de llanura para abrir de nuevo unas heridas demasiado recientes tomándola en sus brazos se disipaba junto con aquella rigidez.

El momento en el que habría podido hacer todo eso ya había quedado atrás.

«Intenta entenderlo, Luke… Intenta entenderlo, por favor». El pensamiento llegó con toda claridad hasta él desde aquella silueta inmóvil. «Lo entiendo».

Calista alzó la mano, y Luke sintió el roce impalpable de su sonrisa.

Los sistemas antigravitatorios de la lanzadera eran tan eficientes que no había ninguna necesidad de ponerse los arneses de seguridad para el despegue, aunque Luke sabía que en cuanto la nave empezara a moverse estaría mejor sentado. Apretó el paso para alcanzar a Liegeo mientras iban hacia la sala delantera. Luke sabía que el filósofo tenía razón. «Confía en tus instintos», le había dicho Obi-Wan y, por curioso que pudiera parecer, en cuanto Liegeo había hablado de amar y de la libertad, Luke ya no pudo seguir negando por más tiempo lo que le había estado diciendo su instinto.

Había un tiempo para abrazar, y un tiempo para dejar en libertad. Y siempre habría tiempo para todo.

Entró en la sala delantera siguiendo a Liegeo, y la mujer sentada junto a la neblina y el magnífico panorama que llenaban el visor se levantó de su asiento.

—Excelencia… —empezó a decir aquella mujer pelirroja mientras dirigía la mirada hacia Leia, que había entrado antes que ellos.

Pero después no dijo nada más. Se limitó a permanecer totalmente inmóvil, como si se hubiera quedado paralizada, mientras se le demudaba el rostro y la dureza implacable de sus facciones y aquella amargura terriblemente adusta, que había parecido ser tan parte de ella como el cráneo oculto debajo de la piel, iban desapareciendo junto con el color.

Y de repente Luke tuvo la extraña impresión de que había otro rostro oculto detrás de aquellos ojos verde esmeralda llenos de amargura. Era el rostro de una muchacha, y resultaba casi irreconocible: era el rostro de una soñadora llena de orgullo y pasión, y estaba surcado por las cicatrices que le habían dejado los cuchillos de éxtasis de sus sueños.

—¿Liegeo? —murmuró Daala, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Liegeo la estaba mirando como si se encontrara delante de un fantasma, pero ningún fantasma hubiera podido hacer aparecer semejante alegría en el rostro de un hombre.

—¿Daala?

Fueron el uno hacia el otro y se detuvieron cuando sólo les faltaban unos cuantos centímetros para tocarse como si, después de toda una vida de caminos divergentes y cuando por fin habían llegado a la encrucijada, no se atrevieran a permitirse aquel contacto. Fue Daala quien extendió el brazo primero y le cogió la mano.

—¿Has…? —Un titubeo quebró la voz de Liegeo durante una fracción de segundo—. ¿Has andado por un buen camino todos estos años?

—Ha sido un camino muy largo —dijo Daala, y la voz de la muchacha, la voz de la soñadora llena de orgullo, todavía podía oírse por debajo de los estragos de la batalla y de los años. Luke creyó ver cómo la muerte abandonaba sus ojos, y cómo una vida largamente olvidada volvía a agitarse en ellos—. Y algunos de sus tramos han sido muy, muy crueles conmigo… ¿Y tú?

—Mi camino ha sido muy largo.

Daala alzó la mano, y las puntas de sus dedos rozaron el rostro sin afeitar del filósofo.

—Te he echado de menos, Liegeo —murmuró—. He echado de menos… Ya sé que parece una estupidez, pero he echado de menos el tener a alguien con quien hablar.

Los dedos de Liegeo le rozaron la mejilla, explorando con tembloroso asombro las huellas de los años, y después se alzaron para sostener el peso color cobre de su cabellera.

Mientras los contemplaba, Luke pensó que Daala siempre había sido más fuerte que Liegeo, y comprendió que el saberlo era lo que le había permitido dejarla marchar y entregarla nuevamente a su fortaleza.

Sus labios se encontraron, al principio meramente en una primera y temerosa exploración, porque los dos tenían mucho miedo, y después para beber ávidamente, como si nunca pudieran volver a satisfacer su sed por mucho que bebieran. Los brazos de Daala rodearon a Liegeo en un gesto totalmente incongruente con la severidad militar de su uniforme y Liegeo la estrechó apasionadamente contra él, sin importarle que su abrazo pudiera chocar con los obstáculos de las medallas o el desintegrador.

Los otros ocupantes de la sala habían dejado de existir. Era como si Leia, Han, Chewie, los androides y Luke hubieran sido borrados de la existencia, y como si los veinte últimos años se hubieran esfumado con ellos.

Nadie se sorprendió en lo más mínimo cuando Daala y Liegeo salieron de la sala, sin decir ni una palabra y cogidos de la mano, para dirigirse hacia alguno de los compartimientos de la lanzadera.

—Supongo que tendrás que dejar esa conferencia para algún otro momento —observó Han, atrayendo a Leia hacia él sobre el negro cuero del sofá.

Leia suspiró y apoyó la cabeza en su hombro, sintiéndose invadida por un indecible cansancio.

—Sí, supongo que sí.

Los brazos de su esposo la rodearon, fuertes y duros como la roca bajo el áspero lino de su camisa. Han olía a sudor salado y aislantes quemados; su mentón era como papel de lija sobre la sien de Leia, y su aliento era un suave calor vivo que se deslizaba sobre su piel. Lo único que deseaba en aquellos momentos era seguir allí, donde estaba, y quedarse adormilada poco a poco.

Luke estaba contemplando la delgada estela amarilla que dejaba el carguero de Umolly Darm a medida que se iba alejando del planeta, surcando la atmósfera y saliendo de ella.

«No le ocurrirá nada —pensó. Era como contemplar a un pájaro de caza que vuelve al bosque después de años de servidumbre cuando su amo por fin lo deja en libertad—. Está bien, y es fuerte… Algún día encontrará su propio camino, y ese camino la llevará a la Fuerza y a la luz». Luke se sentía en paz consigo mismo, extrañamente ingrávido y libre.

El aire azul fue sustituido por la oscuridad y las estrellas. Las siluetas de las naves de la flota se hicieron visibles, pendientes plateados suspendidos en las tinieblas, y Luke se encontró contemplando el mundo que había buscado cada vez que alzaba la mirada hacia los cielos de Tatooine después de haber cumplido los dieciocho años.

Y Luke pensó que Calista le había dejado en libertad de recorrer su camino, fuera cual fuese el lugar adonde llevara y el final que pudiera tener su viaje.

Oyó un suave sonido de pasos detrás de él y supo que era Leia antes de que sus manos le rozaran los hombros.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, y su voz estaba llena de preocupación.

—Sí —murmuró Luke—. Sí, Leia, sí…

FIN